

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

AP63
.07
Ano 11
Tomo 33
1923

Handwritten text on a pinkish strip, possibly a title or label, which is mostly illegible due to fading and blurring.

Small handwritten mark or signature.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

CUBA CONTEMPORÁNEA

340
JL

AP63
.C7
Año 11
Tomo 33
1923

Cuba

Contemporánea

—*—

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XI

TOMO XXXIII
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1923)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.

(† 1º febrero 1923.)

Julio Villoldo.

José S. de Sola.

(† 6 febrero 1916.)

Max Henríquez Ureña.

Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Francisco G. del Valle.

Enrique Gay Calbó.

Dulce M^a. Borrero de Luján.

Emilio Roig de Leuchsenring.

Alfonso Hernández Catá.

Luis Rodríguez-Émbil.

José Antonio Ramos.

Bernardo G. Barros.

(† 20 mayo 1922.)

Juan C. Zamora.

Ernesto Dihigo.

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXIII. La Habana, septiembre 1923. Núm. 129.

CUBA EN LA VIDA INTERNACIONAL

ENSAYO SOBRE LAS IDEAS DEL DOCTOR COSME DE LA
TORRIENTE EN CUESTIONES DE POLITICA
INTERNACIONAL

I

IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES PARA CUBA



El esfuerzo constante por el cual una Nación vive y dura, acrecienta o mantiene su vida, es ante todo una adaptación. Adaptación—dice el Profesor Luis Cazamian en su admirable estudio de filosofía histórica sobre la evolución de Inglaterra en los tiempos modernos—a las condiciones naturales: al ambiente físico y humano; y a las condiciones sociales: la necesidad de un orden económico, político, moral. Y agrega: El desarrollo de un país, cualquiera que sea el período en que se le examine, se caracteriza por el modo y el grado de esa adaptación.

Pero si el proceso de la adaptación es universal y necesario, los procedimientos por los cuales se efectúa son distintos y corresponden a dos diversos tipos de método. Uno de esos métodos es instintivo. Consiste en dejar hacer, por una suerte de sistema sin sistema, a las fuerzas innumerables y diversas de reconstruc-

655699

ción, de renovación, y de equilibrio, mediante las cuales los individuos de un pueblo, o los grupos naturalmente constituídos que forman éste, se acomodan o adaptan espontáneamente a las necesidades de la vida. Este método, infalible para establecer un equilibrio aproximativo, particular y de circunstancias, no obtiene éxito, por lo común, cuando se trata de alcanzar de un solo golpe correspondencias complejas con un conjunto de condiciones dadas, logrando, a la vez, la continuidad y la coherencia en los medios escogidos y en los instrumentos puestos en acción.

El otro método se define por su carácter intelectual, reflexivo. Aquí, al esfuerzo espontáneo de las adaptaciones particulares, se agrega y aun se substituye, en cierta medida, una necesidad de coordinación, de simetría, una acuciosa pesquisa de claridad y de orden, un encadenamiento consciente y voluntario de los medios a los fines, y de los medios entre sí. El método reflexivo no es más seguro que el instintivo. Se halla sujeto a los innumerables errores al través de los cuales se manifiesta el desacuerdo obstinado de la naturaleza y la inteligencia; no tiene tampoco la infalibilidad ni la comodidad práctica del primero, y reclama un esfuerzo sostenido de estudio y de meditación. Acto de fe en el pensamiento,—como ha dicho el autor citado—pretende inferir de los hechos un orden que no se basa exclusivamente en elementos aportados por los hechos mismos, sino en tendencias a la sistematización que tienen su raíz en la constitución del espíritu humano.

Las derrotas del procedimiento intelectual han sido las de su aplicación superficial y festinada; sus victorias han impreso a las cosas un carácter de sencillez y de belleza soberana que resiste los embates del tiempo.

De los dos métodos de adaptación descritos por el profesor francés, ¿cuál es el intrínsecamente preferible o el más aplicable a las condiciones actuales de Cuba? ¿El instintivo, seguido tradicionalmente por Inglaterra hasta estos últimos tiempos, o el racional, dominante en el desarrollo de la historia contemporánea de Francia, particularmente a partir de la Revolución de 1789? El método instintivo es un método de evolución lenta y autónoma; pueden seguirlo los países que viven aislados, al margen de la rápida corriente de la historia actual de la humanidad, fuera de

toda posibilidad de ser arrastrados por las aguas turbulentas de la política mundial, o de experimentar las grandes conmociones económicas o sociales que sacuden a los pueblos, trastornando el equilibrio aparentemente definitivo de poderosas sociedades seculares. También podrían seguirlo quizás, aunque no sin peligro, aquellas naciones suficientemente fuertes por su masa y su organización, que se juzgasen capaces de proseguir su evolución independientemente, inmóviles a los choques exteriores, como esos soles que giran en el espacio infinito arrastrando consigo el sistema cuyo punto central ocupan, sin experimentar jamás—salvo ligerísimas oscilaciones apenas sensibles—el menor cambio en el ritmo regular de su movimiento. Cuba no está comprendida en ninguno de los dos casos; no se encuentra aislada ni es poderosa. En el mundo actual ocupa una posición de las más céntricas. Se halla en uno de los cruceros más concurridos del tráfico marítimo: en él se cortan la vía que comunica los puertos atlánticos de la América del Norte con los de la América del Sur y la ruta que, a través de Panamá, une casi todos los grandes puertos europeos y americanos del Atlántico con los del Pacífico. Su posición estratégica no es menos importante. Una fuerza militar poderosa dominaría desde Cuba las comunicaciones del Golfo de México con el Atlántico y con las Antillas; podría cortar las comunicaciones navales de la costa oriental de los Estados Unidos con la costa occidental del Pacífico por Panamá; y se hallaría en condiciones de amenazar el Canal y todos los países bañados por el Golfo de México y el Mar Caribe o de las Antillas. Con modernos aeroplanos de bombardeo, en pocas horas, volando desde Cuba, podrían destruirse muchos de los más grandes puertos y centros urbanos de los Estados Unidos. Estratégicamente, Cuba ocupa, pues, una posición formidable. En materia industrial y mercantil Cuba se halla estrechamente unida a la economía general del mundo, tanto por su producción como por su consumo. Colocada por el esfuerzo de sus hijos a la cabeza de todos los países productores de azúcar, el aumento o la disminución de los millones de quintales que cada año lanza al mercado universal, hace oscilar los precios en las grandes Bolsas del mundo, a la vez que sufre los efectos de las crisis de la especulación o del consumo, pasando de la abundancia a la estrechez en los términos más inespe-

rados y bruscos. La necesidad de importar cereales, telas, maquinaria, carbón, medicamentos, papel, y mil artículos de consumo y de uso doméstico, la une estrechamente también en otro sentido a la vida económica universal. Por otra parte, la existencia en ella de una numerosa colonia española, nutrida sin cesar por una inmigración copiosa, con grandes intereses económicos y morales en el país; el arraigo entre nosotros de fuertes Compañías ferrocarrileras inglesas; el enorme desarrollo de los intereses americanos azucareros y mercantiles en general; el vaivén periódico de inmigrantes jamaquinos y haitianos, atraídos por los altos jornales en cierta época del año; y la numerosa colonia china; he ahí otros tantos motivos, para no citar sino los principales, de contacto exterior y de entrelazamiento de los intereses de Cuba con los de numerosos países extranjeros, próximos o distantes, débiles o de formidable poderío.

Nación tan íntimamente enlazada a la vida universal, tan sujeta a recibir las repercusiones, en bien o en mal, de los acontecimientos y las conmociones que se experimentan en lugares remotos de la Tierra; tan ligada a la humanidad actual por el sistema de intereses que hemos bosquejado someramente, y tan expuesta, a la vez, a producir en los demás, sin desearlo ni pretenderlo, trastornos en la vida económica o preocupaciones de orden militar y político ¿con qué masa y con qué organización cuenta para mantenerse a flote en el agitado mar de la época y resistir el choque del oleaje de intereses que la baten por todas partes? Veámoslo someramente.

La población total de Cuba alcanza a unos tres millones de habitantes, de los cuales sólo 2.353,000 son cubanos. De ese total de tres millones de residentes, menos de la mitad—acaso 1.200,000 o poco más, en números redondos—se halla en edad de pleno vigor físico, entre los 18 y 50 años; el resto, 1.800,000, está formado por niños, adolescentes y ancianos. Entre esa población de 1.200,000 personas en plena capacidad de producir, cerca del cincuenta por ciento son mujeres, y los extranjeros se cuentan en proporción mucho más elevada que en la población total, porque el número de niños, extranjeros es muy corto. Como se ve, la población cubana capaz de desarrollar una intensa energía social es muy reducida.

Pasando del número a la organización, tenemos que ese núcleo cubano posee una familia sólidamente constituida (aunque la cifra de uniones ilegítimas es enorme); numerosos grupos organizados de una manera más o menos efectiva, con fines políticos, religiosos, de cultura, recreativos, benéficos, de defensa de clase, de protección económica, sanitaria, etc., que unifican y coordinan la actividad de una gran parte de la población, realizando una labor social extraordinariamente útil; instituciones jurídicas, políticas, gubernativas y de administración de tipo relativamente avanzado y democrático. En lo que toca al trabajo, la ocupación más generalizada y lucrativa del cubano es la agricultura; la menos remuneradora en el orden financiero, de las grandes ocupaciones sociales, pero en cambio, una de las que más contribuyen a la estabilidad y la solidez de un grupo social. Por sobre todo esto, el cubano se halla en posesión del poder político, el instrumento más útil, eficaz y poderoso de defensa colectiva en todos los órdenes. Los puntos más débiles son: que no poseemos sino una pequeña parte de la industria y el comercio, las dos palancas más potentes de la riqueza individual y colectiva; y que la tierra no es generalmente propiedad del que la cultiva, por lo cual se desmejora y al agricultor le falta un firme arraigo en el suelo. Esto último, unido a la forma en que se halla organizada la industria azucarera, tiende a transformar nuestra clase social campesina y agricultora, con perjuicio de la Nación, en un proletariado rural.

Ahora bien, sobre ese grupo social cubano, desposeído de alguno de los más poderosos instrumentos de bienestar, y mal preparado, además, para la vida por una educación incompleta y defectuosa que sólo alcanza, por otra parte, al cincuenta por ciento de sus componentes, pesan tremendas cargas y enormes responsabilidades económicas, políticas y morales. En el orden económico, sobre el cubano gravita casi exclusivamente—salvo la ayuda que le presta el padre de familia español con hijos cubanos—el fardo abrumador de sostener cerca del millón y medio de niños, adolescentes y ancianos con que cuenta el país, peso del cual el extranjero, célibe en gran proporción, se halla libre, a pesar de que tiene en sus manos los principales medios de producir riqueza, como acaba de indicarse. En el orden político, el cubano tiene la

responsabilidad exclusiva de la dirección de toda la maquinaria del Estado, siendo de su deber y su incumbencia únicamente la dirección de todos los servicios y las funciones públicas, organizadas y creadas, sin embargo, para beneficio de la población total. A él sólo le corresponde, igualmente, cuanto toca o atañe a la defensa de la comunidad política contra sus enemigos o los agentes de destrucción, de cualquier orden que sean, que puedan afectarla. En el orden moral, al reducido núcleo cubano concierne nada más, la conservación del acervo de tradiciones, costumbres, recuerdos, ideales y sentimientos que constituyen el alma, el principio espiritual de la nacionalidad, así como la obligación de promover, junto con el acrecentamiento y difusión de ese legado de las generaciones pasadas, el desarrollo de otros ideales y sentimientos que unidos a los anteriores sirvan de base a lo que llama Renán "el consentimiento actual", "el deseo de vivir juntos", la voluntad de hacer valer la herencia recibida de las generaciones que constituyeron la patria.

Un pueblo en las condiciones que acaban de bosquejarse sucintamente, no puede fiar sus destinos al azar, sin exponerse a los más grandes desastres. Cuba no puede adoptar el método de adaptación instintiva. Envuelta por mil inquebrantables lazos al tumulto de la inestable vida política contemporánea, sin una enorme masa como Rusia para resistir inmovible los choques exteriores, con instituciones nuevas, desprovista de algunos poderosos elementos de acción y de resistencia, sólo puede sortear victoriosamente los peligros que la rodean poniendo a contribución todas sus fuerzas intelectuales para prevenir los choques demasiado violentos, utilizar el máximo de medios disponibles para resistirlos cuando sean inevitables, sumar a sus propias fuerzas en torno de un problema la de otros pueblos con intereses similares, emplear la extrema prudencia o la decisión más audaz según el momento, ser útil al universo, ganarse amigos, inspirar respeto; en una palabra, suplir con la agilidad mental, la determinación reflexiva y el temple moral, la fuerza que dan la masa, el aislamiento, las instituciones centenarias firmemente establecidas y los grandes medios de acción económica representados no sólo por las riquezas materiales, sino por la industria, el comercio y la agricultura ampliamente desarrollados.

Adaptación reflexiva, significa en el terreno de las realidades concretas, miras definidas sobre todos los problemas fundamentales de la nacionalidad, soluciones racionales tocante a las diversas cuestiones planteadas en el momento histórico, política nacional en todo lo atañedor a la vida del grupo y a los grandes intereses de la patria, como sér de hoy y de mañana que aspira a durar y a engrandecerse. Numerosos son, pues, los campos en que el cubano debe trabajar, unido en una labor común de resistencia, de defensa y de afirmación nacional. Señalar esos campos, trazar las grandes líneas de la obra a realizar en cada uno de ellos, unir las inteligencias en la investigación de los medios, coordinar las voluntades en el esfuerzo, fomentar los sentimientos que sostienen en la lucha y contribuyen a la conquista del éxito del momento y a preparar el camino de los éxitos de mañana, es una gran empresa patriótica, que atrae las altas inteligencias y los corazones noblemente ambiciosos. En Cuba, por dicha, no hemos carecido de esas inteligencias ni de esos corazones de 1900 a la fecha. En lo que concierne al estudio de las cuestiones internacionales, no uno o dos, sino una pléyades de cubanos de altísima calidad intelectual—Bustamante, Sanguily, Gonzalo de Quesada, González Lanuza, Carlos de Zaldo, Aurelio Hevia, Antonio Gonzalo Pérez, Montoro, Céspedes, García Vélez, Márquez Sterling, Agüero, García Kohly— han consagrado a la República sus talentos, con un gran amor y una devoción honda y firme a la causa nacional. No es, sin embargo, la obra de conjunto de esos ilustres representantes de Cuba la que pretendemos bosquejar por el momento; nos ocupará el estudio de las ideas de otra personalidad no menos ilustre y distinguida que las mencionadas, por cuanto a nuestro juicio dichas ideas resumen las grandes direcciones en las cuales debe encauzarse la acción cubana internacional: nos referimos, desde luego, al Coronel y Doctor Cosme de la Torriente, Diplomático, ex Secretario de Estado y Presidente, en la actualidad, de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de la República de Cuba. Hace algunos meses, la lectura de la colección de discursos *Cuba en la vida internacional*, unida a la de otros trabajos del Doctor Torriente, hizo desfilar por nuestra mente, en un cuadro de conjunto, los elementos de una política internacional cubana, tan ajustada a lo que juzgamos

las conveniencias y las necesidades de Cuba, que desde entonces nos hemos sentido fuertemente inclinados a señalar los que consideramos sus aspectos esenciales y a comentarlos a la luz de nuestras propias ideas. Nuestro propósito, claro está, no es añadir un elemento nuevo a una obra de reflexión y de pericia que admiramos; ni hacer historia de la labor de internacionalista del Doctor Torriente. No tenemos ni autoridad, ni tiempo, ni preparación para ello. Aspiramos, sencillamente, a vulgarizar los principios de una política internacional altamente útil a la República, a suscitar el deseo de estudiar a fondo ciertos problemas y a apuntar las razones que abonan, según nuestra apreciación personal, el juicio favorable que, en conjunto y en detalle, nos merecen las ideas a que nos hemos referido del ilustre Senador por Matanzas.

*

Al abordar el análisis de las ideas del Doctor Torriente sobre política internacional, análisis muy general y sumario en este caso, el primer hecho que debe señalar la crítica, es el concepto básico, fundamental, mantenido por el Doctor Torriente, de la importancia de las relaciones internacionales de Cuba, como factor para afianzar la independencia de la Nación, concepto que sirve de eje y de punto de partida a toda la labor de cerca de veinticinco años de nuestro distinguido compatriota. Esa convicción primordial, depurada y robustecida más tarde por la experiencia en largos años de activa vida pública, siempre en conexión más o menos estrecha con nuestras relaciones exteriores, parece existir ya en el Doctor Torriente, aunque acaso más como una aspiración del sentimiento que como noción intelectual, en plena manigua revolucionaria. Ser el Plenipotenciario que firmara el primer Tratado entre Cuba y España, según manifiesta el Doctor Torriente en uno de sus discursos, era para él el deseo más ardiente en los últimos meses de la Guerra de Independencia. La legítima ambición de ver reconocida universalmente la personalidad de la patria, se columbra en ese vivo anhelo del soldado libertador. Si España se allanaba a pactar con Cuba de nación a nación, no era posible dudar de que el ideal supremo de la patria había llegado a su culminación gloriosa: éramos indiscutiblemente libres. El ingreso

de Cuba en la vida internacional representaba para el Doctor Torriente la ratificación definitiva de la independencia del pueblo cubano. Toda la obra posterior del internacionalista estaba contenida en germen en ese deseo inicial. El Doctor Torriente logró satisfacerlo. Firmó el Tratado con España, pero con dolor pudo comprobarlo: la obra no estaba terminada. Es que el ideal revolucionario, a pesar de lo estupendo del esfuerzo y lo espantable del sacrificio, no hubo de realizarse íntegramente.

Los patriotas que lucharon por la independencia durante media centuria—como dice el Doctor Torriente—quisieron fundar la República como ellos la soñaron, sin restricciones de ninguna clase, al igual que nacieron a la vida intependiente todas las nacionalidades que forman la constelación de las repúblicas americanas.

Pero

nuestra posición geográfica, la tremenda lucha con la vieja metrópoli... y las grandes relaciones y estrechos intereses económicos entre Cuba y los Estados Unidos de América, obligaron a éstos en los días más tristes de nuestras luchas por la libertad, a intervenir en la contienda.

La dominación española fué sustituida por la ocupación militar de los Estados Unidos, y Cuba, forzada por las circunstancias, hubo de aceptar la Enmienda Platt, como paso preliminar indispensable para la retirada del Poder Interventor, y como garantía irrevocable de la concertación posterior del Tratado Permanente que debía regular las relaciones entre los dos países.

Sin entrar en el análisis de todos los aspectos ni de todas las consecuencias históricas del Tratado, es un hecho evidente y unánimemente reconocido, que en el orden internacional creó a Cuba una situación enojosa y llena de peligros. Por una parte, el Tratado que originariamente “servía para afirmar y consolidar la independencia de Cuba” según repetidas declaraciones del Gobierno de Washington, pasó a ser un instrumento para mermarla, cuando

ciertos funcionarios de los Estados Unidos comenzaron a interpretarlo de una manera estrecha e impropia, que no pudieron esperar los hombres que votaron la Resolución Conjunta, ni los otros que vinieron a nuestra tierra a luchar por su independencia y ni aun siquiera los que inspiraron la Enmienda Platt y negociaron después dicho Tratado,

según ha dicho el Doctor Torriente. Si en lo que a los Estados Unidos concierne el Tratado creó la amenaza y la posibilidad de una restricción gradual de la independencia y la soberanía, en virtud de las arbitrarias interpretaciones a que acaba de hacerse referencia, en lo que toca a las demás naciones nos expuso a ser considerados, por desconocimiento de nuestras cosas, por convenirle así al Poder que hacia la interpretación o simplemente por error de apreciación, como una nación *mediatizada*, sin una personalidad clara y absolutamente definida e independiente en la vida internacional. Esta posición estaba preñada de peligros para nosotros, por cuanto el juicio universal de las demás naciones podía servir, en cualquier momento, de punto de apoyo a las interpretaciones arbitrarias y abusivas del Tratado en contra de Cuba.

Afirmar ante los Estados Unidos y ante todas las naciones del mundo, participando activamente en el mayor número de actos posibles de la vida internacional, nuestra condición de pueblo libre y soberano, multiplicar y extender nuestro servicio diplomático y nuestras relaciones internacionales, vino a ser para nosotros, y así lo comprendió el Doctor Torriente, un medio eficaz de desvirtuar la falsa creencia en nuestra mediatización, y de destruir los argumentos que a favor de ella pudieran aducirse partiendo del asentimiento, tácito o expreso, de los demás pueblos a la capciosa interpretación del Tratado a que ya nos hemos referido. El derecho se define, se afirma y se precisa ejercitándolo amplia y reiteradamente, sin limitaciones ni cortapisas. El Doctor Torriente, inspirándose en este principio, abogó insistente y tenazmente a favor de una política encaminada a hacer más intensa y más amplia nuestra vida de relación internacional. La República, tal fué su tesis mantenida con tesón y firmeza inquebrantables, lejos de aislarse internacionalmente, debía afrontar todos los sacrificios que fueren necesarios para imponer al mundo, por los medios a nuestro alcance, la convicción de nuestra existencia y nuestra personalidad de pueblo libre. Las relaciones internacionales, normalmente, son el medio de que una nación se vale para defender sus intereses cerca de las demás; para Cuba, aparte de esa significación, tenían otra de un alcance infinitamente superior: eran el instrumento hábilmente utilizado por la inteligencia cubana, para anular la viciosa interpretación del Tratado Permanente en el

orden internacional, y afirmar, de una vez para siempre, el hecho inconcuso de nuestra independencia. Fácilmente se descubre en esta concepción fundamental, la traza de las primitivas convicciones del Doctor Torriente. Sus puntos de vista eran el desarrollo de la antigua y pertinaz idea del soldado libertador, cuando en la brava manigua oriental soñaba firmar un tratado con España. Complicaciones imprevistas nos imponían una labor mucho más extensa y difícil, pero substancialmente idéntica en el fondo: el tratado debía firmarse no con España precisamente, sino con todas y cada una de las naciones del mundo. El Doctor Torriente, como otros cubanos de clara visión intelectual, comprendiéndolo así, ha venido luchando sin descanso durante cuatro lustros, sin apartarse una línea de ese objetivo patriótico. La participación de Cuba en la Guerra Mundial y la firma de un Plenipotenciario cubano al pie del Tratado de Versalles, representan el coronamiento de esa obra: el triunfo de la previsión, la inteligencia y el patriotismo. La presencia del Doctor Bustamante en el Tribunal Permanente de Justicia Internacional, y la cooperación de Cuba en la Liga de las Naciones, de la cual es Miembro en su condición de Estado soberano, ratifican universal y definitivamente nuestra libertad e independencia. En este terreno, Cuba ha ganado una espléndida victoria.

Sería injusto y empequeñecería la significación y el alcance de ese triunfo cubano, atribuirlo exclusivamente a la gestión o al influjo del Doctor Torriente. Trátase de una obra nacional en la cual han colaborado nuestros diversos gobiernos y personalidades de muy distintos campos; pero en la concepción general del plan, en la tenacidad de persistir en él sin desviaciones ni flaquezas, y en la ejecución de sus extremos más importantes, la acción del Doctor Torriente se ha hecho sentir de manera preponderante y decisiva. En sus últimos desarrollos, a partir del comienzo de la Guerra Mundial, la obra personal del Doctor Torriente ha sido más intensa, sostenida y eficaz, gracias a su posición de Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, y a la representación de Cuba que ha ostentado en la Liga de las Naciones. Procediendo con gran tacto, habilidad e inteligencia, ha tenido la fortuna de dirigir personalmente la ejecución de planes preparados con cuidadosa previsión, cabiéndole el honor de obtener los éxitos

más satisfactorios, fruto natural de un propósito patrióticamente concebido y sagazmente ejecutado.

II

LAS BASES DE UNA POLÍTICA DE MUTUO PROVECHO ENTRE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Nuestras relaciones internacionales tienen otros aspectos importantísimos aparte del que acabamos de bosquejar en los párrafos precedentes.

En primer lugar, el que concierne a los Estados Unidos de América. Las relaciones históricas de Cuba con el pueblo de los Estados Unidos, determinadas por la proximidad geográfica, se remontan casi a la época de la fundación de las primeras colonias inglesas en la América del Norte. Durante las guerras de España e Inglaterra en el siglo XVII, más de una vez buques corsarios procedentes de Cuba realizaron incursiones en las costas de la Carolina y de Virginia. La toma de La Habana por los ingleses en 1762 multiplicó los contactos; pero las relaciones pacíficas de carácter comercial con los Estados Unidos propiamente dichos, datan de la guerra de independencia norteamericana, en la cual participó España en cierta medida. El tráfico continuó después de 1779, pero intermitentemente a causa de las leyes prohibitivas españolas. Sólo se toleraba cada vez que las guerras sostenidas por España con naciones europeas dificultaban las comunicaciones con las colonias. Este comercio intermitente se mantuvo hasta 1818, fecha en la cual España autorizó el comercio de Cuba con el extranjero. A pesar de su intermitencia y de su irregularidad, el comercio de Cuba con los Estados Unidos fué tan importante desde sus orígenes, que su interrupción completa en 1800, a causa de la amenaza de una guerra entre España y Norteamérica, produjo una crisis comercial muy grave en Cuba el citado año.

A los intereses comerciales se añadieron muy pronto los intereses militares y políticos. Los Estados Unidos se extendieron de la costa del Atlántico hacia el interior del Continente hasta llegar al río Mississippi. Este avance, que parecía alejarlos de Cuba, produjo un efecto totalmente inverso. En 1803, Norteamérica

adquirió de Francia la Louisiana y ocupó toda la cuenca del inmenso río. Aun Stevenson no había inventado el ferrocarril, y las comunicaciones fluviales y marítimas jugaban un papel exclusivo y fundamental. El Mississippi fué "el camino que anda", la gran arteria por la cual tenía salida por el Golfo de México la inmensa producción que comenzó a desarrollarse en la dilatadísima y feraz llanura central. España ocupaba la boca del río y los norteamericanos tuvieron los primeros rozamientos con dicha nación, a causa de las dificultades que creaba a la salida de los buques hacia el golfo. Esas dificultades se allanaron, pero pronto los Estados Unidos comprendieron que si el Mississippi tenía una llave, que era Nueva Orleans, el Golfo de México tenía otra, que era La Habana. La libertad y la seguridad del comercio norteamericano de la gran llanura central exigían la libre salida por el río hasta el golfo, y la libre salida del golfo al Atlántico. En la primera década del siglo, España se hallaba perturbada por Napoleón y, al fin y cabo, con un rey francés a su frente. La ocasión parecía propicia a Norteamérica para obtener de Napoleón las Floridas y Cuba, como antes había obtenido la Louisiana. Así surgió, en virtud de la colonización del inmenso valle del Mississippi por los norteamericanos, la idea de obtener a Cuba. En aquella fecha, 1809, parecía ser cuanto faltaba a los Estados Unidos para garantizar su porvenir. Así lo declararon sus estadistas, Jefferson entre otros, quien manifestaba que incorporada Cuba a la Unión, él colocaría en su límite meridional una columna con esta inscripción: "Non plus ultra".

El peligro que el puerto fortificado de La Habana en la misma salida del golfo ofrecía para todo el comercio norteamericano de la cuenca del Mississippi, se puso claramente de manifiesto durante la guerra de los Estados Unidos con Inglaterra, de 1812 a 1814. Los ingleses en posesión de La Habana hubieran podido asestar golpes decisivos e irremediables a las comunicaciones navales de Norteamérica. La paz entre los Estados Unidos e Inglaterra en 1814 no hizo desaparecer la intensa rivalidad marítima entre los dos países, ni dispuso los temores cada día más pronunciados de los norteamericanos a que los ingleses se establecieran en La Habana. La debilidad más y más acentuada de España, presa de grandes conmociones internas y en lucha con todas sus colonias,

agravaba el peligro inglés, al cual se unió el peligro francés después de 1820. La invasión de España por el Duque de Angulema para restablecer en el trono a Fernando VII, exacerbó esos peligros, pues los estadistas de los Estados Unidos temieron que Francia se alzase con Cuba, como compensación a los gastos de la intervención en España. Fué entonces cuando el Presidente Monroe, de acuerdo con su Secretario de Estado John Quincy Adams, por una parte obtenía de España seguridades de que no pensaba traspasar su soberanía sobre Cuba a ninguna otra potencia, y por otra lanzaba al mundo la famosa "Doctrina de Monroe", encaminada a defender los intereses norteamericanos, impidiendo que las naciones europeas se apoderasen de territorios en América—especialmente de Cuba—desde los cuales pusiesen en peligro la seguridad de los Estados Unidos. En concordancia con los fines perseguidos por esa doctrina, los Estados Unidos ofrecieron a España en 1823 y 1825, amparar su soberanía en Cuba, por la fuerza de las armas si fuese preciso. España, aprovechándose de esa oferta, procuró obtener de los Estados Unidos en 1826 un tratado garantizando a perpetuidad su soberanía en Cuba, a lo cual se negaron los norteamericanos. Como se ve, España procuraba asegurar la posesión de Cuba, recabando de los Estados Unidos una garantía exactamente igual a la que éstos han brindado a la República Cubana por alguna de las cláusulas del Tratado Permanente de 1903.

En 1826 las repúblicas recién constituídas del Continente, amenazadas por España desde sus posiciones de las Antillas, a fin de librarse de la carga de sostener un ejército y una marina para defenderse de la ex metrópoli, concibieron el plan de echar a España de las islas, destruyendo así toda posibilidad de reconquista y librando al naciente comercio del Continente, de los ataques de la marina y los corsarios españoles, provistos de excelentes bases de operaciones en los mares antillanos. Los Estados Unidos no se sentían aún con fuerzas bastantes para desafiar el poderío inglés apoderándose de Cuba; temerosos del destino final de la Isla al separarse de España, optaron por mantener el *statu quo*. En tal virtud, pusieron el veto en Panamá a todo intento de campaña contra Cuba. Los temores de los Estados Unidos respecto de las miras de Inglaterra sobre Cuba fueron muy vivos

de 1826 a 1830. Después de 1830 la situación se mantuvo inalterable durante varios años, pero alrededor de 1840 los temores de los Estados Unidos aumentaron a causa de la peculiar situación de España respecto de Inglaterra durante la regencia de Espartero (1840-1843). España tenía entonces fuertes compromisos con Inglaterra, y a Espartero se le acusaba por sus enemigos políticos, como se sabe, de estar sometido a las influencias inglesas. Si se tiene en cuenta que las relaciones entre los Estados Unidos e Inglaterra eran sumamente tirantes por aquella fecha, de tal manera que en 1842 y 1845 hubo amagos de guerra, se comprenderá lo justificado de los recelos de Norteamérica, para quien el Mississippi y el Golfo de México tenían cada día mayor importancia. Así, pues, no es extraño que en 1840 los Estados Unidos reiterasen a España su decisión de ayudarla a conservar a Cuba, ni que en 1848, continuando las dificultades con Inglaterra y alentados por el fácil éxito de la guerra con México, se decidiesen a eliminar de una vez el peligro cubano, adquiriendo la Isla, a cuyo efecto hicieron a España proposiciones formales de compra. Por esa época, precisamente, en Cuba se iniciaban movimientos anexionistas, encaminados esencialmente a mantener la esclavitud, por la abolición de la cual apremiaban a España los ingleses. Estos movimientos hallaron apoyo en los esclavistas del Sur de los Estados Unidos, pero no en la Administración norteamericana, para cuyos planes de pacífica adquisición de Cuba por compra, representaban un trastorno grave e inoportuno. He ahí porqué, después de alguna vacilación, tras de la cual los estadistas del Norte fijan definitivamente su actitud en favor de los procedimientos pacíficos de la diplomacia, apoyada en ofertas tentadoras para una nación empobrecida, los Presidentes Taylor y Fillmore lanzan sus proclamas de 1849 y 1851, condenando las empresas anexionistas de algunos ciudadanos de la Unión. España, interpretando mal quizás las miras de los Estados Unidos, o procurando hábilmente colocarlos en una situación difícil, trató de nuevo de obtener en 1852 un Tratado que garantizase su permanencia en Cuba, y nuevamente Norteamérica se negó a aceptar semejante compromiso, formulado esta vez no por España misma directamente, sino valiéndose de las cancillerías de Inglaterra y Francia. La actitud de los Estados Unidos siguió siendo, pues, la misma, con una firmeza

incommovible. Los nuevos movimientos armados que se preparaban contra España fueron desaprobados en 1855, y en 1859 se reiteraron las ofertas de compra del año 1848, rechazadas otra vez por los gobernantes españoles. Diez años después, en 1869, terminada ya la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur, la política tradicional de los Estados Unidos respecto al problema cubano sufrió un cambio que debía durar poco. El Presidente Grant entró en negociaciones con Morales Lemus, representante de la Revolución, y se envió un Ministro norteamericano a Madrid que inició gestiones para pactar la independencia de Cuba, pero pronto se rectificó esa actitud y se volvió a la antigua política de apoyo a España, abandonando toda idea de anexión; las negociaciones para la independencia de Cuba se dejaron en suspenso y Grant lanzó en 1870 una proclama profundamente desalentadora para los revolucionarios de Yara. Los Estados Unidos no muestran ya en lo adelante, ostensiblemente al menos, interés por adquirir a Cuba. Sus temores de que Inglaterra u otra potencia naval se establezcan en la Isla, parecen haber disminuído mucho, y por otra parte, la opinión norteamericana ha rectificado su antigua disposición favorable a la admisión de Cuba como un Estado de la Unión, a pesar de que sus intereses mercantiles en la Isla siguen tomando un vuelo cada vez mayor. Esos intereses son de orden meramente privado y los Estados Unidos proceden en lo adelante como si sus miras sobre Cuba se limitasen a evitar trastornos internos que pudieran traer complicaciones, peligrosas para el *statu quo* y ruinosas para el comercio norteamericano.

En tal virtud, en vista de que la guerra iniciada por Céspedes se prolongaba, el Secretario de Estado Fish hostiga a España en 1875 para que termine la contienda, amenazando intervenir, si no lo logra, requerimiento que reitera con mayor energía en 1876. España tomó en cuenta el peligro que se aproximaba y obtuvo la paz del Zanjón que puso término a las preocupaciones y a las exigencias norteamericanas durante diez y siete años. La revolución preparada por Martí creó una nueva situación a partir de 1895, que acabó por ser intolerable para los Estados Unidos; significaba, además, una perturbación incidental muy molesta en los planes que preparaban éstos en Centro América. Con insistencia cada vez más fuerte, los Estados Unidos conminaron a España

para que obtuviese la paz mediante un arreglo con el pueblo de Cuba. Al fin los acontecimientos se precipitaron y estalló la guerra hispano-americana, viéndose obligada España a renunciar su soberanía sobre el territorio cubano. Más tarde, cuando los Estados Unidos traspasaron el gobierno de la Isla a nuestro pueblo, cuidaron de asegurarse por la Enmienda Platt, las mismas idénticas garantías que durante un siglo habían exigido de los gobiernos españoles, es decir; la seguridad de que jamás ninguna parte del territorio cubano sería cedida, traspasada o arrendada a otra potencia. Las seguridades que busca Norteamérica con el Tratado Permanente de 1903 no son nuevas, por consiguiente; son las mismas que reiteradamente había solicitado y exigido de España desde 1823. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental a favor nuestro: los Estados Unidos adquirieron con el pueblo cubano un compromiso solemne que jamás habían querido contraer con España: el de respetar, amparar y garantizar la soberanía y la independencia de Cuba. Los Estados Unidos han adoptado definitivamente, por lo tanto, la política que predominó después de la Guerra de Secesión: eliminar el peligro de Cuba, no mediante la ocupación de la Isla, sino asegurándose de que en ella no pueda establecerse nunca una potencia rival fuerte.

Las causas de esa decisión final han podido ser varias, pero entre ellas debe contarse en primer lugar, la de que en los últimos sesenta años, la zona peligrosa para los Estados Unidos se ha desplazado mucho más al Sur. El "Non plus ultra" de Jefferson habría que colocarlo ahora en Panamá.

La situación que prevalece actualmente en virtud de ese desplazamiento, afecta menos directamente a Cuba y, como ya descrita, es una consecuencia fatal e inevitable del crecimiento de los Estados Unidos hacia el Oeste. En 1846, con la posesión definitiva de Oregon, los Estados Unidos tienen costas en el Pacífico, que se amplían con California en 1848 y con Alaska en 1865. Más tarde vienen la adquisición de Hawai, Guam y las Filipinas; los Estados Unidos son, desde entonces, una potencia no sólo del Atlántico sino del Pacífico, en cuya costa opuesta a California se levanta un poder agresivo y audaz, el Japón, que sacado por el Comodoro Peary en 1854 de su sueño secular, en el corto espacio

de cincuenta años ha llegado a ser una fuerza militar y marítima formidable.

Desde que los Estados Unidos se desbordan sobre la costa del Pacífico, por un proceso natural de crecimiento, la necesidad de establecer una rápida comunicación entre los dos océanos se impone a los estadistas norteamericanos. Esa comunicación rápida es esencial para la seguridad militar de los Estados Unidos; es un problema vital de defensa y de economía el que se plantea. La posibilidad de unir en corto tiempo las fuerzas navales del Atlántico y del Pacífico, hará imponente el poder naval norteamericano y librárá al pueblo de los Estados Unidos de la necesidad de duplicar sus escuadras. La posición de Norteamérica como potencia naval de primer orden—se sabe que éste es su fuerte, porque su aislamiento la libra de sostener grandes ejércitos—depende de la unidad de su marina. La ansiedad que produjo en Washington el recorrido del acorazado *Oregon* durante la Guerra Hispano-Americana, enseñó a todos los norteamericanos lo que para ellos habría de significar Panamá.

Un pueblo de cien millones de habitantes, rico, con un gran espíritu de empresa, consciente de su fuerza, su habilidad y sus recursos, orgulloso de sus instituciones democráticas y con una firme voluntad de poder y de vivir, frente a un problema de la naturaleza del que apuntamos, es natural que se disponga a resolverlo sin vacilación. Así han procedido los Estados Unidos. La necesidad de abrir el Canal de Panamá y de abrirlo para su propia defensa, se impuso a Norteamérica y la obligó a una rectificación de su antigua política en la América Central. En 1846, cuando aun no poseían ninguna parte de la costa del Pacífico, habían firmado un tratado con Colombia garantizándole la posesión del istmo. Este tratado resultó ser un compromiso aventurado, que la nueva situación del Pacífico obligó a deshacer. No era el único: en 1850 Norteamérica había contraído obligaciones en la América Central con Inglaterra respecto del canal interoceánico por el tratado de Clayton-Bulwer; es otro obstáculo que debe eliminarse. La cancillería norteamericana pone manos a la obra. La antigua rivalidad con Inglaterra se ha atenuado o ha desaparecido a fines del siglo XIX y John Hay, negociando en nombre de los Estados Unidos, firma en 1901 el tratado Hay-Pauncefote,

que anula el de Clayton-Bulwer. El obstáculo inglés queda borrado. El mismo Hay negocia con Colombia y firma en 1903 el Tratado Herrán-Hay, por el cual se hace posible un canal de Panamá norteamericano. Colombia se niega a ratificar el Tratado y de esa negativa surge la República de Panamá en 1904, que concede a los Estados Unidos cuanto Colombia hubo de negarles. Los antiguos compromisos habían sido rectificadas, los Estados Unidos tenían las manos libres, y el Canal fué construído rápidamente. Pero el porvenir suele guardar sorpresas desagradables aun a los hombres más previsores; la seguridad de Norteamérica ha durado poco y resulta precaria. La invención y el perfeccionamiento del aeroplano han hecho totalmente inseguro un canal de esclusas como el de Panamá. Unas cuantas bombas lanzadas con precisión desde el aire sobre las esclusas de Gatún, pueden reducir a la nada en unos cortos minutos, quizás segundos, el esfuerzo gigantesco de más de cincuenta años de trabajos diplomáticos, de inteligencia y de voluntad, y la montaña de millones que representa la construcción del Canal. Las escuadras norteamericanas podrían quedar divididas en los dos océanos o aisladas en uno de ellos, lo cual significaría quizás la derrota, o haría la victoria difícil y costosa. Las autoridades militares norteamericanas temían esto desde hace algún tiempo; y las últimas maniobras presenciadas hace pocas semanas por el Secretario de Marina Mr. Demby han comprobado que esos temores eran fundados. Panamá es indefendible o muy difícilmente defendible contra los aeroplanos. El famoso invento de Santos Dumont ha quitado al Canal su valor militar; no es una vía segura. Una autoridad naval norteamericana ha lanzado al pueblo de los Estados Unidos estas fatídicas palabras:

La destrucción de las esclusas de Gatún por bombas lanzadas desde un aereoplano, será el primer anuncio al pueblo de los Estados Unidos de que hemos entrado en una nueva guerra.

El caso, sin embargo, estaba previsto porque los estadistas norteamericanos ven a distancia. Al Canal de Panamá, de esclusas, hay que adicionarle el canal de Nicaragua, a nivel, que no será fácil de destruir con unas cuantas bombas. Ese canal será la vía militar futura de los Estados Unidos en Centro América;

no es preciso ser muy zahorí para predecirlo. Tampoco se necesita de una extraordinaria penetración para comprender que toda la acción política que los Estados Unidos vienen desarrollando en las Repúblicas Centroamericanas, se encamina al logro de esos fines. Bajo nuestros ojos se desenvuelve un proceso semejante al que culminó con la construcción del canal de Panamá. Esto puede servirle de aviso a los pueblos interesados.

El sucinto bosquejo que acabamos de hacer de ciertos aspectos de la política norteamericana en Cuba y en la América Central, se encamina a demostrar que esa política, en estrecha concordancia con la Doctrina de Monroe obedece, en el fondo, a consideraciones militares relacionadas con la defensa y la seguridad de los Estados Unidos. Tras el marino y el ingeniero irá el negociante; la eterna historia de los que injertan en el interés nacional, en el gran interés colectivo, su interés personal amparando su negocio con la sombra de la bandera de su patria.

Esa política norteamericana en Cuba,—objeto principal de nuestros cuidados—se puede resumir, tomando como base los hechos expuestos, en unas cuantas líneas: Desde 1803, Cuba, por su posición estratégica, fué un peligro para los Estados Unidos. Los estadistas norteamericanos trataron de eliminarlo adquiriendo la Isla, o de neutralizarlo manteniéndola en poder de España, a fin de evitar toda posibilidad de que pasase a manos de una potencia naval fuerte. Después de la Guerra de Secesión los Estados Unidos no manifiestan interés por adquirir a Cuba. Les basta con que continúe en poder de España y, aunque se mantienen atentos y vigilantes, Cuba parece tener un interés militar menor para ellos. En realidad, es que el puerto habanero ha perdido su antigua condición de base naval formidable. Los Estados Unidos dominan la Florida y su marina es gastante fuerte para imponer respeto al mundo y evitar que ninguna nación intente apoderarse de Cuba. La frontera militar peligrosa está ahora más lejos, en el istmo. No obstante, Cuba en la línea de comunicaciones que une los puertos norteamericanos del Atlántico con los del Pacífico sigue ocupando una posición estratégica de gran valor. De aquí que los Estados Unidos exijan de la República de Cuba, las mismas garantías que durante cerca de un siglo España hubo de brindarles.

Si en el orden militar puede afirmarse que el peligro que en un tiempo representó Cuba para los Estados Unidos ha disminuído en virtud de las razones expuestas, del acuerdo a que han llegado los dos pueblos mediante el Tratado Permanente, y de los sentimientos amistosos de los cubanos, en lo que concierne a las relaciones económicas, Cuba tiene hoy mayor interés para su poderoso vecino del Norte y es un factor cada día más importante para el bienestar del pueblo de los Estados Unidos. En efecto, desde 1776 hasta la fecha, el comercio de Cuba con Norteamérica ha aumentado sin cesar, salvo la disminución accidental correspondiente a cortos períodos de guerra. En la actualidad alcanza, como es sabido, proporciones enormes. El hecho es tan conocido que pueden excusarse las cifras y las comprobaciones estadísticas. Este comercio ha estado favorecido por la proximidad de los dos países, la facilidad de las comunicaciones y la diferencia esencial entre los productos del suelo y de la industria de uno y otro pueblo, circunstancias que han permitido y estimulado un intercambio muy beneficioso para ambos. En los últimos años el comercio de los Estados Unidos con Cuba ha cobrado mayor valor para aquéllos, en virtud de que han entrado en juego dos nuevos factores de extraordinaria importancia, que los norteamericanos suelen perder de vista o no mencionar cuando abordan la discusión de estas cuestiones, por cuanto prueban el inmenso beneficio que reciben de Cuba económicamente. Esos dos factores son el haberse agotado la inmensa provisión de tierras libres en el Oeste americano y el rápido desarrollo del *urbanismo*, que ha alterado profundamente la vida económica y social del pueblo de la vecina República.

La población norteamericana se fué extendiendo desde las costas del Atlántico hacia el interior, como hemos visto. En 1789 había llegado a orillas del Mississippi; en 1803, con la adquisición de Louisiana se extendió hasta el pie de las Montañas Rocallosas; en 1819 completó su frontera marítima por el Sur desde Nueva Orleans hasta la Carolina; en 1845 los Estados Unidos se anexaron a Texas, cuarenta veces mayor que Massachusetts; en 1846 sus colonos cruzaron las Montañas Rocallosas por el Norte y llegaron hasta el Pacífico, ocupando los territorios que hoy forman los Estados de Oregon y Nevada; finalmente, en 1848, Norteamé-

rica se apoderó de California y Nuevo México. Mientras duró este proceso de expansión continental que abarca sesenta años, el *pioner* primero (cazador, leñador, minero) y el colono después, fueron encontrando ante sí miles y miles de leguas cuadradas de tierras vírgenes que ocupaban sin el menor desembolso en porciones inmensas. Si la fertilidad del terreno disminuía, se avanzaba sencillamente hacia el Oeste, en busca de tierras nuevas, no apropiadas ni explotadas todavía. Pero el Continente, aunque inmenso, no era ilimitado y llegó un momento en que la marea de pobladores, empujada hacia adelante por las oleadas continuas que aportaba la corriente inmigratoria europea, acabó por ocupar todo el territorio comprendido dentro de los límites de los Estados Unidos. Entonces se produjo un efecto económico nuevo, muy natural aunque imprevisto: exhausta la provisión de tierra libre, las tierras aumentaron progresivamente de valor. El agricultor, apremiado por la necesidad, se vió obligado a elevar el precio de sus frutos para compensar el mayor costo o la mayor renta de las tierras, y se inicia el movimiento ascendente del costo de la vida urbana a la manera de un termómetro que sube continuamente sin que hasta la fecha aun haya podido detenerse.

La población y las industrias urbanas fueron afectadas inmediatamente por estos hechos. En efecto, el encarecimiento de las materias primas y de las subsistencias produjo un alza general de los salarios y de los productos manufacturados. Pero he aquí que la población rural no tardó en sufrir, a su vez, el contra golpe de la crisis urbana e industrial, al acrecentarse en grandes proporciones el precio de todos los productos de la industria que consume el agricultor. La solidaridad económica total de la nación quedó de manifiesto, creándose un círculo vicioso al cual, hasta el presente, no se le ha podido hallar salida. La aplicación de la maquinaria a la agricultura, el empleo de medios científicos, el cultivo intensivo, la cooperación, las tarifas protectoras, las leyes de crédito agrícola, han atenuado el mal sin remediarlo totalmente, y los Estados Unidos, tienen en el siglo XX un problema rural, cuyos penosos efectos trascienden a toda la economía de la nación, problema que no conocieron en el siglo pasado, y que deteriora más acentuadamente de día en día la agricultura norteamericana.

El otro factor, estrechamente relacionado con el que acaba de mencionarse, es, como ya se dicho más arriba, el urbanismo. A principios del siglo pasado, más del noventa por ciento de la población de los Estados Unidos era rural, tenía pocas necesidades y las cubría con ciertas industrias domésticas. Pero durante todo el siglo la población urbana ha crecido mucho más rápidamente que la rural, alterándose la proporción entre una y otra de manera profunda. Cada censo decenal ha acusado una proporción mayor de población urbana y menor de población rural. En 1910 ya la población rural sólo llegaba al cincuenta y tres por ciento de todos los habitantes de la Unión; en 1920 no alcanzaba al cincuenta por ciento. Esta acumulación de más de la mitad de los habitantes en enormes centros urbanos, ha agravado y complicado el problema rural creado al quedar exhausto el *stock* de tierras libres y encarecerse la producción agrícola.

Las grandes urbes ejercen una suerte de succión sobre el campo, al cual extraen los elementos más activos y emprendedores, ambiciosos de bienestar y de fortuna. La población rural, privada de sus componentes más valiosos se reduce en número y en calidad. Su influencia social y económica tiende a ser menor cada día.

Para Cuba, el resultado económico más importante, de la acción combinada de los dos factores mencionados, es que los Estados Unidos no son ya una nación que se basta a sí misma. En multitud de artículos de primera necesidad y de materias primas para sus industrias, Norteamérica es tributaria de numerosos países, contándose entre ellos el nuestro, porque desde que la población rural no se ha hallado en condiciones de proporcionar al consumidor urbano cuanto éste necesita para vivir y desarrollar sus industrias a un precio razonable, el comercio norteamericano se ha visto obligado a buscar fuera el complemento o el saldo indispensable. Cuba ha llegado a ser, por tal motivo, un proveedor, a bajo precio, de nuestros vecinos del Norte, a los cuales proporciona artículos de primera necesidad, como el azúcar, y materias primas como el hierro, el cobre y otras. Las admirables condiciones naturales de Cuba para el cultivo de la caña y otros frutos tropicales, y la sobriedad de su población—en parte por temperamento, por tener un nivel de vida muy bajo, y porque

la naturaleza del clima reduce las exigencias de la vida—le permiten al agricultor cubano producir a un costo muy módico, proporcionando a los ciento cinco millones de norteamericanos, artículos de primera necesidad en condiciones ventajosas. El productor cubano ha estado y está colaborando eficazmente, desde hace años, en la resolución y el alivio del problema social y económico más grave de los Estados Unidos en estos tiempos: el de limitar el alza progresiva de los precios, conteniendo el encarecimiento de la vida, que alcanza límites más y más altos. Los Estados Unidos tienen en Cuba, pues, un vecino que trabaja muy económicamente para producir artículos que ellos necesitan con urgencia, vecino que, además, les compra, de todo lo que consume, cuanto la agricultura y la industria norteamericanas pueden proporcionarle. Salvo, acaso, un número reducido de productores de azúcar empeñados en vitalizar artificialmente una industria a costa de sus conciudadanos y violentando las leyes de la naturaleza, el pueblo de Norteamérica en su totalidad recibe inmensos beneficios con el intercambio comercial que mantiene con nosotros. Hay norteamericanos que señalan en el balance total del intercambio entre los dos países el hecho de que nuestras exportaciones son superiores a las importaciones como prueba de que somos los más favorecidos en esos tratos; pero semejante conclusión, basada en un solo dato aislado compensado por otros que no se mencionan, es errónea. La realidad es que nuestra producción juega un papel de primer orden en el bienestar del pueblo norteamericano y que los beneficios que le proporcionamos son muy superiores a los que en reciprocidad recibimos, sin dejar de convenir que éstos son grandes también. Cuba, pues, no es un mero apéndice en la vida económica de Norteamérica ni un país que vive de los favores y la protección que recibe. Es un amigo laborioso cuya cooperación resulta cada día más útil, provechosa e indispensable a su gigantesco vecino.

*

Bosquejada a grandes rasgos la posición de Cuba respecto de los Estados Unidos en los diversos aspectos militares y económicos a que nos hemos referido, ¿cuáles deben y pueden ser en el terreno de la justicia, de la equidad y de la conveniencia recíproca, las relaciones internacionales entre los dos pueblos?

Los intereses fundamentales de uno y otro no son contradictorios. Los Estados Unidos necesitan evitar, para la seguridad de sus costas del Sur y de la ruta naval interoceánica del istmo, la presencia de un enemigo en Cuba. Esta necesidad, no es en ninguna forma incompatible con la aspiración y el sentimiento profundos de independencia del pueblo cubano. Los Estados Unidos pueden abrigar la firme seguridad de que el pueblo cubano jamás cederá una pulgada de su territorio, sin haber agotado antes cuantos medios de resistencia tuviese a su alcance; ni se allanará a la limitación de su independencia, ni a la reducción de su soberanía, sino bajo la presión de una fuerza armada brutal e irresistible, después de combatirla hasta el último extremo. La seguridad que los Estados Unidos reclamaron de España durante casi un siglo de que no permitiera a ninguna potencia extranjera poner un pie en Cuba, la tienen aquéllos ahora, amplia, total, absoluta, por la firme determinación del pueblo cubano de vivir independiente y libre. El Tratado Permanente de 1903, dió a los Estados Unidos esa garantía en el terreno de las formalidades internacionales, pero en lo real, en el dominio de los hechos, la garantía sustancial, viva y operante, la tiene Norteamérica en la honda y enérgica determinación del pueblo cubano de conservar para sí y legar a sus hijos, íntegra y completa, la tierra descubierta, poblada, roturada y civilizada por sus padres, defendida durante siglos contra todos sus enemigos y constituida en Estado soberano a costa de la ruina, la sangre y las lágrimas de varias generaciones. Los Estados Unidos por ese lado pueden sentirse seguros. El arrendamiento de las carboneras prueba que el pueblo cubano en este punto, se allana a conceder a Norteamérica cuanto es, o puede considerar esencial para la seguridad de ésta. A cambio de esas seguridades extraordinarias ¿qué exige el pueblo de Cuba? Respeto para su soberanía y su independencia; es decir, respeto para derechos propios, inalienables, imprescriptibles, que nacen no de la concesión graciosa de ningún poder extraño, sino del hecho mismo de nuestra existencia y de nuestra historia, derechos contra los cuales no puede atentarse sin cometer un crimen contra el derecho de gentes, abominable para todos los hombres honrados y odioso para la humanidad civilizada. En el orden político internacional, como se ve, Cuba y los Estados Unidos pueden mantener

una firme y cordial amistad, que sólo podría enfriarse y quebrantarse en el mañana, si violando todo principio de respeto a los derechos y a los sentimientos del pueblo cubano, el poder vecino, apoyado en su fuerza, se empeñase en ingerirse en problemas internos o externos, privativos de nuestra nación, que en nada le conciernan. Nadie que ame sinceramente a los dos pueblos, deseará que se llegue jamás a una situación semejante. Para Cuba habría de ser muy desagradable y peligrosa; a los Estados Unidos no les convendría tampoco en ninguna forma tener en nosotros un vecino descontento, rencoroso y en perpetuo temor de verse despojado de su independencia, por la cual luchamos desesperadamente durante casi un siglo.

Si en el orden político el acuerdo es llano y fácil, otro tanto ocurre en el orden económico. Armonizar los intereses de los dos países sobre una base de justicia y equidad, de manera que se presten recíprocamente el máximo de servicio, sin perturbar la vida económica ni la organización social internas de una y otra nación, es una obra hacedera si norteamericanos y cubanos sustituyen el desapoderado espíritu de lucro y la explotación a toda costa de las necesidades del vecino, por un espíritu de cooperación económica que mire al bienestar de ambos países. Para llegar allá sólo se requiere que nuestros vecinos comiencen por reconocer la verdad de su situación y de la nuestra, y por apreciar el valor de los servicios incalculables que les hemos prestado y estamos en actitud de prestarles, a medida que sus problemas rurales se agravan y complican. Amistad, respeto y cooperación: he ahí las bases fundamentales sobre las cuales deben cimentarse las relaciones francas y cordiales entre la tierra de Washington y la tierra de Martí. Cuba, reiteradamente, ha probado, con hechos, que ese es el plano en que desea mantenerse.

¿Necesitaremos agregar ahora, después de esta extensa explicación de antecedentes, que esa es la política que ha preconizado, mantenido y desenvuelto el Doctor Torriente a lo largo de toda su actividad de hombre público durante cerca de veinte años? Léanse los discursos que forman los dos volúmenes de su obra *Cuba en la vida internacional*, especialmente los titulados *La Ley del Empréstito de Guerra*, pronunciado en el Senado el 15 de junio de 1917, *El estado de guerra entre la República de Cuba y el*

Imperio Austro-Húngaro, y La cooperación de Cuba en la guerra, de 14 de diciembre de 1917, correspondientes al volumen primero, así como los que llevan por título *La ley del servicio militar obligatorio*, del 1º de agosto de 1918, *El Tratado de Paz de Versalles*, de 17 de diciembre de 1919, *Las relaciones comerciales de Cuba con los Estados Unidos de América*, de 13 de octubre de 1920, *Cuba, Bustamante y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional*, de 1º de marzo de 1922; *Cuba, los Estados Unidos de América y la Liga de las Naciones*, de 5 de marzo del mismo año, pertenecientes todos al volumen segundo, y se verán expuestas con gran amplitud de miras, acopio de doctrina y de antecedentes, y hondo sentimiento de amor a Cuba y de cordialidad a Norteamérica, las ideas que hemos resumido en esta parte de nuestro trabajo. La gestión personal del Doctor Torriente como jefe de la delegación cubana en la Asamblea de la Liga de las Naciones ha estado inspirada en esos mismos propósitos e ideales, en los cuales persevera, tanto en los últimos trabajos publicados con posterioridad a la impresión de la obra a que nos referimos, como en su gestión en la Presidencia de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

Esa política esencialmente cubana, patriótica, y amistosa, que tiende a la conciliación de todos los intereses, a la ayuda mutua, y al robustecimiento de los lazos de afecto y estimación anudados en los campos de Cuba libre y en el trato comercial constante, debe ser definida y divulgada en Cuba y en los Estados Unidos, porque es la única que hará inquebrantable la amistad entre los dos pueblos, y brindará recíprocas garantías, y mutuo provecho a ambas naciones, en la política internacional y en la esfera de los negocios.

RAMIRO GUERRA SÁNCHEZ.

(Concluirá.)

UN DOMINGO EN LA HABANA (*)



QUEL día reinaba extraordinaria animación entre el numeroso vecindario del solar.

Como era domingo y el acicate de la llegada puntual al trabajo no apremiaba, la enorme colmena humana había ido despertando poco a poco.

Los hombres y las mujeres, que salían durante el resto de la semana a la calle, a la ruda conquista del jornal, apenas la primera claridad de la mañana empezaba a disipar las sombras de la noche, se quedaban aquel día perezosamente tendidos en la cama, en desquite del apresuramiento cotidiano.

Y ahora, al mediar la mañana, entre el bullicio de los muchachos que retozaban en el patio, en la imposibilidad de dormir más en medio del creciente clamoreo formado por sus gritos y el vocerío de todo el vecindario, en plena actividad matinal, que repercutía como en una caja de resonancia en el inmenso cuadrilátero formado por las filas de las habitaciones, salían los hombres, desgñados, a medio vestir, en camiseta o en mangas de camisa, hasta la puerta de la habitación, desperezándose y bostezando o sorbiendo con golosa lentitud la taza de café, que la mujer había preparado, en tanto ellos prolongaban el placer dominical de estirarse entre las sábanas, a pesar de las provocaciones de la luz empeñada en hurgar sobre los párpados, de la gritería de los chiquillos y el trajín de las mujeres.

Libres las habitaciones de los catres, hamacas o montones de trapos esparcidos por el suelo que durante la noche se tendían para recoger los cuerpos molidos en la brutal faena del día terminado,

(*) Capítulo primero de la novela, terminada ya, que se publicará próximamente con el título de *El tormento de vivir*.

empezaban a abrirse las puertas y ventanas y a desbordarse el contenido humano de las covachas en las galerías y en el patio.

En los días de labor, la escuela vecina recogía a los pequeños; los hombres, las muchachas y algunas de las mujeres marchaban a la fábrica o al taller donde estaban empleados, y el recinto de la ciudadela quedaba casi en silencio, interrumpido tan sólo por el chapoteo de la ropa en las bateas, la conversación de las vecinas, la trepidación de dos o tres máquinas de coser que entraban en funciones y el canto de alguna trabajadora solitaria, en tanto ponía el puchero a la candela o arreglaba los tarecos de la habitación.

Aquel día el bullicio era mayor, excitado por el bronco sonido de un tambor que retumbaba de cuando en cuando, a intervalos irregulares, como si el tamborilero estuviera afinando y ensayando sus diversos tonos, a fin de tenerlo listo en la hora de la fiesta:

Era el santo de Mama Ignacia, una morena vieja, vendedora de yerbas y medio curandera que vivía en una de las accesorias del piso bajo, y, con este motivo, sus familiares, amigos y devotos habían organizado una gran rumba para aquella tarde, después de haber obtenido el permiso del capitán de policía de la demarcación.

El tambor era el mismo que usaba la morena en sus ceremonias de brujería, y el tocador, su nieto, un pardo, zagaletón de diez y ocho o veinte años, muy hábil en manejar este instrumento, desde la mañana había empezado a ensayar con gran regocijo de la chiquillería que coreaba con cantos y cabriolas los ásperos compases de la música.

Había en el solar dos pisos, el bajo, cuyas habitaciones tenían la entrada por el patio, y el alto, adonde se llegaba por dos escaleras, una a cada lado de la puerta de la calle, y cuyos cuartos daban a una estrecha galería sostenida por pilares de hierro.

La forma de este recinto interior era casi cuadrangular: el patio en el centro y las filas de habitaciones a los lados; en los ochenta departamentos que la inmensa casa de vecindad tenía se albergaban alrededor de unas cuatrocientas personas, que las familias miserables son por lo general grandemente prolíficas, y casi todas ellas bullían en aquel momento en las galerías y en el patio de la casa.

De una de las habitaciones situadas en la galería izquierda del piso alto, salió una muchacha con una jaula en las manos; colgó la jaula en un clavo empotrado en la pared, al lado de la puerta, animó con dos o tres silbidos cariñosos al pajarillo prisionero y se aproximó a la baranda del pasillo mirando hacia la entrada de la calle con expresión anhelosa.

Era una jovencita, casi una niña, de diez y siete o diez y ocho años a lo sumo, rubia, de cabellos dorados, brillantes en aquel momento al contacto de un rayo del sol de la mañana, que empezaba a descender a lo largo de la pared, proyectado desde el borde del tejado de la fachada opuesta; su cutis, de pálida blancura, con reflejos de nácar, revelaba la delicadeza de su constitución, minada por la anemia; era delgada y de mediana estatura, con el tipo peculiar de las muchachas obreras a quienes las privaciones y el trabajo prematuro y excesivo impiden completar el desarrollo de la adolescencia; sus facciones, aunque finas, no tenían la minuciosa corrección que es propia casi siempre de los semblantes inexpresivos; su nariz ligeramente ensanchada, el tenue vello rubio, apenas perceptible, que bordeaba los extremos del labio superior y la tonalidad de sus ojos azules, con fugaces destellos amatistas, hacían presumir un temperamento ardiente y apasionado, contenido quizás por un carácter concentrado y melancólico.

Volvió a entrar en su habitación, para reaparecer breves instantes después con un chal rosado en la mano, húmedo en dos o tres partes, como si en ellas se hubiera limpiado alguna mancha; lo extendió cuidadosamente sobre la baranda del pasillo, en el punto bañado por el sol, sin cesar de mirar hacia la puerta de la calle; para hacerse la desentendida de la ávida contemplación de algunos vecinos, empezó a cantar una canción de amores, sentimental y triste, como son casi siempre las canciones habaneras. Su voz era débil, pero llena de emoción; las notas del canto salían de su garganta con vibraciones apasionadas, como si expresaran los sentimientos de su propio corazón.

Si el encanto de su graciosa figura había atraído muchas miradas ambiciosas, el suave sonido de su voz hizo perder la prudencia a muchos de sus contempladores.

Todos comprendían por sus visitas a la baranda y por sus

ojeadas impacientes a la puerta de la calle, que estaba esperando a su novio, un mozo demasiado suelto de manos con los moscardones que se atrevían a zumbar en torno de la muchacha, pero algunos no pudieron contenerse y soltaron el chorro de los piropos, más o menos bien intencionados y sentidos.

—¡Loquita, tú tienes una campanilla de oro en la garganta! decía uno.

—¡Jiribilla tiene cuando canta esta chiquita! exclamaba otro.

Un curro, desde la galería opuesta, se aproximó a la baranda y, gesticulando como si pronunciara un discurso, se encaró con la muchacha, diciéndole:

—¡Olé tu mare, Loquita! Cuando tú cantas, todos los angelitos se asoman a la puerta del cielo: ¡para oírte!

No debió quedar muy conforme con esta improvisación la compañera de fatigas del elocuente curro, porque empezó a vociferar desde el interior del cuarto:

—¡Sale de ahí, arrastrao! ¡tenorio en chancletas! deja a la muchacha tranquila y vete a traer los mandaos pa l' almuerzo, antes de que cierren la bodega!

Y como el hombre no se diera mucha prisa en obedecerla, salió hasta la puerta del cuarto, empuñando un cucharón, en actitud agresiva. Era una mujer imponente, alta y gruesa, de barba casi cerrada y cara de pocos amigos.

Al verla, el curro se apresuró a escabullirse, refunfuñando improperios en tanto se alejaba:

—¡Mardita sea mi suerte! ¡La culpa me la tengo yo por haberme amontonao con este sargento de la guardia civil, en vez de haber buscado una mujer de verdá!

En torno de Loquita había empezado a desarrollarse otra escena que atrajo a su vez el interés de los curiosos.

De uno de los cuartos próximos había salido un muchachote alto y flaco, picado de viruelas y mirar atravesado por la bizquera de uno de sus ojos.

Se aproximó a la muchacha poco a poco, en tanto le decía con voz aflautada y expresión compungida:

—¡Loquita, Loquita! yo soy el que estoy loquito por ti y cualquier día hago un disparate de los gordos, como no me quieras.

Y como se le hubiera aproximado casi hasta tocarla, ella se

apartó con un movimiento esquivo hacia la puerta de su habitación, en tanto le decía:

—Pues mira a ver si te tranquilizas; y no boconees tanto, no te vayas a encontrar con algún loquero que te ponga la camisa de fuerza.

—¿A quién? ¿A mí?, replicó el bizco; quisiera ver quién es el guapo que se atreve. Yo soy peje malo a la hora de pelear y nunca he comido miedo. ¡Por mi madre que ya tengo ganas de abrazarme con ese fantasioso que te tiene a ti basiliquiada, para demostrarte que yo soy varón verdá y que conmigo no hay quien pueda!

La muchacha, que se había encerrado en la segunda habitación de su departamento, ya no le escuchaba.

En su lugar, salió su tía quien, encarándose con el mozo, le dijo:

—Mira, Palitroque, hazme el favor de dejar quieta a Carlota y ahueca el ala pronto, porque te advierto que Gerardo está al llegar y como te trabe en estas maromas, vas a tener recuerdo para rato.

Se disponía a replicar sin duda, el llamado Palitroque, cuando la mujer, mirando hacia la escalera que daba acceso al extremo de la galería, continuó:

—¡Míralo! ¡Ahí está él! Si quieres bulla no tienes más que quedarte ahí mirando para el cuarto de Carlota con esa cara de sarapico pasmado, y ya verás la que se forma.

Las últimas frases fueron dichas por ella con tono de zumba, porque, en efecto, el muchacho, apenas vió al sujeto que la tía de Carlota designó con el nombre de Gerardo, rompió a caminar, dando grandes zancadas hacia el extremo opuesto del pasillo, en tanto iba exclamando:

—¡No digo yo si lo espero! Yo soy hombre para eso y para mucho más. Diga Vd. que tengo que hacer unos mandaos con apuro y no quiero que la vieja me regañe si me tardo.

Y se alejaba, dando la vuelta a la galería, con prisa de llegar a la otra escalera, en medio de la rechifla de los vecinos, que le gritaban:

—¡Huye, que te coje el turco!

Al escuchar las últimas frases de su tía, salió Carlota del

cuarto, a tiempo que su novio desembocaba por la escalera en el pasillo.

Era un muchacho cuyo semblante y porte indicaban una edad de diez y nueve o veinte años a lo sumo. Delgado y no muy alto de estatura, pero con la anchura de hombros, la elevación del pecho, el balanceo y firmeza en el paso, propios del obrero endurecido en los trabajos de fuerza.

Al ver a su novia la saludó con un gesto entre truanesco y cariñoso, adelantando la mano con dos dedos extendidos y describiendo en el aire una especie de garabato horizontal. El mismo ademán con que los pilluelos de la calle se saludaban al verse y de ellos, sin duda, debió haberlo aprendido, porque entre ellos había rodado, hasta la víspera casi, su vida accidentada.

Del suceso ocurrido en los instantes anteriores, ni se había dado cuenta; que aquella casa era un mundo en pequeño donde pululaba una inmensa muchedumbre, y en cada rincón ocurría una escena distinta de la que no se enteraban sino sus espectadores inmediatos.

—¿Qué tienes, Nenita?, dijo al ver a la muchacha; estás pálida y tienes cara de asustada.

—Pues no tengo nada, contestó ella; sino que ya me parecía que tardabas demasiado.

Sonreía y no quitaba los suyos de los ojos de su amante; le había cogido de la mano y de este modo penetraron en la habitación.

—¿Qué tal por acá, Micaela? preguntó él. ¿Cómo sigue Clementina?

—Algo parece que le ha bajado la fiebre, contestó la señora; pero todavía está acostada; no se le ha quitado la tos y tiene la lengua muy sucia. Hasta ayer que cobramos, no pudimos comprarle las medicinas. Figúrate como está la pobre, con la noticia del almuerzo y de la excursión de esta tarde; nosotros siempre hemos de tener alguna calamidad encima.

—Eso es achaque de toda la gente pobre, replicó él; la vida sólo es sabrosa para los ricos; nosotros debíamos morirnos todos, para ver si cuando se quedaran ellos solos, arreglaban las cosas un poco mejor.

—Yo no sé que te diga, hijo, repuso ella; la verdad es que

para vivir como vivimos, mejor sería que nos muriéramos, como dices tú, siquiera para descansar.

Era el eterno lamento de los miserables, siempre renegando de la vida y tanto más apegados a ella cuanto más raquítica es la porción de dicha que el destino les otorga, que brotaba en aquel instante de los labios de la desdichada mujer, cuyo aspecto lastimoso revelaba una existencia arruinada por el trabajo excesivo, por los sufrimientos y las privaciones.

—¡Jesús, tía!, exclamó entonces la muchacha, interviniendo; el caso no es para desesperarse; Clementina está ya mucho mejor y es seguro que mañana se podrá levantar.

El departamento ocupado por la señora Micaela y su sobrina, como todos los situados al frente y en el ala izquierda de la casa, se componía de dos habitaciones; la segunda, al fondo de la primera, tenía un balconcito que daba a la calle; en ella estaba acostada Clementina, niña de unos doce años de edad, hija de Micaela; todavía tenía ésta otros dos hijos más, muchachos de ocho y diez años respectivamente, que en aquellos momentos andaban correteando por el patio, atraídos por el sonido del tambor, cuya música, acompañada ya de cantos, resonaba sin cesar en la habitación de la morena festejada.

Después de haber permanecido un momento en el cuarto donde estaba la enferma, salieron Carlota y Gerardo a la primera habitación, amueblada con dos sillones y una mesita en el centro, cuatro sillas y una consola distribuidas junto a la pared; y en la última un espejo; dos malas cromolitografías colgadas y un florero con flores de papel en la mesita constituían la única tentativa de decorado en este raquítico menaje.

En aquel ambiente de dolor y de miseria, en medio de aquellos tarcos desvencijados y entre aquellas paredes descoloridas, brillaba ahora, como un rayo de claridad celeste, la sonrisa de los dos enamorados, que se miraban con las manos enlazadas y los ojos centelleantes de pasión.

La tía se había quedado junto a la enferma, atendiendo al mismo tiempo a la cocina, un anafe colocado junto al balconcillo, donde estaba preparando un caldo vegetal recomendado por el médico.

Gerardo enlazó con su brazo la cintura de la niña, se apartó

con ella lo preciso para no ser vistos desde las galerías por la puerta a medio cerrar, ni desde la otra habitación, y trayéndola sobre su pecho bajó con sus labios a buscar los que le esperaban anhelantes.

En aquel beso, goloso y prolongado, en que las bocas ávidas buscaban la pulpa interior de los labios, estrujándose hasta la angustia y sorbiéndose en el paroxismo del deleite, fundían los dos amantes todo el fuego de sus naturalezas sensuales y todos los anhelos de sus almas ardientes, en plena florescencia juvenil.

—¡Mi delicia! ¡Mi gloria!, decía él con voz apagada.

Se sentó en una de las sillas y la colocó sobre sus piernas.

—¡No seas loco, que nos ven!, gimoteaba ella, pero sin energía para resistir, doblada sobre su amante, como una florecilla silvestre, abatida sobre el tallo por la fuerza de un sol de mediodía.

Y como la mano de él, insaciable, como sus ojos y como sus labios, empezaba a buscar entre las ropas más íntimos contactos, ella hizo un esfuerzo por desprenderse, mirando asustada hacia la puerta del pasillo, por donde cruzaban sin cesar los vecinos de la casa.

—¡Pero déjame ahora, condenado! Mira que está la puerta abierta y vamos a llamar la atención.

El se reía y la besaba con más fuerza.

—¡Si es que te quiero, Loquita, con el alma!; quisiera abrirme en canal y meterte a ti allá dentro, para sentirte en mí por todas partes y ver si así se calmaba este deseo loco que tengo de besarte y de acariciarte, hasta morir.

En este momento, una voz de muchacha, que llegaba hasta ellos a través del balconcillo de la segunda habitación, se oyó exclamando:

—¡Loquita!, ¡Loquita! ¿Ya llegó Gerardo?

—Es Cachita, dijo ella incorporándose y dirigiéndose hacia allá.

—Sí, chica, acaba de llegar, ¿tarda mucho el almuerzo?

—Dice la vieja que ahorita está. Alfonso está levantándose, así es que prepárense para venir.

Aquel día estaban convidados para almorzar en casa de estos vecinos.

La amistad provenía de las muchachas que se conocían desde niñas.

Trabajaban en el mismo taller al que iban y del que regresaban juntas.

Cachita estaba casada con un joven tabaquero llamado Alfonso y, en unión de su madre y una hermanita menor, ocupaban el departamento inmediato.

Las muchachas se comunicaban al través de los balcones, por salir lo menos posible al pasillo interior, siempre lleno de ropa tendida, de mujeres pendencieras, de hombres atrevidos y chiquillos malcriados.

Alfonso, gran jugador de cuantos juegos ideaba la fecunda imaginación de los explotadores de la miseria popular, había ganado cuarenta y cinco pesos en la charada y tan manirroto como jugador, llegó a su casa en la tarde del sábado, triunfante, haciendo sonar el dinero en el bolsillo del pantalón, vociferando entre visajes de regocijo:

—¡La acerté, la trabé! Este viaje no me podía fallar. Cuando yo vi la charada que decía: *Una mujer blanca que está siempre llorando en la puerta de su casa*, dije, esta es monja o paloma, porque sí; todo el día me estuvo persiguiendo el número 24, y quién te dice, que al cobrar el jornal en la tabaquería, me resulta la cuenta de veinticuatro pesos y veinticuatro centavos ¡más claro, ni el agua! la charada indicando paloma; el 24 ¡paloma!, hice así y ¡rán! le apunté peso y medio al chino. ¡Aquí están los cuarenta y cinco tulipanes, Cachirula! ¡Mañana tenemos rumbantela!

E, inmediatamente, empezó a combinar el programa en el que resultaban invertidos, no sólo los 45 pesos de la charada, sino una buena porción del jornal, entre las protestas de la vieja que reclamaba una parte para atenciones extraordinarias, y las risas de Cachita, sin voluntad para contener los despilfarros de aquel derrochador.

—¡Pero qué tarambana! decía; lo que es a ti el dinero te hace cosquillas en el bolsillo; el que espere heredarte* ¡se luce!

Al fin hicieron la distribución: diez pesos para la vieja, a fin de que pudiera mandar a componer las sillas y los sillones de la sala, comprar media docena de platos y de copas y una olla de hierro esmaltado, para la cocina.

El resto para rumbear. Por lo pronto, un arroz con pollo, con láguer y dulces de postre, para almorzar al día siguiente y después una excursión a Palatino.

Por supuesto, todo ello en compañía de Loquita y su tía, que habían acudido, curiosas de saber el motivo de la algazara.

Gerardo, que llegaba en aquel momento, fué informado del suceso y una vez que prestó su aquiescencia, se ultimaron todos los detalles para el festín y el paseo del siguiente día.

Ahora, cerca ya de las doce, Cachita llamaba a Carlota para avisarle que podían ir preparándose para almorzar.

Solamente fueron los novios, pues Micaela debía quedarse en su departamento cuidando a Clementina; desde luego, le enviaron un buen plato del arroz con pollo, dos medias botellas de laguer y varios dulces, para que participara del banquete con sus hijos.

Comentaba Alfonso su gran astucia para adivinar el secreto de las charadas. En cambio, Gerardo, declaraba que aquel juego era un engaño; que los chinos llevaban nota de las cantidades apuntadas a cada bicho y sacaban aquel que más les convenía.

Antes, jugaba de cuando en cuando; al fin se aburrió, comprendiendo que todo aquello era una pura trampa.

Y citaba un caso; la charada decía: *Un hombre bueno echa humo por las narices*; casi todo el mundo apuntó a vapor, caballo o elefante; él había apuntado siete reales repartidos entre los tres.

—¿Qué te parece que tiraron?

—Vete a ver, respondió Alfonso.

—Pues tiraron muerto.

—Yo pasé por el puesto del chino después de la tirada y oí la bulla que le estaba formando Basurita, el vendedor de viandas, que había apuntado peso y medio.

—¿A qué no adivinan Vdes. la explicación que daba el chino?

—Pues decía que el muerto es hombre bueno, porque cuando uno se muere todo el mundo dice: ¡qué bueno era fulano!

—¿Y el humo por las narices?, preguntó Cachita.

—El vapor que sueltan los muertos cuando se están pudriendo.

Alfonso celebraba con grandes risotadas las martingalas de los banqueros chinos.

—¡Estos salaos se la saben de memoria! decía. Pero conmigo no les vale, pues cuando menos lo piensan les doy la gran trabada.

Y, probablemente, sería aquella la primera vez que acertaba un juego.

—Además,—seguía explicando Gerardo—él no era partidario

ni de aquel juego ni de ningún otro. Los obreros no deben confiar en el azar para mejorar su suerte. Deben unirse y concertar sus esfuerzos para dar la batalla a los burgueses, primero con las huelgas y después con la revolución.

Alfonso se burlaba de estas ideas; en la vida, según él, cada uno debía vivir como mejor pudiera; con las huelgas y con las revoluciones no se sacaba otra cosa que pasar miseria y coger algún porrazo. Ahí estaba la misma revolución separatista. ¿Qué habían adelantado los obreros a pesar de lo mucho que contribuyeron a sostenerla con sus donativos en Tampa y Cayo Hueso? nada; verse más explotados cada día; y los bodegueros y los comerciantes y los dueños de fábricas, españoles en su mayoría, cada vez más ricos y con más influencia en todas partes.

—Nada, viejo, desengáñate, decía; el pez grande se traga siempre al chico; aquí y en Pekín y el día que el socialismo triunfe se aprovecharán de él cuatro vivos, como sucede ahora con la República, y los verracos como nosotros a reventarse trabajando para que otros engorden.

Gerardo no estaba de acuerdo con este modo de pensar. Él tenía sus ideas sobre la evolución de las cosas; la revolución había sido necesaria; con ella se había obtenido la emancipación política; ahora, los trabajadores debían organizarse para alcanzar su emancipación económica. Y seguía explicando confusamente un vasto plan de organización obrera, llamado, por una parte, a ser el instrumento de la revolución y por otra a sustituir en su día a las actuales instituciones políticas y económicas, para establecer al fin el reinado de la justicia, con la dignificación del trabajo y la desaparición de la miseria.

Alfonso escuchaba en silencio, sintiéndose a ratos convencido por la elocuencia persuasiva de su compañero. Pero al final protestaba.

—Y eso ¿para cuándo, viejo? ¿Para cuando vivan mis tataranietos y yo esté podrido en la sepultura? ¡Ni te ocupes!

Él se preocupaba de la manera de abrirse paso personalmente y no de arreglar el mundo para que sus nietos disfrutaran del arreglo.

Ya verían y no muy tarde, el resultado de sus combinaciones; por lo pronto, había dado ya la primera campanada; ahora em-

pezaría a desarrollar su plan: unas cuantas picadas a los chinos y en cuanto hubiera levantado algunos fondos, a tentar la suerte en el juego del monte; aspiraba a llegar algún día a establecer por sí mismo una fuerte banca, para desplumar a los sanacos, como por tanto tiempo lo habían desplumado a él.

Acabaron de almorzar. Carlota salió para arreglarse y Cachita entró en la segunda habitación con el mismo objeto.

Alfonso se enzarzó en una discusión con su suegra, a propósito de la inversión de los jornales de la semana, y entonces Gerardo salió al pasillo, atraído por el estrépito que reinaba en el patio.

La rumba había empezado ya formalmente con todo el estruendo propio de las fiestas de esta clase. Él no veía a los bailarines, porque las habitaciones de Mama Ignacia quedaban precisamente debajo de aquel pasillo, pero oía la música producida por el tambor y un cornetín y las voces de los cantadores.

Ahora cantaban una rumba, muy en boga entonces entre las gentes del hampa habanera, cuya letra, de bárbaro sentido, decía así:

*¡Ojalá, ojalá,
Que se muera tu mamá...!*

Y aquel salvaje estribillo, repetido eternamente, al compás de los ásperos sonidos del tambor y las desafinadas estridencias del cornetín, satisfacía cumplidamente las rudimentarias necesidades estéticas de aquella colección de semibrutos.

Entró en el departamento de su novia y se sentó en la sala.

En aquel momento, Cachita, arreglada ya, salió al pasillo para ir a reunirse con su amiga.

Aquella muchacha tenía, sin duda, el diablo metido en el cuerpo; no pudo contener el ímpetu de su sangre bulliciosa y alzándose la saya con los dedos, para dejar libres los pies, empezó a caminar marcando el paso de la rumba, y moviendo acompasadamente las caderas.

¡En mala hora!

Un mozuelo que pasaba por allí, tentado por las circunstancias de la ocasión, se encaró con ella, dirigiéndole un gesto de provocación lúbrica, al mismo tiempo que le decía estas palabras:

—¡Yey! La rumba erisa a toda la gente ¿verdá, mi hermana?
¡Mírame a mí que estoy erisao!

Cachita, entre huraña y risueña, esquivó el gesto del pillete, al mismo tiempo que le propinaba un abanicazo en la cara y le increpaba, diciéndole:

—¡Miren el sietemesino todo lo que sabe!, ¿quién te ha enseñado eso, tu mamaíta?

El muchacho, herido al parecer en un ojo, se alejaba volviendo la cabeza, riéndose y renegando:

—¡Mal rayo te parta desgrasía, que me apagaste un farol!

A la sazón salía Alfonso, todavía excitado por la trifulca con la vieja, y, haciéndose cargo, a la primera ojeada, del suceso, aplicó el mocososo con toda su fuerza un puntapié, que fué a darle precisamente en el punto mismo de la rabadilla.

Con esto el muchacho se desató en gritos e improperios, vociferando, en tanto huía, rascándose la parte lastimada:

—¡Abusador! ¡Chulo malo! Ya me la pagarás. ¡En cuanto te encuentre en la calle te voy a romper los tarros a pedradas!

—¡Vuelve por otra, anda!, le contestaba Alfonso, y te regalo un medio para que te compres árnica.

¡Cosa especial! el suceso le había devuelto su buen humor, permitiéndole desahogarse.

Empezó a batir palmas, llamando a los excursionistas y exclamando:

—¡Vamos, caballería, que se nos hace tarde!

Salieron Carlota y Gerardo.

Micaela quedaba cuidando a Clementina; Ramona, la hermana menor de Cachita, muy amiguita de la enferma, quedó también haciéndole compañía.

Partieron, pues, solas, las dos parejas.

Tenía la entrada el solar por la calle de Salud casi en la esquina de Chávez.

Era poco más del mediodía y la calle estaba casi solitaria.

La Habana, en aquella época, no ofrecía aún la animación que ha llegado a tener en nuestros días. Los domingos, sobre todo, con los establecimientos cerrados y suspendido el tráfico comercial que invadía las calles con sus ruidos en los días laborables, eran entonces extremadamente silenciosos.

Los automóviles de alquiler, que hoy pululan por todos los

ámbitos de la ciudad y la llenan con el estrépito de sus motores y de sus bocinas, no existían aún.

No se conocían los cinematógrafos y tan sólo dos o tres teatros funcionaban por la tarde.

La Habana parecía en aquel momento una ciudad dormida, bajo la caricia sofocante del sol que fulguraba casi en la mitad del cielo.

Transcurrían entonces los últimos días del mes de septiembre de uno de los primeros años de este siglo.

Una empresa norteamericana había establecido un centro de diversiones, en los terrenos de la fábrica de Palatino, situada en el Cerro y, realmente, aquél era el único sitio de esparcimiento popular que existía entonces en La Habana.

Allá se encaminaron, en un coche que cogieron en Belascoaín y Reina.

Cuando llegaron, ya un numeroso gentío invadía los jardines, turnándose a veces para poder participar de las distintas diversiones allí ofrecidas al público.

Había gran embullo y todos los semblantes revelaban alegría.

Banderitas cubanas y americanas entrelazadas, adornaban profusamente todos los puestos de venta y la entrada de todos los espectáculos.

La reciente proclamación de la República, cristalización de los anhelos de tres generaciones de cubanos, influía, seguramente, en el regocijo popular.

Las gentes se miraban complacidas y un destello de satisfacción y de optimismo fulgía en las miradas.

El público, que llenaba todos los rincones del parque, era, casi en su totalidad, cubano; parejas de obreros y familias de empleados que salían el domingo a dar expansión al contento que desbordaba en sus corazones, libres de las angustiosas preocupaciones de otros tiempos, ahora en que, con la independencia nacional asegurada, brillaba en el pensamiento de cada uno la perspectiva de un risueño porvenir, al abrigo de las asechanzas de la adversidad.

La República, amorosa y paternal, estaba obligada a cuidar de sus hijos, los cubanos, que tanto habían sufrido por conquistarla, especialmente los humildes, los obreros de la emigración

que quitaban el pan de la boca de los suyos para aumentar los fondos de la Revolución, los campesinos que abandonaron sus familias a todos los horrores de la miseria, para engrosar las filas insurrectas, todos aquellos que, obligados por circunstancias imperiosas, tuvieron que permanecer en las poblaciones, escondiendo en el fondo del ánimo sus más íntimos anhelos, soportando todas las humillaciones, bajo la mirada suspicaz de las autoridades metropolitanas, llenas de fundados recelos acerca de la insegura fidelidad de aquellos *pacíficos*, dispuestos siempre a prestar, reservadamente, cualquier arriesgado servicio a la causa de la libertad.

Ellos serían ahora, seguramente, los hijos mimados, los predilectos de la nueva situación creada, que velaría con cariñosa solicitud por sus necesidades, protegiéndolos contra los abusos de los fuertes, comerciantes, burgueses, hacendados, dueños de empresas, todos los nuevos amos de la riqueza, extranjeros en su mayoría, que alzaron su capital en la revuelta vorágine de las revoluciones, comprando a bajos precios las propiedades confiscadas a los cubanos insurrectos o vendidas por los mismos dueños para sostenerse en la emigración o para marchar a la guerra; sirviendo dolosamente contratos al gobierno o expoliando al público con escandalosas especulaciones comerciales, al amparo de la complicidad venal de las autoridades mismas, más atentas al incremento de su fortuna personal que al cumplimiento de sus deberes para con el pueblo.

Las gentes conocidas se saludaban a lo lejos y los dicharachos y las ocurrencias populares se desgranaban en la atmósfera como cohetes de colores, provocando en la multitud explosiones de bullicio.

Se acercó Alfonso a un tenderete donde una morena vieja vendía cartuchos de chiviricos y rositas de maíz, y le compró cuatro de ellos que repartió allí mismo entre sus acompañantes.

La pobre vieja se deshacía en celebraciones para las muchachas: —¡Esta es la fruta sabrosa que Cubita bella da! ¡Dios las guarde y las bendiga, yijas!

Y, en efecto, formaban una pareja deliciosa, en el vivo contraste de sus tipos opuestos, armonizados por la misma expresión

juvenil y la gracia y la simpatía que fluía de sus rostros hechiceros.

Carlota era rubia, pálida y muy blanca. Cachita, aunque blanca también, traslucía en su piel una muy leve tonalidad dorada; tenía el pelo y los ojos negros; éstos muy vivos y de mirar risueño y malicioso; matizadas las mejillas de un ligero color rosado, y los dientes blanquísimos, brillando en su eterna sonrisa, tras los labios húmedos y rojos.

Entraron en el "Palacio de la Risa", donde una colección de espejos de superficie diversamente ondulada, desfiguraba las perspectivas, devolviendo las imágenes con apariencias grotescas, de una comicidad irresistible.

Los espejos de superficie cóncava achicaban las figuras, en tanto que aquellos otros de superficie convexa las ofrecían alargadas y adelgazadas, hasta un extremo inverosímil.

Observaron las muchachas que aquellas figuras semejaban a los anuncios del chocolate Baguer, en que aparecían los tomadores antes y después de haberlo bebido.

—Te pareces ahora a Palitroque, decía Carlota a Gerardo, bromeando con el recuerdo del mal rato sufrido por la mañana.

—Y tú, le contestaba éste, estás como la mujer más gorda del mundo, que se ve en la barraca de los fenómenos.

Alfonso hacía payasadas delante de los espejos y la gente se desternillaba de risa.

Salieron, con los ojos húmedos de tanto reír, para perderse en el "Laberinto" y después hicieron el viaje de la montaña rusa.

Cansadas de chillar y de reír, las muchachas ya estaban mareadas.

Propuso Carlota un paseo por las afueras de la ciudad, hasta internarse, de ser posible, en pleno campo.

Declaró que le gustaban con delirio las escenas campestres y que no había para ella diversión más grata que corretear por la yerba y sentarse después a descansar en la sombra de algún árbol.

Cachita se hubiera quedado allí de buena gana, hasta agotar todas las diversiones del Parque.

El bullicio y el movimiento la atraían y sus ojillos se iban codiciosos tras los vaivenes de la rueda giratoria, de la ola marina y del tren que circulaba entre los demás espectáculos.

Pero, por sobre todas sus aficiones le gustaba complacer a su amiga, a la que mimaba y quería con solicitud de hermana mayor.

Gerardo, muy conocedor de los alrededores, recorridos por él diversas veces en su trabajo, se ofreció para dirigir el paseo.

Tomaron un carro que los condujo hasta los Cuatro Caminos y allí se trasladaron a otro de la línea de Jesús del Monte.

Llegaron hasta el mismo paradero, situado en la calzada, en un escampado, donde no había más edificio que el barracón construído por la compañía de los carros para servir de oficina.

A la derecha se alzaba la Loma del Mazo, en cuya cima se había construído un tanque para depósito del agua destinada a surtir las casas de la incipiente barriada de la Víbora.

Hacia allá se encaminaron por una pequeña senda que arrancaba desde el mismo paradero.

Desde aquella altura, mirando hacia el norte, veían La Habana entera a sus pies, tendida entre la maciza construcción del Morro, a la derecha, y el Castillo del Príncipe, a la izquierda.

Enfrente se veía una loma, con un bohío en la cima y la nítida silueta de una vaca, en actitud de estar pastando, como recordada en la claridad azul del cielo.

Al fondo, la estrecha faja del mar, con el horizonte perdido entre la bruma.

Hasta Alfonso, cuyo escepticismo práctico le acorazaba contra las emociones desinteresadas, de puro sentido estético, se mostraba impresionado por la magnificencia del paisaje.

—Parece mentira, exclamaba, que habiendo tanto aire y tanta luz en la anchura del campo, tengamos que vivir como las hormigas, amontonados en cuartos indecentes donde no se puede siquiera respirar.

Las muchachas, asidas cada una del brazo de su amante, saciaban sus ojos, habituados a la gris monotonía de las sucias paredes del taller y de sus mezquinas viviendas, en el policromo desbordamiento que la naturaleza prodigaba en torno suyo.

Todos los tonos del verde esmaltaban la campiña: el verde oscuro con manchas moradas de los grupos de árboles que cerraban por el oeste y por el sur, el horizonte; el esmeralda de las enredaderas que cubrían los arbustos, y de todas las plantas en renuevo; el tono amarillento de las hojas marchitas que empezaban

a caer; el verde-gris de las sabanas cubiertas de espartillo y moteadas de plantas aromáticas; y arriba, en la inmensa cúpula del cielo matizado con todas las gradaciones del azul, el disco rojo del sol, más allá de la mitad de su carrera, entre el cenit y el horizonte, esparciendo su haz de rayos sobre el mundo, como un dios bueno, regocijado y formidable, bajo cuya poderosa mirada paternal, todo se colora, se anima, florece y vive en la naturaleza.

—Yo no quisiera más, para vivir dichosa, decía Carlota, que tener en una soledad como ésta, lejos del tumulto de la gente, una casita pequeña, rodeada de árboles y flores, donde vinieran a posarse todos los pájaros y todas las mariposas del contorno.

—¿Tú solita, mi nena?, le preguntó Gerardo al oído con cariñosa malicia.

—¡Sinvergüenza! ¡Engreído!, le contestaba ella dándole puñetazos en el hombro con su mano de muñeca; bien sabes que sin ti, yo no puedo ser feliz en ningún lado.

Bajaron por la opuesta ladera de la loma en dirección a un bosquecillo de palmas y de mangos, que crecían en los bordes de la misma falda.

De pronto, Cachita, soltando el brazo de Alfonso y sujetándose la falda, partió corriendo, como si fuera un muchacho, gritando con alborozo:

—¡El último mono se ahoga! ¡El último que llegue pierde prenda!

Todos probaron a correr, pero Carlota tuvo que sujetarse de nuevo del brazo de su novio, sofocada por la carrera y por la risa, gritando en tono de protesta:

—¡Eso es trampa y no vale, no vale, tú saliste corriendo la primera y a mí me dejaron sola detrás!

Encendidas de placer discutían las dos muchachas, cuqueadas por los dos hombres, que, para excitarlas más, simulaban defender, cada uno, a la pareja del otro.

Corretearon durante algunos minutos más persiguiendo mariposas, hasta que fueron a caer rendidos al pie de una corpulenta ceiba, de copa altísima y muy ancha, en cuya sombra hubiera podido acampar una compañía de soldados. Cada pareja, en un lado opuesto del tronco, tan ancho que no se veían y necesitaban alzar la voz para oírse.

La vida pululaba en torno; millares de pequeños seres se acechaban, se perseguían, se lanzaban unos sobre otros para devorarse unas veces, y otras, para enlazarse con amoroso abrazo.

Dos lagartijas pardas se contemplaban, con sus bocas abiertas y los costados palpitantes, en la rama de un arbusto próximo. ¿Qué iba a suceder? ¿Iban a acometerse con fiereza, continuando alguna ignorada disputa cortada en aquel momento por la presencia de los hombres? ¿O bien estaban tranquilizándose para proseguir un idilio iniciado y suspendido bruscamente con la inoportuna aparición?

Un cernícalo hambriento divisó la escena desde una de las ramas bajas de la ceiba y cayendo como un rayo en medio del grupo, acometió a picotazos a los descuidados reptiles, que cayeron a tierra, donde intentaron defenderse abriendo la boca con espanto; al fin hizo presa en uno, alzándose con él hasta las ramas del árbol; el otro quedó allí agazapado en el suelo, inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos y paralizado por el terror de ver sobre sí de nuevo al espantable monstruo.

¿No ofrecía aquella escena un resumen exacto de la vida? Con la misma inconsciente pasión se dejan arrastrar todos los seres por el impulso irresistible de sus amores y de sus odios, en su ignorancia del verdadero sentir de la existencia, hasta que, en un instante, la garra implacable de la adversidad cae de improviso sobre ellos, no importa en qué momento, en la vigilia o en el sueño; en la hora del amor o entre los fragores de la lucha, para no alzarse sino con una vida deshecha entre sus uñas.

Una bandada de judíos moteaba de negro un aromal cercano, llenando el aire de chillidos; dos mariposas amarillas se elevaban en el aire, cruzando sus vuelos en espiral, como si persiguieran alguna bella ilusión que se alejara cada vez más, hacia lo alto.

Vahos de campestre fragancia se desprendían de la tierra impregnando el ambiente y en los intervalos de silencio, al acallar sus voces las bandadas de pajarillos, se creía escuchar el rumor producido por la circulación de todos los jugos vitales que empapan el suelo, que dilatan los gérmenes y ascienden al través de los tallos, coloreando las hojas y los pétalos para saturar al fin la pulpa que envuelve las semillas, escondidas en las entrañas de los frutos.

Bajo la aparente tranquilidad del paisaje, en aquella dulce tarde del otoño, todas las energías inmensurables y ocultas de la naturaleza estaban entregadas a la continua y portentosa labor de creación, de destrucción, de renovación incesante de las formas y los seres, que hace cambiar constantemente la perspectiva del mundo y teje sin cesar los conflictos eternos del amor y de la muerte, en que se resuelven todos los dramas de la vida.

Gerardo pasó su brazo en torno del talle de Carlota, atrajo sobre su hombro la dorada cabecita y le preguntó:

—¿En qué piensa mi china?

Ella volvió hacia él sus ojos cuajados de fulgores, y le contestó con estas sencillas palabras:

—En ti.

El quiso besarla, pero ella se apartó riendo y llevándose un dedo a los labios, diciéndole en voz baja:

—No seas imprudente, que nos van a oír.

—Pues que se tapen los oídos, si no quieren oírnos, replicaba él, cuchicheando y riendo también, enardecido por la proximidad de la muchacha.

¿Oyeron Cachita y Alfonso el cuchicheo o su fina intuición de amantes les sugirió la condescendiente estratagema? ¿Obedecieron a sus deseos propios o fué ello obra impremeditada del azar?

Cachita se alzó de pronto, sacudiéndose las faldas:

—¡Ay, pero qué bonita, dijo, yo la voy a coger!

Y se lanzó como una loca en pos de una mariposilla que cruzó casi al alcance de su mano.

Alfonso fué tras ella; por un momento se oyeron sus gritos, cada vez más lejanos, en las peripecias de la cacería.

—¿Adónde irán?, preguntó Carlota.

Se puso en pie Gerardo y alcanzó a divisarlos, corriendo con los pañuelos en la mano, hasta que se perdieron tras una cerca de cardón, como a unos doscientos metros de distancia.

Entonces él, después de echar una ojeada por toda la extensión del solitario paisaje, se sentó y atrayendo hacia sí a la muchacha comenzó a besarla con apasionada furia.

—¡No seas bruto, que me estrujas! protestaba ella sofocada, con enfado fingido.

—Estamos solos, nenita; mi Loquita santa, solitos los dos aquí, para querernos, le decía él con voz entrecortada.

La besó en los ojos, en la boca y en el nacimiento de la garganta.

Su mano temblorosa había penetrado por el escote de la blusa y se incendiaba de fiebre en el dulce contacto de los menudos abultamientos del seno palpitante.

—¡Nos van a ver, nos van a ver! gimoteaba ella, con desmayado intento de resistir.

—¡Mi nena, mi Loquita! ¡Mi caramelito dulce!

Ambos habían perdido ya la cabeza; el fuego de la voluptuosidad encendía sus entrañas y los precipitaba el uno hacia el otro, con violencia irresistible. No eran ya dos criaturas conscientes, sino dos puros mecanismos, menos aun, dos ciegos instrumentos en poder de las fuerzas incontrastables, propulsoras del mundo, que cumplían en ellos las leyes inexorables de la vida.

Con suave presión, él la dobló por el talle y reclinó su cabeza en una pequeña eminencia del césped. Ella no resistía ya; suspiraba y en la tenue claridad de sus pupilas celestes se tamizaba el trémulo fulgor del ardiente deseo que abrasaba sus vísceras.

—¿ Y tú, mi muñeca linda, no me das un besito con tu boquita santa?

—Sí, alma mía, y mi vida también.

—¡Luz de mis ojos!

—¡Mi amor!

.....
 Cuando volvieron en sí, recuperando el dominio de su pensamiento, y entraron de nuevo en relación con las cosas circundantes, quedaron contemplándose con sonrisa inconsciente, en el semi-estupor del vértigo, no bien desvanecido todavía.

Un sinsonte desgranaba sus trinos en la copa del árbol.

En el fondo del paisaje, resonó el silbido de un tren y, por un momento, se escuchó el sordo fragor de su marcha, amortiguado por la lejanía.

En el horizonte, el sol hundía su disco inflamado en una montaña de blanquísimas nubes, como si después de haber encendido con sus llamas, la sangre, en las arterias de los enamorados y de

haberlos precipitado en la embriagadora locura del amor, diera ya por terminada su gran labor de aquel día.

De pronto, sonaron, algo alejadas aún, las voces de sus amigos, que regresaban en su busca.

—¡Haraganes, aun están sentados en el mismo sitio! decía Cachita. ¿Todavía los dos románticos no se cansaron de contemplar el cielo?

Ellos se levantaron, un poco confundidos, esforzándose en aparecer risueños, procurando fingir.

Un vivo rubor teñía las mejillas de Carlota.

—¡Muchacha! le dijo Cachita, pasándole un brazo por el talle y mirándola con ojos relampagueantes de malicia, ¿sabes que te ha sentado la sombra de la ceiba? Parece que te has untado arrebol. Todos los domingos debíamos hacer excursiones como ésta.

—Y Vdes. ¿dónde se metieron?, interrogó Gerardo, empleando el socorrido procedimiento de defensa, que consiste en atacar a su vez al enemigo, en lugar de esperar sus embestidas. Parece que se llenaron de guisazos en la carrera detrás de la mariposa y tuvieron que sentarse en algún lugar para quitárselos.

Comenzaron de nuevo las bromas y las risas, en tanto emprendían el regreso.

En la cima de la loma, se detuvieron un momento para contemplar una vez más el grandioso paisaje, borrado en la incipiente penumbra del crepúsculo hacia el oriente, pero lleno de fulgores todavía, irradiados desde los bordes de las nubes, iluminadas con todos los matices de la luz, en el poniente.

—Caballeros, ¡cómo *sopla la brisa!*, declaró Alfonso. Un paseo como éste me da más hambre que un día de trabajo.

Todos declararon su apetito; apresuraron el paso hasta llegar a un cafetín, próximo al paradero de los carros, donde pidieron un *sandwich* para cada uno, dulces y laguer.

Después, tomaron un carro que debía conducirlos al Parque Central.

Cachita y Alfonso, embriagados aún por los perfumes campes- tres, saturados de alegría, en el juvenil bullicio de sus veinte años, aprovechaban todos los incidentes para dar rienda suelta a sus risas y a sus bromas.

Carlota, en cambio, tenía la dicha melancólica; medio recostada en el hombro de su amante, contemplaba en silencio el desfile de las casas y los grupos de gentes endomingadas, esparcidas en los portales y en las aceras.

Un automóvil, que bajaba por la calzada con velocidad frenética, estuvo a punto de atropellar a un hombre anciano; el pobre viejo, pálido por el susto, enseñaba el puño desde la acera a la lujosa máquina, que continuó su desenfundada carrera hasta perderse de vista, sin que, por curiosidad siquiera, asomara la cabeza ninguno de sus ocupantes.

—¿Por qué corrió, viejo? le gritó Alfonso. ¡Los hombres no huyen!

A Gerardo, por el contrario, le había indignado el incidente. A estos ricos llenos de insolencia, les importa muy poco la vida de un pobre.

En el taller los exprimen hasta extenuarlos, para aumentar su riqueza, y en la calle les echan el automóvil encima a fin de llegar a tiempo a la diversión que les espera.

—¡Ya estás tú con tu socialismo a vueltas! le replicaba Alfonso; deja el mundo como está, muchacho, y no te metas a componerlo, que puedes salir descalabrado.

Poco después, hubo otra explosión de risa; una muchachita de color, había llamado al conductor para pedirle:

—Una “traferensia” para “Belacuaín”.

La pintoresca prosodia de la negrita y los dengues con que acompañó su pedido, fueron esta vez los provocadores del alborozo.

La muchacha los miraba con ojos de basilisco, especialmente a Cachita, rumiando improperios:

—¡Blanca susia! ¡Depretigiá!

—¡Memorias a Goya! le gritaba Alfonso, saludándola con la mano por la ventanilla, mientras Cachita tenía que morder el pañuelo, para contener un poco sus bulliciosas carcajadas.

—El diablo son ustedes, les decía Gerardo; y hasta Carlota se tapaba la cara con el pañuelo para esconder su risa.

En el Parque Central se apearon y, todavía, Cachita, incansable, proponía ir al teatro, a ver la tanda de 7 a 8, de una compañía de zarzuela que celebraba funciones en Albisu.

Pero Gerardo declaró que le era imposible; a las nueve entraba

de guardia en el establo donde trabajaba de peón y ya el tiempo le quedaba corto si había de acompañarlos para ir con Carlota hasta su casa y llegar después a la suya para cambiarse de ropa.

Alfonso llamó dos coches; montaron, cada pareja en uno, y entonces les dió la dirección, declamando con voz enfática:

—¡Al solar de Salaya!, como si hubiera dicho: ¡Al Palacio Presidencial!

—¿Y adónde queda eso? preguntó con desdén el cochero que ocupaba el pescante del primer coche.

—¡Compadre! le dijo Alfonso; entonces usted no conoce La Habana.

—Yo sé donde vive la gente mentada, le replicó el moreno, y no los solares donde sólo vive la morralla.

El buen humor de Alfonso estaba a prueba de contratiempos; como daba las bromas las recibía.

—¡Bien por el orador! contestó saludando al auriga con el sombrero. Vamos a Salud esquina a Chávez pero llévanos por el Prado y el Malecón, para subir por Belascoáin. ¡Todo se paga!

Marcharon los vehículos.

En el Prado, bullía la multitud, en el paseo del centro. A los lados, filas de coches, entre los que aparecían de cuando en cuando flamantes automóviles, conducían su cargamento humano: graves papás, acompañados de jovencitas y de niños; parejas enlazadas; y muchachas, muchas muchachas, muchachas por todas partes, como puchas de flores, con los rostros resplandecientes, iluminados por los ojos dilatados en la emoción placentera del paseo.

Durante los días de trabajo, el Prado y el Malecón, son lugares aristocráticos. El domingo y los días festivos constituyen un lugar de esparcimiento popular. Desde el anochecer, los barrios extremos se desbordan sobre el centro de La Habana y una legión de familias, cuyo aspecto delata su condición humilde, se precipita a lo largo de sus iluminadas vías.

Rodaron los coches entre la muchedumbre clamorosa, no sin que Alfonso provocara dos o tres incidentes cómicos con algunos viandantes, ascendieron por la calzada de Belascoáin y fueron a detenerse en el lugar indicado.

Desde la calle se escuchaba el griterío de la rumba, como un lejano rumor de tempestad.

Al entrar vieron el patio lleno de gente, en contemplación del singular espectáculo.

Atronaba el tambor, acompañado por las voces enronquecidas de los cantadores; el cornetín había enmudecido, rendido probablemente, el músico, por el cansancio.

Cantaban ahora la rumba de María Teresa:

*María Teresa se va
Porque no quiere bailar la rumba con Juan,
Porque tiene la pata gambá.
¡Pin, pon! ¡Alsa los pies que te pica la jaiba!*

Las voces ya no cantaban sino rugían; cuando un cantador no podía más, rendida la garganta por aquella jornada estupenda, acompañaba el compás del tambor golpeando en una puerta, en el respaldo de una silla o en el fondo de un cajón.

Subieron los recién llegados por la escalera que daba al pasillo opuesto al de sus habitaciones, con objeto de ver el aspecto de la fiesta.

Desde allí, por sobre las cabezas de los curiosos, amontonados ante la ventana y la puerta del departamento de Mama Ignacia, pudieron ver el interior.

En una especie de estrado dispuesto en un extremo de la salita, estaba la festejada, sentada en un sillón; en torno suyo, algunos de los familiares más allegados; el tamborilero y demás músicos, fuera, al lado de la puerta; los convidados estaban sentados en sillas arrimadas a la pared alrededor de la pieza, dejando el centro libre para los bailarines.

La escena estaba iluminada por dos o tres quinqués de luz brillante colocados en rinconeras de madera sujetas a la pared.

En el cuarto del fondo y al través de la puerta que lo comunicaba con el callejón de Chávez, se divisaba también una apiñada muchedumbre de espectadores.

En aquel momento, una pareja de bailarines salía al centro de la sala, para bailar la rumba.

Ella era una mulata alta, de estatuaria belleza, vestida de blanco, con un pañuelo rojo al cuello. El desorden de la cabellera

y el escote, indicaba que no era aquélla la primera vez que entraba en el turno del baile.

Él era un hombre joven, al parecer blanco; nieto o biznieto probablemente de la vieja curandera. Estaba en mangas de camisa y sujetaba un pañuelo en la mano izquierda.

Al presentarse la pareja, varias voces se elevaron entre los mirones del patio.

—¡Trina y El Niño! ¡Métele! Esto va a estar muy bueno.

Al empezar el baile los cantadores callaron, y se oyó tan sólo el bronco rugido del tambor y de los golpes.

Cada uno de los bailadores se colocó en un extremo del espacio libre, tan lejos uno de otro como les fué posible.

Se miraron sonriendo y preludiaron las contorsiones del baile.

Él empezó por encorvarse un poco y comenzó a bailar dibujando trenzados con las piernas.

Ella se alzó la falda con ambas manos, casi hasta el nivel de las rodillas e inició un suave balanceo de caderas, moviendo apenas los pies.

Poco a poco, el bailaror se fué exaltando; se inclinaba hacia uno y otro lado, enderezaba el talle y giraba en torno sobre la punta de un pie; encogía los brazos alternativamente y describía con el pañuelo garabatos en el aire.

No miraba a su pareja; embebido en sus gesticulaciones parecía entregado al cumplimiento de las graves ceremonias de algún ritual misterioso y sagrado, como si bailara ante un ídolo irritado al que fuera preciso aplacar a fuerza de visajes humildes y respetuosas contorsiones.

Se agitaba poseído de la misma embriaguez que debe embargar al salvaje de las selvas africanas durante las danzas religiosas.

Ella, en cambio, parecía empeñada en arrancar al hombre de su fantástica abstracción a fuerza de lúbricas insinuaciones.

Se alzaba la falda y avanzaba hacia él moviendo la cintura; al llegar a su lado, se volvía bruscamente y parecía alejarse; se aproximaba de nuevo y giraba en torno suyo bailando de medio lado, mirándole provocativamente.

Entonces él parecía despertar y se lanzaba sobre ella con un ataque brusco que la bailadora esquivaba volviéndole la espalda y alejándose, pero sin dejar de mirarle de soslayo, incitándole

a la persecución con el pausado movimiento circular de sus caderas, al compás de los golpes del tambor.

Tornaba él a su indiferencia primitiva; abstraído en su gestulación extraña, preocupado tan sólo, al parecer, por la corrección rítmica del baile.

Ella repetía sus incitaciones una y otra vez, más exaltada y más provocativa en cada intento; al marchar hacia él, avanzaba el vientre y descubría las piernas hasta más allá de las ligas rojas que aprisionaban las medias, como si ofreciera todos los incentivos del sexo al inconquistable bailaror.

Se le mostraba de frente y de espalda, encorvando la cintura como si toda ella estuviera agitada por un incontenible sacudimiento lujurioso. De pronto, como quien apela a un recurso decisivo, dejó caer la falda, sujetándola por un lado en los cordones interiores de la saya, para dejar libres los pies; tomó con las manos cada una de las puntas del pañuelo que rodeaba su cuello y extendió los brazos mostrando libre el busto; por la agitación del baile el escote estaba abierto, y asomaba entre los pliegues de la blanca blusa, la manzana de oro de uno de sus pechos.

Echó hacia atrás la cabeza, entornando los ojos y comenzó a marchar de nuevo cadenciosamente, mostrando la blanca dentadura al través de una sonrisa de suprema incitación.

Poco a poco, inició un suave sacudimiento de los hombros que hacía oscilar la pulpa levantada del seno en un temblor voluptuoso, como si ofreciera la punta eréctil de sus vértices a todas las tentaciones.

Así se fué aproximando al bailaror, toda agitada por un estremecimiento convulsivo, como si un filtro de diabólico poder afrodisíaco hubiera encendido en su sangre todos los erotismos salvajes de sus dos razas fundidas.

El hombre despertó esta vez; vió a la hembra brillando con todo el esplendor de sus provocaciones amorosas y se lanzó sobre ella alargando los brazos, balanceando los hombros y torciendo la cintura, con extrañas contorsiones de evocación simiesca.

Ella fingió la fuga de nuevo, como asegurándose de la firmeza de su conquista y él se lanzó en su persecución, frenético, con el ansia desesperada de la posesión.

Todavía el escarceo duró breves momentos más; al fin, ven-

cida, la bailadora se entregó; esperó al hombre, sonriente, echando el vientre hacia delante, marcando apenas con los pies el ritmo de la danza, los brazos abiertos y los ojos brillantes de pasión.

Al aproximarse él, ella volvió súbitamente la espalda, sin cesar el balanceo de caderas; entonces quedaron casi unidos, y marcharon durante un momento, ella delante y él detrás, retorciendo lujuriosamente la cintura, como si estuvieran entregados al bárbaro delirio de una cópula bestial.

El frenesí del público ya no pudo contenerse.

Y empezaron a oírse gritos de excitación, rugidos como de bestias en celo, que animaban a los bailaradores a que extremaran su mímica salvaje.

—¡Ahora!

—¡Anda, Niño, que tú eres bueno!

—¡Métele, mulata, que tú tienes santo en la cintura!

Se prolongó todavía el baile durante un momento más, enlazada ya la pareja, las manos de la bailadora sobre los hombros de él y las de éste aprisionando la cintura de aquélla, con el busto echado hacia atrás y los vientres en contacto.

Acometió el tambor, con brusca transición, una ruda escala de compases precipitados, que acompañaron los bailaradores con remolinos frenéticos, y después, tres golpes, sueltos, secos, espaciados, que resonaron sordamente, entre el vocerío de la multitud enardecida.

La rumba había terminado.

Gerardo acompañó a Carlota hasta su habitación; se despidió de ella con un beso dado furtivamente detrás de la puerta de la sala y salió a la calle, encaminándose hacia el lugar de su trabajo.

Pensó en comprar algo para comer, en cualquier bodega, pero advirtió que no tenía apetito.

El sedimento emocional que las diversas escenas de aquel día habían removido en su pecho, bullía ahora en su ánimo con turbia agitación; su excitación no podía apaciguarse, en tanto el tumulto de sus ideas asaltaba el pensamiento en sucesión inacabable. Recordaba el incidente de la mañana entre Alfonso y el mozueto, por causa de Cachita, y esto evocaba en su imaginación la vida atormentada y en fricción continua de las gentes que viven en el

amontonamiento de un solar, agriadas por las dificultades invencibles de su existencia miserable, obligadas a soportar, cada una, la proximidad, casi la presencia, de los demás vecinos, hasta en las más íntimas circunstancias de su vida.

Recordaba después la alegría popular, el regocijo de la multitud inconsciente, olvidada de sus más apremiante problemas, con la menor excitación de sus sentidos.

Y llenaban, sobre todo, su pensamiento, los incidentes de su hora de amor con Carlota, con aquella Loquita adorada, cuyos besos hormigueaban todavía en sus labios poniendo en vibración todas sus fibras.

La escena del baile africano la tenía aún pegada a los ojos, ante los que sentía revivir materialmente las lúbricas contorsiones de la ardiente mulata.

Todas aquellas peripecias se le aparecían como formas distintas de la actividad incongruente de un mundo desorientado, que busca en ciegas tentativas su verdadero camino, sin acertar a comprender nunca cuándo avanza en rumbo cierto, de acuerdo con el verdadero sentido de la vida, y cuándo se encuentra extraviado, marchando en pos de falsos espejismos.

¿Quiénes estaban en lo cierto? ¿Aquellos que todo lo tomaban en broma, como Cachita y Alfonso, como la dichosa muchedumbre que invadía el Parque de Palatino, libres de toda preocupación del porvenir, exprimiendo de cada hora presente que transcurre todo el zumo de satisfacción y de alegría que ella puede contener?

¿Tendrían razón aquellos brutos entregados desde la mañana a la áspera excitación de una danza salvaje, para quienes el deleite supremo de la vida estaba contenido en la música rudimentaria y primitiva de un tambor y en las contorsiones simiescas de la rumba?

¡Qué contraste el de su existencia, con la de todas aquellas gentes!

Él vivía constantemente atormentado por la preocupación del porvenir y de cuantos problemas contiene el mundo y se ponían al alcance de su pensamiento.

Arrastrado por hábitos contraídos en su niñez, se entregaba al estudio, robando todas las horas posibles a la distracción y al

descanso, con el frenesí y el desorden propios de su ansia inmensa de saber y de su completa ignorancia de todas las cosas.

Y sobre todo, atenaceaba su conciencia la inseguridad de la suerte que estaba reservada a sus amores con aquella tierna y apasionada criatura que había venido hacia él, entregándosele sin restricción ninguna, llena de adoración y confianza, y cuyo amor era el único hálito de frescura que llegaba hasta su rostro en el áspero y caldeado ambiente en que se arrastraba su existencia.

Sentíase rendido, más que por la fatiga física, por la extraordinaria agitación emocional de aquel día tan lleno de incidentes.

Y, sin embargo, le esperaba una ruda tarea de diez horas de trabajo, en las sombras de la noche, a la temblorosa luz de los faroles de petróleo.

¿Qué hacer? Tal era su penoso destino y no quedaba otro recurso sino afrontarlo con la mayor decisión posible para no ser arrastrado por la fuerza misteriosa de la adversidad que sentía revolotear constantemente en torno suyo.

Había llegado frente al negro portalón del establo en que trabajaba y que se abría ante él como la boca enorme de un monstruo dispuesto a devorarlo.

Detrás quedaba la ciudad, ardiendo en fiestas, con una población entregada al frenesí de todas las diversiones.

Penetró con paso firme en aquel antro oscuro que se abría ante él y se perdió entre los fantasmas que bullían en el inmenso patio, preparándose para iniciar los trabajos de la noche.

ARTURO MONTORI.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

ASPECTOS DE LA LITERATURA AMERICANA

I



ASARÁ mucho tiempo y todavía habrá que regresar la vista hacia Rubén Darío para explicar ciertos aspectos de la literatura americana. Ni el verbo chisporroteante, cálido y fuliginoso de Montalvo, ni la frase sapiente y vigorosa de Martí, ni el período armonioso y grave, apologético y pedagógico de Rodó, se conquistaron entre la juventud de América ese soberano prestigio que tiene la prosa alada, elegante, nueva y llena de cadencias de *Azul*. Hecho el contacto, por medio de Darío, de la literatura americana de esa época con otra grácil y flexible, se reconoció el gusto del libro de fácil lectura, del ensayo de moderno corte, del artículo jugoso, juguetón y travieso, en el que lo cotidiano tomaba calor de humanidad y en el que el dolor de la vida se sentía con discreción.

Surgió entonces en toda América el afán de rehacer la literatura opaca, y una multitud de escritores echó a andar por otro sendero. Hoy día tenemos infinidad de literatos que cifran en la crónica el mayor timbre de gloria y otros que ensayan la prosa musical y hasta el poema en prosa, poniendo toda clase de empeños para buscar una precisa brillantez de estilo, cadencia y flexibilidad y aun cierto modo exótico, amparador del neologismo y del epíteto raro. Muchos siguen por ese camino, y aunque exageren, el lector no puede menos de reconocer que en América se ha operado una renovación completa en la estructura de los períodos y de las frases.

La conquista de la forma, descuidada un tiempo o amanerada con el período clásico rotundo e inconmensurable, aunque solemne y majestuoso, fué una obsesión entonces, sintiéndose rechinar la vieja armadura del idioma, que parecía haber perdido la viviente expresión, después de que contara la historia picaresca de España. La frase se abrigó y aunque pudo perder, en rotundidad y hasta en propiedad, se enriqueció en colorido y matiz. Hubo, es verdad, el viaje sibilino al país de la decadencia o el período cortado que trataba de recordar el estilo bíblico, produciendo los efectos más fantásticos y estrambóticos, que no dejaron de sojuzgar a una inmensa multitud, que quería encontrar un maestro al voltear de todas las esquinas; pero en general la prosa se flexibilizó, porque hizo uso de elementos menospreciados hasta entonces. El preceptista está tardándose demasiado para señalar esta evolución necesaria.

Al par de Rubén Darío, las crónicas de Gómez Carrillo, contribuyeron a este remozamiento de la frase. Gómez Carrillo ha sabido ver como pocos, con acierto periodístico, los aspectos de la crónica, en la que se juzga con ligereza, pero con palabras coloridas y vivaces. Los libros de viajes, las críticas, las novelas, las memorias de este escritor no son sino crónicas de admirable factura y de abundante emoción. Cuando habla de los escritores extranjeros sabe revelar lo anecdótico, sin dejar por eso de presentir el sentido estético o el alcance literario. Y este alerta acomodamiento, lleno de futilidad y de elegancia, de exotismo curioso, de veleidad ávida de horizontes, llenó las librerías con obras que junto con las de Loti hablaban del Japón y de los desiertos en que hicieron penitencia los padres de la Iglesia, de las arenas ardientes en que descansaba la esfinge o del propíleo sacro, lo mismo que del bulevar en el que la parisiense tentadora hace perennes invitaciones al viaje lleno de encantos. Este escritor americano ha vivido tanto en París, la sangre francesa que lleva le ha hecho amar tanto esa urbe del mundo civilizado, que no se sabe si los viajes de Carrillo a lejanas tierras han sido vuelos de imaginación o si las mujeres parisienses fueron evocadas en la nostalgia de la ausencia de la gran ciudad.

Gómez Carrillo circulaba, con sus libros, por América, cuando la casa Garnier envió un nuevo volumen de crónicas. *Sensaciones*

parisienses. Frívolamente..., se titulaba y estaba firmado por un autor poco conocido: Ventura García Calderón. Las crónicas eran sutiles, de frase elegante, que no se distinguía por lo rara, pero que huía de toda vulgaridad. El período medido y rítmico llenaba de vida y de animación al relato, la impresión y la expresión eran exquisitas; pero sobre todo había pausas, pequeñas llamadas de gravedad, como invitaciones a la meditación; y la crónica frívola se hacía obra de pensamiento.

No faltaron los críticos y los que no lo son, que dijeron que este cronista no era sino un discípulo de Gómez Carrillo. Absurdo. La prosa enervada de Gómez Carrillo, que hacía la propaganda de las cosas extranjeras vistas desde una esquina del bulevar, a pesar de la reconocida elegancia, no tenía la vivacidad nerviosa de la del escritor peruano; y los asuntos tratados por Gómez Carrillo nunca tuvieron la filosófica frivolidad que pone en los suyos García Calderón. Sin embargo, parece que en los principios, Carrillo se creyó en el caso de saludar al colega cronista y aun adelantó opiniones, según las cuales García Calderón si era un cronista impecable, no sabía hacer artículos y no era quizás un crítico. La opinión fué contradicha casi de seguida y mal se haría hoy en considerar a este escritor como a un cronista solamente. Cronista fué, que hoy es un pensador inquietante y original y un manejador de ideas mundano y elegante, que no escribe artículos de propaganda ni disertaciones filosóficas, pero que en la alegre sobremesa y en la amigable disertación se hace escuchar y convence.

II

Ventura García Calderón es un escritor que principió por encontrar la admiración de los jóvenes y que ha concluído por conquistarse el respeto de los críticos. Pensador de rara estirpe, como dijo Gonzalo Zaldumbide, ha llegado en plena juventud, a ocupar un puesto excepcional en las letras españolas. Su prosa exquisita y limpia de lugares comunes, comenzó por esbozar la crónica elegante, la aristocrática silueta de la vida parisiense. En el estudio que le dedicó Enrique D. Tovar y R. se cuenta que Ventura nació en París. Su padre fué el notable jurisconsulto y hombre

público, don Francisco García Calderón. Hermanos suyos son: Francisco, el escritor medular, el publicista ya célebre, conductor de opiniones en América; José, el artista, de muerte heroica y prematura, el que cayó en Verdún y en lo más encarnizado de la Gran Guerra; y Juan, artista y hombre de ciencia.

Ventura aprendió en París la gracia del decir sutil, refinado y elegante, debe a la América indócil, en la que está la raíz de su estirpe, toda la pujante independencia de sus opiniones claras y francas, la frescura de los ignorados matices, la revelación de las figuras nuevas; esto es, todo un vigor vernáculo y toda la vieja exquisitez gala. Y ¡cuánta jugosidad acompaña a todo esto!

Cuando leo estos libros hechos de gracia juguetona, sensual y sabia, me parece estar con un trovador morisco que clava los ojos negros en la profundidad del misterio, pero que las palabras son amorosas y rientes; mientras todo a su alrededor es bello, desde el palacio lleno de calados y mosaicos, desde el agua clara y dulce que canta en la alberca, hasta el enjambre de mujeres que le escuchan con el alma en los labios y el amor en el corazón.

Pero cuando la imagen ha prosperado, se cae en la cuenta de que no es exacta: la ironía, la sutilidad y el refinamiento, nos llevan luego muy lejos del misterioso oriente, para acordarnos de Montaigne, de Voltaire, de France, de Barrés y para seguir rememorando el cortés señorío de la Ciudad Luz, de sus sabios, de sus poetas y de sus mujeres, impecablemente hermosas e impecablemente pecadoras. Y es entonces un estudio o una crónica de Ventura algo tan delicioso que todos nos apresuramos a gustar de ella.

Un número considerable de lectores tiene este escritor entre la juventud de América; los viejos, puede ser que no le conozcan o que finjan ignorarle; puede haber muchos escritores a quienes no llene en la misma medida gustosa este lenguaje nervioso y galano, y aun puede haber muchos que sinceramente se aparten de su prosa musical y traviesa, del matiz parisino, que decía Federico More, en un violento artículo que publicó con ocasión del estudio que hizo García Calderón de la literatura del Perú; pero en todo caso había que reconocer la presencia de un literato que sin énfasis ni amaneramientos ha sabido convertirse en un escritor originalísimo.

En el Ecuador es particularmente querido el literato peruano. Para ello puede ser causa la estrecha amistad que este escritor guarda con Gonzalo Zaldumbide, el joven maestro, que se está conquistando un nombre brillante en la literatura española; Gonzalo Zaldumbide que supo imponerse a los viejos y desdeñosos escritores de su patria y que de tantas simpatías goza en la juventud intelectual no sólo de su país sino de América y de España. Esta amistad pudo ser causa de que sea conocida y estimada más pronto la obra deliciosamente sutil y deliciosamente elegante de Ventura, porque Zaldumbide—como lo recuerda Enrique D. To-var y R.—es un entusiasta admirador del escritor peruano desde la aparición de *Frívolamente*; pero aun cabe apuntar la circunstancia de la general simpatía con que en el Ecuador se sigue el movimiento intelectual del Perú, sin embargo y a pesar del viejo pleito que se mantiene entre los dos pueblos por cuestiones limítrofes. Naciones rivales vienen a ser desde el más retirado tiempo histórico; pero acaso se podría afirmar que sólo razas afines, pueblos de aspiraciones fraternas, al buscarse se combaten, o se combaten sólo por ejercer primacía, no por desigualdad de temperamento.

III

Frívolamente... fué la primera obra de García Calderón. Reveló a América el gran talento de este joven escritor que con tanto desenfado y maestría se estrenaba en las letras. Era el libro de crónicas.

Pero, ¿son crónicas—dice Gonzalo Zaldumbide—estas fantasías chispeantes, reverberantes, estos arrugamientos de imágenes? Estas páginas argentadas, temblorosas, atravesadas de un soplo constante de lirismo, que se diría las hace temblar con un murmurio sedoso, como tiemblan al viento del otoño las hojas sensitivas de los álamos,—no son crónicas. Ellas no cuenta nada. Son poemas. Son música.

Es *Frívolamente*..., acaso, sólo una colección de artículos que nos hablan de París, de los variados acontecimientos de ese pueblo artista y bullanguero, que hoy se apasiona por un político, mañana por un poeta y pasado por una bailarina, en que los asun-

tos que tienen gracia y belleza encuentran un ancho campo de entusiasmo irónico y de admiración sincera. Las crónicas nos hablan de Noel, de la inquietante Colette o del enorme Rodin, pero están hechos con una fineza tan sin remiramientos, con un fácil divagar sobre cosas e ideas, con observación perspicacísima y con un aticismo tan sutil, que el lector al deleitarse encuentra que hay materia no sólo para un simple solaz, sino para una honda meditación. Y todo burbujea, ingrávido, agitado, liviano, con un romanticismo de recuerdos y una ironía que se diluye en el período juguetón. Cuando se lee la *Lamentación a la Venus de Milo*, aparecen frases asimiladas a la plegaria que Renán hizo sobre la Acrópolis, mas si Renán deposita su ensoñación mística en los altares de la belleza, Ventura termina la lamentación, en la que habla de Margarita, Ofelia y la Gioconda, con un gran grito de deseo: "Oh bien amada Vénus! ¡por qué no eres de carne!" Y esto que es una vuelta a la naturaleza, acaso desvirtúa la pureza del mármol inmortal, pero pone al escritor en medio de la humanidad que si sufre de ideal, padece más de deseo.

Leer este libro es un placer deleitable y dulce; los asuntos pasan con gracia muy espontánea, después de causarnos agrado y simpatía, después de hacernos en cierta manera convivir con ese gran pueblo parisiense, que al fin, el lector, se entrega de lleno, completamente, al gozo incomparable que es la lectura de toda obra que muestra el aspecto de belleza de este mundo tan maltratado por todo placer insatisfecho y por toda medianía ambiciosa. Y cuando terminada la lectura, dejado el libro a un lado, la mano puesta todavía sobre él, con la visión de sus páginas que siguen los ojos, como las espirales del humo aromado y liviano, se alcanza a comprender que las frases y los giros un si es no es evaporados, dejan paso a observaciones y pensamientos, que con toda su galañía, invitan a una reflexión pausada y honda, se retiene el libro cuidadosamente y se releen las páginas al azar, en ameno remoler de frases y de ideas.

Viene entonces la recapitulación crítica. Se ha leído un libro de crónicas; pero estas páginas juguetonas y amenas no tienen la facilidad que aparentan, no están al alcance de todas las capacidades. Porque ser cronista no es cosa fácil y hacedera para todos, y si la palabra "crónica", al punto representa una idea de

trabajo fácil y ligero, la verdad es que se trata de un género peligroso, en el cual pocos escritores han salido airoso. Se pueden hacer artículos más o menos felices, que hablen de la actualidad palpitante, política o literaria; pero la crónica sagaz, redondeada como un soneto, que en pocas líneas contenga fineza, elegancia, ironía sutil y erudición bien lograda, asunto es de suma dificultad en el que han fracasado muchos y buenos escritores.

IV

Ya entre la amenidad de la crónica se podía presentir muy claramente el espíritu de observación y de crítica del joven autor; más de un capítulo dedicado a escritores y artistas contienen toques de observación profunda y acertada. Se ve que no quiere hacer de crítico; pero a pesar de ello sus crónicas no son sino pensamientos robustos, ágiles y fuertes que quieren diluirse y esconderse en la pirotecnia del lenguaje, en la magia verbal. Gómez Carrillo se equivocó, pues, de medio a medio cuando dijo: "no sabe tal vez hacer artículos, no es quizás un crítico." Y la comprobación fué inmediata. Desde el estudio que hiciera de la literatura del Perú, considerándola desde el Romanticismo al Modernismo, su labor crítica se levantó turbadora y sugerente a revisar las opiniones que se habían adoptado como dogmas de simplicidad y buena fe, y a descubrirnos bellezas que un esnobismo, no menos simple y sin fundamento había descuidado.

Este primer estudio crítico principia olvidando descaradamente a todos los escritores mediocres y entonces la selección no puede menos de atribuirse la autoridad que más tarde iba a ser confirmada con otro magistral estudio sobre la literatura peruana. En este libro de crítica, después de un estudio de síntesis, en el que sin aparentar erudición describe un cuadro magnífico de conjunto en el que se puede apreciar el desenvolvimiento histórico de la literatura de la que trata, al referirse a los géneros toma en sus manos ciertos nombres, como los de Chocano, Palma y González Prada, a los que rodea de todo el prestigio que merecen, aun cuando, al tratar de escritores peruanos, lo hace con el mayor cariño y devoción.

Mas si éste su cariño se contiene y no se ensaña con los de-

fectos del escritor que estudia, nunca extrema los elogios; y esta medida, que es al propio tiempo una muestra de refinado buen gusto, dió margen, a raíz de la publicación que acerca de la literatura peruana hiciera después, para que los jóvenes que se creían preteridos reclamaran, con estrépito de alarma y de mala fe, contra la poca explicitéz del elogio a González Prada, por ejemplo, y levantaran un clamoreo que sin duda alguna fué apagado pronto por el mérito manifiesto del joven crítico que continúa cosechando admiraciones.

Ventura García, como crítico, tiene una condición esencial; no solamente es el crítico a lo Guyau que va a buscar bellezas y a descubrir aciertos, sino que se sitúa en un puesto, al que su talento le da derecho, para medir de igual a igual al escritor al que juzga. Si en la mayor parte de las veces el crítico es inferior al criticado y hace esfuerzos para penetrar en la obra, en este caso el juicio está franca y claramente delimitado en un canon de belleza al que sujeta estrictamente la obra que estudia. De esta manera sus *Semblanzas de América* satisfacen y desconciertan; satisfacen porque el examen se hace con amplitud y comprensión, y desconciertan porque al revisar opiniones, la revisión viene a contradecir creencias, supuestos que se tomaron por verdades. Esto mismo sucedió cuando la publicación de *La Literatura Uruguaya*, en colaboración con mi estimado amigo, el escritor Hugo de Barbajelata. Quienes leyeron el juicio sobre Rodó, acerca del que aun el colaborador creyó en el caso de presentar una excusa, vieron en los reparos una irreverencia hacia el gran maestro de América. A la protesta que suscitaba el juicio, Ventura García respondía:

De la edad belicosa en que reíamos a mandíbula batiente con las torpes jocosidades de Valbuena o de *Fray Candil*, hemos pasado a la edad jaculatoria. "Románticos somos", decía nuestro Rubén, y el Romanticismo de la crítica se traduce en un acto de adoración perpetua.

García Calderón no va contra esta adoración, se pasa de ella, aunque al hacerlo pretenda traducir un estado de alma contemporáneo, así como sus opiniones personales y su particular manera de enfocar los acontecimientos.

Las *Semblanzas* reúnen los principales estudios que ha escrito

acerca de la literatura contemporánea de América. No siempre lo hizo con detenimiento; en veces sólo quiso dejar un ramo de rosas que expresara su admiración, que pagara el encanto que había sentido con alguna lectura, como en el caso de Silva, pero ningún estudio se escribió con mayor detenimiento y con más cuidadoso empeño que el dedicado a decir a toda una inmensa y fervorosa juventud, de la vida y las obras de Rubén Darío. La síntesis que contiene este estudio no trata de referirse al estado en que se encuentra la literatura en América; expresa el estado actual de las ideas literarias en este Continente. En este estudio encontrará toda esa gran juventud que va llevada por el reflujo, derivada en la evolución, los motivos de sus misteriosos estremecimientos, la razón de sus actitudes.

Quiero detenerme en los dos estudios principales de este libro: el uno es el dedicado a Rodó y el otro a Rubén Darío. La semblanza de Rodó es la misma que se publicó ya en el estudio de la literatura uruguaya y que suscitó entonces la rectificación y la censura de muchos escritores que consideraron esas páginas como irrespetuosas. Antes de leer las páginas de crítica que escribe García Calderón hay que tener en cuenta que nos encontramos ante un lector emancipado, que de ninguna manera consiente en seguir la opinión que pretendieran darle formada. En la mayor parte de las veces sus juicios son de revisión y esta es la causa por la que producen extrañeza en el primer momento, aunque después tenga que convenirse en la observación apuntada. Acostumbrado a la meditación y al alto estudio, aun reconociendo a un maestro, será siempre un discípulo agresivo y filial. Agresivo y filial es, en efecto, en el estudio del maestro uruguayo: contiene la alta alabanza que merece. Rodó, habla de la oportunidad de *Vida Nueva*, en la que *El que vendrá*, era casi una certidumbre directiva. Sin reparos ni reticencias alaba la *causerie* de *Ariel*, dicha "en tono menor de confidencia" cuando Vargas Vila daba el espectáculo de la danza de las mayúsculas y Gómez Carrillo "repetía su soliloquio de languidez".

Mucho deberá la historia espiritual de América a esas páginas de mesura y dulzura perfectas, que son obra de un Renán sin ironía, de un Amiel optimista. *Ariel* habla a los jóvenes en la crisis sentimental de la pubertad.

La obra de Rodó continúa para bien de la literatura americana y española; pero entonces no deja de anotar que después de la prosa magistral de *Ariel*, Rodó cambió bruscamente de *manera*, pues que en los *Motivos de Proteo* adoptó la estructura literaria de los clásicos, haciendo desaparecer la simplicidad breve y armoniosa: "hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana."

Estas observaciones atrajeron el resentimiento de los discípulos fervorosos que las consideraron como verdaderos desacatos. Sobre todo fué recriminada la frase: "Unas cuantas parábolas florecerán la barca galilea, y en todo el resto podrá el otoño hacer su estrago magnífico." García Calderón al contestar dijo la necesidad que había de hacer la crítica en América y recordó las muchas obras de autores famosos que habían caído en olvido cuando no en descrédito, mientras la fama de esos autores se mantenía con una o dos de esas obras solamente; y le sirve la ocasión para anotar que las páginas de su estudio combatido fueron escritas antes de la muerte del maestro, como el manifiesto en que se concretaba, la reconvención de muchos, "el memorial de los marineros al Almirante", para que cambie de rumbo, porque los *Motivos* constituyeron para ellos una desilusión: "Buscábamos a un maestro de vida y habíamos encontrado a un profesor"; los *Motivos* eran asiáticos y pomposos, sin la arquitectura y las proporciones de los libros de juventud.

El que quiera iniciarse en el conocimiento de las obras de Rubén Darío, tendrá necesariamente que leer lo que de él escribió García Calderón. Dos estudios ha publicado acerca de Darío; el uno apareció a raíz de la muerte del poeta, en el *Mercurio de France*, el otro salió de prólogo en las *Páginas Escogidas* que se tradujeron al francés. Con la respetuosa admiración reclamada por el genio, dice de la extraña vida del poeta más grande de estos últimos tiempos, en lengua española, que conoció de las inquietudes de la vida y el sentimiento pavoroso de la muerte. Rubén Darío, ejerció un inmenso influjo en las letras españolas y seguirá ejerciéndolo hasta tanto que una fuente más poderosa calme la nueva sed. Darío concretó esa nueva época de renovación que en América se llamó "Modernismo". García Calderón hace notar que el modernismo correspondió al simbolismo francés,

aunque no fuera igual; era el romanticismo de Larra que trató de romper los antiguos moldes, sólo que el modernismo fué contra el romanticismo estereotipado huero y falso como el antiguo clacisismo.

Rubén que tuvo la armoniosa claridad de su destino, fué, dice García Calderón, el Parnasiano del verso, como Rodó fué de la prosa; y, si en los principios, el poeta recorrió los países del devaneo, no llegó nunca a la extravagancia y a la frase confusa; tuvo riqueza verbal y verso flexible; enriqueció la lengua empobrecida, pulió y dió brillo a las palabras borradas por el uso. Sobre todo, tuvo la moderación y la reserva sentimentál necesarias en una literatura, hecha de gritos extraños y exaltados y de ridículas lamentaciones. Y como Rubén no fué ni quiso ser otra cosa que poeta, su arte culminó cuando se detuvo a describir su propio corazón. "La más hermosa experiencia fué, pues, el descubrimiento de su ternura."

Con el artículo que publicó la *Revue Hispanique* en 1908, acerca del *Buscón*, entre los estudios de gravedad científica, dedicado por la revista a la inmortal obra de Quevedo, ha comenzado García Calderón el estudio de España, que nos deben los jóvenes críticos de América, quienes si nos han hablado mucho, aunque nunca demasiado, de Francia, no parece sino que pusieran de lado las cosas de España e hicieran un mohín despreciativo al solar de la raza. El artículo de García Calderón no desentona al lado de los eruditos que se publican sobre el propio asunto en el mismo tomo. En las breves páginas dedicadas al *Buscón* no pretende entrarse en los vericuetos filológicos y bibliográficos, sino que, moderno, al descubrir en la novela un estado de alma, ensaya una reconstrucción abreviada y anota las posibles derivaciones del carácter español, que proceden de aquellos remotos antecedentes.

*

El talento múltiple y vigoroso de este escritor no se ha detenido en las crónicas admirables y en los magníficos ensayos críticos, sino que ha querido dar muestras de variada frondosidad, sin la abundancia que frecuentemente degenera en lo vulgar. Lo vulgar, he aquí el terrible espantajo para este escritor refinado, de quien un personaje de su cuento *Vaticinio* puede ser el símbolo.

En todo momento tiene el rubor de aceptar una vida vulgar y procura y lo consigue, con la mayor naturalidad, una distinción que sobresale y cautiva.

Una muestra de este simpático vagar de asuntos dió con *Dolorosa y desnuda realidad*, libro de cuentos, escritos en 1910, en cuya portada hace una rendida reverencia al padre de la novela moderna, a Balzac, como bien podía hacerla al ingenio refinado y sutil de Barbey d'Aurevilly.

No sé si pueda decirse que el cuento es la profunda modificación que los tiempos han impreso, sobre las antiguas fábulas, ya que a la vez son la condensación cierta de la novela, la moderna epopeya, como se ha advertido. El cuento armonioso y que en lo episódico dé una cabal idea del cuadro completo, es una creación reciente, que tal vez salió de Balzac y culminó en Maupassant.

Los cuentos de García Calderón constituyen un cuadro exasperado de un alma que se destroza al volver de cada esquina. La vida, con todas sus sutilezas dolorosas, pasa por esas páginas llenas de tortura. Son cuadros trazados por un cosmopolita, aunque bien pudiera decirse que son sentidos por un espíritu extranjero y por un corazón que palpita por los acontecimientos de misteriosa rareza. No son cosas de América, son visiones de las grandes urbes europeas y apenas si el alma española, da súbitos brillos aquí y allá. De la vida no toma las cosas pequeñas sino aquellas que ensalma desde los tiempos más remotos y que continuará siendo el centro alrededor del cual giran todas las alegrías y los pesares de este mundo: el amor doloroso y refinado. Refinado, hay que insistir sobre este calificativo; no son las escenas triviales y callejeras, sino el producto atormentado de seres que quisieran salirse del marco de la vida. Es verdad que en todos estos cuadros bien puede apuntarse que sólo la particular observación y la singularidad del temperamento, dieron ese matiz de extrañeza que pasa por las páginas del libro, porque acaso, bien considerados, pudieron ser solamente el ennoblecimiento de hechos corrientes.

Bourget al estudiar a Maupassant dice que la obra de este excelso cuentista, respira salud, y explica la frase manifestando que hay una salud literaria como hay una salud física, difíciles de definir, porque hay otras morales en sus tendencias, escritas en

admirable estilo, como los *Pensamientos* de Pascal, que son sin embargo libros enfermos. Los cuentos de García Calderón no pretenden ser ejemplos de moralidad, aunque sí podría decirse que no gozan de perfecta salud. Girones de vida y pedazos de alma contienen; pero si en este idilio del Hospital que titula *Una chiquilla vino* o en *Una noche alegre*, una dulce sentimentalidad alegra el cuadro realista, no podía decirse lo mismo de los demás, en los que más bien se estudian casos de descubierta morbosidad. Las *Memorias de un Muerto*, por esas frecuentes coincidencias de escritores ocupados en resolver los mismos problemas, recuerdan a la *Maison des Hommes vivantes* de Farrère. No se puede leer sin sentirse afectado *La obra maestra*, que contiene toda la amargura del arte y la desolación del amor; una juventud ofrendada como una hostia para una sacrílega boca; la pluma que escribe la diaria pena, el amor que envejece, el arte que resta la vida. Con el amargo sabor de la desolación, dice el protagonista de ese cuento con el que se cierra el libro:

Yo no quería penas, sino vivir. Vivir! Todas las embriagueces! Miserable literatura. ¿Qué vale en cambio de la vida? Ser un gran literato, trinar bien como esos niños de la Capilla Sixtina mutilados para que tengan buena voz. Ser un gran literato, sufrir minuciosamente. Qué asco!

Se ha dicho que algunos de estos cuentos y de los que ha seguido escribiendo García Calderón en varias revistas, son capítulos de confesiones autobiográficas.

VI

En los días mismos de la gran guerra ha publicado tres libros, *Bajo el clamor de las Sirenas*, *En la verbena de Madrid* y *Cantilenas*, sin contar con la encuesta publicada en español y francés, que hiciera entre los escritores galos, como un homenaje a Cervantes, en celebración del centenario de la publicación de *El Quijote*.

Bajo el clamor de las Sirenas es el diario, son las memorias de los días de la guerra. En este libro escrito con la amenidad de la que posee el secreto García Calderón se consignan los comentarios y las discusiones que se mantenían en los diferentes círculos, en los días angustiosos de la guerra que trajo a los alemanes muy

cerca de las puertas de París. Como siempre, al referirse al hecho cotidiano, su comentario de mundano elegante e inteligente es atractivo y fácil, atractivo por la destreza con que maneja los idiomas alrededor de todos los tópicos; pero como además es un literato y un crítico, la observación, medida y honda, recorre por todos los párrafos, aunque procura disimularse hábilmente. La guerra le preocupa y le preocupa hasta tal punto que no puede prescindir de la acritud al comentar aspectos de la política española de ese tiempo; pero tiene fe en los destinos del pueblo francés, y como descuenta por anticipado el triunfo, lo que le interesa es salvar, poner aparte de la glosa apasionada, del murmurar tumultuoso y por tumultuoso, vulgar, la nota sobresaliente de intelectualidad elegante y de frivolidad sabia: así, habla del gran Anatole France reconciliado con la guerra, en virtud de una nueva paradoja, de Verhaeren y Barbusse, de Barrés el exaltador de almas, que se queda fuera de las trincheras, de Joffre, académico y de Verlaine que congregó en medio de la guerra a los devotos, con mayor fervor que antes. El poeta sentimental, "el pacífico silvano de la selva interior", tuvo agrupados, al contorno de su estatua, en el Luxemburgo, a muchos poetas en traje militar. Acaso una incongruencia. ¿Habrà pasado el tiempo de la poesía confidencial, melancólica y sutil? ¿Los rezagados discípulos de Hugo, el épico, vendrían a dar un adiós al cantor del otoño romántico? ¿Era la última reverencia de los jóvenes para el poeta que envejecía? No es de creerlo: el tono altisonante del cañón se desprestigiara hoy más que nunca y volverá al reinado, dulce y señero, de la poesía de caprichos *calinos* y la estrofa de los dulces desmayos.

En *La verbena de Madrid* ha reunido las impresiones que le causaron sus paseos por la capital española. España, a pesar de su irremediable decadencia, será una segunda o tercera patria de todo americano, por mucho que al llegar a su suelo vaya a contemplar con tristezas cómo disminuye y se seca la antigua fuente de la raza. Madrid será también la ciudad del color goyesco, de los majos y los donjuanes. García Calderón aunque español adoptivo se sabe el castellano rancio y como tal siente esa oscura enemiga que se anida en el pecho de todos los peninsulares, que son los primeros en pregonar la tristeza y el atraso de esa tierra empo-

brecida después de un afanar tan fecundo. A García Calderón no le atrae el paisaje, no quiere salir de Madrid ni le interesan sino los hombres y las mujeres que transitan por sus calles y paseos. En el Retiro y la Bombilla ve a la moza arrebujaada en el clásico mantón; sigue por las calles a la Fornarina y habla con entusiasmo de Pastora Imperio y de su esposo torero. ¡*Los toros!* es el mejor capítulo de esta cruel novela española. Cuando me acuerdo del culto del pueblo español por los toros y los toreros; cuando pienso que el toreo es la herencia de la antigua bravura, creo que fueron mejores válvulas de escape las revoluciones en América; de otro modo, estas repúblicas, hijas sumisas de la Madre Patria, hubiera plegado también al torerismo, oro, sol, sangre y haraganería.

Interesantes y pintorescas las costumbres rezagadas de Madrid; pero más interesante es el libro porque se detiene a hablar de los grandes literatos e intelectuales de la época en esa nación europea. Ya se ha visto que García Calderón es un lector emancipado; además, escritor empapado en las ideas mantenidas por un pueblo próspero y pujante, deplora la pobreza española, no encuentra las altas cumbres y hace uso, en general, de muy poca simpatía: se sonríe de Unamuno, sin perjuicio de reconocer la impertinencia para con el maestro; *Azorin* ha escrito obras admirables, pero ha llegado a la fatiga; la juventud filosófica de Ortega y Gasset es prometedora en sumo grado; la visita que hace a Benavente, el glorioso dramaturgo, le produce tal desencanto que la crónica se convierte en una sátira cruel; para Ricardo León, penoso falsificador de Cervantes en el Banco de España, tiene la crítica más acerba... Sólo la ilustre Pardo Bazán halla en esta pluma toda la alabanza, por la eterna juventud de la excelsa novelista: "sus últimas obras tienen una frescura que no alcanzaron los libros del comienzo", y esta es una alabanza que a muy pocos escritores pudiera alcanzar.

En este libro, García Calderón no ha pretendido hacer obra de crítico; las sugerencias y observaciones son accesorias; ha querido referirse a los hombres, ha querido pintar un aspecto de Madrid, haciendo la revista de los escritores, de los cuales los nombres y las obras andan por América con ruido de cascada: muchas veces sencillos torrentes causan grandes estrépitos.

En el mismo año de 1920 publicó un libro más: *Cantilenas*, prosas líricas, con un prelude de Carol Berard, viñetas de su hermano Juan García Calderón, y un retrato del autor por Foujita, el inquietante y extraño pintor japonés. El libro es una edición de bibliófilo, hecha con todo el cuidado y el esmero, para que no fatigue los ojos y para que descansa el espíritu. Está dedicado a Gonzalo Zaldumbide, que es como si estuviera dedicado a la juventud de América.

El libro marca si no una nueva modalidad, un nuevo género cultivado por este escritor dilecto: la prosa lírica, que mantiene el parangón con el poema, y el verso mismo mostrándose curiosamente en las obras de un escritor, que ya era considerado como un poeta, por el ritmo y la música vivaz de su frase, pero que hasta entonces casi nada había publicado en verso. *Cantilenas* se abre con el soneto *Blasón*, conocido por los lectores de la antigua revista de Quito, *Letras*, que lo publicó en 1917. Hasta entonces no se sabía que Ventura García hubiera escrito en verso; fué Gonzalo Zaldumbide quien alcanzó esa colaboración para la Revista citada; por cierto que el escritor ecuatoriano hacía notar en esa ocasión, que si se adivinaba desde antes al poeta en la prosa llena de un reprimido tumulto de imágenes admirables, el soneto tenía el acento de un poeta verdadero en la misma manera de alterar la tersa corriente del ritmo para hacer el murmullo más suave.

Algunos poemas más contiene este libro, que en su mayor parte está lleno de prosas verdaderamente exquisitas. El verso, si tiene el acento, no esá destinado para las muchedumbres literarias por la falta de esa suavidad adormecedora, que ciertamente es grata y produce goce estético. Como decía Zaldumbide, la ternura era alterada de intento; pero por lo mismo hay el temblor que es inquietud y misterio. El soliloquio, la meditación, no son la futil palabrería rimada; tiene el sintetismo profundizador, como también la sutilidad distinguida. En los poemas dice de la ansiedad errante de la vida, que es la esperanza que sale cada mañana en busca de la paz y la amarga inquietud de la espera perseguida por los sagitarios furtivos de los boscajos de Armida. Doctor en letras y melancolías, vive de amores idos y de quimeras:

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo.
 ¿Viví? Quizás cuando cantar solía.
 Iba curvado desde el tiempo mozo
 por la fatiga de mi melodía.

Vive cautivo de las gracias divinas y de las bocas frívolas, que le hacen exclamar adolorido:

Cada mañana tengo
 más melancólicos los ojos
 y los labios más rojos.

Esto en cuanto a los versos contenidos en este libro, que en lo demás la prosa límpida, corre armoniosa; los períodos se suceden con cuidada regularidad, torneándose, modelándose, sin que nunca aparezcan las palabras aisladas o inútiles. La elegancia es leve; es decir, no pesa, no humilla al lector. ¿De dónde procede esta prosa de matices suaves por lo cuidadosos? ¿Acaso quiere indicar un orgulloso y justo aislamiento cuando en este libro escribe la *Lamentación* a la novia imposible, “a la manera de Ventura García Calderón”? En los escritores como en los pintores se puede conocer el estudio, la escuela de que proceden: se dice que aun el divino Leonardo conservó hasta en sus últimas obras la manera pictórica del Verrocchio. El escritor da la clave de su estilo cuando en la *Elegía* dice que el hervor de la sangre mixta americana ha sido la que ha devuelto a la recia lengua castellana la dulzura perdida.

El enfático idioma resonante comenzó a reverberar dulcemente en la noche selvática marina. Toda sombra nemorosa floreció de cocuyos, toda cima de turpial era canto. Y fué así, Bien Amadá, como inventamos un calofrío nuevo...

Cantilenas es un libro de pocas páginas, pero colmado de exquisiteces en prosa y verso. Acaso todos los poemas no tengan la exacta precisión tan de apreciar y puede ser que ese soneto *Pegaso*, por ejemplo, dedicado a la memoria de Mallarmé, haga pensar en ese otro soneto que el poeta francés dedicara a Poe y que hizo fruncir el ceño al Lemaitre de *Les Contemporaines*; pero de ninguna manera cabrán restricciones a la prosa lírica, a esa

melancolía soñadora, que decía *La Revue Mondiale*, al referirse a estas mismas *Cantilenas*.

Zérega Fombona, al escribir sobre este libro, expresaba que *Elegía* era el estudio sentimental del mismo problema psicológico que desde el punto de vista intelectual, fué considerado por Zaldumbide en el hermoso ensayo intitulado: *Vicisitudes del descastamiento*. Esta *Elegía*, murmurada al oído de la Bien Amada de París, es hermosa por muchos conceptos; es el canto de la raza americana que tiene el hervor de la sangre mixta y no podrá olvidar las notas melancólicas del yaraví, ni con la inmortal frivolidad de París; al contacto de esa fina y vieja cortesanía, aprenderá la alegría invicta y la gracia burlona, pero tendrá siempre la nostalgia del cielo de América: sufrirá la conmovedora tiranía de la sangre. García Calderón dijo que Darío vivió entre la Catedral y las ruinas paganas; de la misma manera se puede decir que él mismo vive entre la sugestión de París y el encanto de América.

VII

Cuando se estudie el desenvolvimiento de la literatura en América, habrá forzosamente que referirse a la obra de García Calderón, que ha sabido ganarse gran influencia en la juventud, esa influencia grata y beneficiosa, porque es el más notable ejemplo de la gracia virtual del idioma, cuando el buen gusto lo maneja; porque esa prosa armoniosa y elegante no tiene los rebuscamientos inútiles, de arabescos imposibles, con que algunos jóvenes llenan sus escritos para aparecer originales y nuevos; porque su mirada avisora advierte desde su casa de París lo que pasa en el Continente americano y con voz de heraldo, que anuncia y consagra, exalta el progreso de las tierras vírgenes y de las ideas fervorosas; y, finalmente, porque su anuncio, que nunca es sumisión, sabe precisar con justicia los valores literarios que revisa y vuelve a la realidad a quienes se creen maestros, sin caer en la cuenta de la extensión que tiene el mundo y de cómo a las orillas apartadas sólo llegan las últimas olas.

La juventud impetuosa de este escritor ha sido triunfante; en la juventud está todavía: ha pasado de los veinte años, apasiona-

dos, vocingleros y pródigos, ha trocado su juventud de semidiós por una cuerda madurez de hombre, en la que no se buscan las esperanzas locas sino los deseos cuerdos, como decía Lope. La juventud manirrota pudo pasar, pero no la frescura primaveral de su alma ardiente y privilegiada, hecha para la amargura del añor y para la amargura del libro. En el intervalo ha escrito bastantes obras ya, que sin adueñarse de una maestría que acaso ni pretenda, han sido suficientes para encender la antorcha que sirva de guía en un camino. Otras obras vendrán que si no tienen la jugosa inquietud de los primeros libros y la ironía aprendida en Renán y France, conmovida sin gravedad, dulce sin empalago, continuarán la labor gloriosamente comenzada y condensarán en forma nueva otros más altos pensamientos. Por lo pronto, tiene anunciadas, como de próxima publicación, dos obras: *La Limeña del Perú independiente* y una novela, *Paquita Montes*. Es muy grato saber que escritores como éste, de raigambre americana, que fueron a abrir hojas y flores al amparo de otro sol, vuelven a la tierra vernácula, como Nemrod, fuertes y ágiles cazadores, cubiertos de hazañas y llenos de despojos, a buscar una provisión abundante y nueva en la casa de la lejana sierra.

Entre tanto que estas y otras obras vengan, García Calderón sigue en el trabajo tesonero y de arte: dirige revistas, que en París hablan de América, prologa libros a jóvenes escritores de este Continente, toma la dirección de empresas editoriales, y, sembrador infatigable, escribe cuantas veces puede esas breves notas, condensadas y sintéticas, que resumen una obra, una modalidad, una dirección. Cuando la encuesta literaria acerca del Quijote, que publicó en español el periódico *El Imparcial*, de Madrid, el interés iba tanto a la opinión que se transcribía del escritor francés, como a esos medallones que como especies de epígrafes, hablaban de los escritores; y es que García Calderón practica atentamente la doctrina única que en todo arte será norma y virtud; la de la limitación oportuna y la del trabajo pausado, que pone médula y cerebro, así en una frase sola como en un libro entero.

Esta obra es la esperanza siempre abierta: el otoño sazonará los frutos y entonces la obra de este escritor será una base más sobre la que mañana se afirme la literatura americana. Mientras

las nuevas obras lleguen, releamos las crónicas de frivolidad y seda, de risa y de sonrisa; los cuentos atormentados sin embargo de que en ellos los personajes principales son las auroras, las mujeres y los versos, y las críticas que sin altisonancia ni irreverencia, señalan con desembarazo el puesto justo de los hombres que pasan por representativos en América y en España.

ISAAC J. BARRERA.

Quito, Ecuador, 1923.

El autor de este excelente trabajo, en el que se estudia la personalidad literaria de uno de los más insignes escritores peruanos contemporáneos, Ventura García Calderón, es también un escritor distinguido, cuya pluma sabe señalar aspectos y aquilatar valores con singulares exactitud y maestría. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece al Sr. Isaac J. Barrera el envío de este bello artículo, y al publicarlo en sus páginas se complace doblemente: por el mérito intrínseco del trabajo y porque en él se juzga la valiosa labor literaria del ilustre codirector de la *Revue de l'Amérique Latine*, de París.

CASTILLOS EN EL AIRE

TROVA DEL FECUNDO EJEMPLO

I

...siendo Poncio Pilatos procurador de la Judea...

EVANGELIO DE SAN LUCAS, III, 1º

Inclemencia en las ráfagas matinales y frías
que peinan el azul del mar de Galilea.
La plebe, en los senderos de la costa, voces
y exaspérase el alma trágica de Herodías.

Flota pesadamente un atisbo de espías
en las encrucijadas. El cielo de Judea
fulge como una rosa de luz en la febea
exaltación, celeste de azules bizarrías.

La mirada plebeya hiere como una espada.
Baña al Pretorio el fuego de la torva mirada
y en rencores sangrientos por las gradas se extiende.

Entre el cortejo innúmero, que es una humana alfombra,
se alzan puños crispados, como manchas de sombra,
y una paz melancólica de los cielos desciende...

II

*...mas los judíos gritaban, diciendo: si
sueitas a ése no eres amigo del César.*

EVANGELIO DE SAN JUAN, XIX, 12º

A través de la plaza un sordo grito ondula
en la voz asesina que se conjura y mata.
Y la palabra torpe del pueblo se desata
y ante Poncio Pilatos su acusación formula.

—El Rábbi es justo, es bueno,—dice Poncio—. Calcula
empero, el odio ciego de la feroz reata;
y le punza el rugido de la turba insensata:
—¡Muera de muerte!—gritan—, pues que Rey se titula.

Jesús, indiferente, hacia los cielos mira,
y calla. Su silencio, honda piedad inspira.
El sol dora las cumbres de los montes cercanos...

Después vino el flagelo torturador y rudo.
Y—¡que lo crucifiquen!—, viendo el cuerpo desnudo,
dijo Poncio Pilatos y se lavó las manos...

III

*Salieron para un lugar que se llama
Calvario, y, en hebreo Gólgota, y allí le
crucificaron...*

EVANGELIO DE SAN JUAN, XIX, 17º, 18º

Marchan entre zarzales a la siniestra cumbre
y va Jesús —dulzura, resignación humana—,
bajo el oro que fluye suave de la mañana,
entre los alaridos que alza la muchedumbre.

Unas tristes mujeres claman su pesadumbre;
 espésase, curiosa, la chusma comarcana;
 y, la brisa, dispersa tufos de mejorana
 y zahuma los grupos, pozos de podredumbre.

La tarde viste luego su fulgor macilento
 sobre todas las cosas. Se hace sollozo el viento;
 arriban peregrinos por todos los caminos.

En cárdenos relámpagos se incendian las alturas
 y —síntesis perversa de tantas amarguras—,
 chafa el cuerpo del Justo el fierro de Longinos.

IV

*Vino una mujer de Samaria a sacar
 agua y Jesús la dijo: dame de beber.*

EVANGELIO DE SAN JUAN, IV, 4º

Un hálito seráfico perfuma la divina
 mañana, de imprevistas fragancias. El sendero
 recúbrese de castas flores de limonero
 y se nimban las cosas de la luz matutina.

Se orla de una evangélica beatitud la colina;
 el campo emana zumos acres de pebetero
 y aventura sus pasos inciertos el romero
 hacia el agua que brinda, clemente, la piscina.

Ingenua como un ruego, la mujer de Samaria
 se llega junto al pozo. Jesús—una plegaria
 que suspira—: dadme agua, mujer, estoy cansado,

la dice. Y cuando debe, prosigue su camino...
 (A lo lejos resalta como un blancor de lino
 y ella siente su pecho como santificado.)

TROVA DE LA EXALTACION COTIDIANA

I

Ráida la humanidad negra de la sotana
y pendiente del cinto el oscuro rosario,
repara atentamente la vida franciscana
en las páginas viejas de su devocionario.

Un aroma campestre entra por la ventana.
(El cuadro es una mística escena de breviario.)
Y perturba la rústica quietud de la mañana
el bronce lugareño que habla en el campanario.

Llena de unción, el ama regaña a la sobrina.
La huerta, en paz, se inunda de calma campesina
y se dora la estancia de matinal fulgor.

(Tal Jesús deslumbraba por tierra de Judea.)
Y el cura, por el libro la mirada pasea
esperando la buenaventura del Señor...

II

EL AMA

Nació no sabe dónde, ni quién la trajo a esta
familiar rectoría, hace cosa de un año.
Por cierto que en el pueblo era día de fiesta...
(En la plaza flotaba denso polvo de antaño.)

Ella, siempre hacendosa, para todo se presta;
y vistiendo su traje de indefinible paño,
no exige, no murmura; por no hablar, no protesta.
Respecto de la vida, vive en perpetuo engaño.

Vela con noble celo; y por el señor cura,
lo dejaría todo; incluso la costura
que hace, mientras cuida las aves del corral.

No ha tenido en su vida más que un serio disgusto:
y fué cuando la ingenua sobrina la dió un susto
al enfermarse gravemente de un raro mal...

III

LA SOBRINA

Fué un acontecimiento en el pueblo aquel día
cordial y luminoso de su llegada. Era
un domingo; y en todo vibraba una alegría
fragante, persistente y azul de primavera.

De apenas veinte años, en el futuro fía;
y aunque sueña esperanzas, no sabe lo que espera.
Tiene un instinto claro que su existencia guía
y una risa insinuante, franca, fresca, sincera.

Antes solía—y esto era por no aburrirse—,
con algunas amigas del poblado reunirse.
Ahora se ha retraído; se la ve rara vez.

Y si algún indiscreto por ella ha preguntado,
con vagas evasivas ha sido contestado.
Pero hay unas ojeras y una pálida tez...

IV

SENSACIÓN REMOTA DEL BIEN

Yo conocí a este párroco, que en una edad pasada
hubiera sido abate galanteador, o al vicio,
—sierpecilla que aguza su testa triangulada—,
le hubiese opuesto ufanos signos del Santo Oficio...

Hoy vive las hipótesis de la Historia Sagrada
y disuade al Maligno, con áspero cilicio;
ha renunciado a toda función inmoderada
y abre sacras parábolas de piadoso ejercicio.

Disciplina lo absurdo de su vivir sereno,
—colmado, sin alardes, del afán de ser bueno—,
la abstracción cotidiana en el término gris
de su pobre existencia, arcilla que ama Cristo.

Y arrodillado, en éxtasis fervoroso, lo he visto
implorando la gracia de Francisco de Asís...

TROVA DE LA GALANTE INSINUACION

Si tú no fueras una mujer moderna, y hasta
futura, pero, es claro, profundamente casta,
yo te recitaría, con uncioso respeto,
las místicas estrofas de un antiguo soneto;
y en el desmayo lánguido de una tarde indolente,
cuando el sol, que hace hoy igual que antiguamente,
se hunde (y esto es mentira), allá por occidente,
con versos de Argensola, Fray Luis o Cetina,
te diría la excelencia de un amor religioso,
y en vez de estas estrofas (en la tarde opalina
a modo de epígrama picante y armonioso),
te dejara las suaves mieles de los panales
en un rosario lírico de tersos madrigales...

Pero tal no es posible. Y pues mis versos quieres
por uno de esos raros caprichos de mujeres,
puedes venir por ellos sin rubor y sin pena
y los recitaremos bajo la luna plena.
Puede ser una noche, tibia y llena de encanto...
O de enero, si quieres. Como mi amor es santo,
no importa el calendario ni la varia estación.
Ven; y, si lo prefieres, no traigas corazón;
pero no te demores, que pasa el tiempo en tanto...

Tú no eres una niña, yo soy un hombre experto;
y después de una cena... (¿te gustaría el Casino?),
y unos cuantos billetes puestos a la ruleta,
tomaríamos rumbo hacia el destino cierto,
las divinas estrellas alumbrando el camino,
y de ese modo irías conociendo al poeta...
Esta es la hora oportuna, ya que me has encontrado;
y tú sabes que yo fácilmente me pierdo.
Eso sí: no pretendas que haga el enamorado
con las rimas de un verso pulido y acordado;
yo he de ser para ti algo más que un recuerdo,
pero un recuerdo fuerte, no un poema rimado.

Por lo demás, te ofrezco franca y sinceramente
amarte una semana, o dos, intensamente;
y recobrar después, ambos, nuestra habitual
fisonomía, el gesto cotidiano, y volver:
tú, a las complicaciones de lo superficial;
yo, a proseguir la obra que comenzara ayer...

TROVA DE LA AMOROSA CONSEJA

Tu juventud, ¿qué espera? ¿Acaso en el postrero
rayo de un sol mezquino, su enorme afán aleja?
Muchachita: te miro en el balcón, y quiero
regalarte mi trova de amorosa conseja.

La juventud no vuelve, dijo Emilio Carrere;
y es verdad. El "divino tesoro", de Darío.
cuando se va es por siempre. La ilusión se nos muere
y en ella penetra un tedioso vacío.

¡Ama! Ama y cultiva por la futura siembra
de emoción y placeres tu espíritu intranquilo.
Prolifica tus yertas maravillas de hembra
y no seas para el goce otra Venus de Milo.

Tu inocencia es aquella que precede a las bodas;
te inquietan turbaciones de vida suprahumanas;
y aunque adivinas algo que desconoces, todas
tus pobres inquietudes son tímidas y vanas.

Mira cuando la calle se aclara con tu paso,
—pues que irradias un vivo fulgor de amaneceres—,
cómo el cielo hace diáfana su techumbre de raso,
y despiertas la envidia de las demás mujeres.

¡Cómo tu cuerpo, maravillosamente erguido,
por todas las palabras del elogio es ungido!
Y voces ancestrales, de hombre de las cavernas,
murmuran a tu oído, cuando pasas: ¡qué piernas!

Eso no es corrección, en verdad... pero es cierto.
Y la carne (enemigo del alma), débil peca,
en contra del espíritu y del bíblico aserto,
y de los reciocinios de la razón enteca...

Date toda en supremos éxtasis al pagano
culto. Sé así sincera y vive tu vida.
Júzgate superior a todo juicio humano,
que al fin y al cabo queda la virtud malferida.

No luches más contigo misma ni te quebrantes;
comulga en los altares donde el amor se exalta;
que si después no tienes lo que tenías antes,
otros te darán luego lo que ahora te falta.

Muchachita que ves pasar a toda hora
el amor transeunte bajo de tus balcones;
mira la primavera como el rosal enflora
bajo el encantamiento de las constelaciones.

Abre a la vida el cofre de tu emoción secreta,
estimula el intento ardor que te consume.
Y no sigas el triste sino de la violeta
que se muere de tedio escondiendo el perfume...

SALMO DEL TRASNOCHADOR

Estos amaneceres mágicos tienen una
transparencia inconsútil como gasas de olvido...
Yo he paseado otra vida bajo esta misma luna;
estos amaneceres ya yo los he vivido.

Esa calleja en sombras, hecha para un apunte
al lápiz como aquellos que hiciera Rafael Blanco;
y esa misma silueta, vaga, del transeunte,
y aquella pordiosera que duerme sobre un banco,

tienen la milagrosa virtud evocativa
de lo que presenciamos hace tiempo. Quizás
en uno de esos seres anónimos quién viva
con el alma que tuvo hace siglos... Es más

estrecha, sin embargo, esta calle de ahora,
pero el cielo es el mismo; el cielo de cobalto
que viera hace cien años, en la trasnochadora
andanza de mis lances... Hoy miro en el asfalto,

húmedo por la lluvia que de los cielos fluye,
el perfil de las grandes casonas reflejado;
pero no está la casa que yo busco. Rehuye
a mi encuentro este punto de mi viejo pasado.

Yo era, en aquel entonces, lo que ahora: poeta...
Poeta con un vivo tinte de vanidad.
Y paseaba las calles mi lírica silueta
ante todas las hembras de aquesta vecindad.

Pero eso fué en las brumas lejanas de otra vida...
Yo era un buen estudiante que llegó a bachiller
que cerró los libros, el alma adormecida
por los suaves arrullos de una voz de mujer.

¡Oh, mi vida pasada! Gente prócer, doblones,
escudo de armas, limpio, de mis antepasados!
Y la casa paterna, con amplios portales,
el cariño fraterno, los maternos cuidados.

Y he tenido otras vidas, señores. ¡Oh, yo he sido
todo a lo que en la vida uno puede llegar:
Emperador, y Papa, y pirata, y bandido...
Casi un Dios en la tierra y un demonio en el mar.

Ardí últimamente en una pira ingente
que para mí prendiera la Santa Inquisición...
Aún recuerdo las risas de aquella mala gente,
los salmos religiosos, la negra procesión...

Por cierto que ese día en que yo fui quemado,
hubo un maravilloso espectáculo: fué
(y esto lo sé yo solo), mi espíritu llevado
a una tierra lejana en la que transmigré.

Después, yo no sé cómo, esa vida se esfuma.
Ruedan siglos. Yo vuelvo a la vida otra vez...
¿Pero dónde están, digo a la nocturna bruma,
mis antiguos ensueños, mis andanzas, mi prez?

Y al hallarme de nuevo en la vida, esta vida
que es buena, aunque es imbécil en cierto modo, suelo
dialogar con las sombras en la noche aterida,
cruzar tranquilamente esta oscura avenida,
amar a las mujeres y dar gracias al cielo.

LA CANCION DE LA ESPERANZA

El cielo ha envejecido de repente;
tan repentinamente,
que ha perdido el color y se ha tornado
blanca su cabellera.

Es un cielo angustiado
 que no espera
 más el retorno de la primavera.
 Copos de blancas nubes cuelgan d'este
 cielo bajo y huracán, antes azul celeste,
 y hoy gris, sucio, encalmado y dormido.
 ¿Acaso es abandono? ¿Por qué no lo han barrido?
 ¡Ni el sol se ha preocupado de mirarle cara!
 Recelo que en el cielo
 ocurre alguna rara
 cosa, un frustrado anhelo
 de no sé cuál propósito que ni pensarse puede.
 Ignorados misterios de las constelaciones
 lejanas; un enigma que no cede
 a las más exaltadas rogaciones.

Este es el cielo de hoy. Tal vez mañana
 torne a lucir su cabellera rubia
 o de su pena la inquietud arcana
 se deshaga en mil lágrimas de lluvia.
 Yo, mientras tanto, esperaré confiado
 a que pase el nublado,
 pues sé que tras las negras cerrazones
 suele resplandecer iluminado,
 con clavos de oro en el azul fijado,
 el gran tapiz de las constelaciones.

Y,—haces bien en confiar—, ella me dijo—;
 es fortalecedora la esperanza
 y cada nube acrecerá, de fijo,
 el íntimo valor y la confianza.
 En la calle se había recogido
 en sí mismo el silencio. Un aterido
 silencio. Un asustado
 silencio. Y en el hueco
 de esa paz infinita,
 se hundió su voz como el vibrante eco
 de una canción bendita...

(Yo espero ver el cielo constelado.)

VISIONES CREPUSCULARES

Huyó la tarde, plena de neblinas
fúnebres y de pálidos reflejos;
y borrarón las nubes, a lo lejos,
la suave ondulación de las colinas.

El beso de las auras vespertinas
acarició los árboles bermejos,
con embriaguez de néctares añejos
y voluptuosidades femeninas.

Y tu amor, en mi anhelo, fué pecado
que amparó, macilento y angustiado,
un misericordioso terebinto.

En el silencio naufragó la fronda;
y hubo una paz meditativa y honda
de beaterio y de claustral recinto...

F. DE IBARZÁBAL.

El Sr. Federico de Ibarzábal es un notable poeta cubano, joven y de vigorosa inteligencia, cuya personalidad no es desconocida para los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA, puesto que en las páginas de esta revista se publicó hace un año aproximadamente —número del mes de julio de 1922—, un concienzudo estudio crítico del también inspirado poeta y galano escritor Arturo Alfonso-Roselló sobre la obra literaria del autor de *El Balcón de Julieta*, *Gesta de Héroes* y otras muchas valiosas producciones. CUBA CONTEMPORÁNEA le da muy expresivas gracias por el envío de estos versos, inéditos en su mayoría, que han sido seleccionados por el autor, del libro en prensa que publicará con el mismo título de *Castillos en el aire* que les sirve de epígrafe, y se complace al dar las primicias de esta obra poética.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

EL TRANSPORTE DEL AZÚCAR



N el momento en que estas líneas son trazadas, hállase entablada, en todo su vigor, la controversia producida en torno del plan de consolidación de los ferrocarriles y supresión de los subpuertos, ideado por el sagaz y activo hombre de negocios, señor José M. Tarafa.

Fuertes cantidades de dinero han debido dedicarse a la propaganda de este plan, iniciada casi simultáneamente en los principales periódicos de Cuba, a juzgar por el ímpetu y la rapidez de su desenvolvimiento.

La opinión pública tuvo un instante de vacilación ante la energía de los ataques y las réplicas, aunque las maniobras preliminares del señor Tarafa debieron ser tan convincentes, que, con la casi totalidad de la prensa, fueron sumándose a su causa importantes elementos populares y oficiales, entre ellos, numerosas corporaciones obreras y uno de los organismos componentes del Congreso Nacional.

Las primeras publicaron un manifiesto, fundando su adhesión al plan Tarafa en fantásticas ventajas que, según ellas, debían alcanzar con su adopción.

La Cámara de Representantes aprobó un proyecto de ley en la misma sesión en que fué presentado, sin estudio de Comisión alguna, hasta ese momento totalmente desconocido, con suspensión de preceptos reglamentarios, tras una discusión agitadísima, prolongada hasta las siete de la mañana del siguiente día, con la asistencia de casi todos sus miembros, cuya actividad desusada y, en verdad, casi sin precedentes, no desplegada ni en momentos de extremada gravedad para el país, ha motivado las más vivas y

variadas apreciaciones, generalmente cargadas de insinuaciones maliciosas.

Si a todas estas circunstancias se agregan la complicación del movimiento veteranista, reprobando la conducta de la Cámara, y la indicación del gobierno de los Estados Unidos pidiendo al de Cuba que aquel proyecto de ley no fuera definitivamente aprobado hasta determinar si con su sanción resultarían lesionados intereses de ciudadanos de aquel país, establecidos en el nuestro, no hay exageración en decir que este es el problema de mayor importancia que preocupa actualmente a la opinión.

Bien estudiado este plan, en su fondo, no es difícil advertir que envuelve la concesión de un odioso y funesto monopolio en favor de la Compañía adueñada de la consolidación, cuya formación se autoriza en él, a la que quedarían subordinados casi todos los ferrocarriles existentes y los que pretendieran organizarse en lo sucesivo.

En la actualidad, las concesiones y privilegios obtenidos por las compañías ferrocarrileras existentes en Cuba son de tal naturaleza, que ellos constituyen uno de los más graves obstáculos con que la vida agrícola del país tropieza en su desenvolvimiento.

Regiones enteras de Cuba viven lánguidamente porque nuestros campesinos se ven impedidos de emplear sus tierras en el cultivo en gran escala de frutos del país, que no podrían transportar a los grandes centros de población o a los puertos cercanos, por la elevación de las tarifas ferrocarrileras.

Con excepción de las zonas próximas a las grandes haciendas dedicadas a la crianza de ganado, el precio de la carne es casi prohibitivo para las gentes de posición modesta, por el costo enorme del transporte de las reses.

Y, en todas las comarcas algo alejadas de los grandes puertos, el precio de los víveres y de toda clase de artefactos y utensilios importados, es considerablemente mayor que el que tienen en aquellos lugares, cuando todavía no gravita sobre él la carga abrumadora de los fletes ferrocarrileros:

Ciertamente que, en vez de leyes favorecedoras de la explotación desmesurada con que estas Compañías agobian al pueblo, el país necesita de otras que la contengan, obligándolas a disminuir sus tarifas y mejorar sus servicios, aun cuando los dividendos

anuales de los accionistas residentes en Londres o New York dejen de ser tan exorbitantes como lo son ahora.

¿Por qué, a pesar de la evidencia de estas circunstancias, entidades tan importantes en el país como la Cámara de Representantes, casi toda la gran prensa y las principales agrupaciones obreras han evidenciado sus simpatías por el audaz proyecto del señor Tarafa?

Respecto de la entidad oficial primeramente mencionada, ya quedó expresada en líneas anteriores la impresión recelosa despertada en el ánimo público por las circunstancias excepcionales en que fué aprobado por ella el proyecto en cuestión.

Pero, la adhesión de las corporaciones obreras ha contribuído a poner en evidencia otros aspectos de notable interés en este problema complicado.

En el proyecto de ley inspirado en los puntos de vista del señor Tarafa, se dispone la supresión de los subpuertos o embarcaderos establecidos en lugares propicios del litoral, por las grandes empresas azucareras, para realizar por ellos el embarque de sus azúcares y la importación de los artículos que les son necesarios para el trabajo de sus ingenios y el sostén de sus obreros y empleados.

Las principales razones difundidas por el señor Tarafa y sus agentes para justificar su pretensión pueden considerarse comprendidas en las siguientes:

1ª El daño que están sufriendo las grandes empresas ferrocarrileras, a las que, poco a poco, se ha ido sustrayendo el transporte de los productos de las zafras de aquellas fincas que han organizado sus líneas particulares desde sus centros de trabajo a los subpuertos establecidos por ellas.

2ª El quebranto de los antiguos grandes puertos por los que se realizaba el trabajo de exportación, hoy llevado a los subpuertos.

3ª El daño sufrido por los obreros de aquellas poblaciones, privados del trabajo anterior y obligados a trasladarse a los nuevos centros de trabajo, donde, bajo la férula de las omnipotentes compañías azucareras, deben sucumbir a condiciones de vida más duras y aceptar jornales exiguos en extremo.

4ª La facilidad para el contrabando que brindan los sub-

puertos, dada su peculiar organización, con un solo empleado de aduana a su frente, y éste designado y pagado por la misma empresa.

La inconsistencia de las dos primeras razones se advierte desde el primer instante y las personas más conocedoras de nuestros problemas económicos y sociológicos han expresado ya su opinión, favorable a la existencia de los subpuertos.

En cambio, por la denuncia de los agentes del señor Tarafa y las manifestaciones de los gremios obreros, el país ha puesto su atención en las condiciones abusivas e irritantes en que muchas de las empresas azucareras han establecido el trabajo en todas sus dependencias y la absurda organización con arreglo a la cual se crean y mantienen los subpuertos.

Con alguna que otra excepción, puramente voluntaria, cada ingenio de moler azúcar constituye en Cuba un verdadero feudo en cuyos linderos pierden su eficacia las leyes de la República y su autoridad los agentes subalternos del Estado.

Allí se explota al obrero, inmigrante o nativo, sin más límite que el naturalmente opuesto por la resistencia del organismo humano.

Y ni aun del jornal exiguo que se le paga le permiten disponer, obligándolo a percibir sus alcances en vales o fichas que sólo tienen valor dentro de la misma finca, y con esto, a surtirse de cuanto necesita en los establecimientos del ingenio.

El trabajo funciona bajo un régimen de disciplina excepcional. Se apalea a todo el que se atreve a protestar de cualquier abuso o se le obliga por la fuerza a marcharse del lugar.

Estas condiciones están agravadas por las facilidades que los poderes públicos han concedido, desde hace algunos años, a dichas empresas, para importar braceros jamaquinos o haitianos, propios, por la inferioridad de su régimen de vida, para sustituir a los braceros nativos o europeos, con ventaja para ellas.

Por todas estas circunstancias, los obreros cubanos sienten profunda animadversión hacia las empresas dueñas de ingenios y centrales y, al ver ahora, por vez primera, que alguien alza su voz denunciando estos abusos, se han colocado al lado suyo, sin detenerse a meditar que en esta lucha de leones, entre intereses igualmente fundados en la explotación de su trabajo, ellos, al

igual que el resto del país, sólo representan el papel del corde-ro, fatalmente destinado a ser comido por el que resulte vencedor o repartido en porciones equitativas entre las dos partes contendientes.

En cuanto a la cuestión de los subpuertos, fácil es ver que las circunstancias anormales de su existencia son puramente accidentales y de sencillo remedio.

Bastaría con imponer en ellos las siguientes reformas para que esta situación de anormalidad desapareciera:

1ª Supresión de los barracones en que actualmente son alojados los braceros. Urbanización de una zona en su contorno y fabricación de las viviendas necesarias para alojar a los obreros y empleados, con sus familias.

2ª Construcción de un edificio destinado para hospital y habilitación del mismo.

3ª Construcción de una casa-escuela.

4ª Organización del servicio de aduanas y todos los demás de carácter público, por el Estado, con absoluta independencia de la Compañía concesionaria.

Y no autorizar la habilitación de ningún nuevo embarcadero fuera de estas condiciones y de aquellas otras cuya necesidad sea indicada en lo sucesivo por la experiencia.

*

EL MOVIMIENTO VETERANISTA

No es posible prever la trascendencia de este movimiento que, hasta el instante en que este trabajo es redactado, ha promovido en el país una intensa agitación.

Los veteranos de la guerra de independencia se reunieron para pedir que el pago de sus pensiones fuera regularizado; mas, en cuanto se vieron congregados, acordaron no disgregarse y dedicar sus esfuerzos a lograr una rectificación en la conducta, a su juicio desviada, de los poderes públicos.

En la misma sesión formularon un programa de acción inmediata, comprensivo de las siguientes aspiraciones:

1ª Pago regular de sus pensiones.

2ª Supresión de la Lotería.

3ª Repudiación del plan Tarafa.

Posteriormente, con el concurso de gran número de personas adheridas, ampliaron este programa, adoptando como definitivo el expresado en los doce puntos siguientes:

PRIMERO. Derogación de la Ley de Lotería.

SEGUNDO. Evitar que llegue a adoptarse la que crea en nuestro país el monopolio ferrocarrilero.

TERCERO. Promulgar una que fije el cobro puntual de las pensiones de los veteranos de la independencia.

CUARTO. Legislación que garantice, con procedimientos prácticos, la absoluta independencia del Poder Judicial.

QUINTO. Derogación de los preceptos del Código Electoral que dan voz y voto en las asambleas de los partidos políticos, como miembros natos, a los congresistas, gobernadores, etc., con lo que se hace imposible la renovación de dichos organismos.

SEXTO. Votar una Ley de Contabilidad que impida disponer de los fondos públicos sin responsabilidades efectivas.

SÉPTIMO. Fijación de los límites de la inmunidad parlamentaria para evitar que se amparen en ella los autores de delitos comunes.

OCTAVO. Promulgación de una Ley que armonice el esfuerzo del capital y el trabajo garantizando los derechos preferentes del obrero cubano contra el extranjero, en las industrias y trabajos del país.

NOVENO. Abolición de las reelecciones presidenciales en la oportunidad de hacer modificaciones a la Constitución de la República.

DÉCIMO. Que la Constitución de la República se reforme también en el sentido de conceder a la mujer cubana igualdad de derechos políticos para estas dos finalidades: ser electoras y elegibles.

UNDÉCIMO. La no promulgación de leyes de amnistía por delitos comunes.

DUODÉCIMO. Que se desista de la aprobación de la Ley por la cual se le concede al Ferrocarril del Norte de Cuba, franquicia arancelaria, porque perjudica grandemente al Erario Público y a los industriales y comerciantes de Cuba.

La primera impresión pública fué casi totalmente favorable a este movimiento.

Desde el primer instante, se sumaron a él elementos sociales de positivo valer, entre ellos, los jóvenes que forman el Comité Ejecutivo de la Federación de Estudiantes.

Por su parte, los elementos interesados en negocios de azúcar, representados por la Asociación de Hacendados y Colonos, comprendieron en seguida la maravillosa oportunidad que impensadamente aparecía ante ellos para contrarrestar los eficaces manejos de los agentes del llamado plan Tarafa y se apresuraron a enviar también su patriótica adhesión.

Y, a impulso del entusiasmo sinceramente generoso de sus iniciadores y de unas cuantas personas más, inflamadas de verdadero ardor patriótico, el clamor de los Veteranos y Patriotas ha logrado alcanzar una considerable resonancia.

Y, a su amparo, los intereses comprometidos de todas las personas relacionadas con negocios de azúcar se apresuraron a extender su frente de batalla ante el enemigo, cuya acción formidable estuvo, por un instante, a punto de abatirlos.

Razón más que sobrada tuvieron los iniciadores de esta agitación para alzar su gesto de protesta ante la conducta desatentada de los poderes públicos. Escandalizado e indignado está el país ante la falta de escrúpulos de aquellos de sus gobernantes cuya perpetua preocupación gira tan sólo en torno de su provecho personal, confiados en los precedentes de impunidad sentados en nuestra vida pública.

Y hora es ya de que el pueblo de Cuba se apreste a exigir la responsabilidad debida a aquellos de sus mandatarios que, abusando de la confianza depositada en ellos por él, tan sólo piensan en hacer granjería de sus cargos, explotando la influencia oficial en beneficio propio.

No obstante, a pesar de estas circunstancias, muchas personas y entidades sociales de prestigio, aunque conformes con la significación general del movimiento, se han abstenido de expresar su identificación con él, por algunos de los aspectos concretos en que se ha manifestado.

La necesidad de pagar regularmente las pensiones a los veteranos es unánimemente reconocida; y las gestiones de los intere-

sados han sido siempre vistas con general simpatía por la opinión y aun por los mismos autorizados para regularlas.

Por esto, no se concibe que las dificultades suscitadas en este asunto puedan dar motivo a una agitación de carácter nacional cuando, en esencia, tan sólo se trata de encontrar una fórmula adecuada para allanar los inconvenientes que las disposiciones adoptadas hasta ahora presentaban.

En cuanto a la supresión de la Lotería, se trata, en verdad, de una aspiración mantenida solamente por un escaso número de personas capaces de apreciar y sentir la influencia desmoralizadora de este arbitrio fiscal en las costumbres populares.

La mayor parte de los opositores que, en un momento dado, se manifiestan en contra suya, expresan tan sólo una oposición circunstancial, en relación con el uso corruptor que las autoridades constituídas en el momento hacen o pueden hacer de la concesión de las colectorías y del sobreprecio en la venta de los billetes.

Contra la lotería, establecida por un Congreso de mayoría liberal, durante la administración del General José Miguel Gómez, clamaron los conservadores, mientras estuvieron en la oposición. Mas, apenas lograda la conquista del poder, los nuevos gobernantes convirtieron sus recursos en un medio de soborno y corrupción, aun más activo y eficaz.

Y no son pocos, entre los elementos que están tomando parte activa en esta cruzada moralizadora, quienes alguna vez aplicaron sus labios con deleite en la corriente cenagosa, y si en la actualidad los mantienen separados de la linfa impura y atrayente no ha sido, por cierto, en virtud de una espontánea decisión de su propia voluntad.

Mas, con todo esto, la aspiración de suprimir el juego oficialmente organizado es, entre las manifestaciones concretas del movimiento veteranista, una de las que más de acuerdo se halla con el sentido general en que sus directores definen su actitud.

En conjunto, se advierte que el programa antes copiado contiene reformas políticas y administrativas de gran importancia; pero, sus redactores, al parecer, no han apreciado o no han comprendido las grandes perturbaciones que en la sociedad cubana están produciéndose por la incuria y la incapacidad de los poderes

públicos ante los problemas económicos, educativos y sociales que con el transcurso del tiempo se han ido suscitando.

En general, el programa transcrito pone de manifiesto la buena fe sustancial de sus autores, pero también evidencia la precipitación oportunista con que ha sido formulado y la influencia que en su redacción han tenido determinados intereses económicos, de valor nacional bastante discutible.

Es posible que, cuando estas apreciaciones sean conocidas, la agitación pública a que ellas se refieren haya hecho crisis en algún sentido, que ojalá sea el más favorable para Cuba.

No obstante, presumimos que su porvenir ha de estar grandemente influido por la respuesta que los acontecimientos vayan dando a las siguientes interrogaciones:

¿Persistirán los veteranos en su actividad moralizadora una vez resueltas las dificultades relacionadas con el cobro de sus pensiones?

¿Mantendrán su adhesión al movimiento, aun en los giros de violencia ya anunciados como posibles, los elementos representativos de corporaciones económicas, si la amenaza de la aprobación del plan Tarafa llegara a desvanecerse?

¿Qué esfuerzo posterior desplegarán los directores de esta agitación cuando adviertan la resistencia que, probablemente, opondrán los legisladores a la aprobación de leyes tan inconvenientes para ellos como las pedidas en los puntos Primero, Quinto y Séptimo del programa que les ha sido presentado?

¿En qué clase de actividad entretendrán los Veteranos y Patriotas su impaciencia durante los dos o tres años que necesitaría el Congreso, según su capacidad habitual de trabajo, para desarrollar en leyes adecuadas el programa antes expuesto, aun suponiendo que lo acoja con entusiasmo parecido al de sus generosos proponentes?

Por nuestra parte, como no estamos dotados ni siquiera de una mínima porción de virtud profética, no nos sentimos animados a ofrecer el más insignificante vaticinio.

SOMBRAS EN EL HORIZONTE

¿Más sombras todavía, además de las proyectadas por los sucesos aludidos en los anteriores párrafos?

Y, posiblemente, más densas y peligrosas han de ser las que envuelvan las perspectivas del porvenir de Cuba, con los propósitos reeleccionistas expresados ya por el señor Presidente de la República.

Si las modalidades de nuestra vida pública fueran tales que la aspiración a un segundo período presidencial, por parte del Jefe del Estado, significara tan sólo una consulta sincera al cuerpo electoral, ninguna preocupación conturbaría nuestro ánimo.

Tememos, principalmente, a los procedimientos de los alabarderos políticos que rodean al Primer Magistrado, para quienes debe parecer cuestión capital lograr el triunfo a toda costa, sea cualquiera el sentido de la opinión sustentada por la mayoría de los electores.

El país conoce ya, por dolorosas experiencias, el proceso político-gubernativo de una acción encaminada a imponer la reelección del Presidente en funciones, dirigida desde los comités adictos y apoyada por los centros oficiales.

Ningún cubano ha podido olvidar las desastrosas consecuencias de la campaña reeleccionista de Don Tomás Estrada Palma, sostenida por su famoso "Gabinete de Combate".

Y sangran todavía las heridas materiales y morales que el país sufrió con motivo de la reelección del General Mario G. Menocal.

Por lo demás, son tan brumosas e imprecisas, desde el punto de vista de su relación mental con nuestros problemas nacionales, las figuras de los probables candidatos que en nuestros grandes partidos políticos comienzan a destacarse, que no es posible vincular una esperanza firme de rectificación en ninguno de ellos.

Y no son pocas las personas tocadas por el escepticismo, que exclaman con desaliento, en el interior de su conciencia:

—¡Qué más da uno que otro!

La alarma pública se funda en el conocimiento de la impopularidad del actual Primer Magistrado de la República, como candidato para un segundo período de gobierno, y de la exigüidad de

las fuerzas políticas que pueden apoyar su pretensión. Circunstancias que, según la apreciación general, habrán de compeler a sus adictos, adueñados de los resortes del poder, a utilizar aquellos medios de violencia y corrupción, de eficacia ya demostrada en casos anteriores semejantes al presente.

¿Autorizará o tolerará el Jefe del Estado, el empleo de los procedimientos aludidos, conociendo, como conoce por experiencia personal, las violentas reacciones que ellos han producido siempre en la conciencia pública?

Nosotros, que participamos de la alarma general, ante los primeros amagos del conflicto, pero que no compartimos la intransigencia irreducible de los enemigos personales o políticos del actual Presidente, y que, en último término, no creemos que su gestión futura fuera sensiblemente peor de la que puede esperarse de los otros candidatos señalados como posibles en los grandes partidos que hoy existen, queremos elevar hasta él nuestra humilde, pero desapasionada voz, de cubanos sinceramente preocupados por el porvenir de nuestra patria, y nos atrevemos a decirle:

Señor Presidente:

Aspire en buena hora a un segundo período de gobierno, puesto que para ello se halla autorizado por nuestra Constitución, si verdaderamente cree que su presencia en la Presidencia de la República ha de ser beneficiosa para Cuba.

Pero no consienta que sus adictos, por devoción personal hacia usted o movidos por el deseo de conservar sus posiciones ventajosas, utilicen la influencia oficial para torcer o cohibir el curso espontáneo de la opinión pública.

En vez del viejo plan puesto en práctica por sus antecesores, consistente en la distribución de favores no merecidos o ilegales, para conquistar adeptos, a expensas del tesoro nacional; en perseguir a las personas adversas a su candidatura; en convertir en agentes electorales a delincuentes indultados; en utilizar la fuerza pública, durante el periodo electoral, para amedrentar a los electores adictos a los otros candidatos, y en preparar planes encaminados a desvirtuar el resultado verdadero de las elecciones, si éste no le fuere favorable, nosotros, confiados en la reconocida orientación democrática de sus convicciones y en su nunca desmentido amor a Cuba, nos resolvemos a proponerle este otro:

1º Reforma del Gabinete, colocando al frente de las Secretarías y de todos los altos cargos administrativos, a personas de sólida reputación nacional, por su honorabilidad indiscutida, por la independencia de su criterio y su competencia previamente demostrada en los asuntos encomendados a su gestión.

2º Eliminación de toda actividad política en las dependencias del Estado.

3º Moralización rigurosa de la administración, invirtiendo todas las cantidades presupuestas para cada Departamento en los servicios para que fueron consignadas.

4º Distribución de las colecturías, si al fin la Lotería no llega a ser suprimida, entre personas verdaderamente necesitadas y merecedoras de esta merced, por servicios relevantes prestados a la sociedad por ellas mismas o deudos suyos fallecidos.

5º Renuncia de todas las personas emparentadas con el señor Presidente, de aquellos cargos obtenidos por ellas durante su gobierno.

6º Supresión de las colecturías y demás mercedes ilegítimas concedidas por el Gobierno a los miembros del Congreso Nacional.

7º Limitación de los indultos a los casos estrictamente justificados por las circunstancias excepcionales del hecho motivo de la condena y las condiciones morales del autor.

Y 8º Resolución inflexible de vetar todo proyecto de ley inconveniente para los intereses públicos.

¿No cree el señor Presidente que con la adopción de este plan, sus aspiraciones políticas alcanzarían una viabilidad infinitamente más robusta que aplicando el concebido y utilizado por sus antecesores?

Mas, aun cuando no sucediere así ¿no sería para él compensación suficiente la seguridad de que al abandonar el alto sitial que hoy ocupa lo haría acompañado por la simpatía y el reconocimiento de todos los cubanos que aman sinceramente a su país?

MONITOR.

BIBLIOGRAFIA (*)

TENGA FE EN LOS TRIBUNALES. Bmé. Aulet editor y glosador por poder de los señores Gregorio Girauta de Mayoral y Rosa A. Girauta y Medina. Tomo primero. Apéndices "A" a la "N". Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca. Pí y Margall, Núms. 33 y 35. 1923. 4º, 320 p.

En este volumen nutrido de lectura judicial, curiosa y siempre instructiva para los que busquen enseñanzas en las acciones humanas, aunque lectura indigesta para los partidarios del bien decir, el Sr. Aulet comienza a dar los apéndices de un libro suyo anterior acerca de un importante juicio sobre "nulidad de inscripción en el Registro de la Propiedad". El pleito, de gran entidad económica; los que en él intervinieron, personas conocidas y de influencia: todo hacía presumir una encarnizada pugna de intereses. Y así ocurrió. Ahora todo está pendiente de la resolución que tome el Tribunal Supremo, organismo que debe conocer las sentencias favorables a las señoras representadas por el autor del libro y las apelaciones de los adversarios.

GLORIAS DEL TABLERO. "CAPABLANCA", por José A. Gelabert. Ex-Presidente del Club de Ajedrez de La Habana. Contiene: los matches completos contra Marshall—Kostich Lasker. Recopilación de cien de sus mejores partidas. [La Habana, 1923] 4º, 226 p. Con retratos y caricaturas.

A los cuatro años sorprendió Capablanca a su padre y a los amigos de éste, ajedrecistas todos muy entendidos, con su crítica certera sobre las jugadas que ellos hacían. Poco después los derrotaba a todos. Y

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

en plena juventud alcanzó el título de Campeón del Mundo, que aun conserva.

El Sr. Gelabert ha reunido en un volumen cien de las mejores partidas del eminente compatriota, en las que se advierte la maestría y la elegancia del Campeón, según afirman los iniciados en los encantos del juego ciencia. El autor deja hablar primero al Sr. Márquez Sterling, periodista, escritor y diplomático y cultivador asiduo del ajedrez, acerca de los comienzos asombrosos de Capablanca, y después nos da una biografía del Campeón y nos relata sus triunfos definitivos en América y Europa. Luego realiza el trabajo paciente de reproducir hasta cien de los mejores juegos del ajedrecista cubano.

“Este tomo—dice el Sr. Gelabert—reúne cien joyas del maestro, que hasta hoy ha tenido que buscarlas el aficionado, para solazarse con ellas, en mil revistas y distintas publicaciones: trabajo enojoso, que de seguro han realizado muchos maestros, al estudiar esas partidas, para medir sus fuerzas con el gran coloso del tablero.”

Será muy solicitada la obra del Sr. Gelabert por los que en todo el mundo entretienen sus ocios con la intelectual distracción, los que celebrarán al ex Presidente del Club de Ajedrez de La Habana por la sólida cultura en la materia y el refinado gusto artístico que ha demostrado, según frase del Sr. Márquez Sterling, buen juez en estos asuntos, como en literatura y en política internacional.

LA MANCOMUNIDAD DE CATALUÑA. Breve noticia de su organización y su obra. Barcelona. Diciembre 1922. 8º, 150 p. Con grabados.

Es altamente notable el esfuerzo de la Mancomunidad de Cataluña. Sólo una ojeada a lo que lleva hecho hasta ahora, permite hacer esa afirmación. En realidad, lo que existe allí es un Estado dentro de la organización oficial española. Y ese Estado demuestra un gran empeño en hacer. Allí está sintetizado el gran programa: *hacer*. Cuando un gobernante hace, cuando pone actividad, deseo e inteligencia en hacer, ha cumplido la parte más seria de su misión. Y es esa clase de gobernantes la única conveniente en pueblos que necesitan vivir de acuerdo con sus riquezas naturales y con el papel que han de representar en el futuro.

La Mancomunidad de Cataluña funciona desde hace poco más de ocho años. Ha hecho obras de todas clases por valor de más de ciento treinta millones de pesetas, y esas obras son carreteras, caminos, puentes, ferrocarriles secundarios, teléfonos, museos, bibliotecas, archivos, investigaciones culturales, instituciones de alta cultura, enseñanza superior, normal, primaria, profesional, técnico-industrial, artística, comercial, popular, agrícola, obras hidráulicas y de saneamiento,

de beneficencia y sanidad, de acción social, caja de crédito comunal, publicaciones; todo lo que necesita un pueblo para incorporarse con personalidad propia en la marcha de la cultura contemporánea. La tarea, emprendida con seriedad por el prócer de Cataluña Prat de la Riba, y continuada devotamente por los que le sobrevivieron en la lucha, dará al pueblo catalán la norma de sus orientaciones para el porvenir.

RUDIMENTOS DE HISTORIA DE AMÉRICA. Con un interesante extracto sobre Cuba. Por Jesús Saiz de la Mora. Doctor de la Facultad de Ciencias y Letras en las Escuelas de Filosofía y Letras y de Pedagogía de la Universidad de la Habana... Profesor en la Escuela Normal de Pinar del Río y en la actualidad Catedrático del Instituto de dicha provincia. Imp. "Los Rayos X". Habana 106. 1922. [La Habana] 4º, 142 p.

El autor dice con modestia que su obra tiende a facilitar a los estudiantes que comienzan "un libro que no resulte demasiado extenso ni tampoco excesivamente elemental para la adquisición de los conocimientos que les son indispensables de esta materia, al iniciarse en los estudios, que son como la antesala de la enseñanza secundaria". En realidad, el libro es útil hasta para los que cursan historia en los Institutos. El Dr. Saiz de la Mora se ha distinguido en el cultivo de la historia. Son interesantes sus estudios acerca de Colón y el pasado de Cuba. En años anteriores, mientras hacía su carrera en la Universidad y luchaba activamente en el periodismo habanero, publicó algunos de sus mejores ensayos históricos. Por eso la Academia de la Historia lo ha designado como Académico correspondiente, en grato reconocimiento de su consagración a tan absorbentes y poco productivas actividades.

Los *Rudimentos de Historia de América* del Dr. Saiz de la Mora dan en sencillos resúmenes lo más importante de cada período. Es como una historia a grandes trazos que se fija en la memoria del alumno y le sirve para clasificar épocas y para ordenar los conocimientos más amplios que adquiera en lo sucesivo.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

NOTAS EDITORIALES

UNA NUEVA SECCIÓN: "PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL"

Cuando CUBA CONTEMPORÁNEA apareció en el estadio de la prensa nacional, el 1° de enero de 1913, hizo constar en su programa que, entre los asuntos que preferentemente ocuparían las páginas de esta revista, hallarían los lectores una "expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso." El ofrecimiento hecho entonces ha sido sin duda cumplido, puesto que, después de once años consecutivos de ininterrumpida labor, puede afirmarse, sin que la verdad sufra ningún menoscabo, que todos los problemas fundamentales que afectan a nuestra patria en los diversos órdenes de la actividad política y social, han sido tratados y analizados en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA, muchos de ellos bajo distintos aspectos y desde varios puntos de vista, con la plena libertad de criterio que han tenido siempre, para exponer opiniones y defender principios y doctrinas, cuantos escritores han honrado con sus trabajos las páginas de esta revista "abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno, sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisito que el exigido por las reglas del buen decir."

Pero el desenvolvimiento de la vida un pueblo, como el de Cuba, constituido en nación independiente y soberana, teniendo que afrontar a cada instante los múltiples y difíciles problemas que complican y perturban, bajo diversas circunstancias, la agitada existencia de las sociedades modernas, mantenidas en un es-

tado casi constante de anormalidad, con muy graves dificultades y serios peligros, requiere una dedicación expresa y asidua en quienes realizan su estudio. Para cumplir esta exigencia y llenar aquel propósito, CUBA CONTEMPORÁNEA inaugura en este número una nueva sección con el título de *Palpitaciones de la vida nacional*, en la cual serán examinados y tratados los más importantes aspectos de todos los problemas cuya solución preocupe fundamentalmente a nuestro pueblo, siendo estudiados los asuntos desde un punto de vista netamente nacionalista y supeditando siempre el interés supremo de Cuba a todos los demás intereses—sectarios o partidaristas, económicos, colectivos, personales, etc.—, por estimables que ellos sean individualmente considerados; rectitud de propósitos que se mantendrán inalterable para que esta nueva sección se amolde al carácter y a la índole de CUBA CONTEMPORÁNEA, que, como ya dije en otra ocasión y estima oportuno recordarlo ahora, “aspira a seguir representando a la porción más equilibrada y tolerante de la sociedad cubana”, manteniéndose serena y ecuánime al formular juicios y exponer opiniones, aunque sin abrigar la inconsulta pretensión de imponer su criterio, ni tampoco la creencia de hallarse exenta de caer en el error al mantener sus opiniones, desde luego falibles como todo lo humano.

En atención al carácter delicado y difícil de la nueva sección que se inaugura, ésta ha sido confiada al talento y discreción de uno de nuestros escritores mejor preparados, por la solidez de su cultura y la amplitud de sus conocimientos para tratar mensualmente los asuntos de carácter político, social, económico, literario, etc., con toda la libertad de criterio que le concede el amplio programa de esta revista, el cual escritor firmará sus trabajos con el seudónimo de *Monitor*.

CUBA CONTEMPORÁNEA se complace al anunciar el objeto de esta nueva sección, la cual prestará un concurso desinteresado y sincero al estudio de todas las importantes cuestiones, ya sean de carácter interno o externo, que afecten a Cuba dentro del desenvolvimiento progresivo de nuestra existencia nacional.

NOTICIAS

Woodrow Wilson and the World Settlement es el título de un libro que, por indicación del propio Wilson y con los datos aportados por él, ha escrito Mr. Ray Stannard Baker, quien durante la Conferencia de la Paz dirigió el Departamento de Información de la Prensa Norteamericana.

La obra de Mr. Baker consta de tres volúmenes, el último de los cuales contiene toda la documentación facilitada por el ex Presidente y encierra un extraordinario valor histórico para los que estudien todos los aspectos del discutidísimo Tratado de Versailles.

*

Se anuncia que la villa San Martino, casa que habitaba Napoleón I en la isla de Elba, se halla en ruinas, y que el Rey de Italia se propone intervenir para que la célebre vivienda que el Emperador llamó "su Saint-Cloud", sea convenientemente restaurada.

*

El Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo, Sr. Arturo Scarone, se ha dirigido al Gobierno proponiéndole que se adscriba al personal de su dependencia un cierto número de auxiliares de otras oficinas públicas, con el fin de prolongar las horas de lectura en la Biblioteca y de ese modo dar acceso a ella a todos los lectores que, por necesidades de su oficio o profesión, no pueden frecuentarla durante el día.

*

En Costa Rica se ha publicado hace pocos meses la segunda edición del *Diccionario Geográfico de Costa Rica*, obra del profesor Félix F. Noriega. Este notable libro apareció por primera vez en 1904.

*

El Municipio de la ciudad de Lisboa se propone conmemorar con espléndidos festejos, el centenario del natalicio del gran poeta lusitano Camoens, que se cumplirá en junio de 1924.

*

Hace algunos meses se inauguró en Roma la "Plaza Bolívar", en el Monte Sacro, homenaje rendido por la Municipalidad de la Ciudad Eterna, bajo el régimen fascista, en memoria del gran Libertador de América.

*

El Parlamento inglés estudia la manera de modificar la ley que rige el matrimonio, en lo que a la edad respecta. En la actualidad, las mujeres pueden casarse a los doce años y los hombres a los catorce; y la reforma que se pretende implantar consiste en el aumento de la edad de los contrayentes.

*

El "Comité Central Permanente para la erección de un Monumento a Simón Bolívar en Madrid", ha aprobado las siguientes bases:

1ª—En el monumento figurará la Estatua de Bolívar y representa-

ciones escultóricas de España y las Repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá. La materia escultórica será de libre elección del artista, y el costo del monumento no debe pasar de ochocientos mil bolívares.

2ª—Al proyecto de monumento que resulta premiado se le adjudicará la cantidad de veinte mil bolívares, que con esta misma fecha se encuentran ya depositados en el Banco de Venezuela para este fin.

3ª—Los proyectos deben ser enviados a Caracas, a la Legación de España.

4ª—El tamaño de los proyectos será de libre elección de los artistas.

5ª—El Jurado se nombrará el 5 de julio de 1923, y dictará su veredicto el 24 del mismo mes, día del natalicio de Simón Bolívar, en la Casa Natal del Libertador, en Caracas,

*

La Municipalidad de la ciudad de San José, Costa Rica, ha aprobado un Reglamento por el cual se regirán los limpia-botas, los pregoneros de periódicos y los vendedores de billetes, quienes, para ejercer estos oficios, tendrán que proveerse de un permiso escrito de la llamada Agencia Principal de la Policía Municipal.

*

Carlos Dana Gibson está considerado en la actualidad como uno de los mejores dibujantes de pluma del mundo. A los diez y ocho años terminó sus estudios artísticos en *The Art League* de Nueva York. Poco después, debutó en el periódico satírico *Life*, en donde publicó dos dibujos que lo hicieron célebre: uno de carácter político; el otro de aspecto mundano que tenía por título *El momento delicioso*.

La "Gibson girl" fué una creación suya, tipo de mujer peculiar a los Estados Unidos.

Con motivo de su viaje a Francia, en 1893, pudo apreciar otro tipo de mujer completamente distinto; y bajo la influencia de una joven modelo, Susana, produjo obras que causaron profunda sensación en los Estados Unidos.

Entre sus maravillosos dibujos a la pluma merecen citarse: *Croquis de Londres*, *Los personajes de Dickens*, *Retratos de gentes*, 1896, *Croquis y sátiras*, 1898; *La educación de Mr. Pipp*, 1899; *Croquis de Egipto*, 1899; *Los americanos*, 1900; *Una viuda y sus amigos*, 1901; *La escala social*, 1902, etc.

En este mismo año se hizo cargo de la dirección y administración de la revista *Life*, que ha adquirido renombre universal.

Durante la guerra, Dana Gibson fué un factor gráfico tan temible como las fuerzas guerreras de los norteamericanos. Su crítica del Kaiser fué implacable.

Los franceses lo adoran.

J. V.

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXIII. La Habana, octubre 1923. Núm. 130.

CUBA EN LA VIDA INTERNACIONAL (*)

ENSAYO SOBRE LAS IDEAS DEL DOCTOR COSME DE LA
TORRIENTE EN CUESTIONES DE POLITICA
INTERNACIONAL

(Concluye)

III

RELACIONES DE CUBA CON ESPAÑA Y LAS REPÚBLICAS
IBEROAMERICANAS.



AS relaciones con España han sido un tercer asunto que ha merecido especial atención de parte del Doctor Torriente.

Ya hemos dicho que cuando se vislumbraba la terminación triunfal de la Guerra de Independencia, el anhelo más vivo del Doctor Torriente era estampar su firma, como Plenipotenciario, en el primer tratado entre Cuba y España, aspiración que logró satisfacer mientras fué en Madrid, por nombramiento de Don Tomás Estrada Palma—desde 1903 como Encargado de Negocios y después como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario—, el representante diplomático de la República.

(*) Véase el número 129 (septiembre, 1923) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Más tarde, en 1906, el Doctor Torriente asistió como Enviado Extraordinario en Misión Especial a las bodas de Don Alfonso XIII. Desde el paso inicial representado por el Tratado de 1903, los empeños más constantes del Doctor Torriente en el campo a que ahora nos referimos, fueron siempre fomentar las más cordiales y afectuosas relaciones con la ex metrópoli, contribuir a cicatrizar las heridas de la guerra, y tratar de estrechar los vínculos espirituales y materiales que debían unir las dos naciones, entre las cuales, liquidado el pleito de la soberanía, no existían ya motivos de antagonismo y sí poderosas razones de acercamiento. Recién terminada casi la lucha terrible y sangrienta que asoló nuestros campos y dejó exangüe nuestra población, la empresa, aunque tentadora para hombres de corazón y de serena visión patriótica, era ardua y difícil. Debía llevarse adelante sin vacilaciones, no obstante, por altos motivos de interés nacional. Los españoles representaban—y siguen representando—una proporción numerosa de la población de Cuba. Millares de ellos eran entonces, como son ahora, jefes de familias cubanas, ligados al país por la esposa, los hijos, los sentimientos, y los intereses. Mantener una situación de rencor, o aun de simple frialdad, entre las dos naciones, era hacer permanente la inquietud, la zozobra y la desdicha en una gran parte de la población de Cuba, allí donde esos males son más sensibles, dolorosos y funestos: en el hogar doméstico. Era envenenar con la funesta simiente del odio, en su fuente misma de origen, el alma de varias generaciones cubanas. Esos españoles con familia cubana, como los restantes millares de sus compatriotas residentes en el país, representaban, además, un factor social de primer orden, por su riqueza, su posición al frente de la industria y del comercio, su vigor físico, su experiencia en los negocios y sus cualidades de carácter. Obtener la adhesión franca, sincera y sin reservas de esa gran fuerza social a las instituciones nacionales que acababan de fundarse, era un empeño de colosal importancia para la consolidación de la República. Una política *nacional* en el más alto sentido del término, debía encauzar sus esfuerzos en ese rumbo, con el máximum de inteligencia y de buena voluntad posibles. Predicada antes, en y después de la guerra, por los jefes de la Revolución, esa política encontró dentro del país y en el campo de la diplomacia un mantenedor entusiasta y con-

vencido en el Doctor Torriente. Su labor, unida a la de otros patriotas previsores, produjo tan saludables efectos en Cuba y en España, y los progresos de la reconciliación fueron tan notables, que cuando en 1908 se anunció la visita de la corbeta de guerra española *Nautilus*, el Doctor Torriente, que había regresado a Cuba renunciando su cargo de Ministro al comenzar la Intervención de los Estados Unidos en 1906, pudo lanzar la idea, en un notable artículo publicado en el diario *Cuba*, de que los Veteranos de la Independencia celebrasen un banquete en honor de los marinos españoles, acto que hubo de efectuarse con brillantez y que constituyó un triunfo más de la política de concordia y acercamiento fomentada por el ex Ministro de Cuba en Madrid.

Esa política de confraternidad hispano-cubana, cuyos beneficios estamos palpando con la cordial amistad de Cuba y España y la adhesión viva y fuerte de los españoles de Cuba a la causa de la independencia y la soberanía del pueblo cubano, ha sido mantenida por el Doctor Torriente hasta nuestros días con el mismo fervor y la misma convicción. Las razones que la abonan y hacen de ella un punto esencial de nuestras relaciones exteriores, no se limitan a las ya dichas, referentes principalmente a lo pasado; conciernen también a problemas de la mayor importancia para lo presente y lo porvenir de Cuba, y de España. Apuntaremos las de primera importancia.

Ya hemos dicho en los primeros párrafos de este trabajo, que el núcleo social cubano de plena capacidad física para trabajar y producir—el que sirve de espina dorsal y de sostén a la nación—es muy reducido y soporta un peso abrumador. Aumentar ese grupo sin que pierda su fisonomía nacional ni sus cualidades distintivas esenciales, es uno de los problemas fundamentales de la nacionalidad. Cuba, poblada en la misma proporción que Puerto Rico, sustentaría en su suelo una población de doce o catorce millones de habitantes. El día en que contásemos con la mitad de esa cifra, la personalidad de la nación estaría definitivamente asegurada y la mayor parte de nuestros males políticos quedarían resueltos. Cuba, con seis u ocho millones de habitantes, su posición geográfica y su riqueza, pesaría enormemente en la balanza de los destinos de América. A esas altas cifras no podemos llegar sino por la natalidad y la inmigración. La primera tiende a

reducirse, y en razón de la universalidad de ese fenómeno biológico-social, es muy aventurado, por no decir totalmente imposible, contar sólo con ella para duplicar, en cortos años, el número de los habitantes de Cuba. La inmigración, pues, es un factor de primer orden en este aspecto del problema cubano. Pero la inmigración, en relación con los fines que acaban de apuntarse, responde, principalmente a una necesidad social y política, y secundariamente a necesidades económicas. La contratación de braceros haitianos y jamaquinos durante ciertos períodos del año, por ejemplo, satisface un fin meramente económico, pero ocasiona grandes perjuicios en otro sentido a la nación cubana.

Social y políticamente, la inmigración que necesitamos es una inmigración asimilable, que se identifique y se funda con el núcleo de habitantes que constituye el nervio de la nacionalidad. Esa inmigración no puede ser sino española, por múltiples razones. Los pueblos del Norte de Europa no emigran sino a los países templados; este es un hecho probado que no puede perderse de vista. Pensar que es posible desviar esas corrientes inmigratorias a un país de clima tropical como el nuestro, sin grandes industrias urbanas y sin tierras abundantes que distribuirles, es soñar con proyectos irrealizables y fantásticos. La inmigración no se improvisa ni se orienta a voluntad; obedece a motivos y causas de orden geográfico, económico e histórico. En Cuba no existen incentivos fuertes para atraer las razas del Norte de Europa. Pero aun admitiendo que fuese realizable el plan de atraer esos inmigrantes, si acudiesen en gran número no vendrían sino a complicar y agravar nuestros problemas sociales y políticos. La diferencia de idiomas, de costumbres, de religión, de temperamento y de mentalidad, sería un obstáculo insuperable para que llegaran a "cubanizarse" a "aplatanarse" como el español, fundiéndose en la masa de la población nativa, con la cual no tienen ninguna de las similitudes esenciales que son el fundamento de la simpatía, facilitan la compenetración intelectual y la unidad de aspiraciones y de ideales y hacen posible, grata y deseable la convivencia. Los grandes núcleos de esos emigrantes, si por una transformación súbita de los términos en que está planteado el problema de la inmigración actualmente, llegasen a establecerse en el país, permanecerían en él como un *quiste*, indepen-

dientes y aislados de la vida cubana, en todos los aspectos nacionales de ésta. Harían nuestra comunidad más heterogénea, más desigual en su constitución "racial", que es lo peor que pudiera ocurrirnos, con la agravante de que esos grupos se sentirían invenciblemente más arrastrados hacia otros pueblos que hacia Cuba. Las grandes fuerzas instintivas, los poderosos sentimientos históricos, y las concepciones sobre la vida y el destino que constituyen el fondo permanente e inmovible del carácter y en último término gobiernan despóticamente la voluntad y dirigen la conducta, laborarían en la conciencia de esos hombres en contra nuestra. La gran República sajona, por ejemplo, ejercería sobre ellos una fascinación invencible, relegando a un rincón oscuro y apartado del espíritu la minúscula República del Caribe. Entre la gigantesca nación creada por el genio de los hombres rubios del Norte de Europa, y la pequeña patria levantada por uno de los países latinos del Sur, todas las simpatías de los inmigrantes estarían a favor de *lo norteamericano* y sus antipatías congénitas e irrefrenables en contra de *lo cubano*, lo cual los convertiría inconscientemente en un factor de transformación rápida de nuestras modalidades nacionales. Desconocer estas realidades, es no percibir, a juicio nuestro, los datos más elementales y salientes del problema político y nacional cubano en relación con la inmigración.

Descartados, porque no emigran ni emigrarían a Cuba y porque si emigrasen en número estimable serían muy peligrosos, los inmigrantes del Norte de Europa, quedan, en el Sur, los españoles y los italianos, dirigidos estos últimos por una corriente histórica cuyo cauce sería muy difícil de variar, a los países de la América del Sur, la Argentina principalmente. De manera que, en rigor, Cuba no tiene otra fuente posible de inmigración que España, la más conveniente—la única conveniente—biológica, económica y políticamente.

El español, siendo distinto del cubano, es el tipo de hombre que más se le asemeja en lo profundo, debido a que no somos sino una variedad del tronco español, modificada por la influencia del ambiente físico y social en el curso de varios siglos. Es un hecho probado que el español transportado a nuestro suelo es más afectado por el ambiente de Cuba que cualquier otro europeo,

hablando en términos generales. La influencia física y social no se manifiesta en la pérdida de sus cualidades nativas, que el español casi siempre conserva intactas, sino en la identificación profunda con multitud de aspectos de la vida cubana. Una lenta infiltración del ambiente físico, una suerte de impregnación avasalladora de sol, de luz, de las emanaciones sutiles e indefinibles de la tierra fijan el español al suelo de Cuba, y lo atan y sujetan por lazos tanto más poderosos, cuanto que son desconocidos e invisibles. La atracción invencible que la tierra ejerce sobre el español, se completa con la que ejerce el ambiente social. La igualdad de idioma, religión, artes, literatura, etc. y la semejanza de aficiones, gustos, costumbres familiares, vida doméstica, etc., abren fácil y naturalmente al español las puertas de la sociedad y del hogar cubanos, a la par que el índice de diferencias existente entre lo cubano y lo español es un incentivo, por la novedad que determina y el interés que suscita. La consecuencia forzosa de esta doble atracción del ambiente físico y social, es que el español se arraiga en Cuba fácilmente y constituye una familia, uniéndose con una cubana. Los hijos—los criollos propiamente dichos, como antiguamente se les llamaba—, son cubanos netos, con todas las cualidades típicas.

Este cruzamiento constante aporta una transfusión continua de sangre española al pueblo cubano. Desde el punto de vista eugénico cabe conjeturar que es sumamente beneficiosa, en virtud de que la vida en los trópicos depaupera, a la larga, las razas procedentes de las zonas templadas, hasta que por un largo proceso de selección se producen variedades adaptadas a las condiciones de la vida tropical. El cruzamiento, a más de contribuir a mantener en toda la fuerza de su vitalidad el plasma originario de la raza, produce otros efectos no menos favorables. Después de compulsar numerosos antecedentes, el profesor Mc-Dougall entiende que es posible afirmar que el cruzamiento de pueblos de caracteres muy distintos produce un tipo inferior en términos generales, mientras que el de pueblos diferentes pero en los cuales dominan las semejanzas, casi puede considerarse indispensable para el progreso biológico de la especie. Si las dos leyes de biología humana que acaban de citarse fueren ciertas, no hay duda de que la inmigración española, al mezclarse con la pobla-

ción de Cuba, es un factor positivo para conservar y mejorar las cualidades físicas del grupo social cubano que sirve de eje a la nacionalidad, además de ampliarlo en proporciones considerables.

En el orden económico, la inmigración española rinde a Cuba servicios muy importantes, por su contribución material a muchos de los trabajos más duros y penosos, y porque en el comercio, la industria y demás actividades lucrativas, ahorra y acumula capitales una gran parte de los cuales pasa a los hijos cubanos. La acción española contribuye en mayor proporción cada día al embellecimiento de nuestras poblaciones, la conservación de la salud pública y el desarrollo de la cultura, levantando casinos, sociedades, espléndidas casas de salud en todas las ciudades importantes, sosteniendo colegios de primera y segunda enseñanza, academias, bibliotecas, periódicos, etc.

Políticamente, el español por multitud de razones históricas, aparte de todas las que tienen su raíz en las semejanzas señaladas en párrafos anteriores, se halla en condiciones más favorables para llegar a identificarse con las aspiraciones nacionales del cubano y a sentir un interés vivo y fuerte por la conservación y el engrandecimiento de la República. Esta propensión si es estimulada y favorecida por una política cordial de respeto y consideración a los legítimos sentimientos individuales y patrióticos del español, asegurará decisivamente la adhesión de éste a la causa de la nacionalidad cubana, sumando la enorme fuerza que representan los millares de españoles establecidos en la Isla a las que contribuyen a mantener la independencia y la soberanía de Cuba.

Cuando todos estos antecedentes se pesan con cuidado y se aprecian en su amplia y varia significación, para inferir la influencia posible de la inmigración española en los futuros destinos del pueblo cubano, la conclusión que se impone a nuestra razón, es que una política encaminada a fomentar esa inmigración, a hacer fácil y grata su permanencia en el país y a fijarla en él, a fin de que sea absorbida y asimilada, debe ser una de nuestras grandes preocupaciones, un punto de mira en el cual indispensablemente han de sostener fija la vista los directores de la nación. Mantener y conservar cordiales relaciones con España; suprimir los motivos de fricción: mejorar las comunicaciones haciéndolas

más rápidas, frecuentes, cómodas y económicas; favorecer el intercambio comercial que refuerza los intereses ya existentes y crea otros nuevos y poderosos; promover la compenetración intelectual y moral entre españoles y cubanos, de manera que el español se sienta en Cuba espiritualmente como en su propia patria, es trabajar por reforzar todos los baluartes de la nacionalidad, tanto los que están representados por el número, el vigor y las cualidades físicas de la población, como los que toman su fuerza en las modalidades peculiares de nuestro carácter histórico, mantenidas y conservadas sin dejarlas desvirtuar por la ingerencia de influencias extrañas, las cuales al suplantar las que dan a Cuba una fisonomía propia e inconfundible, acabarían por hacer que borrados los caracteres distintivos de la nacionalidad, Cuba dejase de ser cubana, como temía a mediados del pasado siglo Don José Antonio Saco.

La política de confraternidad entre Cuba y España, que si es ventajosa para la primera no lo es menos para la segunda en multitud de aspectos cuyo análisis nos llevaría demasiado lejos, debe ser mantenida, por lo tanto, firme y tesoneramente, con un claro concepto de sus elevados fines patrióticos. La nación cubana es creación de España originariamente y la República misma obra directa del genio de Martí, hijo de españoles. Cuba, para vivir y perdurar, tiene forzosa e ineludiblemente que seguir siendo parte integrante de lo que pudiéramos llamar el mundo español y la civilización española. Ese mundo y esa civilización no son del pasado, ni se hallan debilitados y decadentes. Entre todas las grandezas de España derrumbadas y deshechas, queda en pie la más importante y majestuosa: la de haber procreado una constelación de naciones, cuya influencia pesará cada día más fuerte y poderosamente en los destinos del mundo.

La gran misión histórica de España lejos de hallarse terminada, empieza ahora a desenvolverse, columbrándose su ilimitada amplitud en lo futuro, cuando se bosqueja el inmenso porvenir de las repúblicas extendidas desde el Río Grande hasta la Tierra de Fuego. Los grandes días de la civilización española no serán mañana los de la época de Carlos V y Felipe II; se avencinan con la pujanza y el florecimiento de las repúblicas del Nuevo Mundo. Cuba, que es un miembro de esa familia de naciones y

un factor importantísimo de esa civilización, debe conservar su carácter y mantener su solidaridad con el gran grupo étnico a que pertenece, si ha de ser fiel a sí misma y a su historia, asegurarse su posición en el mundo, y afirmar su sér, su personalidad y su independencia de manera perdurable y eterna.

Lo que acaba de exponerse no significa—es casi innecesario declararlo—una ciega adhesión a las formas que adoptó en lo pasado la civilización a que pertenecemos, ni un propósito de involución histórica, ni una tendencia a aceptar hegemonías inadmisibles e intolerables para pueblos celosos de su independencia. Es el reconocimiento puro y simple del hecho inconcuso de que las cualidades que constituyen la contextura íntima y la armazón fundamental—en lo físico, lo intelectual y lo moral—de la nacionalidad cubana, son castizamente españolas, y de que debemos robustecerlas y fortificarlas, porque el día en que ese fondo “racial” hubiese sido borrado y sustituido totalmente, Cuba habría dejado de ser cubana, por lo menos, tal como hasta ahora ha sido comprendido y sentido lo cubano. La conservación de la herencia inmanente de la raza no es tampoco un renunciamiento al cambio y a la evolución. Evolucionemos, sí; pero sea nuestra evolución la evolución de la casta, susceptible de todas las adaptaciones y todos los progresos, sin romper el *filium* hereditario que nos liga a la gran familia de pueblos originariamente españoles a que pertenecemos por la sangre, por el genio y por esa suerte de vibración peculiar de las almas que llamamos sentimiento, maravillosamente fijada en formas de insuperable belleza, por las artes y la literatura de la raza. Seamos un pueblo que cambia, que se renueva, que se reforma conservando la unidad integral de su sér y manteniendo la armonía y la continuidad entre lo pasado y lo presente, base a su vez de la vinculación estrecha entre lo presente y lo porvenir.

La verdadera juventud eterna depende—como ha escrito Rodó—de una rítmica y tenaz renovación, que ni anticipa vanamente lo aun no maduro, ni consiente adherirse a los modos de vida propios de circunstancias ya pasadas, sino que acierta a encontrar, dentro de las nuevas posibilidades y condiciones de existencia, nuevos motivos de interés y nuevas formas de acción. La obra ineluctable del tiempo no será entonces regresión a un pa-

sado muerto ya para siempre, ni profanación y destrucción por influencias extrañas y violentas de las cosas santas y venerandas de la patria, sino perpetuo descubrimiento de nuevos horizontes por un pueblo que se afirma en su determinación inquebrantable de ser y de vivir.

La explanación de los fines de la política de conservación nacional bosquejada en los párrafos precedentes, demuestra a las claras que esa política no puede limitarse al acercamiento y a la compenetración con España solamente, sino que requiere de manera no menos imperiosa y evidente, una cordial fraternidad con todos los pueblos de Hispanoamérica. De las repúblicas hermanas no recibimos inmigrantes, ni mantenemos con ellas grandes relaciones comerciales; pero la gran semejanza de nuestros problemas políticos, sociales y económicos, la comunidad de ideales y la circunstancia de ser todos, países que evolucionan paralelamente en una misma dirección, luchando con obstáculos y dificultades similares, son otros tantos motivos poderosos de comprensión, de simpatía y de acercamiento. La cooperación y la ayuda mutua tienen aquí un inmenso campo de posibilidades. En la humanidad dividida y recelosa de nuestro tiempo, la solidaridad de los pueblos iberoamericanos puede representar una fuerza formidable para la paz, el progreso material y moral, y el imperio del derecho y la justicia en el mundo. Lo primero es facilitar el intercambio de las ideas. El aislamiento hace lenta y difícil la evolución y organización de las fuerzas intelectuales en nuestras repúblicas de escasa población letrada, y las convierte en tributarias de otros países y otras civilizaciones, facilitando a la vez en la vida interna el predominio de los elementos menos capaces, siempre más numerosos. Toda nuestra producción literaria, científica, filosófica, artística, es regional, y como cada región tiene un corto número de habitantes, la producción intelectual carece de estímulos y de incentivos. Los intelectuales son pobres en nuestros países y carecen de influencia. Un mayor acercamiento y una comunicación más directa, íntima y frecuente entre nuestras repúblicas, producirían como primer efecto la ampliación del campo de difusión de las obras del pensamiento en todos sus aspectos y, consiguientemente, un mayor bienestar de los elementos intelectuales de más valía en cada país, los cuales, ganando

en fuerza, dignidad e independencia, ejercerían una influencia cada vez más noble, poderosa y legítima en el gobierno y en la dirección de la política nacional. Los hombres de inteligencia no tendrían que rebajarse ni envilecerse para satisfacer sus aspiraciones de poder, de bienestar, de riqueza o de preeminencia social; y el egoísmo individual, satisfecho en sus exigencias primordiales, no se levantaría como un valladar infranqueable ante todo empeño de cooperación y de altruísmo. El generalato y el caudillaje pesarían menos en la evolución de la sociedad, y la corrupción gubernamental se atenuaría gradualmente, al desaparecer una de las causas que más la estimulan y la provocan. Con la exaltación de la inteligencia, los ideales colectivos se transportarían de una manera natural y casi espontánea a un plano superior de grandeza nacional. Los hombres en quienes domina el espíritu de rapiña y la sed de lucro, servidos por una audacia semibárbara que no retrocede ante ningún peligro, o por una astucia solapada y sin escrúpulos, serían substituídos en la dirección de los gobiernos por estadistas de amplia visión, ambiciosos de cosas grandes y nobles. Entonces, nuestros gobiernos mirarían más allá de sus fronteras con una concepción nueva de sus deberes y sus derechos, como representantes de pueblos dignos y fuertes, y aunando sus fuerzas al servicio de la civilización, la justicia y la libertad, nada tendrían que temer de lo exterior, puesto que nos sobran riquezas naturales, energía mental y pujante vitalidad.

Acercarnos unos a otros con amplio espíritu de comprensión y de afecto, eliminar motivos de discordia y de antagonismo, cooperar, servirnos, ayudarnos, sostenernos, promover el desarrollo de una cultura común: he ahí empeños altísimos que reclaman la consagración de nuestros estadistas, nuestros diplomáticos y nuestros hombres de pensamiento. El genio inmenso de Martí trazó la ruta y dió el más alto ejemplo. González Lanuza, Márquez Sterling, Agüero, Gonzalo Pérez y tantos otros han recogido la enseñanza y proseguido la obra, la cual tiene en el Doctor Torriente uno de los colaboradores más entusiastas. Los servicios que el Doctor Torriente ha prestado a Cuba en este campo, lo mismo en la Liga de las Naciones que en cuantas oportunidades se han presentado, han sido de gran trascendencia para estrechar nuestros lazos de amistad con las repúblicas centro y sur-

americanas. La elección de La Habana para sede del próximo Congreso Panamericano, dice elocuentemente cuánto hemos adelantado en ese terreno, gracias a la inteligente y perseverante labor de los compatriotas a que nos hemos referido. Trátase de éxitos de incalculable alcance para nuestro futuro, pues Cuba encontrará en la estrecha unión de las repúblicas de América, firmísimas garantías de paz, de independencia y de progreso. Cada paso y cada triunfo en esa dirección es una positiva victoria de la patria y de los ideales de la civilización.

IV

CONCLUSIÓN

Las grandes líneas que señalan los objetivos que ha perseguido la acción personal del Doctor Torriente en la política internacional de Cuba son, en síntesis, los que acaban de bosquejarse. Deben merecer la aprobación y el apoyo de la nación entera y pueden resumirse en las conclusiones siguientes: Cuba debe participar activamente en la vida internacional del mundo, de una manera asidua y discreta, aprovechando todas las oportunidades para cooperar y servir, demostrando su firme y vehemente deseo de ser útil a la causa de la libertad, del derecho y del progreso universales, en la medida de sus fuerzas y de los medios de que dispone. En estos empeños, no debe subordinarse a otra norma que a la de su propio criterio soberano, inspirado en un supremo ideal de justicia y de humanidad. Cuantos sacrificios se imponga para llenar esos deberes, serán ampliamente compensados con el respeto y la estimación a que habrá de hacerse acreedora. Recluirse, aislarse en el orden internacional, es torpe y peligroso para un pueblo que, quiéralo o no, está estrechamente unido a la vida universal y alienta altos ideales humanos.

Con los Estados Unidos de América debemos mantener las relaciones más estrechas y cordiales, sobre un pie de igualdad, de estimación y de respeto recíprocos. Las seguridades que Norteamérica necesite para su defensa deben ser ofrecidas por Cuba, y las garantías de estricto respeto de nuestra independen-

cia y nuestra soberanía consignadas en la *Joint Resolution* de 19 de abril de 1898, jamás deben ser tergiversadas ni violadas por nuestros vecinos. Somos dos pueblos unidos por lazos de amistad y de mutuo servicio; no un tutor y un pupilo, situación a la cual nunca habría de resignarse el pueblo cubano, ya que una imposición brutal de la fuerza podría sojuzgarlo pero no someterlo. En el orden económico, la cooperación y el mutuo provecho también deben ser la norma de nuestras relaciones, más ventajosas y fructíferas cada día.

Con España y los españoles nuestras relaciones deben desenvolverse en un plano de sincera y efusiva cordialidad. Todo cuanto tienda a estrechar y a multiplicar los afectos y los intereses entre España y Cuba debe ser objeto de nuestra atención y nuestra solicitud. La inmigración española debe ser estimulada y favorecida, poniéndose en juego los medios más eficaces para retenerla e indentificarla con el país, las instituciones y los ideales de éste.

Por último, en lo que concierne a las repúblicas del Continente, es indispensable facilitar el intercambio de ideas y trabajar sin descanso por una más estrecha compenetración intelectual. Del Río Grande a la Patagonia no debe haber fronteras ni contenes intelectuales. Dentro de su extensión y su diversidad política, la América debe tener un alma común, como la tuvo Grecia, sin menoscabo de la independencia de cada pueblo. La rapidez y la facilidad de las comunicaciones debe acortar las distancias. Comprendiéndose y estimándose, con la conciencia de sus profundas semejanzas esenciales, nuestras repúblicas deben llegar a una estrecha solidaridad internacional, a base de aprecio y de respeto mutuos, y de un propósito común de cooperación y de paz. Unidas por un ideal de servicio recíproco, los pueblos de origen ibérico serán, a la vez, una inmensa fuerza benéfica al servicio del mundo.

Tal es, tal debe ser, en sus grandes líneas, la política internacional de Cuba. Política de paz, de concordia y de colaboración en los empeños civilizadores de aquellos pueblos que poseen un sentido más alto y más justo del derecho y de la libertad. Su desarrollo lleva implícita una gran misión que cumplir y nobles deberes que llenar. No alejará a Cuba de ningún pueblo ni le

suscitará enemistades ni odios; no fomentará recelos ni guerras, sino confianza y amistad.

Los internacionalistas y los diplomáticos que la han ido elaborando y desarrollando en un campo de inmensas posibilidades, sirven lealmente a Cuba, a América, y a la Humanidad.

RAMIRO GUERRA SÁNCHEZ.

La Habana, junio, 1923.

¿ES DE PLÁCIDO LA PLEGARIA A DIOS? (*)

(DISCURSO DE RECEPCIÓN LEÍDO ANTE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE CUBA, EL 16 DE JULIO DE 1923, POR EL DR. FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE.)

Señores Académicos:



L sillón que la muerte del bien llorado escritor y eximio cervantista José de Armas y Cárdenas (*Justo de Lara*) dejó vacante en esta Academia, es el que me ha sido señalado y vengo a ocupar desde hoy. A nadie se le oculta que el vacío que ha dejado aquí su desaparición, es muy difícil de llenarlo, y que no es el nombrado para substituirle quien puede hacerlo. Vengo, pues, sólo a ocupar materialmente el lugar que él tenía en la Corporación, no a traer su gran capacidad, su extensa cultura y poderosa inteligencia. Bien sabía la Academia que al elegirme no hacía otra cosa que cumplir un trámite reglamentario, darme un número de los que estaban vacantes y era necesario cubrir. No traigo nada que pueda indemnizarla siquiera en algo de lo mucho que ha perdido con

(*) Por la importancia y el interés que tiene para la historia de la literatura cubana el esclarecimiento de la verdad en lo tocante a si es en realidad del infortunado poeta Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*) la muy notable plegaria *A Dios*, considerada sin discusión como suya hasta hace veintinueve años, en que el insigne crítico Manuel Sanguily la señaló como apócrifa, CUBA CONTEMPORÁNEA hace una justificada excepción en su propósito de publicar trabajos inéditos exclusivamente, e inserta en sus páginas—con el principal objeto de que éstas lo den a conocer en el extranjero—, el concienzudo estudio crítico y de investigación histórico-literaria hecho por su Administrador y redactor el Dr. Francisco G. del Valle, a pesar de haberse impreso ya este trabajo por la Academia de la Historia en un folleto voluminoso, del cual se hizo una corta edición cuyos ejemplares fueron distribuidos entre los miembros de dicha Corporación, bibliotecas, centros oficiales y un reducido número de personas, estando ya completamente agotados los doscientos ejemplares de esa tirada, así como también los cincuenta de una segunda edición hecha por el autor para ser repartidos entre sus familiares y más íntimos amigos.

el fallecimiento del autor de *Cervantes y el Quijote*; puesto que nada son, si se comparan con las sobresalientes cualidades que él reunía, la buena voluntad y el deseo de trabajar que me animan.

Es triste cosa, señores, que sea la Parca quien abra por lo general la puerta de entrada en las instituciones de esta índole a los que son llamados a ellas, y bien envidio la suerte de otros compañeros más dichosos que han venido aquí a ocupar sillones no enlutados por la muerte.

No creo haber contraído méritos bastantes para llegar hasta este sitio donde figuran los más altos exponentes de la intelectualidad cubana en el campo de la Historia. Un modesto trabajo que, con el título de *José de la Luz y los católicos españoles*, publiqué en junio de 1919, motivó la invitación que me hiciera el Académico de número Francisco de Paula Coronado, secundado luego por el también Académico Domingo Figarola-Caneda, ambos amigos muy estimados por mí, para entrar en este respetable Instituto, invitación que desde luego acepté por estimarla muy honrosa; pero siempre he creído que más influyó la bondad de estos dos excelentes amigos, que ninguna otra circunstancia personal del candidato por ellos escogido. Doy, pues, las gracias públicamente a los proponentes, y gracias también doy a los otros Académicos que con sus votos me han traído a este recinto.

Por mi parte trataré, en la medida de mis fuerzas, de ser útil a la Corporación, la que no debe esperar, sin embargo, de este simple obrero ningún trabajo de importancia, sino únicamente insignificantes aportes de materiales que otros con más capacidad y mejor dotados sabrán aprovechar mañana cuando se acometa la difícil empresa de escribir la historia patria.

El asunto escogido como tema de mi discurso, y al cual daré lectura en breve, es atrayente sólo por su título, no por la forma en que ha sido tratado; tampoco hago en mi trabajo, así lo creo, descubrimiento alguno, ni presento documentos ignorados; el material de que me he valido está a la mano y es de todos conocido: son las poesías de *Plácido*, de las que tantas ediciones se han hecho; y si algún valor tiene mi estudio lo deberá únicamente a una mera circunstancia de tiempo: haberseme ocurrido hacerlo antes que a otros.

No era posible que el renombrado publicista a quien me cabe

el honor de substituir, no hubiera escrito algo sobre el poeta cubano Gabriel de la Concepción Valdés. En efecto, hay dos artículos suyos, publicados en los diarios de esta capital, en los cuales habla del citado poeta: uno en *El Día* (diciembre 16 de 1885), titulado *Menéndez y Pelayo y los poetas cubanos*, y otro en *La Discusión* (marzo 18 de 1909) con el nombre de *El poeta envilecido*. En el primero se muestra inconforme con la opinión que sobre Plácido dió el eminente crítico santanderino en su *Horacio en España*, y dice que el bardo cubano era, a su juicio, un talento de primera fuerza, tan grande en su genio como desdichado en su vida. En el segundo, que escribió con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del poeta, le disculpa del estigma de *envilecido* con que le marcó, según se ha dicho, su compañero en las musas, José Jacinto Milanés, por estimar que de tal envilecimiento la principal responsable fué la sociedad de aquel tiempo.

Y entro ya a dar lectura al trabajo que he escogido para que me sirva de discurso de recepción en esta Academia.

Mucho hay escrito y recogido sobre la vida y las obras del bardo habanero Gabriel de la Concepción Valdés. Enrique Piñeyro, Francisco Calcagno, Pedro José Guiteras, Antonio Bachiller y Morales, Domingo Figarola-Caneda, Aurelio Mitjans, Sebastián Alfredo de Morales, Manuel Sanguily y Vidal Morales y Morales, para no citar sino a los que más extensamente hablaron sobre él, han aportado abundantes datos y juicios para el conocimiento del hombre y del poeta. Ha sido Plácido, sin duda, uno de los vates cubanos sobre quien más se ha escrito dentro y fuera de Cuba, y bien merece por lo mismo que alguien se encargue de hacer su biografía crítica definitiva y la edición escogida de sus versos.

El trabajo que presento a la Academia, aunque concretado a dilucidar un punto relativo a dicho poeta, que ha sido motivo de discusión, contribuirá en algo al mejor conocimiento de la producción del autor citado.

No era de Plácido sobre quien pensaba disertar al venir a esta Academia, sino sobre Luz y Caballero y la conspiración de 1844, y esto que me ha sucedido ahora lo he experimentado otras veces ya, que habiendo emprendido la investigación para estudiar una materia, ella misma me ha separado del propósito inicial perse-

guido y llevádome a escribir sobre otro asunto que aunque relacionado con el primero no era ciertamente el mismo.

La lectura de la causa seguida contra *Plácido* en 1844, al darme a conocer tantos datos interesantes sobre su vida, que sólo allí se encuentran, hizo detenerme en la investigación de modo especial, dando lugar a que cristalizara en mí la idea de escribir sobre el supuesto jefe de la conspiración en Matanzas.

Detenido ya en el estudio del proceso mencionado, me dediqué a leer cuanto sobre el asunto habíase escrito, comenzando por los sugestivos artículos que publicó Manuel Sanguily en sus inolvidables *Hojas Literarias*, sobre *Plácido*, y ellos me dieron el tema para el presente discurso; discurso al cual declaro haber dedicado no poco tiempo, a fin de que no sean imputadas sus deficiencias al siempre acusado Saturno, sino al propio autor que se atrevió a ejecutar una obra superior a sus fuerzas. Pero en esta empresa, justo es consignarlo, he recibido la ayuda valiosa de varios amigos a quienes he consultado o pedido libros que me era indispensable conocer. A todos ellos quiero expresar mi más profundo reconocimiento. En la biblioteca particular de Francisco de Paula Coronado, tan rica en obras cubanas, pude encontrar lo que no hay en las bibliotecas públicas de La Habana (la edición príncipe de las poesías de Gabriel de la Concepción Valdés, completa, es decir, con la cubierta de que carecen todos los ejemplares que he visto, en la cual consta que fué impresa en 1839; *Aureola poética al señor D. Francisco Martínez de la Rosa por las musas del Almendares*, 1834; la supuesta edición de Veracruz, 1845; *Joyas del parnaso cubano*, 1855; *América Poética*, de Mendive, 1854; la primera y la segunda edición de *Cuba Poética* 1855 y 1858-59; *Ráfagas del trópico* de Leopoldo Turla, 1842, y algunas más). Igualmente estoy agradecido a este buen amigo por los servicios y atenciones que de él he recibido en la Biblioteca Nacional, de la que es Director. Al competente bibliógrafo Domingo Figarola-Caneda debo especialmente el haber podido consultar la copia de la plegaria *A Dios* que José Antonio Echeverría mandó a Domingo del Monte, la cual está en el *Centón Epistolario* de este último, y algunos datos bibliográficos que me han sido muy útiles. A Joaquín Llaverías, Jefe del Archivo Nacional, le estoy reconocido por su inteligente y espontánea ayuda

en la búsqueda de los innumerables autos de las causas por conspiración del año 1844. Y del descubrimiento de un verso de Juan Nicasio Gallego en la plegaria *A Dios*, soy deudor a mi excelente amigo Mario Guiral Moreno. También deseo testimoniar mi agradecimiento a mi respetado amigo Enrique José Varona, la más elevada cumbre de la intelectualidad cubana, y a mis compañeros Federico Córdova, Julio Villodo, Enrique Gay Calbó, Emilio Roig de Leuchsenring, José María Chacón y Max Henríquez Ureña por las atinadas observaciones que me han hecho.

I

ESTADO ACTUAL DE LA CUESTIÓN

Por espacio de media centuria fué unánime la opinión de los cubanos sobre la autenticidad de las postreras composiciones de Gabriel de la Concepción Valdés; nadie abrigaba dudas de que no fueran suyas *A la fatalidad*, *Adiós a mi lira*, plegaria *A Dios* y *Despedida a mi madre*; todos creían además que las había escrito en su última prisión, tres de ellas en capilla, y que la plegaria la iba recitando cuando caminaba al lugar de la ejecución en las primeras horas de la mañana del día 28 de junio de 1844; mas al escribir el insigne y autorizado crítico Manuel Sanguily sus sensacionales artículos acerca de *Plácido*, sosteniendo que eran apócrifas tres de las citadas poesías (plegaria *A Dios*, *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*), quedó, ya que no demostrada la falsedad de las mismas, introducida la duda, por lo menos.

Este juicio de Sanguily, aunque no produjo un cambio general de opinión, influyó particularmente en la del eminente crítico y literato Enrique Piñeyro, quien no había tenido sospechas siquiera hasta entonces de la veracidad de tales poesías, a juzgar por el artículo que escribió en Madrid, en 1861, publicado al año siguiente en *Revista Habanera*, y reproducido posteriormente en *Revista del Pueblo* y en *Estudios y Conferencias*; de tal modo que cuando vuelve a hablar de *Plácido* (1899, 1900 y 1906), si es verdad que mantiene y ratifica su opinión respecto *A la fatalidad*, y se inclina mucho a considerarlo autor de la plegaria, duda de la legitimidad de *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*.

Sobre el soneto *A la fatalidad* no tiene dudas Sanguily, porque el escribano Zambrana, que asistió como tal al fusilamiento del poeta, le refirió que era esa la composición que iba recitando éste en la fatídica mañana del 28 de junio de 1844.

Las pruebas aportadas hasta ahora por Sanguily para opinar que no son de *Plácido* la plegaria *A Dios, Adiós a mi lira y Despedida a mi madre*, y las que aduce Piñeyro para dudar de la certeza de estas dos últimas, no son concluyentes.

Dada la autoridad que tienen los dos críticos mencionados, y por ser ellos también los que de modo especial han tratado el punto de la legitimidad de las postreras composiciones de *Plácido*, es por lo que habré de referirme a sus juicios principalmente al desarrollar el asunto objeto del presente discurso.

No son pocas las dificultades que ofrece el problema planteado, y muy difícil y embarazosa tiene que ser la posición de quien careciendo de toda autoridad y competencia, como el que habla, se ve obligado a buscar pruebas y sólo pruebas que den luz en un acaecimiento ocurrido ha cerca de diez y seis lustros.

En este discurso no pretendo hacer—bueno es que lo advierta—un estudio de *Plácido* como hombre y como poeta; si fué un individuo despreciable por sus cualidades de carácter y un bardo envilecido; si fué poca o mucha o desordenada su cultura e instrucción; si fué un grande, mediano o ínfimo poeta; en fin, si le faltaban o sobraban inspiración y sentimiento; aunque me aprovecharé oportunamente de cuanto se haya dicho a estos respectos.

Hay una observación muy fácil de comprobar, que ha sido hecha por todos los que han estudiado o leído a *Plácido*, sobre la cual tengo interés en llamar la atención, porque es de mucho valor para el estudio que me propongo realizar: el escaso conocimiento que del idioma tenía el poeta y su pobreza de léxico.

Debo declarar asimismo, desde ahora, que si no doy la prueba que algunos considerarán decisiva y concluyente para dejar resuelta la cuestión, traigo sí nuevos y abundantes datos, de no poco valor, los cuales han de aproximarnos bastante a la verdad.

Desde luego que, introducida como lo está ya la duda en este asunto, mientras no aparezca el original de la plegaria escrito de puño y letra de *Plácido*, o por el bardo todavía anónimo que lo compuso, tal vez no quedarán disipadas todas las sospechas

y adjudicada la paternidad a su verdadero autor. Sin embargo, no por no haberse encontrado aún esa prueba dejan de existir otros medios apreciables de justificación que nos lleven por inferencias a formular una conclusión legítima y aceptable.

La circunstancia de ser abundante la producción poética del bardo a quien le atribuyen unos (la mayoría) y le niegan otros (los menos) la paternidad de las tres composiciones citadas, ofrece vasto campo al estudio que voy a emprender. De esas tres poesías, una, la plegaria, por su valor literario reconocido por todos, va a ser el objeto preferente de mi investigación.

A juzgar por el título de este trabajo, pudiera creerse de primera intención que el asunto es más literario que histórico; pero no es así. El problema tal como ha quedado planteado cae de lleno en el dominio de la Historia, toda vez que no se trata de fijar el valor poético de dicha composición, sino de averiguar quién la escribió; es decir, si es o no es de *Plácido*, y en este último caso a quién podría atribuirse con fundamento. Empero, el resultado que se obtenga ha de ser de trascendencia para la historia literaria de Cuba.

Es un hecho bastante comprobado que a todo escritor en prosa o en verso puede hallársele su filiación literaria, porque el sedimento o almacenamiento que las lecturas de otros autores van dejando en la mente, no se deposita en vano y para quedar inactivo, sino al contrario, permanece impaciente esperando la oportunidad para exteriorizarse.

Este proceso guarda cierta relación o semejanza con el de la formación geológica. Cuando el geólogo y el arqueólogo practican cortes en las capas terrestres y descubren restos de la flora y la fauna y del arte y la industria que allí quedaron sepultados, les sirven ellos para determinar la antigüedad del terreno y los usos, costumbres y civilización de una época histórica. Pues algo análogo ocurre al estudiar las producciones del intelecto humano: en ellas encontramos las huellas que señalan la influencia de los estudios y lecturas preferentes y el gusto de una época.

Si hallamos siempre orientación para poder clasificar a un autor en determinada escuela y descubrir sus modelos ¿cómo no encontrarla, y con mayor razón para determinar en caso de duda si tal producción es o no es del escritor a quien se atribuye? Es

cierto que el carácter y la mentalidad de un hombre son cosas muy complejas, son el producto de varios factores: la herencia, la educación, el medio y la propia idiosincrasia del sujeto que reacciona de una manera particular ante esas influencias, dando origen al individuo, a la personalidad. En el orden literario esta personalidad no es difícil descubrirla, se transparenta casi siempre en cuanto produce. Y si la instrucción y educación del escritor, sus elementos formales, son escasos y su ideología sencilla, harán menos compleja su obra y más fácil el estudio de la misma.

Plácido—la crítica lo ha dicho ya—es un poeta de poca cultura y deficiente instrucción; desconocedor del idioma y pobre de léxico; de ideas simples; que piensa y siente poco o superficialmente, y creyente casi infantil que ha llenado sus producciones de un “misticismo elemental”, como ha dicho Piñeyro; pero dotado no obstante de inspiración, de don poético; cualidades éstas que se revelan en más de una de sus poesías.

La circunstancia de haber sido considerado *Plácido* por todos, sin discusión, hasta hace veintinueve años, como el autor de las tres composiciones referidas, ha dificultado después la búsqueda de las pruebas por haber desaparecido todos los contemporáneos del poeta. Hubiérase discutido mucho antes el asunto y habríanse encontrado tal vez los testimonios que todos buscamos. Es verdad que aquí, en Cuba, no se podía plantear la cuestión a raíz del fusilamiento de aquél, ni mucho tiempo después tampoco; pero los que como Enrique Piñeyro (1861) y Pedro José Gutiérrez (1874) escribieron en el extranjero y en una época bastante cercana de aquellos sucesos, sobre la vida y las obras del autor de *Jicotencal*, bien pudieron, de haber tenido dudas acerca de las últimas poesías a él atribuidas, emitir libremente su opinión, y, entonces, abierto el debate habríanse aportado pruebas que más tarde desaparecieron. Y aquí, en La Habana, Antonio Bachiller y Morales, que escribió en 1885 en la *Revista Cubana* un artículo analizando las sentencias de la llamada causa de conspiración de los negros contra los blancos, y especialmente la de 12 de junio que condenó a Gabriel de la Concepción Valdés, para probar que éste fué una de las tantas víctimas de esa supuesta conspiración y no su jefe en Matanzas, tampoco discute la autenticidad de la

plegaria, tiene a *Plácido* por su autor, perdiéndose así otra oportunidad preciosa para reunir la prueba que los contemporáneos de éste hubieran podido suministrar, entre los cuales estaba el propio Bachiller y Morales, quien conoció y trató al poeta mencionado. Será, por tanto, de lamentarse siempre que en el ánimo de tales escritores no surgiera entonces la duda, la duda que recomendaba Descartes, tan necesaria para alcanzar el verdadero conocimiento.

Pero muchos más años habían de transcurrir todavía para que la duda surgiera. Fué necesario que un espíritu tan analítico cual el de Manuel Sanguily, se detuviera a examinar las circunstancias en que aparecieron las últimas poesías atribuidas a *Plácido*, para que quedaran formuladas las sospechas. Y nunca más legítima la desconfianza que en este asunto: no se conocían los originales de las composiciones; el autor a quien se atribuían había muerto antes de hacerse públicas, y nadie testificaba haber visto los autógrafos.

En el primer estudio que hizo Sanguily de *Plácido*, dejó expuestas sus sospechas sobre la legitimidad de las postreras composiciones de éste. De la plegaria dijo:

cualquiera que sea la lección de ella que se acepte, pudiera considerarse como apócrifa (1).

Añadiendo:

No hay prueba ninguna de que sea de *Plácido* (2).

Y más adelante se expresa así:

La *Plegaria* pudiera ser de *Plácido*; pero pudiera no ser más que una imitación; del mismo modo que el *Adiós á mi lira* y la *Despedida á mi madre* (3).

En su segundo estudio es más categórico. Al enumerar las composiciones de *Plácido* dignas de encomio, excluye

el *Adiós a mi lira*, la *Despedida á mi madre* y la *Plegaria á Dios*, en razón á tenerlos, como sigo teniéndolos, por apócrifos (4).

(1) *Un improvisador cubano, Hojas Literarias*, La Habana, 1894, t. III, p. 113.

(2) *Ibidem*, p. 113.

(3) *Ibidem*, p. 114.

(4) *Otra vez Plácido*, ob. cit., t. III, p. 248.

Las razones aducidas por Sanguily, que más adelante analizaré, eran bastantes para mantener la incertidumbre, pero no para dejar descartada la posibilidad de que fuera *Plácido* el autor de las citadas poesías, y mucho menos para atribuírselas a otro poeta.

Es innegable el servicio que Sanguily ha prestado a las letras y a la historia patrias con sus dos mencionados trabajos. El estudio de las postreras composiciones de *Plácido* ha cobrado verdadero interés desde que él introdujo la duda, y obliga al que quiera tratar este punto a hacer nuevas y serias investigaciones. Por ello, como dije antes, considero saludable y beneficiosa la duda, porque nos lleva a investigar, a no aceptar nada sin previo examen, porque disciplina la mente, porque nos lleva a la verdad.

No hay prueba ninguna de que sea de *Plácido*

la plegaria, escribió Sanguily en 1894. En efecto, no las había ni nadie las buscó antes, porque hasta esa fecha todos a una teníanle por autor de la composición. ¿Pero a poco que el insigne escritor de *Hojas Literarias* empezó a indagar no encontró un testimonio de que el soneto *A la fatalidad* era de Gabriel de la Concepción Valdés? Posteriormente Vidal Morales y Morales recogió varios testimonios sobre la plegaria que refuerzan la opinión, casi unánime por espacio de más de tres cuartos de siglo, de los que mantienen que es aquél el autor de dicha poesía.

Quienquiera que sea el que escribió la plegaria, es cierto que no hay constancia de nadie que haya visto el autógrafo de la misma, el cual, según todas las probabilidades, ha desaparecido. Mas ¿ello hace imposible o inútil la investigación? O en otros términos, ¿existen pruebas suficientes para descubrir a su autor? Eso es lo que se va a ver.

El original no ha aparecido, pero hay copias del mismo que todos conocen y hacen suponer lógicamente que aquél existió. De una de ellas he de valerme para encontrar hasta donde sea posible al autor de la plegaria, sin que deje también de aprovecharme de lo que arrojen los otros elementos de prueba ya aportados. Estamos, por consiguiente, en presencia de un documento de los que Seignobos calificaría de psicológico por ser la expresión de una idea, de un estado de ánimo de quien lo escribió, y que por lo mismo no es absolutamente indispensable poseer el ori-

ginal para averiguar quién lo compuso, máxime cuando el poeta a quien se atribuye ha dejado muchas producciones de igual género que permiten hacer un estudio de cotejo o comparativo capaz de descubrir por las concordancias y analogías formales e ideológicas, si las hay, la paternidad de la obra.

Las pruebas favorables a *Plácido* traídas hasta ahora son de distinto valor, y aisladamente ninguna de ellas es bastante para sacar una conclusión; pero apreciadas todas en conjunto sí permiten continuar sosteniendo la opinión generalmente admitida. En cambio, las contrarias que han sido alegadas no destruyen el mérito de las primeras, ni justifican tampoco que no fué Gabriel de la Concepción Valdés el autor de la plegaria.

II

LA PRUEBA FAVORABLE

Desde luego que la investigación debe dirigirse, en primer término, a encontrar el documento original, y no han sido pocos los esfuerzos hechos en ese sentido, pero todos infructuosos, al punto de que casi puede considerársele perdido definitivamente. ¿Será acaso porque se ha buscado sólo en relación con *Plácido* por lo que no ha sido hallado? Y ¿qué otra orientación tomar, si no ha sido atribuído a nadie más? Cuando la plegaria fué conocida todos dijeron que *Plácido* era el autor, opinión que hoy prevalece todavía a pesar de las dudas formuladas posteriormente; luego la investigación ha de encaminarse necesariamente hacia *Plácido*.

En la causa por conspiración seguida contra éste en 1844, no se menciona la plegaria, ni hay rastro de que haya estado unida al proceso, lo que hace pensar que si él la compuso para recitarla ante el Consejo, como alguien ha dicho, no llegó a hacer esto último, pues de lo contrario hubiérase consignado algo en el acta levantada el día de la comparecencia de los reos (8 de junio de 1844), y sólo consta a fojas 622 y vuelta de la causa, que fueron presentados a los señores del Consejo los reos entre los que estaba

Gabriel de la Concepción Valdés (a) Plácido el poeta, . . . á los cuales se recibió juramento, siendo preguntados por el Presidente y demás

Vocales... y no habiendo producido dichos reos, razones que poder ameritar en sus descargos se suspendió el acto por lo avanzado de la hora.

Es lógico pensar que *Plácido* no entregara ni enseñara siquiera al tribunal, y menos al Fiscal, el papel donde escribió la plegaria, porque siendo ésta una protesta ante Dios, tan solemne de su inocencia, hubiera sido seguramente destruída en el acto por los que no querían que nada despertara en sus conciencias el remordimiento de las iniquidades cometidas y que seguían cometiendo.

Si se admite que fué *Plácido* el que compuso la plegaria, la primera pregunta que ocurre hacer es: ¿cuándo la escribió? La escribió, sin duda, el año de 1844, y en el tiempo que estuvo preso, acusado como jefe en Matanzas de la conspiración llamada de *la Escalera*, o sea del 30 de enero al 28 de junio del citado año (5). Todavía me es posible reducir el espacio de tiempo en que fué escrita, guiado por la misma plegaria, pues esa invocación a Dios para expresarle su inmenso dolor y pedirle protección contra la calumnia de los hombres, protestando ante él de su inocencia, hacen suponer con fundamento que quien hizo esa poesía, se hallaba ante un inminente y muy grave peligro; peligro que no sobrevino realmente sino después de dictada la setencia que lo condenó a muerte, fechada a 12 de junio de 1844. Es verdad que no quedó firme hasta el día 22, en virtud de la aprobación del Capitán General, y que no se notificó al reo, oficialmente, hasta el 27 del propio mes de junio; mas todo hace creer que *Plácido* tuvo conocimiento de ella antes de la fecha acabada de citar. ¿A qué fué el Fiscal Salazar a Matanzas el día 23? Pues a obtener del reo las declaraciones que le convenían para entablar nuevos procesos. En efecto, *Plácido* comparece ante el Fiscal y rectifica lo que había dicho anteriormente, manifestando que no era a Pedro Buigas a quien se había querido referir, sino a Pedro

(5) "El domingo veinte y ocho de Enero al ir á la valla de gallo en solicitud del Comº del Ojo del Agua Dn. N. Beltran, por un informe que solicitaba pº un baile me llamó D. Benigno Gener, y me dijo q. me escondiese ó fugara, por que sabia q. se trataba de perderme.—El haberseme preso la noche del martes treinta en un baile prueba el poco aprecio que hice de su aviso."—Esto declaró el reo el 23 de junio de 1844, según consta a fojas 2034 y vlt., sexta pieza del legajo 62 de la causa seguida por la Comisión Militar.—Manuel Sanguily ha sido el primero en dar la verdadera fecha en que fué preso *Plácido*. Véase *Literatura Universal*, Madrid [1919], p. 275.

José Guiteras; se le ofrece, además, interceder cerca del General O'Donnell para conseguir de él clemencia o gracia si expresa con sinceridad cuanto sabe de la conspiración; y *Plácido* redacta de su puño y letra la extensa exposición donde acusa falsamente a tanto cubano digno. ¿Por qué hizo esto el reo? Sin duda, porque el Fiscal le dijo que ya estaba condenado a muerte y que sólo haciendo declaraciones importantes (las mismas que de seguro le sugirió) podría conseguir la conmutación de la pena capital. *Plácido*, pues, sabía el 23 de junio el fallo recaído en su causa, si no ¿de qué pedía gracia al Capitán General? Empero es admisible la especie de que la plegaria fué escrita o simplemente compuesta en la mente para recitarla ante el Consejo el día 8 del referido mes, cuando ya pudo el procesado darse cuenta por los horrores que veía cometer, o de los que tuvo noticia en su prisión, que su causa iba a tener un fin sangriento. De manera que no es aventurado fijar como fecha dentro de la cual fué compuesta dicha poesía, la comprendida del 3 de junio, cuando comenzó el tribunal la lectura de la causa, al 28 del mismo mes, aunque me inclino más a creer que lo fuera del 23 al 27.

Sin dejar de reconocer la importancia que tendría poder determinar el momento en que escribió el reo la plegaria, entiendo que esta circunstancia no es indispensable del todo conocerla; bastando, a la finalidad que persigo, saber que corresponde a la época de su última prisión.

Ahora bien, ¿cómo pasó de las manos del poeta al público, y cuándo? He aquí otra cuestión. La poesía tuvo necesariamente que ser escrita por *Plácido* o por otra persona a quien él la dictara, de lo contrario no la conoceríamos hoy, porque si tan sólo la recitó, como se ha dicho, al ser conducido al lugar de la ejecución, no es probable que pudiera haber sido oída toda claramente por los que presenciaron aquel acto; porque había que suponer que entre el público estaba alguien dotado de extraordinaria retentiva capaz de conservarla en la memoria con haberla oído una vez. Circunstancia ésta que, por su misma rareza, debe ser desechada no existiendo otros elementos de justificación en que apoyarla.

El rigor, o mejor dicho, la crueldad empleada por la Comisión Militar en los procesos de aquel fatídico año de 1844, es evidente.

Búsquese y léase cualquiera de las causas por conspiración de los negros contra los blancos y se obtendrá el convencimiento de ello. La incomunicación absoluta era lo menos malo que durante la sustanciación de la causa podía ocurrir al reo. El 7 de abril de 1844, al constituirse el Escribano en la cárcel de Matanzas para notificar a *Plácido* que estaba procesado y que debía nombrar defensor, se hace constar en la diligencia levantada (fojas 241, 1ª pieza)

que se hallaba preso en vartolina [sic] el pardo Gabriel de la Concepcion Valdes.

En tales condiciones y sin dinero ¿es presumible que consiguiera de sus carceleros poder comunicarse con alguien del exterior, bien verbalmente o bien por escrito? No. ¿Cómo, entonces, pudieron conocer el público o sus familiares o amigos—si es que amigos tuvo en esa ocasión—la plegaria antes de su muerte?

El único día que pudo hablar con un amigo y protector suyo fué el 27 de junio, desde las primeras horas de la mañana en que entró en capilla, hasta las 6 de la mañana del 28, que emprendió su viaje a la muerte. Este amigo y protector no es otro que su confesor el Padre Manuel Francisco García, Cura de la Parroquia de San Carlos de Matanzas, quien según consta en los autos (6) fué nombrado para asistirlo espiritualmente durante sus últimos momentos. De ninguna otra persona se sabe ni hay constancia que estuviera a visitar al reo en la capilla. Todo hace pensar que lo dejaron solo, abandonado a su destino desde que se inició el proceso contra él. Sus amigos o protectores blancos, no sólo porque temieran comprometerse, sino porque al principio creyeron que era cierto el plan de conspiración denunciado, y más tarde, al darse cuenta de lo absurdo del proceso y de las iniquidades cometidas, porque era verdaderamente arriesgado interceder por alguien, y más por quien siendo de color aparecía encausado como jefe del levantamiento en Matanzas. Nadie quería que se le tuviera como amigo del poeta, todos lo negaron. Así, Pedro José Guiteras, llamado a declarar el 19 de junio de 1844, al ser preguntado por el Fiscal Salazar si un día del mes de diciembre de

(6) Archivo Nacional, Comisión Militar, Causa de Conspiración de los negros contra los blancos, legajo 62, 6a. pieza, foja 2055.

1843, estando reunido en casa de Campusano, en Matanzas, con Benigno Gener, Pío Campusano y Plácido, después de oír contar a éste los padecimientos que sufrió cuando fué preso en Trinidad, no hizo ninguna manifestación sobre ese hecho, contestó:

Que si hizo alguna manifestación (que no lo recuerda) se la dirigiría á algunos de sus amigos, pero de ninguna manera á Plácido, *con quien no lleva absolutamente amistad.*

¿Quién podía considerarse seguro al ver que al hombre, al cubano de más grande autoridad moral de aquella época, de conducta irreprochable, José de la Luz y Caballero, se le complicó en el proceso, y a punto estuvo de ser conducido a la Cabaña, pero que debido a su grave estado de salud quedó arrestado en su casa? Además desde el mes de mayo de 1844 ya Plácido había hecho declaraciones que comprometían a Domingo del Monte, como la que aparece a fojas 2000 del legajo 62, en la cual dijo: que a fines del año de 1840, o a principios de 1841, viviendo en la esquina de Muralla y Habana, le invitó Del Monte para que le visitara con el propósito de que conociera el proyecto sobre emancipación de los esclavos. Sugerida o espontánea, cierta o falsa tal manifestación era indudable que había de causar indignación contra el que la hizo, enajenándole toda la simpatía que los blancos hubieran podido sentir por él antes de esa fecha; indignación que hubo de llegar al extremo al tenerse noticia de la malhadada exposición del día 23 de junio, antes mencionada. ¿Qué persona blanca, pues, había de encontrarse dispuesta a su favor al punto de ir a visitarlo en capilla para consolarlo y despedirse de él? ¿Y cuál de sus amigos o familiares de color pudo atreverse a llegar a la capilla? No sería aventurado decir que ninguno. Nadie fué; no tuvo a su lado más que al cura García. De aquí las tristes palabras que escribió en sus últimos instantes:

No dejo espresiones á ningun amigo, por q. se q. en el mundo no los hay (7).

Por eso es también que se vale únicamente de dicho sacerdote para hacerle sus encargos y recomendaciones finales. La versión

(7) Véase el apéndice VI.

más aceptable es, por consiguiente, la de que fué este sacerdote quien recibió de manos del poeta el manuscrito de la plegaria, o lo copió en la capilla, circulándolo luego en Matanzas.

Habrà mucho de fantasía en el relato de los últimos momentos de *Plácido*, la imaginación de los pueblos es muy dada a la leyenda, a rodear los hechos de circunstancias extraordinarias y emocionantes para despertar mejor la simpatía, el entusiasmo o el amor hacia el protagonista unas veces, y otras para aumentar el odio y la repulsión hacia el mismo. Pero el punto de partida de esa leyenda es casi siempre un hecho cierto.

En el caso de *Plácido* hay un testigo de mayor excepción, el cura Manuel Francisco García, que acompañó al poeta y estuvo en contacto íntimo con él durante las veinticuatro horas de capilla, y junto al mismo, a su lado, permaneció el reo hasta que se separó para ocupar el banquillo en que fué fusilado. Este testigo es natural que contara a sus amigos y feligreses cuanto sabía sobre el suceso, principalmente lo que había ocurrido en la capilla y de lo que nadie estaba mejor enterado que él. Por tanto, en los primeros relatos que partieron de Matanzas, sobre los postreros instantes de *Plácido*, tiene que haber mucho de verdad, porque esa ciudad fué el teatro de los hechos, porque allí estaba el cura García, cubano, amigo de aquél y el único bien informado, porque el pueblo presenció el fusilamiento, porque en las fortalezas y en la cárcel de aquella ciudad fué donde guardó prisión el reo. De esos primeros relatos he de valerme por entender que son los mejores testimonios que hay acerca de este asunto.

La plegaria *A Dios* apareció impresa y publicada por primera vez en un periódico de Madrid, *El Laberinto*, número del 16 de agosto de 1844 (páginas 278 y 279), lo que hace suponer, diré mejor, lo que justifica que salió de Matanzas o de La Habana a raíz del fusilamiento del poeta; pues no de otra suerte pudo ver la luz allá a los *cuarenta y nueve* días del suceso, haciéndose entonces la navegación en barcos de vela y durando la travesía más de 30 días. Consultando a este respecto las entradas y salidas de buques que hacían viajes entre La Habana y los puertos de España, Cádiz principalmente, se comprueba que tardaban en viaje directo alrededor de cuarenta días, no siendo raros los casos de cincuenta. Así, con el periódico *El Observador de Ultra-*

mar, de Madrid (número 15 de agosto de 1844), a la vista, se comprueba que un barco rápido, como lo era el correo número uno, que había hecho el viaje de Cádiz a La Habana en veintiseis días, empleó *treinta y cuatro* en el regreso. Un buen cálculo sería el que estimara en cuarenta días la navegación del barco en el cual salió del puerto de La Habana o del de Matanzas la plegaria, y le agregara tres días más, por lo menos, para llegar a Madrid y aparecer impresa el día 16 de agosto en *El Laberinto*. Aceptando este cálculo, la poesía tuvo que estar entre la correspondencia que salió para España el día 6 de julio, o sea ocho días después del fusilamiento. Ahora bien, si fué por otra vía pudo llegar algunos días antes.

La noticia de la muerte de *Plácido* partió de esta capital mucho antes, a juzgar por lo que se lee en el citado periódico *El Observador de Ultramar*, número del 12 agosto de 1844. Da cuenta del acaecimiento, diciendo que lo ha sabido por los informes enviados de La Habana con fecha 30 de junio. El propio periódico insertó la sentencia el día 16 de agosto, y *Adiós a mi lira* y *A la fatalidad* el 3 de septiembre. Otro periódico, *El Correo de Ultramar*, de París, dice en su número de agosto 20 de 1844, que ha recibido por Inglaterra noticias de La Habana, hasta el 17 de julio, y que un amigo le envía

algunas de las últimas composiciones del poeta Plácido, mulato, fusilado en Matanzas por complicado en la última conspiración.

De entre esas poesías escoge para publicarlo el soneto *Despedida a mi madre*, al cual pone la siguiente nota:

así firmaba [*El Peregrino*] cuando escribía á su madre.

Los corresponsales en Cuba de este periódico eran, en La Habana, Lapeyre; en Matanzas, José Elías Hernández, abogado.

Como no podía publicarse nada en Cuba relativo a *Plácido* a no ser para aplaudir el fusilamiento, para saber algo de lo que por escrito se dijo sobre el particular, no queda otro medio al investigador de hoy, que recurrir a la prensa extranjera, que daba casi siempre las noticias que le transmitían de Cuba.

El Observador de Ultramar, de Madrid, ya citado, en su número del 23 de agosto de 1844, publica un extracto de una carta

de La Habana, fecha 16 de julio, haciendo constar que la reproduce de varios periódicos ingleses, donde se describe la muerte del bardo habanero de esta manera:

Plácido salió de la capilla con la mayor sangre fría y valor mientras que los otros reos parecían agobiados bajo el peso de los tormentos que ya habían sufrido. El conspirador principal llevaba un crucifijo en la mano, y recitaba en alta voz una hermosa plegaria en verso, que conmovía los corazones de la multitud que cubría el camino por donde pasaba.

El propio año de 1844, apareció con el pie de imprenta de Veracruz, un folleto relatando los últimos instantes del poeta. No se sabe el mes de su publicación, porque en los periódicos de Cuba la censura no permitía hablar de nada referente a *Plácido*. Este relato, dice Vidal Morales y Morales (8), y otros también lo habían dicho, lo reprodujo Andrés Avelino de Orihuela en su novela *El Sol de Jesús del Monte*, impresa en París el año de 1852. En efecto, en las páginas 55, 56 y 57 aparecen insertas la descripción de las *Últimas horas de Gabriel de la Concepción Vadés (Plácido)* y sus postreras poesías (*Adiós a mi lira, Despedida a mi madre, A la justicia* y plegaria *A Dios*). Me interesa llamar la atención sobre la carta dirigida por *Plácido* a su esposa, que igualmente se publica en ese cuaderno de Veracruz, que reproduce Orihuela. Esta carta, junto con el documento que contiene su final disposición, debió ser entregada a su viuda por el escribano Zambrana o por el cura García; y al aparecer impresa en el mencionado folleto de Veracruz, hay que admitir que alguien la obtuvo de su viuda, la cual también tendría los originales, o copias, por lo menos, de las últimas composiciones poéticas de *Plácido*. Si, como dije, el cura García es la persona que más verosímelmente pudo sacar de la capilla la plegaria y las otras poesías hechas por aquél en la prisión, o en las últimas veinticuatro horas, es muy creíble que las entregara todas a la esposa del fusilado, o se las diera a conocer.

El propio Vidal Morales dice (9) que, aunque el tal folleto tiene pie de imprenta de Veracruz, fué impreso en la misma Ma-

(8) *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, La Habana, 1901, p. 171, nota.

(9) *Ob. cit.*, p. 171, nota.

tanzas; de manera que allí, en el lugar de los hechos, fueron recogidos todos los documentos que componen el cuaderno. Desde luego que la circunstancia de que uno de esos documentos sea auténtico (la carta), o sobre el cual no haya sospechas, no implica que los otros lo sean igualmente; pero sí sirve para conjeturar que el que lo tomó para darlo a luz acudió a una buena fuente, donde no es improbable que obtuviera los demás. Al año siguiente apareció, con el pie de imprenta de Veracruz, un tomo de poesías de *Plácido* en el cual figura la plegaria. De este libro se ha dicho también que fué impreso en Matanzas.

Por todo lo expuesto se ve que es constante y unánime la opinión, desde los primeros días subsiguientes al fusilamiento, que atribuye a *Plácido* la plegaria, sin que haya constancia de que nadie entonces ni después señalara a otro poeta como autor de la composición. Y así, por tradición, ha llegado hasta nosotros la noticia.

Hay más testimonios favorables a *Plácido*. Un escritor contemporáneo de éste, muy acreditado por su seriedad, buen juicio e inteligencia, y de temperamento frío y reflexivo, José Antonio Echeverría, en carta a Domingo del Monte, fechada en La Habana, a 4 de marzo de 1845, dice, al enviarle copia de la plegaria, que ésta fué

improvisada por *Plácido* delante del Consejo de la Comisión Militar, y que con un crucifijo en la mano, fué recitando mientras caminaba al patíbulo, exhortando con esos y otros versos a sus compañeros (10).

No hay en toda la carta ni una consideración que haga pensar que Echeverría abrigaba dudas sobre la autenticidad de la poesía; y la particularidad, que él es el primero en señalar, de que el reo la recitó ante el Consejo, separándose así de la creencia general de que fué escrita en capilla, no cambia la substancia, el hecho fundamental y básico, o sea la paternidad de la plegaria, alrededor del cual gira toda la cuestión. Se notarán, como ha de verse, distintas opiniones acerca de cuándo fué escrita, dónde la recitó y en qué momento se hizo pública; pero no existe discrepancia sobre quién es el autor.

(10) Vidal Morales, ob. cit., p. 161.—Esta carta se halla en el *Centón Epistolar* de Domingo del Monte, que conserva hoy Figarola-Caneda.

Pedro José Guiteras, de Matanzas, bien informado casi siempre de cuanto escribió, según ha dicho Sanguily, y que conoció a Plácido y fué procesado por las acusaciones de éste, en la causa de conspiración del año 1844, al referir el final de la vida del bardo habanero, dijo:

La noche que precedió a su ejecución escribió varias poesías en la capilla en el hospital de Santa Isabel.

Llegado el momento de partir al suplicio, se adelantó a sus compañeros de desgracia, los arengó a que murieran con valor y poniéndose a su cabeza, empezó a marchar recitando con voz sonora la *Plegaria a Dios*, su última, tristísima inspiración(11).

José Mauricio Quintero y Almeйда, contemporáneo también de Plácido, pues nació en 1807, en Matanzas, en sus *Apuntes para la historia de la isla de Cuba con relacion á la ciudad de Matanzas*, publicados en dicha ciudad, en 1878, refiere (p. 820) lo que transcribo:

Las dos últimas composiciones que hizo fueron recitadas: la primera por el mismo Plácido desde la capilla al lugar donde se ejecutó la última pena, siendo ésta una plegaria a Dios, que bastante conmovió al público que la oía con atención, marcando sus palabras religiosas con mucha pausa en alta voz y la resignación propia de un verdadero cristiano; la otra fué "Despedida a mi madre" en la capilla, el día 27 de Junio de 1844, otorgando primero su testamento...

De la relación de este testigo y de la del anterior no consta claramente que presenciaron la ejecución del poeta y le oyeran recitar la plegaria; no obstante, sus dichos tienen valor, porque estando en el lugar de los hechos pudieron oír y tomar la impresión de cuanto allí se dijo.

En la *América Poética*, de Rafael María de Mendive y José de Jesús Quintiliano García (La Habana, 1854), aparecen insertos como de Plácido el soneto *A la Fatalidad* y la plegaria *A Dios*. Mendive, poeta, era once años menor que el autor de la plegaria; Quintiliano García tenía 17 años de edad cuando el fusilamiento de éste.

(11) *Obras de Dn. Pedro José Guiteras. (Edición corregida y aumentada por el autor.)* Baltimore, 1882 y 1883. El manuscrito se halla en la Biblioteca Nacional y aun no ha sido publicado. La primera parte titulada *Vidas de poetas cubanos*, la dió a luz su autor, en 1874, en *El Mundo Nuevo*, Nueva York.

Joaquín Lorenzo Luaces y José Fornaris, ambos poetas, nacidos el primero en La Habana, 1827, el otro en Bayamo, un año antes, en la antología de poetas cubanos que con el nombre de *Cuba Poética* publicaron en esta capital, en 1858, con una sucinta biografía de cada autor, insertaron entre otras composiciones de Gabriel de la Concepción Valdés, plegaria *A Dios* y *A la Fatalidad*, y en la nota biográfica reprodujeron varios párrafos de la última disposición escrita en capilla y la carta de despedida a su esposa, las cuales copiaron de la primera edición de dicha antología que, con el propio nombre de *Cuba Poética*, editaron en esta capital, en 1855, Fornaris y J. S. de León. Es de notarse que en esta fecha se imprimieron en Cuba y dieron a conocer al público, autorizados por la censura, dichos documentos.

Francisco Calcagno, natural de Güines (La Habana), donde nació en 1829, fué el primero que hizo un estudio extenso de la vida y las obras del bardo infortunado, que aunque escrito en 1867, no empezó a publicarlo hasta 1869 (dos capítulos), dándolo completo en la *Revista de Cuba* (1878), y del que luego hizo varias ediciones, hasta la quinta que es de 1887. Refiriéndose a la plegaria, dijo:

Allí en la capilla... compuso sus mejores cantos:... allí la *Plegaria a Dios*, reproducida en varias lenguas, la misma que iba recitando cuando marchaba al patíbulo... allí su *Despedida a mi madre*, allí su *Adiós a mi lira*, último lastimero gemido de su agobiada musa.

Sobre este trabajo de Calcagno emitieron juicio en distintas épocas varios escritores cubanos, algunos de ellos contemporáneos de *Plácido*, como Suárez y Romero y Cirilo Villaverde, y el único punto en que se muestran todos inconformes con el autor, es en que quiere presentar al poeta como un verdadero conspirador (12).

Otro escritor cubano dedicado a los estudios de nuestra historia, Antonio Bachiller y Morales, en el trabajo ya citado que dió a luz en 1885, intitulado *Plácido*, al juzgar lo dicho por varios extranjeros con respecto al poeta, escribe:

Godding es inglés y juzga a la inglesa y tiene que contradecirse al copiar la plegaria en que el poeta se llama inocente al acercarse al

(12) *Poetas de Color*, La Habana, 1837, apéndice E, p. 106 y 107.

Creador, la verdad absoluta, la justicia absoluta a quien no podía engañar su criatura, a quien tenía que coronar con la gloria inmortal que ofrece a perseguidos injustamente en la tierra (13).

Y más adelante agrega:

El supuesto conspirador aparece comentando su *plegaria* en prosa con las palabras que entre protestas de religión y profundas creencias dirige a su mujer: consuélete al menos saber que mis últimos votos son por la paz y felicidad de Cuba (14).

Plutarco González y Torres, de Matanzas (1822-1898), refiere de la manera siguiente el fusilamiento:

Impartía el virtuoso teólogo Dr. Dn. Manuel Francisco García, cura párroco de Matanzas, auxilio espiritual a *Plácido*, que fué fervorosamente recitando su *Plegaria a Dios* desde la capilla, e impartíalo a cada uno de sus compañeros de martirio otro sacerdote a su vez. Al enfrentar con el grupo en que se hallaba el autor de esta reseña, elevó *Plácido* el crucifijo que llevaba entre sus esposadas manos, y exclamó con sentido acento:

“Yo no os puedo engañar Dios de clemencia...”

Ni un verso más de aquella plegaria pudo el compilador de estos recuerdos recoger de los labios que iban recitándola, por habérselo impedido el fúnebre redoble de tambores complicado con el murmullo de la muchedumbre que se agitaba en aquel campo (15).

El distinguido humanista y castizo escritor Domingo del Monte, aunque no estaba en Cuba cuando la conspiración de la *Escalera*, tuvo conocimiento de todo lo ocurrido, por sus amigos de La Habana y Matanzas (Echeverría, Bachiller y Morales, Luz y Caballero, José Luis Alfonso, Castro Palomino...) y hasta le fué enviada por uno de ellos copia de la plegaria. No se sabe que haya escrito nada sobre esta composición, y es explicable que guardara silencio sobre la misma, como lo ha hecho respecto de la obra del poeta, toda vez que le sobraban motivos para no mencionarla siquiera. La única ocasión en que escribió algo referente a dicho bardo (su Paralelo *Plácido y Manzano*, París, 1845), fué para no hablar bien de él y para considerarlo inferior a Man-

(13) *Revista Cubana*, La Habana, 1885, t. II, p. 549.

(14) Ob. cit., p. 551.

(15) Vidal Morales y Morales, ob. cit., p. 170.

zано. Ahora bien, ¿si Del Monte hubiera tenido noticias de que la plegaria no era de *Plácido*, no habría aprovechado la oportunidad para decir algo sobre ella al escribir su *Paralelo*?

Tiene igualmente a *Plácido* por autor de la mencionada poesía José Silverio Jorrín, quien contaba 28 años de edad al ser fusilado aquél. En su artículo sobre la *Antología de poetas hispanoamericanos*, publicada por la Academia Española, dice:

Cóngora no hubiera desdeñado contar entre los suyos el romance *Xicotencal*; y lo que vale más aún para el bardo matancero, el soneto *Fatalidad* y su magnífica cristiana Plegaria, le confirieron el derecho de exclamar con legítimo orgullo: *non omnis moriar* (16).

No he citado ni traído aquí los nombres de las personas precedentemente mencionadas, a título de autoridades literarias, aunque muchas de ellas lo fueron, sino tan sólo para dejar constancia de que tenían a *Plácido* por autor de la plegaria.

De los testimonios transcritos uno solamente corresponde a un testigo directo, presencial del hecho, quien vió y oyó a *Plácido* cuando iba camino del suplicio recitando la plegaria *A Dios*, en la mañana del 28 de junio de 1844.

Al dicho de este testigo, Plutarco González, pudiera restarse fuerza alegando que su declaración fué dada muchos años después del suceso que relata. Esto es cierto; pero no lo es menos que un hecho de la naturaleza del que refiere, el fusilamiento injusto e inicuo de once individuos por considerárseles complicados en una conspiración en la cual ya nadie creía en esa fecha, debió conmover profundamente el espíritu de todos los cubanos, especialmente de los de Matanzas, teatro de tan sangrienta escena, y dejar huella indeleble en las conciencias. Además, es muy lógico suponer que el relato hecho por Plutarco González en su artículo *Hecatombe*, debió ser referido por él muchas veces entre sus amigos y familiares, a raíz del acaecimiento y durante algún tiempo después.

Si no existiera más prueba que el dicho de tal testigo, con todo de referir lo que dice que vió y oyó, nadie de seguro se daría por convencido en este caso ni en ningún otro. Pero hay

otros testigos que, no por ser de referencia, dejan de tener valor sus dichos, habida cuenta de las condiciones de veracidad, buen juicio e inteligencia que reúnen, de los cuales unos se hallaban en Matanzas al ocurrir el hecho que relatan, donde oyeron contarle a los que lo presenciaron, que fueron muchos, y otros en La Habana, donde por la comunicación diaria que había con aquella ciudad pudieron enterarse de cuanto allí sucedió.

Otro escritor matancero, Emilio Blanchet (1829-1915), que se encontraba en la ciudad de los Dos Ríos y contaba 15 años de edad cuando el fusilamiento de *Plácido*, en el artículo que publicó en *La Vanguardia*, de Barcelona, el 17 de enero de 1889, aunque dice erróneamente que el reo escribió la plegaria "en uno de los tres días que estuvo en capilla", refiere lo que copio, que coincide con los relatos anteriores:

Después de emplazar ante el Eterno a su fiscal y al que le había preso, empezó *Plácido* a recitar con firme voz, camino del cadalso, la plegaria de que ya se ha hablado. Sentóse por fin en el banquillo, en medio de sepulcral silencio; hizo la señal el jefe del piquete ejecutor, y retumbó una descarga. *Plácido*, gravemente herido, manando sangre, volvióse gritando: *Que no hay piedad para mí? fuego aquí, soldados!* (17).

Por no ser francamente favorable a *Plácido* la opinión última de Piñeyro sobre la plegaria, no la reproduzco en este lugar; pues si es cierto que todavía en 1900 declara que dicha poesía

recuerda las otras composiciones de *Plácido* en varias partes, el estilo es por lo menos muy parecido, y pudo muy bien componerla en la prisión, antes de la capilla;

posteriormente (1906) escribe que "las dudas quedan en pie, irreducibles".

Anselmo Suárez y Romero, que tenía edad de hombre al tiempo de ser ejecutado *Plácido*, en el *Prospecto para una biblioteca de escritores cubanos*, que redactó en abril de 1868, viendo la luz en la *Revista de Cuba* diez años después, al referirse a dicho poeta, se expresa así:

...aunque incorrecto por lo común en sus obras, quizás en lengua

(17) Vidal Morales y Morales, ob. cit., p. 166-67.

castellana no habrá ningún romance que supere a uno de los suyos. ni hay corazón tampoco que no se contriste al repetir las supremas palabras por él murmuradas en momentos terribles (18).

Desde luego que no está expresada con entera claridad la idea, como sería de desear en este caso, pero no hay que hacer mucho esfuerzo para descubrir que "las supremas palabras" a que se refiere no son otras que las de la plegaria.

Los escritores pertenecientes a la generación que nació algunos años antes del fusilamiento de *Plácido* y los que vieron la luz después de este suceso, pero que alcanzaron todos a muchos de los contemporáneos del poeta, a los cuales conocieron y trataron, consideran al mismo como autor de la plegaria. De este grupo, excluyendo a los ya mencionados, citaré a Casimiro Delmonte, Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, Domingo Figarola-Caneda, Vidal Morales y Morales, José A. Escoto, Manuel de la Cruz, Rafael Montoro, Aurelio Mitjans. Y de la generación más cercana a la presente y de la actual deben ser citados Antonio Sánchez de Bustamante y José María Chacón y Calvo. De los primeramente enumerados los que más han escrito sobre el autor de *Jicotencal* son Figarola-Caneda, Vidal Morales y Aurelio Mitjans. (19).

No hago mención entre los coetáneos del poeta, de Sebastián Alfredo de Morales, por estar tachado de parcial, aunque su opinión coincide en cuanto a la plegaria, con las referidas en páginas anteriores. Además, no todo lo escrito por Morales acerca de ese bardo es tachable; recuérdese si no lo que dijo en 1885 cuando terció en el debate promovido por Figarola-Caneda sobre la autenticidad del retrato de *Plácido* publicado por Ildefonso Estrada y Zenea. Su opinión no discrepó de las de Arnao, Bachiller y Vélez Herrera. Acéptese también ahora su dicho en cuanto a la paternidad de la plegaria, ya que conviene con el de los otros.

(18) *Revista de Cuba*, La Habana, 1878, t. III, p. 294.

(19) Véanse las opiniones de todos en el apéndice I.

III

LA PRUEBA CONTRARIA

La prueba contraria a *Plácido* es la traída por Sanguily en 1894, y está fundada principalmente en el dicho del escribano Manuel Zambrana, quien, como tal escribano, asistió a la ejecución del reo.

Refiere Sanguily que Zambrana le aseguró

que al salir Plácido del hospital Santa Isabel iba recitando, efectivamente, unos versos suyos; pero... me los repitió... eran los últimos del soneto *La Fatalidad* (20).

Y copia los cuatro versos finales del soneto.

El testimonio de Zambrana es muy respetable, porque asistió de cerca al reo y pudo oír cuanto éste dijo. Pero su dicho, como el de Plutarco González, no reúne todos los requisitos de que debe estar rodeada esta clase de prueba. Es un testigo que depone a los *cincuenta* años del suceso que relata; aunque son de aplicársele las mismas consideraciones que hice con respecto a Plutarco González. Así, de no existir más testimonio que el de Zambrana sobre la paternidad del soneto, todos estaríamos autorizados para dudar de ella por lo menos. Porque Zambrana dice únicamente que *Plácido* iba recitando versos suyos, sin añadir ninguna otra circunstancia que acredite tal afirmación; luego la paternidad del soneto habrá que buscarla por otros medios.

Por otra parte, el relato del citado escribano justifica sólo que el reo iba recitando versos del aludido soneto, pero no niega que recitara también otros, pues que no dice que aquéllos fueron los únicos que recitó; por lo que tal testimonio no puede tomarse como una prueba contraria a *Plácido*. Pero aun suponiendo que éste no dijera versos de la plegaria, sino los ya mencionados del soneto, ¿ello sería bastante para demostrar que la plegaria no es del mismo poeta?

Será siempre de lamentarse que Zambrana, después de haber referido lo que queda expuesto, no hubiera dicho algo más sobre

(20) *Hojas Literarias*, La Habana, 1894, t. III, p. 114.

los últimos momentos del reo. Pues se me ocurre que pudo contar si además del soneto dijo alguna otra poesía y cuál era ésta; si oyó hablar de la plegaria el mismo día del fusilamiento, o si desde antes ya era conocida y a qué poeta se le atribuía. Perdióse una oportunidad preciosa, la última que quedaba, puesto que Zambrana era el único superviviente, en 1894, de los que acompañaron a *Plácido* de cerca hasta el lugar de la ejecución.

Sanguily duda de la legitimidad de la plegaria.

No hay prueba ninguna de que sea de Plácido, dice. Nadie ha podido explicarse cómo ni por qué conducto pasó de la capilla donde se supone que fué escrita, al dominio público (21).

Mas no tiene sospechas del soneto *A la Fatalidad*. ¿Y se sabe acaso dónde lo escribió *Plácido* y cómo pasó, si lo escribió en la prisión, al dominio público?

El soneto es de *Plácido* porque el autor se descubre cuando dice:

Entre el materno tálamo y la cuna
el férreo muro del honor pusiste.

Y no por el dicho de Zambrana, porque éste no refiere cómo supo que era de aquél, sino que se limita a declarar que

iba recitando unos versos suyos,

sin explicar la razón de su dicho: Ahora bien; si es de *Plácido* porque él habla en el soneto de peculiaridades de su vida, también es suyo *Adiós a mi lira*, porque ella fué

La que brindó con gracia peregrina
la Siempreviva al cisne de Granada.

¿Y la plegaria no puede ser identificada del mismo modo? ¿No se hallaba *Plácido* en las condiciones de que se habla en ella? ¿No se encontraba en el momento en el cual el que es creyente (y él lo era) se dirige a su Dios? ¿No había sido abandonado de los hombres; no lo calumniaban éstos; no mancha-

(21) Ob. cit., p. 113.

ban su reputación; no era, en fin, inocente? ¿No se entrega al final de la plegaria en brazos de la divinidad para que se cumpla su voluntad al igual que lo hace con la Fatalidad?

En el soneto, se expresa así:

y si sucumbo á tus decretos duros,
diré como el ejército cruzado
exclamó al divisar los rojos muros
de la Santa Salem: Dios lo ha mandado.

La plegaria termina de este modo:

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío
y que los hombres mi cadáver frío
ultrajen con maligna complacencia,
suene tu voz y acabe mi existencia
¡cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!

En el mismo caso se encuentra el soneto *Despedida a mi madre*, según explicaré luego.

Los reparos que Sanguily hace a cada una de las tres últimas composiciones de *Plácido*, para negarle la paternidad de las mismas, son los siguientes:

De la plegaria, además de lo ya consignado, dice:

¿Es acaso natural que invocando á Dios, le llamara Rey de los Reyes, *Dios de mis abuelos*?

¿Parece por ventura procedente que Plácido recordara como uno y el mismo al Dios de sus abuelos maternos, que era el Dios de los cristianos, y al Dios de sus abuelos paternos, que debió ser un *fetiche*? ¿No es más bien de presumirse que se trata de una imitación y que quien la confeccionó recordaba aquella invocación suya en *Las Flores del Sepulcro*,

¡Religión de *mis padres* sacrosanta!

lo que es cosa muy diferente? (22)

Dejo para más adelante, cuando analice estos dos versos, la exposición de las razones en que me fundo para sostener que *Plácido* pudo emplear la frase "Dios de mis abuelos", refiriéndose

(22) Ob. cit., p. 115.

al Dios de los cristianos blancos, como mucho antes había usado la de "Religión de mis padres sacrosanta", pues substancialmente ambas son iguales; sin que ello sea, por tanto, una prueba o un indicio para declarar que se trata de una imitación.

Sobre *Adiós a mi lira*, consigna lo que transcribo:

Es muy dudoso, aun cuando Plácido no fuera muy modesto en sus versos, que dijera de su lira

La que brindó con gracia peregrina
La Siempreviva al cisne de Granada;

así como más adelante afirmara de ella que fuese

La causa de mi suplicio (23).

En cuanto a los dos primeros versos citados, la misma circunstancia de referir un hecho de su vida que debió quedar muy grabado en su mente por haber sido la primera vez que concurrió a una fiesta o justa literaria, en la cual fué él, precisamente, el que dejó mejor puesto el nombre de los vates del Almendares, es la que más valor tiene para descubrir al autor de la composición. Y si, como el propio Sanguily dice, y hay motivos para pensarlo, el reo esperaba el perdón ofrecido, ¿qué de particular tiene que recordara tal hecho cuando en la misma estrofa de esa composición, en el verso inmediatamente anterior, se llama el cantor de "las glorias de Isabel y de Cristina"? No podía detenerse a pensar en la modestia o inmodestia de las palabras quien sólo quería halagar en ese momento a España y aparecer como adicto al gobierno de dicha nación. ¿No le dejó memorias, en su final disposición, a Martínez de la Rosa (el cisne de Granada), a Gallego y a Zorrilla, y encargó al cura García que imprimiera en letras doradas la oda de Quintana a la Duquesa de Frías y se la regalase a España en nombre de *Plácido*? De igual modo, en la exposición de 23 de junio de 1844, que dirigió al Presidente de la Comisión militar, para pedir gracia, hace méritos, al final, de haber cantado a todos los fastos sucesos de la monarquía.

Réstame por último Sr.—escribe el reo—encarecer á V. S. haga presente al Escmo. Sr. Cap.ⁿ General, q. el suplicante hace diez años

q. escribe para el público, y en ello, no ha perdido una sola ocasión de tributar sus omenajes á la Escelsa Nieta de Sn. Fernando y á su Augusta Madre, que no ha habido un suceso próspero á la causa del trono legítimo que el no haya transmitido á la posteridad, que el que ha cantado las hazañas de Hernan Cortés y á la memoria del Escmo. Sr. Dn. Angel Laborde, no es enemigo del Gobierno Español... (24)

Del contexto de este párrafo de la exposición, se deduce que el poeta se creía capaz de transmitir con sus cantos, a la posteridad, tales sucesos. En otros versos, muy anteriores a los de *Adiós a mi lira*, fué más inmodesto aun, si cabe, al decir:

Mas aquí suple tu virtud sublime
Lo que á Plácido falta para Homero.

(Al Sr. Dn. Francisco Chacón, epístola).

En la oda *La sombra de Pelayo*, se llama descendiente del Cid:

Y un cisne del Yumurí
que también del Cid desciende,
abre el pico de rubí,
sus alas al aire tiende
y canta su oriente así.

Y en *El ángel de la gloria* hay esta estrofa:

Que yo por el oriente de Cristina,
júrote ser, si en tus doradas alas
al trono de Jehová mi acento elevas,
Homero en Ilion, Píndaro en Tebas.

Para Sanguily el *si* condicional con que empieza el soneto *Despedida a mi madre* "es—dice—lo que le caracteriza de apócrifo", añadiendo, al comentar el segundo verso

Deja tu corazón de muerte herido,
que

era imposible que Plácido tuviera duda de ninguna especie acerca del efecto que su infortunio y su muerte habrían de producir en su madre; porque la conoció, la vió muchas veces y en su casa paraba cuando venía a la Habana. Este verso está escrito por quien ignoraba todas estas circunstancias que lo hacen imposible en boca del poeta (25).

(24) Archivo Nacional, Comisión militar, leg. 62, f. 2090.

(25) Ob. cit., p. 115 y 116.

Pues por lo mismo fué por lo que *Plácido*, que sabía hasta donde podía llegar el afecto de su madre por él, que le constaba lo tibio de ese afecto, por lo mismo, repito, habló en sentido condicional. Podía suceder que la muerte del hijo la conmoviera fuertemente, y despertara en ella, aunque tarde, el amor maternal, exaltado, tal vez, por los remordimientos del abandono culpable que hiciera del fruto de sus entrañas. *Plácido* pensaba que tal cosa podía ocurrir, su amor hacia ella lo engañaba, sin duda, y no se avenía a la idea de que la que le dió el ser no sintiera herido de muerte su corazón al saber su trágico fin.

El segundo verso del propio soneto

Y el triste fin de mi sangrienta historia,

revela—dice Sanguily—que se escribió después, cuando ya la historia del poeta había terminado en un raudal de sangre (26).

No hay tal, el que escribió ese verso sabía que, de no ser indultado, su vida terminaría de una manera sangrienta, pues estaba condenado a morir fusilado. Además, lo dicho en este verso está sujeto al condicional con que empieza el anterior, ese fin sangriento de que habla el poeta no había ocurrido aún. Véase si no como está construido el cuarteto:

Si la suerte fatal que me ha cabido
y el triste fin de mi sangrienta historia,
al salir de esta vida transitoria,
deja tu corazón de muerte herido:

No hay aquí ninguna afirmación, no ha ocurrido todavía el desenlace fatal, aunque se deduce que puede sobrevenir muy pronto. Tampoco se asegura que ese fin sangriento dejaría el corazón de la madre herido de muerte; por el contrario, hay duda, y de aquí que el poeta establezca la hipótesis, haga la suposición de que sí acontece semejante cosa y

deja tu corazón de muerte herido...

El final del soneto revela que fué escrito en capilla, cuando

el sacerdote que acompañaba al reo lo había preparado ya para que muriese cristianamente; por eso dice:

.....ya el cuello inclino,
ya de la religión me cubre el manto!
¡Adios mi madre! Adios...

El hecho de despedirse de su madre, como lo hace, en el último verso, demuestra que el poeta no había sido fusilado aún (27).

Para Sanguily es muy dudoso que *Plácido*, refiriéndose a su lira, dijera:

la causa de mi suplicio,

no sólo por la poca modestia que en ello hay, sino también porque no debió pensar tal cosa quien tantas veces pulsó la lira para loar a España y decir que en Cuba había libertad y se vivía feliz (28).

Mucho habría que escribir para tratar bien este punto, mas como no puedo hacerlo aquí, porque sería alargar demasiado este discurso, me limitaré a consignar algo de lo que, a mi juicio, justifica la frase del poeta.

Plácido aparece como un poeta adulador, y él mismo lo dice en más de una de sus composiciones, como un poeta falso e insincero; ello es cierto. Para congraciarse con el gobierno español en Cuba, canta repetidas veces a Isabel y a Cristina. Pero nadie le cree, ni los cubanos ni los españoles. Tacón le mete en la cárcel apenas el bardo adquiere popularidad; muchos años después (1843) es encarcelado en Trinidad, y, finalmente, en Matanzas lo procesan y fusilan por conspirador.

¿Por qué fué perseguido *Plácido* de esa manera, por qué sufrió prisión y por qué fué fusilado? ¿Porque era un labrador de carey, un peinetero? No. Si hubiera sido tan sólo un obrero, tal vez no habría muerto atravesado por balas españolas, ni su nombre sería conocido de la posteridad. *Plácido* adquirió notoriedad como poeta; por sus versos llegó su nombre a oídos del mismo trono de España y de los gobiernos de Tacón y O'Donnell, principalmente por los que contenían lisonjas a los monarcas españoles, y quizás a la adulación y a las muestras de españolismo

(27) Véase el apéndice IV.

(28) *Hojas Literarias*, t. III, p. 114-115.

que en ellos había, debióse que la censura dejara pasar alguno que otro verso de carácter subversivo.

Plácido, imprudentemente, no ya en las poesías de él que no se imprimieron ni podían imprimirse entonces, pero que circulaban de mano en mano, tales como *El Juramento* y la dedicada *Al General Mexicano, hijo de Cuba, D. A. de la Flor*, sino en las mismas que compuso para ensalzar a Isabel y a Cristina, deslizó más de un verso condenando la tiranía y la esclavitud y expresando sus anhelos de libertad. Así, en la poesía intitulada *La sombra de Padilla*, dedicada a la reina María Cristina de Borbón, después de decirle:

Oye la voz de un vate que respira
aura de libertad, oye á un cubano,

pone en boca de Padilla los siguientes versos:

Es el esclavo monstruo que respira
crueldad horrenda con la sed de empleo;
solo de Patria y Libertad al nombre.
defender debe hasta morir el hombre.

Y termina la oda, exclamando:

Gloria á la Libertad! Gloria á Cristina!

En la que compuso a Isabel II, con motivo de sus días, le canta de este modo:

Calle el que tema, yo no temo y canto.

Escribiendo, seguidamente, la estrofa que transcribo:

Como en las aras del supremo Jove
juró Asdrúbal rencor á los romanos
y les mostró de Marte la fiereza,
yo ante el Dios de la gran naturaleza,
odio eterno he jurado á los tiranos,

cuyos dos últimos versos recuerdan estos otros de *El Juramento*:

Ante el sagrado código de vida,
extendidas mis manos he jurado:
.....
ser enemigo eterno del tirano.

Es verdaderamente inexplicable que la censura de aquellos tiempos dejara escapar esos versos, y mucho más por ser de un poeta de color. Pero si entonces la censura los dejó pasar y el gobierno no les dió importancia por estar mezclados con otros de protestas de españolismo y ser escritos en momentos en que de España desaparecía el absolutismo encarnado en Fernando VII, más tarde, es de creerse, se los tuvieron en cuenta, y cuando el temor hizo surgir en la mente de todos la llamada conspiración de los negros contra los blancos, no era posible que se considerase a *Plácido* ajeno a ella: se le recluyó, desde el principio, en una fortaleza, a pesar de no existir contra él, todavía, ningún cargo. No se probó nunca en el proceso la participación que se dijo luego que tenía en la conspiración; pero la ferocidad de sus jueces, la sed de sangre de sus fiscales, unidas a la circunstancia de tratarse de un mulato libre e inteligente, muy conocido por sus versos, en los cuales había expresado su odio al tirano y su amor a la libertad, fueron causas más que suficientes para que muriese fusilado por balas españolas.

No importaba al gobierno saber si el poeta sintió lo que dijo en sus versos cuando habló de la libertad y de la tiranía, bastábale con que esas ideas fueran expresadas para considerarlas delictuosas y tener a su autor por reo de infidencia o, por lo menos, como un individuo sospechoso al régimen político establecido por la metrópoli en Cuba. El gobierno de O'Donnell sabía que no mataba al jefe, en Matanzas, de la conspiración de los negros contra los blancos, pero sí a un poeta que con su lira había ensalzado la libertad y condenado la esclavitud y la tiranía. De aquí que *Plácido* hubiera dicho que su lira era la causa de su suplicio.

(Continuará)

EL CAVOUR YUGOESLAVO (*)

LA UNIDAD DE LOS SERBIOS, CROATAS Y ESLOVENOS

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE GAY CALBÓ

I



ANTES de estudiar los distintos acontecimientos que han determinado la formación de la unidad yugoeslava, es necesario afirmar que esta unidad en nada se parece a la de Alemania. La constitución de Alemania fué la obra de los príncipes bajo la hegemonía de Prusia, que sólo miraba hacia la extensión y estabilización de su espíritu dominador e imperialista. El pueblo alemán tomó en ella una parte muy indirecta. Se incurriría, pues, en error el comparar la unidad nacional de los serbios, croatas y eslovenos con la de Alemania, y todavía más al atribuir a los serbios el papel de dominadores que cuadra a los *junkers* de Pomeriana y el Brandeburgo.

Si buscamos una semejanza más completa, la encontraremos casi idéntica en la historia de la unidad italiana.

Parece que el movimiento nacional yugoeslavo ha seguido las mismas leyes, al encaminarse al mismo propósito. Pero sería injusto desconocer el empeño magnífico de Serbia (el Piamonte yugoeslavo) en favor de la libertad de sus hermanos. Ha sido por sus esfuerzos perseverantes y por la fortaleza admirable de elementos casi exclusivamente serbios, por lo que se ha logrado esa unidad. Los croatas y eslovenos han tomado parte en ella indi-

(*) En uno de los últimos números de *La Revue Mondiale*, de París, se ha publicado este muy interesante artículo que CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en reproducir, traducido del francés por uno de sus redactores.

rectamente y muy poco en los campos de batalla. Después del sacrificio de un millón de los mejores hijos de Choumadia, eso es tan evidente, tan claro, que no es preciso insistir.

Otro error que debe ser rebatido enérgicamente: la opinión de ciertos doctrinarios que nos conocen mal y nos califican de dominadores y confunden las cualidades guerreras de los serbios con el deseo de dominación.

El único sentimiento que anima a los serbios es el de un amor incomparable hacia el hogar nacional, que es identificado con injusticia con el espíritu de imposición.

Por su situación geográfica, Serbia ha venido a tener una particular importancia en la política internacional. Se encuentra en la encrucijada de las rutas que se cruzan de Oriente a Occidente, y viceversa, y cada vez que un adversario ha querido pasar por su territorio, la nación le ha opuesto una resistencia encarnizada. La llave de la puerta oriental está más bien en Belgrado que en Constantinopla. Y es por esa situación que hemos estado en lucha perpetua, ya con el Oriente, ya con el Occidente. Podemos casi decir que el estado normal de Serbia es la guerra, y, cosa curiosa desde el punto de vista psicológico, mientras más sufrimientos hemos padecido más unidos estamos. Todo ha hecho del serbio un guerrero extraordinario.

Dos imperics, tan temibles como rapaces, el otomano y el austriaco, hallaron su tumba en esa encrucijada serbia, cuando quisieron pasar de Oriente a Occidente, de Occidente hacia Oriente. Los enterramos en el cementerio balcánico, por nuestra lucha perseverante al través de los siglos y a costa de sacrificios inmensos.

Al contacto de ese martirologio se formó un noble sentimiento de respeto de la libertad individual y de la independencia de las otras naciones. Es desconocer totalmente el carácter del serbio atribuirle un espíritu de conquistador. Nuestros ciudadanos judíos son testigos de excepción para certificarlo. En ningún pueblo de los Balcanes han sido respetadas sus creencias religiosas como en Serbia. Hay igualdad completa entre los ortodoxos y los israelitas, y esta igualdad nos ha dado ciudadanos tan leales como patriotas. La manifestación más evidente de esa solidaridad serbio-israelita en el amor por la amada patria se produjo en 1912 en la batalla de Kumanovo, en que se dió el primer paso

de la marcha hacia la unidad de los serbios, croatas y eslovenos. Cuando muchos abanderados del séptimo regimiento de Belgrado cayeron sucesivamente en los momentos más decisivos de la pelea, fué un soldado judío, tendero de Belgrado, quien alzó el estandarte ante las tropas y gritó: "¡Adelante!" Y esa batalla (la más importante de las guerras balcánicas), que debía tener consecuencias políticas considerables, fué ganada.

Cada vez que Europa ha sido trastornada, las chispas han comenzado a crepitar en el cielo oriental para extenderse por todo el continente. Eso es casi axiomático en la historia diplomática, de tal suerte que los problemas orientales son considerados como clásicos por excelencia en los asuntos de política exterior. Lo explica todo la situación geográfica de Serbia, que nos obliga, por la fatalidad de las cosas, a tener tal importancia política en los acontecimientos internacionales.

II

En la historia política de la unidad de los serbios, croatas y eslovenos, como en la historia política de la unidad italiana, dos hombres, un militar y un diplomático, realizaron el sueño secular en que en un mismo hogar se unieran piadosa y silenciosamente todas las almas de los eslavos del Sur (yugoeslavos). Nuestro Víctor Manuel es el rey de los serbios, croatas y eslovenos, Alejandro Karageorgevitch, generalísimo de los ejércitos serbios, desde la batalla de Kumanovo hasta nuestros días, ilustre representante de la juventud serbio yugoeslava, símbolo de nuestro ejército nacional. Favorecido por el destino, condujo las tropas de victoria en victoria. En el campo militar, sólo él cuenta. El rey Alejandro es esencialmente un monarca democrático y constitucional, excelente general como diplomático de primer orden. Su iniciador en materia política es Nicolás Pachitch. Es decirlo todo. El rey Alejandro Karageorgevitch es hijo de los Balcanes, de Choumadia (en el corazón de Serbia), ama su país como todos los serbios y no puede seguir otra política nacional que la que responda a los intereses de su querida patria; mientras que las demás dinastías balcánicas son de procedencia germánica, como

sucursales políticas, y laboran abiertamente en la península por Alemania, su patria de origen.

El Cavour yugoeslavo que realizara nuestra unidad nacional en el campo político, ha sido Nicolás Pachitch, líder del partido de los viejos radicales. Esta figura titánica, símbolo de toda la heroica Serbia, lleva sobre sus robustas espaldas la pesada carga de la responsabilidad gubernamental desde hace muchos años. Sus actitudes y su perspicacia jamás han ido descaminadas. Nicolás Pachitch es uno de los más grandes hombres de Estado contemporáneos. Se hace tan grande como Cavour, si consideramos las dificultades diplomáticas al través de las cuales ha ido hacia el ideal de su juventud: la unión de los serbios, croatas y eslovenos. Él personalmente encontró los métodos y el camino a seguir para alcanzar su objetivo. Es grande porque ha sabido realizar lo que se ha propuesto.

Si examinamos la evolución política de los diferentes países y sus hombres de estado desde la guerra, podremos hacer una curiosa comprobación: sólo dos de los jefes de gobierno que dirigieron la contienda permanecen aún en el poder: Lloyd George y Nicolás Pachitch. Todos los demás han desaparecido sucesivamente de la escena política: Clémenceau, Orlando, Venizelos, Wilson, etc... La historia y las generaciones futuras podrán apreciar la obra gigante y la grandeza de Nicolás Pachitch. Esencialmente paneslavista y francófilo, dirigió la barca de nuestros destinos hacia las aguas franco-rusas. Era un piloto experimentado el que se encontraba en el timón del navío serbio navegando sobre una mar tempestuosa y bravía, al través del vacío, las tempestades y los peligros germánicos; que lo guiaba con mano segura entre escollos peligrosos, para encaminarlo hacia el faro de "la unidad nacional de los serbios, croatas y eslovenos."

Los métodos empleados por Pachitch para efectuar esa labor son semejantes a los de Cavour, tal vez idénticos. En 1854, la entrada del Piamonte en la liga contra Rusia en Crimea, nos proporciona el ejemplo. Cavour comprendió en ese momento que era necesario actuar de algún modo a propósito de Crimea, y con su intervención armada logró tomar parte en el Congreso de París (1856) como aliado, tratando de igual a igual con las grandes potencias.

Esa regla fué también aplicada en el mismo sentido por Pachitch en un período de nuestra marcha progresiva hacia la unidad. Comprendió, igualmente, que la política de alianzas y de equilibrio desencadenaría la guerra europea y que en esa guerra de razas Serbia habría de tener forzosamente un papel. Pachitch no podía hacer nada mejor que lanzar nuestra pequeña barca de 1912 en la estela de la alianza franco-rusa, de suerte que la causa serbia venía a ser la de las dos grandes aliadas en los Balcanes. Sus previsiones diplomáticas se realizaron, y así en el Congreso de París, en 1918, pudo a su vez hablar de igual a igual con las grandes potencias, exactamente como Cavour en el Congreso de 1856.

III

Nuestra marcha hacia la unidad nacional se acelera desde 1903. En esta fecha ocurre en Serbia el retorno de la dinastía de los Karageorgevitch, y que había de seguir una política nacionalista, de la que como consecuencia vino el cruzamiento de los intereses rusos y austriacos en los Balcanes, hasta entonces algo paralelos como las dos políticas. En la misma época se produjeron cambios de protectores y protegidos: Serbia se lanza resueltamente en brazos de su hermana, Rusia; Bulgaria se vuelve del lado de sus hermanos tártaro-magyares, entregando su suerte a los Habsburgo. La voz de la sangre se dejó oír. Ya se dice entre nosotros: "La sangre no es agua."

La identidad de los intereses búlgaros y austro-magyares se manifestó en 1908 contra nosotros: Bulgaria proclamó su independencia y Austria se anexó la Bosnia y la Herzegovina, provincias nuestras. Una nueva manifestación de su *entente* se produjo en la Conferencia de Londres (1912), en la que los búlgaros conspiraron disimuladamente en contra nuestra, negando su firma puesta al pacto de alianza balcánica. El Dr. Daneff fué, en esa circunstancia, el más digno representante de la raza tártaro-búlgara y no siente escrúpulos en apoyar el proyecto austriaco que ponía a Albania bajo el protectorado germánico, a fin de interceptarnos la ruta hacia el Adriático y de permitir a las potencias teutonas establecer todavía una sucursal diplomática en Durazzo, con el

príncipe de Wied. El proyecto de independencia de Albania se vuelve así contra nosotros, y fué la causa de nuestra segunda guerra balcánica, duelo que se empeñó en Eregalnitza (río de Macedonia), en cuyos bordes los serbios destrozaron a los búlgaros, en 1913.

El advenimiento de la dinastía Karageorgevitch en Serbia (1903) debía tener consecuencias políticas particularmente importantes, no sólo desde un punto de vista serbio y eslavo, sino aun desde un punto de vista internacional. Sin ella el plan de la "Mitted Europa" habría sido fácilmente realizado, y la dictadura alemana sería un hecho indubitable. Francia, Italia, así como los Balcanes, se habrían convertido incontestablemente en vasallos de los germanos.

La dinastía Karageorgevitch es la única de procedencia balcánica que estaba al servicio de su país y de toda la península. Desde la llegada de Pedro el Grande a Serbia la penetración germánica hacia la dominación de Oriente (la *Drang nach Osten*) encontró valladar.

Las dos políticas, la germánica y la eslava, hasta entonces paralelas por así decirlo, se enfrentaron. No fué más que un preludio, el signo precursor de la lucha formidable de las dos razas. Ya ambas se atacan mutuamente en 1908, y la crisis mundial se hace aguda con motivo de la anexión de Bosnia y Herzegovina. El mundo eslavo sufre una evidente humillación (1908) y resuelve erguirse ante la provocación de los germanos. Pachitch, para evitar nuestro descalabro económico, sugiere a Rusia el proyecto del ferrocarril del Danubio al Adriático, que Izvolsky lanzó inmediatamente en el tablero diplomático. Italia defendió entonces el proyecto, pero el conde Bertchtold dió a conocer el suyo "Ouvatz-Mitrontza-Salónica" al través del famoso Sandjak de Novi-Bazar, camino reservado a la penetración germánica en el Congreso de Berlín de 1878, en el pensamiento de Bismark. ¡A partir de ese momento, marchamos a grandes pasos hacia la catástrofe mundial!

IV

La primera manifestación de fraternidad espiritual serbio croata se produjo, después de una larga separación, con el "acercamiento ilirio" de 1830-1842. Más tarde, en 1848, dos ejércitos serbio-croatas marcharon contra los húngaros, uno mandado por Ban Yelathitch, jefe de las tropas croatas, y el otro por el general serbio Knitchanin, que destrozaron a los magyares en Suntuach. Desde el año 1866 Serbia se puso a la cabeza del movimiento político yugoeslavo, como lo hizo de nuevo en 1912-1914.

La combinación más peligrosa para nuestra unidad nacional opuesta a la de Pachitch fué el "Trialismo" de Frantz Ferdinand. El objetivo que la diplomacia de Balplatz perseguía con ese proyecto era doble: crear un tercer estado eslavo en Austria Hungría para contrabalancear la hegemonía de los magyares (que cada día aumentaban su preponderancia política y relegaban al Austria a un segundo plano), es decir: para favorecer a los croatas, puntales firmes de la dinastía de los Habsburgo, y los únicos capaces, haciendo entrar en razón a los magyares, de prolongar la vida del imperio austro-húngaro. El otro objetivo era dividirnos definitivamente al crear para siempre una nacionalidad croata. Se mostraba a los ojos de este pueblo la ilusión de un reino autónomo bajo la soberanía de los Habsburgo, una especie de Polonia yugoeslava, centralizando todos los elementos católicos de la nación, que debían oponer una falange compacta a la ortodoxia representada por el mundo serbio independiente. Por consiguiente, nuestra nación habría venido a ser un vasto campo de experimentación para la *Drang nach Osten*. Mezclar el catolicismo con el croatismo y el serbismo con la ortodoxia, ha sido siempre la maniobra fundamental del plan estratégico "*divide et impera*" aplicado por Austria a nuestra nación.

La combinación de Pachitch sólo es admisible desde el punto de vista eslavo: la unión de todos los eslavos del Sur bajo el cetro de la dinastía de los Karageorgevitch, en una monarquía constitucional. Y con esta orientación Pachitch se empeñó en una serie de luchas militares y diplomáticas.

V

Después de las guerras balcánicas, Pachitch repentinamente cambió su método habitual. Su política, hasta entonces, era contemporizadora, a fin de preparar a su país para los acontecimientos venideros.

Para realizar totalmente la unificación, era preciso sustraer del dominio de los Habsburgo a aquellos de nuestros hermanos que estuvieran sometidos todavía. Proyecto en que podíamos pensar aunque no pudiéramos tender abiertamente hacia su realización.

Nuestra situación en 1914 era exactamente la del Piamonte en 1858. No nos era posible hacer nada solos contra el gran imperio, tanto más cuanto que habíamos acabado de pasar por la prueba de dos guerras. Además, por muy legítimas que fueran nuestras ansias de reivindicaciones políticas, eran todavía consideradas entre nosotros como irrealizables en un porvenir cercano.

No solamente no tratamos de provocar la guerra, aunque así se nos haya atribuído con notoria injusticia, sino que Pachitch llevó su pacifismo hasta aceptar el odioso ultimátum de los Habsburgo.

Sin embargo, su política, tan ingeniosa como prespicaz, dió por resultado colocar a Austria-Hungría en una posición de las más humillantes por el cierre de la vía Sandjak-Novi-Bazar.

Tal situación no podía prolongarse por mucho tiempo, y Pachitch la salvó hábilmente.

La guerra de razas, que no podía tardar en desencadenarse, había sido prevista por el italiano Cavour, y también lo fué por el Cavour eslavo, Pachitch. En 1848, Cavour pronunció, en efecto, ante el Parlamento cisalpino, un discurso sobre el movimiento eslavo y más especialmente sobre la guerra serbio-croata contra Hungría. Dijo: "Me limito a hacer notar que la bandera desplegada es la bandera eslava, y de ningún modo, como algunos lo suponen, la bandera de la reacción y del despotismo. Creo que la lucha que siga en el seno de Austria será el preludio de una terrible guerra de razas, la guerra del germanismo contra el eslavismo."

La conflagración mundial fué provocada en 1914 por el odioso

ultimátum a Serbia, grave error de la diplomacia austriaca tan afamada. Ese acto desgraciado hizo perder a Austria la simpatía de Europa y aseguró el crédito moral de Pachitch. Ante la estupefacción general, Pachitch aceptó el ultimátum, convencido de antemano de que las potencias germánicas no quedarían satisfechas. Los acontecimientos de 1914, relativos a la unidad yugoeslava, son casi idénticos a los de 1859 en la historia de la unidad italiana. Si analizamos imparcialmente los sucesos diplomáticos y la política de los dos grandes hombres de Estado en circunstancias semejantes, no vacilaremos en afirmar, basándonos en documentos históricos, que Pachitch ha sido superior a Cavour, en lo que respecta a que supo unir nuestra causa a la de la alianza franco-rusa, que no es el caso del estadista italiano en 1859. Desde que fuimos provocados, el edificio político de Europa se resquebrajó, un cúmulo de notas cruzó entre París y Petrogrado, y viceversa. En realidad, nuestro país fué como un centinela franco-ruso en los Balcanes sobre el tablero diplomático, destinado a ser lanzado el primero en la refriega contra el enemigo que avanzaba hacia Oriente. Pero Pachitch no se expuso al peligro de ser abandonado en el momento del peligro de 1914, como Cavour en 1859. Está comprobado que éste había obtenido del emperador Napoleón III, en Plombières, la promesa de acudir en socorro de Italia, y que en el momento peligroso pudo ser abandonado, encerrando así en un callejón a su país, completamente aislado frente al Austria. La situación del Piamonte le pareció entonces tan trágica que, consciente de su enorme responsabilidad, pensó en morir. Fué gracias a un incidente fortuito y a la tontería de la diplomacia de Balplatz que Cavour venció esa dificultad, muy brillantemente por cierto, y se encontró de nuevo dueño de la situación diplomática. Lo salvó el ultimátum de Austria, que forzó a Francia a ponerse en pie, caso que no fué el de Pachitch en 1914. Para nosotros, la aceptación del ultimátum, cosa paradójica, incendió a Europa. La divisa política de Pachitch era: todos para uno, uno para todos. Los rusos y los franceses se hallaron obligados a marchar con nosotros, por la fuerza de las cosas, y los alemanes se encargaron de hacernos el servicio de declararles la guerra. La situación política de Europa, en 1914, era tal como la había previsto Pachitch. Con el sistema

de alianzas y de equilibrio, temprano o tarde había de llegarse a la catástrofe mundial, y él lo aprovechaba para dirigir la suerte de los yugoeslavos según sus aspiraciones.

Pachitch es no sólo uno de los más grandes diplomáticos de la época moderna, tanto desde el punto de vista de la política interior como exterior, sino que es también un gran psicólogo y filósofo. Un diplomático que carece de psicología, no puede ser un buen diplomático. Eso es lo que ha faltado a los alemanes y esa es la razón por la que han perdido la guerra.

VI

En las operaciones militares, durante la guerra europea, Serbia desempeñó un papel de primer orden. El primer ejército austriaco que cruzó la frontera serbia en 1914 estaba compuesto de lo mejor de los regimientos austro-magyares, mandado por *nemes* magyares (nobles) y barones habesburgueses. El encuentro sangriento de Monte Tzer fué un duelo entre los representantes del feudalismo aristocrático de Viena y Budapest, y la democracia de los piemonteses yugoeslavos serbios, soldados del monarca republicano, por así decir. Nuestra victoria en Tzer fué el triunfo de nuestra justa causa y del principio de nacionalidad. Los hijos de Atila y Arpad, la flor de la clase intelectual magyar (porque el enemigo estaba constituido casi de todos los regimientos de Budapest) encontraron su tumba en nuestras montañas. Fué la lucha de la disciplina contra la fuerza moral y del número contra el valor, lucha en la que triunfaron la conciencia de la democracia serbia y el amor ardiente al hogar nacional. La primera victoria de 1914, única en esa época, fué el preludio del triunfo final de los ejércitos de la Entente.

Esa victoria contuvo de golpe la marcha de los alemanes hacia Oriente. Es uno de los acontecimientos más importantes para el resultado final de la guerra. En julio de 1914 los serbios salvaron la libertad del camino de las Indias y conservaron, se puede decir, el Egipto a los ingleses.

Si examinamos imparcialmente las consecuencias políticas que sin duda habrían sobrevenido de un desastre serbio, estamos en el derecho de afirmar, aunque duela a los ingleses, que éstos

nos deben un gran favor. Pues, en verdad, fueron sus posesiones coloniales lo que nosotros defendimos en los bordes del Drina, del Save y del Danubio.

Nuestra derrota seguramente habría asegurado la unión entre alemanes, búlgaros y turcos, así como cerrado el canal de Suez, ya que los ingleses no tenían en esos lugares un fuerte ejército.

A los hombres de Estado ingleses que pretenden habernos salvado, podemos contestarles con lógica que nosotros salvamos, a nuestra vez, las colonias inglesas.

Nadie ignora la declaración de lord Grey la víspera de las hostilidades: "No miramos a la suerte de Serbia, mientras nuestros intereses no sean puestos en peligro."

En el tiempo en que Lloyd George se erige en dictador de Europa y que por ello tiene ocasión de probar su reconocimiento a Serbia y su amistad a Francia, nos parece particularmente oportuno recordar ese hecho.

Su ultimátum a Serbia, por mediación de la Sociedad de las Naciones, evoca fuertemente los procedimientos de la difunta Austria, lo que algunos podrían estimar como un funesto presagio.

VII

En 1915 fuimos las víctimas de la diplomacia occidental y particularmente de Inglaterra. Fernando de Bulgaria logró engañar a todo el mundo, excepto a Pachitch. A los avisos reiterados del primer ministro serbio que mostraban a Bulgaria dispuesta a atacarnos en el instante que le pareciera más favorable, los diplomáticos de Occidente creían poder contestar con algún desdén que sus temores eran infundados. Eramos víctimas de ese desconocimiento casi total del problema oriental, que fué sin embargo uno de los problemas clásicos de sus preocupaciones. Solapadamente, traidoramente, los mercenarios germánicos tártaro-búlgaros procuraron una vez más arrebatarnos el primer puesto en los Balcanes. Todo un pueblo se estrella contra las montañas albanesas, con toda su riqueza nacional, antes que aceptar una paz separada aun con atractivo ofrecimiento de la Bosnia y la Herzegovina, y que no fué seducido por promesa alguna a este efecto;

50,000 serbios cayeron en las cimas nevadas de Albania para dormir su último sueño, y 30,000 fueron lanzados al mar en Corfú.

Durante nuestro exilio se manifestó la voluntad inquebrantable de todo el pueblo yugoeslavo de unirse a sus hermanos los serbios. Fué dado un paso gigantesco en la marcha hacia la unidad definitiva con la declaración serbio-yugoeslava de Corfú, el 20 de julio de 1917. Esa acta memorable, en la que puso su firma el Primer Ministro de Serbia, Pachitch, contiene la fórmula del programa unitario yugoeslavo; fué redactada con la absoluta adhesión de los delegados de Croacia, de Dalmacia, de Bosnia, de Herzegovina, de Istria y de Eslovenia (miembros del Comité Yugoeslavo). La declaración de Corfú es un documento político de primer orden en lo que respecta a nuestra unidad nacional: en ella los hermanos yugoeslavos expusieron por primera vez su anhelo de que nuestra patria futura fuera una monarquía constitucional bajo las alas del águila blanca de la dinastía Karageorgevitch.

VIII

La Unidad de los serbios, croatas y eslovenos quedó sellada en las cumbres heladas de Macedonia, sobre el campo de batalla, lo mismo que la unidad italiana en Magenta y Solferino. En 1918 se efectuó el último duelo entre las tropas germano-tártaro-búlgaras, mercenarias del feudalismo aristocrático, y los soldados de la democracia serbio-francesa. En Debropolyé y Sokol, en 1918, se vió terminada la obra de Pachitch. Es verdad que nos costó muy cara, especialmente a la rama serbia del pueblo yugoeslavo, pero ante su grandeza y magnificencia, y sobre todo ante el papel que nos destina el porvenir, todo se olvida. La ofensiva del ejército de Oriente, en 1918, dió el triunfo final a las potencias occidentales. Al lanzarse impetuosamente al asalto, las divisiones franco-serbias hundieron para siempre la línea germano-búlgara. A la cabeza de las tropas atacantes se encontraba la división serbia de Choumadia, que estrechó la derecha tártaro-búlgara contra las montañas albanesas e hizo retroceder el ala izquierda hacia Bulgaria. Dos divisiones germánicas, enviadas en auxilio de los búlgaros, trataron de detener cerca de Scopolyé la marcha victo-

riosa de los serbios, pero fueron barridas por el huracán nacional con tanta violencia que el enemigo se retiró en desorden.

Nuestra victoria en Macedonia tuvo como consecuencia política la capitulación de Bulgaria y Turquía y la desintegración del imperio de los Habsburgo. El triunfo militar del ejército de Oriente fué también un triunfo diplomático para Briand y Pachitch. Se recuerda, en efecto, que Briand tuvo que actuar vigorosamente en el Parlamento para convencer a sus colegas de la necesidad de mantener el ejército de Oriente en su sitio, porque sólo él podía impedir a los alemanes el dominio en Grecia y en Oriente.

El formidable duelo entre el mundo germánico y el mundo eslavo en la Europa Central terminó con la victoria del eslavismo. Serbia, centinela franco ruso en la península balcánica, se mantuvo siempre en el primer puesto en la terrible lucha, y cumplió un papel histórico de los más importantes bajo la dinastía de los Karageorgevitch. Sin la presencia de Pedro Karageorgevitch el Grande en el cercano Oriente, los Balcanes habrían sido un campo de experimentación de la doctrina política de la *Drang nach Osten*, y Francia, Italia y los demás estados europeos habrían caído bajo la dominación prusiana.

Los acontecimientos militares y políticos se encadenaron mecánicamente, según el cálculo de Pachitch. En el Congreso de París 1918-1920, nuestro Cavour habló de igual a igual con las potencias aliadas y asociadas. Casi todos llegaron con las carteras llenas de tratados que, hechos en instantes de peligro, Francia rescataba o poco menos: sólo los serbios carecían de tratados, si no era el que había regado la sangre franco serbia en las cimas de Vternik, Dobro Polyé y Sokol (15 de septiembre de 1918), y sellado por los recuerdos de las angustias comunes y la esperanza de mejor porvenir para ambos pueblos.

En el Congreso de París, 1918-1919, Pachitch concluyó su obra grandiosa. Todos los yugoeslavos se unieron bajo el estandarte de Serbia en la monarquía constitucional de la dinastía Karageorgevitch.

El reino de los serbios, croatas y eslovenos fué proclamado y reconocido.

La pequeña Serbia de 1911, la de dos millones de habitantes

y doscientos mil soldados, llega a catorce millones de habitantes y dos millones de soldados.

En el momento más crítico que atravesó nuestra unidad nacional, cuando el germanizado Raditch se negó a votar la Constituyente, fué llamado al poder uno de nuestros diplomáticos más reputados en asuntos extranjeros: Vesnitch, que hizo esfuerzos considerables para llegar a una solución conveniente, pero que después de luchar tres meses con escollos insalvables dejó a la barca del Estado ir a la deriva.

Ante ese naufragio manifiesto, el pueblo yugo eslavo lanzó un grito de angustia que llegó a los oídos de nuestro Cavour. Pachitch abandonó los trabajos de la Conferencia de París, casi terminados ya, y partió para Belgrado. Al arribar nuevamente al timón de nuestro buque nacional, tomó de nuevo el gobernable en sus manos expertas y dirigió casi inmediatamente el navío a pesar de las huelgas separatistas de Raditch. Formó el bloque de los viejos y jóvenes radicales, y fué votada la Constituyente de Vivodan el 28 de junio de 1921, aniversario de la batalla de Kossovo (1389).

La nave nacional cruzó victoriosamente las aguas peligrosas al través de las tempestades germánicas y fondeó tranquilamente en el puerto franco eslavo, después de un viaje largo y penoso. La obra grande de Pachitch fué ratificada por la voluntad popular de todos los yugoeslavos, expresada por sufragio universal directo.

IX

Actualmente nuestra unidad nacional atraviesa una crisis, del todo natural según nuestro criterio, porque innumerables ejemplos, tomados de la historia de Alemania y de Italia, prueban cómo es penosa la marcha de un pueblo que ha logrado su unificación.

Las dificultades, que trata de salvar el Gobierno de Belgrado, no son sin embargo insuperables; figuran entre las de orden de política interior y se resumen en el movimiento federalista de Raditch, líder del partido rural croata.

Ha sido muy exagerado el movimiento federalista, o más bien separatista, de Raditch, y a menudo se le ha atribuído en el extranjero una importancia que no tiene. Para demostrar lo que

ese acontecimiento político representa en Croacia, nos limitaremos a un análisis rápido de algunos sucesos políticos, sociales y religiosos, indispensable, según creemos, para la comprensión psicológica del grupo que tiene como representante digno a Raditch.

La bandera que Raditch ha desplegado no es la nacional croata yugoeslava, porque ésta flota en Belgrado, sino sencillamente el emblema católico de los Habsburgo.

El evangelio político del líder campesino es en verdad el Corán germánico, el resultado de una larga educación, de una orientación, podríamos decir, hacia la esclavitud y a la fidelidad a los Habsburgo.

De mucho tiempo atrás la causa de Viena ha sido presentada a los croatas como la propia causa, de tal modo que hoy, libres en su propio Estado, no renocen cuáles son sus intereses y están de alguna manera desterrados. No habituados aún ni a la libertad política, que los ciudadanos serbios disfrutaban desde hace un siglo, ni a la franqueza fraternal de los serbios, titubean y desconfían de todo lo que proviene de Belgrado.

Los serbios se encuentran con sus hermanos croatas en la misma situación política y ante la misma necesidad que cumplir que los checos frente a sus hermanos los eslovacos. Es un trabajo considerable y sistemático el que Pachitch se ha impuesto para nacionalizar a los croatas y hacerlos francófilos. Nuestra nación está dividida no sólo por la diversidad de religiones y las barreras artificiales del extranjero, sino también por las luchas entre los representantes de dos culturas, la germánica y la francesa, en los Balkanes.

La preferencia serbia por la cultura francesa tiende a nuestro juicio a renovar un parentesco ignoto de las dos razas. Los antepasados auténticos de los serbios fueron mestizos de eslavos y celtas, y nosotros somos así primos de los franceses, sus únicos parientes en el mundo eslavo. Esta identidad de origen entre serbios y franceses la comprobamos durante la guerra, en el ejército de Oriente, con el estudio de los caracteres de los soldados de diferentes nacionalidades. El espíritu de iniciativa del soldado serbio es idéntico al del francés, así como la rapidez fulminante de la infantería serbia en el ataque, mientras que todos los otros pueblos eslavos son de una pesadez y una pasividad asombrosas.

Gran número de intelectuales serbios se forman cada año en las distintas Universidades y Escuelas de Francia. Aquellos de nuestros hermanos que han vivido mucho tiempo en comunidad con los germanos, están inspirados en sus doctrinas políticas y en su cultura, y por fuerza han venido a ser germanófilos, lo que acentúa más nuestro desacuerdo. La inferioridad política, social y religiosa de la rama croata frente a la rama serbia del pueblo yugoeslavo es incuestionable, aumentada por la acción de la aristocracia croata, vendida y devota a la casa de los Habsburgo, y sobre todo del clero católico al servicio del papado y de Viena, que miran a Belgrado como el representante del Oriente frente a la Iglesia ortodoxa. La masa croata está imbuída de clericalismo. El campesino croata sólo conoce al cura, que ha hecho su educación, no nacional sino religiosa, tendiendo a su servidumbre a los Habsburgo. La consecuencia natural de esta situación es que no comprende a su hermano serbio, y que interpreta su campaña nacional como una simple manifestación de sentimientos de ortodoxia.

Si se pregunta al campesino croata lo que es, sería muy raro que contestara que es croata o yugoeslavo, pero no que diga simplemente que es católico: he ahí hasta qué punto está inficionado por el clero.

En cuanto a la noción de patriotismo o de nacionalidad, vive infinitamente retrasado con relación a su hermano de Serbia. Esta es, por otra parte, cosa lógica y natural, porque el serbio disfruta de la independencia hace un siglo, mientras que el croata ha sufrido siempre el yugo de un Estado extranjero ("Corona de San Esteban"), que odia profundamente por haber sido considerado como un sér inferior e intruso. La consecuencia de esta situación histórica es que no posea, como su hermano serbio, el amor al hogar nacional; ha vivido en el "Madjar Birodalom", según la expresión de los imperialistas magyares, y no en su país. Resulta, pues, que "el Estado", por haber sido siempre para él cosa extraña, le es particularmente odioso. Este pensamiento se halla tan profundamente arraigado en su pobre alma martirizada durante siglos, que hoy es un desterrado en su propio territorio y mantiene a la vista de su gobierno nacional la misma idea de desconfianza que le inspiraron sus opresores. No puede comprender todavía que se encuentra en casa propia en su patria, ya esté en Bel-

grado, en Nish, en Skoplyé, o en Zagreb, en Dalmacia, en Bosnia o en cualquier otro sitio. En lugar de desarrollarse, la aspiración nacional está en Croacia todavía en estado latente, como en la Rusia zarista. El Estado, para el croata, es el emperador, "tchesar", según la expresión popular, y toda su educación, dirigida por el clero, está basada en el sentimiento de fidelidad a los Habsburgo.

Una labor inmensa se impone a nuestro Gobierno en la política interior, análogo a la de Bénes en Eslovaquia: reformar la instrucción pública, a fin de contener al clero católico y de nacionalizar a nuestros hermanos croatas, a los que será fácil en seguida empezar a querer a su patria.

¡Qué triste destino el nuestro!

La larga esclavitud de los serbios y croatas dió el resultado paradójico de que fuera entre esas dos poblaciones en las que la casa de Habsburgo reclutó los mejores oficiales y los mejores soldados.

Ejemplos: el general croata Radetzki, que batió a los piamonteses y lombardos en Custoza (1859), con tropas croatas, y el general Boroyevitch, serbio ortodoxo, comandante en jefe de todos los ejércitos austro-magyares en Galitzia, contra los rusos, en 1915-1916, y jefe supremo de los ejércitos austriacos contra los italianos en Caporeto.

Así, nuestros pobres hermanos croatas han sido desde larga fecha el pilar más sólido de la casa de Habsburgo en Austria Hungría y el escudo de esa dinastía en derrota, como dijo nuestro sabio dálmata, el conde de Voïnowitch. Los que conocen la psicología de los pueblos y los efectos de la esclavitud política, no se asombrarán de ver a la ignorante masa croata agruparse alrededor del hombre que era uno de los más fieles servidores de la dinastía austriaca. El movimiento de Raditch en Croacia es idéntico el de Hlinka en Eslovaquia.

Si examinamos hoy la educación política del rebaño de Raditch, comprobaremos que carecen de ella.

La libertad y la emisión del voto popular son cosas que permanecen todavía confusas en el cerebro del campesino croata. Es bien conocido el sistema de votación magyar, simple simulacro de elección. Se vota en los "países de San Esteban" por el que paga un buen guisado de carnero con algunas botellas de buena bebida,

y eso ante la mirada de los gendarmes, por supuesto. Se puede comprender el resultado de esas elecciones monstruosas en Eslovaquia, por ejemplo, en donde una población de tres millones no tenía un solo diputado eslovaco a veces, y la representación de Croacia era casi regularmente escogida entre los magyares de pura sangre, como Raouh, Tzouvail, etc. . . . Calificar el movimiento de Raditch como la expresión de una voluntad popular definida, es a nuestro parecer juzgar a la ligera.

Medio siglo de vida parlamentaria ha creado ciudadanos con una concepción elevada de sus derechos, aunque igualmente de sus deberes ante el Estado. En Croacia, los deberes para con el Estado son considerados como una carga. En cuanto a la pretendida superioridad de la civilización croata, tenida como occidental, sobre la de Serbia, considerada como oriental, no es más que un monumento de orgullo austriaco.

Es el error fundamental de todos los que se han inspirado en la enseñanza de las universidades alemanas y que sobre todo no han seguido atentamente la evolución rápida de los serbios desde hace cien años.

El hecho de que 7,000 estudiantes estén inscritos en la Universidad de Belgrado, contra 3,000 únicamente inscritos en Zagreb, basta para refutar semejantes aseveraciones.

Esa titulada supra civilización de nuestros hermanos se reduce, en realidad, al servilismo del doméstico, presto a inclinarse cuando habla el amo.

La ignorancia popular y la extinción de la idea nacional en Croacia y en las otras provincias que hemos liberado del yugo de los Habsburgo son debidas igualmente a la dependencia económica. El estado social se presentaba en la forma feudal. En todas partes las grandes propiedades pertenecían a los magyares, y el campesino era sólo un servidor de ellos. No teniendo ocupación en ese sistema, muchos labradores tuvieron que emigrar a la América. Es evidente que cuando se depende en lo económico de alguien no hay osadía para manifestar pensamientos y deseos que sean contrarios a quien se sirve. Los astro-magyares fueron verdaderos artistas al inventar instrumentos financieros y económicos modernos, para reducir a sus pobres víctimas a la esclavitud más completa que se pueda imaginar. El caso de Serbia es en

todo diferente. Al expulsar a los turcos con Karageorge, los campesinos se adueñaron de las tierras y el problema, no sólo nacional, sino agrario, fué resuelto. Son desconocidos entre nosotros los grandes propietarios. Nada de grandes riquezas, pero nada de miseria. La mayoría de la población está constituida por la clase media, para felicidad de todos.

En Bosnia y Herzegovina, las dificultades son menos grandes. Allí no hay catolicismo, sino mahometanismo. Después de la invasión de los turcos en Bosnia la antigua aristocracia serbia se convirtió para poder salvar sus tierras y privilegios, lo mismo que una gran parte de la población, pero conservó siempre su lengua materna.

Es también muy curioso comprobar que en esos dos países se habla el serbio con más pureza que en la misma Serbia. Y, por el contrario, hay todavía en Croacia mayor cantidad de mahometanos que de católicos. Si el campesino bosnio desconfía de su hermano serbio, es que no ha sido el cura católico el que ha modelado su alma, sino el *hodja*, y no en provecho de Viena, sino de Constantinopla.

Preguntadle de qué nacionalidad es. Os responderá: musulmán, o, frecuentemente: turco, en lengua serbia.

Y sin embargo, la conciencia nacional está a la misma altura en Serbia que en Dalmacia, que fué el centro de nuestra unidad, espiritual en la Edad Media, a pesar de la mayoría católica de su población. Allí no solamente no estaba vendida la aristocracia como la de Bosnia y Herzegovina al mahometanismo, y como la Croacia al germanismo, sino que vino a ser el faro de la conciencia nacional cuando ésta fué amenazada de esclavitud absoluta por los turcos. El estandarte del serbismo caído en Kossovo en 1389, fué recogido e izado por los dálmatas y continuó flotando sobre la fortaleza de Ragusa, convertida en el centro de nuestra literatura nacional y de la unidad moral. Esta conciencia nacional se ha conservado en Dalmacia al través de los siglos no obstante la lucha encarnizada entre el latinismo y el germanismo. La manifestación del espíritu nacional dálmata encontró su expresión más brillante en el porcentaje de voluntarios dálmatas incorporados en la división yugoeslava del ejército serbio en Macedonia.

En Serbia y en Montenegro la situación es en todo diferente

desde el punto de vista político, social y religioso. Nos encontramos aquí en la rama ortodoxa, la más cultivada, de la nación yugoeslava. Aunque exclusivamente ortodoxos nuestros campesinos, como la burguesía, no tienen una veneración extraordinaria por sus curas (*popes*). Son ortodoxos más que nada por tradición, pues la ortodoxia ha desempeñado un gran papel en las luchas seculares contra el turco y contribuyó poderosamente a la conservación de nuestra unidad étnica. Pero si se quiere profundizar en lo que es hoy nuestra religión, la del corazón y el alma, se comprueba que tenemos otro culto. Nuestra religión, en verdad, es nuestra nación. Nuestro evangelio nacional son las canciones populares transmitidas de una generación a otra, y allí es donde se encuentra el alma de nuestro pueblo. Es la historia viva de todos los acontecimientos políticos de nuestro glorioso pasado que hace nuestra fuerza nacional y ha conservado nuestra unidad moral a pesar de la opresión extraña de siglos. Los verdaderos sacerdotes de Serbia han sido los *gouslars* (cantores nacionales). Un serbio no os contestará jamás que es ortodoxo, sino serbio, si le preguntáis su nacionalidad. Son los cantores nacionales los que han mantenido esa llama, que es el alma de Serbia. Ellos los que nos han contado la gloria del más poderoso imperio del cercano Oriente, con Douchan todopoderoso, nuestro desastre y la pérdida de ese imperio en Kossovo (1389), y ellos nos educan para justificar las palabras de Mazzini: "Un pueblo en que se guardan los recuerdos, la esperanza y la fe duerme el sueño del león."

Tal es el origen de las dificultades existentes entre los hermanos yugoeslavos, seguidas de largas divisiones mantenidas sistemáticamente entre nosotros por dos imperios dominadores, con el propósito de extender su poder, el uno de Oriente hacia Occidente y el otro de Occidente a Oriente. Ambos se ayudan. El primero, símbolo sanguinario del barbarismo oriental, y el otro símbolo de la perfidia oculta bajo la civilización occidental. Los dos encontraron su tumba en las montañas serbias, en donde los soldados de Pedro Karageorgevitch el Grande tuvieron la gloria de abatirlos. Pero la sangre es el cimiento de las nacionalidades, y nosotros tenemos no sólo la misma sangre sino aun la misma lengua; las barreras espirituales desaparecerán muy pronto. Nuestra Aguila Blanca devorará presto el último cuervo de Austria, que se le-

vanta contra ella en la persona de Esteban Raditch. Hablando no dialectos diferentes, sino la misma lengua pura y sonora en Serbia, Montenegro, Bosnia, Herzegovina, Dalmacia, Croacia, Banat, Batchka, Eslovenia, Macedonia, Eslavonia e Istria, etc..., no tenemos necesidad del federalismo de Raditch. Su descentralización tiende a la disgregación de nuestro reino. El federalismo y la descentralización son regímenes transitorios que tienen por objeto crear una entidad étnica compuesta de diferentes nacionalidades a fin de forjar una nacionalidad artificial, como la nación suiza, por ejemplo. Sabemos que muchos doctrinarios responderán que la conciencia nacional suiza es muy elevada. Según nuestro criterio, la conciencia nacional no existe en Suiza, sino solamente la conciencia de la mutualidad de intereses. La unidad nacional suiza no es una unidad espiritual, sino material. Es la unidad de los estómagos. Tres poblaciones, lo más distintas las unas de las otras, pero perfectamente conscientes de la comunidad de sus intereses materiales, han sacrificado su alma para salvar su cuerpo, y los sabios se han esforzado en crear bajo la máscara del concepto étnico una entidad nacional. Han proclamado tres lenguas oficiales, constituyendo así tres naciones en una sola. Por otra parte, el sistema federativo suizo es el único medio de gobierno político y de prolongación de esa existencia en común, y este no es nuestro caso. Nosotros formamos una sola nación por la sangre y por la lengua; todas esas invenciones de regímenes políticos no podrían, pues, ser aplicados entre nosotros.

No obstante, podremos sacar de ese ejemplo una conclusión lógica: el régimen federativo suizo tiende también claramente hacia la centralización, a fin de unificar los espíritus y de forjar una nacionalidad artificial.

Citemos, de paso, esta frase de nuestro ilustre maestro en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, Sr. José Barthélemy: "Si los asuntos de Francia no marchan como debieran marchar, es porque no estamos centralizados."

La doctrina política de Raditch es la siguiente: identificar el catolicismo con el croatismo y el serbismo, a fin de separar al pueblo serbio-croata en católicos y ortodoxos, en occidentales y orientales, y levantar una barrera infranqueable clérigo nacional contra el serbismo ortodoxo balcánico. Doctrina de la antigua di-

plomacia de Balplatz, a la que la máxima "*Divide et impera*" dió sólo los medios de prolongar la existencia de la difunta Austria.

Pero el obispo croata Strossmayer, el alma de todos los grandes movimientos políticos en la nación serbo-croata y fundador de la Academia yugoeslava de Zagreb, ha dicho: "Los serbios y los croatas son un mismo pueblo. Ante ese principio supremo se inclinan todos los hijos de nuestra nación. La idea nacional debe encontrar en la unidad política su expresión más alta."

El gran historiador croata, Francisco Ratchki, ha escrito:

Los croatas dicen francamente a los serbios: No son los ensueños de supremacía lo que nos mueve. No puede haber cuestiones de supremacía entre las porciones de un mismo pueblo. Si ustedes se sienten capaces de realizar la obra necesaria, háganla. He ahí el Drina: que Dios bendiga las banderas que lo cruzaron con ustedes.

Hace medio siglo que Pozza escribió:

Croacia y Eslavonia adoptaron la lengua serbia como la lengua oficial, la literatura serbia como su literatura, la tierra serbia como su propia tierra. Esta sustitución de nombres no cambia nada en la realidad de los hechos. Así la causa serbia es siempre la causa croata, y viceversa.

De aquí resulta que todas las fuerzas nacionales convergen en Belgrado. No hay cuestión croata, sino simplemente una cuestión de amor propio y de celos provinciales de Zagreb frente a Belgrado.

El movimiento federalista de Raditch es artificial. Sería imprudente interpretarlo como un descontento popular. No hay una revuelta entre nosotros, porque nadie está oprimido y porque no hay dominación serbia. Lo que nosotros queremos es conducir a nuestros hermanos croatas a la razón nacional y a sus orígenes. Para comprender lo que ocurre actualmente en Croacia, es necesario un estudio minucioso de la psicología de ese pueblo tan largo tiempo oprimido, y sobre todo sería indispensable haber vivido bajo el antiguo régimen de los hidalgueros magyares para darse cuenta del error fundamental de las turbas de Raditch.

No sólo no había sido cultivado en los croatas el sentimiento nacional sino que por el contrario se trató de darles aspiraciones antinacionales. El gobierno yugoeslavo de Belgrado, ciertamente,

se ha equivocado al no actuar con la firmeza necesaria contra la conspiración republicana de Raditch. El sentimentalismo de Pachitch, refractario a los actos violentos, puede llegar a ser una falta grave en la política interior de Yugoslavia. La propaganda de Raditch, asociada al comunismo, es tan criminal como deshonestá. Mancha el millón de nuestros muertos queridos, y la falta de firmeza del gobierno de Belgrado es interpretada en el extranjero como una debilidad. Nosotros tenemos sin embargo una confianza absoluta en la habilidad política y en la experiencia de las luchas parlamentarias de nuestro ilustre Pachitch. Creemos que después de haber sabido votar la Constituyente, actuando como un gran pensador eslavo que es, observará los resultados de sus gestiones pasadas y hallará en ellos inspiración para escoger los medios que ha de emplear en el porvenir. Pachitch jamás se aventura: en su larga y brillante carrera diplomática no hay un solo movimiento brusco que recordar. No iniciará el combate definitivo con el último cuervo amarillo y negro sino cuando esté seguro de abatirlo. Todos sus actos y métodos en la lucha parlamentaria llevan el sello de la reflexión y de una gran amplitud de miras. Ante nuestro ilustre anciano piamontés yugoeslavo, Nicolás Pachitch, emblema de nuestra fuerza moral, han capitulado enemigos mucho más formidables que Esteban Raditch. En el largo duelo diplomático que él ha sostenido con los hombres de Estado de Viena, los ha vencido a todos sucesivamente. El conde Berthold, el barón Aerenthal, Golouhowsky, el conde Tizza, Grafe, Forgatz, etc. . . , son nombres pertenecientes ya a la historia, que han capitulado ante nuestro Cavour.

En presencia de la perseverancia de Raditch para abolir la unidad, nos parece que Pachitch, a pesar de su horror a la política de violencias, debería tomar resoluciones más eficaces a fin de proteger su obra.

Los numerosos casos idénticos de la historia de la unidad italiana y de la unidad alemana, nos prueban que el Gobierno central no debe contemporizar con tendencias de ese género.

Así, la conspiración republicana de 1852 fué destruída por Cavour, por medios arbitrarios en verdad (había ocupado ilegalmente las copias de la proclama de Mazzini y expulsado a Crispi lo mismo que a otros republicanos sospechosos de complicidad), pero

esa actitud estaba justificada porque los intereses vitales del país se hallaban en peligro.

Otro ejemplo todavía más evidente nos ofrece la historia de la unidad italiana y nos prueba que el Gobierno debe actuar con firmeza, cualquiera que sea el movimiento, su objetivo y su líder, si se trata de debilitar el poder central y comprometer la Unidad. Es el arresto de Garibaldi por el Gobierno de Ratazzi, en 1867. El Gobierno se desembarazó de él en el nombre de la Unidad italiana porque él hacía una política nefasta para el país. Y sin embargo, nadie osará negar el papel magnífico de ese mismo Garibaldi, héroe legendario, en la lucha para lograr esa misma unidad. Pero el día en que sus actos políticos pudieron comprometer esa unidad, se desentendieron de él, y con razón, como lo demostraron los acontecimientos ulteriores. Evadido de la prisión, cometió graves errores como hombre político y como general. Su derrota ante Roma humilló a Italia frente al papado primero, comprometió la unidad y pudo llevar al país a una declaración de guerra a Francia; y por ello Garibaldi fué de nuevo aprisionado, y esta vez por el Gabinete de Mentona.

En 1870, por orden del Gobierno de Lanza, Mazzini fué arrestado e internado en Gaeta debido a causas análogas.

Bismarck, canciller de hierro, destruyó el movimiento socialista, cuando éste amenazó su obra, con las resoluciones siguientes: el 11 de marzo de 1872 precipitó a Liebknecht en una fortaleza y lo hizo condenar a tres meses de prisión, y con este acto inauguró una serie de prisiones. El 21 de octubre de 1878 hizo votar en el Reichstag una ley contra todas las asociaciones socialistas, después de haber suprimido, dictatorialmente, el 30 de junio, 217 sociedades, 127 diarios, 278 periódicos más, y encarcelado 778 socialistas con penas de dos a cinco años.

Esas medidas excepcionales tuvieron como consecuencia política hacer evolucionar a los socialistas alemanes no hacia la dirección indicada por Carlos Marx, sino hacia la que quería Bismarck.

Es deseable que Pachitch imite a Cavour, y lo más pronto posible. ¿En nombre de qué derecho se levanta Raditch contra la Unión Nacional? Los que no han dado nada por esa unidad sino que por el contrario han estado junto a nuestros enemigos de ayer

y han sido los pilares más sólidos de los Habsburgo, no tienen derecho a minar esa obra gigantesca por la cual Serbia ha sacrificado un millón de sus mejores hijos. Deben ser suprimidos sin piedad. Esta es la moral justa. Los deseos de los individuos no pueden ser tomados en consideración sino en la medida en que ellos no van a la contra del interés de la unidad y no constituyen un peligro para la seguridad de la mayoría. Si Pachitch se encuentra falto de la energía necesaria al final de su larga carrera política, no será nuestro verdadero Cavour. Cualquier clase de convenio entre esos dos hombres podría traer consecuencias demasiado peligrosas para la unidad. Raditch debe desaparecer. Si Francia es actualmente en Europa una roca indestructible en medio de la tempestad social, es porque el Gobierno francés no contempora con los representantes de ideas análogas. ¡Que Pachitch no se deshaga de Raditch, y toda su gloria política caerá como un edificio de naipes! Una sola falta al fin de su carrera le acarreará la muerte diplomática, y su obra no consolidada rodará por el polvo.

Semejante hipótesis no debe ser admitida. Todos tenemos confianza en la solidez de nuestra unión nacional, cimentada por la sangre más pura de nuestros numerosísimos muertos, y edificada por el arquitecto más caracterizado y experimentado en materia política de nuestra raza eslava: Nicolás Pachitch.

X

¿Cómo definir y calificar esa gran figura diplomática que es Pachitch, y su política? Juzgando imparcialmente la labor personal de nuestro gran hombre de Estado y sobre todo las dificultades al través de las cuales ha tenido que marchar, las complicaciones y los obstáculos que ha evitado constantemente para realizar su obra de unidad yugoeslava, estamos obligados a reconocer que ha terminado una tarea gigantesca. Sólo gracias a ese piloto experimentado nuestro bajel nacional ha podido sortear los escollos de los intereses de las grandes potencias y navegar al través de las tempestades y las tormentas germánicas hacia el faro de "la unidad de los serbios, croatas y eslovenos", ideal de la juventud del Cavour yugoeslavo. Ha sido él quien ha tenido en sus menos los

destinos de nuestra nación. Esperó pacientemente durante años, para hacer de un golpe. Su mirada perspicaz y sibilina denota grandes ambiciones y grandes objetivos. Nuestro Cavour tiene un rincón místico en su alma, mas supo medir cuidadosamente sus fuerzas y las de su patria, y raramente abandonó su propósito mientras conducía a nuestro pueblo hacia los altos destinos.

La diferencia entre los dos grandes hombres de Estado de Italia y de Yugoslavia, Cavour y Pachitch, estriba en que Cavour era un gran orador, por su temperamento latino, mientras que Pachitch es, por su misticismo eslavo, un gran pensador, que ha hecho mucho y hablado poco. Sin embargo, afirmar que Pachitch no no es un buen orador, sería hablar a la ligera. Si frecuentemente ha rehusado hablar, eso indica su comprensión profunda de los hombres y de las cosas. Ha sabido hacerlo muy bien cuando ha sido necesario, y especialmente para conquistar la adhesión del czar de Rusia a sus proyectos y a su política en los Balkanes. Por otra parte, ¿a qué hablar bellamente? Perorando mucho, se traiciona a menudo el pensamiento. Esta es una imprudencia que jamás ha cometido Pachitch en su vida política. Los resultados de sus trabajos perseverantes y su magnífica obra hablan mejor que nadie. En las discusiones parlamentarias, deja decir, observa, mantiene su sangre fría, es dueño de sí mismo y casi de las circunstancias. De pronto, ejecuta sin frases y los elegantes oradores parlamentarios votan lo que él quiere. Figura imponente y simpática a la vez, plena de armonía, su presencia sola impone un silencio solemne. En ningún momento de su larga carrera diplomática se ha producido Pachitch violentamente, y siempre lo ha hecho con una ingeniosidad notable, con una gran flexibilidad y una perfecta comprensión de la situación. Su prudencia fué a menudo confundida con la astucia oriental, y los periódicos del viejo tablero diplomático de Balplatz lo han designado corrientemente "*der Alter Fuchs*", o lo que es lo mismo que el viejo zorro. Es el adversario resuelto de toda política agresiva y un partidario ferviente de la política de convenios o "política de la combinazione", según la fórmula italiana.

Actualmente nuestro ilustre anciano hace vigorosos esfuerzos para proteger su obra de unidad yugoeslava. Lleva como estandarte la aplicación integral de la Constitución de Vidov-dan, que

supo hacer votar en 1921, y en torno de esa bandera se agrupan todós los amigos de nuestra unidad con la conciencia nacional.

En materia de política extranjera, su doctrina es siempre la misma: los Balkanes para los pueblos balkánicos.

Si analizamos en conjunto su política, comprobamos que ha llevado a cabo una lucha encarnizada y perseverante en el campo diplomático en tres frentes diversos, contra tres enemigos tan formidables como sagaces. Además de sus esfuerzos asiduos por abatir el hombre enfermo del Bósforo, y hacer desaparecer el imperio de los Habsburgo, nuestro Cavour ha sostenido un combate militar y diplomático con el rey Fernando de Bulgaria, a fin de asegurar el prestigio de la bandera serbia y nuestra preponderancia política en la península balkánica. En la presona de Fernando de Bulgaria encontró Pachitch en su camino un notable adversario. Era un verdadero virtuoso de las intrigas diplomáticas, que llegó a engañar a todo el mundo en 1915, salvo Pachitch. Fernando de Bulgaria era uno de los agentes diplomáticos más caracterizados de las sucursales germánicas en los Balkanes.

En medio del destrozó de los partidos, Pachitch procura reconciliar a los unos con los otros, y los domina. De naturaleza extremadamente fina y sencilla, cuya clarividencia en lo que se refiere a los acontecimientos políticos se ha realizado matemáticamente, en cumplimiento del ensueño de su juventud y según el programa que se trazó, ha demostrado ser uno de los más grandes hombres de Estado contemporáneos.

Su experiencia política y su gran circunspección nos son necesarias hoy más que nunca. Que el Todopoderoso nos conserve todavía mucho tiempo a ese jefe experimentado y venerado, para que le permita consolidar su obra cimentada en la sangre de un millón de nuestros querido muertos. El pueblo serbio lo llama con justicia "nuestro Baya", que quiere decir nuestro padre...

JIKA RANKOVITCH.

PROSA Y VERSO

POR QUÉ SE SUICIDAN LOS POETAS



LOS Poetas resultan las orquídeas del reino vivíparo mamífero...

El Poeta genial, será siempre la planta parasitaria que nace del árbol frondoso y añejo, símbolo de la familia, cuyas ramas van siendo menos fecundas y cuyo tronco comen los insectos.

El Poeta brota de la savia de esa familia, transfigurado en una planta particular, débil y hermosa de flores delicadas y sutiles.

El árbol de donde nace y crece, al ampararlo se queja, y si es bastante fuerte le niega la savia y mustia la florida enredadera, y si no puede combatirla, queda cubierto y hermoñado por el hijo inútil y bello.

El Poeta desde que nace y comprende, ve todas las cosas con los ojos de la Belleza.

El cielo le parece porcelana, ésta un pedazo de firmamento. Las nubes, inmensurables gasas, la seda espumosa, vapores de agua.

Las estrellas que titilan, como diamantes, y éstos que fulguran, como astros. Las mujeres las contempla transformadas en diosas y a los hombres admira, comparándolos con titanes que se levantan hasta el reino de Júpiter...

El Poeta gusta de amar las cosas bellas y sutiles: los terciopelos y brocados, las perlas y piedras preciosas, los perfumes, la elegancia en la línea, el ritmo y el color; los frutos y las aves, las Artes y la Juventud. Pero el Poeta no quiere pensar, que las pie-

dras preciosas las extraen de las entrañas de la tierra los hombres de aspecto semejante al suyo, los cuales, hambrientos y embrutecidos, mueren bajo paredes de cieno. Que las joyas, las cincelan orfebres de figuras grotescas. Que los palacios hermosos, maravillas de la Arquitectura, los fabrican los hombres que viven y mueren en chozas. Que son las porcelanas y sedas productos de la misma lastimosa y horrible realidad. Que el cielo no es cielo ni las estrellas pupilas de románticas enamoradas.

Y aun gustándole, amando y necesitando imprescindiblemente de todos estos espejismos, no puede poseerlos. Y advierte que la Juventud es efímera y estúpida. Y que la Sabiduría es fruto de dolor y vejez.

Comprende que la Miseria y la Muerte son las únicas verdades. Y entonces el Poeta se suicida.

Porque el Poeta es una orquídea que no tiene vida propia y no resiste los rayos calcinantes y cegadores del rubicundo rey Sol.

El Poeta es la divina orquídea del bosque social: ¿pero qué sabe un bosque lo que es una orquídea?

.....

Cuando por los bosques cruzan los espíritus de los Dioses mayores, los árboles para gustarles quieren tener orquídeas; porque de orquídeas coronan los Dioses las testas privilegiadas.

Pero hay bosques que los Dioses desdeñaron: ¡Y oh las pobres orquídeas que nacieron en ellos! Tal es el símbolo del poeta genial, desde Cristo y Dante, hasta Oscar Wilde.

*

Existieron bosques donde las orquídeas triunfaron estimuladas, protegidas, mimadas, por los árboles que tuvieron la nobleza de dejarse embellecer, y que a su vez las adornaron con los más bellos matices, bajo las artísticas frondas donde las orquestas de las más exquisitas aves canoras, regaron sus melodías; y las libélulas y mariposas más brillantes, libaron sus cálices y halagaron sus pétalos ataviados con los refulgentes collares que desgrana el Rocío.

Tales bosques fueron la China, el Japón, la Persia, la India y la Palestina.

Ya no existen legisladores como Confucio: aquel sabio pa-

triarca que hallando a su primogénito en el pabellón de los libros hubo de hablarle así: "Si no aprendes la poesía, si no te ejercitas en hacer versos, jamás conocerás tu idioma y nunca le hablarás bien."

Ya no existen reyes como aquel Salomón del *Cantar de los Cantares*. Príncipes o samurais de la clase de Meatsura Barkio. Reina o princesa comparable con Raden Adjeng Kartin, Emperatrices al estilo de Haron-Ko.

La civilización latina engrandeció la castaña y despreció la orquídea.

Los Dioses desde la destrucción de Persépolis, volaron al Olimpo.

En la tierra quedaron sus horribles imitadores y éstos están ya decrepitos.

La milenaria y crasa civilización latina, desprovista del prestigio que produjo la Belleza a los amigos de los Dioses, consume a sus poetas con la indiferencia y el desprecio, y los hunde anatematizante dentro del cubil de los Vicios, donde procura hacerlos desaparecer...

¡Es el triunfo de la castaña destronando a la orquídea!

¡Triste suerte la del poeta de la civilización latina!

Desde aquellos que paseaban por los pórticos de la Roma cesárea, pintadas con bermellón las mejillas anémicas, más los que destripaba con su espadín de Cruzado el caballero feudal, sobre la escala del parque o la góndola del río, siempre junto al erguido balcón del castillo hirsuto, donde moraba la reina y señora de sus ensueños trovadorescos. Y así sucesivamente llegamos, hasta ese decantado bohemio de la capa raída y la copa de ajeno en el deprimente cafetín parisiense!...

Y el resumen queda hecho con estas palabras:

¡Bosques de castaños, perdidos paraísos de orquídeas!

Las castañas nutritivas se multiplican, las orquídeas delicadas van suidándose tan pronto brotan inconscientemente...

LA PRINCESITA FLOR DE JADE

(Visión retrospectiva del siglo XVI.)

La Princesita Flor de Jade,
era la reina del Tonkín.
Y paseaba por las tardes,
en su precioso palanquín.
Era su piel, sedaña y suave,
como de lotos y benjuí,
y eran sus manos lindas aves,
hechas de sándalo y jazmín.

Sus dos pupilas visionarias,
eran dos negras luminarias
sobre dos pétalos marfil.

Y de su seno las corolas,
fingían suaves amapolas,
disipadoras del esplín.

La misteriosa Princesita,
viste un kimono primoroso,
hecho con sedas ambarinas,
lleno de pájaros y lotos.
Lleva la bruna cabellera,
que es un lacado mirasol.
Y su boquita lisonjera,
frunce con aire seductor.

La Princesita Flor de Jade,
sentada en regio palanquín,
suele pasear todas las tardes,
tras las montañas del Tonkín,
bajo los clásicos pinares,
y el verde rosa del cenit.

Ante las nieves de una cumbre,
se mece un lago de cristal.
Y entre los múltiples bambúes,
los crisanthemos de coral.
Por los picachos de una roca,
llena de lianas y faisanes,
el agua límpida borbota,
bañando ariscos carrizales.

Y los ciruelos florecidos,
cubren un templo solitario,
hecho de lacas y marfiles,
ébano, sándalo y topacios,
a donde van los Mandarines,
y la Princesa Flor de Jade.

La Princesita solitaria,
llégase al templo abandonado.
Frente a la esfinge venerada,
del gigantesco Buda asiático,
sobre una estera de oro y plata,
abre un estuche nacarado.
Y de la pipa milenaria,
sorbe del opio sueños magos...

El sol de fuego va muriendo,
tras las montañas del Tonkín.
¡La Princesita vive un sueño,
entre penumbras de zafir!
Y al daimio suyo le da besos,
bajo la luna de marfil...

AHORA

Ahora que mi cuerpo ya hecho y menudo,
como bayadera de nuevo marfil,
siente bajo el manto del sol rubicundo
florece sus ansias, lirios del vivir:

Ahora que mis ojos han llorado mucho,
y son como fuentes de limpio cristal,
donde se retratan todos los conjuros
que vertió mi Sino, trágico y astral:

Ahora que las pomas de mi frágil busto,
regaron sus mieles, jugosas, maduras,
como surtidores de un líquido puro,
sobre el cantarillo de mi Desventura:

Ahora que mis plantas recorren los bruscos
peñascos hirientes de las cumbres álgidas,
y mis manos pálidas los velos oscuros
de todo Misterio, descorren aladas:

Ahora que musitan mis labios purpúreos
la oración que hace temblar la montaña,
¡comprendo mi Arte y obtengo su escudo,
y desnuda canto bajo el Sol que mata!...

LA NINFA DE LOS FLAMENCOS

La vi por un prado
de mullido césped,
seguida de un bando
de níveos flamencos.
El cuerpo tenía
menudo y pequeño,
flexible las piernas,
el talle era esbelto,
brillantes los ojos
y rubio el cabello.
Dos pomas de nieve
llevaba en el seno,
las manos vibrátiles,
los labios de fuego.

Llegóse al arroyo
 y bajo los nísperos
 de alados murmurios
 tendióse en el suelo.
 La rodearon todos
 los tiernos flamencos,
 con sus alas suaves
 y sus largos cuellos. . .
 Luego por sus labios
 al espacio abiertos,
 caían los nísperos
 jugosos y frescos.

REMEMBRANZAS

¡Ha llegado el Otoño! Tengo reminiscencias
 de todo lo pasado, sepulto en el olvido.
 El alma se atavía con las magnificencias
 de todo lo que ha muerto, de todo lo que ha sido,
 y de todo lo extraño que tengo presentido.
 Me recojo en el grato blancor de la conciencia,
 y me siento en el trono de la augusta Experiencia.

¡Oh, qué dulces las horas en un tiempo vividas,
 para el alma que guarda sus recuerdos marchitos!
 Aunque nos pongan triste, y aun estando ateridas,
 siempre serán un ramo de asfodelos benditos.
 ¡Siempre serán las horas del ayer disfrutadas
 ante las memoranzas un coro de alboradas!
 ¡Cómo siento la suave nostalgia del Pasado,
 sin desear por eso vivir lo terminado!

Mi casona en el pueblo del ambiente aldeano;
 sentadita en el quicio del portón a la calle,
 pequeñuela charlaba con el médico anciano
 de luengas barbas blancas, y recargado talle,
 mientras el sol de mayo cariñoso tendía
 sus luces matinales, ebrias de algarabía.

Un guajiro lechero sobre su jaca torda,
discutía los litros con la beata sorda.
Una carreta llena de verdegueantes cañas.
Un ciego billetero cantando sus patrañas.
Y un coche tintineante, lleno de domingueras
que acudían a misa riendo parloteras,
al par que las jocundas campanas cantarinas,
llenaban de alegría las horas matutinas.

Después... fueron las claras tardes de Primavera
vistas desde los hierros de mi antigua ventana,
mientras lucía llena mi blonda cabellera
con las bonitas flores de joven provinciana.
¡Los crepúsculos ténues, ambarinos y lentos!
¡La plática en el parque colindante a la iglesia,
con aquella primita de claros pensamientos,
cuya belleza el Tiempo conmovido anestesia!
¡Las perfumadas noches en el carmen agreño,
junto al enamorado de las tristes querellas,
que con hebras lunares hilvanaba un ensueño,
bajo el bruno granado de las rubias estrellas...

Luego dióme la Vida sus mil revelaciones,
y supe lo que sufren todos los corazones.
Fuí la sacerdotisa de las bellas quimeras.
Y fuí la prometida de todos los dolores.
La mutilada esposa de todas las tristezas
Y el purpurino lago de todos los amores.

Hoy, cuando me recojo dentro de mi conciencia,
sonatinas me canta la voz de la Experiencia.
Y en el nevado templo de mi Psiquis brillante,
rezaré mis estrofas en el último instante...

ORACIÓN A NERVO Y SU AMADA INMÓVIL

¡Amado Nervo hermano!:
Feliz tú qu tuviste,
para calmar las ansias
en los años viriles,
a tu fuente Castalia
de las horas hostiles,
la lamparita blanca
que te alumbró el camino,
la lucesita verde
que te rodeó de brillo,
la dalia perfumada
que mustiara la Muerte,
en el altar de oro
de tu vida esplendente.

¡Amado Nervo hermano!
Feliz tú que pudiste
hallar en el camino,
la compañera triste
del amor más amado.
La que tu lecho hacía
y sus frutos te daba.
La que por ti vivía,
tu cariño cuidaba
y tu amor bendecía:
¡La mujercita buena
de las tibias caricias,
que de gracia era plena
como el Ave María!...

¡Tú gozaste diez años
los celestes placeres,
de las almas gemelas
que se besan y funden!...
¡Tú apuraste la gracia,
de encontrar en la tierra

el alma de tu alma!
 Y la Parca severa
 llevóse la de Ana,
 dejándote los lloros,
 las ansias y las quejas,
 como escala de trinos,
 para llegar a Ella...

¡Amado Nervo hermano!
 Feliz tú que pudiste,
 hallar en tu camino
 la compañera triste:
 (Otros van por el mundo
 con el ansia secreta,
 a encontrar un segundo
 a su alma gemela...)

MATERNIDAD

Sobre las yerbas del jardín,
 bajo el naranjo, entre violetas,
 juega la gata en gran festín
 con sus gaticos.

Volteretas,
 revoltosos como niños,
 dan sobre la madre buena,
 que como enorme azucena
 les prodiga sus cariños.

La tierna gata en el jardín,
 brinda a sus hijos el festín
 de sus mamitas dulces plenas.
 Y hay en sus ojos resplandores
 de verdes campos, con fulgores
 de tardes áureas y serenas...

GRAZIELLA GARBALOSA.

Graziella Garbalosa es una joven novelista y poetisa cubana, imaginativa, de clara inteligencia y muy notable estro, a cuya pluma debe nuestra literatura, además de

otras muchas composiciones diseminadas en diarios y revistas, un tomo de versos que editó con el título de *La juguetería del amor* (1920), y una novela, *La gozadora del dolor*, notable por la audaz valentía con que la autora aborda el tema, de suyo escabroso, y desarrolla la bien urdida trama, sin pasar por alto ningún detalle en las escenas de crudo realismo que en aquélla abundan, habiendo constituido dicha obra, por las circunstancias expuestas, la actualidad literaria en la época de su publicación (1922). CUBA CONTEMPORÁNEA se cumple en dar a conocer en sus páginas los exquisitos párrafos en que Graziella Garbalosa explica *Por qué se suicidan los poetas*, y una selección de sus poesías inéditas.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

EL ANALFABETISMO



ON motivo de unas estadísticas publicadas por la Secretaría de Instrucción Pública, acerca de la población escolar existente en Cuba y de la parte de ella que concurre a las escuelas públicas o privadas, ha vuelto a ponerse de actualidad el problema del analfabetismo en la población cubana.

Según estas estadísticas, de 723,756 niños de edad escolar, tan sólo están recibiendo instrucción 344,811. De donde resulta que casi las dos *terceras partes* de la población infantil cubana no concurren a ningún establecimiento de enseñanza.

Como otras tantas veces, un incidente esporádico cualquiera ha solicitado la inestable atención pública hacia este trascendental asunto; los periódicos han publicado algunos artículos acerca de él y, dentro de unos cuantos días, volverá a ser olvidado. No se trata de ningún problema nuevo, sino de una situación social anterior a la República, que nuestra incuria colectiva no ha podido modificar.

El censo de 1899 puso de manifiesto que, en un millón y medio de habitantes, apenas medio millón sabía leer y escribir.

El censo de 1907 no acusó un progreso sensible en este aspecto de nuestra vida nacional.

Y, últimamente, el censo de 1919 señaló la existencia de 1.513,839 personas en esta situación, siendo la población total de menos de tres millones de habitantes.

Todo esto quiere decir que nuestros veinte años de vida republicana han sido casi totalmente perdidos en relación con el fomento de la cultura popular.

Todas nuestras instituciones de enseñanza están en quiebra, desde el Kindergarten hasta la Universidad.

¿Qué ocupaciones absorbentes han monopolizado la atención de los gobernantes cubanos, durante todo este tiempo, para haber descuidado tan esencial cuestión?

En verdad, preciso es reconocer que ellos se han visto apremiados por otros problemas de más urgencia, al menos para sus intereses personales.

No nos parece que incurriríamos en pecado de maledicencia al asegurar que la principal corriente de su actividad ha sido encaminada en las tres direcciones siguientes:

1^a En otorgar concesiones a compañías extranjeras, dándoles toda clase de facilidades para explotar nuestras fuentes de riqueza, con el mayor rendimiento posible para sus particulares intereses y el menor beneficio para el país y el resto de sus resignados moradores.

2^a En utilizar la influencia oficial y el mismo dinero del Estado en el fomento de sus fortunas personales.

3^a En dirigir la trama de las intrigas políticas de bajo vuelo, a fin de quebrantar o adormecer a sus adversarios y tener, de este modo, más libertad en sus manejos o asegurar su continuación en el poder.

La principal excepción que podría hacerse en favor del primer Presidente de la República, Don Tomás Estrada Palma, quedaría, en resumen, muy quebrantada, al tomar en cuenta la rapacidad y soberbia de algunos de sus consejeros y su errada política de sumisión al Gobierno de los Estados Unidos.

Bien duramente estamos sufriendo todos los cubanos las consecuencias de tal sistema de gobierno.

Con la quiebra de la educación pública, todas las manifestaciones de nuestra actividad colectiva se encuentran perturbadas. Y las perspectivas que se vislumbran en el porvenir no pueden ser más sombrías.

De cuando en cuando, se producen desordenados y mal dirigidos movimientos de reacción en la conciencia pública, donde se refleja, cada vez más fuertemente, el malestar que invade al organismo social cubano.

Pero, hasta ahora, las voces de las tres o cuatro personas que

han tratado de utilizar desinteresadamente estas oportunidades, para fijar de una vez la atención de los poderes públicos en estos magnos problemas, han sido del todo desoídas.

No pueden proponerse, en este asunto, dada la gravedad a que ha llegado, soluciones fáciles e inmediatas, sino planes de dilatada y penosa ejecución, a base de grandes sacrificios nacionales.

Y, en medio de la precipitación utilitaria que viven los directores de la vida política cubana, no ha podido todavía surgir un gobierno suficientemente desprendido de las conveniencias inmediatas de sus miembros componentes, para asentar los cimientos de una gran obra de reconstrucción nacional cuya continuación sea legada a los gobiernos sucesivos, resistiendo las sugerencias de la vanidad y del interés político del momento, sentimientos inspiradores tan sólo de golpes efectistas, de brillo transitorio y fugaz eficacia.

Así, en este caso, al ser divulgadas las estadísticas mencionadas en líneas anteriores, el señor Secretario de Instrucción Pública se apresuró a librar su responsabilidad personal, cosa innecesaria de manera evidente, y a declarar que el problema del analfabetismo ha llegado a tal extremo que no tiene sino una sola solución inmediata: la autorización para crear once mil aulas (casi el doble de las que existen actualmente) a fin de recibir en ellas los 400,000 niños que no concurren a ningún establecimiento de enseñanza.

Sin embargo, en nuestra opinión, el problema del analfabetismo y, en general, el de la insuficiencia de nuestro sistema escolar, no quedaría resuelto aun cuando por una impremeditada resolución del Congreso se autorizara al Ejecutivo para crear tales aulas y éste encontrara milagrosamente los recursos necesarios para utilizar dicha autorización.

Si tal sucediera, ni el Gobierno podría abrir este número de aulas, ni su función resultaría satisfactoria, aun cuando, en virtud de algún inesperado prodigio, pudieran ser establecidas.

Para hacer evidente esta afirmación, vamos a ofrecer nada más las dos siguientes consideraciones:

1º Para abrir once mil aulas son necesarios locales suficientes donde instalarlas. Aun prescindiendo de las dificultades económicas, no debe olvidarse que, actualmente, en casi todas las po-

blaciones, las Juntas de Educación tropiezan con grandes dificultades para hallar edificios adecuados o semiadecuados, donde colocar las escuelas que hoy existen.

Para las seis mil aulas que, en cálculo aproximado, corresponderían a las poblaciones, harían falta cerca de dos mil edificios; en primer lugar, ¿consentiría el señor Secretario que estas dos mil escuelas se situaran en condiciones semejantes a las que tienen las actuales, esto es, en viviendas particulares de imposible adaptación, donde las aulas son más bien prisiones celulares, en las que la niñez cubana se depaupera físicamente y se trastorna mentalmente, en la desesperante inmovilidad a que se ve condenada, falta de aire, de luz, de alegría y expansión para sus músculos y para su ánimo? En caso contrario, ¿cree posible el señor Secretario la construcción de los dos mil edificios mencionados, a menos que se adopte un plan de conjunto, en el cual, cada uno de los múltiples factores que concurren en la creación de este problema sea atendido en la medida de su importancia y en el instante de su oportunidad?

Y en cuanto a las otras cinco mil aulas de situación rural, ¿se instalarían también en bohíos del tipo de los que actualmente son utilizados, hechos de tablas mal unidas, piso de tierra y techo de guano, en los que el material y el mobiliario se deterioran con vertiginosa prontitud, o se consideraría ésta como ocasión propicia para iniciar la construcción de edificios propios para nuestras escuelas rurales, con habitación adecuada para los maestros, con las dependencias necesarias y el terreno circundante preciso para las prácticas agrícolas y la ejercitación física de los alumnos?

2ª Para abrir once mil aulas, hacen falta, por lo menos, once mil maestros. ¿Dónde están? Este aumento de personal docente exigiría el aumento del personal técnico y administrativo, como directores e inspectores; en relación aproximada de un director por cada diez maestros, harían falta 1,100 directores; y a razón de un inspector por cada 200 maestros, sería preciso nombrar 55 inspectores. ¿Sabe el señor Secretario si, en el magisterio actual, hay número suficiente de personas legalmente capacitadas para cubrir estos cargos?

El señor Secretario de Instrucción Pública, que es un profesional de vasta cultura y conoce cuán difícil es la adquisición de

una capacidad técnica, en cualquier aspecto de la actividad humana, por modesto que sea, no puede compartir el criterio equivocado, cuando no de oportunismo sospechoso, que ha inspirado a las personas que solicitaron del Congreso la aprobación de la ley recientemente promulgada, autorizando la celebración de exámenes, a fin de habilitar un cierto número de personas para ocupar provisionalmente (¿quién no conoce el valor de esta palabra tratándose de la provisión de cargos en nuestra administración?) las escuelas vacantes.

¿Basta con aprobar a un individuo en un examen superficial y fuertemente influido por cuantas recomendaciones ha podido movilizar el interesado, proveerle de un diploma y colocarlo al frente de un aula para descansar en la seguridad de haber reclutado un maestro de eficiencia suficiente?

Los declamadores suelen citar el ejemplo del magisterio actual, casi en su totalidad compuesto por maestros habilitados de este modo.

Para comprender la fragilidad de esta referencia, basta con examinar las tablas estadísticas que contienen la distribución de los alumnos asistentes a las escuelas públicas, en los distintos grados de la enseñanza.

A continuación ofrecemos la publicada recientemente por la misma Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, sobre el curso de 1922-1923.

1 ^{er.} grado.	172,844
2 ^o „	81,825
3 ^{er.} „	50,065
4 ^o „	27,319
5 ^o „	9,187
6 ^o „	3,571

Total. 344,811

Según estas tablas, casi la mitad de los niños matriculados entonces se hallaban en el primer grado, donde están aquellos

que todavía no saben leer. En el segundo grado aparecen 91,019 niños menos. ¿Qué quiere decir esto?

Como la situación expresada en estas cifras no varía sensiblemente de un año a otro, esto significa que aquellos 91,019 escolares se fueron de la escuela sin haber aprendido a leer ni escribir, o habiendo aprendido tan sólo los rudimentos mecánicos de estas habilidades, lo que equivale, poco más o menos, a no haber aprendido nada.

En un examen más hondo de esta circunstancia, se comprueba que de estos 91,019 alumnos que se van de la escuela sin haber aprendido a leer, la mayor parte han permanecido en ella durante cuatro o cinco años.

¿Comprende ahora el señor Secretario de Instrucción Pública que no basta abrir una escuela y colocar en ella una persona cualquiera provista de un certificado de aptitud, para que el problema del analfabetismo haya sido modificado?

Estas mismas objeciones de carácter general pueden aplicarse a la solicitud hecha por la Junta de Educación de La Habana, de 500 aulas sólo para su distrito. ¿En qué edificio se instalarían estas aulas, si se concedieran? ¿Con qué maestros se cubrirían? ¿Con habilitados en los exámenes que en breve han de celebrarse y cuya eficiencia profesional puede apreciarse anticipadamente en las consideraciones anteriores?

¿Con maestros sustraídos de los distritos del interior, dejando aquellas aulas abandonadas?

No insistimos sobre otros aspectos del problema porque nos parece que con las reflexiones anteriores ofrecemos base suficiente para comprender que ésta no es una cuestión sencilla y de inmediata solución.

¿Se encuentra el señor Secretario de Instrucción Pública en disposición de ánimo propicia para abordar el estudio detenido de nuestro problema pedagógico e ir sentando los fundamentos de un programa de acción reconstructiva, aun a sabiendas de que él no ha de lograr más que iniciarlo? ¿Podría contar con la cooperación del Congreso, sin la cual sus iniciativas serían casi estériles?

Hace dos años, a principios de 1921, la Asociación Pedagógica Universitaria organizó una serie de conferencias dedicadas a estudiar los principales aspectos del estado de nuestra enseñanza

pública, por si el Gobierno creía este asunto digno de su atención.

En CUBA CONTEMPORÁNEA se publicaron las conferencias de los Dres. Miguel de Carrión, Ramiro Guerra, Arturo Montori y Diego Tamayo, en las que puede encontrar el Dr. González Manet el estudio más completo hecho hasta ahora acerca del lastimoso estado en que se encuentran nuestras instituciones docentes oficiales, de las causas que las han conducido a su actual postración y de los medios más adecuados que pueden ponerse en práctica para iniciar el proceso de su rehabilitación.

EL PLAN TARAFÁ

A pesar de la resuelta oposición de la opinión pública, casi unánimemente expresada, y de las amenazas explícitas de los elementos agrupados bajo la jefatura del General Carlos García Vélez, con la denominación de "Veteranos y Patriotas," el Senado acaba de aprobar, con modificaciones acomodaticias, el proyecto de ley que le llegó de la Cámara, estableciendo el monopolio de los ferrocarriles y suprimiendo los subpuertos por los cuales efectúan sus embarques muchos de los centrales azucareros que existen en Cuba.

Todo ha sido tortuoso y oscuro en el desenvolvimiento de esta lamentable cuestión.

La Cámara aprobó el proyecto de ley, cuya redacción se atribuye al propio señor Tarafa, en las condiciones que expusimos en el número anterior de CUBA CONTEMPORÁNEA. Cuando los elementos azucareros amenazados hicieron sentir su presión defensiva en los centros gubernamentales de la vecina república norteamericana, el señor Tarafa se apresuró a trasladarse al nuevo campo de batalla, y de allí ha regresado después de concertar, con varias compañías dueñas de centrales azucareros, una especie de transacción en la que se han conciliado los intereses específicos de aquellas compañías con las aspiraciones del mencionado hombre de negocios y de los intereses por él representados.

Inmediatamente, el Senado de la República procedió a discutir y aprobar el proyecto en cuestión.

Los señores Representantes y Senadores que han dirigido la tramitación de este proyecto de ley hablan enfáticamente de su

independencia y de su honorabilidad; no obstante, su propia conducta se alza ante el país como una formidable acusación.

¿Por qué la Cámara aprobó este proyecto sin estudio de sus Comisiones y sin que sus mismos miembros hubieran podido informarse de él, en una sola, prolongada y agitada sesión, que duró desde las tres de la tarde hasta las siete de la mañana del siguiente día?

¿Por qué el Senado lo aprobó también en cuanto la gestión del señor Tarafa en los Estados Unidos estuvo terminada y se conocieron los términos de su convenio con las poderosas empresas azucareras allí residentes, a pesar de la opinión desfavorable de las personas más competentes en cuestiones económicas y sociológicas y de la mayoría de las corporaciones económicas neutrales que existen en Cuba?

Hay en esta brutal y sombría intentona de monopolio muchas preguntas sin respuesta; y la complicidad de la gran prensa diaria, única que podría recoger con eficacia el positivo estado de indignación de la conciencia pública, asegura el silencio en torno de este asunto.

Quedan, pues, tan sólo, frente a frente, la amenaza explícita de los Veteranos y la contumacia de los cuerpos colegisladores. Como dudamos de la posibilidad efectiva de la primera, presumimos que prevalecerá la segunda. Sobre los hombros de la agobiada y rendida población cubana habrá caído una nueva carga; y sobre su ánimo abatido, una nueva humillación.

Y en tanto el pueblo, asfixiado entre las mallas de los mil monopolios otorgados por sus poderdantes a extraños e implacables especuladores, se extremece de indignación al ver cómo sus más vitales problemas se resuelven a base de inmorales transacciones en las oficinas de traficantes y agiotistas extranjeros; en las alturas, sonríen beatíficamente, tranquilos en su impunidad, aquéllos que se enriquecen comerciando con su honra y con su sangre, confiados en que al sonar la hora del desastre, sus reservas monetarias habrán engrosado suficientemente para contemplar con indiferencia todos los derrumbamientos nacionales, por grandes e irremediables que ellos sean.

EL MOVIMIENTO DE LOS VETERANOS

Al tratar este mismo asunto en el número anterior de CUBA CONTEMPORÁNEA nos permitimos indicar la proximidad de una crisis en su desenvolvimiento.

Y, por cierto, en plena crisis se encuentra ya, en el instante de ser trazadas estas líneas.

Día tras día, los oradores encargados de expresar la opinión preponderante entre los directores de este movimiento anunciaron el empleo de la fuerza, en el caso de que su programa de rectificaciones políticas y administrativas no fuera atendido por los poderes públicos.

En cierta ocasión, el General Carlos García Vélez, jefe del movimiento, amenazó al Gobierno con un acto de violencia, si la ley inspirada por el señor Tarafa, aprobada ya por la Cámara y detenida entonces en el Senado, era definitivamente sancionada.

Por cierto, dicho sea de paso, que tal declaración costó a los veteranos y patriotas la pérdida del periódico *Heraldo de Cuba*, cosa fácil de comprender, dadas las relaciones de su propietario, señor Orestes Ferrara, con el señor José M. Tarafa.

Generales fueron los comentarios de asombro que merecieron las frases del General García Vélez, tan explícitas como enérgicas: "Esa ley no pasará", dijo; "Si quieren fuego, tendrán fuego".

Todo el mundo dió por seguro entonces que el Jefe del movimiento veteranista tenía ya dispuesto un plan de acción, desconocido hasta de sus más íntimos allegados, pero perfectamente concertado para ser puesto en práctica inmediatamente.

Y, de pronto, en medio de la general expectación, el Gobierno dió orden a los tribunales de justicia, para que iniciaran el proceso correspondiente contra los jefes de la agitación y varios de sus más exaltados oradores.

En el mismo día, un periódico publicó una proclama del General García Vélez, firmada en los "Campos de Cuba", dando orden de suspender las asambleas que sus adictos venfan celebrando y advirtiendo que estuvieran dispuestos para obedecer las órdenes que él les transmitiera.

Han transcurrido varios días, el General García Vélez continúa escondido; sus subordinados, desatendiendo la orden dada en su

primera proclama, continúan reuniéndose y perorando con el mismo énfasis, anunciando, para un momento que no se precisa, un acontecimiento misterioso en el que quedarán cumplidas todas las amenazas de violencia formuladas repetidamente.

Entre tanto, el Senado aprobó el proyecto de ley sobre el monopolio ferrocarrilero, oportunidad utilizada por varios Senadores para expresar su desprecio hacia los directores del movimiento veteranista y proclamar su independencia en el ejercicio de su función legislativa.

Y el Juez especial, designado para tramitar la causa contra los acusados como agitadores, desenvuelve con toda lentitud sus diligencias, sin haber ordenado aún prisión alguna.

¿Hay alguien capaz de precisar el sentido de todas estas acciones desconcertadas e incongruentes?

¿Se halla intimidado el Gobierno ante las amenazas de los agitadores?

¿Es el temor la causa que ha movido al General García Vélez a ocultarse?

¿La aprobación de la ley Tarafa por el Senado indica confianza en la impunidad, desprecio del peligro o deseo de provocar una precipitación de los hechos anunciados, con algún propósito hasta ahora desconocido?

Entre tanto, muchos ojos se vuelven hacia Washington, y el regreso del Embajador de los Estados Unidos en Cuba, Mr. E. H. Crowder, constituye la obsesión de muchos pensamientos.

¿Está el General García Vélez preparando un golpe de mano o una formal revolución, desde su escondite, según dan a entender, impremeditadamente, sus adictos en sus declaraciones, o está esperando la llegada de Mr. Crowder, con el cual se encuentra en inteligencia, según afirman, no menos impremeditadamente, algunos de sus cooperadores?

¿Por qué dispuso el Gobierno la formación de la causa, sin ninguna razón aparente de urgencia, ya que los pretensos conspiradores no habían pasado de las amenazas verbales, formuladas desde el primer día en que se reunieron; para contener en seguida el procedimiento, alargando su tramitación, sin decidirse a tomar ninguna medida efectiva de represión contra los que él considera como perturbadores?

¿Se propuso, como algunos aseguran, crear momentáneamente un motivo superior de espectación, en la opinión pública, para dar lugar a la aprobación de la ley Tarafa, sin protestas demasiado resonantes? ¿Quiso poner a sus censores en el caso de precipitar la ejecución de sus amenazas, antes de la llegada de Mr. Crowder, de quien se asegura que trae instrucciones de su Gobierno para exigir determinadas rectificaciones administrativas, circunstancia que, de ser cierta, vendría a intensificar la acometividad de los primeros?

Todo es oscuridad en torno de este asunto, y tan ambigua y equívoca es la conducta de los Veteranos como la del Gobierno.

Tal parece que unos y otros están jugando con los más sagrados intereses de la patria y aun con la misma seguridad de la República.

Y hacia donde quiera que se dirige la atención de todo cubano capaz de dominar sus pasiones partidarias, en este instante crítico, no percibe sino sombras o perspectivas de catástrofe.

¿Están preparando los Veteranos una revolución?

¿Se proponen llegar a una inteligencia con el Representante diplomático de la nación vecina, para decidirse a iniciar su acción contra el Gobierno de Cuba?

¿O simplemente proceden dominados por el aturdimiento, al sentir sobre ellos la espectación del país, viéndose impotentes para cumplir sus amenazas, y sin saber cómo eludir la situación desairada que se les viene encima?

Una respuesta afirmativa a cualquiera de estas interrogaciones significaría para el país la llegada de horas de punzante incertidumbre o de amargo y triste desencanto.

Por grandes que sean los errores en que hayan podido incurrir los elementos veteranistas empeñados en esta campaña, el pueblo cubano no puede borrar de su pecho, en un instante, el hondo afecto que siempre ha sentido por los viejos luchadores que ayudaron a conquistar el tesoro de su independencia.

Y sería general la impresión de abatimiento y desilusión que se produciría si, al fin, un movimiento como éste, equivocado en muchas de sus manifestaciones, pero generosamente inspirado en apremiantes necesidades de alta trascendencia nacional, viniera a resolverse, por incapacidad o impaciencia de sus directores, o

por falta de verdadero desinterés patriótico en algunos de ellos, en una aventura de consecuencias trágicas para la República, en una traición indigna o en un ridículo sainete.

UN HECHO SINTOMÁTICO

Los religiosos franceses de la Compañía de La Salle, dedicados a la enseñanza, han reclamado el edificio que ocupaba el Museo Nacional por haberlo adquirido en propiedad, recientemente.

Con este motivo, el Museo ha debido ser trasladado a otro edificio.

Este hecho constituye tan sólo un síntoma, revelador de un vasto proceso de transformación social, cuya gravedad a pocos preocupa.

Ante el progreso de las grandes compañías religiosas, formadas en su mayoría por religiosos extranjeros, convertidos en maestros de nuestra juventud gracias a nuestra incapacidad colectiva para retener en nuestras manos la fuerza decisiva de la educación, la influencia del Estado se repliega, más ineficaz e insignificante cada día.

Por esto, en tanto la enseñanza oficial, cada vez más desatendida e insuficiente, ha ido hundiéndose en el descrédito en manos de gobernantes faltos de preparación o de elevación de propósitos, atentos tan sólo a sus necesidades políticas o personales inmediatas, Jesuitas, Escolapios, Maristas, Salesianos, Agustinos y religiosos de La Salle han ido multiplicando sus colegios, en los que recibe actualmente la educación que ellos son capaces de proporcionar, la mayor parte de la juventud cubana.

No debe verse en estas consideraciones la menor censura a estas instituciones que desenvuelven de la manera más eficaz a su alcance, el propósito para el cual están organizadas. Más bien, en definitiva, ellas resultan acreedoras al reconocimiento de la sociedad cubana, pues sin ellas, al menos desde el punto de vista de la extensión, nuestro problema educativo alcanzaría proporciones mucho más graves de las que tiene ahora.

Y es preciso consignar que el cargo que de estas líneas pudiera desprenderse debe recaer íntegro sobre nuestra desidia oficial.

Porque, en definitiva, el hecho no puede ser más lamentable y de consecuencias más peligrosas para la firmeza de nuestra cohesión social, ya que por intenso que sea el esfuerzo que un profesor extranjero e investido de un hábito religioso efectúe sobre su propia conciencia, nunca puede llegar a conceder la misma importancia a los apremiantes problemas civiles de nuestra vida política y social que a sus preocupaciones dogmáticas y a los intereses de su comunidad.

Por un lado, empresas extranjeras han ido apoderándose de los ferrocarriles de los centrales, de las vegas, de las fábricas, de los bancos, es decir, de las principales, fuentes de nuestra riqueza material; y, por otro, compañías de religiosos extranjeros están capturando los manantiales mismos de nuestra vida espiritual.

Entre estas dos grandes mazas trituradoras ¿qué quedará del patrimonio económico y del acervo ideológico genuinamente cubano, elaborado al través de tantas vicisitudes, por legiones de antepasados, trabajadores de la tierra y del espíritu, a los jóvenes de la próxima generación?

¿No creen los veteranos que siguen al General García Vález, aquellos otros todavía fieles al Gobierno, el Congreso de la República y el Ejecutivo Nacional que hay aquí una cuestión tan apremiante, por lo menos, como el reparto de las colecturías y la supresión de los subpuertos?

MONITOR.

BIBLIOGRAFIA (*)

Marcelino Domingo. VIAJANDO POR AMÉRICA. LA ISLA ENCADENADA. [Editorial Mundo Latino]. Madrid. [1923] 8º, 250 p.

Hay algo en los escritores de nuestra propia lengua que los lleva a la comprensión de todos nuestros conflictos y de nuestra peculiar manera de ser. No se produce en ellos ese increíble fenómeno de extravío visual o auditivo que es ya inherente a los de otros pueblos. Los franceses, los ingleses, y ahora los norteamericanos, generalmente lógicos y serios en sus obras, son arbitrarios, pintorescos y absurdos cuando describen algún país de habla española. Verdad es que también suelen merecer esos calificativos al tratar de otras naciones que no son las suyas. Ahora mismo un cronista bienintencionado, Mauricio de Waieffe, ha dado en *Le Journal* el retrato de un negro limpiabotas de La Habana que no trabaja los domingos, que gana en el sillón cincuenta mil francos anuales y que el sábado invierte en perfumes para su "amiga" la la cantidad de treinta pesos. Otros viajeros dicen cosas aun más extravagantes. No importa que haya en nosotros afán de cultura, que la población se ilustre cada vez más, que el torrente inmigratorio crezca y se funda en el crisol americano: se mantendrán las leyendas reproducidas por más de doscientos años. Y en todos los casos lo que es una excepción, lo pintoresco, lo lleno de colorines, sigue siendo lo principal y corriente para los cronistas que hablan otros idiomas.

Los que escriben español serán un poco injustos, algo crueles, porque no conocen todos los secretos ni las leyes invisibles de la tradición o las imposiciones de las costumbres. Pero casi siempre ven con nuestros propios ojos.

Tal es el caso de Marcelino Domingo y de su obra *La isla encadenada*. Para él no hubo negros limpiabotas, ni frascos de perfume, ni tazas de café a peseta; sino problemas verdaderamente hondos, de una importancia que sume en perplejidad a quien los aborde.

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

El libro que acaba de publicar Marcelino Domingo, diputado español de gran acometividad, viajero hasta hace poco en nuestras tierras, es un libro de meditaciones honradas, de observaciones directas, de manifestaciones cordiales. No hay aquí el afán de crítica que se trasluce en otros autores, sino el interés de la exposición, como para probar que se ha comprendido.

Las primeras secciones del volumen nos interesan y nos convencen: *Soliloquios de un emigrante*, *Panoramas tropicales*, *Reflexiones de un español*, *La España que perdura en Cuba*; y nos conmueven los *Forjadores de la independencia* y *La isla encadenada*.

Es verdad: el emigrante no es un aventurero que lleva en sí el germen de grandes obras y de energías inacabables, sino casi siempre un vencido en su aldea, a veces renacido o transformado al contacto con otra civilización y otras gentes y productor entonces de fuerza y de prosperidad.

Y es exacto el estudio que de nuestras más graves cuestiones hace Domingo. ¡Dolorosa y triste situación, de la que es necesario salir, antes de que el sentimiento de la irresponsabilidad, ya fuerte, arraigue y deje "el camino abierto a todas las claudicaciones civiles y éticas"!

Lluís Duran i Ventosa. REGIONALISME I FEDERALISME. Prólogo d'Enric Prat de la Riba. Segona edició. Barcelona. Editorial Catalana, S. A.—Escudellers, 10 bis. 1822. 8º, 316 ps.

En este mes de septiembre ocurrió en España un pronunciamiento militar. Ahora gobierna a la nación española un Directorio que aspira a transformar todo lo establecido por los políticos al través de los tiempos. Y en verdad, los militares adueñados del poder han hecho cosas. Autoritariamente, pero las han hecho. Significan unas la modificación más radical introducida en las costumbres; otras representan una buena conquista; y algunas hablan de intransigencia. Ejemplo de éstas: la supresión de los idiomas regionales en periódicos, revistas y escuelas. De ser cierta, es la iniciación de una serie de luchas que puede traer la destrucción de las nuevas instituciones militares.

Nadie, en efecto, podrá suprimir el idioma catalán, que tiene literatura, pueblo e historia. Y después del renacimiento nacional de mediados del siglo pasado, que fué una verdadera resurrección de las letras y de la rebeldía ingénita en los catalanes, se ha arraigado en ellos el sentimiento de la nacionalidad. Impedirles que expresen sus sentimientos en la lengua nativa, es provocar una nueva lucha y derribar la obra de cultura y progreso que desde hace muchos años se realiza en aquella región: la de la Mancomunidad Catalana, que sostiene institutos, bibliotecas, escuelas, laboratorios, que publica obras literarias y científicas y que hace carreteras, ferrocarriles y líneas telefónicas en todo el país. Destruir la base de todo eso, que es el idio-

ma, no es hacer obra de gobierno. Pero es posible que las informaciones cablegráficas hayan exagerado algo la disposición del Directorio, lo que sería de desear para tranquilidad de España y para bien de la gestión de cultura de la Mancomunidad.

Uno de los libros que recientemente ha publicado la Enciclopedia Catalana y que lo hace circular la Mancomunidad, es el que escribió hace casi veinte años el Sr. Durán y Ventosa para fijar los conceptos del federalismo y el regionalismo. En él estudió el escritor catalán todos los problemas españoles, a la vez que exponía las doctrinas que movieron entonces el pensamiento catalán.

Esta nueva edición es conveniente, porque trae a la discusión pública ideas y teorías de otros años y permite comparar y conocer el terreno ganado en la evolución progresiva. Y saber igualmente cuáles eran las tendencias dominantes en los catalanistas de entonces, tendencias que son esencialmente las mismas de hoy a pesar de las modificaciones que hayan podido sufrir en la práctica.

¿ES DE PLÁCIDO LA PLEGARIA A DIOS? Discurso de recepción leído ante la Academia de la Historia, el 16 de julio de 1923, por el doctor Francisco González del Valle y Ramírez. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Ave. del Brasil, 27. 1923. 4º, 106 ps. Con fotograbados.

Hace ya algunos meses, en una de las reuniones semanales que celebra íntima y modestamente la redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, leyó nuestro compañero el Dr. Francisco González del Valle su discurso de recepción como Académico de la Historia. Fué algo así como ensayo y consulta. Y los que escuchamos esa lectura previa, asistimos a la solemne sesión en que recibió la investidura honrosa nuestro camarada. Es que nos movió, además del compañerismo, el interés. Es que deseábamos tributarle nuestra felicitación en público y conocer el efecto que sus razones causarían en los demás oyentes.

El Dr. González del Valle es un investigador honrado que desde hace mucho trabaja sin tregua y con provecho por aportar datos y observaciones útiles a la historia de Cuba. Si escoge para temas episodios ya estudiados, es para presentarlos con una nueva faz, lógica, convincente y cubana.

Al meditar acerca de su discurso de recepción como Académico, encontró diversas e interesantísimas cuestiones dignas del esfuerzo, pero entre todas, la de la autenticidad de la *Plegaria* de Plácido le impresionó más. Durante más de cincuenta años fué tenida como propia del poeta la *Plegaria*, hasta que el insigne maestro Sanguily hizo nacer la duda. Ya en medio de aquel fluir de voces unánimes había una, respetada y temida, que oponía su negación. Treinta años después toda-

vía se mantenía la duda, basada en los conceptos del escritor ilustre, aunque un poco tenue, porque algo impulsaba al pueblo, a los lectores y hasta a los literatos a dar la paternidad de esa poesía al sacrificado de Matanzas. Y vino un historiador a confirmar esa creencia de todos, casi presentimiento. El Dr. González del Valle analiza de tal manera el apasionante punto histórico, da tan incontestables razones, lanza tanta luz sobre el pretendido misterio, que puede decirse, aun a trueque de repetir una frase convertida en lugar común, que agota el tema.

En la reunión de CUBA CONTEMPORÁNEA, otro compañero muy entendido y apreciado por la seriedad de sus estudios, el Dr. José María Chacón y Calvo, expuso su opinión con estas o parecidas palabras, en extremo satisfactorias para el Dr. González del Valle: "Si después de este trabajo apareciera un original auténtico de la *Plegaria*, como prueba de que no es de *Plácido*, cabría entonces la duda." En efecto, si en un archivo familiar ignorado existiera, entre los originales de algún poeta de la primera mitad del pasado siglo, un papel con la *Plegaria*, se podría dudar, porque el Dr. González del Valle demuestra con el cotejo de poesías, el estudio de los diferentes poetas y la compulsación de todas las circunstancias de lugar y de personas, que fué *Plácido* el autor de la discutida y notable poesía. La duda estaría entonces más justificada, porque bien podía algún escritor de la época copiarla en sus cuadernos para conservarla. Y también podían luego sus descendientes atribuírsela. Pero este caso no se ha dado, y por ello no es un absurdo creer que con el discurso del Dr. González del Valle se ha cerrado definitivamente y en favor de *Plácido* la interrogante abierta en relación con la plegaria *A Dios*.

ENRIQUE PIÑEYRO. Su vida y sus obras. Por el doctor Antonio Iraizoz y de Villar. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1922. 8º, 210 ps. Con retratos.

"Su vida larga y provechosa se puede presentar como el ejemplo más desinteresado: sirvió a Cuba en el secreto de la conspiración, en la atmósfera caldeada del periodismo, en la habilidad de la diplomacia, con su palabra fulgurante y con su pluma serena y reflexiva. Su juventud y sus intereses estuvieron siempre al servicio de las libertades por conquistar; su prestigio y su gloria son también valiosas preesas de la República que él vislumbró en sus mocedades y que en su vejez recibió con cariño sin pedirle nunca nada en recompensa."

Esas palabras justas del Dr. Iraizoz acerca de Enrique Piñeyro, gran escritor, ensayista, crítico e historiador que fué admirable también como patriota cubano, retratan al hombre consagrado a recordar en el extranjero y a honrar con su labor a la patria siempre amada.

El Dr. Iraizoz hace en el primer capítulo de su obra una biografía

de Piñeyro, y en los restantes da una exposición crítica de cada uno de los libros del escritor.

Maestro de tan vasta producción y de tan intensa y larga vida, tiene que dar motivo a estudios llenos de gran interés. Sólo con relatar los incidentes de su misión diplomática en la América del Sur, sus trabajos revolucionarios en el Norte, y con referir los antecedentes de sus obras, hay tema bastante para un literato. El Dr. Iraizoz ha sabido escoger con acierto y es justo afirmar que se ha mantenido a buena altura, sin elevarse demasiado y sin caer en puerilidades. Que para tratar determinados asuntos ha de tener el escritor un exacto sentido de la medida, del cual da muestras bien gratas el autor de *Enrique Piñeyro*.

Mucho representó Piñeyro para nosotros, desde que en 1856 publicara sus primeros artículos en las *Brisas de Cuba*, revista estudiantil de gran valor y empuje, hasta su último libro: *Bosquejos, retratos, recuerdos*, 1912, y su *Bibliografía*, aparecida en los *Anales de la Academia de la Historia*, 1919 y 1920. No hay una sola de sus obras, como dice el Dr. Iraizoz, en que no mencione a Cuba, y casi todas ellas están dedicadas a comentar—historia o crítica—sucesos o producciones de nuestra patria. Este hombre, ausente casi cincuenta años, vivió pensando en su tierra, defendiendo la causa de su libertad y esgrimiendo su dialéctica ponderada y convincente para justificar nuestra rebelión y nuestros derechos.

La monografía del Dr. Iraizoz refleja de modo acertado la personalidad de Piñeyro. Acaso podía dar más detalles de su vida noble y fecunda. Pero lo que se encuentra aquí de ella está expresado con certeza y pulcritud. Y en cuanto a sus obras, el lector puede apreciar en estos resúmenes el valer del ensayista cubano, que logró un verdadero renombre entre los hablistas de nuestra lengua.

José Sánchez Rojas. TRATADO DE LA PERFECTA NOVIA. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. 1923. 8°, 82 p.

La perfecta novia, la que satisface el ideal del hombre, el único a que tiene derecho según pensamos, es para Sánchez Rojas la novia madre, la novia hija, la novia hermana, amante, esposa, compañera, amiga, ángel custodio, promesa eterna, novia hormiga, creyente, novia bella, aliada, serena ante el dolor, inteligente, novia freno, un poco ciega, un poco sorda, un poco tonta. Y a cambio, el autor ofrece un hombre.

Tiene el lindo libro pasajes que sugieren un concepto especial de la mujer. El autor copia el consejo dado por una madre catalana a su hija en vísperas de boda: "¡Quiérole mucho! Y según vayas viviendo, procura ser un poco ciega, un poco sorda y... un poco tonta." Ese puede ser el resumen de la obra: pedir a la novia que sea la luz siempre pura y clara, el amor siempre cálido, indulgente y acogedor, la

calma, la alegría, el estímulo, el ensueño, la fuente del entusiasmo: el todo de la vida.

CHITRA. Un drama en un acto. Por Rabindra Nath Tagore. Traducción del original bengalí al inglés por el autor. Traducción al castellano por Heramba Lal Gupta. México. 1919. 8º, 100 p.

El gran maestro ha dado toda su fuerza lírica a uno de los bellos cuentos del Mahabharata, convirtiéndolo en una fuente de poesía. Es la leyenda de Chitrangada, hija del rey de Manipur, que se convierte en la esposa de Arjuna, príncipe de los Kuru, y da a su padre un heredero para el trono. La sencilla historia tiene en la descripción del insigne poeta un sabor delicioso que la hace inolvidable a pesar de su infantilidad y de la frecuencia del caso en las literaturas occidentales.

E. G. C.

La Habana, septiembre, 1923.

NOTAS EDITORIALES

ALTAS Y BAJAS EN LA REDACCIÓN DE "CUBA CONTEMPORÁNEA"

Nuestros amigos y compañeros los Dres. Juan C. Zamora y Ernesto Dihigo, quienes desde el 1º de enero de 1919 entraron a formar parte de la Redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA, se han separado voluntariamente de ella, por disparidad de criterio con el sustentado por la Revista sobre las oposiciones a la Cátedra de Literatura de nuestra Universidad, expuesto en Nota Editorial que se publicó en el número del mes de agosto último.

CUBA CONTEMPORÁNEA lamenta la resolución tomada por dichos compañeros, y les da públicamente las gracias por la cooperación que le prestaron durante los años de 1919 a 1921, en que tuvieron a su cargo la sección de Política Internacional.

Siendo tres las vacantes existentes en la Redacción de esta Revista, puesto que aún no se había cubierto la que produjo el sensible fallecimiento de nuestro inolvidable compañero Carlos de Velasco, se han hecho simultáneamente las designaciones de quienes han de sustituir a dichos tres compañeros.

Para cubrir la vacante causada por fallecimiento del Sr. Carlos de Velasco ha sido nombrado el Dr. José María Chacón y Calvo, uno de los más valiosos elementos de la juventud cubana actual, en la que ha logrado destacarse por sus méritos y cualidades como profundo conocedor de la Literatura Española, respecto de la cual se le considera justamente un verdadero erudito. El Dr. Chacón y Calvo, que desde hace algunos años desempeña el cargo de Secretario de la Legación de Cuba en Madrid, es Doctor en Derecho Civil y en Filosofía y Letras de la Universidad de La Haba-

na, individuo de número (electo) de la Academia Nacional de Artes y Letras y entre sus obras literarias merecen citarse como las más notables *Cervantes y el Romancero* (1917), *Hermanito Menor* (Costa Rica, 1919), una *Tabla de variantes*, ordenada para la edición nacional de las obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1920), *Ensayos de Literatura Cubana* (Madrid, 1922), que comprende conferencias y monografías escritas de 1913 a 1915, *Las cien mejores poesías cubanas* (Madrid, 1922) y *Ensayos sentimentales* (Costa Rica, 1923), habiendo dado a conocer algunos de sus primeros trabajos en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA, de la que ha sido colaborador desde su fundación en 1913.

La vacante producida por la renuncia del Dr. Juan C. Zamora ha sido cubierta con el nombramiento de Redactor hecho a favor del Dr. Arturo Montori, escritor de méritos excepcionales, profesor competentísimo, graduado de Doctor en Pedagogía en nuestra Universidad, Catedrático de Gramática y Literatura de la Escuela Normal para Maestros, de La Habana, cuya Dirección desempeñó durante el bienio de 1917-1919. Colaborador de importantes revistas (*El Figaro, Cuba y América, Letras, etc.*), y redactor de algunos diarios habaneros en los cuales ha publicado numerosos trabajos atañedores a la enseñanza, el Dr. Montori fué Director de la muy útil *Revista Pedagógica* durante los años de 1905 a 1922, y colaborador asiduo de CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyas páginas se han honrado con la inserción de algunos muy notables trabajos suyos y últimamente con la de un capítulo de su novela inédita *El tormento de vivir*. Entre las obras publicadas por el Dr. Montori se cuentan los folletos y libros titulados *Cuestiones Pedagógicas* (1908), *Crítica del método Herbartiano* (1909), *La fatiga intelectual* (1912), *Ideales de los niños cubanos* (1913), *Tipos de apercepción* (1914), *Modificaciones del idioma castellano en Cuba* (1916), *Reglamentación de las Escuelas Privadas* (1917), *Libro Segundo de Lectura* (1918), *Libro Tercero de Lectura* (1918), *Libro Cuarto de Lectura* (1919) y *Libro Quinto de Lectura* (1923), escritos estos dos últimos en colaboración con el Dr. Ramiro Guerra Sánchez, y finalmente el notabilísimo libro *El Feminismo Contemporáneo* (1922), obra formidable cuya aparición despertó extraordinario interés en la opinión pública y fué objeto de grandes y merecidos elogios por parte de la crítica.

Para ocupar el puesto vacante por la separación del Dr. Ernesto Dihigo ha sido designado el Sr. Carlos Loveira, valioso escritor y novelista, cuyas obras le han creado rápidamente una envidiable reputación, en Cuba y en el extranjero. Entre sus producciones figuran *Naturismo práctico* (Mérida, Yucatán, 1914), *De los 26 a los 35* (Washington, 1917), las tres notables novelas *Los Inmorales* (1919), *Generales y Doctores* (1920) y *Los Ciegos* (1922), y finalmente su interesante estudio sobre *El socialismo en Yucatán* (1923), obras que, a pesar de su distinta naturaleza, han revelado en su autor excelentes cualidades como profundo observador y escritor original, de personalidad propia e inconfundible.

CUBA CONTEMPORÁNEA saluda afectuosamente a los tres nuevos Redactores, los señores José María Chacón y Calvo, Arturo Montori y Carlos Loveira, cuya indentificación absoluta y sincera con su programa constituye una garantía de eficiente cooperación y cálido entusiasmo en el mantenimiento y defensa de los altos ideales que inspiraron la fundación de esta revista.

CONCURSO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

La Academia de la Historia de Cuba ha abierto en el mes de septiembre último un concurso literario con arreglo a las siguientes bases:

1^ª El tema de este certamen es: *Historia documentada de la villa de San Cristóbal de La Habana durante el siglo XVII.*

2^ª Las obras se presentarán escritas a máquina, deberán estar redactadas en castellano, y serán originales e inéditas. No se fija extensión determinada, sino que se deja ésta a juicio de los concursantes.

3^ª Cada autor marcará su obra con un lema y la acompañará de un sobre cerrado y lacrado, que contendrá su nombre y dirección, y que tendrá escrito por fuera el lema y primer renglón de la obra.

4^ª Las obras serán entregadas, o enviadas por correo, en paquete certificado, al Secretario de la Academia, quien en cada caso otorgará recibo, haciendo constar en el mismo el sobre-escrito del sobre cerrado y lacrado.

5^ª El plazo para la presentación de obras vencerá a las 12 m. del día 1^º de agosto de 1924.

6^a No se admitirá obra alguna a la cual se acompañe oficio, carta o papel de cualquier clase por el que pudiera averiguarse el nombre del autor.

7^a No se devolverá ninguna de las obras que se presenten: todas ellas se conservarán en el archivo de la Academia.

8^a Las personas que concurren a este certamen se conducirán con la discreción necesaria para que no se sepa, antes de conocerse el laudo de la Academia, cuáles son las obras presentadas por ellas. Si por indiscreción de un autor se supiera su nombre, quedará fuera del concurso.

9^a Se discernirán un premio y un accésit. El premio consistirá en un diploma, trescientos pesos en moneda oficial y cien ejemplares de la edición que la Academia haga de la obra premiada; y el accésit consistirá en un diploma y en cien ejemplares de la edición que la Academia imprima de la obra que merezca esta recompensa.

10^a El mérito relativo de las obras que se presenten no les dará derecho al premio ni al accésit; para alcanzarlos han de tener, por su fondo y por su forma, valor que de semejantes recompensas las haga dignas en concepto de la Academia.

11^a Las obras que resulten premiadas se publicarán por la Academia, a sus expensas, en ediciones de seiscientos ejemplares cada una, y estas ediciones serán propiedad de la Academia. La propiedad de estas obras pasará a sus autores a los seis meses de haber sido publicadas por la Academia, no pudiendo mientras tanto imprimirlas ellos.

12^a Si a juicio de la Academia hubiese, además de las obras premiadas, otra u otras que merecieran los honores de la publicación, se insertarán en los Anales por el orden que se acuerde.

13^a En los nueve primeros días de octubre de 1924 la Academia en pleno acordará la adjudicación del premio y del accésit, y en la sesión solemne y pública que se efectuará el día diez, se abrirán los sobres correspondientes a las obras agraciadas, se darán a conocer los nombres de los autores respectivos y se entregarán a éstos las recompensas.

14^a Después de entregadas las recompensas, los autores de las obras no premiadas adquirirán la propiedad de las mismas.

15^a A este certamen podrán concurrir cuantas personas lo deseen, ya sean ciudadanos cubanos o ya extranjeros, residan o no en el territorio de la República, con la única excepción de los individuos de número de la Academia, a quienes el Reglamento prohíbe tomar parte, como aspirantes a premios, en los concursos que la misma celebre.

CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en contribuir a la divulgación de las bases de este importante concurso, transcribiéndolas en sus páginas.

NOTICIAS

Los señores José A. Fernández de Castro y Félix Lizaso preparan una Antología de poetas cubanos contemporáneos.

*

El tormento de vivir, novela cubana original del Dr. Arturo Montori, aparecerá dentro de pocos días.

*

El renombrado novelista Miguel de Carrión publicará en breve, dos nuevas obras tituladas *La Esfinge* y *Amor y Muerte*.

*

El Sr. Carlos Loveira, escritor cubano de gran nombradía, prepara una serie de novelas cortas cuyo volumen se titulará *Uno de tantos*, y una nueva novela rotulada *La última lección*.

*

El notable literato Max Henríquez Ureña tiene en prensa, y saldrán a luz dentro de un mes próximamente, dos tomos de sus *Discursos y Conferencias*.

*

La Academia de la Historia de Cuba ha recibido últimamente como individuos de número a los señores: René Lufriú y Alonso, Joaquín Lla-verías y Martínez, Antonio Valverde y Maruri, Francisco González del Valle y Ramírez y Salvador Salazar y Roig, quienes leyeron, respectivamente los trabajos cuyos son los siguientes títulos: *La epopeya de una mañana: Diez de Octubre de 1868*; *Facciolo* y "*La Voz del Pueblo Cubano*"; *Colonización e inmigraciones en Cuba*; *¿Es de Plácido la plegaria "A Dios"?* y *La gestión diplomática de Morales Lemus*.

*

Ernesto Renán—que para el renombrado crítico francés Paul Sunday fué "uno de los más grandes escritores franceses y de los más célebres, no sólo de Francia, sino también del mundo entero"—, nació en Tréguier, pequeña ciudad de Bretaña, el 28 de febrero de 1823, de una antigua familia de esa región. Huérfano de padre a muy temprana edad, comenzó sus estudios en la pequeña ciudad bretona, en un colegio dirigido por ancianos sacerdotes.

Años después, ingresó en el pequeño Seminario de San Nicolás del Chardonnet, de donde pasó a San Sulpicio para consagrarse al estado eclesiástico; allá fué donde realizó grandes y profundos estudios de hebreo y otras lenguas antiguas, y se inició en los trabajos de la exégesis alemana. La crítica de los textos de la Santa Escritura produjo en el joven seminarista una crisis de conciencia que modificó su vocación, borrasca espiritual en la que intervino directamente su hermana Enriqueta, quien le aconsejó que pusiera en práctica "el principio de la más absoluta libertad de elección".

Libre ya de la influencia del Seminario, se instaló en el Barrio Latino, intimó con Berthelot, y siguió los cursos de la Soborna y del Colegio de Francia.

En 1847 presentó a la Academia de Inscripciones y Bellas Artes la Memoria que, años después, en 1855, se convirtió en su monumental obra *Historia de las lenguas semíticas*.

A más de su ensayo sobre *La poesía de las razas célticas* y su famosa *Plegaria sobre Acrópolis*, podemos citar las siguientes obras: *Averroes y el averroísmo*, *Origen del lenguaje*, *El porvenir de la ciencia*, *Historia de los orígenes del cristianismo*, *Vida de Jesús*, *Los Apóstoles*, *San Pablo*, *el Anticristo*, *Los Evangelios*, *La Iglesia Cristiana*, *Marco Aurelio*, *Historia del pueblo de Israel*, a más de sus *Recuerdos*, *Diálogos filosóficos*, *Dramas filosóficos* (*Caliban*, *el agua de Juvencia*, *El sacerdote de Nemi*, *La abadesa de Jouarre*) y un gran número de artículos, ensayos, etc.

Este insigne escritor que compartió la gloria con Victor Hugo y, muerto éste, llegó a ser la primera figura intelectual de Francia, murió el 2 de octubre de 1892, en medio de la consideración y el respeto de todo el mundo civilizado. Francia acaba de conmemorar, hace pocos meses, el glorioso centenario de su natalicio.

*

En el teatro *Florida* de Buenos Aires se ha estrenado, con gran éxito, una comedia dramática titulada *Las malas mujeres*, obra de dos conocidos autores argentinos que encubren sus nombres con el seudónimo de *Estebáñez y Vergara*, ya acreditado.

*

La célebre estatua conocida por la *Venus Genetrix*, de Fidias, obra que fué desenterrada en 1913, en Nápoles, ha sido sustraída de esta ciudad y llevada a Francia, lo que ha producido un gran descontento en la ciudad italiana.

*

Según los últimos datos estadísticos, la población de Cuba consta de 3.123,040 habitantes.

*

La sociedad *Ernest Renán* está organizando un Congreso Internacional de Historia de las Religiones.

El Marqués de Villa-Urrutia, conocido publicista español, ha publicado un interesantísimo estudio histórico titulado *Lucrecia Borjia*.

*

La *Revista de Derecho, Historia y Letras*, valiosa publicación que se edita en Buenos Aires, conmemoró en el mes de julio último, el 25º aniversario de su fundación.

Su director-fundador, el Dr. Estanislao S. Zeballos, distinguido publicista argentino, fallecido en estos días, perdió en los primeros veinte años de su empresa \$140,000.00 en el sostenimiento de ese vocero cultural, según comprobantes que se encuentran en el archivo de la Revista.

*

El doctor Farabee, distinguido etnólogo y explorador norteamericano, que acaba de regresar a los Estados Unidos procedente de Colombia, dice que en las cuevas y en los lagos de la América Central y del Sur hay tesoros escondidos por valor de muchos millones de pesos.

*

M. Alfred Croiset, que ha muerto en París hace pocos meses, estaba considerado como uno de los humanistas más doctos de Francia. Entre sus estudios merece citarse *La poesía de Píndaro y las leyes del lirismo griego*.

En colaboración con su hermano Mauricio, escribió la *Historia de la literatura griega*, que está conceptuada como un monumento de erudición.

*

El sillón que estaba vacante en la Academia Francesa con motivo de la muerte de Ernesto Levisse, distinguido historiador, ha sido cubierto con la elección de Jorge de Porto-Riche, ilustre literato.

*

The Bolshevism of Sex, por Fernand J. J. Merckx, es el título de un libro en el cual su autor ataca duramente el feminismo de la mujer norteamericana. Dice el escritor "que la profunda admiración y el sincero amor que le profesaj a la mujer es lo que lo lleva a su anti-feminismo activo."

*

En una reunión de ingenieros urbanistas que tuvo lugar recientemente en la capital del Estado de Wisconsin, M. William H. Schudardt declaró que, según sus cálculos, Chicago llegará a ser una ciudad de 50 millones de habitantes y abarcará una extensión de 180 kilómetros.

J. V.

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXIII. La Habana, noviembre 1923. Núm. 131.

CON EL ESLABON

DÉCIMOTERCERO APÉNDICE



LOS jóvenes, si son simpáticos, atraen, inspiran el gusto de la proximidad; los viejos, aunque sean simpáticos, sólo inspiran la benevolencia a distancia.

*

En lo político, no sé si los hombres llegarán a ser libres; pero sí sé que hay que enseñarlos a serlo.

*

¿Qué distancia separa la discreción de la mentira?

*

¡Qué malos actores somos! La muerte es una pieza que ensayamos todas las noches, y no aprendemos nunca.

*

El patriotismo de nuestros ricos industriales tiene un sinónimo, no pintoresco, pero sí muy significativo: explotación privilegiada.

*

—He escrito muchos libros.

—¿Se leen mucho?

*

He tildado a los españoles de faltos de crítica. Rectifico. Esta miopía o esta ceguera no es peculiarmente española, es humana.

*

Porque soy ciego, si mi vecino Juan es ciego; ¿no puedo llamar ciego a Juan?

*

Si el hombre fuera sólo inteligencia, un ojo avizor frente a un cambiante espectáculo, el desconcierto estupendo en que vivimos le ofrecería materia inagotable de observación. Pero ¡ay! también siente, y siente más que ve y comprende; y en este tormentoso torbellino se va a girones lo mejor de su espíritu.

*

Hay un límite, que debería ser infranqueable, al natural apego a nuestros conciudadanos: la injusticia. Pero es terreno resbaladizo el del patriotismo.

*

En el intervalo de unas cuantas décadas Lamartine nos canta la epopeya y Biré nos caricaturiza la leyenda de los Girondinos. Así escribimos la historia; y el recuerdo de los más famosos es una pelota que sube o baja según el brazo que esgrime el bate.

*

En Cuba florece el monopolio con la misma pujanza con que arraiga la yerba mala en sus campos.

*

Muchos hombres piensan mal de las mujeres, porque así se ahorran de tener que pensar mal de los hombres. Supongo que lo mismo pasará a las mujeres con respecto a estos sus estimables compañeros. Lo cual se explica, considerando que ni unos ni otras merecemos gran precio en almoneda.

*

La libertad se me representa siempre como el Profeta velado de Khorasan. Cuantos tienen, por su cargo, que defenderla, se apre-

suran a cubrirla con el velo en que envolvió la estatua de la amable diosa Hérault de Séchelles.

*

Los *Ensayos* de Montaigne no tienen precio. ¿Por su estilo lleno de matices, de sorpresas, de rasgos imprevistos? ¿Por la infinita variedad de su materia? Por mucho más. Porque nos permiten ver por dentro a un verdadero hombre del Renacimiento, con todos los aportes de la Antigüedad y de la revuelta vida pública de su época, más los detritus de la vida popular de su país.

*

La barbárie es la guerra a cara descubierta; la civilización la guerra con antifaz.

*

Nos aconseja Platón que, entre el dolor y el placer, escojamos el camino del medio. Y antes y después de este divino parlanchín ¡cuántos nos han dado ese recto consejo! Por consejos no queda. El toque estaría en que dependiese de nosotros, de nuestro arbitrio, guardar ese sano y fastidioso equilibrio.

*

¿Las mentiras convencionales? No. La hipocresía radical. Esta es la trama de la vida en sociedad. En la mentira cabe una intención de benevolencia. El hipócrita es doloso, siempre en su provecho; y trata de dorar el dolo, para que corra sin tropiezo.

*

Entre los privilegios de la iglesia católica ninguno como el de acuñar milagros. Distingue, como el mejor ensayador, los genuinos de los falsos. A los unos los premia con la gloria; y a los otros los castiga según el temple de los tiempos, con rigor extremo o con rigor moderado. Y sus fieles acatan. Milagros de la fe.

*

Es famosa la resolución del Areópago, quien viéndose completamente a oscuras en una querrela, ordenó a las partes que volvie-

ran a presentarle el caso dentro de cien años. Famosa resolución; pero, por desdicha, no imitada.

*

En la historia del amor, hasta tiempos muy modernos, el sentimiento pasaba por flor de lujo.

Eros pandemos no se gastaba alas.

*

“Un poeta dramático es un envenenador público”, fulminaba Nicole. Lo cual prueba que un sabio, y asceta por añadidura, puede ser un majadero.

*

Las historias de la penalidad y de la terapéutica demuestran que la crueldad humana toca los límites de la vesania, cuando no los traspasa.

*

La sociedad amamanta a sus pechos a este rollizo mamón: la hipocresía.

*

Y con qué bonitos nombres lo ha bautizado: civilidad, cortesía, urbanidad, afabilidad, amabilidad, modosidad, buenas maneras, don de gentes... sin los que olvido.

*

He leído que el Católico prohibió que viniesen abogados al Nuevo Mundo. Pero esa planta vivaz de los forjapleitos ha germinado y arraigado lozana desde los grandes lagos del Norte hasta los grandes volcanes del Sur. No, no van leyes do quieren reyes.

*

A la sombra de la religión, y abonadas por ella, han florecido las mayores aberraciones. ¿Hay nada más paralizador de la voluntad que el *De morir tenemos* de los trapenses?

*

Gastamos el tiempo. Ciertamente. Lo derrochamos. Pero ¿podríamos hacer otra cosa? En alzar las pirámides o en abrir

el canal de Panamá hemos matado el tiempo, como la hormiga en perforar su hormiguero. La tierra se sacude un buen día, y todo se viene abajo:

*

Ves por un lado el cristianismo, y te parece gallardo; dale vuelta, y le descubrirás los pies de cabra.

*

—Pues eso pasa con todo.

—Es lo que digo; que al cristianismo le pasa lo que a todo. El hombre no puede salirse de sí mismo. No es crisálida. Cuanto hace es humano.

—El cristianismo es sobrehumano.

—Y yo soy humano por los cuatro costados.

*

Los refranes son la quinta esencia de la sabiduría. ¡Bobería! Hay refranes muy agudos, los hay triviales, y los hay rematadamente tontos.

*

—¿Me querrás siempre?

—Siempre.

¡Qué pegadizas son las frases rituales! No se nos caen de los labios, ni para significar lo más íntimo.

*

Las aguas del cielo y las aguas del mar bañan la roca abrupta del Morro; y la roca permanece férrea y erizada, lo mismo ante el ceño, que ante la sonrisa de los elementos.

El raudal de tus consejos, hombre de buena voluntad, resbala así sobre el corazón empedernido de tu oyente.

*

La quintaesencia del optimismo se resuelve en una solemne gansada: Vivimos en el mejor de los mundos *posibles*. Desde luego. Auméntale o disminúyete la temperatura. ¡Buenas noches! Endurécete o ablandándolo más. ¡El diluvio!

*

La carta es del que la escribe, no del que la recibe. Cierto. El dinero que presto sigue siendo mío. Certísimo. Y el corresponso! y el deudor se ríen so capa o a mandíbula batiente.

*

Es pasmoso, en las grandes orquestas, el número de instrumentos que sólo sirven para hacer ruido.

*

En el pedrusco arrancado a la mina, brillan acá y allá los puntitos de materia preciosa. Así en una sinfonía los motivos de veras musicales.

*

Cuánta música que es sólo ruido acompasado. Nada tan plegadizo como el oído; cualquier ron ron nos mece y nos adormece.

*

Al final del *Genio del Cristianismo* pregunta Chateaubriand cuál sería nuestro estado, sin el advenimiento de esa religión; y años después trataba de inquirir Renouvier qué habría sido del mundo, si Cleopatra hubiera sido roma. Modestamente me contesto que seguiríamos siendo tan inhumanos, tan codiciosos, tan lascivos, tan envidiosos, tan falsos, tan embusteros y tan mentecatos como si tal cosa.

*

¡Qué golpe de vista el de los críticos de arte! Según ellos la negra que ofrece un ramillete a la *Olympia* de Manet es hija de la negra que vuelve la espalda a las *argelinas* de Delacroix. Pero como le falta padre, me permito sugerir al negro que lleva un copón en la *Adoración de los Magos* de Durero. El aire de familia se entra por los ojos.

*

Leyendo el juicio de un agudísimo escritor sobre la *Célimène* de Molière, he llegado a penetrarme con pasmo de que cada espectador o lector rehace a su modo los personajes de cada autor. Y sentí derrumbarse con estrépito la crítica.

*

Nuestra edad positivista se empeña en conocer hasta lo más trivial de la vida de los grandes ingenios. Así ciega con torpeza una de las fuentes más cristalinas de la ilusión estética. Clame-mos en coro: fuera la biografía.

*

En mis mocedades usaba esta arrogante divisa *Altitudo, fortitudo*. Parece que el viento de las alturas me entonteció su poco; y al fin vine a sustituirla con la desengañada frase petrarquesca *In rena fondo e scrivo in vento*.

No hables hasta que no acabes, decía sentenciosamente el negro.

*

Lo incognoscible. Nombre púdico de lo inexistente. No existe para cada uno de nosotros lo que no puede cada uno conocer. ¿Y lo que sentimos? Un sentimiento puede ser vago, impreciso, diluirse en las nubes; pero existe.

*

Boquiabiertos ante el zafarrancho de Mussolini y el cuartelazo de Primo de Rivera, oigo a muchos: ¡Un dictador! ¡Qué nos den un dictador! Es decir, el más viejo, el más manoseado y, para nuestra época, el más absurdo y menos eficiente modo de gobernar o desgobernar. Hombre, rey de los inventos, ¡qué poco inventivo eres!

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

¿ES DE PLÁCIDO LA PLEGARIA A DIOS? (*)

(DISCURSO DE RECEPCIÓN LEÍDO ANTE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE CUBA, EL 16 DE JULIO DE 1923, POR EL DR. FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE.)

(Continúa)

IV

ANÁLISIS DE LA PLEGARIA



PROPUESTAS y analizadas las pruebas (las favorables y las contrarias), paso a exponer el fruto de mi investigación, lo que constituye mi aporte al estudio de *Plácido*, o, mejor dicho, al de la plegaria y las otras dos últimas composiciones a él atribuidas (*Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*), cuya paternidad se discute. Concretado mi trabajo especialmente a la plegaria haré un cotejo de ella con todas las poesías del autor de *Cora*, que se tienen por suyas y sobre las cuales no ha habido discusión, para ver si de esta confronta puede inferirse que aquélla es obra de Gabriel de la Concepción Valdés.

Me valdré para el cotejo, de la primera edición de la plegaria publicada en el periódico *El Laberinto*, de Madrid, de las dos colecciones de poesías hechas por *Plácido* en Matanzas, en 1839 (29)

(*) Véase el número 130 (octubre, 1923) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

(29) *Poesías de Plácido*. / Es propiedad del editor. / Matanzas. / Imprenta de Gobierno por S. M. / 1839.—Así reza la cubierta de esta edición que todos citan como impresa en 1838, a causa de carecer de cubierta los ejemplares vistos hasta hoy y de constar en la portada de dicha obra que fué hecha en 1838. El ejemplar que he tenido la suerte de poder consultar, gracias a la bondad de mi amigo Francisco de P. Coronado, pertenece a su biblioteca particular, a la cual acudí para verlo. Queda, por

y 1842 (30); de las de Vingut (1854 y 1856), y de algunas composiciones publicadas en distintos diarios de esta capital. Escojo la de *El Laberinto*, que consta de cinco estrofas—las mismas que tiene la del supuesto folleto de Veracruz (1844), reproducido por Andrés Avelino de Orihuela en su novela *El Sol de Jesús del Monte* (París, 1852)—, y que aparece en *Joyas del Parnaso Cubano* (1855), y en otras publicaciones, por ser la primera que se imprimió, sin que rechace por ello la de seis estrofas que apareció en 1845, y ha sido repetida en distintas ediciones o antologías (31).

Aunque la plegaria es de todos conocida, me interesa copiarla aquí, por ser el documento sobre el cual va a recaer la comparación.

A Dios

Ser de inmensa bondad, Dios Poderoso
á vos acudo en mi dolor vehemente;
estended vuestro brazo omnipotente,
rasgad de la calumnia el velo odioso
y arrancad este sello ignominioso
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
vos solo sois mi defensor, Dios mio:
todo lo puede quien al mar sombrío,
olas y peces dió, luz á los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis Vos, todo fenecer
ó se reanimæ á vuestra voz sagrada;
fuera de vos, Señor, el todo es nada,
que la insondable eternidad perece,
y aun esa misma nada os obedece,
pues de ella fué la humanidad creada.

tanto, comprobado que no es de 1838, sino de 1839, la edición príncipe de las poesías de Plácido.. Ya en 1906, Piñeyro llamó la atención sobre el hecho de aparecer insertada en esta edición una poesía a la cual el autor le puso fecha 5 de enero de 1839. Es la titulada: *A la sentida y prematura muerte de la señorita / Doña Juana Ruiz de la Plaza / acaecida el 5 de Enero de 1839.*

(30) *Poesías Escogidas / de / Plácido / Matanzas / Imprenta de Gobierno / 1842.*

(31) Sobre las distintas lecciones de la plegaria, véase el apéndice II.

Yo no os puedo engañar Dios de clemencia,
 y pues vuestra eternal sabiduría
 vé al través de mi cuerpo el alma mia
 cual del aire á la clara transparencia,
 estorbad que humillada la inocencia,
 bata sus palmas la calumnia impia.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
 que yo perezca cual malvado impio,
 y que los hombres mi cadaver frio
 ultragen con maligna complacencia,
 suene tu voz y acabe mi existencia,
 cúmplase en mi tu voluntad, Dios mio (32).

Leída como queda la plegaria, procede dar la impresión de conjunto antes de entrar en el estudio de sus partes, puesto que en el orden natural primero es la síntesis que el análisis.

Si me estuviera permitido leer ahora algunas de las poesías de *Plácido*, lo que cada uno puede hacer en otra oportunidad, obtendríamos todos, en este momento, la impresión de que la plegaria ha salido de la misma lira que compuso esas otras poesías; oiríamos las mismas notas o sonidos semejantes; no encontraríamos nada que nos causase extrañeza, que disonase del conjunto; pensaríamos que el que escribió *A la muerte de Jesucristo, A la muerte del Redentor, A la Resurrección, A Nuestra Señora del Rosario, Flores del sepulcro, El ángel de la gloria, Duelo de la amistad, En la muerte de la señorita Agustina Gomar*, etc., fué el mismo que escribió la plegaria. La entonación, la sonoridad, los giros, el metro, las frases, las antítesis, la repetición, la predilección por ciertas palabras, las reminiscencias de Quintana, Gallego, Zorrilla y Espronceda, el empleo de sus consonantes favoritos, el movimiento lírico, el romanticismo, esto en cuanto a la parte formal; y en cuanto al fondo, la sencillez de los pensamientos, el "misticismo elemental", la tibia emoción, el predominio de lo objetivo sobre lo subjetivo y la conformidad cristiana... todo, en fin, es de Plácido.

(32) Esta edición de la plegaria se imprime ahora por primera vez en Cuba. La copia fotográfica que en facsímile reproduzco está tomada de la colección de *El Laberinto*, existente en la Biblioteca Nacional, Madrid, la cual copia obtuve por conducto del Sr. Benito Sánchez Alonso, alto empleado de dicha biblioteca.

nuestra España, en la capital del Principado, en la riva de Barcelona, cuyos muros ha abandonado nuestra adorada Isabel, no se ha perdonado medio ni fatiga a fin de obsequiarla de la manera mas cumplida. Antes de verificarse la partida de SS. MM. y A. ha tenido lugar la presentacion de la medalla consagrada á la memoria del regreso de S. M. la reina madre al suelo español. Tiene dos pulgadas de diametro y dos líneas de espesor. En el anverso se encuentra el busto de S. M. la reina madre con la inscripcion:

MARIA CRISTINA DE BORBON.

y en el reverso, una carroza tirada por cuatro caballos y montada por una graciosa niña derramando aromas con la diestra y abrazando con la siniestra el cuerno de la abundancia. En el exergo se leen estas palabras.

AL REGRESO DE CRISTINA A ESPAÑA,
LA DIPUTACION PROVINCIAL DE
BARCELONA.

AÑO MDCCXXXIII

Cada una de las personas reales han recibido una coleccion, compuesta de una medalla de oro, otra de plata, y otra de cobre. Muy luego tendrá la capital de España la envidiable fortuna de encerrar en su seno a la augusta Isabel, cuya salud, gracias al cielo, ha mejorado extraordinariamente á favor de las aguas de Cataluña. La cuestion electoral va cobrando alguna mas vida á medida que se va acercando el dia señalado para la eleccion; cuantas a pesar de esto, que un parto numeroso, no se presentará en el palenque abierto por el gobierno, y que solo trata de hacer presente á la Nacion los motivos que la inducen á seguir semejante conducta.

En el número anterior de EL LABORANTE, desahogabamos nuestro corazon, felicitándonos de hallarse asegurada la paz y tranquilidad del vasto continente donde moran nuestros hermanos de America. Hoy despedazados por el dolor mas acervo, el llanto asoma á nuestros ojos y el alma se condele al referir la triste escena de que ha sido testigo aquel pais virgen e inocente. Siguiendo su curso la causa sobre la conspiracion allí descubierta ha resultado complice Gabriel de la Concepcion Valdes, conocido por PLACIDO, celebre poeta, sublime genio por cuyas venas circulaba la sangre africana, junta con la europea. PLACIDO era un penetrante de Matanzas que no quiso como debio abandonar la Isla de Cuba, pais para el ingrato cuando fue comprada su libertad, merced a los generosos insinuos de varios jóvenes, por respirar las brisas de su patria se habia sometido al empobrecimiento que la humanidad imprime sobre el color de su rostro. Parece que al desgraciado le designaban por rey los conjurados por una corona mas brillante e imperocedera ceñian ya sus sienes, y se no la poseyera ya de mucho antes! No podemos resistir al deseo de copiar íntegra esa composicion nacida de lo mismo del alma. Algun periódico de esta corte ha supuesto que Placido la escribiera sin duda para oblandar á sus jueces! ¡que juicio! ¡tan cabal, que con impresion tan exquisita tendrá quien eso crea! pues que son los hombres capaces de inspirar pensamientos tan sublimes, palabras tan solemnes! Lo que es cierto que si a PLACIDO le condeno la justicia, pudo salvarle la clemencia, que á ser nosotros jueces con una mano hubiéramos firmado la sentencia de muerte, y con la otra hubiéramos descorrido el cerrojo de su prision. No abundan talentos de su temple en el mundo para segarlos en flor en vez de prodigarlos esmerado cultivo, ni estamos tan abundantes de luces que fuéramos á pagar la estrella refulgente que brillaba en el ocaso ¡pedir clemencia Placido? ¡Jamás! su plegaria lo dice; anaba la vida sin temer la muerte, y es bien seguro que nunca se creyó mas feliz, que cuando su inspiracion se remontó á tan grande altura, que cuando habitaba un mundo desconocido y hablado con su Dios despreciaba la justicia de los hombres; la muerte era para el entonces delirio vano, poetico ensueño, la gloria, la realidad con que debia encontrarse al despertar.

Esta es su plegaria.

A DIOS.

Ser de inmensa bondad, Dios Poderoso
á vos acudo en mi dolor vehemente,
estended vuestra brazo omnipotente,
rasgad de la cáscara el velo oscuro
y arrancad este sello ignominioso
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
vos solo sois mi defensor, Dios mio:
todo lo pido quien al mar sombro,
olas y peces dió luz á los cielos,
fueget el viento, groy el mar, al Norte hielos,
vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podéis Vos, todo finis
o se reanima á vuestra voz sagrada,
fuera de vos, Señor, el todo es nada,
que la insondable eternidad padece,
y aun esa misma nada os obedece
pues de ella fue la humanidad creada.

Ya no os puedo engañar Dios de clemencia
y pues vuestra eternal sabiduria
ve al traves de mi cuerpo el alma mia
cual del aire a la clara transparencia,
estorbad que tumblara la inocencia,
bata sus palmas la columna ciega.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
que va precede cual rayado tiempo,
y que los hombres en cada vez
ultrajen con magna complacencia,
suenen tu voz y acabe mi existencia
cumplase en mi tu voluntad Dios mio.

ESTE ES EL JURAMENTO QUE TENIA HECHO

A la sombra de un árbol empunado
que esta de un ancho valle a la salida
hay un pequeño arroyo que convida
a beber de su liquido argentado
alli fui yo por mi deber bautado
y naciendo sitar de tierra endurecida,
ante el sagrado código de Dios
estendidas mis manos he jurado
ser enemigo eterno del tirano
manchar si me es posible mis vestidos
con su execrable sangre por un mano,
derramarla con golpes repetidos
y morir a las manos de un vengado
si es necesario por romper el yugo.

Creemos que nuestros lectores no tomarán a mal el que traslademos a este lugar algunos versos de PLACIDO, como pequeña ofrenda a su desgraciado fin.
Dirigiéndose a la Reina Gobernadora de España decía.

Alguno habla que con torada lira,
mas digna de tu oido soberano
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
cante mas grato, pero no mas libre.

«El corazon no os late? pues en tanto
Que adorna el firmamento
el alba pura con nevado manto,
himnos de gozo sobre al leve viento
á la region olimpica levanto,
calle el que tema, yo no teno y canto.»

Juro ser, si en tus doradas alas,
al trono de Júpiter me acento elevas,
Honero en lión, Pindaro en Tebas.

Alzo a las nubes atrevido el vuelo,
y encumbrando mi gloria hasta el Olimpo,
bajo recinto desaparece el cielo.

Si gratos me escuchas, con rauda vuelo
plegue al Etno que mi noble canto
al alto empireo resonante suba
y en perlas torne convertido á Cubá.

El principio de su oda titulada: *La sombra de Pelayo*, puede dar una idea de la imaginacion brillante y atrevida de PLACIDO.

Cuando los altos montes se estremecen
de los arados vientos al silbido,
y las aves y úceras se guarecen
en concavas cavernas, o parecen
de la centella al subito estampido,
mientras ni el ensueño ni el ensueño canta,
y todo es susto confusion y duelo,
altiva entonces la condor levanta
ceñida de relampagos el vuelo.

A su brillante lumbre
desdeña de los Alpes la alta cumbre,
impavida y trenada como Palas,
y con mirar sereno
por la region horripola del trueno
bate atrevida sus potentes alas.

Tal yo, en mitad del general espanto.

Ya hizo notar Piñeyro que la plegaria

recuerda las otras composiciones de *Plácido* en varias partes, el estilo es por lo menos muy parecido... y no está menos limada que cualquiera otra de sus mejores composiciones (33).

La plegaria revela, además, el estado de ánimo del que se halla ante un gran peligro y, creyéndose perdido, no espera nada de los hombres; o de quien ha sido condenado a muerte y está próximo a sufrir la última pena, siendo inocente. Tal vez esa resignación sea lo que disguste, porque hubiérase preferido el grito de rebeldía, la protesta viril, la condenación de los jueces, la delación de las infamias; porque es tal la indignación que aun hoy causa en el ánimo más sereno la lectura de aquellos procesos seguidos por conspiración de los negros contra los blancos, que no nos conformamos a que un poeta, víctima inocente de la maldad de sus jueces, se muestre tan impasible, sereno, y que su voz no sea más que un lamento al pulsar la lira. Sin embargo, y por lo mismo, creo que es de *Plácido*; fueran imprecaciones y apóstrofes los que hubiera lanzado y surgiría la duda, porque ni el carácter del hombre, ni el momento, ni la esperanza del perdón ofrecido, le permitirían hacer otra cosa que una plegaria. Quien por necesidad o por su condición social y parte también debido a su carácter, se habituó a lisonjear; quien por debilidad y ante el temor habíase prestado a insinuación de los fiscales a acusar falsamente a tantos cubanos, ¿hubiera podido frente a la muerte mostrarse de otra manera que como se mostró en la plegaria? No. Por muy viril que sea el carácter de una persona, ante la muerte flaquea, y desaparecen, o se calman por lo menos, sus odios y rencores, y el deseo de venganza se extingue para dar paso a la serenidad, a la indulgencia, al perdón. En este estado de ánimo el hombre quiere ser bueno y se arrepiente de cuanto hizo contrario a la moral religiosa que le inculcaron en la niñez y olvidada casi siempre hasta ese instante. Por eso ante la muerte no se odia, se perdona, queremos ser buenos; por eso *Plácido* no condena ni recrimina a sus jueces, lo único que le preocupa es declarar su inocencia: quiere ser bueno.

(33) Carta a Vidal Morales, París, 2 febrero de 1900, publicada por éste en *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana*, p. 166, nota.

Otro ejemplo de lo dicho puede hallarse en la última poesía del mártir filipino José Rizal, escrita en capilla. No tiene sabor religioso, como la del poeta habanero, sino patriótico, y es, por tanto, más viril; pero no hay una palabra de odio para sus verdugos. Cuando se refiere a éstos dice solamente:

Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

La plegaria de *Plácido* tiene un marcado sabor sagrado, bíblico; trae a la memoria los salmos de David, y presenta gran analogía, como es natural, con las otras composiciones del mismo género escritas por él. Ofrece, sin embargo, esta singularidad digna de anotarse: es la sola poesía de *Plácido* compuesta toda de estrofas *sextinas* (34). En otras muchas de sus rimas ha usado de ellas, tales como *En la proclamación de Isabel II*, *La sombra de Pelayo*, *La concha marina*, *Al Sr. Dn. Francisco Chacón* (oda), *A la excelentísima Sra. Da. María Francisca del Castillo*, *A la Srta. Da. Virginia Pardi*, *Al Sr. Dn. Francisco Chacón* (epístola), *A la Señora Teresina Rossi*, *A la Resurrección*, *El eco de la gruta* (en el fragmento que se conoce de esta composición, todas, menos una, son sextinas), *A la bendición de la nueva nave de la iglesia parroquial de Matanzas*, y alguna más; pero la plegaria es la única en la cual todas sus estrofas están formadas de seis versos.

Fuera de esta peculiaridad que presenta y que la diferencia de las otras poesías de *Plácido*, no hay en todo lo demás sino concordancias y analogías, como se va a ver.

El metro endecasílabo, que es el de la plegaria, es el preferido por *Plácido*; hojéese si no su colección de poesías y quedará comprobado.

Y entro ahora a señalar las otras semejanzas que he notado confrontando la plegaria con la producción poética de *Plácido*.

(34 Posteriormente, y debido al feliz hallazgo que hiciera en su biblioteca mi amigo Francisco de P. Coronado, de un folleto conteniendo poesías de *Plácido*, pude encontrar otra composición de este autor escrita en versos endecasílabos distribuidos en nueve estrofas, todas *sextinas*. La poesía aludida intitúlase: *La inauguración del cementerio de Matanzas*; y el folleto en que aparece tiene la siguiente inscripción en su cubierta: La "Gratitud" / Matancera / a su / dignísimo Párroco / El Señor Doctor Don Manuel F. García / Matanzas / 1840. La citada composición no ha sido incluida en ninguna de las múltiples ediciones que se han hecho de las poesías del mencionado bardo, ni aun en la de Sebastián Alfredo de Morales, que se tiene por la más completa.

La plegaria empieza así:

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,

En la poesía *A la muerte del redentor* (estrofa I, verso IX), dice:

Señor de inmensa bondad

El verso final de la plegaria es este:

Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

La misma idea, expresada con palabras parecidas, se halla en el soneto *A la muerte de Jesucristo*:

Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandato.

La segunda estrofa de la plegaria comienza de este modo:

Rey de los Reyes, Dios de mis abuelos.

La primera frase del verso preinserto la encontramos en varias composiciones:

Cuando al Rey de los Reyes ofreciera.

(*A la Sra. Doña C. E. con motivo de cantar la bella canción habanera La bella imagen*: est. II v. XII.)

Es el Rey de los Reyes que triunfante

(*A la Resurrección*, soneto, II cuarteto, v. II.)

Leyendo al Rey de Reyes vuestra historia

(*A Nuestra Señora del Rosario*, soneto, I v. del último terceto.)

Al Rey de los Reyes, al Dios de Judá.

(*El poeta*, III est.)

Al Rey de Reyes que el Empíreo mora.

(A la colocación de la primera piedra en la nave de la iglesia parroquial de Matanzas. est. I.)

Al Señor de Abraham, al Rey de Reyes.

(A la bendición de la nueva nave construída en la iglesia parroquial de Matanzas, est. XVII, v. X.)

Giro igual emplea en los versos siguientes:

El Señor de los señores.

(*El ruiseñor y el cordero*, est. VIII.)

Al Santo de Santos.

(*El poeta*, est. III.)

Adiós, Santo de los Santos.

(*A la muerte del Redentor*, est. XVII, v. III.)

Si al hombre de los hombres.

(*A la Señora Doña C. E. con motivo . . .*, est. III.)

La idea expresada en la frase:

Dios de mis abuelos,

con que termina el I verso de la estrofa II de la plegaria, es semejante a la consignada en este verso:

Religión de mis padres sacrosanta.

(*Las flores del sepulcro*, est. XXIII, v. I.)

En las palabras "mis padres" están comprendidos también los abuelos y demás progenitores, porque no se sabe si las empleó el autor para referirse a padre y madre solamente. Pudo además

decir "Dios de mis abuelos", porque éstos, por la línea materna, eran todos blancos, y por la paterna la mitad eran igualmente blancos; de manera que si las tres cuartas partes de sus abuelos o padres eran blancos y sólo la cuarta parte negros y mulatos, no cometió ninguna violencia al invocar al Dios de los cristianos (el de los blancos), que era el de casi todos sus abuelos. Mas las dudas quedan disipadas al leer la estrofa XX del *Canto épico. A villa Clara*, la cual copio a continuación:

Entre pinos, y cedros y yareyes,
nuestros abuelos con lealtad notoria,
juraron ser de los hispanos reyes.
Y nosotros, alumnos de sus glorias,
usos, costumbres, religion y leyes,
ofrecemos también por su memoria
aunque nos cubra de la muerte el manto,
no quebrantar su juramento santo (35).

Me he detenido explicando la frase "Dios de mis abuelos", porque ella sirve a Sanguily, como dije antes, de argumento para pensar que no pudo ser escrita por el autor de *Jicotencal*, en razón a tener éste negros entre sus ascendientes. Pero el redactor de *Hojas Literarias* me da la razón cuando habla de la proporción en que se hallaban mezcladas en aquél las razas caucásica y africana.

Plácido, después de todo—dice—por la raza cabalmente, era más blanco que negro; su padre fué un pardo y su madre una española blanca: era, pues, un octavón; tenía por su madre, una mitad de sangre de blancos y por su padre un cuarto de ella, lo que significa que, por la naturaleza, era menos negro que blanco (36).

En el primer verso de la estrofa final de la plegaria se lee:

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia.

No es aquí la primera vez que emplea Plácido la frase con que termina dicho verso, la había usado antes en la poesía titulada *Vanidad del hombre* (por cierto que la única colección en que

(35) *Canto Epico. / A Villa-Clara por su acrisolada lealtad á la madre Patria, durante la invasión de esta Isla, y toma de la Habana por los ingleses en 1776* (sic). Archivo Nacional, Comisión Militar, leg. 62, 2ª pieza, f. 335 y 336. Lo publicó por primera vez *La Discusión*, La Habana, marzo 18, 1909.

(36) *Hojas Literarias*, t. III, p. 233.

aparece ésta es en la de Sebastián Alfredo Morales), en esta forma:

Del Sumo Omnipotente.

En la unión del adjetivo y sustantivo citados no hay pleonismo: sumo, suma, están empleados en el sentido de supremo, de lo más alto, y omnipotencia, omnipotente, significan respectivamente poder para todas las cosas, que todo lo puede. El uso en tal forma de dichos vocablos no es un disparate, y si lo fuera, tanto mejor, porque descubriría más fácilmente al autor.

Otro poeta cubano, de mayor cultura e instrucción que *Plácido*, Rafael de Cárdenas y Cárdenas, usó de la misma frase, en 1846, en el verso que transcribo:

Señales de suma Omnipotencia.

(*Dios y la Creación*; Antonio López Prieto, *Parnaso Cubano*, La Habana, 1881, p. 280.)

Del gran Señor, omnipotente i sumo,

dijo José Zacarías González del Valle, en su poesía *A un sacerdote* (*Las Tropicales*, La Habana, 1841).

Más adelante tendré oportunidad de hablar de otro poeta cubano, habanero, que repitió la frase en varias de sus composiciones.

Plácido fué muy dado a usar de los adjetivos sumo y omnipotente y del sustantivo omnipotencia: "suma bondad", "sumo Dios", "sumo Ser", "Dios omnipotente", "Ser omnipotente", "Manco omnipotente", "Divina omnipotencia", "increada omnipotencia", son frases que abundan en sus poesías y es fácil tropezar con ellas.

La estrofa IV de la plegaria empieza de esta suerte:

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia.

La misma idea, exteriorizada con palabras semejantes, se halla en los versos que copio de *El ángel de la gloria*:

Al Sumo Ser que la verdad me inspira
nadie puede engañar, y á nadie engaña.

Y en este otro de la elegía *El cólera en la Habana*:

¿Pensáis que como al hombre á Dios se engaña?

La descripción que hace del poder de Dios en la estancia II de la plegaria:

Todo lo puede quien al mar sombrío
olas y peces dió; luz á los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
vida á las plantas, movimiento al río (37),

tiene su concordante en los siguientes versos de la composición dedicada *A mi amigo R. H. en la muerte de su deudo el señor Francisco Roselló*:

Si de Dios sin el permiso
no es dado al hombre pensar,
ni mueve el viento una hoja,
ni oscila el agua en el mar.

Insertados como quedan los versos finales de la II estrofa de la plegaria, quiero aprovechar la oportunidad para decir algo sobre el último verso de la misma, que voy a repetir:

vida a las plantas, movimiento al río.

Éste no es del autor de la plegaria, y quién sabe si *Plácido* al escribirlo lo puso entre comillas o lo subrayó: es de Juan Nicasio Gallego, y puede leerse en el soneto que dedicó *Al nacimiento de*

(37) Esta estrofa y la primera de la propia plegaria recuerdan mucho los siguientes versos de José Zorrilla, en *Impresiones de la noche*, parte II:

Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
infinito el abismo de tu ciencia.
.....
No hay más que tú; y tu soplo poderoso
que anima el mundo presta generoso
vida a la alma virtud, vida al delito.

Pradina, publicado en la colección que de dicho autor hizo Domingo del Monte, en Filadelfia, el año de 1829 (38).

La reproducción consciente o inconsciente que de tal verso aparece hecha por el que compuso la plegaria, y el recuerdo que deja *Plácido* a ese poeta en su memoria testamentaria cuando escribe:

Dejo memorias... á D. Juan Nicasio Gallego,

son tan significativos que me hacen pensar que el que se acordaba al acercarse al término de su vida, del vate español, fué el mismo que compuso la plegaria.

Otra reminiscencia de Gallego obsérvase en el segundo verso de la poesía que vengo analizando, que reza así:

A vos acudo en mi dolor vehemente.

Y Juan Nicasio Gallego, en el soneto *Al cumpleaños de Pradina*, dijo:

Es cuanto gozo en mi dolor vehemente.

(38) *Versos / de J. Nicasio Gallego / Recogidos y publicados / por / Domingo Del Monte. / Filadelfia / 1829, p. 12. El texto íntegro de la citada composición es este:*

Al nacimiento de Pradina

Cuando al morir el polvoroso estío
el otoño asomó la rubia frente,
frescura dando al congojoso ambiente,
vida á las plantas, movimiento al río:

nació Pradina, y celestial rocío
vivificó las flores de repente;
arrullólas favonio blandamente,
y el sol brilló con nuevo señorío.

Alegre al verla el ruiseñor trinaba,
y de su boca de coral salía
fragante olor, que el aire embalsamaba.

"¡Triste de ti, *Casino!* cuando abría
los bellos ojos el Amor clamaba
ay de tu libertad, y aun de la mía!"

Dijo: y sin que pudiese
contener Cupidillo su alegría,
¡llegó, se sonrió, besóla, y fuese,

La frase "en mi dolor vehemente" ha sido usada por Gabriel de la Concepción Valdés, varias veces. En *El Ciprés*, por ejemplo, dice:

Calme tu aspecto mi pesar vehemente.

Verso que repite en la elegía *A la muerte de la Srta. Agustina Gomar*; y en el soneto *A Doña Vicenta de la Puerta*, escribe:

Y á tus miradas de dolor vehemente.

Por si no fuera bastante lo anotado para demostrar que el autor de la plegaria imita y copia a Gallego, citaré otras coincidencias. La plegaria empieza así:

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso.

En *El hijo de maldición* (parte XVI, II), dijo Plácido:

Ser eterno que riges el orbe.

Y en la poesía *A la ingratitud de Zelmira*, repitió este verso con ligeras modificaciones:

El Ser supremo que el orbe rige.

Versos todos que recuedan el siguiente de Gallego en la elegía *A la muerte de la Duquesa de Frias* (1830):

Al Ser inmenso que los orbes rige.

En la oda *La sombra de Pelayo*, que dedicó Plácido a la reina gobernadora de España, inserta en la edición de sus poesías hecha en Matanzas, el año 1839, copió de la elegía *El Dos de Mayo*, de Gallego, el verso que transcribo:

Del mar de hielo a la abrasada zona.

Tales coincidencias, unidas a las que anteriormente he señalado, prueban que el que dejó memorias a Juan Nicasio Gallego, en lo último que escribió en capilla, fué el que compuso los versos de la plegaria que acabo de citar.

Las ideas opuestas de calor y frío expresadas de modos diferentes y que aparecen en la estrofa II, verso V de la plegaria:

Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,

se hallan con frecuencia en las composiciones de *Plácido*.

Del polo Sur á la region del hielo.

(*El ángel de la gloria*, est. XIII.)

Desde la zona ardiente al polo frío.

(*Las venturas del trabajo*, est. XII.)

Del ígneo Sur al setentrion helado.

(*La siempreviva*, est. final.)

Concentrado calor y eterno frío.

(*El cólera en la Habana*, est. X.)

Las reminiscencias de los versos transcritos, con el concordante de la plegaria, y las de éste y aquéllos con el de la elegía de Gallego, son evidentes.

Hay dos vocablos en la plegaria, *frente* y *frío*, que emplea *Plácido* en sus poesías de manera muy abundante, lo que comprueba la pobreza de su léxico, dado lo fácil de buscarles consonantes.

Pero no sólo tiene preferencia por la palabra frío, sino igualmente por las que expresan ideas semejantes, como hielo, helado, nieve, bóreas, yerto, cuyas voces usa a menudo con las que manifiestan ideas contrarias, como calor, fuego, sol, Sur, ígneo, etc., según se ha podido apreciar. Emplea también las primeras asociadas a la idea de muerte. En general esto se observa en la mayor parte de los poetas de la escuela romántica, que era la que predominaba en España y en Cuba en esa época.

Y que los hombres mi cadáver frío,

se lee en la estrofa final de la plegaria; verso que guarda semejanza con estos otros del mismo *Plácido*:

Tu ya cadáver frío.

(*La Despedida*, est. XII, v. II.)

Su rudo tronco y tu cadáver frío.

(*Duelo de la amistad*, est. VI, v. final.)

Sobre los bordes de tu losa fría.

(*En los días de Fela después de su muerte*, est. II, v. I.)

Ved cual se lanza de la tumba fría.

(*Diadema regia*, est. XVI, c. I.)

Como yo en tu tumba fría.

(*A la muerte de mi amigo G. de C.*, est. final, v. IV.)

De Talma y Maiquez en la tumba fría.

(*A Don Antonio Hermosilla*, soneto, est. I, v. IV.)

Cabe tu losa fría.

(*Duelo de la amistad*, est. VI, v. II.)

Que regar puedas en mi tumba fría.

(*Al general mexicano hijo de Cuba, D. A. de la Flor*, est. II, v. final.)

Verás en torno de la huesa fría.

(*La luna de octubre*, est. XI, v. I.)

Ya eran despojos de la tumba fría.

(*El cólera en la Habana*, est. III, v. final.)

Cubre la losa de sepulcro helada.

El cuerpo santo, inanimado y frío.

(*A la muerte del Redentor*, est. final, v. VI-VII.)

Cayó en el fondo de la tumba helada.

(*A un amigo en la muerte de su niña*, soneto, est. II, v. III.)

Como la nieve deslumbrante y fría.

(*Lo que yo quiero*, soneto, est. I, v. IV.)

El uso de tales voces revela la influencia de Esproceda, poeta español que abusó de ellas, al punto de que sería difícil no hallarlas en sus composiciones.

En *El Estudiante de Salamanca*, parte IV, hay este verso:

Gozan en paz bajo la tumba fría.

Y en *El Diablo Mundo* del propio Esproceda, al final del canto I se encuentra el siguiente verso, que no puede expresar más frialdad:

Y tras los hielos de invierno frío.

El verso con que termina la plegaria:

Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío,

es casi igual a uno de Espronceda, quien lo escribió primero, pues murió en 1842, y desde dos años antes ya se habían coleccionado sus poesías; pero probablemente fué compuesto allá en España, y aquí, en Cuba, con entera independencia; porque la frase se halla en los libros sagrados y en las oraciones.

Espronceda dijo así en *El Estudiante de Salamanca* (parte III):

Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!

En la plegaria, según se habrá notado, aparecen como final de verso las palabras *frío* y *hielo*, en la II y en la última estrofas.

Con la voz *frente* sucede otro tanto que con el vocablo frío. Léanse las siguientes poesías de Plácido donde aparece aquella voz al final de rima:

La muerte de Gessler (soneto), *El ángel de la gloria*, *Al aniversario de la muerte de Napoleón* (soneto), *A Desval en su día* (*El sueño*), *Al cumpleaños de S. M. la reina gobernadora*, *En los días de la Reina Gobernadora*, *Duelo de la amsitad*, *Al Sr. D. Francisco Chacón* (epístola), *En la muerte de la Srta. Da Juana Ruiz de la Plaza*, *El suspiro*, *La luna de octubre*, *A. T. en su día*, *A mi amigo D. Buenaventura Romero*, *A P. G. en la muerte de Fela*, *A la muerte del Redentor*, *Al General mexicano...* *D. A. de la Flor*, *El hijo de maldición*, *A un amigo en sus natales*, *Canto épico*, *El cólera en la Habana*, etc.

No sólo emplea este término al final de verso, también se ve en otras partes, en frases como las que copio:

"Blanca frente" (*El pajarillo*), "frente serena" (*Con la vara que mides*), "frentes mustias", (*Jicotencal*), "frente purpurina" (*Diadema regia*), "canas frentes" (*Cora*), "serena frente" (*El hijo de maldición*), "cándida frente" (*Despedida a las Sras. Manuela e Inocencia Martínez, primeras actrices de nuestro teatro*), "ledas frentes" (*A el Yumurí*), "docta frente" (*A Desval*), "frente brillante" (*La flor de la cera*), "pálida frente" (*La partida del pirata*), "frente celestial" (*A Fernando Rojas*), "altiva frente" (*Canto épico. A Villaclara*), "inspiradas frentes" (*Egloga cubana*), "frente clara" (*El pirata en el mar*), y en muchas más que harían interminable la lista.

En la III estrofa de la plegaria hay este verso:

que en la insondable eternidad perece

La frase "la insondable eternidad" la usó Plácido en la elegía *A mi amigo R. H. en la muerte de su deudo el Sr. Francisco Roselló*.

Los tres vocablos *abuelos*, *cielos* y *hielos*, que aparecen aconsonantados en los siguientes versos de la II estrofa de la plegaria:

Rey de los Reyes, Dios de mis abuelos
olas y peces dió; luz á los cielos,
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,

son empleados por *Plácido*, de igual manera, en la estrofa XVII de la oda *El ángel de la gloria*, cuyos versos copio:

Y vosotros, navarros, que entre yelos
á quien odian los hombres y los cielos,
ganaron vuestros ínclitos abuelos.

En la poesía *A P. G., en la muerte de Fela*, aconsonanta cielo y hielo, así:

Y en la inclemencia del cielo,
tornada la sangre en yelo.

Y en el soneto *A la Srta. Juana Ruiz de la Plaza*, y en *El invierno* los usa también.

Vuelo con cielo, y *velo con cielo y hielo*, se hallan en la epístola *Al Señor Dn. Francisco Chacón*, y en *El ángel de la gloria*, de este modo:

Alzo á las nubes atrevido el vuelo
Bajo recinto me parece el cielo.

Cubre mi vista con su denso velo
que suspenden las aves hasta el cielo
del polo Sur á la region del yelo.

Vehemente, omnipotente y frente con que finalizan tres versos de la estrofa primera de la plegaria, son usados como consonantes en *Duelo de la amistad*, en dos ocasiones, *En la muerte de la Srta. Agustina Gomar* y en el soneto *A Da. Vicenta de la Puerta*, como se verá:

Calme tu aspecto mi pesar vehemente
ciña tu impulso mi afligida frente

Y hace que suba con serena frente
hasta el trono del Dios omnipotente.

Los dos primeros versos de *Duelo de la amistad* los reproduce exactamente en la segunda de las composiciones citadas.

En el soneto *A Da. Vicenta de la Puerta*, dice:

Y á tus miradas de dolor vehemente
bajó el amor y se posó en tu frente.

Omnipotente y frente aparecen aconsonantados en tres poesías más por lo menos, del propio autor: *A la bendición de la nueva nave de la iglesia parroquial de Matanzas* (39), *La luna de octubre* (1842) y *El hijo de maldición*.

Las palabras *mío* y *río* y *frío* y *mío* con que terminan dos versos de la segunda y de la última estrofa de la plegaria, aparecen usadas por Plácido en *Las venturas del trabajo*, *La despedida* y *A el Yumurí*. Los versos de la plegaria son estos:

Vos sólo sois mi defensor, Dios mío:
Vida á las plantas movimiento al río.

(Estrofa II.)

Y que los hombres mi cadáver frío
cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

(Estrofa final.)

En la oda *Las venturas del trabajo*, dice:

Esto es tuyó, dijeron, y esto es mío,
desde la zona ardiente al polo frío,
correr las aguas del lejano río.

En la poesía titulada *A el Yumurí*, dedicada a Ignacio Valdés Machuca, se lee:

Adiós callado y memorable río,
recitando el humilde canto mío.

Y en *La despedida*, de este modo:

Tu ya cadáver frío
adiós corazón mío.

Los mismos dos vocablos, en su forma femenina, los aconsonanta en *La luna de octubre* (1842), así:

Verás en torno de la huesa fría
la sombra alzarse de la prenda mía.

(39) La nave se terminó el 28 de mayo de 1842.

Impío y frío, con que finalizan dos versos de la última estrofa de la plegaria, se ven empleados como consonantes en los siguientes versos de *Las flores del sepulcro* (parte IV, est. I):

¡Ay de vosotros míseros impíos
nada al través de los sepulcros fríos.

Con el título *Despedida*, aparece otra poesía en el tomo que publicó *Plácido*, en Matanzas, el año de 1842, la cual ha sido alterada en algunos versos por Sebastián Alfredo de Morales. Consta de ocho cuartetas, y en las tercera, cuarta, y sexta, respectivamente, se ven los versos que copio:

Se aparta tu imagen prenda mía.
En noche oscura y fría.
De la desgracia impía.

Las analogías y concordancias halladas como resultado del coitejo de un documento de autor anónimo, con otros de autor conocido y al cual la tradición le atribuye aquél, cuando se repiten como en el presente caso, son suficientes para darnos la certeza y concluir diciendo que hay que tener como autor del primero al mismo que escribió los segundos.

Además de lo expuesto, hay otros antecedentes. No fué en 1844 la primera vez que *Plácido* estuvo en prisión y escribió poesías en ella. En dos ocasiones anteriores, en la cárcel de La Habana donde estuvo preso siete días, según el mismo ha dicho (40), durante el mando del General Miguel Tacón, y en la de Trinidad, el año de 1843, ocmpuso, respectivamente, entre otras las tituladas *A mi amigo Doris, de la prisión, y A Lince, desde la prisión*. De manera que no debe extrañarnos que escribiera más de una en la cárcel de Matanzas, donde permaneció casi cinco meses y de ella salió para morir. ¿Qué otra comunicación que con las musas pudo tener el infortunado poeta? Concentrado en sí mismo era natural que compusiera las últimas rimas que a él se le atribuyen, y quizás cuántas más ideó que no llegó a escribir.

(40) Archivo Nacional, Comisión Militar, Causa de Conspiración de los negros contra los blancos, legajo 53, f. 256.

La plegaria—dice Sanguily—bien pudiera ser una imitación, pero pensar así es girar alrededor del problema sin resolverlo, sobre todo si no se aportan pruebas bastantes para poder atribuírsela a otro. Y hasta tanto que esto no se haga, considerarla una imitación es admitir al propio tiempo la posibilidad de que sea *Plácido* su autor. Porque, indudablemente, si se la tiene por una imitación, es porque se parece a las otras composiciones del autor a quien se le niega la paternidad, o las recuerda; es porque si realmente fuera de *Plácido*, no nos extrañaría que fuera de él. La imitación, si es que existe, está tan bien hecha que podría decirse parafraseando a Renán cuando supo que el profesor Ganneval negaba la existencia de Jesús: no importa que se diga que no es de *Plácido*, pues quien la concibió es igual a él. Pero si la plegaria es una imitación, lo son también *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*, dada la estrecha semejanza que guardan entre sí las tres composiciones; semejanza que hace pensar lógicamente que el que escribió la primera produjo asimismo las otras dos.

Y si no la escribió *Plácido*, ¿quién la escribió? Necesariamente tuvo que haber sido uno de los poetas contemporáneos de aquél que se hallaban a la sazón en Cuba y se interesaban por la suerte de su hermano en las musas. En el poeta sentenciado a muerte explícate, por esta misma circunstancia y por la idiosincrasia de su carácter, que compusiera una plegaria, que elevara una oración cristiana a su Dios para pedirle misericordia y que lo salvara del baldón de ignominia con que los hombres querían mancharlo; pero otro poeta, que fuera cubano, no debió encontrarse en ese estado de ánimo, conforme y resignado, sino por el contrario, irritado, colérico e indignado por la injusticia y la iniquidad que se iban a cometer o se habían cometido; y en esta situación no son ruegos y lamentaciones los que brotan del corazón, son imprecaciones o apóstrofes los que se lanzan. Ninguna oportunidad mejor para poder desahogar la ira y la venganza contra los verdugos de la libertad, que escudándose con el nombre de un muerto, o de uno a quien, por estar sentenciado a la última pena, no iba a empeorarse su situación.

Pero es que se ha dicho que la plegaria fué recitada por el reo el día de su comparecencia ante el tribunal (8 de junio), lo que

es verosímil; mas ¿quién fué el mensajero que la hizo llegar a manos de aquél, en el supuesto de que la hubiera hecho otro? ¿Y quién fué ese poeta *tan amigo* de Plácido y tan arrojado que, arrojando los peligros ciertos que ofrecía el hacer una poesía proclamando la inocencia del supuesto jefe de la conspiración en Matanzas, se expusiera a ellos? Sería digno de que su nombre pasara a la posteridad por ese solo rasgo, sin tener para nada en cuenta el mérito de la composición que hizo.

Dejo para el final el intento de averiguar cuál de los poetas que vivían en Cuba en aquella época hubiera sido capaz de escribir una poesía como la plegaria. Y paso a hacer algunas consideraciones sobre *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*.

V

BREVE ANÁLISIS DE "ADIÓS A MI LIRA" (**)

Aunque concretado mi trabajo a la plegaria, no puedo sustraerme a decir algo más acerca de las dos composiciones precedentemente citadas, dada la semejanza que se observa entre éstas y aquélla, semejanza que hace pensar que fué una misma la mente que las produjo.

Adiós a mi lira, dice Sanguily que no es de Plácido, y hasta el propio Piñeyro, que al principio no abrigaba dudas de que fuera del autor de *Jicotencal*, las tiene luego, al extremo de considerarla apócrifa.

En esta poesía, como en el soneto *A la fatalidad*, hay detalles personales, como ya dije, del autor que la compuso.

La que brindó con gracia peregrina
la Siempreviva al cisne de Granada,

se lee en dicha poesía. ¿Y quién, sino Plácido, fué el que dedicó la *Siempreviva* a Martínez de la Rosa, que aparece en la *Aureola poética* ofrendada por las Musas del Almendares al recién nombrado Ministro, en 1834?

(**) Véase el apéndice III.

Más adelante dice el poeta:

Acaso entre breves horas
cuando divise el Empíreo,

terminando con el siguiente verso:

Adiós, voy a morir... Soy inocente!

¿Qué poeta era el que iba a morir y era inocente?

En esta composición, como en la plegaria, al poeta no le interesa otra cosa sino que sepan que es inocente; hay asimismo igual resignación en la proximidad de la muerte; declara que su lira no es la de un criminal perverso, del mismo modo que en la plegaria le pide a su Dios que lo libre de la calumnia que los hombres quieren arrojar sobre su frente. Es evidente la unidad de pensamiento y de ideación que han presidido en ambas poesías.

Refiriéndose a *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*, dice Piñeyro:

Yo siempre he dudado de la autenticidad del soneto y del Adiós a mi lira; en ambos creo descubrir algo diferente del estilo y aun del lenguaje ordinario de Plácido, además de otras razones (41).

Y contrayéndose más especialmente a la segunda de las poesías, agrega:

A falta de datos precisos y en vista de lo incoherente del *Adiós a mi lira*, con sus empíricos laureles, y genio furibundo, etc., dudé siempre que fuese de Plácido (42).

Esto decía Piñeyro a Vidal Morales en cartas de 28 de noviembre de 1899 y 2 de septiembre de 1900. Es curiosa la afirmación que por dos veces hace Piñeyro en las cartas aludidas:

Yo siempre he dudado de la autenticidad del soneto y del Adiós a mi lira...

Dudé siempre que fuese de Plácido,

vuelve a decir al hablar otra vez de *Adiós a mi lira*.

(41) Vidal Morales y Morales, ob. cit. p. 166, nota.

(42) Ibídem, p. 166, nota.

Creo haber leído todo lo que Piñeyro ha escrito sobre *Plácido* y nunca he notado esa duda que él dice que siempre ha tenido, por el contrario, ha creído sin discusión que éste era el autor de las mencionadas composiciones.

En el primer artículo de Piñeyro sobre *Plácido*, escrito en Madrid, el año de 1861, y publicado en La Habana, en la *Revista Habanera*, al siguiente año, encuentro las palabras que copio:

¡Con cuánta razón exclama en una de las composiciones que escribió pocas horas antes de su muerte

Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!

terrible expresión de dolor tan amarga por lo menos como el lamento de Andrés Chenier al poner su cabeza en el tajo de la guillotina.

Como todos saben, este verso que cita Piñeyro es de *Adiós a mi lira*. ¿Cómo, pues, explicarnos su dicho de que siempre dudó de la autenticidad de tal poesía? Se explicaría semejante olvido si Piñeyro hubiera escrito una sola vez sobre *Plácido* y en fecha muy remota en relación con la de las cartas mencionadas, pero es que, en la *Revista del Pueblo*, de esta capital, año de 1866, y en *Estudios y conferencias*, Nueva York, 1880, dijo lo mismo.

Con posterioridad a 1900 volvió a escribir Piñeyro sobre *Plácido*; debe, por tanto, consignarse lo que dijo acerca de las últimas producciones de éste, toda vez que viene a ser su juicio definitivo. Declara que, en un principio, tuvo por auténticas las tres poesías que se decían hechas en capilla (plegaria *A Dios*, *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*); pero prefiero copiar sus palabras:

Como en tiempo de España no era lícito a los cubanos discutir, ni verbalmente ni por escrito, materia de esa naturaleza que pudiera tender a mantener viva y gloriosa la memoria de un ajusticiado, todos aceptamos desde luego como auténticas las tres composiciones (43).

Duda, más adelante, de dichas tres poesías, inclinándose a admitir, como de *Plácido*, únicamente la plegaria.

Ésta—dice—es la mejor de las cuatro composiciones [la cuarta a

(43) *Biografías Americanas*, París [1906], p. 354.

que se refiere creo que es el soneto *A la fatalidad*], es digna de él; las otras son muy inferiores, especialmente el *Adiós a mi lira*, a pesar del verso: Ay! me llevo en la cabeza un mundo! (44).

Y agrega:

La *Plegaria* también es la más verosímilmente suya, la más conforme a la situación. Su estilo, su afición a voces técnicas, a adjetivos repetidos, su misticismo elemental, resaltan bellamente, sin exceso, en varias estrofas (45).

Terminando con las siguientes palabras:

Las dudas, repito, permanecen en pie, irreducibles (46).

Del soneto *Despedida a mi madre*, afirma

que es de autenticidad en extremo dudosa.

Sólo admite y tiene como legítimo el soneto *A la fatalidad*, a juzgar por lo que escribe e inserto:

Fuera de las cuatro composiciones, que se dicen escritas en sus últimos días y en la prisión, que no todas son de autenticidad demostrada... (47).

¿Cuál o cuáles de esas cuatro son las de autenticidad demostrada? Ha querido referirse, parece, al soneto *A la fatalidad*. Y ocurre entonces preguntar: ¿cuándo se ha *demostrado* que dicho soneto es de *Plácido*? Lo que ha sucedido es que nadie ha negado a éste la paternidad del mismo, que todos se lo han atribuido a él sin discusión; pero de ahí a que haya sido *demostrada* su autenticidad hay mucha diferencia. El testimonio de Zambrana, de que *Plácido* iba recitando unos versos suyos, y que éstos fueran los del soneto, no creo que sea la demostración de autenticidad a que se refiere Piñeyro. El poeta pudo recitar versos de otro bardo. Además, Zambrana no testifica haber visto el original de la composición, ni oyó decir al que la recitaba que había sido

(44) Ob. cit., ps. 357-58.

(45) *Ibidem*, p. 358.

(46) *Ibidem*, p. 358.

(47) *Ibidem*, p. 337.

hecha por él, ni tampoco refiere cómo salió de la prisión. De modo que resulta incomprensible que se tenga el soneto *A la fatalidad* por auténtico y se niegue tal cualidad a las otras tres composiciones, cuando todas se hallan en las mismas condiciones, según he dejado consignado antes.

El soneto es de *Plácido*, porque él se descubre al decir:

Entre el materno tálamo y la cuna
el férreo muro del honor pusiste;

porque se parece a otras varias de sus composiciones, y porque el estilo y las frases y voces usadas son las peculiares del autor de *Jicotencal*.

Por mi parte, no he querido analizar aquí el mencionado soneto, como acabo de hacerlo con las otras últimas poesías del propio autor, por ser bastante para la identificación lo que en el mismo se dice y, además, porque nadie ha dudado de que sea de *Plácido*, ni abrigo sospechas sobre su autenticidad (48).

Como se ha visto, Piñeyro casi se decide a considerar la plegaria como obra de *Plácido*, por ser la mejor de las postreras poesías a él atribuidas, por ser digna de él; en cambio, las otras, por su inferioridad, no cree que puedan atribuirse al citado poeta. Es verdad que Piñeyro reconoce a Gabriel de la Concepción Valdés "talento poético", y habla de "su estro poderoso", por lo que no es de extrañar que le considere capaz de haber escrito la plegaria.

Es por demás curioso que uno de los reparos que pone Piñeyro al *Adiós a mi lira*, y que le sirve de fundamento para afirmar más su duda, sea precisamente el de mayor valor para descubrir al verdadero autor de la composición.

El término *empíreo* es frecuentemente usado por *Plácido* en sus poesías, y apenas hay composición suya en que no figure tal vocablo o sus sinónimos de olimpo, olímpio, olímpico, cielo, célico, celestino, celeste, etc. Pero como *Plácido* desconoce el idioma y es incorrecto, por consiguiente, en su dicción, se ha permitido la licencia de usar *empírico* por *empíreo*, sin advertir seguramente el distinto significado de ambos términos. Así, tomándolo por *em-*

(48) V. el apéndice V.

píreo, ha empleado *empírico* en no pocas de sus poesías, según paso a referir:

De empíricos laureles coronada,
dice en *Adiós a mi lira*.

En *El ángel de la gloria*, estrofa V, lo empleó *Plácido* muchos años antes, pues esta poesía está en la edición de 1839; dijo de este modo:

Por el lácteo camino el carro aéreo
guíaba Febo al Empírico palacio.

En el soneto *Al nacimiento de N. Chacón*, publicado también en la colección de 1839, lo encontramos igualmente:

Baja á la tierra plácida, dejando
el Empírico círculo del cielo?

Al contemplar su empírico decoro,
escribió en el soneto *A Villa Clara*, publicado en *El Eco*, Villac-
lara, 1843 (49).

El pecho siento, y al escelso nombre
de empírica amistad, el plectro pulso.

(*Epístola al señor Dn. Fernando de Rojas*, final de la primera estrofa, inserta en la edición de 1839.)

Las Empíricas sacras gerarquías,

(Estrofa III, oda *A la resurrección*, edición de 1839.)

Lo he encontrado, finalmente, en el soneto con pie forzado que vió la luz en *La Prensa* de esta capital, el día 20 de mayo de 1842 y que reprodujo y dió a conocer Domingo Figarola-Caneda en su reciente libro intitulado *Plácido (poeta cubano)*, de donde lo tomo. He aquí el verso:

Le aterra con empírico heroísmo.

(49) Esta composición me fué facilitada por mi bondadoso amigo Figarola-Caneda.

Qué lejos estuvo Piñeyro de pensar que el vocablo *empírico* de *Adiós a mi lira*, antes que apartarnos de *Plácido* nos acerca a él notablemente. Desde el punto de vista de la crítica, un disparate de tal naturaleza, y su empleo repetido por un mismo autor, tienen mayor importancia para la identificación de un documento anónimo, que cualquiera otra concordancia o analogía que pudiera hallarse entre dicho escrito y las otras producciones de un autor conocido. Y tal ocurre en el presente caso. Hay un escritor, un poeta que ha empleado seis veces la palabra *empírico* como derivada de *empíreo*; a este mismo poeta la tradición le ha venido atribuyendo la paternidad de la poesía *Adiós a mi lira*; en la misma composición dice el autor que escribió la "*Siempre viva al cisne de Granada*" (Francisco Martínez de la Rosa). ¿Hacen falta más pruebas para la identificación?

Pero, no obstante, quiero anotar otras coincidencias.

Recuérdese que *Plácido* en su memoria testamentaria encargó a su amigo, el cura Manuel Francisco García, que mandara a imprimir en letras doradas la oda de Quintana a la muerte de la Duquesa de Frías; pues bien, en *Adiós a mi lira* hay el siguiente verso:

De este sueño letárgico y profundo,

y en la aludida oda de Quintana, en la estrofa XXII, se halla este otro, que demuestra que el que escribió aquél tenía muy en la mente a Quintana:

Yo en mi sueño letárgico y profundo (50).

La semejanza no puede ser mayor, es casi una copia.

El parecido entre la plegaria y *Adiós a mi lira* no es difícil descubrirlo; señalaré solamente esta semejanza que es la de más bulto: la primera empieza así:

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso.

(50) Gallego, Quintana, Zorrilla, Martínez de la Rosa y el argentino Ventura de la Vega, eran, sin duda, los bardos de la predilección de *Plácido* y que más influyeron sobre él.

En la segunda hay este verso:

Omnipotente Ser, Dios poderoso.

Adiós a mi lira tiene versos que guardan analogía con los de otras composiciones de *Plácido*, no sólo en la forma, sino en la parte ideológica también. Por ejemplo, en la citada poesía dice el bardo hablando con su lira:

No yazga en polvo, no, quede colgada
del árbol santo de la cruz divina.

Y más adelante agrega:

En tanto quede colgada
la causa de mi suplicio,
en un ramo sacrosanto
del que hicisteis vos divino.

En la composición intitulada *El Poeta*, dijo *Plácido*:

Su glorioso instrumento
dejó al morir colgado,
de un laurel floreciente.

Refiriéndose a su lira escribió:

Ha mucho que en el polvo sumergida
no se ciñe de mirtos con festones.

(Al Sr. D. Fernando de Rojas.)

Y *Adiós a mi lira* comienza de esta suerte:

No entre el polvo de inmunda bartolina
quede la lira que cantó inspirada
de empíricos laureles coronada.

El primer verso revela, además, que el que lo compuso había estado en *bartolina* o acababa de salir de ella; y ya dije que el supuesto jefe de la conspiración en Matanzas, pasó en *bartolina*, si no todo el tiempo que guardó prisión, sí la mayor parte del mismo. El tercer verso recuerda este otro de la *Siempreviva*:

de divino laurel y olimpicas flores.

Las voces *profundo* y *furibundo* que se ven aconsonantadas en *Adiós a mi lira*, fueron usadas por *Plácido*, como final de rima, en varias de sus composiciones. Véanse *El llanto de despedida*, los sonetos *A la muerte de Jesucristo* y *A Doña Isabel II en su día*, *La luna de octubre*, *El cólera en la Habana*, y alguna otra.

VI

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SONETO

"DESPEDIDA A MI MADRE" (***)

Doña Concepción Vázquez no quería a su hijo bastardo, pero éste sí sentía afecto por su madre, y más de una vez parece que sufrió al recordar la falta de cariño maternal. Una prueba de lo dicho se halla en la poesía *El suspiro*, dedicada a Doña Inocencia Martínez, con motivo de la comedia *La niña abandonada*, que le vió representar el poeta, en cuya poesía da salida a su dolor así:

Tal, [se refiere al suspiro] solo ser debía
libremente exhalado
por natural y extrema simpatía
á la presencia del mortal sensible
que lamentar supiese mi desgracia;
¡desgracia cruel que el hado turbulento
me prohíbe explicar! Sé que al acento
llegad que aquí os aguardo, madre mía.

.
Lancé un profundo ¡ay! triunfó María.
Triunfaste, sí; no empero satisfecha
de la fácil victoria conseguida,
víbrasme en cada sílaba una flecha
que al corazón derecha
parte, saliendo roja y detenida,
y arrancándome el alma por la herida.

Y termina de este modo:

Por mi suspiro de eternal memoria
que altas virtudes místicas encierra,
te adorarán los hombres en la tierra,
y yo por él te abrazaré en la Gloria.

(***) V. el apéndice IV.

Sábese que *Plácido* cuando venía a La Habana iba a ver a su madre y hasta paraba en casa de ella; pues nada más natural que al ir a morir se despidiese de la autora de sus días en la forma en que lo hizo en el soneto a él atribuído. ¿No se acordó de dejar a su esposa, en la memoria testamentaria que escribió en capilla, el anillo de su madre? ¿Y, en las breves líneas que trazó momentos antes de ser fusilado, no volvió a recordar a su madre?

Dejo mi eterno reconocimiento—escribe—al Sr. Regidor D. Ignacio Valdes Martínez, y á mi Madre, á mi hermana, y á tí, mi último suspiro (51).

En las tres composiciones citadas (plegaria *A Dios*, *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*) hay cierta unidad ideológica; en todas proclama el poeta su inocencia. En la primera dice:

Estorbad que humillada la inocencia.

Adiós a mi lira termina con este verso:

Adiós, voy á morir... ¡Soy inocente!

Y en el soneto, al hablar del postrer sonido de su lira, que dedica a su madre, se expresa según copio:

Sonido dulce, melodioso y santo,
glorioso, espiritual, puro y divino,
inocente, espontáneo como el llanto...

Igual declaración de su inocencia hace en el testamento que otorgó en capilla (52).

La idea expresada en el segundo cuarteto, pidiendo a la autora de sus días que no llore, que él mora en la gloria:

Baste de llanto, el ánimo afligido
recobre su quietud; moro en la gloria,

(51) V. el apéndice VI, y el apéndice II, nota.

(52) "Memorias á V., á R. y á C., q. yo sé que no te desamparan, como tambien á tu familia, y particularmente, á tu Madre, á quien pedirás de mi parte perdon por los padecimientos q. ha sufrido, y de q. yo he sido causa, aunque inocente." V. Apéndice VI.

se halla contenida en otras composiciones de *Plácido*. En el soneto *A un amigo en la muerte de su niña*, escribe:

Pero baste de llanto y de amargura,

 mora en el cielo, y como el alba pura
 te aguarda en los umbrales de la Gloria.

En *La ambarina*, dedicada a María Cristina de Borbón, en sus días, encuentro la siguiente estrofa (la penúltima):

Hijos de Cuba, cuando yo muera
 con ambarinas me coronad;
 y si aun existe nuestra gran Reina
 hacedme el gusto de no llorad.

En la elegía *A mi amigo don Buenaventura Romero*, hace a éste igual recomendación:

Y eres rebelde a él [a Dios], si el cumplimiento
 de sus decretos inmutables lloras.

Y en la leyenda *El hijo de maldición*, se leen estos versos:

Calmad el llanto por piedad, señora.

Y el que á la tumba fué con honor tanto
 más os pide laurel que estéril llanto.

¿Qué dice a su esposa en la memoria testamentaria tantas veces citada? Pues que el llanto que le pide es que socorra a los pobres, que no se entregue al dolor, porque eso no sería ser cristiana y le cerraría las puertas del otro mundo de gloria donde quiere encontrarla entre las personas que le son queridas en éste. Concuerdá, según ha podido apreciarse, lo dicho por *Plácido* en la memoria testamentaria, con lo expresado a tal respecto en el soneto *Despedida a mi madre*; la idea es la misma.

La tradición ha conservado las frases pronunciadas por el poeta infortunado cuando, después de hecha la primera descarga, que lo deja levemente herido, se levanta y exclama: "Adiós, mundo! . . .

¡No hay piedad para mí!... Fuego aquí!" (53), que recuerdan estas otras:

Recíbeme, sepulcro... mundo, adiós.

(*El hijo de maldición*, parte XVII, II.)

Adiós, Hijo de María,
astro más claro que el sol:
espéranos en el cielo,
adiós, Nazareno, adiós.

(*A la muerte del Redentor*, parte IV.)

Adiós a mi lira termina de un modo semejante:

Adiós, voy a morir... ¡soy inocente!

Y el soneto *Despedida a mi madre*, así:

Adiós mi madre! adiós... *El Peregrino*.

No sé qué valor pueda darse a lo dicho en *El Correo de Ultramar* (París, agosto 20 de 1844), sobre el seudónimo con que aparece firmado el referido soneto. Por nota explicó el aludido periódico, que así era como firmaba *Plácido* cuando escribía a su madre. Desde luego que allá, en París, no inventaron tal cosa, sino que ello le fué comunicado por alguno de los corresponsales que tenía en Cuba (La Habana y Matanzas); de manera que la noticia salió de aquí, al menos así lo creo.

Acerca de este punto han sido inútiles mis pesquisas; nada he podido averiguar. Ahora bien; si no usado en esa forma, es decir, como seudónimo y suscribiendo alguna de sus poesías, sí he encontrado el término *peregrino* empleado muchas veces por *Plácido*, en sus versos, y aconsonantado también con divino.

Adiós, Rosa peregrina
.....
deshoja tu faz divina.

(*La Rosa de Trinidad*, parte III.)

Sentado estaba don Peregrino.

(El consejero mentido.)

Hay un solo momento peregrino.

(A la primera sensación de amor, soneto.)

De vivísima lumbre peregrina,
y un globo inmenso de virtud divina

(A Nuestra Señora del Rosario, soneto.)

O ambulante peregrino?

(El hijo de maldición, parte II.)

Van cortando sus ninfas peregrinas.

(A un amigo en sus natales, II estrofa.)

En esa peregrina.

(A Zelmira.)

Loarán por la Habana peregrina.

(Diadema regia.)

Y al sol daban con ansia peregrina.

(Ibíd.)

Dos genios son de forma peregrina!

.
su diestra ofrece cándida y divina.

(El ángel de la gloria.)

Adiós que triste dejo
la tierra peregrina.

(Romance. Despedida.)

Veis aquella matrona peregrina.

(En los días de la reina gobernadora de España, soneto.)

Dichoso tu talento peregrino,

 y ser amado de tu sol divino.

(A la señora D^a Virginia Pardi.)

Y mi cuerpo es solo peregrina
 arca de barro que se da á la muerte.

(Las flores del sepulcro.)

Meció tu cuna Amor, y peregrina

 mostrando gracias en tu faz divina.

(A la Excma. Señora doña María Francisca del Castillo, condesa de O'Reilly, en su día.)

Salud joven sensible y peregrina.

(A doña Inocencia Martínez... El suspiro.)

Y al concluir el ave peregrina.

(La luna de octubre.)

A propósito del uso bastante frecuente que hace *Plácido* del vocablo peregrino, empleado también en su forma femenina, debe quedar anotada la coincidencia de aparecer igualmente en *Adiós a mi lira*, y aconsonantado con divino, en esta forma:

La que brindó con gracia peregrina

 del árbol santo de la cruz divina,

En el soneto *Despedida a mi madre*, los usa así:

glorioso, espiritual, puro y divino

 que vertiera al nacer: ya el cuello inclino,

 ¡Adiós mi madre! adiós... *El Peregrino*.

En la primera composición se encuentra dos veces más la palabra *divino* al final de verso.

Quien tantas ocasiones cantó a Cristina, no es extraño que empleara este nombre repetidas veces. Así lo hallamos como final de rima, además de en *Adiós a mi lira*, en las siguientes composiciones:

En *Diadema regia*, ya citada, aconsonantado con *peregrina* y con *divina*; *Al cumpleaños de S. M. la reina gobernadora*, cinco veces; *En los días de la reina gobernadora de España*; *En los días de la reina gobernadora*, donde se ve consonantado con *ruina* y *divina*; en *La guirnalda*, a D. Manuel F. de Jáuregui, aconsonantado con *divina*; *La sombra del Cid*, a D. Antonio Buitrago y Blake; *En la proclamación de Isabel II*; *La ambarina*; *A los días de la reina gobernadora de España*, y en alguna más.

VII

LOS POETAS DE CUBA CONTEMPORÁNEOS DE PLÁCIDO

Realizado como queda el análisis de la plegaria y de las otras dos últimas composiciones de *Plácido*, parece innecesario buscar entre los poetas contemporáneos de éste al que hubiera podido componer una poesía cual la plegaria; no obstante, quiero hacer la investigación para que se vea que no desdeño nada de lo que pueda contribuir al esclarecimiento del asunto, y así no quedará por estudiar un punto que tiene alguna importancia.

La plegaria está considerada por todos los que la conocen, como una composición excelente, de suerte que el que la escribió ha tenido que ser un poeta, un buen poeta; es una de esas producciones que dan nombre a un autor. ¿Será acaso por eso que se duda de que haya sido hecha por *Plácido*? No lo creo, porque entonces habría que dudar también de *Jicotencal*, *Cora*, de varios de sus sonetos, de más de una de sus letrillas. Extraña sí, que quien sabía componer versos tan superiores, que lo han colocado entre los primeros líricos cubanos, diera tanta poesía mala, insincera y sin inspiración. Pero así fué *Plácido*. Hay un símil de Enrique José Varona que caracteriza la manera de ser de este poeta:

Tal parece—dice Varona—cuando compone, un hombre que lleva los bolsillos atestados de guijarros y piedras preciosas, y que al sacar la

mano de ellos arroja con indiferencia lo que sale, ya sean más los diamantes, ya los pedruscos (54).

Plácido se paseaba sin saberlo, en los jardines de los clásicos,

Como ha dicho otro eminente crítico cubano (55).

Muy difícil ha de ser, por no decir imposible, descubrir entre los poetas de aquella época uno a quien poder adjudicar la paternidad de la plegaria; pero más difícil aun será encontrar los elementos de prueba necesarios para la identificación deseada. Si a *Plácido*, con todo de tener a su favor la tradición y el dicho de sus contemporáneos, muchos de ellos poetas como él, se le ha negado la paternidad de la plegaria ¿cómo no se le podría discutir al que apareciese ahora reclamando para sí dicha composición? Muy poderosas y concluyentes tendrían que ser las pruebas aportadas para que la crítica quedase conforme y satisfecha. Sin embargo, ¿quién sabe? podría ser que algún día apareciera el original auténtico de la plegaria mostrándonos a todos al verdadero, al indiscutible autor de esa composición. Porque en materia de hallazgo de documentos, y en Cuba, donde por lo mismo que falta tanto por recoger todavía, son frecuentes las sorpresas, no puede decirse *no se hallará*.

Los poetas líricos no eran pocos en la época de *Plácido*; pero todos no estaban colocados a la misma altura; procede, pues, clasificarlos, y así resultará más metódico y fácil su estudio.

El propio documento objeto de esta investigación histórica, la plegaria, por el hecho de estar la misma considerada como una excelente poesía, lleva al investigador a buscar al autor entre los poetas cubanos de primer orden; porque es lógico y natural pensar que dicha composición no ha podido salir de una lira mediana.

En nuestro cielo poético, los dioses mayores de aquellos tiempos fueron pocos: Heredia, la Avellaneda, *Plácido*, Milanés, Orgaz, Mendive, Luaces, Teurbe Tolón, Palma, y tal vez alguno más.

De este primer grupo hay que descartar, desde luego, a *Plácido*, porque no es a él a quien se busca ahora; a Heredia muerto desde 1839; a la Avellaneda, ausente, en España, desde hacía tiem-

(54) *Artículos y discursos*, La Habana, 1891, p. 54.

(55) Rafael M. Merchán, *Varietades*, Bogotá, 1894, t. I, p. 157.

to; a Milanés, quien tenía perturbadas sus facultades mentales desde hacía más de un año cuando ocurrió el fusilamiento de *Plácido*, y a Orgaz, también ausente, en España: Quedan sólo Mendive, Tolón, Palma y Luaces.

El primero no sólo no reclamó para sí la plegaria, sino que, en la antología que publicó en La Habana, en 1854, junto con José de Jesús Quintiliano García (*América Poética*), insertó, como de *Plácido*, la plegaria *A Dios* y el soneto *A la fatalidad*, siendo esa la primera vez que se imprimió en Cuba, consentida por la censura, la plegaria. No obstante, ¿puede atribuirse a este poeta dicha composición? No hay ninguna producción en verso, de Mendive, que recuerde ni se asemeje a la plegaria; sus características como poeta, tales como las ha señalado José María Chacón en su reciente antología de poetas cubanos, son: "forma pulida y correcta... sosegada y digna", nota personal, emotiva en la mayor parte de sus composiciones, las cuales están desprovistas de oratoria enfática (56).

El estilo de Mendive no es el de *Plácido*, léanse sus poesías y quedará comprobado; ni aun en las de carácter religioso o elegíaco se parece en nada al autor de *Jicotencal*; es otra su fraseología, otros sus giros y consonantes. Consúltense su *Invocación religiosa*, *Dolor y resignación*, *La oración de la tarde*, *Ultima flor*, *Ultima lágrima* y la intitulada *Elegía*. En ellas se advertirá la nota suave, sentimental y melancólica que parece ser la predominante en él, pues aun se percibe en las poesías que no son de este género elegíaco. Pero nunca se encontrará en sus versos la abundante adjetivación, la ampulosidad del lenguaje, la pletórica sonoridad y el colordio característico en *Plácido*.

Miguel Teurbe Tolón es un poeta completamente distinto a *Plácido*, no tiene nunca la entonación grandilocuente que llegó a alcanzar éste en algunas de sus poesías, su métrica es también diferente, por lo general, lo mismo que su ideología y léxico. Entre sus composiciones líricas hay una titulada *Plegaria* (1842), que en nada se parece a la de Gabriel de la Concepción Valdés. Véanse sus dos tomos de versos, el impreso en Nueva York, 1856, dividido en dos partes, que comprenden las *Leyendas cubanas*, y las agru-

(56) *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922, p. 151.

padas bajo el nombre de *Luz y sombra*, que son las más numerosas, y el publicado en Matanzas al año siguiente, con el título de *Flores y espinas*, en el que hay muchas de las poesías insertadas en el anterior.

Ramón de Palma se distingue por su pesimismo y melancolía, y por su erotismo, según ha hecho notar la crítica; en ocasiones tiene el énfasis y la entonación quintanescos, pero nunca se eleva a gran altura; es correcto siempre en su dicción, mas no tiene el estro que tenía *Plácido*. Palma, cuyo concepto de la poesía era noble y elevado, según ha hecho constar Chacón, no es presumible que compusiera la plegaria *A Dios*, fingiendo una situación, un estado de ánimo en los cuales no se hallaba.

He citado, a Joaquín Lorenzo Luaces entre los poetas del primer grupo, y a él pertenece, pero no empezó a darse a conocer como lírico hasta 1848, cuatro años después de la muerte de *Plácido*. Consultando con detenimiento la primera colección de sus versos hecha en esta capital, en 1857, por José Fornaris, he comprobado, debido a la feliz circunstancia de llevar todos al pie la fecha en que fueron compuestos o publicados, que ninguno de ellos es anterior al año de 1848. Calcagno dice, asimismo, que hasta el año acabado de citar no comenzó sus ensayos poéticos, que fueron traducciones de Beranger. Y si esto de por sí no fuera bastante, hay otra circunstancia: Luaces y Fornaris, en la antología de poetas cubanos que con el título de *Cuba poética* publicaron en La Habana, en 1858, de la que hicieron una segunda edición más completa, en 1861, insertaron la plegaria *A Dios* entre las poesías de *Plácido*.

Tay vez ni Palma ni Tolón pertenezcan en rigor al grupo de poetas que acabo de estudiar, sino a otro inferior; pero ello no importa al fin que persigo, o sea saber si tienen parecido con el autor de *Jicotencal* y estro suficiente pra hacer una composición cual la plegaria. Y cualquiera que sea el lugar que ocupen en nuestro parnaso, a ninguno de los dos es posible atribuir dicha plegaria.

En el segundo grupo de vates contemporáneos de *Plácido*, citaré a Vélez Herrera, Iturrondo (*Delio*), Valdés Machuca (*Desval*). Los tres eran de más edad que el primero, tenían mayor instrucción que él y fueron sus consejeros o mecenas.

Vélez Herrera tiene alguna semejanza con el poeta de color: es fácil versificador, no espera los momentos felices, ni escoge los asuntos, canta a todo y por eso son falsas y prosaicas muchas de sus poesías; su estilo es oratorio, sonoro su lenguaje; se caracterizó como poeta descriptivo, su facultad de introspección era nula, y de ahí que su poesía no sea personal, sino objetiva. Mas no llegó nunca adonde llegó *Plácido*; su inspiración era inferior a la de éste y no puede igualársele en la amplitud y sonoridad del verso.

Francisco Iturrondo, por el léxico que emplea, se acerca más a *Plácido* que ningún otro de sus contemporáneos. Pero Iturrondo no imita a *Plácido*, sino más bien éste a aquél. Cuando *Plácido* empezó a darse a conocer como poeta, ya Iturrondo había publicado su primera colección de versos: *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, 1831. Leyendo el poema *Colón*, se acuerda uno de *Plácido*.

Ciña trágica musa
 con infausto laurel la roja frente.

 nunca mi lira
 sus dísonos acentos
 consagró á celebrar hombres sangrientos,
 ni el negro horror que la matanza inspira,
 ¡Dulce Caliope! ¡Virgen de la gloria!
 ¡Tú que encendida en refulgente llama
 á la cumbre sublimes de la Fama
 los hechos dignos de inmortal memoria!
 inspírame una vez! presta tu encanto
 al númen que me inflama;
 y del brillante círculo de fuego
 hasta el frígido mar dó el bóreas brama,
 plácido el mundo escuchará mi canto.

Las lágrimas frenad! llegará un tiempo
 que á ver sus lares tornarán gozosos,
 de las índicas palmas coronadas
 sus victoriosas sienes.

Se nota en los cantos de este poeta la preferencia por el uso

de ciertos vocablos: plácido, frente, leda, eternal, frío, gloria; recarga de adjetivos altisonantes sus versos, cae en el culteranismo; abusa también de las voces esdrújulas; su inspiración suele ser sostenida. Según han hecho notar Luaces y Fornaris, su lenguaje es bastante correcto y castizo. Su dicción, pero no su inspiración, es superior a la de *Plácido*; no llegando a igualarle en la armonía ni en la musicalidad de la rima; *Plácido* tiene buen oído, por lo general.

Ignacio Valdés Machuca (*Desval*) fué, como queda dicho, uno de los consejeros literarios de Gabriel de la Concepción Valdés, y en el empleo de ciertas palabras y frases que usa éste en sus composiciones, se advierte la influencia que ejerció el maestro. Pero *Desval* es un poeta de poco estro, aunque suele ser pulido y correcto en el decir; le falta la entonación quintanesca y el lenguaje pletórico y rotundo, característicos del autor de *Jicotencal*.

Es curioso observar que estos tres mentores de *Plácido*, todos de mayor edad e instrucción que él, cuando concurrieron a la justa literaria para celebrar en versos el advenimiento del nuevo ministro Francisco Martínez de la Rosa, en 1834, no hicieron nada superior a aquél; pues la *Siempreviva* ha sido reconocida unánimemente como la mejor de las trece composiciones que figuran en la *Aureola poética al Señor D. Francisco Martínez de la Rosa por las musas del Almendares* (57).

Todavía quedan algunos poetas dignos de mención: José Gonzalo Roldán, Francisco Javier Blanchié, José Victoriano Betancourt, José Fornaris, José Agustín Quintero, Pedro Santacilia, Felipe López de Briñas, Leopoldo Turla e Ignacio María de Acosta.

Todos estos bardos son inferiores a *Plácido*, ninguna de las poesías que hicieron superan ni igualan a las selectas de aquél; tampoco se encuentran en ellos los rasgos característicos del autor de *Jicotencal*. Del referido grupo deben quedar eliminados,

(57) Son trece las poesías y trece los autores que figuran en dicha *Aureola poética*. Los nombres de éstos son, por el orden que aparecen en ella: Marcelino del Corral, Br. Antonio Bachiller y Morales, Dr. Ramón Francisco Valdés, Br. Francisco María Ramírez, José Cornelio Díaz, Br. Juan Manuel de Castro y de Aguilar, Br. Miguel Gerónimo de Orihuela, Dr. José Rodríguez Cisneros, Dr. José Victoriano Betancourt, Gabriel de la Concepción Valdés (p. 45 y 50), Br. Ramón Vélez Herrera, Ldo. Ignacio Valdés Machuca y Francisco Iturrondo.

por ser muy jóvenes en 1844, Quintero, Santacilia y Fornaris, nacidos los dos primeros en 1829 y el tercero en 1827.

Roldán, de temperamento sensible e ingenuo, "es recomendable en los versos menores", dijeron Luaces y Fornaris, en *Cuba Poética*; pero no en los de arte mayor. Blanchié jamás se remonta, es tierno, sencillo, elegíaco. De Briñas ha dicho José María Chacón que "el cauce de su inspiración personal y propia está en los versos íntimos del hogar". Turla, fácil versificador a veces, es vulgar, incorrecto, y duro de oído en ocasiones; su carácter austero le lleva con frecuencia a valerse de la poesía para condenar el vicio y ensalzar la virtud. (Léanse *Ráfagas del trópico*, 1842.) Ignacio María de Acosta, quien no ha hecho nada notable como poeta, ofrece la particularidad de haber escrito más que ninguno en sus versos la frase "suma omnipotencia", usada por *Plácido* en la plegaria. Son tres las poesías de Acosta donde he encontrado la expresada frase: *La creación* (soneto), *La bonanza* (después del huracán de 1846) y *Meditaciones*, en las cuales la emplea respectivamente, de esta manera:

A la voz de la Suma Omnipotencia

También dará tu suma omnipotencia.

Y la Suma Omnipotencia (58).

Pero este poeta era el que menos condiciones reunía para hacer una composición cual la plegaria.

De ninguno de los poetas contemporáneos del bardo de *El Yumurí*, que he dejado mencionados, jamás se ha sabido que hayan reclamado para sí la paternidad de la plegaria; la mayor parte de ellos, casi todos, publicaron coleccionadas sus poesías, y entre éstas no figura aquélla; todos, además, sobrevivieron a *Plácido*, llegando uno de ellos, Vélez Herrera, casi hasta nuestra época (59), y nada dijeron en contra de la legitimidad de la composición mencionada, a pesar de correr ésta impresa pocos días después del

(58) *Poesías de Ignacio María de Acosta (Iñigo)*, New York, 1893, p. 192, 209 y 218. Nació en La Habana el 4 de octubre de 1814, y murió en Matanzas el 24 de febrero de 1871, donde residía desde 1833.

(59) Murió en La Habana, el 10 de septiembre de 1886.

fusilamiento del autor a quien se atribuía, y de haber sido repetidamente publicada en el extranjero y en Cuba. La aceptación unánime de la plegaria como obra de Gabriel de la Concepción Valdés, y la falta absoluta de noticias que la contradigan, son circunstancias de mucho valor que no deben pasar por alto. ¿Quién fué ese *imitador* afortunado de *Plácido* que prefirió llevarse consigo el secreto a la tumba antes que despojar de tanta gloria a su hermano en las musas? Sublime rasgo de amor y desinterés, único hasta ahora en los fastos de nuestra historia literaria.

Acerca de hecho tan singular, me hacía Varona la siguiente reflexión cuando hablaba con él sobre el plan de este trabajo; me decía:

El grupo de literatos de Cuba, entonces, era muy reducido, tenía su asiento en La Habana y Matanzas; todos los que lo formaban se conocían o eran amigos y se trataban con frecuencia, ¿cómo es que entre ellos, de no haber sido *Plácido* el autor de la plegaria, no se supo quién fué el feliz compositor de tan peregrina producción?

Si no fué *Plácido*, el silencio de todos, por sí sólo, sería suficiente para que nadie pudiese, sin pruebas, negarle la paternidad de la obra.

Uniéndolo al testimonio de los contemporáneos del poeta, las concordancias y analogías halladas al realizar el cotejo de la plegaria con todas las otras producciones de *Plácido*, la semejanza notable que se advierte entre aquella y *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*, y, finalmente, las coincidencias observadas en lo dicho por el poeta en su memoria testamentaria y en la carta a su esposa, con lo expresado en las tres últimas poesías, tenemos prueba bastante para concluir diciendo que la plegaria *A Dios*, *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*, son obras de un mismo autor, y que este autor es Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*).

(Concluirá)

JOAQUIN SOROLLA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA ASOCIACIÓN DE PINTORES Y ESCULTORES, DE LA HABANA, EL 27 DE AGOSTO DE 1923, POR EL SR. JORGE MAÑACH.)

Señoras y Señores:



BIERTA mañanita blanca, en la primavera incipiente de 1912, vagaba, precoz y romántico, por el Jardín del Buen Retiro de Madrid, un mocito de pantalones cortos y largas ambiciones.

La hora era propicia para los descubrimientos maravillosos. Crujía la arena húmeda bajo la voluptuosidad del andar mañanero, comenzaba el sol a dorar los dorsos de los tritones y las nereidas del monumento—entonces ya casi terminado—a Alfonso el Pacificador, los botes, mecidos por la brisa, chapoteaban suavemente junto al embarcadero del Gran Estanque, y en lo alto de los árboles, en el tímido follaje de abril, una orquesta de verdezuelos y jilgueros parecía disonar y discutir en un gran ensayo general.

El chico—catorce años apenas tenía—se detuvo de pronto muy excitado. Entre las matas vecinas al estanque acababa de vislumbrar un caballete de pintor, y frente al caballete, paleta y pincel en mano, un hombre espeso, menudo y barbado que miraba foscamente al paisaje. La afición y la discreción pleitearon en el ánimo del muchacho; pero la afición ganó—¡a esa edad, todavía gana siempre el ideal!—, y hé aquí que el muchacho se fué acercando lentamente, subrepticamente, deseando ser un espíritu sin cuerpo, hasta colocarse detrás del pintor, que trabajaba, concentrado y veloz, en una mancha de la clara ribera.

No supo el chico después, a ciencia cierta, cuántas horas ha-

bía estado allí de pie, absorto en la artística tarea. Pero cuando las nereidas se habían dorado del todo y el pintor guardó su tela, cerró su caja y plegó su atril, apenas quedaban al neófito fuerzas para hacerse a un lado: tenía el cuerpo entumecido y unas ganas atroces de almorzar.

A la mañana siguiente, el artista volvió al mismo sitio. El niño también. Él ya sabía quién era el pintor y quería verle trabajar. Al cabo de una hora:

—Dí, mocito. A ti te gusta mucho esto, ¿no?—preguntó el hombre, desfrunciendo su ceño apretado. Y el niño:

—Sí, maestro.

—Se ve, se ve... ¿Y aprendes ya?

—Sí, maestro...

Aquel diálogo fué un acontecimiento inestimable en la vida del principiante. El artista era un hombre generoso, parco en palabras, rudamente paternal. Era Joaquín Sorolla. El muchacho... —¡cómo pasa el tiempo, amigos míos!—, el muchacho era éste, tan crecido, a quien hacéis la gentileza de escuchar.

¿Comprendéis, pues, con qué veneración personalísima me acerco yo esta noche a la memoria del extinto maestro español? En la admiración puramente estética, se diluye la melancolía de esta reminiscencia y el dolorido orgullo de aquel privilegio infantil.

Conviene, sin embargo, que yo ponga de lado estas memoranzas, y otras de posteriores tratos con el artista, si es que he de hablaros ecuánimemente del gran valenciano que acaba de morir. No entusiasmarse demasiado en su obra es quizás la mejor manera de honrar su memoria. El entusiasmo casi siempre es efímero, e incierto.

Pero pensad, por otro instante no más, cuánta razón no había de tener Joaquín Sorolla, aquella mañanita de 1912, para interesarse generosamente en la conmovedora asiduidad, en el paciente entusiasmo de su menudo admirador. De niño, él—el Sorolla ilustre—había sido un aficionado precoz también, y sabía de las largas paciencias, de los silenciosos anhelos, de las curiosidades incomensurables, de las hambrientas fatigas!

Sus padres habían muerto cuando él sólo contaba dos años. Unos buenos tíos—pobres cerrajeros de oficio—le recogieron y a

la postre, cediendo a los desalientos de un dómíne y a la vocación manifiesta del huérfano, le iniciaron en el aprendizaje artístico. Pero no podían aquellos pobres cerrajeros forjar llaves bastantes con que franquear totalmente al sobrino las puertas de su ideal. El muchacho tuvo que dedicarse a vender pinturitas para comer.

Cierto día, empero, un mercader de tienda mixta le compró una, por veinticinco pesetas. A poco, un aficionado pasó por el comercio, vió la obrilla, la adquirió, se interesó por el artista. ¡Mecenas habemus!—gritaron arriba los dioses. Y en efecto, don Antonio García, que era fotógrafo en Valencia y comprador avisado, conoció en seguida el talento que se topaba, y, substituyéndose a los tíos de Sorolla, le tomó bajo su protección, le sostuvo hasta que Sorolla pudo abrirse paso y, a la postre, le dió en matrimonio a su hija, “como Pacheco hiciera con Velázquez y éste con Del Mazo.”

¿Suerte, diréis? No sé. Quizás es cierto que los dioses protegen a los que traen sus recados a la tierra. Mas no se crea que la vida de Sorolla—que no he de seguiros puntualizando, porque más nos interesa su obra—corrió toda ella tan llana, tan favorecida. ¿Cuándo no tiene que luchar un artista? Y éste bregó doblemente, llevado de su ambición: fué un gran conquistador de lauros, de públicos, de mercados. Al contrario de muchos nobles artistas españoles, que se encastillan en su feudo y sólo el azar los descubre, Sorolla—temperamento positivo y poco romántico—comprendió la conveniencia material e ideal del foro, de la europeización. Llevó sus lienzos a casi todos los grandes certámenes de Europa y de América. Como si presintiera su invalidez prematura, pintó febrilmente, a veces festinadamente, logrando así reunir, a la edad en que otros grandes aún “comen de la vaca rabiosa”, una fortuna que le permitió instalarse en la vida con exquisita opulencia.

Sin duda fué en parte este sentido de adaptación el que determinó los falsos comienzos de la obra de Sorolla. Cediendo a las exigencias ambientes, toda su obra primeriza, hasta 1894, está hecha de concesiones al gusto ajeno, en pugna con su verdadera vocación personal. Durante diez años, él, que no era por temperamento un ecléctico, sino un insistente, vaciló entre la pintura his-

tórica, anecdótica, religiosa y moral—la pintura “de tesis”, en suma—y el naturalismo ingenuo que al fin había de retenerle.

Sin embargo, ¡qué manifiesta nos parece ahora su vocación al contemplar sus dos primeros cuadros de importancia! *El 2 de Mayo* fué, claro está, por el asunto, una concesión a las aficiones históricas de aquella época, empeñada en ilustrar los mil volúmenes del Padre Mariana. Pero el aporte personalísimo que Sorolla traía a la pintura española de su siglo—su mensaje de honradez, de alegría, de naturalismo y de luz—se insinuaba ya en aquel frenético y fulgurante lienzo de los veintiún años, pintado a pleno sol en la Plaza de toros de Valencia, donde el artista había hecho colocar sus modelos y quemado pólvora en torno de ellos para obtener la visión real de los fogonazos y de la meridiana humareda.

No he de detenerme sino en los momentos índices de aquella fecunda carrera que, por doble concepto, tan brillantemente se inauguraba. Un año más tarde, frescos aún los pigmentos de su segundo cuadro *El palleter dando el grito de independencia*, obra llena de brío juvenil, de verba épica y de luz, mediante la cual gana la pensión provincial de Valencia, Sorolla parte hacia Roma, donde había de ir a engrosar un grupo de excelentes artistas españoles: Villegas, Pradilla, Emilio Salas.

Pero la atracción de París sobre su ánimo era irresistible, y he aquí que el valenciano interrumpe su estancia en la urbe perenne con una breve escapada a las márgenes del Sena. Con ocasión de este viaje a Lutecia, conoce las obras del alemán Menzel y del francés Bastien-Lepage, dando así pie a sus comentaristas futuros para suponer que en la influencia de esos dos maestros extranjeros se origina la orientación naturalista de su obra posterior.

Mas esta conjetura me parece muy discutible. Bien ha dicho Domenech, el sagaz crítico español, que

el medio artístico de Roma, tanto en su gran arte del pasado como en su pobre arte contemporáneo, no era el más adecuado para preparar en Sorolla una comprensión clara y rápida de la orientación tomada por Menzel y Bastien-Lepage.

Además, las influencias, en materia artística, suelen manifestarse incontinenti, determinando una emulación o una imitación inmediata, y nada podía estar más lejos, esencialmente, de la pin-

tura naturalista de aquellos maestros—Menzel y Bastien-Lepage—que el cuadro pintado por Sorolla a su regreso a Roma, *El Entierro de Cristo*.

Su asunto mismo se apartaba de los temas habituales del alemán y del francés. En la ejecución, predominaban los resabios de la manera del valenciano Domingo—primero que había influido en Sorolla—, el ejemplo de los compatriotas suyos en Roma y, sobre todo, el del italiano Morelli, no poco dado a los mismos asuntos de inspiración religiosa. En suma, el cuadro, pese a sus innegables cualidades de composición y sentido místico, fué un fracaso en España. La promesa de *El 2 de Mayo* pareció defraudada. Terminada su pensión, Sorolla, un tanto desalentado, volvió a Italia y se instaló en Asís, la linda villa de poética y sacra tradición, en cuya apacible soledad, solicitado acaso por el espíritu piadoso que hizo germinar las *Floreccillas* del varón fraternal, concibió y realizó su última obra de Italia, *El Padre Jofre amparando a un loco*.

Todavía no era éste, sin embargo, el Sorolla del áureo futuro. Ni había de revelarse aún el alborozado naturalista, el gran señor de la luz, el sabio de la rotunda pincelada en los primeros cuadros que resultaran de su regreso a España, adonde le había repatriado la imposibilidad de ganarse la vida en Asís, pintando acuarelas.

Los primeros años subsiguientes en Valencia y en Madrid fueron duros años. Recién casado al regreso de Italia, fué su bregada brega amarga del genuino artista, que quiere suscitarse una reputación, expresar su personalidad y, al mismo tiempo, ahuyentar el lobo, que raya la puerta.

¿Cómo no había de resentirse su obra de ese dilema cotidiano, y brutal que es la ordalía de todos los artistas? Se ha dicho que los cuadros suyos de aquella época fueron los mejores. A ellos, sin duda, por la virtualidad maravillosa del genio latente, que todo lo vence, debió Sorolla sus primeros triunfos, la alborada de su reputación europea. Pero aún eran los de aquellos tiempos, cuadros de concesión. El mismo Sorolla, años más tarde, se arrepentía de aquella pintura “pintoresca”, pintura de cuento y de moraleja, demasiado atendida a la legítima opinión: *Boulevard de París*, *La Rogativa en Burgos*, *El Beso de la Reliquia*, *Día feliz*, *Otra*

Margarita, Trata de blancas—bellos cuadros, cuadros de amable y experto *métier* y de “interesante” inspiración, pero en los cuales no fulgía aún la llamarada levantina, ni privaba la elocuencia estética sobre la elocuencia literaria.

Sin embargo, el último de estos cuadros, *Trata de blancas*, coincide por el año de su ejecución, que fué el de 1894, y por su exposición en la Anual de París con otro, diametralmente opuesto, que marca el advenimiento de la tercera época, definitiva y gloriosa, en la obra del gran valenciano. Me refiero a *La vuelta de la pesca*.

Trata de blancas es como el epílogo de un libro primerizo; *La vuelta de la pesca* es el primer capítulo de la obra capital. Resolvía aquél un asunto de interior.

Apartándose de su costumbre—os decía yo mismo en una reciente conferencia—pintó Sorolla esa tela en su estudio, aunque disponiendo de tal manera los elementos necesarios de fondo y de luz, que la intervención imaginativa fuese mínima. La escena representa un vagón de tercera clase, en cuyos asientos longitudinales y transversales se ven, a la luz débil del amanecer que se filtra por las ventanillas, los cuerpos hacinados de las tristes reclutas del vicio. En la penumbra, la sórdida figura de una vieja celestina, con gesto de amodorrada placidez, hace cobrar más relieve a la vistosa lozanía de los cuerpos mozos.

Sin embargo, todo es melancólico y gris, en el cuadro. Como en *Otra Margarita*, un lienzo anterior que pinta la tragedia de expiación y remordimiento de una madre infanticida, Sorolla ha penetrado en *Trata de blancas* una de las formas más conmovedoras de la irresponsable miseria humana, del pecado fatal, impuesto por el egoísmo inexorable del sexo; en el pesimismo implícito de su lienzo, palpita una fibrilla de honda conmisericordia. Y todo esto está expresado en los tonos pardos y fríos de las tragedias ocultas, en una técnica meticulosa y tímida, como si el artista no quisiera hacer cínico alarde de su dolorosa inspiración.

Pero hé aquí que, junto a ese lienzo patético, moralista, oscuro y pusilánime, sorprendía al espectador, en la misma exposición de París de 1894, la innovación optimista y espléndida, el lumínico naturalismo y la briosa ejecución de *La vuelta de la pesca*.

Imaginaos el cambio. Todo era triste y crepuscular allí; aquí, todo casi meridiano y gozoso. El Mediterráneo azul de Levante,

toma junto a la costa glaucas entonaciones. Dos bueyes enormes, cachazudos, sumidos hasta los flancos en el hervor espumoso de las aguas, van tirando hacia la playa de una barca, cuya hinchada vela latina traza un vasto ritmo contra el cielo opalescente de la tarde. Uno de la tripulación guía la yunta desde un sólido testuz; los demás, en la barca y en el agua, apañan la próspera encalladura. Os parece oír el chapoteo de las bestias a contramar, el rumor vespertino de la resaca, la tarareada canción de la faena, el crujir del maderamen, la melódica reticencia del viento en el aparejo. De todo el cuadro, se diría que viene un olor a sal y a pescado. Esta agua maravillosamente traslúcida del primer término es una alucinación: pensáis que va a rebosar el marco del cuadro; o mejor aun, olvidándoos del prodigioso artificio, se os antoja que ya estáis vosotros en ella hasta las rodillas, como ese pescador que prepara un leño para calzar la barca en el próximo bajío. Y no hay pensamiento ni emoción implícita en la figuración. El espectador reacciona ante la escena misma, sin analizar su mensaje; y el sencillo episodio marino suscita en él, *inmediatamente*, una impresión de vida amplia, sana, equilibrada y robusta. ¿No es, en verdad, este carácter explícito, esta intermediación del efecto, lo que constituye esencialmente el naturalismo?

Para expresar esa innovación de Sorolla en la pintura española, se ha usado mucho una metáfora que no pierde su gráfica sujerencia con la frecuente reiteración. Max Nordau, en un reciente libro, la frasea así:

Sorolla abrió con osada mano puertas y ventanas, dejó que a torrentes entrasen el aire y la luz en los aposentos de ambiente ya corrompido y viciado.

Pero la exactitud de la abusada imagen es sólo aproximada. No fué lo de Sorolla, en realidad, una iluminación de viejas estancias: fué el total abandono de ellas, fué el renunciamiento a la pintura que pudiéramos llamar sedentaria, fué una escapada lírica al sol, y al mar de su tierra, como las de sus rapaces desnudos en cuadros innúmeros de la playa valenciana.

La vuelta de la pesca tiene alguno que otro tímido antecedente; pero la franca innovación fué suya. Si la ejecución no es aún todo lo osada que había de ser más tarde la técnica de obras si-

milares, por el contenido, en cambio, ya es la primera de la gran serie de obras naturalistas. París premió con una segunda medalla y la distinción *Hors Concours* ese cuadro que hoy se admira en el Luxemburgo y cuya discrepancia de toda la obra anterior de Sorolla es el áureo jalón del cual parte su orientación sucesiva.

Poniendo de lado, en efecto, los pocos cuadros de interior, relativamente insignificantes, que Sorolla hiciera después, el resto de su obra no es sino la orquestación, en crescendo, de un himno magnífico a Valencia, a la naturaleza y al sol. Tras aquel cuadro-norma se reiteran los temas afines. *La Bendición de la barca*, del mismo año de 1894, destaca el blanco roquete y el rojo falde-llín de un monago a pleno sol, sobre la tosca escotilla; *Pescadores valencianos* ensalza la faena de los hombres de Levante, limpiando sus neceseres en el mar; *Cosiendo la vela* nos adentra en la orgiástica luminosidad de un emparrado valenciano, donde un grupo de mozas reidoras, tachonadas de sol, dominan los repliegues sinuosos de un inmensa lona, que alguien ha llamado verdadera "protagonista" del cuadro; *Comiendo en la barca* es un contraluz maravilloso, desde la sombra cálida de una toldilla que recorta a lo lejos la reverberación búida del mar; *Y aún dicen que el pescado es caro!* recoge la luz cenital y fría de una sentina, en que los pescadores viejos atienden al mozo maltrecho en la brega costeña; *Llegada de una barca de pesca a la playa de Valencia* es una repetición más amplia, más movida y espectacular del tema de 1894; *Playa de Valencia* comienza esa serie encantadora de motivos del baño, que puso de manifiesto la inagotable fecundidad de Sorolla en recursos de composición: arenas mojadas, desnudos chicuelos cuyos cuerpos deslumbran bajo la caricia del agua, y del sol; bellas mujeres levantinas, a cuyas ricas formas el viento ciñe voluptuosamente los linos indiscretos, que al mojarse se han hecho diáfanos; botes radiosos, anchas velas, travesuras e idilios en la arena, reverberación estival en las olas, lejanías sosegadas de intenso cobalto, donde el mar, borracho de luz, parece dormir una sienta bochornosa; verdes sombras de cuerpos sumergidos, que simulan gestos de batracios en la profundidad mediana de las aguas; brava iridiscencia del áspero acantilado; banastas de los viveros, donde las escamas palpitantes desmenuzan la insolencia del sol; caras

encendidas bajo el pañolón gayo de las mozas o el amplio y abrasado sombrero de los arrozales.

Con estas telas, cuya elocuencia en vano trataré de sugeriros, Sorolla conquistó la admiración del mundo en la década que fué de 1894 a 1904. Uno tras otro, todos los grandes certámenes artísticos de Europa laurearon a porfía su obra. París, Berlín, Munich, Madrid en 1899, y otra vez París en su gran Exposición Universal de fin de siglo, lo consagraron ya junto a los más grandes artistas contemporáneos.

No obstante, esa segunda época—y aquí oso apartarme de la opinión más corriente—, no me parece que dió aún la medida completa de la potencia imponderable de Sorolla. En el fondo, pese a su preferencia por las realizaciones puramente naturalistas, se advertía aún en Sorolla la nostalgia de un arte más ideológico y sentimental, menos atenido a la realidad aparente y cotidiana de la vida. Sus cuadros *Madre*, *Un experimento*, el mismo *Y aún dicen que el pescado es caro!* y, sobre todo, el que más contribuyó, quizás, a su gran triunfo en París, *Triste herencia*, son brotes esporádicos de aquella aspiración anecdótica e idealista, que quizás no le abandonó íntimamente en el resto de su vida.

¿Errada aspiración, acaso?

Triste herencia, que representaba ese anhelo, era una tela bellísima y conmovedora. Una tarde, el hermano del Asilo de San Juan de Dios, el buen hermano piadoso, que parece, por lo enjuto y viril, un místico miliciano de la época de los Felipes, ha sacado a los niños inválidos a bañarse en el mar. El agua está muy brava y azul. El sol ya va hacia el poniente y dora de soslayo, como en una limosna de calor, las carnes entecas, los cuerpos encanijados, los músculos tullidos de los pobrecitos enfermos. Los niños marchan, vacilantes y grotescos, sobre la arena, auxiliados por el buen hermano. Algunos han entrado ya al agua, y travesean entre las olas; otros avanzan sobre muletas: uno de ellos es además ciegucecito, y hay que ver cómo los demás le ayudan—o se le ríen... En frente, amplio y hospitalario para los desheredados de la "triste herencia", como otro asilo, tiende su azul el océano

¡Dolorosa emoción la de esta piadosa ironía! El artista ha querido, volviendo a su pesimismo, mostrarnos la dualidad peren-

ne de la vida hasta en ese contraste desolador de la naturaleza pujante y de la naturaleza aberrada. Sin embargo, no sé por qué, la filosofía queda aquí al margen del cuadro. El cuadro mismo no os conmueve. Tenéis que hacer un esfuerzo imaginativo sobre el asunto, tenéis que pensar en la anécdota. La vista se os va, insensiblemente, arrastrada de la emoción de pura estética, a los juegos de claro-oscuro, a los matices rutilantes, al movimiento y a la línea; en una palabra, a los aspectos externos de la sutil tragedia.

Sorolla mismo comprendió. Él no era un sugeridor, sino, un descriptor; no un ideólogo-naturalista, como Jean Laurens o Bastien-Lepage, a quienes tanto admiraba, sino una simple retina. La visión pictórica era demasiado acaparadora en él para dejar campo a la imaginación o al comentario. A esa visión mediterránea que como ha dicho alguna vez Ortega Gasset, abarca mejor la extensión que la intensidad de las cosas, le faltaba la aptitud analítica y deformadora de un Zuloaga, para expresar las dimensiones espirituales.

Así, no tratará ya Sorolla de pintar más cuadros de tesis, en que la naturaleza sirva como de *medium* para las figuraciones morales. Se limitará a la reproducción franca e incommentada de la realidad inmediata que perciben momentáneamente los sentidos, y hasta en sus retratos, no irá más allá de los datos concretos, ni perderá la ocasión de retratar a plena atmósfera, bajo el sol que él ama y conoce.

Yo me imagino que hubo en Sorolla, a raíz de su gran triunfo de París, esa especie de revisión, casi estoy por decir de resolución, inconsciente acaso, pero de todas suertes reflejada en el resto de su obra, a partir de 1900. Las grandes victorias, como los grandes fracasos, ¿no suelen tentarnos a venir a cuentas con nosotros mismos? En 1900, Sorolla se encontró. El triunfo de su naturalismo, le llevó, estimulado por la crítica, a la adopción definitiva de esa actitud, en cuanto al fondo.

Pero es probable que el acrecimiento de prestigio, la conciencia de la sanción universal, le indujeran a lo que pudiéramos llamar la ostentación de la forma, el alarde de habilidad técnica. A partir de 1900, el estilo, la factura de Sorolla se hace más atrevida, casi pudiéramos decir más insolente. A los viejos hábitos de

composición, ortodoxos y en cierto modo convencionales, se substituye una encantadora arbitrariedad. Agrupa sus figuras, en vez de diseminarlas; a veces las coloca en difíciles primeros términos, o las recorta con el marco; sus mares ya no muestran el horizonte, sino que llenan toda la tela, con pasmosas soluciones de perspectiva. Todo parece más espontáneo, más verdaderamente *sorprendido*: se pensaría en la cámara fotográfica, si no tuviéramos tal fe en la probidad del artista y no supiéramos que cada cuadro de estos representan un "portfolio" lleno de manchas, de apuntes y de estudios.

El trazo del maestro también ha ganado en amplitud y soltura. Ahora ama, más que nunca, las curvas pujantes de las velas, hinchadas del aire marino, los gestos dinámicos de las figuras, los arduos escorzos de los niños echados en primer término, sobre el lecho de arena, la arquitectura opulenta de una grupa de buey, o del flanco de un bote. Y para que la superación sea completa, hasta la factura y el colorido se han hecho más sinceros—¿cómo diríamos?: menos teóricamente impresionistas.

No tengo tiempo—preocupado como estoy de no fatigar demasiado vuestra atención—para pormenorizar el comentario, que aquí cuadraría, del aporte técnico llevado por Sorolla, no ya a la pintura española de su época, sino a toda la pintura moderna en general. Esa contribución suya pudiera reducirse a esta síntesis: *la rectificación del impresionismo*.

Vosotros recordaréis de una anterior conferencia mía, cómo el impresionismo había sido en Francia, de 1865 en adelante, un movimiento de reivindicación de la luz y del color atmosférico, movimiento que, derivado de las viejas enseñanzas del inglés Turner y del holandés Jongkind, había tomado cuerpo en Francia con Eugenio Boudin y, sobre todo, con su discípulo Claudio Monet, verdadero iniciador de la escuela. Se trataba de pintar las cosas, no con su color "local" (que en realidad no lo tienen único y permanente), sino con la multiplicidad de matices y cambiantes que les prestan la vibración de la luz al través de la atmósfera y los reflejos de las demás cosas circunstantes. Para traducir esos efectos de una manera lo menos plástica posible, se sirvieron los impresionistas de un procedimiento llamado de la "disociación de

tonos”, el cual consistía en la yuxtaposición de menudas y diversas manchas de color que se fundían en nuestra retina al alejarnos, dándonos así la sensación cromática del natural a una hora determinada.

La innovación fué importantísima; pero, como casi todos los movimientos de rápido desarrollo, condujo bien pronto a un radicalismo excesivo. La exageración del principio impresionista que “un cuadro no es la representación de las cosas, sino de la atmósfera en que están colocadas” resultó en lo que un gran crítico ha llamado la “despersonalización” de los aspectos naturales, es decir, la anulación de la fisonomía característica de los modelos representados. Un paisaje o un retrato vinieron a ser tratados, dice Camilo Mauclair, “más y más como un tema de luz, menos cada vez como una revelación de carácter” personal o local. El descrédito del tono peculiar llevó al abuso de tonalidades arbitrarias o ficticias, a la sutilización excesiva y falsa de los matices, al empleo inconsulto, a la postre convencional, de tonos únicamente claros, de sombras únicamente violetas. En fin, la disociación de tonos y el método de la pincelada menuda, que traducía, tendió a desintegrar la unidad de efecto y a precipitar la decadencia del dibujo, en tanto el interés puramente colorista y atmosférico desterró del concepto de la pintura toda idea de contenido, de suceso, haciendo cada vez más insignificante la composición.

Pues bien, Sorolla, en su propia práctica impresionista, puso coto a todos estos excesos. Él había ido al impresionismo atraído por una afinidad natural, revelada ya en sus cuadros de la primera juventud: no se convirtió al movimiento, sino que coincidió con él. Mas los resultados fueron idénticos. Desterrando de su paleta los tonos pardos u opacos, que antes nos mermaban la sensación vívida de la luz; practicando la teoría de los efectos—“resolver cada cosa en las demás”, como dice filosóficamente Ortega y Gasset—; reivindicando en la pintura el derecho estético primordial de los aspectos puramente naturales, Sorolla adoptó el impresionismo en lo que tenía de esencial y plausible.

Pero la tradición de los viejos realistas españoles—de Velázquez sobre todo, a quien había estudiado mucho en el Prado—vivía demasiado intensamente en él para permitirle las exageraciones en que incurrieran los impresionistas franceses. De suer-

te que su pintura, desde 1894, vino a ser la expresión del realismo como actitud, por medio del impresionismo como método. Velazqueñamente, mantuvo en sus lienzos la caracterización enfática e inequívoca, psicológica y anatómica, de personas y lugares; el análisis cromático no le llevó nunca al falseamiento del natural mediante el abuso de tonos puros o exclusivamente claros; guardándose de la excesiva dependencia en la aptitud delimitadora de los valores, evitó siempre el descuido de la línea, antes se gozó en subrayarla. Un cuadro siguió siendo para él, no un simple estado atmosférico, sino una realidad tangible, dinámica, humana: un juego de formas en que la composición era de capital importancia. Después de 1899, apartándose del ejemplo de los Monet, Pissarro, Renoir, hace Sorolla su brochazo más amplio, más persistente y constructivo. Diríase que el artista tiende, como su compatriota Zuloaga, a darle una expresividad plástica, casi escultural, a su pincelada. Pero ya advierte el exquisito crítico americano Huneker que

no se le puede atar a una fórmula particular. Su factura, en otras manos, sería tosca, precipitada, metálica, áspera y demasiado *fortissimo*. A veces *es* todas esas cosas desalentadoras. Pero Sorolla nos lo hace olvidar por su *entrain*, sinceridad y simpatía hacia su tema.

Así pues, merced a estas rectificaciones Sorolla pudo, no sólo introducir, con su predecesor Jiménez Aranda, el impresionismo en España, sino que logró mantenerlo pujante cuando ya la escuela había caído en relativo descrédito, debido a sus propios excesos. En ese aspecto más universal, Sorolla fué el colaborador y el continuador mediterráneo del gran pintor sueco Zorn, otro técnico maravilloso, que en todo le igualara si no le faltasen el gran empuje de ejecución y la superior elocuencia motiva del valenciano.

La obra de Sorolla, desde 1900 hasta acá queda así suficientemente caracterizada en su aspecto formal. Pero ella es demasiado extensa para que yo pretenda describíroslo, aun considerando su relativa pobreza temática y la homogeneidad de su inspiración naturalista.

En casi todos sus demás cuadros, la inspiración es la misma. Sorolla es, por excelencia, el pintor del hombre ante el mar. Él

ha hecho, con acentos de una robustez y una veracidad inimitables, la loa del Mediterráneo, sobre todo, y de sus gentes rudas y sencillas, y del estival retozo de sus playas y la brega perenne de sus costas. A veces, como aquella mañana de abril en que yo le conocí, hacía su visita a la naturaleza interior. Pintaba entonces los jardines del Prado, con sus senderos acribillados de sol que se cuela por entre la trama del follaje, o bien los foscos aldeanos de Castilla—no a la manera sombría y crítica de Zuloaga—, sino atenido, como siempre, a la iluminada verdad exterior, pero traduciéndola con asombroso verismo. Otras veces, recluso en su taller del Paseo de Martínez Campos, hacía por enésima vez los retratos de su mujer y de sus hijos, ejecutaba los pedidos de Mr. Huntington, pintaba efigies próceres o decoraba algún alcázar opulento. Sus viajes al extranjero eran frecuentes, y uno de ellos por lo menos, el que hizo a los Estados Unidos en 1909, contribuyó no poco a redondear su fortuna y su prestigio.

Pero tanto aquellas visitas—visitas de cumplido—como estas andanzas forasteras, no eran más que paréntesis ingratos a que obligaba el oficio. Fuera de Valencia, Sorolla parecía sacado de su natural elemento. La nostalgia del Levante natal, las brumas de cielos menos intensos, de mares menos azules que los del Cañal y de Jávea, nublaban su espíritu. Domenech nos cuenta la confidencia de un amigo en las Grafton Galleries:

No había manera de retener a Sorolla un día más en Londres—decía—; el fin del mes de junio se acercaba, y él sentía ya el ansia de su playa valenciana. Si hubiera permanecido aquí un día más, se habría enfermado.

Y es que Sorolla detestaba por temperamento todas las ficciones, desde la de la ciudad, hasta la de la pintura literaria. Este naturalismo suyo, esta manera como si dijéramos fisiológica, no-intelectual, de mirar a la vida ha de tenerse en cuenta para la apreciación justa y definitiva de su arte. Temperamentos habrá, fantaseadores o librescos para los cuales esa visión sea demasiado somera, esa traducción poco interpretativa, ese arte algo vacío; pero la pura y simple naturaleza también tiene su elocuencia para el espíritu, y cuando se la copia con el optimismo risueño de Sorolla, suscita en el ánimo una edificante emoción de sanidad y grandeza, de plenitud y equilibrio.

Ahora, el gran español ha muerto, a los sesenta años de una vida como pocas fecunda y gloriosa. Altos apreciadores, nobles críticos, lo habían clasificado ya entre la "media docena de grandes pintores contemporáneos". Con él España había visto iniciarse la primavera de sus viejos laureles, empolvados y marchitos en la decadencia del décimonono. La Raza entera lo miraba —al lado de Zuloaga, de Anglada, de Romero de Torres, de nuestro Beltrán y Massés cubano—, como a uno de los más gloriosos exponentes de su potencialidad estética.

Repitémonos una vez más el viejo consuelo: el hombre ha muerto, pero queda su obra. Nosotros los cubanos tenemos la suerte de que aquí cerca, en la ciudad de Nueva York, un hombre generoso, comprensivo y rico haya atesorado en su *Hispanic Museum* gran parte de la producción capital y de la más reciente de Joaquín Sorolla. Sea, pues, ese lugar propicio, al margen de Broadway, templo adonde en lo sucesivo vayamos los cubanos a hacer un paréntesis redentor en nuestras frivolidades veraniegas.

La Asociación de Pintores y Escultores, al reuniros aquí esta noche en recordación del gran artista extranjero que acaba de morir, afirma una vez más su creencia en la noble comunidad del ideal, que trasciende todas las cédulas y todos los exclusivismos, y eleva sus votos por que la raza pueda pronto substituir a este hijo dilecto, que le han enajenado los dioses.

Joven periodista, inteligente y culto; artista por temperamento y crítico de muy estimables cualidades, el Sr. Jorge Mañach es uno de los valiosos elementos de la nueva generación cubana interesados vivamente en el progreso cultural de nuestro país. Ha pronunciado conferencias sobre cuestiones de arte, y es actualmente Redactor del *Diario de la Marina*, de esta ciudad. CUBA CONTEMPORÁNEA se complace al insertar en sus páginas este interesante estudio, hasta ahora inédito, leído por su autor en la velada que celebró la Asociación de Pintores y Escultores para honrar la memoria del insigne pintor español recientemente fallecido.

EDUCACION LIBRE

UNA PROTESTA CONTRA EL MECANISMO

TRADUCCIÓN DE MANUEL F. CESTERO



A diferencia que existe entre los tiempos modernos y los antiguos se debe, principalmente, a la invención de las máquinas. Se observa que las máquinas fabrican mucho más fácilmente un alfiler en la actualidad, que como lo hacían antes, y se infiere de aquí que las máquinas podrían hacer también seres humanos y que aquellos a quienes no les gustan los productos hechos en máquinas, son unos fósiles que no tienen cabida en el mundo moderno. Esta manera de ver las cosas ejerce una influencia cada vez mayor en los países industriales más avanzados. Los males que esto encierra no atañen de ninguna manera a la educación; pero es el aspecto educativo lo que me propongo tratar en este trabajo.

Creo que todo lo que realmente vale en la vida intelectual será aniquilado en la raza blanca, si continúa el propósito de asimilar el hombre a la máquina. Las máquinas son admirables sirvientes, pero hasta que nosotros no hagamos de ellas verdaderos sirvientes no cosecharemos el beneficio de sus servicios. Actualmente nos amenazan con ser nuestros amos, espiritual y materialmente. Es muy necesario estar en guardia contra tal tendencia, sobre todo como ella se manifiesta en el educación a la cual está sujeta la democracia que guía el mundo.

Existen dos fines que todo sistema de educación debe esforzarse en realizar: hacer buenos ciudadanos y hacer buenos hombres. En el sentido más amplio y filosófico estos dos fines chocan entre sí. Pero en un sentido estrecho, como los gobernantes pro-

bablemente lo conciben, chocan seriamente. El hombre que está poseído de la idea mecánica procurará hacer buenos ciudadanos, pero no hombres buenos, y concebirá una buena ciudadanía en pugna con la humanidad.

En la noción de buen ciudadano como es concebida por los gobernantes veo tres errores desastrosos: Primero: consideran tanto al hombre como a la mujer como ciudadanos de un Estado y no como ciudadanos del mundo; segundo: suponen al Estado y a la comunidad un bienestar distinto y superior al de sus varios ciudadanos; tercero: el bienestar se concibe como algo que puede realizarse únicamente por medios mecánicos y no por las cualidades mentales del individuo.

El primero de estos errores llamado nacionalismo, no tiene conexiones intrínsecas con el *mecanismo*, pero se ha esforzado enormemente en el sentido de que el desarrollo industrial ha sido nacional, de modo que en el hecho, si no en la lógica, tiene íntima conexión.

Por consiguiente, la base de todo sistema de educación pública debe ser la enseñanza del *mínimum* necesario para que todo hombre pueda desempeñar su papel en las comunidades modernas. Se necesita que todo el mundo sea capaz de leer y escribir y contar. A medida que avanzamos en el tiempo, el Estado aumenta el *mínimum* de conocimientos necesarios, los cuales llegan gradualmente a ser bastante considerables: pero no me preocupo en discutir esto, aunque es muy importante, pues podemos considerarlo como aceptado; me preocupo más bien en discutir aquello en que existen posibles divergencias.

En el curso de la instrucción, el maestro de escuela tiene la oportunidad de infiltrar ciertos hábitos intelectuales y es aquí donde los desacuerdos comienzan. ¿Qué clase de hábitos intelectuales debe enseñar? Existe toda clase de oportunidades. Los jesuitas, en el proceso de la admirable instrucción que dan, enseñan a sus discípulos a aceptar sin discusión el dogma de la Iglesia Católica; las escuelas primarias americanas enseñan a los niños a ser un ciento por ciento americanos; es decir, a creer que los Estados Unidos de América es el propio país de Dios; que su Constitución ha sido divinamente inspirada, y que sus millonarios son modelos de virtud. Las escuelas primarias inglesas enseñan

que el Imperio es grande y benéfico; que jamás ha oprimido a la India ni impuesto el opio en China; que ha sido siempre humanitario en África y que todos los alemanes son malvados. Las escuelas primarias rusas enseñan: que los comunistas son virtuosos; malvados los anarquistas; extraviados los burgueses; que la revolución social es inminente en Europa y que el imperialismo se debe al capitalismo. Los japoneses enseñan que el Mikado es un sér divino descendiente del dios Sol; que el Japón fué la primera parte de la Tierra que fué creada y que, por consiguiente, es un deber del chino someterse dócilmente a todo lo que el japonés le ordene; y no dudo que doctrinas semejantes se enseñen en el Uruguay, Paraguay y San Marino, cada uno de los cuales es especialmente favorecido por Dios e infinitamente más virtuoso que sus vecinos. En suma, en dondequiera que existe un gobierno soberano emplea su monopolio de enseñar a escribir y a leer en imponer a la juventud una serie de creencias ridículas con el fin de aumentar en ella la inclinación homicida. Y para favorecer estas creencias se le estimula en una clase especial de hábitos mentales: credulidad, prejuicios ciegos y el feroz egoísmo del grupo, características propias del hombre primitivo, cuya educación debe morigerarse.

Los gobernantes del mundo creen y han creído siempre que la virtud sólo puede enseñarse enseñando la falsedad, y que ningún hombre que conoce la verdad es malvado. Yo no creo en absoluto esto. Yo creo que el amor a la verdad es la base de la verdadera virtud, y que la virtud basada en la mentira sólo puede hacer daño. Tal vez en algunos casos yo he creído esto como un artículo de fe; pero el hecho abunda hasta la evidencia. El caso del nacionalismo es una ilustración admirable. Todos los educadores del mundo saben que los textos de historia han sido deliberadamente alterados, debido al prejuicio patriótico; pero no sería nada que lo que la historia enseña fuera falso; lo realmente malo es, que su falsedad es de tal naturaleza que la guerra resulta plausible. Mucho se ha dicho por los socialistas, y con mucha razón, acerca de la importancia del nacionalismo en la esfera económica; pero el internacionalismo en la esfera educativa no es menos importante. Si en los países civilizados se enseñara a los niños la misma historia, los diferentes países se cuidarían menos

entre sí y ninguno de ellos confiaría tanto en la victoria al llamar a las armas. Los textos de enseñanza deberían ser redactados por una autoridad internacional que pudiera dirigir los textos de educación relativos a la enseñanza de la historia. La práctica presente aumenta, en cada nación, la creencia en su propia rectitud y poder; y por consiguiente, la inclinación a ir a la guerra. En realidad, ésta parece ser la razón de lo falaz de la actual enseñanza. Tan grande es el peligro que puede resultar al fin que sobrepasa a todo lo bueno que pueda proporcionar la instrucción.

El campesino analfabeto, ruso o chino, no es un nacionalista, porque él no puede imaginarse nada tan grande o abstracto como su nación. Cuando su país está en guerra ve esto como un negocio del Gobierno en el cual su parte se reduce a obedecer de mala voluntad las órdenes que recibe, y ésta es la razón por la cual Rusia y China no pueden hacer a los demás países todo el mal que hacen Inglaterra o Francia o como el que fué hecho por Alemania. Si Rusia y China desarrollan su educación primaria de la misma manera que lo han hecho las naciones de Occidente se pondrán en capacidad de confiar en su inmensa población, por el grado de ceguedad patriótica que hizo posible la última guerra, y cuando esto suceda, las pequeñas naciones del Oeste de Europa sentirán lo que enseñó Macbeth: "La educación sanguinaria que se ha dado se vuelve contra el inventor." Toda la acumulación de horror que yace entre nosotros debida al virulento crecimiento del nacionalismo, se evitaría si la educación tendiera a enseñar hechos en lugar de ficciones; si las autoridades educadoras pudieran concebir a los niños y a las niñas como los futuros ciudadanos del mundo y no solamente de un área geográfica especial en la cual han nacido por casualidad.

Sin embargo, sería injusto hacer responsable de las luchas internacionales de nuestro tiempo al defecto de la educación.

La lealtad a su propio grupo, el orgullo de sus hechos (reales o imaginarios), y la hostilidad contra los grupos rivales son todos ellos parte del aparato instintivo del hombre. Todo lo que ha hecho la educación es llamar a esto instinto y dirigirlo, y dirigirlo por cierto camino. Los hombres que dirigen la educación están ellos mismos sujetos a ella y no proceden consciente y deliberadamente contra lo que ellos creen que es justo. Es muy posible que cuan-

do ellos lleguen a darse cuenta del inminente derrumbamiento de la civilización occidental como resultado de su subordinación al instinto, puedan llegar a comprender que a este respecto, como en muchos otros, la educación debe tender al control del instinto puro por la previsión racional de las consecuencias y por la educación de la pasión instintiva, de manera que ella ayude en lugar de poner obstáculos a la vida del mundo.

Actualmente, en la vida privada, hay muy pocos criminales, aunque en las comunidades salvajes los cazadores de cabezas son los más hombres, y algunas veces la opinión pública no permite que un hombre se case hasta que no haya cazado una cabeza como prueba de su hombría. En tales comunidades todo se hace para dar más fuerza al instinto homicida, que entre nosotros felizmente se ha dominado, excepto en los casos de violencia; pero con respecto al homicidio en la guerra, la línea de conducta observada por todos es exactamente análoga a la que los cazadores de cabezas siguen para el homicidio privado. Los métodos que nos han capacitado para dominar el instinto del asesinato privado, podían hacernos también capaces de dominar el mismo instinto, cuando éste toma la forma del amor a la guerra.

Tales métodos deberían usarse en la educación, en vez de los actuales métodos, que nutren la pequeña semilla del instinto hasta convertirla en el inmenso árbol de los grandes ejércitos nacionales y de la suspicacia internacional.

El sentimiento de que la humanidad constituye una sola familia y que la división en naciones es una locura, podría inculcarse fácilmente en el promedio de niños y niñas, si la educación se dirigiera a este fin. Un libro como la *Historia del Mundo* por Wells, que empieza con los antecedentes geológicos y biológicos de la especie humana y trata siempre el progreso humano como un movimiento singular, al cual han contribuído muchas naciones, es más propio para producir una más amplia y más humana perspectiva que el chovinismo enseñado respecto a Agincourt y Trafalgar o a Lexington y Saratoga. Tal vez sea necesario para el debido ejercicio de todos nuestros instintos tener algo que odiar. En la Edad Media el Diablo podía ser odiado sin perjuicio para los seres humanos; pero en nuestros tiempos, a pesar de la guerra y de la paz, muy poca gente tiene una vivida creencia en él. De-

bemos en consecuencia, buscar otro objeto no humano que odiar, si al hombre ha de privársele de odiar a sus vecinos de otros países. Se puede odiar la materia como los maniqueos, o a la ignorancia, o a la enfermedad. Odiar estas cosas hace bien y por un pequeño simbolismo podría hacerse que éste satisficiera nuestro insaciable instinto de odio. Pero odiar otro grupo de seres humanos sólo puede hacer daño, y es monstruoso que la educación tenga por objeto infiltrar tal odio por medio de mentiras y omisiones, y todavía este es el caso de las grandes naciones, excepto, China, a la que desprecian y gallean en consecuencia.

Me ocuparé ahora del segundo error, pues como pienso, el mecanismo ha estimulado en nuestra imaginación el error de imaginar que el Estado o la Comuna, como un todo, son capaces de algunas diferentes clases de bondad del mismo género que la individualidad, y que la bondad colectiva es de cierto modo más elevada que la del individuo. Esta creencia constituye lo que yo me propongo llamar "falacia de los administradores", pues no es sino una falacia suponer que el individuo sólo puede disfrutar de una vida feliz cuando vive en comunidad poseyendo cierto género de cualidades. No me imagino que Robinson Crusoe pudiera tener una existencia tan agradable como la de un ciudadano ateniense de la época de Pericles (tal vez la época de Pericles no fué en realidad mejor que la nuestra, pero es correcto suponer que así lo fuera, y yo acepto la suposición en vía de ilustración). La falacia que yo ataco no es el manifiesto truismo que cierta clase de comunas practica para mejorar la vida de sus ciudadanos, sino lo que es de todo punto contrario y consiste en que el Estado o la Comuna persiguen el bienestar de los individuos que lo componen por lo bueno o lo malo que de esto derivan, considerándose ellos como una entidad, como un sér, doctrina que fué predicada por Hegel y adoptada por sus discípulos británicos, doctrina que tiene un fundamento lógico que reputo de erróneo por las razones que he expresado muy a menudo. Actualmente me ocuparé en examinar sus consecuencias y no sus premisas.

Los que aceptan la teoría del valor especial dado al Estado y a la Comuna como tales, llaman a su teoría "el punto de vista orgánico de la sociedad", nombre algo extraviado, porque es claramente un manifiesto truismo, que una sociedad es más o menos

orgánica en el sentido de que sus partes relacionadas entre sí tienden a un fin común, como las partes del cuerpo del animal proveen a la vida del todo. Lo manifiesto de este hecho hace que el pueblo acepte voluntariamente, sin mucho examen, la opinión que sostiene que esto solamente asegura la naturaleza orgánica de la sociedad; pero en el hecho los sociólogos en cuestión usan la palabra "orgánica" en un sentido filosófico especial de suyo propio; piensan que una sociedad es una entidad especial con vida propia y no simplemente un número mayor o menor de personas entrelazadas cooperando entre sí; argumentan que el individuo goza de ciertas cosas que no pertenecen ni a su cabeza ni a sus brazos ni a los dedos del pie, sino a sí mismo, como un todo, y que de la misma manera el Estado goza de ciertas cosas que no se encuentran en la vida individual de sus ciudadanos, y generalmente afirman también que las más importantes funciones de los varios órganos del cuerpo humano es atender a la vida del hombre; de aquí que nuestros deberes para con el Estado sean mucho mayores que los que tenemos con nuestros vecinos, y que se pretenda que debe perseguirse el bienestar del Estado, aun por los medios que perjudiquen a la mayoría de los ciudadanos.

En la práctica esto conduce a la defensa de una sociedad aristocrática y mecánica. "El bienestar del Estado" es en la práctica "el bienestar del hombre de Estado". No expreso esto en el sentido más rudo de la palabra; por "bienestar del hombre de Estado" no comprendo solamente sus riquezas ni alguna de las cosas convencionales que constituyen el punto de mira de los pueblos interesados en sí mismos; sin embargo, estas cosas podrían quedar comprendidas, pero un hombre de alto criterio debe estar siempre en guardia contra ellas. Existen otras más sutiles de egoísmo, contra las cuales el hombre está menos en guardia y en las que puede incurrir, gustoso, inconscientemente. El hombre que tiene el hábito de pensar siempre en el Estado encuentra placer en proyectar cierta clase de Estados, y casi siempre cae inevitablemente en el hábito de pensar que tal clase de Estados es buena. El hombre de temperamento administrativo, experimenta placer en idear un Estado en el cual exista una gran administración, un sistema pulcro y en el que cada persona ocupe su lugar como el engranaje de una máquina. Tal Estado sería insoportable

para un hombre de distinto temperamento: por ejemplo, para un artista; pero tales hombres precisamente por su temperamento, no son nunca ni políticos ni capitanes de industria. También existe una clase de temperamento que no es muy común en la práctica y que sólo se interesa en establecer lo que él considera como el bien del Estado. Esta clase de temperamento, en tanto que se trata del bien del Estado, se cree con derecho a imponer sus principios a la comunidad, que considera como los principios de la personalidad del Estado, lo que significa una persecución a la gente acomodada por la masa trabajadora y una gradual destrucción del arte, del pensamiento y de los simples goces de la vida.

Quienes defienden lo que llaman noción orgánica del Estado, imaginan siempre que lo que ellos creen es la síntesis del *mecanicismo*, lo cual constituye el más curioso error. Una máquina es esencialmente orgánica en el sentido de que ella tiene partes que cooperan para producir un resultado útil y de que estas partes separadamente no tienen valor alguno por sí solas. Una máquina no puede ser un perfecto ejemplo de un organismo, como lo es un animal. El hombre puede hacer máquinas, pero no animales; de aquí que cuando se nos exhorta a hacer sociedades orgánicas, es de las máquinas de donde necesariamente sacamos nuestros modelos negativos, pues no sabemos hacer una sociedad como un ser viviente. Por otra parte, nada ha impulsado tanto a formar comunidades orgánicas como la introducción del proceso industrial mecánico, que ha necesitado la cooperación de vastas organizaciones en grandes empresas, tales como las ferrocarrileras, y han hecho que los hombres dependan mucho más los unos de los otros. De esta manera el *mecanicismo* en la forma concreta de máquina, alimenta la creencia en el "bienestar del Estado" y a la vez dicta la forma que esa creencia toma. El bien del Estado consiste en tener tantas máquinas como pueda, sin ocuparse de lo que ellas produzcan; ya sean cosas útiles o gases venenosos. Es interesante observar que el bolcheviquismo, que, como discípulo de Marx, ha conservado lo que Marx conservó de la enseñanza de Hegel, se cuenta entre los más fervorosos creyentes de que el bien del Estado es opuesto al bien de los ciudadanos. Su punto de mira, —hablo de los que se ocupan en el bien público y no en su bienestar particular—, es producir cierto tipo de sociedad, que ellos con-

sideran es buena por sí misma, sin tomar en cuenta la felicidad de sus miembros. Se puede observar—aunque ellos sean inconscientes del hecho—que la sociedad que ellos persiguen sólo haría felices a los vigorosos administradores que tuvieran una alta posición en la jerarquía oficial; de la misma manera el Kaiser y los *jonkers* ven el bien de Alemania como opuesto al bien de los alemanes, y sucede que el bien de Alemania como ellos lo conciben coincide con el del *Kaiser* y el de los *jonkers*; y viniendo más cerca del hogar, todos los que constituyen la gloria del Imperio Británico experimentan gran satisfacción al ver a todos sus hijos dispuestos al sacrificio, por el Imperio, exceptuando, como es natural, a los que gobiernan; que tendrán el placer de disfrutar de la suerte del Imperio que sigue sus principios.

Se puede decir lo mismo de los magnates industriales y financieros de la América y de todas las personas que gobiernan en general. Todas estas personas, si no están muy en guardia contra la falacia administrativa, considerarán como bien público, inconscientemente, a todo lo que los favorece. No es solamente la injusticia de este modo de pensar lo que constituye su mal; hay más —y es mi tercer punto—: la cualidad secundaria y mecánica del bien, valorada por el temperamento administrativo ordinario. Los grandes artistas, los grandes pensadores y los grandes maestros de las religiones han seguido una pauta completamente contraria; ellos han valorado al individuo, han impulsado la iniciativa individual, han concebido el bienestar como un producto interno y no como una imposición del mecanismo externo, no han pensado nunca en hacer del hombre un instrumento pasivo de los poderosos, sino en hacer de él un pensador, libre de perseguir lo que él considera bueno, sin tener en cuenta la imposición de la opinión pública. Esta fué la enseñanza de Cristo, de Buda, de Lao-Tze; en otra forma, la misma energía individual se encuentra en Shakespeare y en Galileo resistiendo a la Inquisición. Todo lo que es superior a la vida humana depende en cierta manera del respeto a sí mismo, de la propia iniciativa. El hombre que deja que los demás le impongan los fines para los cuales ha nacido será siempre un esclavo.

La educación moderna dada por el Estado se propone formar ciudadanos de conveniencia; por consiguiente teme estimular la

iniciativa individual porque toda iniciativa individual choca con los sistemas establecidos. Existe una tendencia a la uniformidad, a la supresión de los juicios privados, a la formación de poblaciones que sean tímidas ante sus gobernantes y feroces con el enemigo, y aunque la civilización se salve de la destrucción de la gran guerra, si la tendencia de la educación dada por el Estado para producir voluntades esclavizadas no es sofocada, destruirá todo lo que tienen algún valor, tanto en las artes como en el pensamiento, y concluirá por destruir también la afección humana y el goce de la vida, que no puede existir allí donde la iniciativa privada ha muerto.

No debemos suponer que la democracia pueda por sí sola evitar este mal, que proviene de la tensión del gobierno y es dependiente de su forma. En dondequiera que el gobierno ejerza una gran presión, el poder efectivo está en manos de los gobernantes y el prejuicio oficial—con muy raras excepciones—tiende siempre al *mecanicismo*. Una mayoría puede ser tan opresora como una minoría, y el campeón de una idea nueva será difícilmente una mayoría. Campo para la iniciativa individual y ausencia de uniformidad, son las condiciones esenciales del progreso; sin ellos la sociedad será rápidamente estereotipada. La tiranía que nos amenaza en lo futuro no es tanto la de la clase privilegiada como la de las personas enérgicas que aman la política y la administración; al principio, el poder de estas personas era muy limitado; pero ahora, debido al industrialismo y a las consecuencias destructivas de la guerra, el poder del Estado es enormemente más grande de lo que ha sido en toda la historia de la humanidad. Si sólo existiera un gran Estado del mundo, el peligro todavía existiría, pero sería más fácil de combatir. Hoy, debido a la existencia de muchos Estados, el principal objeto de los más poderosos es el buen éxito en la guerra, y a este fin consagran todo su poder. Este propósito no tiene por objeto preservar la iniciativa individual, y, por el contrario, la tendencia a esclavizar mecánicamente al hombre y a la mujer es inmensamente reforzada por las necesidades de la guerra. Es imposible imaginarse la mala influencia de esta tendencia sobre la educación en los principales países del mundo.

Puede pensarse que me he extraviado mucho del objeto de mi estudio sobre la educación, pero un sistema de educación per-

sonifica los ideales de la sociedad que lo establece y no puede ser radicalmente reformado sin reformar esos ideales. Si tenemos que dirigir la instrucción de los maestros, existen dos cosas que debemos especialmente gravar en ellos:

Primera: Que los deberes del hombre público comprenden a la humanidad en general y no se limitan a un grupo o clase determinada: tales como una nación.

Segunda: Que una buena comunidad, es una comunidad compuesta de hombres y mujeres buenos; es decir, que viven libremente y no opresiva o destructivamente.

Respecto del primer punto, trataré de comprobar el desastre que espera a nuestra civilización si la ciencia continúa inventando nuevos medios de destrucción sin ser balanceados por un simultáneo adelanto moral. Muchos pueblos ven el peligro, pero pocos tienen la voluntad de disociarse de las fuerzas populares y gubernamentales que trabajan por nuevas guerras, y pocos se atreven a confesar que el patriotismo en su forma común es el peor vicio de que puede adolecer un hombre moderno. Establecer esta enseñanza es el deber de todo educador, quien debe procurar enseñar la imparcialidad en los juicios, el hábito de buscar la verdad imparcial y desconfiar de los reclamos partidarios, y hacer desaparecer la creencia de que el hombre que pertenece a una nación o grupo diferente es especialmente un malvado.

Por medio de una propaganda hábil se explota la iniciativa a la indignación moral y se hace odiar todo lo que los directores quieren que se odie, y bajo la influencia del odio así obtenido se despierta a su vez la indignación moral de aquellos a quienes se odia; y así la indignación moral crea una fuente de males para el mundo.

El castigo es raras veces el mejor camino para corregir la imperfección humana, pues muy difícilmente se aplica con entera imparcialidad. Tal como existen las cosas, conocemos los pecados de nuestros enemigos, pero no los nuestros; de aquí que la indignación produce solamente un aumento de mutua enemistad. Los americanos, por ejemplo, critican las atrocidades cometidas por el Japón en Corea, las cuales son desconocidas por un noventa por ciento de los japoneses; por otra parte, los japoneses critican fuertemente los linchamientos hechos por los americanos, que muchos

de éstos desconocen. De esta manera el odio es estimulado de ambos lados y nada hacen el uno ni el otro por disminuir el mal. La indignación contra el crimen es rara vez útil; lo que es útil es la compasión por la víctima y la voluntad de convenir en el hecho de que no son solamente nuestros enemigos los victimarios. Pienso, sin embargo, que en la educación es más útil extenderse en el estudio del acercamiento de las diferentes partes del mundo que en los argumentos humanitarios. Es fácil enseñar y ver que no podemos arruinar a nuestros enemigos sin arruinarnos nosotros mismos, y que por su propia conservación la enemistad entre las naciones no debe continuar si el mundo desea conservar su población actual.

Respecto al segundo punto: La libertad del individuo, es una materia especial para el educador, porque la libertad que deseamos conservar es más intelectual y espiritual que económica y material. El industrialismo ha hecho esta última necesaria por lo que toca al lado material de la existencia; y los hombres pueden cooperar en grandes organizaciones. Es justo que la humanidad pueda exigir de cada adulto capaz una cantidad de producción correspondiente a lo que él consume. Parece inevitable que con respecto a este *mínimum inevitable* de trabajo, habrá menos libertad en lo futuro que la que ha gozado hasta hoy una afortunada minoría; pero si pudiéramos abolir las guerras, los armamentos y los avisos y demás despilfarros de la competencia comercial, podríamos entonces subsistir todos muy cómodamente con sólo cuatro horas de trabajo al día. El resto de nuestro tiempo debe ser libre y la educación debe preparar nuestra inteligencia para el buen uso de las veinte horas restantes, las que debemos dejar a nuestra propia iniciativa. En lo futuro, cualquiera que sea la forma del socialismo o del comunismo que pueda establecerse, debemos esperar que el mejor trabajo será ejecutado voluntariamente sin remuneración, debido únicamente al impulso interno. Existiendo iguales oportunidades para todos, debemos esperar que habrá mucho más de esta clase de trabajo que el que ha existido hasta hoy; pero no habrá nada de esto si los Estados se empeñan en establecer en las escuelas un plan uniforme a cuyo molde deben someterse todas las inteligencias. Debe darse todo el impulso necesario a la libertad del pensamiento, por más que esto sea un

inconveniente para los burócratas. Debe presentarse toda clase de oportunidades a los que desean enseñar, sobre todo cuando ha pasado la niñez, pues ellos enseñarán por el placer y la satisfacción que les produce enseñar, y no únicamente por ganarse el pan.

Todo lo que queda fuera de la previsión de las necesidades de la vida, debe referirse al individualismo, a la iniciativa personal. Las batallas por la libertad no se ganan por un mero cambio del sistema económico: se ganan únicamente por la constante resistencia contra las tiranías y por la constante convicción de que la libertad es el más precioso de todos los bienes. El *mecanicismo* tiene su puesto; su puesto es el lado material de la vida, la provisión de alimentos, vestidos y habitación sin los cuales no se puede vivir. Pero no tiene puesto en lo que hace a la vida digna de ser vivida, como en el arte y en el pensamiento, en la amistad y el amor y aun en los simples goces. Estas cosas necesitan libertad; no sólo libertad exterior sino libertad de pensamiento y de sentimiento. Esta libertad es muy poco respetada en nuestras escuelas y en los proyectos de los reformadores y economistas, con el peligro de perderse entre la tiranía y los fines materiales, y ninguna organización, por más perfecta que sea, puede compensar su pérdida y lo único que puede evitar ésta es el recordar que el hombre no vive sólo de pan.

BERTRAND RUSSELL.

Matemático y filósofo inglés, hijo del Vizconde de Amberley y nieto del primer Conde de Russell, y exponente de la novísima escuela de los Realistas, el señor Bertrand Russell fué un decidido opositor del Gobierno de su país, y también de la Gran Guerra, habiendo sido multado en 1906, y privado del cargo que desempeñaba en el Colegio de la Trinidad, en Cambridge, por sus manifestaciones tendientes a dificultar el reclutamiento. Sus principales obras, que le han dado reputación como filósofo y matemático, son: *Democracia social alemana* (1896); *Ensayo sobre los fundamentos de la Geometría* (1897); *Principios de Matemáticas* (1903); *Nuestro conocimiento del mundo externo* (1914); *Principios de reconstrucción social* (1917); *Misticismo y Lógica* (1918); *Análisis de la mente* (1920); y, después de su viaje a Rusia, *Teoría y práctica del Bolcheviquismo* (1920). CUBA CONTEMPORÁNEA, de acuerdo con su amplio y liberalísimo programa, da cabida en sus páginas a este trabajo, de ideas avanzadas y radicales, cuya traducción le ha sido enviada desde México por su distinguido colaborador el señor Manuel F. Cestero, quien lo tomó de un número reciente de la revista *Dial*, de Nueva York.

REVISTAS EXTRANJERAS

EL GOBIERNO DE MUSSOLINI



N el número correspondiente a agosto último de la *Contemporary Review* se publica un artículo de William Miller titulado *Nine months of Fascismo* en el que se juzga la obra de Mussolini en el tiempo que lleva ejerciendo una verdadera dictadura como jefe del gobierno de Italia. El tiempo transcurrido desde su elevación al poder lo estima el autor del artículo como suficiente para formar juicio acerca de su actuación y en qué medida ha llenado las esperanzas concebidas en el momento de su dramática exaltación, agregando que si aceptamos la máxima de Pope de que *whatever is best administered, is best*, habría que colocar al gobierno de Mussolini sobre todos los que han regido a Italia desde la caída de Crispi en 1896. Las huelgas han terminado; la ley y el orden han prevalecido; el estado crónico de guerra civil entre los *fascisti* y los socialistas ha cesado con el triunfo de los primeros; los ferrocarriles y el correo funcionan con más puntualidad. Todos los que conocían cómo actuaba el gobierno y se desarrollaba la vida italiana antes de la ascensión de Mussolini, no pueden negar que bajo su mando la nación se desenvuelve más ordenadamente y es más general la disciplina.

Cuando Mussolini tomó posesión de la cartera de Asuntos Exteriores los representantes diplomáticos extranjeros algo se alarmaron de que dicho departamento fuera a estar regido por un hombre que no estaba versado en política exterior, y por su actitud agresiva contra algunas naciones extranjeras poco tiempo antes de su subida al poder. Veintinueve días antes de tomar posesión

del cargo, publicó, firmado con su nombre, un artículo en el *Popolo d'Italia* en el que decía: "no interesa a Italia contribuir al sostenimiento del Imperio Británico; el interés italiano está en ayudar a demolerlo"; y días después, en un discurso pronunciado en Nápoles, proclamó que el Mediterráneo debía ser para los pueblos mediterráneos, agregando en otra ocasión posterior, en Venecia, la frase "el Mediterráneo debe ser y será *mare nostrum*". Ya anteriormente había alarmado a Suiza por un discurso en la Cámara en el que preconizaba la anexión a Italia, del cantón de Tessino. Pero este exaltado demagogo, tan pronto ocupa el poder se convierte casi en un diplomático. Los que han negociado con él cuentan lo moderado que se muestra en todas las cuestiones, no hablando sino de lo que conoce y con espíritu de concordia; al hallar en el ministerio, aún sin respuesta, la nota inglesa sobre el Dodecaneso, que su antecesor descuidó, su contestación fué altamente conciliadora. Lo que puedan ser sus opiniones íntimas sobre las otras naciones, esto ya es otra cuestión; no es ni un filántropo ni un idealista, en lo que se parece a los demás hombres de Estado italianos, pero sin necesidad de rebajar a los aliados de Italia ha logrado elevar el prestigio de la nación a una altura no alcanzada desde los tiempos del primer ministerio de Crispi. Ha insistido en que los Aliados no deben dar a Italia un lugar secundario, que ella debe ser siempre consultada y no que simplemente se le informe de las decisiones tomadas, en fin, que debe ser reconocida como una Gran Potencia entre las Grandes Potencias.

Hasta el presente no ha habido conflicto alguno con las naciones extranjeras, pero el porvenir no parece muy seguro, pues mucho se ha hablado ya del "Imperio italiano", que habría de formarse necesariamente a expensas de otras naciones. Los actuales dueños de Córcega, Malta y Túnez no pueden mostrarse muy entusiastas de la resurrección del Imperio Romano que habría de amonazarlos. Pero aun así, juzgado Mussolini por sus actos y no por sus palabras, puede celebrarse su política exterior. Su política interior es la que en Italia ha sido objeto de críticas más o menos justificadas. Al principio, durante los dos o tres meses que siguieron al establecimiento de su dictadura, la crítica permanecía silenciosa: únicamente un periódico de Roma, *Il mondo*, y en la Italia del Norte, el poderoso trío formado por el *Corriere della*

sera, el *Secolo* y la *Stampa* se aventuraban a señalar lo que consideraban como defectuoso en el nuevo gobierno. Pero con el tiempo el descontento aumentó, siendo, por cierto, la causa que lo ha motivado, la adopción de medidas beneficiosas tomadas por Mussolini y que han venido a chocar con los intereses creados al amparo del régimen anterior. Pero las más grandes dificultades con que ha tropezado Mussolini han provenido de sus mismos adeptos. Los primitivos *fascisti* eran, en su mayoría, jóvenes llenos de brío y energía, pero sin experiencia administrativa, y Mussolini se ha hallado ante el dilema de dar los primeros puestos a estos inexpertos correligionarios de los tiempos heroicos del *fascismo*, o premiar con los favores oficiales a los que se han unido a su política a última hora, pero que poseen dotes de gobierno y experiencia, que a él le es necesario utilizar como jefe de un gobierno responsable. Además, Mussolini se ha visto obligado a castigar a aquellos de sus ardientes prosélitos que han querido seguir tomándose la justicia por su mano. Con esto, que lo honra, se ha expuesto a perder su popularidad, pero posee una de las cualidades que con menos frecuencia se hallan en un jefe político moderno: el valor moral.

Los italianos en la actualidad desean ser gobernados por un dictador fuerte, pero no por un Consejo de dictadorzuelos y mucho menos por cabecillas provinciales. De aquí ha venido el cisma entre los *fascisti* de la Campania y de Alejandría. El actual gobierno de Italia es el de una sola mano y depende de la vida de un hombre que no ha formado escuela y que no tiene heredero político; por esto, muchos adversarios de Mussolini desean que éste siga en el poder porque temen que después de él sobrevengan el caos y la guerra civil.

El autor del artículo que extractamos concluye indicando que si el sistema de Mussolini no se considera como institución permanente, sino como una fase temporal, habrá dado a Italia el alivio que la cuchilla de los cirujanos da a los enfermos, y si tomara como modelos a los dictadores romanos de la antigüedad, que entregaban el poder y se retiraban a sus campos cuando la crisis había concluído y el Estado estaba a salvo, pasaría a la historia como un gran patriota desinteresado. El actual sistema juzgado en conjunto ha sido beneficioso, especialmente en el orden

de la política exterior; no ha hecho mejorar los cambios, como se esperaba, ni ha enjugado el déficit, lo que era imposible, pero, por medio de una revolución, ha restaurado la autoridad del Estado.

También en la *Fortnightly Review* del mismo mes de agosto, James Murphy expone los resultados de su viaje a Italia, emprendido con el objeto de estudiar la obra del *fascismo* a los seis meses de estar en el poder. Su impresión es optimista. No considera que el movimiento se haya debido simplemente al ardor patriótico de los batallones fascistas, especie de cruzados que juraron salvar al país de las garras del bolchevismo. El fascismo, según él, debe su vitalidad y su fuerza a un impulso de origen más profundo; con él estamos en presencia de un fenómeno que es realmente un movimiento en masa, fenómeno que debe su aparición a dos factores claramente definidos en las condiciones políticas y sociales en que el país se halla de resultas de la Gran Guerra. Por un lado tenemos un impulso hacia arriba del proletariado que se manifiesta en dos formas: una, completamente constitucional, y otra, revolucionaria. La primera puede llamarse la ascensión automática de masas importantes de las filas del proletariado a las de la clase media, como resultado del mejoramiento de las clases trabajadoras que durante la guerra ahorraron grandes cantidades de sus ganancias. Basta decir, para patentizar esto, que en el año último los depósitos de las Cajas de ahorros ascendieron a la suma de 82.000,000 de libras esterlinas, habiendo sido invertida la mayor parte de tal cantidad en bonos de la nación, siendo crecido el número de pequeños capitalistas cuyos intereses coinciden con los del Estado, y, por lo tanto, opuestos a todo movimiento subversivo que pueda amenazar su estabilidad. De aquí ha provenido un debilitamiento del socialismo por el pase de una gran parte del proletariado a la clase media, que a su vez se ha fortalecido. Al mismo tiempo que este movimiento, otro de tipo exclusivamente revolucionario ha prosperado, regido por agitadores que comenzaron por importar las ideas de los comunistas rusos. Esta agitación asumió una extraordinaria actividad y se desarrolló en proporciones que ahora parecen casi fantásticas. El estado general de desmoralización en la industria, el comercio y los servicios públicos a que dió origen la agitación comunista, fué grande; en algunos distritos la vida se hizo casi imposible. Cuan-

do se reflexiona cómo tal estado de cosas ha podido existir, siendo tan extraño a los instintos conservadores e individualistas del pueblo italiano, se comprende la causa a la que debe el *fascismo* su desarrollo, la cual es la decadencia de la casta gobernante. Para darse cuenta de esta decadencia, es necesario recordar que Italia a través de su larga historia ha tenido poca o ninguna experiencia de un gobierno democrático. Los gobiernos de los Estados municipales en la Edad Media y tiempos posteriores, aunque demócratas en nombre, siempre fueron autocráticos u oligárquicos. El mismo estado ha permanecido hasta nuestros días: el resultado del *risorgimento*, fué reemplazar el régimen aristocrático por la burocracia, y desde 1870 hasta hoy, el Parlamento italiano no ha sido otra cosa que una dictadura basada sobre una burocracia y mantenida en el poder por la manipulación de la maquinaria electoral. Tal situación se ha sostenido por la poca importancia de las clases medias como elemento político en los asuntos del país, pues hasta mediados del siglo XIX puede decirse que dichas clases no existían desde el punto de vista político, estando la población dividida en proletariado y *petite bourgeoisie* por una parte, y en aristocracia por la otra. La gran clase media no apareció hasta después con el desarrollo del comercio y la industria, pero esta clase, aun cuando tomaba parte importante en la vida económica de la nación, se desatendía de la política. Lo mismo puede decirse de la clase profesional: aunque se le guardaba cierto respeto y gozaba de la correspondiente influencia moral, ésta no se ejercía en el orden político-sociológico.

Abandonada por un gobierno que no tenía ni el valor ni el poder de proteger los intereses de la nación, la gran masa de la clase media comenzó a sentir la necesidad de la acción directa. Respondiendo a este sentimiento surgió un movimiento de parte de una banda de intelectuales y de jóvenes patriotas que acudieron a la violencia con el propósito de vengar el honor de los que pelearon en la Gran Guerra frente a la campaña de difamación que intensamente era sostenida por los comunistas. Los jóvenes fascistas vieron que las clases medias los seguían, lo que dió por resultado que lo que al principio parecía ser solamente una cruzada punitiva, se desarrollaba como un movimiento general con la finalidad de apoderarse de la administración del país. Al hacerse cargo los

fascistas de la gobernación del Estado, asumían la responsabilidad de reorganizar la vida política de la nación, y en este sentido debe ser juzgada su obra. ¿Ha sido beneficiosa? ¿Los males de una dictadura han sido compensados con medidas útiles y regeneradoras? Bastante se ha hecho, si no todo lo que era deseable. El malestar obrero ha disminuído mucho y la autoridad del Estado se ha fortalecido; en la esfera de la administración pública se han efectuado cambios que han producido gran impresión, principalmente en los departamentos de Instrucción Pública y Hacienda; los ferrocarriles del Estado funcionan más ordenadamente; el Correo ha mejorado. Este último servicio había llegado a estar en completa desorganización; basta decir que en Londres, ciudad con 8.000,000 de habitantes y una área inmensa, una carta puesta al correo por la mañana puede tener contestación el mismo día por la tarde, y en Roma, la misma operación postal tardaba tres días.

Pero la reforma moral en el sentido político es la gran cuestión en el programa del fascismo. Ya D'Azeglio había dicho en 1860: "La Italia ya está hecha: hagamos ahora italianos." La verdad es que desde aquella época poco se ha hecho en el sentido que lo entendía aquel patriota. El italiano sigue siendo un incorregible individualista; tiene un concepto peculiar, místico, del patriotismo abstracto, pero este sentimiento no se manifiesta en su vida diaria como ciudadano. Morirá por su país, pero no vivirá por él. El comerciante exportador, por ejemplo, no comprende que a los demás países debe enviar sus efectos bien fabricados porque así gana buen nombre la industria nacional, y la misma cosa ocurre con el trato que se da a los viajeros extranjeros. El tendero, el dueño de hotel, el chauffeur del automóvil de alquiler, los empleados de correos y de ferrocarriles consideran al extranjero como una presa buena para explotarla inconsideradamente, sin pensar en el perjuicio grande que al país producen. Ha habido periódicos que hasta han defendido el sistema de los dos precios, sosteniendo que el extranjero debe pagar más que el nativo, lo que es una forma inicua de estupidez comercial, y en contra de las ideas innatas de los ciudadanos de cualquiera nación comercial moderna.

¿Pueden los italianos llegar a ser perfectos ciudadanos? Los *fascistas* creen que sí, y para ello han emprendido una reforma radical en el sistema de las escuelas públicas. Nombrando al pro-

fesor Gentile Ministro de Instrucción Pública, el nuevo gobierno se ha ganado la aprobación de todos los que se interesan en la enseñanza, pues este profesor, junto con Benedetto Croce, ocupa el primer lugar entre los modernos filósofos y pedagogos italianos contemporáneos. La influencia de Gentile sobre la juventud italiana es debida en gran parte a que su enseñanza filosófica responde a las necesidades del renacimiento intelectual que ha resultado de la Gran Guerra. En Italia no hay filosofía de la vida que en último análisis no se reduzca a los principios de la religión nacional. Conforme a esto, el primer acto del nuevo Ministro ha sido restaurar el símbolo del cristianismo en las escuelas públicas.

El verdadero sentido en que puede llamarse una revolución al *fascismo*, es en que representa un elemento de la nación italiana que hasta el presente ha estado alejado de los asuntos políticos y que ahora ha tomado en sus manos la responsabilidad legislativa. Este elemento es el bloque central de la población, que representa la parte más importante del país, puesto que el capitalismo y la aristocracia apenas existen en Italia. En toda la obra de reforma que ha emprendido el gobierno Mussolini se verá que la política que la inspira es del tipo conservador, y en armonía con estos principios hace por fortalecer la autoridad del Estado y realzar la posición de la monarquía, creyendo que mientras más grandes sean el prestigio y el poder de que se revistan las instituciones, más efectivo será su funcionamiento. Esto es de especial importancia para Italia, pues el italiano realmente no comprende la democracia; él cree que es demócrata, pero siempre se someterá en último extremo a la idea autoritaria aunque pretenda ser un incorregible rebelde.

LUCIANO DE ACEVEDO.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

UNA GESTIÓN BRILLANTE



ALGUNOS diarios habaneros dedican, de vez en cuando, gran solicitud a encomiar la gestión administrativa del señor Alcalde de La Habana.

Realiza una gestión brillante, dicen, y, gracias a su tesón, las recaudaciones municipales han aumentado considerablemente.

Estos mismos periódicos tienen buen cuidado en guardar silencio acerca de la inversión que en el Municipio se da a las cantidades ingresadas.

Los desórdenes de la Administración municipal constituyen en Cuba una dolencia de carácter endémico. Todos los Ayuntamientos han fijado en los impuestos que tienen a su cargo, la cuota máxima autorizada por la ley.

En cambio, apenas prestan algún servicio de utilidad colectiva. No realizan trabajo de higiene pública; ni contribuyen a la difusión de la enseñanza, ni emprenden obras de utilidad comunal. Las mezquinas consignaciones que señalan para beneficencia se invierten, casi totalmente, en prebendas. Y sus Cuerpos de policía tan sólo tienen eficacia para prestar servicios de carácter electoral.

Para lograr la aprobación de sus tortuosos presupuestos, los Alcaldes procuran obtener la tolerancia del Gobernador de su Provincia y del Secretario de Gobernación, mediante condescendencias oportunas.

En la mayor parte de nuestras pequeñas poblaciones no hay calles pavimentadas; ni aceras, ni Casas de Socorro bien atendidas, ni caminos arreglados, ni acueductos, ni escuelas municipales,

ni nada de lo que es necesario para el cuidado de la vida material y las necesidades del espíritu. Y si en las poblaciones de mayor importancia estas atenciones están medianamente cumplidas, se debe a la intervención del Poder central o a la concesión de créditos especiales, por parte del Congreso.

Comerciantes y propietarios echan sobre el pueblo consumidor o arrendatario el recargo de lo que ellos deben pagar en concepto de contribuciones o de exacciones extraordinarias; el Ayuntamiento recauda y el importe de lo ingresado se invierte, de manera directa o indirecta, en sostener un personal numeroso, cuya función principal consiste en constituir el Estado Mayor electoral del Alcalde o de los Concejales.

Esta es la situación general y, en ella, el Ayuntamiento de La Habana no constituye una excepción.

Si contribuye al cumplimiento de ciertos servicios, lo hace obligado por la ley.

Y aquellos otros que cumple por su cuenta, como el del alumbrado y el de beneficencia, están atendidos con descuido extremado.

¿En qué ha modificado estas condiciones la gestión del Alcalde actual y de los Concejales en funciones?

Baste saber que, a pesar de las crecidas cantidades que recauda el Ayuntamiento habanero, cuya ascendencia pasa de ocho millones de pesos, la ciudad está indotada de servicios municipales, ¡y la caja del Ayuntamiento exhausta! Recientemente, la Cámara Municipal, después de votar varios enormes créditos para atenciones estrafalarias, acordó comprar varios automóviles, uno para cada Presidente de las numerosas Comisiones del Ayuntamiento.

Por su parte, el Alcalde no consiente en quedar detrás en esta competencia del derroche y de la protección a sus paniaguados. En el último proyecto de presupuestos, enviado al Ayuntamiento, incluyó una partida de \$150,000 ¡para construir un arco de triunfo!

En cuanto tomó posesión de la Alcaldía, procedió, como decían los periódicos aspirantes a ciertos beneficios, a *reorganizar* el personal de las oficinas; operación consistente en arrojar de sus puestos a cuantos empleados no concordaban con la filiación política del nuevo funcionario y en sustituirlos con otros de fidelidad reconocida.

¡Y qué clase de gente! Los grupos políticos de donde proce-

den, así el Alcalde como la mayor parte de los Concejales habaneros, hállanse formados por elementos sociales de ínfima condición, aventureros que han asaltado los Comités de Barrio, haciendo de la política maleante una verdadera profesión, que ejercen casi todos con exclusión de otra alguna; allí, poco a poco, han ido reclutando un ejército de agentes electorales, constituido por tipos de exigua moralidad, pequeños capitanes de núcleos semihampnescos, diestros en todas las malas artes del vivir picardeado, las cuales aplican después con pasmosa destreza en las peripecias de la lucha electoral.

Esta es la turba que ha invadido las nóminas del Ayuntamiento habanero y ha caído sobre los contribuyentes de La Habana como una plaga maldita, de la que éstos no saben librarse sino abriendo su bolsa a todos los desmanes del saqueo y echando después sobre el pueblo que consume o arrienda, la misión de reparar, mediante el sobreprecio de los artículos de consumo o de las rentas, el estrago sufrido por sus intereses en la brutal acometida.

La Habana es una gran ciudad donde viven muchas personas de cultura, de vida honesta y posición independiente.

¿Es posible que estos elementos sociales se resignen a vivir prisioneros de la chusma organizada que hoy domina los Comités de los viejos Partidos, por medio de los cuales se está apoderando de las instituciones públicas, a cuyo gobierno lleva, sus instintos voraces, su baja mentalidad, su concupiscencia irrefrenada y su mezquina comprensión acerca de las funciones administrativas de los organismos oficiales?

¿No es hora ya de que las personas honradas y decentes inicien un movimiento sincero de concentración en defensa de sus propios intereses, del prestigio de la ciudad habanera y de su misma dignidad individual y colectiva?

EL CONGRESO ESTUDIANTIL

Casi inadvertido por la opinión pública, se ha celebrado en estos días un Congreso de Estudiantes, en la capital de la República.

En general, se ha entendido que tal reunión fué tan sólo un pretexto de los estudiantes, para prolongar las vacaciones por unos cuantos días más. Pero, las personas que han seguido el curso de

sus reuniones, atendiendo a los debates en ellas sostenidos, han llegado a tener una convicción distinta.

Durante los días del Congreso, celebraron sesiones por la mañana, de nueve a doce; por la tarde, de dos a seis, y, por la noche, de nueve a doce, y, a veces, hasta las dos o las tres de la mañana. No han sido, pues, éstos, días de holganza para los jóvenes estudiantes.

Habrán creído algunas personas que en estas reuniones predominaron, según es uso entre adolescentes bulliciosos, la broma y la algazara.

Muy al contrario ha sido.

El autor de estas líneas presenció varias sesiones del Congreso y, en todas ellas, estuvieron los jóvenes estudiantes embargados en debates sostenidos con apasionada vehemencia, siempre sobre cuestiones de alta trascendencia educativa, política o social.

A veces, se iba su atención hacia cuestiones poco relacionadas con su condición estudiantil y en las que la influencia de sus opiniones ha de ser bien escasa, tales como la situación internacional de los pequeños países del mundo, sometidos al yugo de otros más proderosos; la influencia de la revolución rusa en la marcha de la civilización, y las relaciones del pueblo de Cuba con sus hermanos de América. Pero, en conjunto, la mayor parte de la actividad de su pensamiento se encaminó hacia los difíciles problemas educativos que entorpecen, en la actualidad, el desarrollo de la cultura, en la sociedad cubana.

Discurrieron sobre el pavoroso problema del analfabetismo, llegando a conclusiones que, si son desarrolladas de manera efectiva, pueden conducir a una parcial modificación del estado lamentable en que se encuentra una gran parte de la población de Cuba.

Examinaron la situación de inmoralidad y desconcierto en que se encuentra la segunda enseñanza y propusieron reformas de eficacia suficiente para moralizarla y dotarla de la virtualidad educadora de que hoy carece.

Y con la misma inspiración, estudiaron el estado actual de la enseñanza en la Universidad, dedicando atención preferente al sistema de la provisión de cátedras, actualmente viciado, y una de las causas de la ineficiencia ostensible del organismo universitario.

Pero, más importante que todas estas manifestaciones exterior-

res y concretas, es la significación genérica en que los estudiantes tratan de definir su actitud ante el estado de postración en que se encuentran todas las instituciones públicas docentes de nuestra República.

Ellos declararon que el movimiento de los estudiantes, iniciado en febrero del año anterior, es un movimiento de significación revolucionaria, tanto por su orientación definitiva como por los medios prácticos de acción empleados hasta entonces y propuestos para lo sucesivo.

Ante el fracaso de la acción oficial, del que son responsables todos los Poderes Públicos, para remediar los males que hoy invalida la acción de los centros de enseñanza, los estudiantes expresaron su propósito de acometer por su propia cuenta la tarea de extirparlos.

Ellos aspiran, rehabilitando la virtualidad educadora de las instituciones docentes cubanas, a regenerar todos los aspectos de nuestra vida pública, a sanear la actividad política de los ciudadanos, a depurar los procedimientos de nuestra corrompida Administración, a infundir el sentido ético de que hoy carecen, en los organismos oficiales que gobiernan a este pueblo, pervertido por el ejemplo de los malos pastores que no saben guiarlo sino en rumbos de perdición, y explotado de la manera más inicua por los mismos que se han erigido en conductores de su vida.

Y aún, su aspiración, arrebatada en la fogosidad de los entusiasmos juveniles, no se detiene en estos empeños de regeneración inmediata: rebasa los límites de los problemas circunscritos a las modalidades de nuestra organización política y social y se lanza en pos de los grandes ideales de renovación que hoy conmueven a las multitudes en todos los pueblos civilizados del mundo y trata de lograr que se difundan en la conciencia del pueblo cubano, ahora llena y perturbada con los minúsculos y absurdos problemas suscitados por la ambición impúdica de sus directores, atentos tan sólo al fomento de sus intereses personales o al curso de las rivalidades bastardas creadas entre ellos, no por el antagonismo de altas concepciones políticas, sino por el choque de sus innobles apetitos, ansiosos de saciarse, al amparo del poder oficial.

Bien han comprendido los jóvenes estudiantes la exigüidad de sus fuerzas, ante la magnitud de la empresa acometida, y para re-

mediar este inconveniente, han llamado en su auxilio a los obreros abriéndoles las puertas de la Universidad.

Han formulado todo su plan de acción en una frase: *Por la revolución de la cultura, a la revolución social.*

Y como el primer paso en esta ruta, cuyos tramos iniciales se hallan entorpecidos por tremendos accidentes, pero cuyo curso posterior se interna en la deslumbradora claridad de un horizonte nimbado por resplandores de gloria, han acordado crear, en el mismo recinto de la vieja Universidad, utilizando todas sus dependencias y elementos, la Universidad Popular, "José Martí", dirigida y mantenida por los mismos estudiantes y algunos profesores que simpatizan con sus altruistas propósitos, y destinada a difundir la cultura, la capacidad para la investigación científica y la energía de carácter, necesarios para la futura acción revolucionaria.

¡Salud, jóvenes! En medio de la perturbación general que envenena y destroza toda nuestra vida pública; ante la decadencia de todos los valores ideales que infundieron savia y vida en el espíritu de las viejas generaciones de cubanos, impulsándolas a los más grandes sacrificios, para alzar a su patria de la postración y la ignominia; entre la podredumbre de la población adulta actual, adueñada de la dirección de todas las instituciones, vosotros os alzáis, con soberbio impulso de idealidad, como la única esperanza de regeneración que queda a nuestro pueblo; la sola fuerza capaz de evitar su disolución definitiva en el ambiente deletéreo creado en torno suyo por la fatalidad de las fuerzas humanas y cósmicas que han canalizado su existencia; la última reserva de energía puesta en acción por los impulsos latentes de nuestro instinto de conservación colectiva, distendidos ante el peligro de muerte nacional que nos amaga ya con inminencia, por envenenamiento interno de nuestros propios humores corrompidos o por el choque brusco con los obstáculos exteriores, alzados en gran parte por nuestra propia imprudencia irreflexiva.

Marchad adelante, en el cumplimiento de la misión que vuestra generosidad os ha impuesto; pero marchad con energía y con cautela. Formidables obstáculos se alzarán ante vosotros y recias tramas de intrigas tratarán de paralizar el desarrollo de vuestros altos propósitos.

Pero que sea para vosotros como un manantial inextinguible

de potencia dinámica, la consideración de que vuestro esfuerzo es quizás el último movimiento defensivo de una sociedad agonizante, casi postrada ya, a consecuencia de la conducta insensata y fratricida de aquellos mismos a quienes ella encomendó el cuidado de su seguridad y de su vida.

EL MONOPOLIO FERROCARRILERO, EL MOVIMIENTO VETERANISTA Y LA REELECCION

La ley inspirada en los planes de monopolio ferrocarrilero, concebidos por el Sr. José M. Tarafa, ha sido aprobada ya por el Congreso y sancionada por el Presidente de la República.

Ha entrado, por consiguiente, en la categoría de los hechos consumados, y la opinión pública, momentáneamente excitada por las tortuosas y anormales peripecias de su tramitación, ha cesado ya de interesarse en ella, en cuanto el silencio se ha organizado con firmeza en torno suyo. La agitación de los azucareros fué el factor esencial que mantuvo la expectación en torno de este asunto; pero la contextura mental del hombre de negocios es poco propicia a emplear su actividad en tareas de resultados lejanos y dudosos. Al ser promulgada la ley, los elementos dañados por ella comprendieron la inutilidad inmediata de seguir luchando en contra suya, y, probablemente, han emprendido el estudio de las condiciones resultantes con su vigencia, para acomodar en ellas, del mejor modo posible, sus amenazados intereses.

¿Estará relacionado con este movimiento de retracción el decaimiento de la campaña cívica de la Asociación de Veteranos y Patriotas?

Siempre consideramos un error de los directores del movimiento veteranista el haber considerado como factor fundamental de su programa la oposición a un proyecto de ley, ciertamente de consecuencias dañinas para el país y cuyo desenvolvimiento constituyó una demostración evidente de la corrupción de muchos de los administradores de los intereses públicos, pero que no era sino una gota de agua más en el charco de nuestra inmoralidad pública; cuando ellos acometían la tarea de plantear ante los cubanos la necesidad de compeler a los Poderes públicos a iniciar una rectificación completa en sus procedimientos de gobierno.

Y ahora se encuentran ante las consecuencias de su error.

La cooperación de los azucareros, por su influencia material y económica hasta en los últimos rincones de la República, facilitó la propaganda y la extensión del movimiento de protesta.

Muchas personas, sinceramente impulsadas por sus sentimientos patrióticos y por su anhelo de contribuir a la regeneración de nuestra vida política y administrativa, se adhirieron a él y hasta se dispusieron al sacrificio personal, con tal de contribuir al cumplimiento de aquellas nobles aspiraciones.

Los directores de la agitación quizás alentaron la esperanza de obtener, de esos elementos pudientes, los recursos pecuniarios indispensables para cumplir el plan de acción enérgica que habían anunciado, y ahora, ante el apaciguamiento del ardor patriótico de dichos elementos—muy atareados, por otra parte, con los preparativos de la próxima zafra, polo magnético esencial de sus preocupaciones—, se encuentran en la situación más comprometida y difícil a que puede llegar un hombre público.

No pueden hacer efectivas sus promesas, y no por falta de resolución personal, ni siquiera por la duda de una cooperación por parte del pueblo, que seguramente la prestaría con el mayor entusiasmo; sino por la carencia de recursos para mantener la intensidad de su propaganda y poner en trámite sus propósitos ejecutivos, suficientes para obtener de los Poderes públicos la rectificación pedida.

¿Qué harán hombres de tan recio temple como algunos de los jefes de esta protesta cívica, ante la situación sin salida que las circunstancias adversas han atravesado en su camino?

El país se halla inquieto, con el temor de que estos hombres, cuya sinceridad patriótica no es lícito poner en duda, se crean compelidos a emprender una aventura cuyas consecuencias no pueden ser fácilmente previstas de antemano.

Por su parte, el Gobierno no parece propicio a iniciar el menor esfuerzo de rectificación, cuya manifestación podría contribuir al apaciguamiento de los ánimos.

Muy al contrario, los elementos adictos políticamente al Jefe del Estado se agitan con el frenesí propio de una minoría impopular, dispuestos a utilizar los instrumentos de acción que el poder político coloca en sus manos, para imponer al país la candidatura

del actual Presidente, contra su aparente voluntad, expresada en diversas oportunidades, antes de ocupar la presidencia de la República y después de estar en ella, de no aceptar su nominación para un segundo período presidencial, por los daños que tal pretensión acarrearía a los intereses nacionales.

Por todas estas circunstancias, la acción de los altos funcionarios de la Administración se va internando, cada vez con mayor ímpetu, por los vericuetos del mal gobierno; el pensamiento del Jefe del Estado se ve envuelto, más y más, en los turbios vahos de la adulación que exhalan las bocas ávidas de las turbas sectarias que lo rodean; las pasiones populares se exaltan y el ánimo de las personas que aman sinceramente a Cuba y desean, por sobre todas las cosas, que prevalezcan los altos intereses de la patria, se ve oprimido por las más tristes previsiones, ante la fricción, cada vez más áspera, de todas las fuerzas antagónicas que la marcha de los acontecimientos está suscitando en el seno de nuestra vida pública.

MONITOR.

La Habana, octubre, 1923.

BIBLIOGRAFIA (*)

Néstor Carbonell. De la Academia Nacional de Artes y Letras.
MARTÍ: SU VIDA Y SU OBRA. La Habana. Imprenta "El Siglo
XX". Teniente Rey 27. 1923. 8º, 228 p.

A honrar la memoria de Martí ha dedicado Néstor Carbonell muchas horas de su vida. Recopiló sus obras y empezó a publicarlas en un periódico diario, y espera tiempos mejores para continuar esa grata y necesaria tarea; le rindió en diversas ocasiones el homenaje de su veneración: en la inolvidable Sociedad de Conferencias, en la Academia de Artes y Letras, en todo momento propicio; y tiene preparada una biografía completa del Apóstol de nuestra Revolución. En cada una de esas oportunidades le consagró un "montón de palabras, que si no añaden nada a su corona de gloria, al menos, ayudan a sacudir por un instante el polvo de la ingratitud y del olvido posado sobre su fosa". De ellas salió este libro vehemente, hecho de amor y de fe, al calor de los entusiasmos nacidos junto a la tribuna del Mártir en la niñez y agrandados en el hombre al través de la vida.

Carbonell habla de Martí como hombre, como poeta, como prosista, como orador y como político. En ninguno de sus trabajos ha sido el ensayista sereno que habría sido Rodó. No fué ese tampoco su objetivo. "Yo no vengo aquí—dice—como juez a juzgar su personalidad, ni como crítico a analizar su obra para luego difundir por los aires el juicio que lo rebaje o enaltezca... Yo no vengo aquí... a rememorar, siquiera sea brevemente, la vida meritísima y gloriosa; la vida, llena de infinitas ternuras y cruentos martirios, de ese enorme soñador melancólico, caballero de todas las justicias, que sufrió por la patria al través de los años de su existencia, cuanto hombre puede sufrir, y cayó desplomado de su corcel de guerra, para no levantarse jamás, como un Aquiles de poema, en la trágica hermosura del combate, peleando como

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, librerías o editores. De las que recitamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

simple soldado por la libertad, en un luminoso mediodía de mayo..."

Entre imágenes rotundas y viriles, entre admoniciones por las miserias actuales y relampagueos oratorios se vislumbra y se ama al visionario que completó con su palabra y su esfuerzo de cíclope la libertad de nuestra América. Y mientras el propio Carbonell, u otro discípulo, no haga la biografía esperada y urgente del Maestro, sus admiradores tendremos que buscar en esta obra perfiles y relieves del gran poeta, del escritor, del patriota, del Libertador, que realizó el más perfecto ideal de reunir a su magnífica y genial aptitud para la obra silenciosa del sabio, los arrestos y la acometividad para los empeños del hombre de acción.

Adelia di Carlo. LA CANCIÓN DE LA AGUJA. Buenos Aires. 1922. 8°, 112 p.

Este libro es un poema en el que una mujer de gran alma ha puesto su canción bella y femenil. Es el canto del hogar, el que va diciendo a los hombres apasionados por la lucha bélica que no todo es furor y muerte, pues también hay sensaciones humildes, inefables, y son las gustadas junto al telar, oyendo la suave canción de la aguja. Para cada una de las labores que la mujer realiza con el "minúsculo hilo de acero", tiene un poema este libro, que debiera ser de obligatoria lectura en las familias y en las escuelas. Acaso estas deliciosas y sencillas prosas llenas de poesía y de amor servirían para que naciera en algunos corazones un poco de idealidad, y acaso con ello se contribuiría a fijar derroteros nobles a muchas existencias.

Alberto Ghirardo. ANTOLOGÍA AMERICANA. Volumen primero. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid. 1923. 8°, 318 p.

Nada más difícil que una antología americana de tanta magnitud como la de Ghirardo. Reunir en la estrechez de veinte pequeños tomos lo más importante y representativo de los escritores de la América, es tener que silenciar muchos autores e incontables obras de significación en nuestra cultura. Ghirardo ha sentido la necesidad de ir a la empresa, no por espíritu de lucro, sino por un sincero entusiasmo de americano. Estricta, incompleta, su colección mostrará con el suficiente decoro la verdad del pensamiento continental, y ha de ser la vergüenza de algunos "descubridores" faltos de honradez literaria, verdaderos calumniadores de nuestra literatura.

El primer volumen de la *Antología* de Ghirardo presenta un número reducido de los precursores: Mariano Moreno, el estadista argentino que en treinta y tres años de vida hizo toda su tarea asombrosa; Simón Bolívar, el Libertador; José de la Luz y Ceballero, el maestro cu-

bano que derramó en las almas de sus discípulos su talento vasto y apostólico; José de San Martín, el abnegado, el guerrero, el pensador; José Joaquín Fernández de Lizardi, político, novelista, poeta, periodista y satírico de la época heroica de México independiente; Dámaso Antonio Larrañaga, sacerdote, "educador altísimo, investigador constante, fuerza dinámica" en el Uruguay; Camilo Henríquez, hombre de acción, *Padre de la Patria* chilena; José Camilo Torres, el ilustre granadino que tuvo siempre fe en Bolívar; José Mejía Lequerica, ecuatoriano, gran parlamentario y organizador que asombró por su talento y laboriosidad en las Cortes de Cádiz. De cada uno, un artículo, o un discurso, o una disquisición. Aquí los aforismos magistrales de Luz Caballero, el discurso de Bolívar en Angostura, las cartas sinceras de San Martín, las doctrinas de precursores de Moreno y Mejía Lequerica, de Lizardi, Larrañaga, Henríquez y Torres; aquí el pensamiento majestuoso y desinteresado, clarividente, de aquellos hombres movidos por el amor y por la verdad, que de haber vivido hasta los tiempos actuales comprenderían la bondad de la simiente arrojada por ellos al surco. Porque hoy se empieza a creer con pasión en todo lo que esos precursores dijeron; porque las generaciones americanas del presente difunden con lealtad el credo de unión por ellos lanzado a las turbas ambiciosas e indiferentes de los caciquillos de entonces.

Ghiraldo podría haber hecho más voluminosa la *Antología*, aun con esos mismos autores. El *Resumen de la vida del general Sucre*, algunas cartas, varios pensamientos y proclamas, de Bolívar, ocuparían su puesto con honor al lado del discurso de Angostura; así como otras cartas notables de San Martín, y otros artículos de Moreno, de Mejía Lequerica, de Lizardi. Pero todo lo que el compilador ha escogido es fundamental, y realmente digno de nuestros precursores; todo es ejemplar y merece la atención de los lectores de otros pueblos.

OASIS. [Isimbardo Peixoto. Rio de Janeiro. 1923]. 8º, 76 p.

"*Oasis* no interesa a los otros, sino a mí, porque dice de mis luengas tardes, luengas tardes sin sonrisas, mis sonrisas amargas... Es una pequeña ciudad desierta, en la aurora, tristemente iluminada, que sólo yo conozco y paseo, que yo solo sé sentir y yo solo sé, apasionadamente, amar..."

Esa es la síntesis de *Oasis*, dada por el autor en la dulce lengua lusitana, como prólogo del libro. Y efectivamente, en las páginas sencillas se encuentra ese melancólico ambiente de las pequeñas ciudades calladas en las que ningún acontecimiento altera el ritmo secular y pueblerino.

Amalia Puga de Losada. La Novela Peruana. EL voto. [Lima, 17 de Abril de 1923] 8º, 56 p.

En la producción de nuestros días *El voto* es una novela inactual, pero algo de ayer que llega hasta nosotros envuelto en un aroma fresco, juvenil, amable, como una canción de los tiempos infantiles que nos recordara con suavidad una época dulce y feliz. La señora Puga de Losada, escritora de la generación anterior, da a su novela como escenario la antigua ciudad de Cajamarca, y sitúa sus personajes en los primeros años de la independencia del Perú. Se trata del joven Fernando de Mollinedo, hidalgo heredero que se añadió a las tropas de Bolívar y que volvió con las insignias de comandante después de alcanzada la República. En torno del valiente soldado gira toda la acción. La hermana que se va del mundo para ingresar en un convento, el abuelo que muere lamentando la ingratitude del hambiento de gloria, la familia amiga de don Clemente Gómez, todo es secundario, hasta la enamorada mística que por la ausencia de Fernando hizo voto de consagrarse a la religión y que al regreso del joven rechaza como traición toda tentativa de renuncia. El guerrero, entristecido, se reincorpora al Ejército Libertador. Tal vez piensa en las oraciones que "por su intención" han de hacer la hermana y la amada, perdidas para la felicidad en las soledades de un convento, mientras él retorna a los peligros de la campaña, en busca de la muerte.

El ambiente, las personas, la trama, todo es ponderado en *El voto*. El lector presencia sin esfuerzos imaginativos las escenas que ocurren en la tranquila ciudad peruana, y siente con Mollinedo, hombre de acción y de nuevo espíritu derrotado por el pasado próximo, todo su dolor ante los sueños de ventura destruídos por un voto.

Enrique José Varona. CERVANTES, HUGO, EMERSON. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard St-Germain. París. [1923] 16º, 166 p.

Estas tres conferencias del maestro Varona tienen ya cuarenta años y son actuales. El espíritu selecto de Ventura García Calderón les ha dado como marco uno de los pequeños volúmenes de su *Biblioteca Liliput* como homenaje a nuestro pensador y como regalo a la juventud de América. Vistos por Varona, Cervantes, Victor Hugo y Emerson tienen algo nuevo para el lector, a pesar del tiempo y de los estudios que desde 1883 han dedicado los más insignes autores a esos tres grandes directores del pensamiento. Tal novedad es sin duda el mayor encanto de las semblanzas que ahora un editor artista entrega a la curiosidad y al aplauso de las gentes,

Dr. Calixto Whitmarsh. Primer Secretario de la Legación de Cuba en Chile. ALGO SOBRE CUBA. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Estado 63. 1923. 8º, 242 p.

Toda labor de difusión de conocimientos es beneficiosa y plausible. Y la realizada por el Dr. Whitmarsh es además conveniente, porque expone a los públicos más lejanos la verdad de nuestra situación y el estado real de los problemas nacionales.

La obra del Dr. Whitmarsh es un resumen de lo más importante para dar idea de conjunto sobre las cuestiones cubanas, la Revolución libertadora, la implantación de la República, la organización de los poderes, el desenvolvimiento intelectual, etc. Podrá tener defectos, y algunos importantes, como la confusión que sufre el autor al llamar presbítero al insigne maestro Luz y Caballero. Y podrá también ser muy reducido el número de los escritores del pasado que cita con detenimiento. Cirilo Villaverde, por ejemplo, es acreedor a algo más que una mención por su novela *Cecilia Valdés*, anticipo sorprendente de la escuela naturalista. Pero no es posible olvidar el título del trabajo del Dr. Whitmarsh, y tampoco la buena intención que lo ha movido. En lo tocante a esto, su obra debe ser saludada con felicitaciones. Porque en ella hay amor para Cuba y un excelente deseo de inculcar en los demás americanos el respeto para la realidad internacional de nuestra patria.

Ciertamente, el que en el extranjero conozca el libro del Dr. Whitmarsh sabrá acerca de Cuba cuanto es necesario para sentir, además del cariño continental, solidaridad para el esfuerzo en que deben empeñarse nuestros pueblos, unos e indivisibles en la obra preparadora del porvenir.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, octubre, 1923.

NOTAS EDITORIALES

UN CUBANO, PRESIDENTE DE LA LIGA DE LAS NACIONES

Honor extraordinario—sólo comparable en magnitud y significación al que recibió nuestra patria, hace dos años, al ser elegido el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante miembro del Tribunal Permanente de Justicia Internacional—, representa para Cuba la elección del Dr. Cosme de la Torriente para presidir la última Asamblea de la Liga de las Naciones, cuya cuarta reunión inauguró sus tareas, en los primeros días de septiembre próximo pasado y las terminó el día 29 del propio mes, con éxito indiscutible, habida cuenta de las dificultades vencidas y de los graves peligros orillados hábilmente por la Asamblea, al ocuparse en el escabroso problema surgido por aquellos días entre Grecia e Italia, y en cuya solución, por lo que respecta a la Liga, pusiéronse a prueba el tacto y la habilidad política de nuestro ilustre compatriota.

CUBA CONTEMPORÁNEA felicita con efusión a su distinguido colaborador el Dr. Torriente por el alto honor de aquella designación merecida; por el éxito de su gestión en el cargo desempeñado y al cual llegó por los votos de 24 delegaciones, contra 19 que obtuvo el Dr. Giuseppe Motta, ex Presidente de Suiza; y finalmente lo congratula por haber sido nombrado, recientemente, primer Embajador de nuestra nación en Washington, deseándole en el desempeño de ese nuevo cargo, delicado y espinoso en las actuales circunstancias, todo el éxito que es de desear, para bien de Cuba, en estos momentos en que graves problemas de orden interno, y acaso también de carácter internacional, conturban el desenvolvimiento ordenado y progresivo de nuestra República.

Cuba Contemporánea

AÑO XI

Tomo XXXIII. La Habana, diciembre 1923. Núm. 134.

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE CUBA COMPARADA CON LA DE ALGUNOS OTROS PAÍSES (*)

(CONFERENCIA LEÍDA POR EL SR. CARLOS M. TRELLES, EL 28 DE AGOSTO DE 1923, EN EL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE MATANZAS.)

Señor Presidente; señoras y señores:



ESPUÉS de la benévola acogida que disteis a mi anterior conferencia, he decidido presentarme de nuevo ante vosotros, contando desde luego con vuestra nunca desmentida benevolencia, con objeto de tratar de otro tema de gran importancia para el porvenir de nuestra patria, y que entiendo debe presentarse ante la consideración de este culto auditorio en toda su integridad, porque los males de la Nación, lo

(*) El título completo de esta conferencia fué *La instrucción primaria de Cuba comparada con la de algunos países de América, Asia, África y Oceanía*, por haber sido la intención del autor realizar un estudio comparativo de la enseñanza primaria en Cuba con la de otros pueblos de igual o inferior nivel de civilización al nuestro, prescindiendo por consiguiente de los países europeos. CUBA CONTEMPORÁNEA recomienda la lectura de este trabajo, documentado y notabilísimo por muchos conceptos, en el que se pone de manifiesto la intensa gravedad del más importante, acaso, de todos los problemas cuya solución debe preocupar en la actualidad al pueblo cubano: el retroceso sufrido por la instrucción primaria en los tres últimos lustros, determinante del pavoroso desarrollo del analfabetismo y, seguramente también, del estado de indisciplina, desmoralización y desgobierno que desde hace algunos años predomina en nuestro país y cuyos caracteres se van acentuando cada vez más, con inminente peligro para la estabilidad de nuestras instituciones y aun para la existencia misma de la República.

repito, no se curan ocultándolos o disimulándolos, sino exponiéndolos en toda su magnitud con el firme propósito de sanarlos. Conste, pues, que si molesto nuevamente vuestra atención se debe a la gravedad y trascendencia del tema; y después de hecha esta manifestación, me encomiendo a vuestra indulgencia y entro en materia.

Trataré en primer término de exponer de un modo sucinto el estado en que se encuentra la instrucción primaria en algunos países de este y otros Continentes, prescindiendo con toda intención de la culta Europa, para que el paralelo resulte más equitativo; y después me fijaré en Cuba para hacer entonces las deducciones y comparaciones que sean pertinentes.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Nada más natural y lógico, que al empezar a desarrollar esta conferencia me fije en primer lugar en el país más importante de la América, en los Estados Unidos, que es hoy la primera de los Potencias mundiales.

Poco después de haber llegado los célebres peregrinos o puritanos en 1620, en el buque *La Flor de Mayo*, a la Nueva Inglaterra, se fundó la colonia de Massachusetts y allí se abrió en 1639 la primera escuela pública que hubo en lo que después se llamó los Estados Unidos. Y a aquellos progresistas colonos corresponde la gloria de haber votado una ley de instrucción pública, en 1647, en la cual por primera vez se estableció la enseñanza obligatoria y gratuita, multándose a los padres que no enviaban sus hijos a la escuela con £ 5 de multa. Con tal motivo se abrieron allí las primeras escuelas gratuitas para el pueblo, adelanto que era desconocido entonces en la culta Europa y en el resto del Universo.

El contraste entre el Norte y el Sur de la futura Confederación se manifestó desde los primeros momentos. Si la civilización empezaba a desplegar sus alas con vigor en el Norte, donde un Gobernador de Connecticut decía en el siglo XVII:

La cuarta parte del presupuesto anual de la colonia se dedica a mantener escuelas libres para la educación de nuestros hijos;

en cambio en el Sur, el Gobernador de Virginia, Berkeley, se expresaba en 1671 de este modo:

Los ministros deben rezar más y predicar menos. Gracias a Dios no tenemos escuelas ni imprentas, y espero que en cien años no las tendremos: la ciencia es quien ha traído al mundo la desobediencia, la heregía y las sectas; la imprenta las ha divulgado. ¡Dios nos libre de esas dos calamidades!

Afortunadamente, el Norte se sobrepuso al Sur, y la causa de la instrucción popular ha tenido en la Gran Unión Americana partidarios fervorosos, entre los cuales figura en primera línea el famoso educador Horacio Mann, que abandonó en 1837 su profesión de abogado para dedicarse al magisterio, y a quien se deben máximas tan sabias como éstas: "Todo niño tiene derecho a recibir educación y el Estado se encuentra en el deber de suministrar esa educación"; "No es hombre de Estado americano el que no dedica todos sus esfuerzos a la educación del pueblo"; y "Un pueblo ignorante es y debe ser un pueblo infeliz"; aforismos que debían aprenderse de memoria para tratar de llevarlos a la práctica nuestros estadistas.

La República Modelo es el país que más se interesa por la educación popular y el que mayor suma de millones se gasta en la instrucción de sus ciudadanos. En 1890 invirtió tanto en el ramo de la enseñanza como toda Europa; y hoy es casi seguro que gastará quizás más ella sola en esta parte de la Administración que el resto del mundo.

Allí la educación elemental ha alcanzado un desarrollo asombroso, como lo demuestra el admirable cuadro de sus censos escolares, desde el primero, en 1840, hasta el de 1920. Estudiando ese cuadro maravilloso (1) del cual hago aquí un ligero extracto, se observa que en 1840 la población del país era de 17.000,000; el número de casas escuelas ascendía a 50,700; el de niños matriculados a 2.025,000, o sea el 11% de los habitantes, y probablemente invertirían en este ramo \$10.000,000. Ochenta años más tarde, en 1920, la población se había elevado a 105.000,000; las escuelas pasaban de 270,000; los maestros sumaban 582,000; los niños matriculados formaban un ejército de 21.730,000, esto es,

(1) Véase el Apéndice núm. 1.

el 20% de los habitantes; y la Nación gastaba en instruir a la niñez y a la juventud escolar la fabulosa suma de \$1,045.000,000, lo que da un promedio de \$9.90 por cabeza.

Bien merece un estudio especial cada uno de los Estados de la Unión; pero quiero ahora examinar sólo los de procedencia española, mexicana, francesa e india, que no son, por cierto, de los más adelantados (2).

Cuando la Florida salió del poder de España en 1819, la Louisiana del dominio de Francia en 1803, y Texas, California, Nuevo México y Arizona del de México, la pública instrucción se encontraba en esos territorios en un estado deplorable: pudiera decirse que casi no existía. Hoy la situación ha variado por completo. En la Florida y en Louisiana el 15% de la población concurre a las escuelas; y en Nuevo México y Oklahoma el 16%. Todos los Estados mencionados presentan en estos momentos una inscripción escolar muy superior a la de Cuba.

El progreso de California ha sido enorme y hoy se le considera como uno de los Estados más adelantados de la Unión y uno de los cuatro focos de civilización que existen en el mundo, a saber: la Europa central y occidental, el Japón, la Australia y el Estado Dorado. En 1915 contaba dicho Estado con 17,300 maestros; gastaba \$32.000,000 al año en enseñanza y poseía dos grandes Universidades, que figuran entre las más famosas del Universo. Su población era entonces casi igual a la de Cuba.

Me detendré un momento en el Estado de Oklahoma, que ingresó en la Unión en 1907 y viene a ser la reunión de dos antiguos Territorios: el Indio y el que lleva su nombre. En 1910 contaba en su seno con 75,000 indígenas y gastaba en instrucción \$8.000,000.

La enseñanza del indio ha merecido la cuidadosa atención del Gobierno Americano. Hace trece años había en toda la Nación 310,000 hombres de la raza autóctona y en sus escuelas gastó el Gobierno en 1911 \$3.685,000.

De los indígenas norteamericanos asistían a las escuelas en 1899, 16,000 niños, o sea el 34% de la población escolar india (3). Frecuentan pues, las aulas los niños Cherokees, Seminalas, Apa-

(2) Véase el Apéndice núm. 2.

(3) En 1910 asistían 37,883 niños indios a las escuelas, esto es, el 14% de la población indígena.

ches, etc., en una proporción superior a la de los escolares cubanos. En 1910 el 45% de los indios era analfabeto, de 10 años para arriba, cifra casi igual a la de Cuba (el 43%). Hoy, con seguridad, el número de sus alfabetos debe ser mayor que el de los nuestros.

A consecuencia de la extensa difusión de la enseñanza por todo el país, el analfabetismo ha disminuído en la Unión Americana de una manera portentosa, como lo probarán las siguientes cifras:

ANALFABETOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

En 1870.	el 20%
„ 1880.	„ 17%
„ 1890.	„ 13%
„ 1900.	„ 10%
„ 1910.	„ 7%
„ 1920.	„ 5%

Pero si los iletrados han decrecido de una manera pasmosa en toda la Nación, todavía es más admirable la disminución que ha tenido la ignorancia en la raza negra. En ningún país de la Tierra se han civilizado los negros como en la patria de Lincoln, y ese progreso es tanto más de tenerse en cuenta cuanto que en las leyes del Sur, en la época de la esclavitud, se prohibía terminantemente que se enseñase a leer y a escribir a los niños de color; y en la Carolina del Sur, en 1834, se castigaba con cincuenta latigazos al hombre de color que enseñase a leer a un negrito.

Pues bien; decretada la abolición de la esclavitud el 1º de enero de 1863 por el Presidente mártir, aquel cuadro tenebroso empezó a variar de tal manera, que hoy causa profunda admiración enterarse del portentoso progreso que ha realizado la raza de color en poco más de medio siglo. Justo es consignar que al decretarse la libertad de los antiguos siervos se crearon las primeras escuelas para los niños de la citada raza; y el elemento blanco y los educadores del Norte contribuyeron en gran escala a la civilización del negro, creando la Oficina de los Emancipados, dirigida por el General Armstrong; y aportando Peabody, Slater, Carnegie y otros millonarios, fuertes sumas con objeto de establecer es-

cuelas especiales para ellos, como los grandes Institutos de Hampton y Tuskegee. Tan poderoso ha sido este auxilio que ha dado el brillante resultado siguiente: en 1920, de los 10.460,000 negros que residían en los Estados Unidos, el 20% estaba matriculado en las escuelas.

En Cuba, al decretar la abolición del patronato en 1886, no se tomaron análogas medidas de protección; pero no obstante esto, la raza de color también ha realizado aquí rápidos avances en su adelanto intelectual.

Para que pueda apreciarse mejor el notable progreso de la raza etiópica en la Gran República y en Cuba (que son los dos países donde más se han civilizado), he formado el siguiente cuadro, en el que he incluido también los datos relativos al analfabetismo entre los blancos cubanos; y la conclusión que de él se saca es deprimente para nosotros; pues así como el hombre de color de Cuba progresa con rapidez, el blanco avanza lenta y perezosamente, y al paso que vamos no se necesita ser profeta para asegurar que en el próximo censo estarán en mayor proporción los etiópicos que en Cuba sepan leer y escribir, que los caucásicos.

He aquí el cuadro para ellos brillante, y para nosotros bochornoso:

SABÍAN LEER Y ESCRIBIR

<i>Año</i>	<i>Negros de los Estados Unidos (4)</i>	<i>Personas de color, de Cuba</i>	<i>Blancos de Cuba</i>
1862	5%	4%	30%
1870	20%		
1880	30%		
1890	43%	13%	35%
1900	56%		
1907		24%	41%
1910	67%	37%	47%
1920	77%	44%	49%

(4) En los negros de los Estados Unidos se incluyen a los de 10 años en adelante. En 1899 sabía leer en Cuba el 36% del total de la población y en 1907 el 40%.

En Cuba, en 1919, de 2.889,000 habitantes sabían leer 1.377,000, o sea el 47% y no sabían 508,000. De los 2.104,000 blancos sabían leer el 49%. Y de los 784,000 de color, leían 347,000, o sea el 44%.

En 1860 había en los Estados Unidos 4.441,000 negros y de ellos sabían leer y escribir 151,000. Y en 1920, de 10.460,000, son alfabetos más de 8.000,000.

Otros cuadros muy interesantes para los habitantes de nuestra República son los siguientes: (5)

En el titulado *Estados cuya población es casi igual a la de Cuba* (entre los cuales se cuentan Wisconsin, Georgia, Indiana, New Jersey, Massachusetts, Michigan, Texas y Missouri), se advierte que tenían inscritos en sus escuelas un número de niños doble o triple que el de esta República. En el de *Estados cuya asistencia escolar es casi igual a la de Cuba* (Connecticut, Nebraska y Maryland) se nota que su población es muy inferior a la mitad de la de nuestra patria. Y en el de *Otros Estados* (Washington, Carolina del Norte y Sur, Arkansas, Mississippi, Virginia y Virginia del Oeste, Minnesota, Iowa, Tennessee, Alabama y Kentucky) se observa que, siendo su población, por regla general, muy inferior a la de la República Cubana, daban instrucción a un número muy superior de niños del que va a nuestras escuelas.

Mencionaré aisladamente, porque bien lo merece, al grandioso Estado de New York, que tiene 10.500,000 habitantes, cuenta con 49,000 maestros, educa a 1.625,000 niños e invierte en la enseñanza la enorme suma de \$100.000,000 anuales.

Nunca han sido partidarios los norteamericanos de los grandes ejércitos, ni de los ejércitos permanentes; y mucho mayor atención han prestado siempre a la educación que al sostenimiento de fuerzas armadas. Véanse los siguientes datos:

GASTADO POR LOS ESTADOS UNIDOS EN

Años	Ejército	Instrucción Pública
1850	\$ 9.687,000	\$ 18.000,000
1880	38.116,000	83.000,000
1890	75.000,000	137.000,000
1900	134.700,000	214.000,000
1910	156.000,000	426.000,000
1915	173,000,000	600.000,000

(5) Véase el Apéndice núm. 3.

En asuntos relativos a la pública enseñanza y en otras muchas materias hace tiempo que está demostrada la superioridad de las razas germánica y anglosajona sobre la latina, en la cual están incluídos los pueblos hispanoamericanos. Los primeros se interesan mucho más por instruirse que nosotros. Voy a señalar dos hechos que lo demuestran plenamente.

Tres Estados de la Unión Americana, New York, Pennsylvania e Illinois, contaban en 1920 con 25.000,000 de habitantes y educaban 4.300,000 niños. Y toda la América Hispana, compuesta de veinte naciones, que contienen en su seno 60.000,000 de seres humanos, no suministraba el pan de la instrucción más que a 3.800,000 alumnos.

Todavía más: el pequeño Estado de Kansas en 1900, con 1.500,000 habitantes tenía 11,200 maestros, o sean 2,000 más que los que contaban las Repúblicas de Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay y Uruguay, reunidas las cuales encierran en sus territorios en total 12.000,000 de habitantes. Y Kansas enviaba a sus escuelas tantos alumnos como esos seis países juntos.

El adelanto inmenso de los norteamericanos se demuestra también por los libros que salen de sus prensas. En efecto: en 1841 publicaron 1,115 obras y en 1910, 13,470.

Respecto a Bibliotecas diré que en 1638 se inauguró la primera en la Universidad de Harvard y hoy cuentan con 8,000.

El entusiasmo de los ricos de aquel país por la enseñanza se manifiesta anualmente por los grandes donativos que hacen con fines educativos. Me bastará citar estos casos: el de Carnegie, que donó para bibliotecas y otras instituciones más de \$350.000,000 y el de Rockefeller, que ha regalado \$500.000,000 para Universidades, Hospitales e investigaciones científicas. De 1871 a 1918 regalaron los benefactores norteamericanos \$715.000,000 para Universidades y Colegios.

Es tanta la decisión de los americanos del Norte por la educación, que hasta en la tierra casi ártica de Alaska, donde la temperatura media es de cero grado centígrado, recibían instrucción en 1918, 6,400 alumnos, o sea el 10% de la población, que era de 65,000. Bajo este aspecto y por el número de los alfabetos, el 76%, supera a Cuba ese Territorio, que pronto será admitido entre los Estados de la Unión.

CANADÁ

Después de los Estados Unidos, el país que mayores progresos ha realizado en América en materias de instrucción pública es un pueblo formado en su mayoría de elementos de la raza anglosajona: el espléndido Dominio del Canadá, que es un modelo desde diversos puntos de vista, y que goza, siendo Colonia autónoma, de una libertad política superior a la de algunas Repúblicas Hispanoamericanas.

Hace casi un siglo, en 1830, había en el Bajo Canadá 980 escuelas a las que asistían 41,700 niños, resultando que de cada 12 habitantes se educaba 1.

En Terranova, Nueva Escocia e Isla del Príncipe Eduardo, en 1832 la proporción era de 1 por 8, 10 y 14, respectivamente. Para no cansaros diré, que en 1853, teniendo 2.750,000 habitantes, recibían instrucción 300,000 niños; y en 1919, con 8.200,000 pobladores, 1.738,000; y respecto a gastos añadiré que en 1901 invertía en la instrucción pública \$11.750,000 y en 1921 \$102.000,000 (6).

El veinte por ciento de la población se halla inscrito en las escuelas. Y el analfabetismo ha disminuído notablemente, como lo prueban estos datos:

ANALFABETISMO EN CANADÁ

En 1891 no sabía leer ni escribir el	34%
„ 1901 „ „ „ „ „ „	17%
„ 1911 „ „ „ „ „ „	11%

En esta floreciente Colonia se invierte también más dinero en escuelas que en ejército.

Si este país y los Estados Unidos son hoy los que marchan al frente de la civilización en América, se debe en gran parte a la atención preferente que han dedicado desde hace largos años a la educación popular. Por eso ha dicho con razón el escritor francés Demolins: “Ved lo que España y Portugal han hecho en la América del Sur y ved lo que el anglosajón ha hecho en la América del Norte. ¡La noche y el día!”

(6) Véase el Apéndice núm. 4.

AMÉRICA HISPANA

El atraso en que se encuentra la América Española con relación a la Sajona tiene fácil explicación.

En primer lugar, la inmensa mayoría de los españoles en el momento del descubrimiento de América no sabían leer ni escribir. España no podía dar lo que ella apenas tenía entonces: cultura.

Debemos, además, tener en cuenta que, así como en la América sajona el maestro de escuela empezó su labor desde los primeros tiempos, en la Hispana el Gobierno de la Metrópoli, prescindiendo del maestro y de la educación, puso aquellos vastos territorios bajo la dirección de rudos soldados y fanáticos sacerdotes. Apenas se abrieron escuelas, por cuyo motivo los indios y los negros (la gran masa de la población) permaneció en la barbarie.

Un Virrey del Perú, Gil de Lemos, decía en 1791: "El americano no debe saber más que leer, escribir y rezar." El Virrey de México, Marqués de Branciforte, afirmó "que en América no debía enseñarse más que el catecismo". Y el rey Carlos IV en una famosa cédula que expidió hizo constar que "S. M. no consideraba conveniente se hiciese general la instrucción en América".

No es exagerado afirmar, por tanto, que a principios del siglo XIX en los países de la América Española apenas sabían leer y escribir el dos o el tres por ciento de los habitantes. Y todavía, para entorpecer más la poca instrucción que se daba, en las escuelas no se enseñaba el castellano sino el latín.

España jamás se preocupó de la educación primaria de sus súbditos en América. Y con razón puede sostenerse que tuvo especial empeño en mantenerlos en la ignorancia. Su ojeriza contra los hombres instruídos la hizo patente en Colombia el General Morillo con su terrible decreto de junio de 1816, declarando rebeldes a todos los que supieran leer y escribir, y ahorcando, desnudos, en Bogotá a 600 notables de la población por haber incurrido en ese titulado delito. Él se jactaba de

haber expurgado el virreinato de doctores y letrados, que siempre eran los promotores de las rebeliones;

y en carta que escribió al Coronel Ceruti, Gobernador de Guayana, expresaba de esta manera sus feroces sentimientos:

Haga V. en esa lo que yo he hecho en Nueva Granada: cortar la cabeza a todo el que sepa leer y escribir, y así se logrará la pacificación de la América.

Conquistada la independencia, los países de nuestra raza, más dados al militarismo y a resolver los asuntos por la razón de la fuerza que por la fuerza de la razón, han demostrado una preferencia marcada por el Ejército, que ha dañado y retardado nuestra civilización. En 1892 todos estos pueblos tenían un presupuesto de Guerra y Marina superior al de Instrucción Pública, con excepción de Costa Rica. Y en 1911 se observaba el mismo fenómeno, pudiéndose sólo exceptuar de esta crítica a Costa Rica, Guatemala y la Argentina.

La civilización hispanoamericana, comparada con la anglosajona, es hoy rudimentaria, como afirma el escritor Sr. Orzabal, porque nuestros pueblos son semianalfabetos. No creo pecar de inexacto si afirmo que las dos terceras partes de ellos no merecen todavía el calificativo de semicivilizados.

En la actualidad los más civilizados de dichos pueblos son los de clima más frío, como la Argentina, Uruguay y Chile, a los cuales puede agregarse Puerto Rico. Cuba podría figurar a la cabeza de ellos, o al lado de la Argentina, si no hubiera sido por el retroceso que ha sufrido de 1906 a la fecha. Y entre los de más escasa civilización se pueden mencionar a Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Guatemala.

Hechas estas ligeras indicaciones me detendré breves momentos en algunos de ellos.

REPÚBLICA ARGENTINA

Es el país de habla castellana que más se ha distinguido hasta hoy en todo lo que concierne a la educación del pueblo; pues resulta ser el que mayores esfuerzos ha realizado por elevarse en el camino de la civilización y no tardará mucho en colocarse a la altura de los países anglosajones. Sólo Cuba en el período de 1900 a 1906 podía comparársele.

La Argentina tiene un admirable sistema de educación, que ha merecido calurosos elogios de numerosos escritores. Hablando de él dice el brasileño Oliveira Lima:

El sistema escolar de la Argentina es un título de gloria para esta nación. Sarmiento fué el mejor de los discípulos de Horacio Mann.

Un autor argentino, el Dr. Colsus, se expresa así:

El régimen educacional de la Argentina es el orgullo del Gobierno y de la Nación, la más fuerte esperanza del pueblo, y un relativo timbre de honor para toda la América no sajona... Nadie en el Continente latino se halla en condiciones, no ya de superarnos, sino de estar a una altura parecida... Las escuelas argentinas son el orgullo del país.

Los Presidentes de dicha República se han interesado vivamente por la educación de su pueblo. En 1826 el gran Presidente Rivadavia empezó a difundir la educación creando escuelas y bibliotecas. De 1862 a 1868 el Presidente Mitre estableció numerosos planteles de enseñanza. Otro tanto han hecho los Presidentes Avellaneda, Roca e Irigoyen.

Pero el argentino que más intensamente se preocupó por la educación de su país fué el escritor Domingo F. Sarmiento, el educacionista popular más notable que ha producido la América del Sur. Justo es, que por la gran influencia que tuvo en su patria este hombre extraordinario, me detenga unos instantes en dar algunas referencias sobre tan ilustre personalidad. De joven estuvo colocado en una tienda y después se hizo maestro de escuela. Combatió al tirano Rosas y alcanzó el grado de General. Fué Director de Instrucción Pública de Buenos Aires en 1858 y posteriormente Senador. Siendo Ministro en 1860 hizo votar un millón de pesos para escuelas. Enviado a los Estados Unidos como Ministro Plenipotenciario de la Argentina en 1866, escribió un magnífico libro sobre *Las Escuelas de los Estados Unidos* (1868). Antes había escrito una admirable obra titulada *De la Educación Popular* (1848) y en 1855 una notable memoria sobre *La educación común*.

Estando en Washington, fué elegido Presidente, en 1868, y en seguida se embarcó para Buenos Aires acompañado de mil maestros americanos. Desde entonces empezó a civilizarse rápidamente aquel gran país, que en buena parte se ha hecho culto gracias a la multitud de maestros y profesores extranjeros que el Gobierno ha contratado.

Sarmiento fué partidario de la escuela común, laica, gratuita y obligatoria; fundó en 1842 la primera Normal para maestros, que hubo en la América del Sur, y estableció en su país, de 1868 a 1874, numerosas escuelas, en las cuales implantó el sistema de educación primaria de los Estados Unidos. Sus obras se han publicado en 52 tomos. Y es tan apreciada su memoria en su tierra natal que se le ha erigido una estatua, y en 1911 se celebró en toda la Nación el centenario de su nacimiento, efectuándose procesiones cívicas en numerosas ciudades.

Sostenía que era necesario “hacer de toda la República una escuela” y que “No hay libertad donde el pueblo es ignorante”, afirmando además que “teniendo escuelas no habría revoluciones”.

En el cuadro que dedico a la Argentina (7) se nota que en 1869, la Nación, que tenía entonces 1.800,000 habitantes, recibía en las escuelas a 82,000 niños; y en 1922, con 9.400,000 de pobladores, contaba con 9,930 escuelas, 40,000 maestros y 1.227,000 alumnos, cuyos datos demuestran que hoy reciben instrucción un número quince veces mayor de niños del que la recibían hace medio siglo.

Se puede apreciar también el adelanto escolar de tan progresista Nación, fijándose en el total de niños y en los que asistían a las escuelas, como se verá a continuación:

<i>Años</i>	<i>Total de niños de edad escolar</i>	<i>Asistían a las escuelas</i>
1869	413,000	82,000
1885	503,000	168,000
1900	994,000	450,000
1909	1.200,000	614,000
1913	1.275,000	804,000
1920	1.510,000	1.121,000
1922	1.785,000	1.230,000 (68%)

En 1920 los niños matriculados representaban el 12'50% de la población.

Hasta en los más remotos territorios de esa Nación se advierte un riguroso impulso educativo. En prueba de este aserto me bastará mencionar a la Patagonia, que era hasta hace poco la región

(7) Véase el Apéndice núm. 5.

más atrasada del Nuevo Mundo, habitada en su mayoría por verdaderos salvajes. Pues bien: en estos momentos los niños patagones aventajan a los cubanos, pues la mitad de ellos están matriculados en las escuelas, y asisten a clases en una proporción superior a la de los nuestros.

A manos llenas invierte la Argentina millones en instruir a la niñez y la juventud. Ningún otro país de habla castellana puede comparársele desde este punto de vista. Y no sólo la Nación dedica fuertes sumas a tan importante departamento, sino también las Provincias aportan cantidades muy apreciables, como voy a demostrar:

SUMAS DEDICADAS A INSTRUCCIÓN POR

<i>Años</i>	<i>La Nación</i>	<i>Las Provincias</i>	<i>Total</i>
1874	\$ 2.425,000		
1890	9.500,000		
1895	8.590,000	\$ 6.890,000	\$ 15.480,000
1900	8.588,000	4.536,000	13.124,000
1910	30.000,000		
1914	56.000,000	20.000,000	76.000,000
1916	51.000,000	25.000,000	76.000,000

En 1890 y en 1914 dedicó la Nación la octava parte del Presupuesto a instrucción. A la educación primaria destinó en el año acabado de citar treinta y nueve millones de pesos, a la secundaria diez y ocho y a la superior siete.

En 1916 el 21% del Presupuesto se consagró a instrucción. El número de maestros argentinos es hoy doble del de los soldados.

Para que pueda apreciarse el portentoso aumento que han tenido los gastos de la instrucción primaria leeré algunas cifras.

COSTO DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA

En 1881 el Gobierno	gastó	\$ 32,000
„ 1882 „ „	„	600,000
„ 1907 „ „	„	3.556,000
„ 1909 „ „	„	10.898,000
„ 1916 „ „	„	39.000,000

Por datos publicados en 1914 notó el Gobierno que todavía era algo crecida la proporción de los analfabetos y destinó entonces \$5.000,000 a combatirla. La Liga Nacional de Educación se constituyó en 1913, y en 1917 se consagró a extirpar la ignorancia del pueblo.

Véase ahora cuán rápidamente ha ido decreciendo el

ANALFABETISMO

En 1810	no sabía leer ni escribir	el 97%
„ 1869	„ „ „ „ „ „	„ 80%
„ 1895	„ „ „ „ „ „	„ 54%
„ 1909	„ „ „ „ „ „	„ 50%
„ 1914	„ „ „ „ „ „	„ 35% (de 7 años en adelante.)

La construcción de casas escuelas ha merecido a los argentinos especial atención. De 1882 a 1888 invirtió Buenos Aires \$10.000,000 en esa clase de construcciones. Y en 1919, de las 327 casas escuelas diseminadas por esa gran capital, 108 eran propiedad del Estado.

En 1909 gastó la República del Plata \$5.000,000 en edificios escolares; y queriendo el Presidente Irigoyen dar un impulso formidable a estas construcciones, envió al Congreso un Mensaje, en septiembre de 1919, pidiendo que se edificaran 7,200 edificios escolares; que costarían \$210.000,000!

No escatimando el dinero para lo que tienda a la educación popular, el Gobierno hizo votar en 1917 un crédito de \$3.600,000 para con esa suma abrir 643 nuevas escuelas.

En 1914 poseía la República Argentina 67 Escuelas Normales y 4 Universidades, entre ellas la moderna y famosa Universidad de la Plata.

Diré, por último, que para difundir la enseñanza y la cultura se han establecido desde 1870 y gracias al Presidente Sarmiento numerosas Bibliotecas populares. Su desarrollo ha sido el siguiente: En 1895 existían 160; en 1915 había 430, y en 1920 llegaban a 880.

PUERTO RICO

Voy a detenerme ahora en un pueblo hispanoamericano, que está evolucionando rápidamente y es hoy un país intermedio; pues sometido a la incontrastable influencia de Norte América nada tendría de particular que dentro de 10 ó 20 años Puerto Rico se hubiera convertido en un Estado de la República Modelo.

En la pequeña Antilla la civilización se abrió paso con dificultad durante la época colonial española, como lo demuestra con elocuencia dolorosa el hecho de que en 1864, a los 350 años de colonización de la Isla y con una población de 600,000 habitantes sólo concurrían a las escuelas 3,400 niños. Poco antes, en 1848, se empezó a enseñar la Gramática castellana en las escuelas públicas de dicha Isla.

De 1900 hasta nuestros días, ocupada la pequeña Antilla por los norteamericanos, varía completamente la situación y empieza a manifestarse el progreso educativo, de un modo vigoroso y sostenido. En el citado año se educaban en 680 escuelas, unos 25,000 alumnos; y en 1922 se contaban más de 3,400 escuelas, siendo el número de niños inscritos en las mismas nueve veces mayor, es decir 226,000 (8). Con una población tres veces menor que la de Cuba asisten a la escuelas 182,000 niños y aquí 178,000.

En 1909 asistía a las aulas la novena parte de la población, y los alumnos matriculados en 1915 representaban el 14% de los habitantes. En todo esto supera la Pequeña a la Gran Antilla, y lo mismo pasa con la asistencia a las clases, pues en Puerto Rico asiste el 50% de los niños de edad escolar y en Cuba el 33%.

Respecto a bibliotecas de escuelas públicas diré que en 1909 y 1910 se establecieron 233 de esta clase, y hoy su número se eleva a 417. Cuenta además la Antilla hermana con 230 kindergartens; y el Departamento de Instrucción Pública, que ha dado allí fuerte impulso a la educación popular, ha construído 620 casas escuelas.

Puerto Rico, que no pudo tener un centro universitario durante la dominación española, consiguió en 1903 que se crease la Universidad de Puerto Rico. Y ha contraído una deuda pública, de

(8) Véase el Apéndice núm. 6.

1900 a 1918, de \$10.000,000, debida en buena parte a gastos realizados para instruir al pueblo.

Veamos ahora de qué manera tan notable ha disminuído el analfabetismo, que era crecidísimo en la época colonial española.

ANALFABETISMO

En 1860 (9)	no sabía leer ni escribir	el 90%
„ 1887	„ „ „ „ „	„ 83%
„ 1899	„ „ „ „ „	„ 80%
„ 1910	„ „ „ „ „	„ 66%
„ 1920	„ „ „ „ „	„ 54%
„ 1923	„ „ „ „ „	„ 50%

Políticamente ha mejorado también Puerto Rico, pues gracias al *bill Jones*, posee desde 1917 la autonomía.

SANTO DOMINGO

La instrucción primaria se hallaba en un estado deplorable en este país. En 1906 se educaban allí 11,000 niños; en 1913, 18,500; y en 1920, a los tres años de haberse hecho cargo de dicha República los Estados Unidos, la instrucción popular recibió un impulso maravilloso, pues concurrían a las aulas 100,000 infantes, según consignó en un informe el Coronel Thorpe.

COSTA RICA

Incluyo a esta pequeña Nación en el número de los países hispanoamericanos que más se distinguen en la enseñanza, porque es hoy casi el único pueblo de nuestra raza que sostiene más maestros que soldados (en 1915 contaba con 1,300 de los primeros y 500 de los segundos). Durante un corto período de tiempo pudo jactarse Cuba también de poder presentar tan hermoso exponente de cultura. El Presidente Jiménez convirtió un cuartel de la capital en uno de los mejores colegios de la República.

El número de alumnos ha aumentado de un modo apreciable

(9) De la raza de color sólo el 2% sabía leer y escribir.

de 1875 a 1917, y ahora frecuenta las aulas el 8% de la población (10).

Costa Rica dedica el 15% del Presupuesto a la educación pública, y en lo relativo a su analfabetismo mis datos son escasos y atrasados. Helos aquí: En 1870 no sabía leer ni escribir el 90% y en 1892 el 80%.

URUGUAY

Pequeña es también esta República, pero de las más progresistas, como se demuestra con unas cuantas cifras. En 1875 frecuentaban las escuelas 11,000 alumnos, y en 1918, 119,000, o lo que es igual, casi la novena parte de la población.

Su Presupuesto era en 1916 de \$29,400,000 y dedicaba a instrucción cerca del 11% del mismo (11).

Así como el progreso intelectual de la Argentina se debe en buena parte al ilustre Sarmiento, el del Uruguay fué originado por el gran pedagogo y reformador José Pedro Varela, a quien le llaman "el Horacio Mann uruguayo". Fué amigo de Sarmiento, escribió la obra *La Educación del Pueblo* e introdujo en su patria, por 1876, el sistema educativo de los Estados Unidos; pues había viajado por ese gran país en 1868, estudiando las escuelas de Boston y New York. Dió gran impulso a la educación popular y consiguió que en agosto de 1877 se publicara un Decreto estableciendo un sistema nacional de escuelas y la enseñanza obligatoria.

El Uruguay, que tiene gran amor por la escuela, dedicó en 1905 un millón de pesos a a construcción de casas escuelas, y en 1916 estableció en su territorio las escuelas industriales.

Véase a continuación lo que la República Oriental invierte en la enseñanza:

INVIRTIÓ EN INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En 1866.	\$ 500,000
„ 1901.	750,000
„ 1909.	1.170,000
„ 1912.	3.200,000
„ 1916.	3.276,000

(10) Véase el Apéndice núm. 7.

(11) Véase el Apéndice núm. 10.

ANALFABETISMO

Considerado desde este punto de vista, es la República Uruguaya uno de los países más adelantados entre los que hablan el idioma castellano, habiendo sido su progreso verdaderamente extraordinario, como podrá apreciarse:

En 1860	era analfabeto	el 90%	de la población			
„ 1900	„	„	50%	„	„	„
„ 1908	„	„	40%	„	„	„

En 1917 el 41% de los niños de esa Nación (las dos quintas partes de la población escolar) era analfabeto. Y en Cuba, el 70%.

CHILE

Para comprender el horrible atraso en que se encontraba Chile en materia de educación durante la última parte del período colonial, bastará decir que en 1813, y teniendo 600,000 habitantes, sólo había en su territorio una escuela.

Afortunadamente, uno de los americanos más sabios que ha existido, Don Andrés Bello, fué el organizador de la instrucción pública en dicho país.

El Presidente Santa María (de 1881 a 1886) modernizó la enseñanza primaria y tanto él como el Presidente Balmaseda trajeron numerosos maestros alemanes para las Escuelas Normales y Secundarias. Desde entonces se ha dejado sentir en Chile la influencia de la pedagogía germana.

La concurrencia de niños a las escuelas ha sido débil hasta principios del siglo XX. Pero de 1900 en adelante ha aumentado considerablemente el número de matriculados y la cantidad asignada para instrucción. La primaria se ha desarrollado bastante como lo prueban estos datos. En 1875 había inscritos en las escuelas 90,000 alumnos y en 1914, 379,000 (12).

Respecto al dinero invertido en la enseñanza, las cantidades

(12) Véase el Apéndice núm. 11.

siguientes demostrarán la preferente atención que allí se dedica a este asunto.

PRESUPUESTOS DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En 1850.	\$ 224.000
„ 1874.	1.130,000
„ 1884.	2.390,000
„ 1891.	1.687,000
„ 1900.	6.000,000
„ 1905.	15.100,000
„ 1911.	32.000,000
„ 1917.	35.500,000

El Gobierno poseía en 1910, 400 edificios escolares y en 1917 se votó una ley que dedicaba \$10.000,000 a la construcción de escuelas durante cinco años.

Existen en la República Chilena quince Escuelas Normales, y el Instituto Pedagógico creado por los alemanes, que ejerce gran influencia en el desarrollo de la educación moderna en ese país. Y en 1919 iba a inaugurarse la Universidad Industrial de Valparaíso.

Los iletrados en Chile han disminuído de un modo notable, como se verá a continuación.

ANALFABETISMO

En 1800 no sabía leer ni escribir el	95%
„ 1854 „ „ „ „ „ „	85%
„ 1865 „ „ „ „ „ „	80%
„ 1875 „ „ „ „ „ „	75%
„ 1895 „ „ „ „ „ „	72%
„ 1907 „ „ „ „ „ „	60%
„ 1919 „ „ „ „ „ „	52%

En 1907 había en esta República una población escolar de 715,000 niños (de ellos 266,000 alfabetos y 448,000 analfabetos).

MÉXICO

No puede tomarse como modelo, por el centenar de revoluciones que ha tenido durante un siglo. Debemos, sin embargo, dar algunos datos sobre tan agitada Nación.

Fué en la época colonial el único país en que España atendió con algún interés la instrucción. Allí se fundó en 1535 la primera escuela que hubo en el Nuevo Mundo, la de la Santa Cruz, para los indios nobles.

Del período independiente presentaremos los siguientes datos (13):

<i>Años</i>	<i>Escuelas</i>	<i>Alumnos</i>
1874	8,100	343,000
1886	8,500	500,000
1910	11,850	848,000
1921	11,041	868,000

La instrucción primaria se extendió en 1912 a la raza indígena y se han establecido 209 escuelas (14).

Durante la presidencia del General Porfirio Díaz, cerrándose los Presupuestos con superávit, se dedicaron en 1900 8.000,000 de pesos, o sean 4.000,000 de dólares a la instrucción pública; y en 1922, bajo el Gobierno del Presidente Obregón, votó el Congreso \$45.000,000 para esta atención. El mencionado Presidente está licenciando soldados, aumentando el número de maestros y combatiendo el analfabetismo, que en 1895 era del 82% y en 1910 bajó al 70%. Si el país se normaliza y se siguen los métodos implantados por Obregón, la República Mexicana podrá completar su civilización en pocas décadas.

Se acaba de publicar un mapa de las Bibliotecas que funcionaron en México en 1922. Me limitaré a decir (para aplaudir el hecho) que en dicho año se fundaron 900 bibliotecas populares.

PARAGUAY

Trato de él porque de 1910 para acá está dando señales algo vigorosas de vida en el ramo de la instrucción primaria. Séame

(13) En 1857 se hizo en México la instrucción obligatoria y laica.

(14) Véase el Apéndice núm. 12.

permitido consignar que en 1887 tenía 17,000 alumnos matriculados en las escuelas y en 1918, 75,000 (15).

HONDURAS

Poco diré de este país en el que se advierte algún progreso en la educación elemental.

En 1886, con 460,000 habitantes, concurrían a las escuelas 20,000 niños; y en 1919, teniendo 600,000 habitantes, aparecían inscritos 45,400 (16).

PANAMÁ

En la joven República Panameña, donde todavía existen algunas tribus de indios salvajes, se habían matriculado en las escuelas en 1912, 19,000 alumnos, siendo la población de 386,000, de los cuales el 44% era analfabeto.

ASIA

JAPÓN

El caso del Japón es el más extraordinario que se presenta en la historia de la instrucción pública. Poseía una civilización oriental (de la India y de la China) muy incompleta y vivía aislado del resto del mundo cuando en 1853 se presentó en Uraga, cerca de Yedo, la escuadra del Comodoro americano Perry y casi a la fuerza obligó al Gobierno a entrar en relaciones con la Nación Norteamericana. Esa visita trajo por consecuencia la celebración de un Tratado de paz y amistad con los Estados Unidos en 1854.

El Japón se abrió al comercio europeo en 1859, y después de la revolución de 1867 adoptó decididamente la civilización europea u occidental. En dicho año tomó parte, con lucimiento, en la Exposición Universal de París.

En 1868 se crearon las escuelas populares; en 1869 estableció su primera Universidad, y en 1871 se creó el Ministerio de Ins-

(15) Véase el Apéndice núm. 12.

(16) Véase el Apéndice núm. 7.

trucción Pública. Empezó en seguida a enviar sus estudiantes a los países más adelantados, hecho que influyó poderosamente en su civilización; introdujo en sus escuelas el sistema americano de enseñanza, y en 1875 tenía en su territorio 700 profesores traídos del extranjero. En la actualidad China y Siam envían también sus jóvenes a educarse en Europa y Norte América.

No se ha dado nunca otro ejemplo igual de haberse asimilado un pueblo la civilización occidental en un tiempo tan breve: algo más de medio siglo. Y sobre todo, de haberse civilizado de un modo tan completo, que le permite figurar hoy entre los países de más alta civilización, siendo al mismo tiempo una de las grandes Potencias mundiales, y el principal foco cultural que existe en el Asia.

Sus sabios están asombrando al Universo con sus descubrimientos. Sus estudiantes se enferman por exceso de aplicación; y su pasión por la escuela llega a tal extremo, que cuando el General Kuroki, después de vencer decisivamente a los rusos llegó triunfador a Tokio, al preguntarle el Emperador qué es lo que pedía para recompensarlo por sus victorias, su contestación fué: "Quiero ser maestro de escuela en mi provincia"; y allí se fué a enseñar el alfabeto a los pequeños nipones.

En el cuadro que le dedico (17) y que resulta altamente honroso para esa Nación, se nota que en 1873, con 33.000,000 de habitantes, frecuentaban las escuelas 1.300,000 alumnos; y en 1919, la población se había elevado a 57.000,000, enseñaban 172,000 maestros, y recibían lecciones 8.170,000 discípulos.

El Japón gastaba en 1888 en la pública enseñanza 8.000,000 de yens (o sean \$4.000,000); y en 1912 invirtió en esa importante función social 78.000,000 de la misma moneda.

La asistencia a las escuelas es también notabilísima como se notará a continuación:

NIÑOS DE EDAD ESCOLAR

En 1873	asistía a las escuelas el	29%
„ 1881	„ „ „ „	„ 51%
„ 1913	„ „ „ „	„ 80%

(17) Véase el Apéndice núm. 13.

El Imperio contaba en 1919 con 11 Universidades y 90 Escuelas Normales.

Observemos ahora cómo se han multiplicado sus

BIBLIOTECAS

En 1879 tenía.	15
„ 1901 „	50
„ 1907 „	127
„ 1913 „	625
„ 1915 „	900

Respecto al *analfabetismo* los datos de los censos son estupendos.

En 1870 no sabía leer ni escribir el 80%
„ 1904 „ „ „ „ „ „ 15%
„ 1922 „ „ „ „ (probable) „ 8%

Y si nos fijamos en el número de libros publicados, el resultado lo deja a uno atónito o estupefacto. Véase:

LIBROS

En 1877 imprimieron.	5,200
„ 1888 „	10,800
„ 1899 „	21,200
„ 1911 „	43,200

Ningún país de la Tierra se le puede comparar desde este punto de vista. La culta Alemania queda muy por debajo de su rival asiática. Por un solo detalle comprenderéis la intensísima actividad mental que posee un pueblo tan extraño y sorprendente. En el mundo se imprimen al año 160,000 obras y de ellas la cuarta parte salen de las prensas del Japón.

Otro hecho os hará apreciar con más claridad la importancia del Imperio del Sol Naciente, desde el punto de vista educativo. En 1908 la América del Sur y el Japón tenían casi igual número de habitantes. En la primera había 43,000 maestros y 2.000,000 de discípulos. Pues bien: el Nipón la superaba casi tres veces, porque contaba con 133,000 maestros y 6.000,000 de alumnos.

¡Ojalá hubiera en el Universo muchos pueblos dormidos como el Japonés, que al despertar se adaptasen en seguida y se educasen a la par de los más adelantados! ¡Cuán rápido sería entonces el progreso de la raza humana, de la cual una mitad permanece todavía sumida en la más densa ignorancia!

ÁFRICA

EL CABO DE BUENA ESPERANZA

En esta Colonia inglesa, cuya población se compone, en el 80%, de negros hotentotes, cafres y bechuanas, la civilización se está desarrollando de un modo notable. Siendo su población de 2.564,000 habitantes, 207,000 niños asisten a las escuelas, cifra superior a la que presenta Cuba con una población de tres millones (18).

El Cabo gastó en instrucción en 1914, \$5.000,000 y en 1911 el 64% de la población era analfabeta.

ESTADO LIBRE DE ORANGE

Las dos terceras partes de su población se compone de negros y el 42% de los habitantes era analfabeto en 1911.

OCEANÍA

AUSTRALASIA

Vamos a tratar ahora de la Australia, la obra maestra de la colonización inglesa en concepto del célebre escritor francés Leroy Beaulieu.

Se empezó a colonizar en 1787 con 800 presidiarios y 192 mujeres de la vida airada. Desde ese año a 1836 fueron enviados al Continente Australiano 75,000 condenados. Después empezaron a afluir inmigrantes sin antecedentes penales; y la antigua colonia, y la isla contigua de Nueva Zelanda, son hoy de los

(18) Véase el Apéndice núm. 13.

países más cultos del mundo y el principal foco de civilización en esa remota parte del Planeta.

El número de niños inscritos en las escuelas y la asistencia a clases en la Australasia, es de los más elevados que existen. En 1861, teniendo una población de 1.260,000, contaba con 130,000 alumnos; y en 1914, con 6.500,000 habitantes, los niños inscritos en los colegios sumaban 1.032,000, o sea el 15% de la población (19). El costo de la instrucción primaria ascendía a 22.000,000 en dicho año.

Sus analfabetos han disminuído de una manera prodigiosa, por lo que es hoy la gran Confederación Australiana uno de los contados países del Globo en que casi todos los habitantes pueden leer y escribir. He aquí la prueba:

ANALFABETISMO

En 1800	no sabía leer ni escribir	el	95%
„ 1881	„ „ „ „ „ „	„	23%
„ 1901	„ „ „ „ „ „	„	17%
„ 1911	„ „ „ „ „ „	„	2%

FILIPINAS

A los trescientos años de estar posesionados los españoles de las Islas Filipinas, es decir, en 1863, fué cuando establecieron allí por primera vez la instrucción primaria. Difícilmente se encontrará en la Historia del Mundo otro caso semejante en que una Metrópoli tuviera a una Colonia sumida en la ignorancia más completa durante tan largo período de tiempo. Y como si esto fuera poco, cometió España la aberración de prohibir que a los filipinos se les enseñase el idioma nacional, o sea el castellano. Por ese motivo, al terminar la dominación hispana en 1898, de los 7.500,000 habitantes que tenía el Archipiélago sólo 300,000 indígenas hablaban o entendían la hermosa lengua de Cervantes. Hoy el 30% de los filipinos hablan el castellano y el 33% el inglés.

Establecida la instrucción primaria en 1863, se puso bajo la dirección de Ordenes monásticas que no brillaban por su sabi-

(19) Véase el Apéndice núm. 14.

duría, y por ese motivo la enseñanza que daban era por demás escasa y deficiente.

Al adquirir los norteamericanos a Filipinas por \$20.000,000 en 1898, siguieron una conducta diametralmente opuesta a la de los españoles. Se propusieron civilizar rápidamente a ese país oriental y su labor cultural ha llamado la atención y merecido calurosos elogios del mundo culto.

Se encontraron en 1898 todo el sistema de escuelas desorganizado; pero ya en 1900 los jefes militares americanos abrieron en aquellas Islas mil escuelas. En 1901 salió de San Francisco de California un vapor cargado de maestros para el Archipiélago. Y en 1913 crearon de golpe otros mil colegios.

Es un hecho que habla muy alto en favor de los filipinos y de su capacidad para el gobierno propio, que la primera ley que votó la Asamblea Filipina fuera para fomentar la educación popular. Y también es sumamente honroso para ellos, que la primera ley que votó la Cámara Filipina, al conceder los Estados Unidos la autonomía a esas Islas en 1917, fuera para aprobar un crédito extraordinario de \$15.000,000 con el fin de invertirlos durante cinco años en la educación primaria, adicionándose esa suma a los gastos ordinarios que dedica anualmente el Gobierno Insular a dicho ramo.

El aumento que ha tenido la instrucción en estos veinticuatro años ha sido portentoso: las escuelas, de 2,000 en 1898 se han elevado a 8,100 en 1922; y los maestros, que eran 4,000 en 1902, en 1922 sumaban 24,000 (20). En 1899 se educaban 150,000 niños indígenas; en 1905, 514,000; y en el pasado año, 1,094,000, que representan la décima parte de la población; debiendo advertir que, no obstante esa enorme labor educativa, aún quedan en Filipinas medio millón de habitantes paganos en estado de naturaleza, esto es, salvajes.

Con plenitud de justicia y verdad, en vista de este brillante resultado, acaba de expresarse así el General Leonardo Wood, Gobernador de Filipinas, nombrado en 1921:

El experimento en altruismo que ahora se está llevando a cabo en Filipinas es casi único en la Historia... En esta obra educadora el

(20) Véase el Apéndice núm. 15.

CUBA CONTEMPORÁNEA

pueblo filipino ha mostrado el más vivo entusiasmo y hecho maravillosos progresos. Los resultados obtenidos son un alto tributo a su capacidad.

La obra que el ilustre General Wood empezó a realizar en Cuba en 1899 y no pudo completar por falta de tiempo, esto es, civilizar la Isla en pocos años, parece que va a llevarla a cabo, con relación a Filipinas, con un éxito sorprendente. El Archipiélago se civiliza a pasos agigantados, y hace poco el General Wood ha formado con ese fin, lo que se llama el "Plan o Programa Educativo para cuatro años", que consiste en lo siguiente: Que el número de alumnos matriculados

En 1922 llegue a ser.	1.100,000
„ 1923 „ „ „	1.200,000
„ 1924 „ „ „	1.300,000 y
„ 1925 „ „ „	1.400,000.

Y los gastos de instrucción se elevarán en esta forma: En 1922, \$21.700,000; en 1923, \$24.100,000; en 1924, \$26.500,000; y en 1927, \$29.000,000. ¡Esto es lo que se puede llamar el progreso en grande escala!

Es la primera vez que un pueblo americano se ha dedicado a educar un pueblo malayo u oceánico, y a fe que el resultado no puede haber sido más satisfactorio.

Anotaré a continuación las sumas invertidas en la pública enseñanza:

GASTADO EN INSTRUCCIÓN

En 1890.	\$ 182,000
„ 1902.	1.241,000
„ 1904.	2.400,000
„ 1907.	3.182,000
„ 1911.	6.740,000
„ 1917.	9.200,000
„ 1918.	10.880,000
„ 1919.	14.270,000
„ 1920.	19.000,000
„ 1922.	21.700,000
„ 1923.	24.000,000 (pesos filipinos)

Debo advertir que el valor del peso Conaut o filipino es de cincuenta centavos moneda americana. Resulta, pues, que en Filipinas con \$12.000,000 currency se educan 1.200,000 niños y nosotros con 10 millones educamos 262,000.

De 1900 a 1921 construyeron los norteamericanos 1,160 edificios escolares en Filipinas, que han costado \$11.360,000. Sólo en el año 1907 votó la Legislatura de dicho país un millón de pesos para construir casas escuelas.

Y respecto a bibliotecas escolares diré que en 1921 había existentes 2,275.

También el analfabetismo ha tenido allí una considerable disminución. Véase:

En 1860 no sabía leer ni escribir el	98%
„ 1903 „ „ „ „ „ „	76%
„ 1910 (en la población civilizada)	55%

Hoy ese tanto por ciento debe ser mucho menor.

Filipinas tenía en 1910 treinta y tres Escuelas Normales y dos Universidades: la de Filipinas que contaba en 1921 con 4,700 alumnos, y la Universidad eclesiástica de Santo Tomás (21) (creada en 1611), que enseña a 700 jóvenes.

Pero los Estados Unidos no sólo han hecho progresar a las Filipinas intelectualmente, sino también política y materialmente. Por el *bill Jones* disfruta de la autonomía desde 1917. Y sus vías de comunicación se han desarrollado de un modo notable. En 1898 no había en todo el país más que un ferrocarril de 200 kilómetros, y hoy los caminos de hierro tienen una extensión de 1,300 kilómetros. Y respecto a carreteras, apenas si se había construído alguna durante la dominación española; y en 1921 el país estaba cruzado por una red de 10,000 kilómetros de estos útiles caminos.

HAWAI (O ISLAS SANDWICH)

Estas islas fueron descubiertas en 1778 por el célebre viajero y geógrafo inglés James Cook, que pereció a manos de los citados indígenas, que por aquella época eran caníbales e idólatras san-

(21) En los últimos años de la dominación española se pensó en cerrar esta Universidad.

guinarios. Más tarde, en 1820, los misioneros norteamericanos convirtieron y empezaron a educar a sus habitantes. Gracias a esos misioneros la instrucción pública se desarrolló de tal modo en aquel apartado país, que en la Exposición Universal de París de 1878 el Jurado le dió el gran premio a Hawai por el incremento que había tomado allí la enseñanza.

Los Estados Unidos se anexaron las Islas Sandwich en julio de 1898, y en 1900 se las consideró como un Territorio de la Unión.

En 1853 asistían a sus escuelas 12,000 alumnos; en 1900, 15,000; y en 1919, 43,000. Gastan en la instrucción unos \$800,000 anuales, y en edificios escolares invirtieron en el citado año \$69,000. Y hace poco se ha creado la Universidad de Hawai (22).

El progreso de ese pueblo de raza polinesia en la lectura y escritura ha sido admirable, como se va a ver:

ANALFABETISMO

En 1840 no sabía leer ni escribir el	95%
„ 1896 „ „ „ „ „ „	34%
„ 1910 „ „ „ „ „ „	24%
„ 1922 (probable) „ „	14% (*)

(22) Véase el Apéndice núm. 15.

(*)

FRANCIA

Aunque sea extralimitándome del tema que estoy desarrollando, no puedo resistir a la tentación de dar a conocer los siguientes elocuentes datos relativos a la ultracivilizada Francia.

Años	Escuelas	Alumnos	Gastó en las escuelas
1824		1.000,000	
1837	52,700	2.690,000	
1850		3.300,000	
1860		4.000,000	\$ 7.000,000
1877	73,000	4.700,000	15.000,000
1890	80,400	5.500,000	35.000,000
1913	86,500	6.000,000	45.000,000

Por las mismas razones inserto el siguiente interesante cuadro:

ANALFABETISMO EN

Años	Italia	España
1860	76%	80%
1877	65%	75%
1889	58%	71%
1901	48%	67%
1910	38%	60%

CUBA

Después de haber expuesto, aunque a grandes rasgos, el estado de la instrucción primaria en distintos países de América, Asia, África y Oceanía, voy a detenerme, para terminar esta extensa conferencia, en nuestro país, con objeto de que nos demos cuenta del estado en que aquí se halla la enseñanza elemental.

La instrucción pública arrastró una vida lánguida entre nosotros en la época colonial. Casi pudiera decirse que no existió en los siglos XVI, XVII y XVIII. La Metrópoli miró siempre con prevención a los maestros y a los alumnos, como lo prueban entre otros los siguientes hechos: el haber tratado en diferentes ocasiones de suprimir la Universidad y los Institutos; las órdenes dadas en 1869 por los Generales Dulce y Puello de que se ejecutase a los prisioneros, especialmente si eran maestros; el bárbaro fusilamiento por los Voluntarios de La Habana de los ocho inocentes estudiantes de Medicina en 1871; y por último, la orden del General Weyler mandando cerrar todas las escuelas públicas de la *siempre fiel* Isla de Cuba.

El cuadro adjunto demuestra el pequeño desarrollo que tuvo entonces la instrucción:

Años	Escuelas	Alumnos
1571	1	40
1605	2	
1712	3	150
1793	50	1,730
1819	120	6,600
1836	222	8,440
1863	580	17,000
1887	775	31,000
1895	900	36,000

ESPAÑA

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1835	12.000,000	16,000	600,000
1850	14.500,000	17,400	664,000
1870	16.800,000	21,500	1.426,000
1885	17.200,000	24,500	1.840,000
1905	19.000,000	29,000	2.000,000
1915	20.500,000	31,000	2.500,000

Cultura europea

“La cultura europea, que a principios del siglo XIX contaba unos 150.000,000 de individuos, se ha aumentado actualmente a cerca de 500.000,000.” (Reclus 1890.)

Se hicieron cargo de la Isla en 1899 los norteamericanos y empezó nuestra escuela a tomar incremento; pues es lo cierto que la instrucción adelantó más en los tres años de 1899 a 1901, que en los 386 que duró la dominación española. Con decir que el General Wood creó en 1900, de golpe, 3,000 aulas (hecho único en nuestra Historia), se comprueba la exactitud de mi afirmación.

El adelanto fué notabilísimo de 1899 a 1906; pues el número de niños matriculados fué cinco veces mayor que el de la época colonial, y casi el 10% de la población se hallaba inscrito en las escuelas.

Había entonces más maestros que soldados y el 25% del Presupuesto se dedicaba a la enseñanza.

Surgió después la revolución de 1906 y comienza la decadencia, en todos sentidos, de la escuela cubana, tanto en la parte administrativa como en la pedagógica, pues la instrucción que hoy se da es inferior a la de 1902.

El Dr. Alfredo M. Aguayo en los notables artículos que escribió en 1913 con el título de *El sistema escolar de Cuba* afirmó que adolecía de gravísimos defectos; que más del 95% de los niños que asisten a las escuelas públicas de Cuba sale de ellas en un estado de semi-ignorancia y semi-barbarie que contrista el ánimo y oprime el corazón; que de cada 100 niños inscriptos en nuestras escuelas populares, uno solamente logra ascender al quinto grado. Sostuvo además que nuestra administración escolar, desde 1905, tiene todos los caracteres de un cuerpo político, de una máquina electoral puesta al servicio del Gobierno; que en educación no progresamos de muchos años a la fecha; y por último, que la escuela popular de Cuba no tiene base científica y carece de ideales y lejos de mejorar decae, por lo cual necesita una reforma completa y radical.

Estudiando el cuadro que inserto a continuación se apreciará que nuestra escuela no sólo no progresa, sino ni siquiera se mantiene en *statu quo*, puesto que ocurre lo peor: retrograda.

Años	Población	Escuelas	Alumnos matriculados	Asistencia	Gastado en Instrucción Pública
1899	1.572,000	1,570	85,000	54,000	
1900	1.632,000	1,740	264,000	123,000	\$ 2.650,000
1901	1.691,000		240,000	117,000	4.147,000
1902	1.750,000	1,840	219,000	125,000	
1903	1.810,000		201,000	110,000	3.721,000
1904	1.870,000		194,000	133,000	3,755,000
1905	1.929,000	1,920	186,000	127,000	
1906	1.989,000	2,150	189,000	126,000	4.200,000
1907	2.048,000	2,230	196,000	123,000	
1908	2.108,000	2,178	196,000	99,000	
1909	2,168,000	2,170	210,000	97,000	4,072,000
1910	2.227,000		225,000	105,000	4.140,000
1911	2.287,000	2,140	234,000	114,000	4.352,000
1912	2.346,000	2,108	245,000	118,000	4,784,000
1913	2.406,000	2,344	277,000	129,000	5.000,000
1914	2.465,000		289,000	132,000	5.196,000
1915	2.540,000	2,480	289,000	137,000	5.249,000
1916	2.625,000	2,700	311,000	142,000	6.000,000
1917	2.705,000	2,900	301,000	144,000	6,183,000
1918	2.800,000			154,000	9.800,000
1919	2.900,000	3,290	291,000	167,000	9.829,000
1920	3.029,000	3,344	234,000	151,000	
1922	3.140,000		294,000	184,000	
1923 (febrero)		3,290	247,000	180,000	
1923 (abril)		3,319	262,000 (22)	178,000	9.900,000
1923 (mayo)		3,300	256,000	175,800	

De 1907 en adelante, aunque sigue aumentando el número de matriculados se debilita cada vez más la asistencia a las aulas, que durante diez o doce años apenas llega al 50% de los incriptos. En otros países, como los Estados Unidos, Argentina, Puerto Rico, Japón, Uruguay, Canadá y Filipinas, la asistencia es mucho mayor, porque parece que en ellos se toma por lo serio la inscripción de un niño en la escuela.

(22) En septiembre de 1923 se publicó en los periódicos que existían 438 escuelas privadas con 28,400 alumnos.

Para apreciar bien nuestra inferioridad respecto a los matriculados, véanse los siguientes estados:

MATRICULADOS EN LAS ESCUELAS
 PROPORCIÓN DE LA POBLACIÓN QUE ESTÁ MATRICULADA (23)

	Por 100		Por 100
Estados Unidos.	22	Guayana inglesa.	11
Canadá.	21	Chile.	10
Alemania.	17	Fijé.	10
Puerto Rico.	17	Uruguay.	9
Hawaii.	16	El Cabo.	9
Granada.	16	Islas de Sotavento.	9
<i>Cuba</i> (en 1900).	16	San Vicente.	9
Bahamas.	16	<i>Cuba</i> (en 1923).	9
Australasia.	15	Martinica.	9
Noruega.	15	Ceilán.	9
Barbada.	15	Costa Rica.	8
Francia.	14	Paraguay.	8
Japón.	14	Honduras.	7
Bermudas.	14	México	6
Santa Lucía.	14	Colombia.	5
Trinidad.	14	Ecuador.	5
Argentina.	13	San Salvador.	4
Honduras británica.	13	Perú.	3
Santo Domingo.	13	Nicaragua.	3
España.	12	Guatemala.	3
Samoa.	12	Bolivia.	3
Filipinas.	11	Brasil.	3
Isla de Guam.	11	Venezuela.	2
Jamaica.	11		

En este cuadro se observa que ocho países habitados por la raza negra, a saber: el Cabo de Buena Esperanza y las islas Granada, Bahamas, Barbada, Bermudas, Santa Lucía, Trinidad y Jamaica, nos aventajan desde el punto de vista de niños matriculados y de su concurrencia a las escuelas; y que están a igual altu-

(23) Los países que tienen inscrito en las escuelas el 13% de la población pueden considerarse que han resuelto ya el problema de la educación primaria.

ra que nosotros, los siguientes países también habitados por negros: San Vicente, Martinica y las Islas de Sotavento.

Atendiendo ahora a la asistencia, ocupamos un puesto ínfimo. He aquí la prueba:

ASISTENCIA A LAS ESCUELAS
 PROPORCIÓN DE LA POBLACIÓN

	<u>Por 100</u>		<u>Por 100</u>
Estados Unidos.	15	Filipinas.	8
Puerto Rico.	14	Cuba (en 1900).	7'5
Australia.	12	Costa Rica.	7
Argentina.	10	El Cabo.	7
Uruguay.	8	Cuba (en 1923).	5

Inserto este otro estado relativo a la asistencia, que confirma mi afirmación:

ASISTENCIA A LAS ESCUELAS EN CUBA
 NÚMERO DE ALUMNOS POR CADA MIL HABITANTES

En 1792.	6	En 1907.	63
„ 1841.	9	„ 1911.	49
„ 1867.	12	„ 1916.	54
„ 1893.	36	„ 1917.	57
„ 1900.	75	„ 1920.	50
„ 1902.	72		

Nuestro retroceso en instrucción puede apreciarse también de esta otra manera:

Años	Población de edad escolar	Niños matriculados	Niños que no concurren a la escuela	Tanto por ciento
1899	552,000	86,600	466,000	84
1902	550,000	219,000	331,000	60
1907	541,000	171,000	370,000	68
1919	1.000,000	312,000	688,000	68 (24)

(24) En 1920 el 48% de los niños de edad escolar del Brasil no asistían a las escuelas. En Cuba el 68% no concurre y en la Argentina ese mismo tanto por ciento es el que asiste.

En 1907 asistían a los colegios el 31% de niños de edad escolar. Y la Secretaría de Instrucción ha publicado hará uno o dos meses, que 429,000 niños cubanos, de edad referida, no pisan los umbrales de una escuela.

En resumen, puede afirmarse *que hoy se educa, proporcionalmente, una tercera parte menos de niños que en 1900.*

Fijémosnos por un momento en las cantidades gastadas por los Gobiernos en instrucción pública:

EPOCA ESPAÑOLA

Años	<i>El Gobierno Central</i>	<i>Los Municipios</i>	<i>Total</i>
1816	\$ 32,000		\$ 32,000
1854	40,000		40,000
1862	82,000	\$ 136,000	218,000
1894	180,000	580,000	760,000
1898	247,000		

GOBIERNOS NORTEAMERICANO Y CUBANO

En 1900.	\$ 2.650,000	En 1913.	\$ 5.000,000
„ 1901.	4.147,000	„ 1916.	6.000,000
„ 1903.	3.721,000	„ 1918.	9.800,000
„ 1906.	4.200,000	„ 1923.	9.900,000
„ 1909.	4.072,000		

La cuarta parte del Presupuesto se invertía en la época del General Wood y del Presidente Estrada Palma (1900 a 1906) en la instrucción pública. Después vino la caída: el Presidente Gómez gastaba el 12%; el General Menocal el 15% y el Ldo. Zayas el 15'5%.

De 1913 a la fecha se gasta más dinero, pero el fruto es paupérrimo.

Se puede afirmar que durante los gobiernos de Wood y Estrada Palma, con \$3.500,000, se educaba casi igual número de niños que en estos tiempos, en que se gasta el doble o el triple. O mejor dicho: si Wood y Estrada Palma hubieran dispuesto de \$10.000,000 para instrucción, al año, con seguridad hubieran aca-

bado con el analfabetismo en Cuba, que hoy por hoy en vez de disminuir aumenta en la población de edad escolar. Oigamos lo que dice el Dr. Ramiro Guerra, autoridad competente en la materia: "De 1907 a 1921 el aumento de los analfabetos entre los adolescentes blancos ha sido de un 15% y entre los de color de un 22%."

Ya expliqué en mi conferencia anterior cómo el tanto por ciento de los Presupuestos, que se invertía en la enseñanza pública había disminuído del 25% en 1900 al 15% en 1920; y cómo el Ejército, que en 1900 absorbía el 10%, en 1919 consumía el 24%. Es decir, que se ha sacrificado la educación popular para fomentar un crecido ejército, innecesario, lo menos, en la mitad.

Puse también de manifiesto en la citada conferencia que de 1907 a 1923 el número de soldados fué muy superior al de maestros. Y que no sólo el exceso de fuerzas armadas ha debilitado la escuela, sino también la funesta "botella", que desde la época de Mr. Magoon sentó sus reales en el magisterio.

En la aludida conferencia señalé el hecho insólito y sorprendente de que si bien el número de maestros había casi duplicado, el de los discípulos no guardaba relación con el de sus mentores; e hice notar que mientras más Superintendentes, Inspectores y Profesores figuraban en las nóminas del Presupuesto, menos niños recibían el pan espiritual de la instrucción.

Respecto a la construcción de casas-escuelas nuestra inferioridad es también patente y lamentable. El Gobierno en 20 años de República sólo posee doscientas de ellas, la mayor parte en estado ruinoso, y consigna al año \$19,000 a repararlas. Recuérdense los ejemplos que he citado hace poco de la Argentina, Chile, Uruguay, Filipinas, etc., países que dedican millones a esta importante atención.

De 1906 a la fecha no se ha dado el caso de que se haya querido vigorizar la anémica vida de la escuela cubana. Sólo recuerdo una tentativa frustrada: en 1918 se votó un crédito de \$750,000 para la creación de nuevas aulas; y en efecto, el dinero se invirtió en todo, menos en escuelas.

Del analfabetismo he manifestado lo bastante al principio de esta conferencia. Va decreciendo con una lentitud desesperante; por lo cual estamos hoy, en este particular, por debajo no sólo de países como la Gran República Norteamericana, Australia, Cana-

dá, Japón y Hawai, sino de algunos pueblos hispanoamericanos como la Argentina, Uruguay y Puerto Rico; y lo que es más triste y bochornoso, *de los negros e indios de los Estados Unidos y de los malayos de Filipinas* (25).

Cuba es casi la única Nación que, de veinte años a la fecha, ha sufrido retroceso y grave, en todo lo relativo a la instrucción pública. Hemos dado en este importante departamento de la administración el *salto atrás*; y lo peor del caso es que sólo nos acompaña por esta solitaria y tortuosa senda, Venezuela, que figura entre los pueblos más atrasados de la América.

En 1900, al recibir el formidable impulso que dió a nuestra educación popular el General Wood, nos pusimos en la vanguardia, esto es, al nivel de la Argentina; siendo dicha República y Cuba, en esa época, los dos países más adelantados de la América Hispana. Estábamos entonces por encima del Uruguay, Chile, Puerto Rico, Santo Domingo y Filipinas. Pero en la actualidad hemos pasado a la retaguardia: en una situación muy inferior a la de la Argentina, y debajo también de los cinco países acabados de enumerar.

El cuadro siguiente demuestra nuestra tremenda caída:

	<i>Niños matriculados</i>		<i>Asistencia</i>	
	1900	1923	1900	1923
Argentina.	450,000	1.260,000	365,000	985,000
Cuba.	264,000	262,000	123,000	175,000
Puerto Rico.	26,000	235,000	21,000	186,000
Sto. Domingo (26)	10,000	100,000	6,000	85,000
Filipinas.	170,000	1.200,000	120,000	1.000,000
Chile.	130,000	379,000		

Y en los *Mapas de Civilización* del Profesor Huntington (1915), no salimos bien librados; pues de 57 países que enumera, 36 están por encima de Cuba (27). Además, en un cuadro que he formado de la Civilización en América, se notará que estamos a medio civilizar.

(25) Véase el Apéndice núm. 15.

(26) Los datos de Santo Domingo se refieren a 1920.

(27) Véase el Apéndice núm. 15.

Si esta República hubiera seguido por el camino que le trazaron el General Wood y el Presidente Estrada Palma nuestra posición sería hoy muy distinta, pues estaríamos en un plano de civilización superior al de la República del Plata y figuraríamos a la cabeza de los pueblos hispanoamericanos. Así debía ser por nuestra posición geográfica, y por haber tenido la suerte o ventaja que no tuvieron las otras nacionalidades de nuestra raza, esto es, haber sido auxiliados y dirigidos *durante tres años por uno de los pueblos más civilizados* de la Tierra, que nos encaminó por una senda brillante, la cual abandonamos poco después.

Como he demostrado en este trabajo, en el que figuran cuarenta países, Cuba es casi el único pueblo que ha tenido en los últimos veinte años un retroceso notorio y persistente en el ramo de la educación pública.

Diré para terminar que en 1915 y en una reunión que se celebró en Cárdenas para constituir la Delegación de *Fundación Luz Caballero*, presenté una moción con objeto de que se pidiera al Gobierno Cubano, que, así como los extranjeros (o sean los norteamericanos) habían creado de golpe en 1899, tres mil aulas para educar a nuestros niños; hiciéramos nosotros, los nativos, otro tanto, y se crearan otras 3,000 (28), destinando a ese fin \$3.000,000, ya que nuestra escuela estaba en profunda decadencia. Mi voz se perdió entonces en el vacío; pero vuelvo ahora a revivir, desde el Aula Magna de este respetable Instituto, aquella proposición, y confío en que de nuestros actuales Congresistas saldrá un grupo que la prohije y haga este gran bien a la cultura patria.

Debemos adelantarnos porque no hace mucho la prensa anunció que el ilustre General Crowder iba a dirigir un *Memorandum* al Gobierno lamentándose del abandono en que yace nuestra instrucción pública; y para nosotros sería en extremo vergonzoso que fuera la voz de un extranjero la que se levantara clamando por que se proteja más y se haga progresar rápidamente la educación del pueblo cubano.

(28) El actual Secretario de Instrucción Pública Dr. Eduardo González Manet declaró en septiembre último que en Cuba era necesario crear 11,000 aulas. En 18 de dicho mes el Presidente Zayas envió un Mensaje al Congreso pidiendo la creación de dichas aulas y al día siguiente los Cuerpos Colegisladores votaron una ley creando mil aulas. Ahora lo que falta es que se adopte en Cuba un *Plan de cuatro años* análogo al filipino.

La decadencia de nuestra escuela pública, de 17 años a la fecha, es evidente; y para volver por nuestro buen nombre, por nuestro honor y por los fueros de la civilización, necesario es que hagamos un vigoroso esfuerzo con objeto de civilizarnos a toda prisa como lo están efectuando, los argentinos, portorriqueños, filipinos y uruguayos. Imitemos a los Estados Unidos, Australia, Canadá, Argentina y Chile, que gastan a manos llenas el dinero en la educación popular, dándole a sus millones una inversión estricta. El porvenir de Cuba está en la escuela; y lo que más necesitamos en estos momentos es que surja cuanto antes entre nosotros un *Sarmiento cubano* que acabe de completar la civilización de nuestro pueblo.

APÉNDICES

NÚMERO 1

Estados Unidos de América

Años	Población	Escuelas	Maestros	Asistencia	Matriculados	Alumnos por 1000 habit.	Gastó en Instrucción	Por ha
1639	100,000	1	1					
1840	17.000,000	50,700		1.260,000	2.025,000	119		
1850	23,000,000	87,300			3.642,000	160	\$ 18.000,000	\$ 0.7
1860	31.443,000	113,000	148,000	5.000,000	5.690,000	180	40.000,000	1.2
1870	38.550,000	141,000	221,000	4.077,000	6.600,000	171	69.000,000	1.7
1880	50.100,000	171,000	272,000	7.800,000	9.700,000	194	83.000,000	1.9
1890	62.947,000	224,000	363,000	8.150,000	12.722,000	203	148.000,000	2.2
1900	76.000,000	248,000	473,000	10.632,000	15.500,000	205	214.000,000	2.8
1910	92,000,000	265,000	523,000	12.827,000	17,813,000	193	426.000,000	4.6
1920	105.700,000	270,000	582,000	16.250,000	21.730,000	206	1,045.000,000	9.8

NÚMERO 2

California

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1850	92,000	1,020
1860	379,000	26,000
1885	1.000,000	153,000
1910	2.377,000	362,000
1920	3.426,000	450,000 (El 13%)

California fué admitido como Estado en 1850. Su población actual está constituida en sus $\frac{3}{4}$ partes por americanos.

Florida

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1840	54,000	1,650
1860	140,000	19,000
1900	528,000	75,000
1920	968,000	150,000 (El 15%)

Ingresó en la Unión en 1819 y fué admitido como Estado en 1845.

Louisiana

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1840	352,000	7,000
1885	1.000,000	100,000
1920	1.800,000	260,000 (El 14%)

Se le admitió en la Unión en 1812.

Texas

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1850	212,000	40,000
1860	604,000	63,000
1900	3.048,000	440,000
1920	4.663,000	730,000 (El 15%)

Ingresó como Estado en 1845.

Arizona

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1920	334,000	42,000 (El 12 %)

Ingresó como Estado en 1912 y gastó en instrucción en 1915 \$2,574,000.

New Mexico

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1920	360,000	59,000 (El 16%)

Fué admitido como Estado en 1911 y gastó en instrucción \$1.400,000.

Oklahoma

Años	Población	Asistencia a las escuelas
1920	2,028,000	340,000 (El 16%)

Ingresó como Estado en 1907 y en dicho año tenía 1.414,000 habitantes (de ellos 721,000 del Territorio de Oklahoma y 692,000 del Territorio Indio).

Clasificación de los Estados de la Unión Americana por su civilización

Massachusetts.	6	California.	5'1
New York.	5'8	Oklahoma.	3'4
Ohio.	5'8	Texas.	3
Connecticut.	5'8	Louisiana.	3
Pennsylvania.	5'6	Florida.	2
Wisconsin.	5'6	New Mexico.	1'6
New Jersey.	5'6	Arizona.	1'6

NÚMERO 3

ESTADOS CUYA POBLACIÓN ES CASI IGUAL A LA DE CUBA

Estados	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Invirtió en Instrucción
Wisconsin (1915)	2.500,000	13,000	13,200	458,000	
Georgia „	2.800,000	7,000	13,000	667,000	\$ 8.000,000
Indiana „	2.800,000		15,500	564,000	23.000,000
New Jersey „	2.800,000		15,000	537,000	25.000,000
Massachusetts (1900)	2.805,000		13,600	604,000	
Michigan (1915)	3.000,000		19,700	620,000	21.300,000
Texas (1900)	3.048,000		15,300	440,000	
Missouri (1910)	3.300,000	9,700	17,000	659,000	9.700,000

Estados cuya asistencia escolar es casi igual a la de Cuba

Estados	Población	Escuelas	Maestros	Asistencia	Invertió en Instrucción
Connecticut (1915)	1.240,000	1,350	5,100	193,000	\$ 9.000,000
Nebraska „	1.270,000	7,500	12,300	210,000	10.000,000
Maryland „	1.360,000		6,200	230,000	

Otros Estados

				Alumnos	
West Virginia (1915)	1.300,000		10,000	313,000	
Washington „	1.500,000		8,700	240,000	
(*) Carolina del Sur „	1.600,000	5,000	7,600	415,000	\$ 3.200,000
Arkansas „	1.740,000		10,300	447,000	
(*) Mississippi „	1.950,000		11,000	492,000	
(**) Virginia „	2.200,000	10,800	11,000	486,000	
Minnesota „	2.200,000		17,000	481,000	
Iowa „	2.300,000		27,000	520,000	20.000,000
Tennessee „	2.300,000		13,000	610,000	
Alabama „	2.330,000	6,750	10,000	514,000	7.200,000
California (1910)	2.337,000		10,700	362,000	
Kentucky (1915)	2.380,000		12,700	537,000	
Carolina del N. „	2.400,000	7,500	13,000	649,000	5.600,000

New York

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Gastó en Instrucción
1829	1.500,000			400,000	
1925	10.200,000	12,000	49,100	1.625,000	\$ 100.000,000

El Estado de New York tiene más maestros que España.

(*) La mayoría de la población es de negros.

(**) La tercera parte de la población es negra.

NÚMERO 4

Canada

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia	Gastó en Instrucción
1635	3,000	1				
1850	2.500,000	1,700				
1853	2.750,000	5,400		303,000		\$ 500,000
1857	3.000,000	7,000		468,000		3.000,000
1879	4.500,000	12,780	16,200	868,000		6.700,000
1887	5.000,000	15,600	19,000	900,000	485,000	5.500,000
1896		17,200		924,000	653,000	11.200,000
1901	5.340,000	16,100	24,700	1.056,000		11.750,000
1906		20,600	31,500	1.146,000		18.000,000
1909	7.000,000		36,000	1.225,000		
1914	7.500,000	25,000	37,000	1.270,000		48.000,000
1919	8.200,000	27,000	54,000	1.738,000		90.000,000

Bajo Canada

1830	496,000	981		41,700		\$ 90000
------	---------	-----	--	--------	--	----------

NÚMERO 5

República Argentina

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia
1556		1			
1773	300,000			1,000	
1810	405,000	50	60	2,790	
1820	527,000	100	120	5,800	
1830	634,000	200	223	10,000	
1840	767,000	147	166	7,700	
1850	934,000	205	240	11,900	
1860	1.300,000	600	850	33,200	
1870	1.736,000	1,080	1,780	66,400	
1880	2.800,000	1,830	3,000	108,000	
1890	3.500,000	2,900	7,100	241,000	
1900	4.500,000	4,450	11,700	451,000	365,000
1909	6.600,000	5,300	18,500	614,000	
1914	7.900,000	7,800	26,000	900,000	746,000
1920	9.000,000	9,330	36,300	1.149,000	915,000
1922	9.400,000	9,940	40,000	1.227,000	960,000

NÚMERO 6

Puerto Rico

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos inscritos	Asistencia
1765	75,000	2		100	
1864	600,000	147	450	3,400	
1867	620,000			9,000	
1880	750,000	330		15,000	
1885	780,000			23,000	
1899	953,000	520	500	24,000	20,000
1900	970,000	680			
1901		920	800	30,000	
1902	1.000,000	1,100	930	40,000	
1903	1.012,000		1,000	55,000	
1905			1,200	63,000	
1908			1,370	80,000	
1910	1.118,000	1,042	1,665	121,000	84,000
1915	1.200,000	2,460 (aulas)		168,000	
1917	1.220,000	1,712		170,000	
1919	1.260,000		3,670	176,500	142,000
1922	1.350,000	3,450	4,000	226,000	182,000

Dinero invertido en Instrucción pública

1860.	\$ 35,000
1885.	20,000
1898.	309,000
1901.	505,000
1906.	908,000
1909.	1.286,000
1915.	1.900,000
1917.	2.300,000
1918.	2.467,000
1922.	5.150,000

La población escolar de Puerto Rico (de 5 a 18 años), era en 1920, 452,000. Por tanto 226,000 no asistían a las escuelas. En 1923 ese número se había reducido a 150,000.

NÚMERO 7

Costa Rica

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia	Gastó en Instrucción (Colones)
1782		1				
1875	200,000	165		8,000		
1886	215,000	260	260	13,000		\$ 280,000
1892	240,000		480	16,800	12,200	
1897	260,000		780	22,000	17,000	
1909	360,000		1,000	30,000		
1917	430,000	450	1,580	35,000	30,400	1.319,000
1922	460,000					2.800,000

San Salvador

1875	600,000	520		20,000		
1888	680,000	550		21,000		
1916	1.200,000	990	1,470	57,000		

Honduras

1602		1				
1857				10,000		
1875	300,000	200				
1886	460,000	500		20,000		
1900	530,000	620		30,000	22,700	
1913	560,000			40,500	26,000	
1919	590,000	970	980	45,400		

Honduras británica

1886	28,000	26		2,400		
1912	40,000	60		5,400	3,800	

Guatemala

1550		1				
1875	1.200,000	600		20,000		
1885	1.300,000	940	1,000	41,000		
1914	2.000,000	1,830		64,300		
1916		1,940		67,000		

Nicaragua

Años	Población	Escuelas	Maestros
1680		1	
1872	350,000	100	4,500
1887	450,000	250	12,000
1914	700,000	460	18,600

NÚMERO 8

Santo Domingo

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia
1813	60,000	1			
1887	500,000	360	730	19,000	
1892				10,000	
1906	600,000	300		11,000	6,300
1913	720,000	617		18,500	8,000
1916		364	777	14,600	
1920	750,000		1,460	100,000	85,000

El analfabetismo en esta República era en 1913 del 90% de los habitantes.

Haiti

1854	550,000	62		9,000	
1891	1,000,000	750		34,000	
1916	2,000,000			55,000	41,000
1918		850		62,000	

En 1917 se fundó en esta República una Sociedad Pedagógica.

Martinica

1912	194,000			17,500	
------	---------	--	--	--------	--

Granada

1885	47,000	25		1,800	
1914	71,000	57		11,500	

San Vicente

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1915	46,000	26	4,200

Santa Lucía

1914	51,000	52	7,400
------	--------	----	-------

Islas de Sotavento

(Antigua, Barbada, Vírgenes, Dominica, St. Kitts, Montserrat, Nevis y Anguilla.)

1914	127,000	110	11,500
------	---------	-----	--------

NÚMERO 9

Barbada

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia
1885	173,000			20,000	
1912	173,000	150	240	26,000	14,400

Trinidad

1887	178,000	108		10,400	
1893	220,000			18,000	
1915	350,000	277	1,300	51,500	35,600

Jamaica

1838	300,000			40,000	
1886	600,000	680		60,000	
1914	840,000	700		95,000	56,300

Bahamas

1886	45,000			7,000	
1914	56,000	60		8,800	7,600

Bermudas

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1892	15,000		1,400
1914	20,400	30	2,500

Guadalupe

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1885			11,600
1913	212,000	240	14,000

Venezuela

Años	Población	Escuelas	Alumnos	
1606		1		
1800	700,000	1		
1830		200	7,000	
1840		212	8,000	
1870	1.600,000	300	10,000	
1881	2.070,000	1,640	61,000	
1890	2.320,000		100,000	
1910	2.680,000	1,620	57,600	37,100
1913	2.755,000	1,600	47,300	

Analfabetismo en Venezuela

En 1870 no sabía leer ni escribir el 90%
 „ 1894 „ „ „ „ „ „ 83%

NÚMERO 10

Uruguay

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia	Gastó en Instrucción
1798		1				
1875	450,000	200		11,000	7,000	
1880	500,000	350		27,500	18,500	
1890	700,000	870		38,700		\$ 600,000
1900	925,000		1,160	55,300	38,500	751,000
1910	1.130,000	1,260		91,500		3.000,000
1920	1.450,000	1,200		119,700	100,000	

Bolivia

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos
1884	2.300,000	350		12,000
1890				29,000
1913	2.800,000	900	3,960	58,000
1917				60,000

Colombia

1554		1		
1875	2.900,000	1,750		83,000
1900	3.900,000	1,800		86,000
1905	4.100,000			184,000
1915	5.100,000	4,500		305,000
1917		5,480	5,700	365,000

Afirma el historiador Restrepo que la mayor parte de los colombianos estuvo sumida en la más crasa ignorancia durante los tres siglos que duró la dominación española, y que las escuelas primarias eran entonces muy raras.

NÚMERO 11

Chile

Años	Población	Escuelas	Alumnos	Asistencia	Gastó en Instrucción
1593		2			
1813	600,000	2	100		
1840			10,000		
1855	1.500,000		26,000		
1866	2.000,000		50,000		
1875	2.068,000	1,250	90,000		
1880	2.250,000	1,600	98,000		
1891	2.750,000	1,650	122,000		\$ 1.687,000
1900	3.050,000	1,400	130,000		2.680,000
1910	3.500,000	2,700	288,000	149,000	
1912	3.550,000	2,900	325,000	199,000	
1914	3.600,000	3,680	379,000		

Ecuador

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1556		1	
1794		1	
1845		170	4,800
1856	800,000	300	12,000
1890	1.100,000	850	56,000
1913	1.500,000	1,260	65,000
1915		1,230	95,000

Brasil

1857	7.670,000	1,600	65,000
1874	10.000,000	5,300	176,000
1889	14.000,000	7,500	300,000
1910	22.000,000	12,200	634,000
1914	25,000,000	12,700	700,000

NÚMERO 12

Paraguay

Años	Población	Escuelas	Maestros	Matriculados	Asistencia
1595		1			
1885	300,000	150			5,000
1887	330,000	336	450	17,000	
1900	600,000	350	450	25,000	
1906	680,000	400	720	36,000	
1909	735,000	344	750	40,000	
1912	800,000	800		44,000	32,000
1914	850,000	1,120	1,200	67,000	57,000
1918	1.000,000		1,500	75,000	

En 1585 fundaron los Jesuitas el Colegio de la Asunción.

México

1535		1	
1856	8.200,000	123	11,500
1874	9.200,000	8,100	343,000
1886	10.500,000	8,500	500,000
1907	14.500,000	12,000	776,000
1910	15.160,000	11,850	848,000
1921	15.800,000	11.041	868,000

Panamá

Años	Población	Escuelas	Maestros	Matriculados	Asistencia
1607		1			
1830		1			
1912	336,000	360	300	19,000	
1917	380,000	400	315	22,000	

Guayana inglesa

1886	270,000	160		19,000	
1914	309,000	230		36,600	21,000

Perú

1562		1			
1860	2.300,000	850		39,000	
1890	2.620,000		810	53,000	
1913	4.500,000	2,250	3,060	153,000	
1916	4.700,000	2,300	3,300	166,000	

NÚMERO 13

Japón

Años	Población	Escuelas	Maestros	Alumnos	Asistencia
1873	33.000,000			1.300,000	
1879	36.000,000	25,400	60,000	2.163,000	
1880	36,350,000			2.350,000	
1885	37.700,000			3.097,000	
1890	40.000,000	26,000	64,000	3.096,000	2.380,000
1895		25,600	73,000	3.670,000	2.829,000
1900	41.000,000	26,700	92,900	4.683,000	3.863,000
1904	47.000,000	27,000	108,000	5.080,000	
1908	49.300,000	27,000	134,000	6.000,000	
1913	53.000,000	25,600	157,000	7.150,000	
1915	54.300,000	25,600	162,000	7.454,000	
1919	57.000,000		172,000	8.170,000	

Ceylán

Años	Población	Escuelas	Alumnos
1872		967	45,000
1888	3.000,000	3,650	131,000
1914	4.200,000	4,150	382,000

Cabo de Buena Esperanza

1888	225,000	1,400		88,000	47,000
1915	2.700,000	4,500	9,300	239,000	207,500

NÚMERO 14

Australasia

Años	Población	Escuelas	Maestros	Matriculados	Asistencia
1861	1.260,000			130,000	
1880	2.725,000	6,100	13,000	618,000	311,000
1888	3.672,000	9,100	13,200	780,000	447,000
1891	3.780,000			680,000	447,000
1901	4.545,000			769,000	561,000
1910	6.240,000		21,000	805,000	
1914	6,500,000	11,800	22,500	1.032,000	800,000

Isla de Guam (Marianas)

1915	13,600			1,500	
------	--------	--	--	-------	--

Islas Samoa (Samoa Americana)

1915	9,000	83		1,100	
------	-------	----	--	-------	--

Fiji

1915	155,000	970		16,400	
------	---------	-----	--	--------	--

NÚMERO 15

Filipinas

Años	Población	Escuelas	Maestros	Matriculados	Asistencia
1865	5.000,000	817			
1868		680		138,000 (*)	
1889	6.500,000	1,660		154,000	
1897	7.500,000	2,160		200,000	
1899				150,000	
1902			4,000	220,000	
1903	7.635,000	2,960	5,900	182,000	131,000
1904		2,760		280,000	194,000
1905		3,000	5,300	514,000	311,000
1910	8.280,000	4,530	9,000	587,000	337,000
1915	9.000,000	4,280	10,500	610,000	490,000
1918	10.300,000	4,700	13,600	670,000	450,000
1919		5,800	16,700	759,000	589,000
1920		6,800	20,000	916,000	740,000
1921		7,600	22,800	1.070,000	877,000
1922		8,100	24,000	1.094,000	
1923				1.200,000	

Hawai

Años	Población	Escuelas	Alumnos	Gastó en Instrucción
1853	84,000	400	12,000	
1884	80,000	178	10,000	
1900	150,000		15,500	\$ 738,000
1910	170,000		25,700	876,000
1915	230,000	223	38,000	841,000
1919	263,000		43,200	1.600,000

(*) Confieso que abrigo grandes dudas sobre la exactitud de esta cifra. El decreto del Gobierno superior civil de 7 de mayo de 1871 da a entender que es inexacta. La población escolar de Filipinas es ahora de 3.000,000.

NÚMERO 16

Analfabetos

	Por ciento		Por ciento
Australia (1911)	2	Cuba (1919)	52
Estados Unidos (1920)	7	España (1910)	60
Canadá (1911)	11	Cabo de Buena Esperanza (1911)	64
Japón (1904)	15	Honduras británica (1901)	68
Negros de los Estados Unidos (1920)	23	México (1910)	70
Hawai (1910)	24	Colombia (1912)	73
Alaska 1920)	24	Paraguay (1887)	80
Barbada	25	Costa Rica (1892)	80
Argentina (1914)	35	Bolivia (1900)	82
Italia (1910)	38	Venezuela (1894)	83
Uruguay (1908)	40	Brasil (1890)	85
Panamá (1911)	44	Perú (1876)	86
Indios de los Estados Unidos (1910)	45	Honduras Británica	90
Jamaica (1917)(1)	47	Santo Domingo	90
Filipinas (1922)	48	Haití	90
Puerto Rico (1923)	50	San Salvador	90
Chile (1919)	52	Guatemala (1893)	92

Niños que no recibían instrucción

	Por ciento		Por ciento
Argentina	43	Perú	66
Uruguay	43	Honduras	68
Costa Rica	49	Cuba	68
Chile	60	San Salvador	70
Colombia	60	Brasil	80
Panamá	65	Guatemala	82
Paraguay	65	Venezuela	88

(1) En 1823 estaba prohibido en Jamaica enseñar a leer y escribir a los esclavos, que constituían la mayor parte de la población.

NÚMERO 17

*La América clasificada según su civilización**Países de muy alta civilización**América Sajona*

Estados Unidos.

Canadá.

*América Latina**De alta civilización*

República Argentina.

Uruguay.

De media civilización

Chile.

Cuba.

Puerto Rico.

México.

De baja civilización

Santo Domingo.

Colombia.

Costa Rica.

Brasil.

Paraguay.

Honduras.

De muy baja civilización

Ecuador.

Bolivia.

San Salvador.

Guatemala.

Nicaragua.

Venezuela

Perú.

Haití.

NÚMERO 18

Civilización

De la obra *Civilization and Climate* por Ellsworth Huntington. (New Haven, 1915. En 4º, 333 págs.) en la cual se insertan Mapas de la Civilización en Europa, Asia, Australia, África, Sur y Norte América, tomo el siguiente cuadro:

Países clasificados con arreglo a su civilización

<i>Europa</i>		Australia.	De 52 a 86
Inglaterra y Gales.	100	Filipinas.	39
Alemania.	99	<i>África</i>	
Francia.	99	Colonia del Cabo.	72
Dinamarca.	98	Transvaal y Orange.	62
Holanda.	98	Natal.	62
Suiza.	97	Egipto.	57
Suecia.	96	Algeria.	54
Bélgica.	95	Tunez.	54
Austria.	94	Rhodesia.	De 31 a 45
Hungría.	94	Marruecos.	38
Noruega.	82	Madagascar.	33
España.	73	<i>América</i>	
Rusia Central.	73	Estados Unidos.	De 73 a 100
Rumanía.	72	Estados del Norte Atlanta.	100
Grecia.	72	Nueva Inglaterra.	99
Polonia.	71	California.	95
Servia y Bulgaria.	66	Washington y Oregon.	94
Turquía.	61	Oklahoma.	87
<i>Asia</i>		Estados del Sur.	De 73 a 84
Japón.	De 62 a 83	Florida.	79
China.	De 48 a 66	Luisiana.	78
Siberia.	53	Texas.	76
India.	De 44 a 53	Arizona.	73
Siria.	48	Nuevo Mexico.	73
Siam.	47	Canada.	De 75 a 88
Asia menor.	47	Argentina.	64
Corea.	45	Chile (Central).	62
Java.	44	México.	55
Persia.	De 39 a 45	Uruguay.	53
Indo China.	39	<i>Cuba.</i>	51
Afghanistan.	38	Antillas.	51
<i>Oceania</i>		América Central.	48
Nueva Zelandia.	87		

Paraguay.	48	Perú.	35
Ecuador.	44	Venezuela.	34
Brasil.	41	Bolivia	34
Colombia.	38	Patagonia.	25

A esta obra contribuyeron con datos 54 geógrafos, antropólogos, etc.

Los norteamericanos tienen una pobre idea del estado intelectual de México, Cuba y Centro América.

¿ES DE PLÁCIDO LA PLEGARIA A DIOS?

(Concluye)

APÉNDICES (*)

I

OPINIONES FAVORABLES A "PLÁCIDO"



NCE reos esperaban en capilla la aurora de la mañana siguiente para entregar su alma a Dios, y ya uno de ellos había escrito su última *plegaria* en apelación a la Justicia Divina.

Sonó la hora de partir: Plácido salió el primero con un ramito de mejorana en las manos. Sobre su hombro izquierdo apoyaba su mano derecha el padre García mientras que con la otra le iba mostrando el cielo.

Plácido le oía con cristiana atención; pero cuando notó que la muchedumbre venía a presenciar su muerte, alzó la cabeza y con voz sonora recitó su décima a la Justicia (60). (*Once patibulos*. Capítulo de una novela inédita de Casimiro Delmonte: *Cuba y América*, La Habana, agosto 13 de 1908.) [61]

En varios de sus bien torneados y notables sonetos, y en sus clásicos romances *Cora* y *Jicotencal*, verdaderas joyas literarias, lo mismo que en sus graciosas y ligeras letrillas e intencionadas fábulas, y en su magnificéntísima *Plegaria a Dios*, que rebosa grande unción religiosa... y en todas estas producciones quedaríamos sorprendidos al

(*) Datos y documentos complementarios del discurso de recepción leído ante la Academia de la Historia, de Cuba, el 16 de julio de 1923. Véanse los números 130 y 131 (octubre y noviembre, 1923) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

(60) No como generalmente se cree su plegaria a Dios.

[61] Esta noticia la debo al Sr. Domingo Figarola-Caneda, la que he podido ampliar consultando la revista mencionada.

distinguir la perfección que ostentan. (Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt: *Aparición y desarrollo de la poesía en Cuba*; tesis doctoral... para graduarse de doctor en la Facultad de Letras de la Universidad de Lima, 1877, p. 15 y 16.)

La última de las odas que aparecen en la colección [la de Sebastián Alfredo de Morales], es la *Plegaria a Dios*, ese soberbio canto de cisne, ese modelo de deprecación, que como tal, hace años que se coloca en libros didácticos...

Mas nunca la mejor de sus letrillas hubiera podido darle la fama que *Jicotencal*..., ni que *El juramento*, *A la fatalidad*, *Adiós a mi lira*, *Despedida a mi madre*, *Plegaria a Dios*, y aquellas otras que han conquistado al poeta la admiración de propios y extraños. (Domingo Figarola-Caneda, *Plácido (poeta cubano)*, La Habana, 1922, p. 96 y 116.)

Soy de los que nunca dudaron que las últimas composiciones poéticas atribuidas a Plácido, fueran suyas. No había entonces en Matanzas un poeta que hubiera podido concebir las inspiradas estrofas de La Plegariz. (Vidal Morales, *El retrato de Plácido, Borrador autógrafa de La Plegaria y del soneto La Fatalidad, El Figaro*, La Habana, octubre 22 de 1899.) (62)

Nunca he dudado del origen de las últimas poesías de Gabriel de la Concepción Valdés. Ignórase quien era el que las hacía circular: unos cuentan que era el Doctor Don Manuel Francisco García, cura párroco de la Iglesia de San Carlos de Matanzas, y otros que en cuanto el poeta hacía algunos nuevos versos, no faltaba quien los copiara inmediatamente y empezara a repartir entre los admiradores y amigos las solicitadas copias, que se multiplicaban prodigiosamente. Federico Milanés era uno de los que en aquella época recogían y guardaban esas copias. (José Augusto Escoto, citado por Vidal Morales y Morales en *Iniciadores y primeros mártires*..., nota a la p. 171.)

El lírico que sigue a Heredia en el tiempo y en el genio es Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por el seudónimo *Plácido*. Naturalmente ningún poeta cubano ha sido dotado de tan altas facultades. Murió en la fuerza de la juventud, estudió tarde y mal, vivió siempre en el pernicioso contacto de la hez de una factoría de esclavos, en

(62) Ilustrando dicho artículo, publicó, en facsímiles, los autógrafos que él creía de *Plácido* (*plegaria A Dios* y soneto *A la fatalidad*). Posteriormente *El Figaro*, en su número de 30 de marzo de 1902, informó al público de que habiendo sido propuesta en venta al Gobierno de Cuba, la adquisición, con destino a la Biblioteca Nacional, de los citados autógrafos atribuidos por Vidal Morales a *Plácido*, fué nombrada una comisión compuesta por Manuel Sanguily, Director entonces del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, Vidal Morales y el perito calígrafo Juan Gomis, la cual dictaminó "que eran tantas y tan poderosas las dudas que del examen de dichos autógrafos les había asaltado, que aconsejaba que no se adquirieran".

medio de una sociedad corroída por el mercantilismo, condenado a halagar al amo y al siervo, llevando en sus venas sangre española y sangre africana. Este cúmulo de circunstancias adversas explican su incorrección, su mal gusto, lo vulgar y pedestre de muchos de sus cantos, sus rebajamientos y sus altiveces, la variedad de los modelos que seguía sin más principio que la impresión inmediata, las luchas entre su genio y su cultura, entre el poeta y el coplero. Por lo mismo sorprenden su romance *Jicotencal*, que Góngora no hubiera superado; el sabor clásico de muchos de sus sonetos, como *El Juramento* y *La Muerte de Gessler*; sus cantos épicos, como *La Sombra de Pelayo*; *La Plegaria a Dios*, que escribió en la capilla y fué recitada hasta el sitio de la ejecución... (Manuel de la Cruz, *Reseña histórica del movimiento literario de la isla de Cuba, III parte, poesía, Revista Cubana, La Habana, 1891, tomo XIV, p. 421.*)

La devoción que nuestro pueblo le profesa, el placer y la emoción que experimentan todos los cubanos al recitar los romances *Jicotencal* y *Cora*, los sonetos *En la muerte de Jesucristo*, *Fatalidad*, *Aniversario de la muerte de Napoleón*, *Lo que yo quiero* o *A una ingrata*, las letrillas *La flor del café*, *La flor de la caña* y *La flor de la piña*, algunos fragmentos de sus odas, la *Plegaria a Dios*, composiciones que, en parte, han llegado a ser proverbiales, hacen de Plácido una gloria eminentemente nacional... (Rafael Montoro: *Plácido, La Discusión, La Habana, marzo 18 de 1909.*)

Los versos de *Plácido* que por la elocuente expresión de sus sentimientos más emocionan e interesan al lector, son los que escribió antes de morir: *Plegaria a Dios*, *Despedida a mi madre*, *Adiós a mi lira*. (Aurelio Mitjans, *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba (obra póstuma)*, La Habana, 1890, p. 139.)

Bien pudo una lira de la que se habían escapado acentos tan hondos y tan intensos, sentir a las puertas de la eternidad la profunda conmoción del espíritu y del genio con que debió escribir las estrofas inmortales de la *Plegaria*. (Antonio Sánchez de Bustamante: *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras, La Habana, tomo IV, enero-junio 1919, p. 9.*)

Su *Plegaria*, cuya autenticidad han discutido algunos, pero sin aportar pruebas decisivas, entre otros, el insigne Manuel Sanguily, y sobre la cual profeso integralmente la opinión aguda de Enrique Piñeyro (*Biografías Americanas: Plácido*, p. 358), es un ejemplo bien típico; es el momento más solemne de su vida; ve su inocencia y su desgracia horrible; siente que su fin está próximo y, sin embargo, es tan pobre su poder de introspección, que esta poesía, brillante en algunas estrofas, más que un doloroso estado de alma, refleja las ideas generales de

Plácido sobre la omnipotencia divina y su misericordia sin límites; dijérase que es un eco vibrante y armónico más de la *Doctrina Cristiana*, siempre bien recordada, que del abatimiento y espantosa soledad de aquel espíritu. (José María Chacón y Calvo: *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922, p. 79.)

II

DISTINTAS LECCIONES DE LA PLEGARIA, Y VARIANTES QUE SE OBSERVAN
EN LOS VERSOS DE LAS MISMAS

PLEGARIA

A DIOS

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
á vos acudo en mi dolor vehemente;
estended vuestro brazo omnipotente
rasgad de la calumnia el velo odioso,
y arrancad este sello ignominioso
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
vos solo sois mi defensor, Dios mío:
todo lo puede quien al mar sombrío
olas y peces dió, luz á los cielos
fuego al sol, giro al aire, al norte yelos,
vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos... todo fenece
ó se reanima á vuestra voz sagrada,
fuera de vos, señor, el todo es nada
que en la insondable eternidad perece;
y aun esa misma nada os obedece
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
y pues vuestra eternal sabiduría
vé al través de mi cuerpo el alma mía
cual del aire á la clara transparencia;
estorbad que humillada la inocencia
bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,

y que los hombres mi cadáver frío
 ultrajen con maligna complacencia;
 suene tu voz y acabe mi existencia;
 cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

Esta lección de la plegaria, que trae el folleto supuesto de Veracruz (1844), y que reprodujo Andrés Avelino de Orihuela en su novela *El Sol de Jesús del Monte* (París, 1852), es exactamente igual a la publicada en *El Laberinto* (Madrid, 16 de agosto de 1844), lo que es muy significativo, por tratarse de las dos primeras ediciones de esta poesía, y hace pensar que el original de donde sacaron la copia que mandaron a España al citado periódico, fué el mismo que sirvió para tomar la que vió la luz en el mencionado folleto. La única diferencia está en la ortografía de un vocablo: en la de *El Laberinto* se lee "al Norte hielos", y en la del opúsculo de Veracruz se dice, "al norte yelos". ¿Cómo escribió Plácido la palabra hielo? Sin duda con y, y este disparate ortográfico o licencia poética es una prueba más de que fué Gabriel de la Concepción Valdés el autor de la plegaria. En cuatro versos por lo menos de las poesías que aparecen en la edición que él mismo hizo en Matanzas, el año de 1839, he hallado el propio vocablo escrito sin h y con y, tal como se ve en la plegaria acabada de insertar. Léanse las estrofas XVII y XXVI de *El ángel de la gloria*, la última de *A. P. G. en la muerte de Fela* y la III de *Duelo de la amistad* y quedará comprobado. Hay, pues, fundamento para creer, como creo, que el autor de la plegaria escribió yelos y no hielos (63).

Idéntica a la del folleto de Veracruz, es la de *América Poética*, de Valparaíso, 1846. Cinco estrofas tiene también la publicada en la edición que se supuso hecha en Barcelona, y que fué impresa, como dije, en Palma de Mallorca, el año de 1847, de don-

(63) A partir del año 1791, según lo he comprobado consultando las ediciones del Diccionario de la lengua castellana desde esta fecha para atrás, cambió la ortografía de la citada palabra; pues si antes se escribía con y (yelos), como se ve en el léxico de 1780, en el siguiente, editado once años después, aparece ya escrita con h (hielos). Pero, como pasa siempre con las innovaciones, no todos aceptaron la modificación. Así Quintana, en la edición de sus poesías de 1802, conservó la ortografía anterior a 1791 y continuó escribiendo yelo. Véanse su oda *Al mar* y *La danza: a Cintia*. Y Plácido que seguía a este poeta y lo imitaba en mucho, le tomó probablemente, la ortografía del citado vocablo, que no estaba, por otra parte, desusada del todo en su época.

de la tomó F. J. Vingut, según su propio dicho, para las tres ediciones que hizo en Nueva York, en los años de 1854, 1855 y 1856. Igual a la de Vingut es la que se ve en las tres ediciones de Mme. C. Denné de Schmitz, París, 1856, 1857 y 1862. En estas siete reproducciones obsérvanse únicamente ligeras correcciones ortográficas. La insertada en *Joyas del Parnaso Cubano* (La Habana, 1855), que dieron a luz los redactores de *Brisas de Cuba* (Néstor Ponce de León, Fernando Valdés Aguirre y Santiago de la Huerta), contiene cinco estrofas, pero se advierten variantes: "hombre", en lugar de "mundo", "Sur", en vez de "sol", "humillando", por "humillada", La voz hielo aparece escrita sin *h*, así: "yelos". Y la copia que José Antonio Echeverría hizo de la plegaria, de su puño y letra, y mandó a Domingo del Monte con carta de 4 de marzo de 1845, es igualmente de cinco estrofas, notándose en ella estas diferencias: "olas rugientes", en lugar de "olas y peces", "la clara transparencia", por "á la clara transparencia".

En la edición *Poesías / de / Plácido / Veracruz. / Imprenta del Censor. / 1845*, se encuentra por primera vez la lección de la plegaria de seis estrofas, que copio a continuación:

PLEGARIA A DIOS

Ser de inmensa bondad! Dios poderoso!
 á vos acudo en mi dolor vehemente...
 estended vuestro brazo omnipotente,
 rasgad de la calumnia el velo odioso;
 y arrancad este sello innominoso
 con que el hombre manchar quiere mi frente!...

¡Rey de los Reyes! ¡Dios de mis abuelos!
 vos sólo sois mi defensor ¡Dios mío!...
 Todo lo puede quien al mar sombrío
 olas y peces dió; luz á los cielos,
 fuego al Sur, jiro al aire, al Norte yelos,
 vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis Vos, todo fenece
 ó se reanima á vuestra voz sagrada,
 fuera de vos, Señor, el todo es nada,
 que en la insondable eternidad perece;
 y aun esa misma nada os obedece
 pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia!
y pues vuestra eternal sabiduría,
vé al través de mi cuerpo el alma mía,
cual del aire á la clara transparencia,
estorbad que humillando la inocencia
bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
sangre vertida, que la culpa sella
del pecado de Adan, ó por aquella
madre cándida, dulce y amorosa,
cuando en vuelta en pesar, mústia y llorosa
siguió tu muerte como heliaca estrella.

Mas si cuadra á tu Suma Omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadáver frío
ultrajen con maligna complacencia...
suene tu voz, acabe mi ecsistencia...
¡cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!... (64)

Pedro José Guiteras al hablar de *Plácido* en *Vidas de poetas cubanos*, llamó la atención acerca de que en las ediciones de Vin-

(64) Al pie de esta composición, que es la última inserta en el libro, y a las páginas 141 y 142, se lee la extensa nota que transcribo *in integram* por ser casi desconocida, toda vez que no tengo noticia más que de uno que posea en La Habana la llamada edición de Veracruz, y este es Francisco de Paula Coronado:

"Esta bellísima composición, que prueba hasta lo sumo el eminente mérito del infortunado Gabriel de la Concepción Valdés, y cuya lectura conmovió dolorosamente nuestros corazones, haciendo derramar lágrimas a más de doce personas que se hallaban reunidas cuando la recibimos junto con la triste noticia de la ejecución del poeta, fué recitada por éste con voz entera y clara desde la capilla hasta el lugar en que fué pasado por las armas. Plácido conservó una serenidad imperturbable hasta sus últimos instantes, y animaba a sus compañeros de suplicio a que murieran con resignación cristiana.

"No habiendo acertado los soldados que le tiraron, y habiéndole herido en la espalda una sola bala, el triste poeta se incorporó en el banquillo fatal, y con acento lastimero exclamó: *Adiós mundo!... no hay piedad para mí! fuego aquí!!!* Apenas hubo pronunciado estas palabras dos soldados apuntaron de nuevo... Un instante después había sido deshecha la cabeza de aquel que tantas veces nos hizo probar las tiernas inspiraciones de su numen privilegiado...

"El amigo que desde Matanzas nos comunicó estos tristes pormenores, dice que Plácido a pesar del delito que se le suponía, y que jamás quiso confesar, fué jeneralmente sentido, habiendo sido para los matanceros un día de luto aquel de su muerte, en que vieron desaparecer al vate más fecundo del mundo de Colón...

"Poco antes de salir para el suplicio escribió a su esposa estas sentidas líneas:

"Alma mía: ¡Adiós!... Consuélete al menos el saber que mis últimos votos son por la paz y felicidad de Cuba; y mis postreros pensamientos repartidos con igualdad entre mi Madre, Rafaela y Gila... Tu Gabriel."

gut, citadas, falta a la plegaria la penúltima estrofa. Como dije antes, al explicar por qué escogía para mi estudio la de cinco estrofas y no la de seis, no niego que esta penúltima estrofa que aquí aparece sea de *Plácido*; pero como no he realizado el cotejo de ella con las otras producciones del mismo bardo, me abstengo de hacer consideraciones por falta de base en que apoyarlas. Sí declaro que me ha llamado la atención el hecho de no haber sido conocida hasta 1845, la referida estrofa.

En los versos de las cinco estancias restantes encuéntranse substituídos varios vocablos tales como se ven en la edición de *Joyas del Parnaso Cubano*. Hay también diferencias en los signos ortográficos usados. *Hielos* aparece escrito sin *h* y con *y*.

Seis estrofas tiene la de *América Poética* (1854), la inserta en *Cuba Poética*, en sus tres ediciones (1855, 1858 y 1861) y la que reproduce José Mauricio Quintero, en *Apuntes para la historia de la Isla de Cuba* (p. 822). Las cuatro primeras estrofas y la sexta, en todas estas publicaciones, ofrecen las mismas variaciones señaladas a la de *Joyas del Parnaso Cubano*.

Sebastián Alfredo de Morales, en las *Poesías completas de Gabriel de la Concepción Valdés*, que publicó en esta capital, el año 1886, da a conocer una nueva lección de la plegaria, compuesta de siete estrofas, la cual inserto a continuación:

PLEGARIA A DIOS

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
 á vos acudo en mi dolor vehemente;
 extended vuestro brazo omnipotente,
 rasgad de la calumnia el velo odioso
 y arrancad este sello ignominioso
 con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
 vos solo sois mi defensor, Dios mío:
 todo lo puede quien al mar sombrío
 olas y peces dió, luz á los cielos,
 fuego al Sol, jiro al aire, al Norte hielos,
 vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos; todo fenece
 ó se reanima á vuestra voz sagrada:

fuera de vos, Señor, el todo es nada
que en la insondable eternidad perece,
y aun esa misma nada os obedece;
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
y pues vuestra eternal sabiduría
vé al través de mi cuerpo el alma mía
cual del aire á la clara transparencia,
estorbad que humillada la inocencia
bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
sangre vertida, que la culpa sella
del pecado de Adam, ó por aquella
madre cándida, dulce y amorosa,
cuando envuelta en pesar, mústia y llorosa
siguió tu muerte como heliaca estrella.

Por aquella de Regla venerada
que un tiempo en Monserrate apareciera
de refulgente aureola iluminada,
sobre radiante disco placentera:
por aquella tu esposa idolatrada
que en su seno divino te tuviera,
tiende, Señor, el iris de bonanza
y al monstruo horrendo en el abismo lanza...

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadáver frío
ultrajen con maligna complacencia...
suene tu voz, y acabe mi existencia...
cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mío!...

Encuentro atinadas las observaciones que hace Figarola-Cane-
da (*Plácido, (poeta cubano)*, La Habana, 1922, págs. 98-99) sobre
la octava real que figura en la edición de Morales antes citada, y
aunque éste asegura que la escribió *Plácido*, la circunstancia de no
haberse dado a conocer hasta los cuarenta y dos años de la muer-
te del poeta, hace que se sospeche de la autenticidad de ella.

III

ADIOS A MI LIRA

No entre el polvo de inmunda bartolina
quede la lira que cantó inspirada
de empíricos laureles coronada
las glorias de Isabel y de Cristina;
la que brindó con gracia peregrina
la *Siempreviva* al cisne de Granada:
no llazca en polvo, no, quede colgada
del árbol santo de la cruz divina.

Omnipotente ser, Dios poderoso.
Admitidla, Señor, que si no ha sido
el plectro celestial esclarecido
con que os ensalza un querubín glorioso
no es tampoco el laúd postituido
de un criminal perverso y sanguinoso:
vuestro fué su destello luminoso,
vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, señor no más canciones
profanas cantará mi estro fecundo:
¡Ay! que llevo en la cabeza un mundo!
un mundo de escarmiento y de ilusiones,
un mundo muy distinto de este sueño.
De este sueño letárgico y profundo
antro quizás de un jenio furibundo
sólo de llanto y de amargas dueño.

Un mundo de pura gloria
de justicia y de heroísmo
que no es dado á los profanos
presentir mundo divino;
que los hombres no comprenden
que los ángeles han visto,
y aun con haberlo soñado
no lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas
cuando divise el Empíreo,
postrado ante vuestro trono
veré mis sueños cumplidos

y entonces vuelto los ojos
 á esta mansión de delitos,
 os daré infinitas gracias
 por haber de ella salido.

En tanto quede colgada
 la causa de mi suplicio,
 en un ramo sacrosanto
 del que hicísteis vos divino.

Adiós mi lira, á Dios encomendada
 queda de hoy más; adiós yo te bendigo
 por ti serena el ánima inspirada
 desprecia la crueldad de hado enemigo
 los hombres te verán hoy consagrada
 Dios y mi último adiós quedan contigo,
 que entre Dios y la tumba no se miente
 adiós, voy á morir... ¡Soy inocente!

Tal como queda transcripta fué publicada en el tomo de poesías de *Plácido*, que se creyó impreso en Barcelona, pero que luego se ha sabido, por haberlo dicho Francisco de Paula Coronado (65), quien tuvo a la vista los documentos aclaratorios que sobre el particular posee Figarola-Caneda, que fué editado en Palma de Mallorca, por Pedro Feliú Perelló y Carrió, el año de 1847. Dicha composición, y todas las contenidas en el mencionado tomo, las reprodujo F. J. de Vingut, en Nueva York, el año 1854. Mas en la supuesta edición de Barcelona no fué donde primero apareció *Adiós a mi lira*. Tres años antes, en *El Observador de Ultramar*, Madrid, número 286, correspondiente al 3 de septiembre de 1844, se insertó al final de las noticias enviadas de La Habana con fecha 31 de julio. No la copiaron completa en dicho periódico, le faltan los dos versos finales que están indicados con dos líneas de puntos, lo que hace suponer que los suprimieron de expreso, y sin duda, para evitar que la censura en Cuba impidiera la circulación del número. A tal circunstancia debióse tal vez que ni este periódico, ni *El Correo de Ultramar*, de París, publicaran la plegaria *A Dios*, y de que fuera impresa ésta únicamente en *El Laberinto*, de Madrid, porque no era periódico que circulaba en la colonia. Tam-

(65) *Las ediciones de Plácido. La Discusión*, La Habana, marzo 20, 1909.

bién faltan a la de *El Correo de Ultramar*, los dos últimos versos de la primera estrofa, y se ven alterados el tercer verso de la misma y el primero de la segunda estancia; pero estas alteraciones no obedecen a otra razón, a mi juicio, que a la copia que de La Habana le mandaron; pues igual apareció, aunque sin la omisión de los dos versos últimos, en el supuesto folleto de Veracruz, de 1844.

Desde luego que la supresión de los dos versos de la primera estrofa se debe a un error de copia porque habiendo sido escrita la poesía en octavas (está compuesta de seis octavas y una cuarteta), no se explica que la primera estancia sea de seis versos solamente.

La diferencia que se nota en el tercer verso de la primera estrofa es la siguiente:

De empíricos laureles coronada,

se lee en la edición de Palma de Mallorca, en las de Vingut y en las de Mme. C. Denné, de París, y en la de *El Observador de Ultramar* y en el folleto de Veracruz, se ve escrito así el verso:

De lirios y laureles coronada.

¿Cómo fué escrito por el poeta? Esta es una cuestión harto difícil, por no decir imposible, de comprobar hoy. De una manera o de otra pudo *Plácido* escribirlo, porque las palabras que componen el verso han sido usadas con bastante frecuencia por él. Sin embargo, como la versión de este copista es tachable por lo que dije antes sobre la supresión de los dos versos con que finaliza la misma estrofa, me inclino a creer que fué en la primera forma como lo escribió el autor. Además, la palabra empíreo es empleada mayor número de veces por *Plácido*, que la de lirios, según puede comprobarse leyendo sus rimas; aquélla es usada también en el segundo verso de la estrofa quinta de la composición que analizo, lo que contribuye a ratificar mi creencia, por la tendencia del bardo a repetir un mismo vocablo en una composición. Y no porque esté mal aplicado el término *empírico*, se puede alejar la idea de que haya sido escrito por *Plácido*, como piensa Piñeyro; precisamente por ello es más de aquél, según lo he demostrado ya.

Hay otra diferencia en el primer verso de la segunda estancia. La de *El Observador de Ultramar*, dice:

Señor omnipotente, Dios piadoso,

y en la edición de Palma de Mallorca, se lee:

Omnipotente Ser, Dios poderoso.

Las mismas dudas apuntadas respecto del verso acabado de analizar, ocurren con este otro, decidiéndome, no obstante, por las mismas razones precedentemente expuestas, a creer que fué de esta última manera como lo redactó el autor.

En la edición de las poesías de Gabriel de la Concepción Valdés, que aparece impresa en Veracruz, al año siguiente de su muerte, se halla escrito dicho verso así:

De laureles empíreos coronada.

Nótase aquí, al igual que en la edición de *El Observador de Ultramar*, el deseo de corregir el disparate, la voz *empírico* del tercer verso de la octava primera.

El verso inicial de la segunda estrofa, se encuentra también modificado en la supuesta edición de Veracruz, de esta manera:

¡Omnipotente Dios!... ¡Dios poderoso!

Ninguna de las supresiones y alteraciones anotadas, tan explicables en las postreras composiciones del autor de *Jicotencal*, son suficientes para que se le niegue la paternidad de *Adiós a mi lira*. Esta poesía es de *Plácido*, no sólo porque él se descubre al decir que su lira fué

la que cantó con gracia peregrina
la *Siempreviva* al cisne de Granada,

sino por las semejanzas que tiene con toda su obra poética, algunas de las cuales han quedado señaladas precedentemente. Anotaré aquí varias concordancias que estimo importantes para la mejor comprobación de quién fué su autor.

Los vocablos *fecundo* y *mundo*, y *profundo* y *furibundo* que están aconsonantados en la tercera estrofa, de este modo:

.....no más canciones
 Profanas cantará mi estro fecundo:
 ¡Ay! que llevo en la cabeza un mundo!

 De este sueño letárgico y profundo
 antro quizás de un Jenio furibundo,

se encuentran en muchas poesías de Gabriel de la Concepción Valdés.

En *A la muerte del Redentor* (ed. de 1839, Matanzas) los usa así:

No fué tu enojo profundo

 con un rayo furibundo,
 pues que medran en el mundo.

A la muerte de Jesucristo, soneto (ed. 1839, Matanzas):

Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:

 Y á la rabia de un pueblo furibundo,

 muere en la cruz el Salvador del mundo.

A la resurrección (ibídem):

Del sepulcro profundo

 subió á la Gloria el Redentor del mundo.

Igualmente se hallan estas dos voces en *El cólera en la Habana* (ibídem), *La luna de octubre* (ed. de 1842, Matanzas), *A mi amigo D. Buenaventura Romero en la muerte de su hijo*, y en alguna más.

En *El suspiro*, dedicada a Da. Inocencia Martínez, y en la titulada *Cantata*, dedicada a la reina gobernadora, publicada en

la edición de 1839, citada, emplea fecundo y mundo de esta manera:

Porque será, cual hoy, claro y fecundo,
aun después que perezca el sol y el mundo.

Salve, jenio fecundo!
mientras exista el mundo.

Profundo y furibundo pueden verse en el soneto *A S. M. Doña Isabel II, en su día*, y en otras composiciones, y *furibundo y mundo*, en *Canto épico. A Villa Clara...*

En la propia estrofa tercera de *Adiós a mi lira* figuran los términos sueño y dueño al final de rima, que ya habían sido aconsonantados en *La sombra del Cid*, dedicada al señor don Antonio Buitrago y Blake, según copio:

¡A una faja en Madrid faltaba dueño!
.....
.....
Cristina estaba y sorprendióla el sueño.

La frase "Jenio furibundo", que tanto parece haber chocado a Piñeyro, no es un disparate: genio está tomado por dios, que es una de las acepciones que tiene el vocablo, y furibundo, quiere decir furioso. ¿No dijo Quintana en una de sus odas, "Genio feroz"? (66)

Adiós a mi lira, a juzgar por lo que dice el poeta,

Acaso entre breves horas
cuando divise el Empíreo,

hay que suponerlo hecho en capilla, lo mismo que el soneto *Despedida a mi madre*, salvo prueba en contrario.

En éste se lee:

.....ya el cuello inclino
ya de la religion me cubre el manto.

A propósito del momento en que fueron hechas las poesías

(66) "Vuestro Genio feroz hiende los mares". Oda *A Juan de Padilla*, Madrid, 1808,

precitadas debe tomarse en cuenta lo consignado por nota en la página 139 de la supuesta edición de Veracruz (1845):

Las cuatro composiciones que anteceden [*Adiós a mi lira, A la justicia, A la fatalidad y Despedida a mi madre*] fueron escritas por Plácido en la capilla la víspera de su ejecución, 27 de junio de 1844.

IV

Despedida a mi madre

Si la suerte fatal que me ha cabido,
y el triste fin de mi sangrienta historia,
al salir de esta vida transitoria,
deja tu corazón de muerte herido:

baste de llanto: el ánimo afligido
recobre su quietud; moro en la gloria
y mi plácida lira á tu memoria
lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido dulce, melodioso y santo,
glorioso, espiritual, puro y divino,
inocente, espontáneo como el llanto

que vertiera al nacer: ya el cuello inclino
ya de la religión me cubre el manto!...
Adiós mi madre! adiós... *El Peregrino.*

(*El Correo de Ultramar*, París, agosto 20, 1844.)

Tomo como modelo la publicada en el mencionado periódico por creer que esa fué la primera vez que se imprimió, pues la que aparece editada en Veracruz, el mismo año, junto con las últimas composiciones de *Plácido*, no tiene más fecha que la del año, sin que conste ni se haya podido averiguar el mes, por lo menos, en que salió a luz. La contenida en la supuesta edición de Veracruz (1845), que fué hecha en Matanzas, según se sabe, es, salvo ligeras modificaciones, igual a la que dejo transcrita. Nótanse únicamente estas variantes en los dos primeros versos del primer terceto:

sonido dulce, melodioso, santo,
glorioso, espiritual, puro, divino.

Falta la conjunción y antes de las palabras finales de los dos versos.

Además de las semejanzas ya anotadas en el texto de este trabajo (Cap. VI), se observan las siguientes:

Las voces *historia, gloria, memoria*, que se ven usadas al final de tres versos, en los dos cuartetos, aparecen aconsonantadas en otras composiciones de *Plácido*:

Este himno que entono á tu gloria;
Cuba soy, y me nombra la historia
Siendo ya de nobleza notoria,
que no olvides jamás mi memoria

(*A la proclamación de Isabel Segunda. Oda, himno IV. Poesías de Plácido, Matanzas, imprenta del Gobierno por S. M., 1839.*)

Por morar en el templo de memoria,
.....
pide asuntos sangrientos á la historia,
.....
que así se arrancan palmas á la gloria.

(*A Francisco Javier Foxá, soneto, edición de 1839, Matanzas.*)

Ya para mi no hay gloria,
.....
triste recuerdo la fatal memoria
.....
pues la pasada historia.

(*El llanto de despedida, est. IV, ed., 1839, Matanzas.*)

Lució el Genio de la historia
.....
.....
.....
esculpiéron las hijas de Memoria—
Paz, España, Isabel, Cristina y Gloria.

(*A los días de S. M. la reina doña Isabel Segunda. Oda, ed. 1839, Matanzas.*)

Tú, que fuiste del cielo prez y gloria,

 ya será para siempre tu memoria

 ya de aquel justo que ensalzó tu historia.

(*A la muerte del Redentor*, ed. 1839, Matanzas.)

Más digno fuera de tan alta gloria,

 nos asegura perenal victoria,

 y cuyo nombre gravará la historia.

(*La Siempreviva, Aureola poética...*, La Habana, 1834.)

Consuele su inocencia tu memoria,

 Ella esquivando la mundana historia

 Te aguarda en los umbrales de la Gloria.

(*A un amigo en la muerte de su niña*, soneto, ed. 1839, Matanzas.)

Sus inmortales páginas la historia
 por las sagradas hijas de memoria

 tiene también el templo de la gloria.

(*Al señor don Francisco Chacón, en su día*, oda, ed. 1839, Matanzas.)

A tu natal las hijas de memoria

 que te tributa mi lealtad notoria.

 Si porque el hombre amante de la gloria,

 é inmortal en los fastos de la historia.

(*En los días del señor Don M. A.*, soneto, ed. 1839.)

Que inspiraron las hijas de memoria,

 la entonaremos himnos de victoria
 que sonando en el trono de la gloria.

(A la señorita doña Virginia Pardi, ed., 1839.)

El segundo verso del soneto *Despedida a mi madre*:

y el triste fin de mi sangrienta historia,

tiene su concordante en este otro de *Canto épico. A Villa-Clara* (est. penúltima):

y terminada la sangrienta historia.

Memoria e historia están aconsonantadas en estas otras poesías: *A el Pan* (parte I, est. III, ed., 1839, Matanzas; *El llanto de despedida* (est. II, *ibidem*), *A las señoras Pantanelli y Rossi* (soneto, *ibidem*), *A S. M. doña Isabel Segunda, en su día* (soneto, *ibidem*). *Gloria y memoria* se encuentran en las que voy a citar: *A P. G. en la muerte de Fela*, *El llanto de despedida*, *Las venturas del trabajo*, *A Da. Inocencia Martínez (El suspiro)*, etc.

Los vocablos *santo*, *llanto* y *manto*, que figuran aconsonantados en los dos tercetos del soneto *Despedida a mi madre*, se ven usados también por *Plácido* desde mucho tiempo antes.

Salpica con mis lágrimas su manto

 yo no tengo que darlas sino llanto

(*La luna de Octubre. En el cumpleaños de Fela*, parte III, est. V, ed., 1842, Matanzas.)

El que inspirado de su fuego santo,

 de barbarie resgando el negro manto.

(A S. M. la reina Gobernadora, en su día. *La sombra de Pa-*

dilla, est. V, ed., 1839, Matanzas.) Véase asimismo *Canto épico. A Villa-Clara...* est. XX:

Y cuando el negro manto

 ¿quién á mi amargo llanto.

(*El llanto de despedida*, est. final: ed., 1839, Matanzas.)

Los usa igualmente en *El Cólera en la Habana, Las venturas del trabajo, La ausencia*, y en otras.

Sobre las palabras *divino* y *peregrino* ya dejé anotado en las páginas 264-267 el frecuente empleo que de ellas hace *Plácido*. De manera que no puede ser más concluyente la demostración de que es éste el autor del referido soneto *Despedida a mi madre*.

Inclino y *divino* que se ven aconsonantados en *Despedida a mi madre*, lo están también, en su forma femenina, en los siguientes versos de la oda *Al señor don Francisco Chacón*:

Y la virtud divina

 á cuya voz la frente Jove inclina.

El penúltimo verso del soneto *Despedida a mi madre*, que reza así:

ya de la religion me cubre el manto!...

tiene su semejante en el verso siguiente de *Canto épico. A Villa-Clara*, est. XX:

aunque nos cubra de la muerte el manto.

El *Canto épico* no fué publicado por *Plácido*, ni hay noticias de nadie que lo conociera antes de ser fusilado el poeta, ni posteriormente tampoco; pues hasta 1909 no vió la luz.

Encontrado entre sus papeles al ser registrada su casa con motivo del arresto de que fué objeto, se mandó unir al proceso por haberlo citado su autor para demostrar su odio a Inglaterra y su lealtad a España. Si en esa fecha ya hubiera estado impresa di-

cha poesía, el reo, sin duda, lo habría expresado en defensa de su causa, y de ello existiría constancia en el proceso; pero en éste no se dice nada sobre el particular. Y si nadie la conocía, si no había sido publicada, ¿quién, sino *Plácido*, pudo recordar dos de sus versos al escribir el soneto *Despedida a mi madre*?

V

A la fatalidad

Ciega deidad que sin clemencia alguna
de espinas al nacer me circuieste,
cual fuente clara cuya margen viste
maguey silvestre ó punzadora tuna;

entre el materno tálamo y la cuna
el férreo muro del honor pusiste;
y acaso hasta las nubes me subiste,
por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,
sigue oprimiendo mi existir cuitado,
y si sucumbo á tus decretos duros,

diré como el ejército cruzado
exclamó al divisar los rojos muros
de la santa Salem... ¡Dios lo ha mandado!

Así se publicó por primera vez en *El Observador de Ultramar*, Madrid, 3 de septiembre de 1844. Es igual a la impresa en 1854 por Vingut, quien la tomó de la llamada edición de Barcelona (Palma de Mallorca, 1847); la única diferencia substancial está en el primer vocablo con que principia el soneto: Vingut trae "Negra deidad"; la otra variante consiste en decir "y punzadora tuna", en lugar de "o punzadora tuna".

En esta composición hay reminiscencias muy claras de la oda de Quintana a la Duquesa de Frías, que de modo tan singular recordó *Plácido* en su memoria testamentaria. Véanse, si no, las estrofas VII y VIII, que, en parte, paso a transcribir:

Ya de la tumba la mansión postrera
abre su centro oscuro,
do con cien brazos de diamante duro
la eternidad la espera.

¿Tú, Amor, lo sufrirás? Tú que en la cuna
 su albor primero viste,
 y el don precioso de agradar la diste
 mayor que su fortuna?

Nótese que las palabras *oscuro, duro, cuna y viste* las toma Plácido para su soneto.

Casi huelga el cotejo del soneto *A la fatalidad*, con las poesías anteriormente hechas por Plácido, en vista de que nadie se lo ha negado; pero como tal vez algunos quisieran que con el soneto se hiciera una demostración igual a la llevada a cabo con las otras composiciones del mismo poeta, es por lo que me decido a practicarla.

Sal de los antros del averno oscuros,

dice el verso inicial del primer terceto, y

Allá en los antros del Averno oscuro,

se lee en la oda *A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II* (verso XXXIV, ed. 1839, Matanzas).

Estremecer los antros del averno,

escribe en *El ángel de la gloria*, con motivo del cumpleaños de S. M. la reina gobernadora de España (octava I, verso VII, ed. 1839, citada).

En antro oscuro para siempre mora,

(*Al cumpleaños de S. M. la reina gobernadora de España Doña María Cristina de Borbón*, parte I, est. III, ed. 1839.)

Oscuro y duro los empleó Plácido, en estos versos:

Rasgando de la noche el manto oscuro

 del placer desterrando el ceño duro

(*Al señor D. Manuel Francisco de Jáuregui, en su día. La guirnalda*, ed. 1839.)

Y en *Las flores del sepulcro*, aconsonanta *dura* y *oscura*.

Luna y *cuna*, que figuran al final de dos versos del segundo cuarteto del soneto que estoy examinando, se hallan en la *Cantata* dedicada al cumpleaños de S. M. la reina gobernadora, y *A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II*, así:

Ya el Cintio carro de la blanca luna,

 brilla la aurora que en la regia cuna

Como entre sombras la esplendente luna

 el astro regio que brilló en tu cuna.

Para terminar, quiero fijar la forma condicional empleada por el poeta al referirse a su muerte:

Y si sucumbo a tus decretos duros,

dice dirigiéndose a la Fatalidad; en *Despedida a mi madre*, escribe:

Si la suerte fatal que me ha cabido;

y en la plegaria se expresa así:

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia.

Lo cual demuestra, junto con las otras semejanzas ya anotadas, que fué una misma la mente que concibió y produjo estas tres poesías.

VI

EL TESTAMENTO DE PLÁCIDO

Es esta la primera vez que se da a conocer al público el texto exacto del testamento de Gabriel de la Concepción Valdés y que se reproduce en forma auténtica.

Las copias que han visto la luz hasta hoy son todas diferentes y ninguna es igual al original, según puede comprobarse. De aquí la importancia que ofrece desde el punto de vista histórico la publicación autógrafa del mismo; que es mucho mayor y la tiene especial dentro de este trabajo, dadas las semejanzas ideológicas y de léxico ya anotadas que guarda con las últimas poesías de *Plácido*.

La copia fotográfica que en facsímile queda preinserta, la mandé sacar a Matanzas por conducto de mi excelente y bondadoso amigo y compañero Emilio Roig de Leuchsenring, quien comisionó en aquella ciudad al conocido y erudito bibliógrafo Carlos M. Trelles. A la ayuda eficaz y valiosa de estos generosos cooperadores debo, pues, la obtención de tan interesante documento.

Aunque está a la vista, no huelga llamar la atención sobre la firmeza de la mano que trazó esas líneas; ella revela la serenidad de espíritu del reo y explica que éste pudiera componer y escribir en capilla *Adiós a mi lira* y *Despedida a mi madre*.

Para hacer más fácil la lectura del testamento lo copio a continuación, literalmente:

Querida esposa mia:

Es mi voluntad, q. no habiendo vendido mis poesias, sinó el libro de D. Juan José Romero, y otro á D. José de Soto Mayor, pues las publicadas en los diarios no son propiedades del Editor, sinó para aquel solo efecto: Que todo ó cualesquiera individuo q. quisiese imprimirlas te pague el derecho de propiedad q. trasmito á tí como mi legítima Esposa y heredera, toda la vez q. la ley me dá esta facultad.—

Quiero así mismo q. se te entregue la soltija de mi Madre, y con ella el último Adios de tu Esposo, y q. si me has amado verdaderamente no te entregues al dolor por q. eso no sería ser cristiana, y te cerrarias la puerta del otro mundo de gloria, donde quiero encontrarte entre las personas q. me son queridas en este.—

Memorias á V. á R. y á C. q. yo sé q. no te desamparan, como también á tu familia y particularmente á tu Madre, á quien pedirás de mi parte perdon por los padecimientos q. ha sufrido, y de q. yo he sido causa aunq. inocente.

Recomiendo al Sr. Cura Párroco D. Manuel Fran.^{co} Garcia, con cuya proteccion siempre he contado, mande á imprimir con letras doradas la Oda de D. Manuel José Quintana q. está en la Corona Fúnebre de la Ecma. Sra. Duquesa de Frias, y se la regale á España en memoria de Plácido:

Querida Esposa mía:

Con mi voluntad, y no habiendo vendido mis
 pueras, sino el libro de D. Juan José Romero, y
 otro a D. José de Sola Mayón, pues sus publica-
 das en los diarios no son propiedades del Ci-
 tor, sino para aquel solo efecto. Sea todo o cu-
 alquier cosa indivisa que quisiese comprimirse
 te pague el derecho de propiedad que transmite
 a ti como mi legítima Esposa y heredera, toda-
 va vez de la ley me da esta facultad.

Quiero así mismo que se te entregue la soltera de
 mi Tallador, y con ella el último libro de
 Egipto, que si me has amado verdaderamente
 no te entregues al dolor por que es un sereno con-
 cristiano, y te curarás la fiebre del otro mu-
 do de gloria, donde quiero encontrarte entre
 personas que me son queridas en este.

Memorias de D. José de Sola Mayón, que yo sé que me tal-
 lemparar, como también a tu familia y par-
 ticularmente a tus abuelos, a quien quisiera
 mi parte perdón por los padecimientos que han
 sufrido, y de que he sido causa aun de inocente.

Recomiendo al Sr. Juan Párrico D. Manuel Francisco
 Gavira, con cuya protección siempre he contado
 para que te impongas con letras dadas la del
 de D. Manuel José de Sola Mayón de esta en la Comen-
 dación de la Cámara Sr. Eugenio de Sola Mayón,
 se te regule a España en menos de la Obispa
 Dijo memorias a D. Juan Párrico de la Obispa
 a D. Manuel Párrico Gallego, y a D. Juan

Testamento de Plácido.

1ª página.

Advierto, q. en defecto tuyo la propiedad de
dichas posesiones pasara al fondo de la
Casa de Maternidad.

No dejó expresiones á ningun alma
por q. se q. en el mundo no los hay.

El llanto q. te pido á mi memoria, es q.
corras á los pobres siempre q. puedas, y
sombra estará visiblemente contemplando
na de ser Esposa de Plácido.

Un abrazo á Petrona Carras y el Com
Lion de tu Plácido q. te pide lo encomen
des al Dios de las misericordias.

En la Capilla del Hospital de San
del á los veinte y siete dias del mes de
nio de mil ochocientos cuarenta y cinco.

Labrid de la Concepcion Valdes.

D. D. Un abrazo á Isabel y otro á
Otra D. D. Dejo mi eterno reconocimiento á
Padre al Sr.
Pregador D. Ignacio Valdes Abatón, y á mi
Madre á mi hermano, y á ti, mi último
pino. Vale.

Testamento de Plácido.

2ª página.

Dejo memorias á D. Fran.^{co} Martinez de la Rosa á D. Juan Nicasio Gallego, y á Zorrilla.

Advierto q. en defecto tuyo la propiedad de dichas poesias pasará al fondo de la R. Casa de Maternidad.—

No dejo espresiones á ningun amigo, por q. se q. en el mundo no los hay.—

El llanto q. te pido á mi memoria, es q. socorras á los pobres siempre q. puedas, y mi sombra estará risueña contemplandote digna de ser Esposa de Plácido.—

Un abrazo á Petrona Cenacs y el corazon de tu Plácido q. te pide lo encomiendes al Dios de las misericordias.—

En la Capilla del Hospital de Santa Isabel á los veinte y siete dias del mes de Junio de mil ochocientos cuarenta y cuatro.

Gabriel de la Concepcion Valdes (Plácido
[Hay una rúbrica].

P. D. Un abrazo á Isabel y otro á Andreita.—

Otra P. D. Dejo mi eterno reconocimiento=Vale.=al Sr. Regidor D. Ignacio Valdes Martinez, y á mi Madre á mi hermana, y á ti mi último suspiro—Vale.

FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE.

EL CANTO DEL CISNE



LOS antiguos tenían la arraigada convicción de que el cisne, prototipo de gallardía, dignidad y hermosura, emitía su canto más melodioso poco antes de morir. La frase se ha aplicado en sentido figurado a las últimas obras de los artistas, cuando igualan o sobrepasan a sus anteriores. Las conferencias del Dr. Estanislao Zeballos en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, especialmente la sexta y última, dada el 21 de agosto, sobre "Política Panamericana", representan un positivo servicio para el país, pues han hecho conocer al público de los Estados Unidos una serie de circunstancias y verdades que ignoraba casi completamente. Pero, el servicio es aún mayor desde el punto de vista de los intereses políticos y morales del iberoamericanismo, dado que nunca oyeron los Estados Unidos por conducto a la vez más imparcial y autorizado para ellos, un lenguaje tan real y sincero sobre el fracaso del Panamericanismo en las Repúblicas de origen ibérico.

Amigo predilecto de los Estados Unidos, puesto a prueba hasta en ocasiones extraordinariamente graves y críticas para la política internacional norteamericana, como el de la segregación de Panamá a Colombia; invitado a dar conferencias en sus institutos, en presencia de sus intelectuales y sobre un tema como el "Panamericanismo" que sus estadistas más notables desde Henry Clay y John Quincy Adams (no ya desde 1889) trabajan con un amor y paciencia que contrasta con los mezquinos resultados obtenidos; el Dr. Zeballos estaba en condiciones singulares para hablar como lo

ha hecho, con claridad y para ser creído por su auditorio, como parece que ha ocurrido.

Mucho coraje se precisaba para decirles la verdad sobre el panamericanismo y en su propia casa a los Estados Unidos, sobreponiéndose al efecto que producirían las declaraciones y prescindiendo del agradecimiento que imponían al Dr. Zeballos las cortesías y hospitalidad recibidas.

Sin embargo, son más benéficas para los norteamericanos esas francas prevenciones que, a veces, asumieron el tono de amistosas admoniciones, que todas las falsas manifestaciones y adulaciones con que a menudo se halagan los oídos de sus estadistas.

Es honroso para nuestro país y para los demás de nuestra estirpe que un argentino, de cuya buena fe los Estados Unidos no pueden dudar, les haya advertido que pierden el tiempo buscando la adhesión moral de la América Ibérica por medio de una política hasta ahora fría y sin arraigo que, como el panamericanismo, lejos de inspirar simpatías, provoca hondos celos y fundamentales objeciones.

Si la conferencia pronunciada por el Dr. Zeballos el 21 de agosto, no hubiese tenido otro resultado que provocar la que a su vez dió el Ministro de Estado, Mr. Charles E. Hughes, en Minneapolis, el 30 del mismo mes, ante la *American Bar Association* (Asociación del Foro Norteamericano) de la localidad, ya por ese solo hecho habría alcanzado gran trascendencia.

En efecto, es evidente que el Ministro de Estado creyó necesario contestar en la misma forma amistosa que fueron formulados, algunos de los cargos del Dr. Zeballos, sobre todo los que se refieren a la nebulosa política llamada "Doctrina de Monroe", verdadero punto sensible, especie de talón de Aquiles de la diplomacia de aquel pueblo, a cuya más leve presión, reacciona y se confiesa nacionalista e intransigente.

Ya sabíamos, hace rato, que la Doctrina de Monroe, es solamente un principio de política nacional y no una de política internacional americana, como fué en 1823; pero faltaba la declaración oficial, en abstracto y de un modo indiscutible, para que esa convicción íntima alcanzara las consecuencias de una solemne proclamación pública del Gobierno de los Estados Unidos ante el mundo.

El discurso de Mr. Hughes tiene esos caracteres y, una vez por todas, sabemos por el órgano más autorizado del pueblo y del gobierno de ese país que la Doctrina de Monroe, es un temperamento de política nacional, fundado en las conveniencias, seguridades y necesidades nacionales y aplicado, interpretado y desarrollado según el exclusivo criterio de quien lo ha formulado, en cada oportunidad que se presenta.

Según Mr. Hughes, los Estados Unidos no pretenden conquistar ninguna parte del territorio o amenguar porción alguna de la soberanía de las Repúblicas iberoamericanas. Todos sus actos que revisten esas apariencias, no son sino efectos de su concepción política tendiente a excluir a los países extra-continetales de cualquier intervención en América. Para llegar a esa conclusión, sin mayores violencias, tienen que apartar todo motivo y aun todo pretexto de ingerencias extrañas al Continente. De ahí que si realizan ocupaciones territoriales, aduaneras, etc., en algunas Repúblicas, no es propiamente por someterlas a la protección de su imperialismo, sino para seguridad de su política internacional americana. Se trataría de medidas preventivas y provisionales, más bien que de actos adquisitivos definitivos.

No es el momento de refutar teorías que son incompatibles con la soberanía de nuestros países; sino es la oportunidad de anotar los beneficios de que ellas hayan sido expuestas con sinceridad y franqueza.

El Dr. Zeballos, al decir a los Estados Unidos, desde la autorizada tribuna de Willamstown, que la "la política panamericana fué ventajosa principalmente para los Estados Unidos, los que extendieron su influencia en el comercio internacional", y que "nadie ignora que en el Nuevo Mundo existe una oposición a la influencia de los Estados Unidos y un movimiento de resistencia a la actividad panamericana", llevó a cabo una obra necesaria para colocar la cuestión en un verdadero punto de equilibrio. Cuando afirmó que existen vivos recelos hacia la Unión en las Repúblicas iberoamericanas "que pueden ser atenuados o extirpados sólo por una conducta noble, sincera y amistosa hacia las Repúblicas hermanas", habló, estrictamente, el lenguaje de la verdad.

Pero, cuando mostróse más gallardo y valiente, fué al dirigirse apostróficamente a los Estados Unidos, representados por el se-

lecto auditorio, que lo escuchaba recomendándoles para conseguir un panamericanismo verdadero varias medidas, tales como las siguientes:

a) Mostrar menos interés por la actividad panamericana, que en varias Repúblicas del Continente se interpreta como ambición y presión de parte de los Estados Unidos.

b) No intervenir en la vida interna de las otras Repúblicas, cualquiera que sea su inestabilidad política; dejándolas que arreglen los asuntos a su antojo.

c) Devolver su absoluta independencia, en forma espontánea y generosa, a las Repúblicas cuya soberanía está limitada por los Estados Unidos.

d) Reconocer al gobierno de México.

e) Tratar a cada República americana, en el caso de un conflicto con los Estados Unidos, del mismo modo que se trataría bajo idénticas condiciones a una gran potencia, de acuerdo con los principios universales del Derecho Internacional.

f) Estimular los viajes a Suramérica y recíprocamente.

g) Organizar un canje de profesores y estudiantes de universidades con programas destinados a producir el mejor conocimiento mutuo entre los Estados Unidos y la América Latina.

h) Mantener en la Enmienda Platt una interpretación que respete la vida nacional de Cuba.

i) Retirar las tropas norteamericanas de Santo Domingo, Haití, y Nicaragua y proteger los intereses norteamericanos en la forma usual establecida por el Derecho Internacional.

j) Retirar el carácter oficial que tienen las misiones navales enviadas por los Estados Unidos a otras Repúblicas americanas, porque este carácter está en contradicción con el ideal panamericano y estimula en el Nuevo Mundo la paz armada, la que entraña siempre el peligro de una guerra.

Todos estos consejos son postulados de primer orden, sobre los cuales ha de orientarse la política internacional americana de los Estados Unidos, si quiere este país conquistar el afecto y la adhesión sincera de nuestras Repúblicas.

Por estas consideraciones e interpretando la opinión de los países de nuestro origen, no vacilo en manifestar que el Dr. Zaballos, con sus valientes y positivas declaraciones, formuladas en vísperas de su fallecimiento y en el corazón intelectual de los Estados Unidos, interpretó los sentimientos de los pueblos iberoame-

ricanos, así como sus conveniencias y las del pueblo norteamericano, mereciendo, por consiguiente, el aplauso del Nuevo Mundo.

JOSÉ LEÓN SUÁREZ.

Buenos Aires, octubre de 1923.

Profesor de Derecho Internacional y Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires; Presidente del Ateneo Hispano-Americano, de la misma ciudad; Director de la *Revista Argentina de Derecho Internacional*; Profesor honorario de las Universidades de Río Janeiro (Brasil), La Paz (Bolivia), Arequipa y Lima (Perú), Guatemala, etc., y autor de numerosos artículos y conferencias y de una excelente obra sobre la Revolución Americana, el Dr. José León Suárez es un notable escritor y publicista argentino, a quien CUBA CONTEMPORÁNEA agradece el envío de este trabajo, escrito con motivo del fallecimiento de su ilustre compatriota, el Dr. Estanislao Zeballos, por cuya reciente desaparición guardan luto todavía las Letras americanas.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

LAS GESTIONES DEL DOCTOR COSME DE LA TORRIENTE



NO es nuestro propósito incluirnos entre los periodistas que han tratado de interpretar el viaje del Dr. Torriente a Cuba, sin presentar en la Casa Blanca sus credenciales de Embajador, a pesar de haber permanecido algunos días en Washington y de haberse entrevistado allí con algunos altos funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos.

¿Fué determinado su viaje por el resultado de estas conferencias?

¿O formaba parte ya del plan construído en su pensamiento antes de salir de Europa?

¿Hay algo de cierto en la versión que circuló en los primeros momentos, según la cual, el Dr. Torriente no pudo presentar sus credenciales por haber recibido ciertas insinuaciones por parte de los funcionarios con quienes se entrevistó, relacionadas con el estado de la política interior de Cuba?

Oficialmente se ha declarado que dicho viaje obedeció tan sólo al deseo del nuevo Embajador de conocer por sí mismo la situación de algunos problemas internos acerca de los cuales quizás se vea obligado a sostener conversaciones diplomáticas en el ejercicio de su cargo.

Lo cierto es que, lejos de haberse limitado a cambiar impresiones con el Presidente de la República para conocer sus propósitos o su interpretación acerca de aquellos problemas, ha comenzado a intervenir en algunos de ellos, provocando reuniones de políticos prominentes en el Palacio Presidencial, en las cuales fueron tratados aspectos importantes de nuestra vida política interior.

Por las notas oficiosas publicadas se sabe que a estas reuniones concurren, además del Presidente y del Embajador, el Vicepresidente de la República, General Francisco Carrillo, los Presidentes del Senado y de la Cámara de Representantes, Sres. Aurelio Alvarez y Clemente Vázquez Bello, y los jefes parlamentarios de los grupos políticos de la Cámara. Y parece que, entre los asuntos tratados, figuró el estado de inquietud creado en el país por la actividad, hoy silenciosa, de la Asociación de Veteranos y Patriotas, actividad, que, según todos los indicios, ha llegado a preocupar también a los gobernantes de la República del Norte.

Versiones insistentes aseguran que, en estas reuniones, el Dr. Cosme de la Torriente sostuvo la necesidad de calmar la inquietud pública y, con ella, sus repercusiones en la Cancillería de Washington, ofreciendo al país el cumplimiento de ciertas rectificaciones concretas y un cambio firme en la conducta del Ejecutivo y del Congreso.

Como parte integrante de este programa de rectificación, se han señalado las siguientes medidas:

1^ª Renuncia definitiva a la compra del Convento de Santa Clara.

2^ª Derogación de la Ley de Lotería.

3^ª Derogación de la Ley de Consolidación de los ferrocarriles.

4^ª Renuncia, por parte del Presidente de la República, a todo propósito de reelección.

5^ª Reforma de la Ley Electoral.

Desde luego, bueno es consignar que las esfinges no han hablado; todavía priva, entre nosotros, el régimen de la *diplomacia secreta*, aplicado, no tan sólo a nuestras lamentables fricciones con el Gobierno de los Estados Unidos, único con el cual mantenemos relaciones internacionales efectivas, sino a las decisiones de nuestros altos poderes, en relación con las fluctuaciones de nuestra misma vida interna. Y, por consiguiente, no son conocidos los resultados de aquellas conferencias palatinas.

Por nuestra parte, nos limitaremos a consignar que si tal ha sido la gestión del Dr. Torriente, merecedora es de los más calurosos plácemes y del más decidido apoyo por parte de todos los cubanos capaces de apreciar la gravedad de la situación por que atraviesa la República.

El país, casi en su totalidad, juzga desfavorablemente la conducta de sus gobernantes.

Contra el Congreso se formulan constantemente, en la prensa y en las conversaciones privadas, cargos abrumadores; y la conducta del Ejecutivo Nacional, sobre todo, en relación con los propósitos reeleccionistas que se atribuyen al Presidente, es unánimemente reprobada.

Por esto, el movimiento de opinión, producido en virtud de la agitación de los Veteranos y Patriotas, ha conquistado todas las conciencias y todo el mundo comprende que esta es una situación insostenible.

La adopción del plan de rectificaciones, que se atribuye al Dr. Torriente, calmaría todas las inquietudes, volvería la tranquilidad a todos los espíritus y los cubanos contemplaríamos de nuevo, siquiera, las perspectivas inmediatas de nuestra existencia nacional, libres de todo peligro.

¿Creen los señores de quienes depende el cumplimiento de aquel plan, que no vale la pena de sacrificar sus particulares intereses, o las resistencias de su amor propio personal y de su vanidad política, a cambio de obtener resultados de tan alta trascendencia?

LA RENOVACIÓN DEL GABINETE

Desde hace algún tiempo, desde la renuncia hecha por el Dr. Enrique Hernández Cartaya, de la Cartera de Hacienda, a causa de su inconformidad con la gestión administrativa del Ejecutivo en su sentido general y, especialmente, con la sanción de la ley que autorizó la consolidación de los ferrocarriles, se anuncia, por las personas que penetran en las intimidades del Palacio Presidencial, la posibilidad de un cambio en el Gabinete que puede comprender a varios de los actuales Secretarios.

Esta posibilidad constituye un nuevo motivo de zozobra para las personas que se interesan en la marcha de los asuntos públicos.

Cada vez que el señor Presidente de la República ha escogido, por su propia decisión, personas para ocupar las Secretarías del Despacho, ha procedido, salvo contadas excepciones, con un des-

acierto tan extremado, que ha provocado las más acerbas inquietudes acerca de los rumbos probables de la Administración.

El país recuerda aún con terror la devastación producida por la gestión de algunos de los Secretarios que formaron parte del primer Gabinete; el escándalo de sus negocios inmorales, la bancarrota de la Hacienda Pública, el incumplimiento de las obligaciones de carácter nacional y, como consecuencia, los Memoranda de Mr. E. H. Crowder, la caída y procesamiento de aquellos funcionarios y la adopción impuesta de aquellas leyes que se llamaron del *reajuste moral*, medidas facilitadoras de la concertación del empréstito de cincuenta millones, no empleados totalmente, todavía, en el cumplimiento de las necesidades que entonces se creían apremiantes.

Reciente se encuentra aún la penosa impresión difundida en el ánimo público por los cambios producidos en el Consejo de Secretarios hace algunos meses, en la demostración *nacionalista* que se propuso llevar a cabo el señor Presidente de la República prescindiendo de la colaboración de hombres honorables y eficientes, porque en su designación intervinieron, según parece, indicaciones diplomáticas, y cubriendo los cargos vacantes con íntimos o incondicionales, sin tener en cuenta las verdaderas necesidades de la Administración.

Ahora, al anuncio del otro cambio, el corazón de todos los cubanos celosos del bien público, se estremece de temor.

¿Cuál será el criterio inspirador de las nuevas designaciones?

¿Atenderá, el señor Presidente, a sus aspiraciones políticas inmediatas o a las demandas de rectificación que formula el país en pleno, soliviantado y agitado, al ver cómo sus problemas fundamentales se resuelven de acuerdo con las conveniencias de camarillas voraces e irresponsables, que no conciben la Administración sino como un reparto de beneficios, y las altas funciones del Estado más que como garantía de proteccionismo familiar y medio de construir pandillas de incondicionales, dispuestos a llenar, con su vocerío de saciados, el escenario público, en demostración de la bondad de un régimen que satisface cumplidamente su rastrea concepción de la vida ciudadana?

Ante la opinión pública, se alza la abrumadora interrogación, con cambiantes matices de esperanza y de inquietud,

¿Se decidirá el Presidente por un Gabinete partidarista, acentuando la tendencia de adhesión política incondicional, que ya en él predomina, o, en una resurrección de sus viejas idealidades de proscrito por la causa de la independencia nacional y de perseverante luchador por los fueros de la democracia y su fórmula política “del Gobierno del pueblo y *para el pueblo*”, resolverá dejar a un lado las consideraciones, siempre pequeñas, de la conveniencia personal ante la magnitud de los intereses públicos, y pondrá mano a la constitución de un Gabinete de verdadera concentración nacionalista, capaz de afrontar, en esta hora de peligro, los graves problemas que conturban el desenvolvimiento de nuestra vida colectiva, constituyen un motivo de intranquilidad para todos los espíritus y proyectan una sombra de amenaza sobre la estabilidad de nuestras instituciones nacionales?

De cierto puede asegurarse que, casi en su totalidad, los servicios públicos están mal atendidos.

Las actividades encomendadas a la Secretaría de Obras Públicas son una fuente de negocios turbios y de complacencias políticas y personales.

Ríos de oro se han destinado para la construcción de carreteras, puentes y edificios públicos; y por falta de vías de comunicación languidecen regiones enteras de nuestro país y las cantidades consignadas para el pago de alquileres de locales destinados a oficinas o instituciones públicas, gravita sobre el presupuesto nacional con plomiza pesadumbre.

No están bien atendidas ni la sanidad ni la beneficencia públicas.

¿Cuánto no se ha hablado acerca de la postración de la instrucción pública; de la corrupción de los tribunales de justicia; de los conflictos creados por la ineptitud o el mal comportamiento de algunos de nuestros Representantes diplomáticos y, en general, de la inutilidad de este servicio; y, en términos semejantes, del cumplimiento de las obligaciones administrativas adscritas a cada una de las Secretarías del Despacho?

Los organismos sociales, como los organismos individuales, son susceptibles de resistir, por más o menos tiempo, los estragos producidos por un mal régimen de vida.

Pero ni unos ni otros son indestructibles.

De su capacidad de resistencia, ha rendido pruebas evidentes el organismo social cubano, al no haberse disuelto ya por efecto del maltrato continuo de sus gobernantes; mas, todos los indicios tienden a demostrar, en estos momentos, de manera apremiante, que una crisis de rebeldía interna (determinada por necesidades ineludibles de defensa social), de sacudida exterior o de postración definitiva, está a punto de producirse, si no se presenta un movimiento de franca reacción en nuestra vida pública.

El país necesita buena administración; atención a sus necesidades colectivas y una dirección política inspirada en altos ideales de consolidación nacional.

Si los que tienen la obligación de contribuir a desarrollar este programa, de indispensable cumplimiento, cierran su corazón a los clamores angustiosos de la opinión pública, que pide a todos abnegación y desinterés patrióticos, en estos instantes críticos, no tan sólo se preparan el más severo juicio de la historia, sino que se exponen a provocar violentas conmociones de reacción social, porque un pueblo no se resigna a perecer en la ignominia, sin defender antes, por los medios convenientes, su derecho a vivir con libertad y con decoro.

¿CUÁNDO VIENE MR. CROWDER?

En medio del torbellino pasional en que se ve arrastrada nuestra vida política interior, el pensamiento de los cubanos previsores se vuelve, alguna que otra vez, lleno de inquietud, en dirección del Norte, y trata de escrutar, entre los borrosos perfiles de la lejanía, las corrientes de amenaza o represión que quizás comienzan a canalizarse hacia nosotros, en la intención de los gobernantes de la vecina República.

Inútil parece, de manera evidente, encubrir con declamaciones enfáticas la penosa realidad de nuestra situación internacional, fuertemente influída por la posición geográfica que ocupamos en el mundo y por las relaciones económicas y jurídicas que nos ligan al gran país, en cuyos aledaños se halla el nuestro.

Incluída de lleno se encuentra Cuba en la zona de posible peligro para los Estados Unidos, en caso de guerra con una nación dueña de grandes flotas aéreas o navales.

El poder absorbente de la actividad industrial y comercial de los habitantes de aquel país ha dominado casi totalmente nuestra limitada vida económica; y a ellos va, casi íntegra, nuestra producción de azúcar y de ellos nos vienen casi todos los elementos de subsistencia que nosotros no sabemos producir.

En lo esencial, toda la política económica de nuestros gobiernos ha consistido en facilitar, mediante concesiones, desinteresadas o no, la inversión de capitales norteamericanos en la explotación de nuestros recursos naturales, o en la adquisición de empresas ya constituídas.

Así, en manos de sindicatos o accionistas yanquis están hoy la mayor parte de nuestros centrales azucareros, vegas, fábricas de tabacos, empresas de transporte, Bancos, teléfonos, haciendas de importancia, principales fuentes de la riqueza nacional.

Durante casi un siglo, los cubanos no hemos cesado de solicitar la intervención de aquel país en nuestros problemas domésticos; primeramente, en favor de nuestras rebeldías contra la dominación de España; después, en nuestras lamentables contiendas interiores por la posesión del poder público.

Consecuencia de este conjunto de circunstancias; imposición fatal de la naturaleza, unas; y producto de nuestra propia conducta las demás, hasta los menores latidos de nuestra existencia nacional provocan reacciones de diversa índole en el coloso a cuyos pies hemos enlazado nuestra vida; y, ahora, su ingerencia en las menores peripecias de los procesos económicos o políticos que en Cuba se suceden, aparece de manera espontánea y constante, a pesar de la inconformidad y de los tardíos clamores de protesta que se producen esporádicamente, en reducidos núcleos de la población cubana, alarmados ante el creciente quebrantamiento de nuestra susceptibilidad patriótica.

Por todo esto, hecho de tan escasa importancia en condiciones normales, como la ausencia de un Embajador, en momentos en que ningún problema internacional conmueve las relaciones de ambos países, constituye un motivo de honda preocupación pública; y, en la fantasía de los preocupados, se combina y enlaza de mil diversos modos con las agitaciones de nuestra política interior.

En primer término, se recuerda la tirantez de relaciones que se produjo entre el Presidente de la República y el Embajador

norteamericano con motivo de la última renovación del Gabinete.

Parece cierto que, durante la crisis financiera del año último, en medio de los escándalos administrativos con que funcionarios insaciables agravaban la bancarrota de la hacienda nacional; cuando el Gobierno empezó a dejar incumplidas obligaciones interiores y exteriores esenciales, se manifestó la actividad interventora por mediación de Mr. Crowder, indicando la necesidad de contratar un empréstito de cincuenta millones de pesos, de adoptar ciertas leyes que se llamaron de *reajuste moral* y cambiar algunos Secretarios del Despacho, acusados de conducta indebida, en el manejo de los fondos encomendados a su administración.

Los nuevos funcionarios, designados en sustitución de los salientes, se distinguieron por la pulcritud de su gestión; pero, en general, se llegó a pensar, que, en su pensamiento, ellos se creían más ligados al Enviado Especial, sugeridor de su designación, que al mismo Presidente.

Y, como, por otra parte, los brotes de inmoralidad administrativa no tardaron en aparecer, en cuanto la normalidad económica volvió a ser restablecida, las fricciones internas en el seno del Gabinete fueron cada día más ásperas y estridentes.

Hasta que, al fin, el Jefe del Estado pidió la renuncia a los Secretarios inconformes con el rumbo que él deseaba imprimir a la Administración.

Conmovieron la opinión pública, por entonces, el Decreto sobre la compra del convento de Santa Clara y el proyecto de reorganización de la renta de Lotería.

Y, después de varias entrevistas, al parecer poco cordiales, entre el Presidente de la República y el Enviado Especial, éste abandonó nuestro país, sin despedirse del primero.

Poco después, al ser aprobada la ley sobre la Lotería, el Congreso, con escasa prudencia, incluyó en ella una declaración totalmente innecesaria, acerca de la improcedencia e ilegitimidad de la intromisión del Gobierno de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores.

Comenzó la escandalosa tramitación de la ley de consolidación de los ferrocarriles y supresión de los subpuertos; y, en este instante crítico, cuando la indignación pública se encontraba encen-

cida, brotó la acción de los veteranos, en protesta contra la conducta de los Poderes públicos.

Han transcurrido ya varios meses, durante los cuales, el regreso de Mr. Crowder ha sido anunciado en distintas ocasiones, aunque, probablemente, cuando estas líneas sean divulgadas, se hallará ya entre nosotros.

Entre tanto, en los Estados Unidos, arrecia la campaña contra el Gobierno de Cuba, llevada a cabo con ímpetu persistente por varios importantes periódicos, algunos de gran influencia entre los actuales gobernantes de aquel país, como son el *Public Ledger*, de Filadelfia, y el *Boston Evening Transcript*, ligado este último por estrechos y firmes vínculos con el Presidente Mr. Calvin Coolidge.

Algunas personas opinan que la prolongada permanencia de Mr. Crowder en los Estados Unidos, se ha debido al hecho accidental del fallecimiento del anterior Presidente, Mr. Harding; circunstancia que le ha obligado a esperar el instante en que el nuevo Gobernante haya podido estudiar los problemas llevados allá por el Embajador, a fin de traer, a su regreso, las resoluciones adoptadas.

Se ha relacionado también la demora de este viaje, con el movimiento de los Veteranos y Patriotas, creyéndose que el Gobierno norteamericano ha querido esperar el resultado de las medidas anunciadas por aquéllos, para decidir acerca de su intervención en los asuntos cubanos.

Y no está desprovista de fundamento la versión, según la cual, el regreso de Mr. Crowder está pendiente de la gestión que se encuentra realizando en Cuba el Dr. Cosme de la Torriente, como queda explicado en el primer artículo incluido en esta sección.

Y así estamos, los cubanos, en el momento en que estas consideraciones quedan expresadas, pendientes de las causas que originan la permanencia en su país de un Embajador extranjero.

Enredados en las mallas de nuestra imprevisión y nuestra torpeza, somos cada vez, menos dueños de nuestros destinos.

El capital norteamericano es preponderante en nuestra economía nacional.

El mercado norteamericano es el único abierto a nuestra producción azucarera; del mercado norteamericano depende el abas-

tecimiento de los artículos de primera necesidad que consumimos. Por nuestra propia insistencia, el Gobierno y el pueblo norteamericanos juzgan cosa totalmente natural su intervención en nuestras peripecias domésticas.

Al Gobierno norteamericano están subordinados muchos aspectos de nuestra vida nacional, por contratos jurídicos que el destino nos ha impuesto.

Y por el desorden irreflexivo de nuestra conducta colectiva, especialmente en sus manifestaciones oficiales, constituímos para los gobernantes norteamericanos una molesta preocupación que, en cualquier momento, puede dar lugar a bruscas decisiones dictadas por la impaciencia, por el sentimiento de la impunidad y quizás por el propósito encubierto de subordinar ostensiblemente y de una vez toda nuestra actividad económica y política a los planes de su desenvolvimiento nacional.

Ningún recurso inmediato tenemos a nuestro alcance para atenuar la rudeza de una situación creada por muchos años de conducta irreflexiva; como la mayor parte de nuestros males colectivos, éste derivado de nuestra comprometida situación de dependencia, tan sólo podrá alcanzar algún remedio en el porvenir, si a tiempo sabemos trazarnos y seguir con perseverancia un plan de vida, en virtud del cual vayamos reconquistando nuestra independencia económica; depurando nuestra vida política; normalizando la administración de los intereses públicos; elevando el nivel de la cultura popular; desarrollando nuestras energías sociales; demostrando ante el mundo nuestra capacidad para la vida independiente a fin de recuperar el crédito que hemos perdido; oponiendo, en una palabra, según la concisa y vibrante expresión del ilustre cubano Manuel Márquez Sterling, *a la ingerencia extraña, la virtud doméstica*.

Tan sólo así, quizás llegue algún día, contando además con la benevolencia del destino, en que, ante cualquiera situación semejante a la presente, los cubanos no tengamos que exclamar, devorados por la inquietud y abrumados de recelos:

¿Cuándo viene Mr. Crowder?

EL MOVIMIENTO DE LOS VETERANOS

El señor Oscar Soto, Secretario General del Consejo Supremo de la Asociación de Veteranos y Patriotas, ha publicado, en un periódico diario de La Habana, un artículo de réplica a las consideraciones expuestas en el número de CUBA CONTEMPORÁNEA correspondiente al mes de octubre, sobre el mismo asunto que titula estas líneas.

El propósito del Sr. Soto ha sido responder a varias preguntas formuladas en aquel trabajo y, de ellas, ha dado preferencia a las tres siguientes:

“¿Se halla intimidado el Gobierno ante las amenazas de los agitadores?”

“¿Es el temor la causa que ha obligado al General Carlos García Vélez a ocultarse?”

“¿La aprobación de la Ley Tarafa por el Senado indica confianza en la impunidad, desprecio del peligro o deseo de provocar una precipitación de los hechos anunciados, con algún propósito hasta ahora desconocido?”

A las tres da respuesta el Sr. Soto, aunque se advierte, en seguida, que la primera y la última quedan fuera de su alcance y sus palabras tan sólo pueden tener el valor de meras interpretaciones, más o menos aproximadas a la verdad.

En cuanto a la suposición contenida en la respuesta dada por el Sr. Soto a la pregunta sobre el General García Vélez, deseamos ofrecer una sincera explicación.

La pregunta no nació de la ignorancia en que pudiéramos estar “de la historia personal, como hombre de valor y arrestos, del Presidente de los Veteranos y Patriotas”.

Aquella pregunta no expresaba la curiosidad particular de quien la formulaba. Más bien estaba recogida en ella una fase de la espectación pública, desorientada por la incoherencia, al menos aparente, de la conducta del jefe del movimiento veteranista.

Y en la intención de quien esto escribe no estaba el aludir al temor de las consecuencias personales, sino de las consecuencias en la campaña por él dirigida, en virtud de una posible acción de represalia por parte del Gobierno amenazado.

Y nada más sobre este asunto de índole personal delicada però de escaso interés público.

Sí tienen, en cambio, las declaraciones contenidas en otros párrafos del mismo artículo, verdadera importancia nacional, concediendo, como es fuerza conceder, que ellas expresan trámites reales de la gestión silenciosa que los Veteranos y Patriotas están desenvolviendo.

Por una parte, declara el Dr. Soto:

Hay una fiera insaciable cuya voracidad hay que mitigar, la curiosidad pública; y lo que esos adictos hacen es dar de comer a esa fiera, unas veces con las amenazas del "Enano de la Venta", y otras, con lo que se refiere a Mr. Crowder, con quien la Asociación de Veteranos y Patriotas no ha tenido ni tiene relaciones de ninguna clase. La aspiración de los Veteranos es resolver el asunto entre cubanos... y Mr. Crowder es americano.

Y, más adelante, agrega:

Los Veteranos y Patriotas tienen, desde el inicio de la campaña, un programa y un plan que lo impondrá. Los que deseen ver triunfar ese programa no deben procurar conocer el plan, porque una y otra cosa son, por el momento, incompatibles.

El país debe tomar buena nota de estas manifestaciones.

De labios de personas que figuran, nominalmente al menos, entre los directores de la Asociación de Veteranos y Patriotas, ha oído el autor de estas líneas, expresar planes de acción, atribuidos a los directores de dicha Asociación, y en los cuales entraba, como fundamento esencial, la cooperación activa del Gobierno de los Estados Unidos.

Por las declaraciones del Dr. Soto sabe el pueblo de Cuba que tal cosa no es cierta y que este asunto ha de resolverse *entre cubanos*.

Con lo cual, una desagradable impresión, que oprimía el ánimo público, en relación con la campaña veteranista, queda desvanecida totalmente.

Por otra parte, una vez más afirma el Dr. Soto, seguramente de acuerdo con sus compañeros del Consejo Supremo, la existencia de un plan que ellos están desarrollando para imponer su programa de rectificación.

Así, pues, los cubanos debemos esperar.

En el curso de su campaña pública, los directores del movimiento veteranista han cometido varios y trascendentales errores.

Pero, en la actualidad, por mantener firme su aspiración de procurar la depuración de nuestra perturbada vida política y la dirección de los poderes públicos, ellos se ven perseguidos y maltratados.

Encausados y con su libertad amenazada, ellos prosiguen su labor sin dar cabida en su ánimo a la debilidad; con la misma patriótica intransigencia de los días épicos en que combatían por la independencia patria.

En estas condiciones, mercen el respeto, la confianza y la cooperación de todos los cubanos que no han renunciado a legar a sus hijos una República honestamente gobernada, abrigo de una comunidad humana enérgica y altiva, capaz de ahogar todos los brotes dañinos que surjan en su seno y de conducir su vida de acuerdo con los más elevados ideales construídos por la civilización.

MONITOR.

BIBLIOGRAFIA (*)

Selección de novelas breves. Eduardo Barrios. EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR. Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. [1923] 16º, X-190 p.

El asunto de *El niño que enloqueció de amor*—dice en el prólogo Vicente A. Salaverri—es auténtico en lo fundamental. Eduardo Barrios, cuando apenas tenía nueve años, enfermó gravemente de amor. En la novela el enamorado enloquece. Es lo que el novelista ha concedido a la imaginación, además de algunos pequeños episodios y circunstancias. Que eso es toda ficción: un poco o un mucho de vida en amalgama con las cosas irreales, hasta hacer un conjunto perfecto.

Eduardo Barrios es un escritor chileno que ha publicado ya varias novelas de una gran fuerza psicológica y de interés descriptivo, y que destaca vigorosamente su personalidad entre los autores de la América. La vida de este hombre, que ha sabido describir muy bien Salaverri, es una sorprendente narración. Después de haber sufrido en su niñez la crisis desgarradora que originó *El niño que enloqueció de amor*, viajó por el mundo en plena juventud, "amoldando su actividad a las más distintas ocupaciones. Era el suyo un organismo vigoroso, hasta que una peritonitis, cuando reedificaba su vida espiritual, púsole, no hace mucho, en trance de muerte. Los médicos llegaron a desahuciarlo. Desde entonces su salud es precaria, hasta el punto de que, recientemente, trabajando febril—entregado de alma y de cuerpo—con la conclusión de su nueva novela *El hermano Asno*, le amagó una hemiplejía. Llegó a inmovilizársele todo el lado derecho. Para bien de las letras americanas, el enfermo—que no reposa en la forma absoluta que disponen los médicos—mejora gradualmente, mientras le cuida solícita la muy amada."

En pleno triunfo está Eduardo Barrios, porque sus libros obtienen mercado en toda la América y en Europa. Esta edición de la Editorial Cervantes prueba que el novelista ha alcanzado el ideal de exponer en sus obras lo inmutable de la vida, la vibración apasionada que se mantiene al través de los años y en ocasiones perdura.

Hay en *El niño que enloqueció de amor* una tragedia vulgar, y por

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibimos dos ejemplares remitidos por los autores, librerías o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

ello más terrible: la tragedia que vemos cada día y que hemos padecido acaso en toda fuerza o en sus inicios.

Un niño que relata las impresiones de su amor, que no se explicaba por qué se quedaba mirando a la joven Angélica, amiga cordial de su madre, y sólo después de largos monólogos conoce la intensidad de su afecto, cuando ha visto a la muchacha con un amigo, o cuando sus ausencias se han prolongado mucho. En la soledad de la habitación, a oscuras, el niño llora su desgracia, y a veces levanta los castillos de nubes clásicos pero siempre con la misma castellana. Un día, de fiesta en la casa de Angélica, el muchacho ve que la adorada sale por una galería de mano de Jorge y luego ella le arregla la corbata, y al acercarse él le da un beso en la cara. El niño no puede más y sale corriendo y se agazapa debajo de la mesa a llorar, a gritar, a desear la muerte. Uno de los visitantes "recoge del suelo una copa, y la huele, y se la da a oler a los demás, y después dice:—Esta es la madre del cordero. Ha dado cuenta del cacao."

Luego, las consultas de los doctores y la sentencia terminante, los delirios atormentados del loquito, que para los médicos sufría "los perniciosos efectos del alcohol en el cerebro infantil".

Barrios ha puesto en su libro un poco de literatura, la que es inevitable cuando hay precisión de hilvanar recuerdos lejanos para darles forma novelesca. La pasión del niño, y los caracteres de la madre, de la abuela y de Angélica, están descritos con sobriedad, como lo requiere el difícil género de memoria infantil.

Además de *El niño que enloqueció de amor*, contiene el volumen el cuento epistolar *¡Pobre feo!*, drama de un desgraciado émulo de Píscio, en donde el autor reproduce una interesante correspondencia femenil.

José Manuel Carbonell. MI LIBRO DE AMOR. Poesías. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1922. 4º 184 p. Con retrato del autor, por Valderrama.

Es la colección de versos de un poeta joven, publicada en la edad viril, cuando siente las mismas emociones de antes pero ya no las expresa, cuando sigue siendo el mismo en su interior ¡y tan cambiado en el aspecto, y tan distinto el ambiente!

"Recuerdos, un mundo de recuerdos amortiguados por la acción del tiempo, pero latentes y prontos a abandonar su escondite a la menor evocación, me despierta este libro de amor: la novia muerta o perdida de vista para siempre, la pasión de un idilio tronchado al nacer, el valle donde jugué en la infancia, la playa azul bañada de oro; el amigo y confidente de románticas aventuras, la emoción sentida al calor de los primeros versos, el anhelo de vivir aprisa y de correr sobre el tren de los días hacia esos países de gloria con que se sueña en la mocedad,

y que luego, aunque ya tarde, vemos esfumarse en la lejanía del camino andado, a manera de esos horizontes de indefinibles colores, que por un espejismo engañoso creemos muchas veces que vamos a tocar con la mano, y que, al acercarnos a ellos, o creer que nos acercábamos, vemos alejarse más y más hasta apagarse en el confín misterioso."

Todo eso, en verdad, representa el libro de versos de Carbonell, dado al público un poco tarde para el poeta mismo y para la concepción actual de la poesía. "Lo que puede haber en mí de crítico condena estos versos. Lo que hay en mí de poeta los absuelve y los ampara." Así dice en otro lugar de su prólogo. No miremos, pues, las páginas de *Mi libro de amor* al través de los cristales de aumento del análisis, para no ser tan severos como el autor; disfrutemos la intensa lozanía de estas rosas de juventud, nosotros, los que también en otra época rimamos todas esas emociones y vivimos alguna vez los mismos sueños. Que al cabo, en el período juvenil de cada poeta hay un poco de lo que hemos sido, o de lo que en otro tiempo anhelamos ser. Veamos: *Sus cartas, Tu recuerdo, Trova errante, Para ti, Carnaval, ¿Así en la vida pasa?, Rimas, Era en el baile, Mensaje, Amémonos, En la cita...* Es toda la gama, son las mismas notas de la orquestación eterna, los mismos dolores y los mismos cantos del poema que no tendrá fin. Y José Manuel Carbonell, que es poeta y ha sido joven, pasó por las crisis y por los arrebatos naturales en un soñador que vive la adolescencia y los veinte años. Su libro es tardío, pero no inútil. Representa una etapa que termina y una jornada nueva hacia aspiraciones más fecundas o distintas, y siempre hacia el porvenir, que engañará, pero que es más alentador y menos enervante que el pasado.

Francisco López Leiva. *Los vidrios rotos*. (Cuento que pica en historia). Santa Clara, Cuba. Quiñones, impresor. 1923. 8º, VIII-310 p.

La novela es siempre la relación de un hecho, o de una serie de hechos, unidos por una trama invisible que va dando mayor interés a la narración. La novela ha de reflejar algún aspecto de la vida, y ha de estar hecha con el suficiente arte, con bastante literatura, para seducir y convencer, y también para educar. El novelista es un maestro, no en el sentido pedagógico, sino artístico. El novelista debe enseñar a sus lectores, debe hacerles conocer—sólo por la magia de su obra y sin pretensiones didácticas—el sendero florido y maravilloso del arte. De esta manera es un educador. Se puede tolerar una novela sin argumento, sin propósito, como una de tantas diversiones del novelista, que se complace en ir retratando personas vistas o imaginadas, siguiendo los caprichos de su gusto. Y hay muchas novelas de esa clase que gozan de la simpatía de las gentes. Su razón de vida es que tienen arte, que el autor ha demostrado en ellas cualidades de artista. Tam-

poco es el arte la perfección absoluta en el estilo, la belleza radiante en los conceptos y la novedad en las expresiones. Hay una atmósfera sutil, inasible, que se mezcla en la trama novelesca y pone un encanto propio, claro, único, en la obra literaria. El lector la siente, aunque no puede distinguir, clasificar, esa atmósfera; el crítico la localiza a veces. Es el arte. Se encuentra a pesar de todo en cualquier novela que no tiene perfección literaria, ni distinción en el estilo, ni belleza en la forma. El novelista, en la fiebre de la producción, ha ido llenando cuartillas sin preocuparse del bien decir; ha trasladado al papel la historia fingida o real, los protagonistas y los comparsas; ha descrito claramente, hasta vulgarmente, el escenario. En ocasiones, no sabe cómo expresar bellamente un conflicto, o una situación, o cómo terminar de manera literaria un capítulo. Pero ha puesto ese arte sutil que es un cautivante incentivo para el lector, y ha salvado su novela.

Este es, con toda sinceridad, el caso de *Los vidrios rotos*. No opino en todo como el prologuista Miguel E. Oliva cuando habla del léxico del señor López Leiva, aunque sí estoy conforme con él cuando dice que "la amenidad no decae nunca" en esta obra, y que los personajes están admirablemente presentados, y el drama admirablemente desarrollado.

El señor López Leiva es un escritor y ha tenido visión clara del asunto, de los individuos y de la ficción indispensable para envolver su historia. No se tomó el trabajo de quitar a su obra el aspecto de una relación corriente, hecha en estilo claro, pero llano, más periodístico que literario. Y a despecho de todo, puso arte, que es lo esencial.

Los vidrios rotos los paga alguien siempre, y en la novela corresponde la cancelación de la deuda al padre del deudor. Se trata del fusilamiento, llevado a cabo por los militares españoles, de un buen español, comerciante rico, bien apreciado, por el simple hallazgo entre sus papeles de un recibo en que se declara el pago de la contribución de guerra a los revolucionarios cubanos. El hecho es rigurosamente histórico. Casi todos los propietarios de Cuba, nativos o extranjeros, se vieron apremiados a hacer lo mismo, para librar a sus fincas de la destrucción. Los libertadores necesitaban recursos para hacer triunfar la Revolución que impondría la paz y el progreso en la Isla, y los hombres que disfrutaban de una fortuna debían contribuir a ese resultado. El Gobierno español de Cuba, incapaz de garantizar a los propietarios la intangibilidad de sus haciendas, "ignoraba" la realidad de ese concurso económico prestado a la insurrección. Si no había denuncia, no se iniciaba causa contra el contribuyente. Y son muy pocos los procesos de esta clase en nuestra historia.

Don Crisanto Martínez Melendrero fué la víctima de un enemigo personal de él y principalmente de su hijo, buen mozo y joven, que había conquistado a la bella y buena esposa de Casimiro López de la Rúa, comerciante tramposo, Capitán de voluntarios cobarde y soez que cayó al fin en una pelea, herido por el propio criado de Don Crisanto.

Los que conservan la memoria de los hechos pasados en Villaclara, saben que el episodio es cierto. El señor López Leiva, Coronel de la Revolución y persona que ha vivido muchos años en aquella ciudad, conoció a casi todos los actores de este drama, y según él ha tenido que hacer poco esfuerzo para contarlos en sus ínfimos detalles. Vemos a Don Crisanto llegar a Cuba, joven, analfabeto, y entrar en la inmunda bodega de su tío, hombre avaro al que hereda el sobrino, bastante ilustrado ya. Se casa con la hija del dueño de una finca azucarera y aumenta considerablemente su patrimonio y el de la esposa. Es un hombre dichoso en su hogar, afortunado en los negocios, feliz, con la felicidad que dan la estimación propia y la de todos y la tranquilidad de la riqueza. La esposa muere al cabo de muchos años, el hijo va creciendo y estudiando, y antes de recibir el título de ingeniero se enferma, por lo que el cariñoso padre lo trae a Cuba.

Aquí se inicia el nudo de la novela, que puede mostrarse como el origen del episodio principal. El joven hace amistad con las familias notables de *Villaturbia*, y naturalmente con las de prominentes españoles. Una de ellas es la de Casimiro López de la Rúa, cuya esposa, Concha, sufre al insoportable marido a duras penas. Pepín es todo delicadeza, bondad, juventud. La plaza se rinde y como el dueño oficial se entera y no es capaz de afrontar la situación en cualquiera de sus aspectos, recurre al anónimo: ha estallado ya la guerra y la suspicacia y la intriga producen más deportaciones que los sentimientos separatistas. López de la Rúa hace que el gobernador militar le pida a Don Crisanto que ausente de Cuba a su hijo, a quien se acusaba de haber pronunciado un discurso en una fiesta de campesinos de su ingenio *Coloradas*. El joven, que no había pensado seriamente en el problema de la Revolución, que vivía una existencia fácil de muchacho rico, empezó a sentir en su ánimo los impulsos de la rebeldía. Ausente ya el rival, López de la Rúa pretende que Concha acepte los galanteos del Coronel Pizarro, Gobernador militar de la plaza, para llegar él a Coronel de Voluntarios y disfrutar de contratas y eminencias. Disputan y Concha tiene que huir y se reúne con el amado en Cádiz y van a vivir a Barcelona. Allí es donde Pepe oye por primera vez el Himno de Bayamo, tocado por Concha, la linda española, mujer de Casimiro López de la Rúa. Pepe, en su vida ociosa, espera siempre a que el padre termine la liquidación de sus negocios y que se retire definitivamente de Cuba, en donde tiene un enemigo implacable que puede hacer mucho daño desde la sombra. Los presentimientos se cumplen, y López de la Rúa consigue el fusilamiento de Don Crisanto, el único de los enemigos que estaba al alcance de su mano. Después, el dolor de Pepe, que aumenta su separatismo en potencia y que lo hace volver a Cuba, a pelear en la Revolución. Pepe, en sus propios campos, ve morir a López de la Rúa, realiza sus ideales y termina la contienda con el grado de Coronel.

En la República, Pepe se ha casado con la amada de otros tiempos

y vive feliz con dos hijitos y Concha. Su capital ha crecido y alimenta mayor esperanza para el porvenir. Queda el doloroso recuerdo de tanta sangre y de tanta amargura, queda el sufrimiento pasado, que hace más cara y amable la dicha presente.

El novelista relata sucesos que no han sido olvidados y que se transmiten a las nuevas generaciones, y ha puesto emoción, sencillez, cariño, en su obra, que si no es superior a *Cecilia Valdés*—por ser distinta—, quedará también como una de las pocas novelas cubanas en que está reflejado con fidelidad el ambiente de Cuba, el de una ciudad hoy callada de nuestras provincias y entonces angustiada por el odio y la pasión por la independencia. Muchas de las escenas de *Los vidrios rotos* impresionan, conmueven y hasta producen el estremecimiento de la realidad. Que esta es la mayor satisfacción de un autor, el ideal perseguido por el artista y que el señor López Leiva lo ha obtenido plenamente.

José Martí. MADRE AMÉRICA. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard St-Germain. Paris. [1923] 16°, 124 p.

Para hablar debidamente y con toda seguridad acerca de este librito, sería necesario copiar las palabras de su editor, el admirado Ventura García Calderón, en el prólogo de las páginas selectas que regala al cariño de los lectores americanos. García Calderón ama a toda nuestra América, y está probando ese amor con una contribución incesante a la más amplia difusión de sus grandes nombres y de sus obras fundamentales. Las selecciones de su Biblioteca Liliput son bellísimas por el buen gusto artístico que impera tanto al escoger los autores como en la presentación de los tomitos.

En esa biblioteca ha publicado, de los primeros, un libro de Martí, que contiene su discurso *Madre América*, su artículo *Nuestra América* y un puñado de sus pensamientos seleccionados hace tiempo por nuestro compatriota Argilagos.

Martí es nuevo siempre. Él lo dijo bien en aquella frase: "Todo está dicho ya, pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas." Y él fué la sinceridad y el amor. Así puede decir Ventura García Calderón: "Se rejuvenecen, merced a su abnegado amor y al don genial de la palabra, las metáforas que un largo empleo había desmonetizado en América." "Nadie tuvo en lengua española esa arrogancia verbal, esa lucidez en el delirio, ese amor comunicante del hombre nacido para evangelizar y redimir. Si la historia es una predestinación, Cuba lo prueba. Cuando fué necesario para un pueblo que confluyeran en un solo espíritu el desinterés, el amor operante y el más contagioso arrebató lírico, nació José Martí. Su vida, perpetua ofrenda y despilfarro de bondad, juntaba fuerza y dulzura."

ENRIQUE GAY CALBÓ.

NOTICIAS

La Academia de la Historia de Cuba recibió en la noche del 18 de octubre último como individuo de número al Sr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, quien leyó un discurso titulado *Vuelta Abajo en la Independencia de Cuba*.

*

Revista Mensual de Cuba es una nueva publicación que ha empezado a editarse en La Habana, bajo la dirección del Sr. Jorge Roa Reyes.

*

Lectura es el título de una revista mensual ilustrada que ha comenzado a publicarse en La Habana, dirigida por el Dr. Guillermo Martínez Márquez.

*

Los estudiantes universitarios cubanos han fundado una Universidad Popular que lleva el nombre de "José Martí".

*

Rodó, la nueva revista mensual de literatura, bellar artes y crítica que se publica en Santiago de Chile, ha nombrado al Sr. Enrique Gay Calbó su representante intelectual en Cuba.

*

En la Asociación de Pintores y Escultores de La Habana se efectuó recientemente una curiosa exposición de botijas decoradas, que ha merecido grandes elogios.

En la misma Asociación se celebró en la segunda quincena de noviembre último una exposición de caricaturas y cuadros humorísticos, que también alcanzó un gran éxito.

*

Bajo los auspicios de la *Sociedad para la propaganda de Lenguas Extranjeras en Francia*, ha pronunciado la poetisa cubana Emilia Bernal, en la Sorbonne, de París, los días 26 y 29 de noviembre último, dos conferencias: la primera sobre *José María Heredia: su vida y su obra*, y la segunda sobre *Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido): su biografía y estudio de su poesía lírica*. En los días 10 y 13 del actual mes de diciembre dará la misma poetisa otras dos conferencias: la tercera, que completará su estudio acerca de "Los Poetas Mártires", de Cuba, versará sobre *Juan Clemente Zenea: su vida y sus versos*; y en la cuarta y última hará un *Estudio biográfico y literario sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda*.

J. V.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMOTERCERO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1923)

POR MATERIAS

	Págs.
BIBLIOGRAFÍA.—Enrique Gay Calbó.	
Bartolomé Aulet.— <i>Tenga fe en los Tribunales</i>	106
Eduardo Barrios.— <i>El niño que enloqueció de amor</i>	428
José Manuel Carbonell.— <i>Mi libro de amor</i>	429
Néstor Carbonell.— <i>Martí: su vida y su obra</i>	319
Adelia di Carlo.— <i>La canción de la aguja</i>	320
Marcelino Domingo.— <i>Viajando por América. La Isla encadenada</i>	212
Luis Durán i Ventosa.— <i>Regionalisme i Federalisme</i>	213
José A. Gelabert.— <i>Glorias del tablero. Capablanca</i>	106
Alberto Ghirardo.— <i>Antología americana</i>	320
Francisco G. del Valle.— <i>¿Es de "Plácido" la plegaria "A Dios"?</i>	214
Antonio Iraizoz.— <i>Enrique Piñeyro</i>	215
Francisco López Leiva.— <i>Los vidrios rotos</i>	430
Mancomunidad de Cataluña.— <i>La Mancomunidad de Cataluña</i>	107
José Martí.— <i>Madre América</i>	433
Rabindra Nath Tagore.— <i>Chitra</i>	217
Isimbarido Peixoto.— <i>Oasis</i>	321
Amalia Puga de Losada.— <i>El voto</i>	322
Jesús Saiz de la Mora.— <i>Rudimentos de Historia de América</i>	108
José Sánchez Rojas.— <i>Tratado de la perfecta novia</i>	216
Enrique José Varona.— <i>Cervantes, Hugo, Emerson</i>	322
Calixto Whitmarsh.— <i>Algo sobre Cuba</i>	323
CASTILLOS EN EL AIRE. (Selección de poesías).—Federico de Ibarzábal.	82
CON EL ESLABÓN. (Décimotercero apéndice).—Enrique José Varona	225
CUBA EN LA VIDA INTERNACIONAL.—Ramiro Guerra Sánchez. .5,	113
EDUCACIÓN LIBRE. UNA PROTESTA CONTRA EL MECANISMO.—Bertrand Rusell. (<i>Traducción del Sr. Manuel F. Cestero</i>).	290

EL CANTO DEL CISNE.—José León Suárez.	410
EL CAVOUR YUGOESLAVO. Jika Rankovitch. (<i>Traducción del Sr. Enrique Gay Calbó</i>).	161
¿ES DE “PLÁCIDO” LA PLEGARIA “A DIOS”?—Francisco G. del Valle.	127, 232,
	383
JOAQUÍN SOROLLA.—Jorge Mañach.	275
LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE CUBA COMPARADA CON LA DE ALGUNOS OTROS PAÍSES.—Carlos M. Trelles.	325
NOTAS EDITORIALES.—La Dirección.	
<i>Altas y bajas en la Redacción de “Cuba Contemporánea”</i> . . .	218
<i>Concurso de la Academia de la Historia</i>	220
<i>Una nueva sección: “Palpitaciones de la vida nacional”</i> . .	109
<i>Un cubano, Presidente de la Liga de las Naciones</i>	324
NOTICIAS.—J. V.	111, 222,
	436
PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL.—Monitor.	
✓ ¿Cuándo viene Mister Crowder?	420
<i>El analfabetismo</i>	199
<i>El Congreso Estudiantil</i>	312
<i>El monopolio ferrocarrilero, el movimiento veteranista y la reelección</i>	316
<i>El movimiento de los Veteranos</i>	207,
	425
<i>El movimiento veteranista</i>	98
<i>El Plan Tarafa</i>	205
<i>El transporte del azúcar</i>	94
<i>La renovación del Gabinete</i>	417
<i>Las gestiones del Doctor Cosme de la Torriente</i>	415
<i>Sombras en el horizonte</i>	103
<i>Una gestión brillante</i>	310
<i>Un hecho sintomático</i>	210
PROSA Y VERSO.—Graciella Garbalosa.	188
REVISTAS EXTRANJERAS. El Gobierno de Mussolini.—Luciano de Acevedo.	303
UN DOMINGO EN LA HABANA.—(Fragmento de la novela <i>El tormento de vivir</i>).—Arturo Montori.	32
VENTURA GARCÍA CALDERÓN. ASPECTO DE LA LITERATURA AMERICANA.—Isaac J. Barrera.	62

POR AUTORES

ACEVEDO, Luciano de.— <i>Revistas extranjeras. El Gobierno de Mussolini</i>	303
BARRERA, Isaac J.— <i>Ventura García Calderón. Aspectos de la Literatura Americana</i>	62

	Págs.
GARBALOSA, Graciella.— <i>Prosa y Verso</i>	188
GAY CALBÓ, Enrique.— <i>Bibliografía</i> .	
Bartolomé Aulet.— <i>Tenga fe en los Tribunales</i>	106
Eduardo Barrios.— <i>El niño que enloqueció de amor</i>	428
José Manuel Carbonell.— <i>Mi libro de amor</i>	429
Néstor Carbonell.— <i>Martí: su vida y su obra</i>	319
Adelia di Carlo.— <i>La canción de la aguja</i>	320
Marcelino Domingo.— <i>Viajando por América. La Isla encadenada</i>	212
Luís Durán i Ventosa.— <i>Regionalisme i Federalisme</i>	213
José A. Gelabert.— <i>Glorias del tablero. Capablanca</i>	106
Alberto Ghirardo.— <i>Antología americana</i>	320
Francisco G. del Valle.— <i>¿Es de "Plácido" la plegaria "A Dios"?</i>	214
Antonio Iraízoz.— <i>Enrique Piñeyro</i>	215
Francisco López Leiva.— <i>Los vidrios rotos</i>	430
Mancomunidad de Cataluña.— <i>La Mancomunidad de Cataluña</i>	107
José Martí.— <i>Madre América</i>	433
Rabindra Nath Tagore.— <i>Chitra</i>	217
Isimbarido Peixoto.— <i>Oasis</i>	321
Amalia Puga de Losada.— <i>El voto</i>	322
Jesús Saiz de la Mora.— <i>Rudimentos de Historia de América</i>	108
José Sánchez Rojas.— <i>Tratado de la perfecta novia</i>	216
Enrique José Varona.— <i>Cervantes, Hugo, Emerson</i>	322
Calixto Whitmarsh.— <i>Algo sobre Cuba</i>	323
G. DEL VALLE, Francisco.— <i>¿Es de "Plácido" la plegaria "A Dios"?</i>	127, 232, 383
GUERRA SÁNCHEZ, Ramiro.— <i>Cuba en la vida internacional</i>	5, 113
IBARZÁBAL, Federico de.— <i>Castillos en el aire</i> . (Selección de poesías).	82
J. V.— <i>Noticias</i>	111, 222, 436
LA DIRECCIÓN.— <i>Notas Editoriales</i> .	
<i>Altas y bajas en la Redacción de "Cuba Contemporánea"</i>	218
<i>Concurso de la Academia de la Historia</i>	220
<i>Una nueva sección: "Palpitaciones de la vida nacional"</i>	109
<i>Un cubano, Presidente de la Liga de las Naciones</i>	324
LEÓN SUÁREZ, José.— <i>El Canto del Cisne</i>	310
MONITOR.— <i>Palpitaciones de la vida nacional</i> .	
<i>¿Cuándo viene Mister Crowder?</i>	420
<i>El analfabetismo</i>	199
<i>El Congreso Estudiantil</i>	312
<i>El monopolio ferrocarrilero, el movimiento veteranista y la reelección</i>	316
<i>El movimiento de los Veteranos</i>	207, 425
<i>El movimiento veteranista</i>	98

	Págs.
<i>El Plan Tarafa</i>	205
<i>El transporte del azúcar</i>	94
<i>La renovación del Gabinete</i>	417
<i>Las gestiones del Doctor Cosme de la Torriente</i>	415
<i>Sombras en el horizonte</i>	103
<i>Una gestión brillante</i>	310
<i>Un hecho sintomático</i>	210
MONTORI, Arturo.— <i>Un domingo en La Habana</i> . (Fragmento de la novela <i>El tormento de vivir</i>).	32
RANKOVITCH, Jika.— <i>El Cavour Yugoslavo</i> . (Traducción del Sr. Enrique Gay Calbó).	161
RUSSELL, Bertrand.— <i>Educación Libre. Una protesta contra el Mecanismo</i> . (Traducción del Sr. Manuel F. Cestero).	290
TRELLES, Carlos M.— <i>La Instrucción Primaria de Cuba comparada con la de algunos otros países</i>	325
VARONA, Enrique José.— <i>Con el eslabón</i> . (Décimotercero apéndice)	225

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00041848368